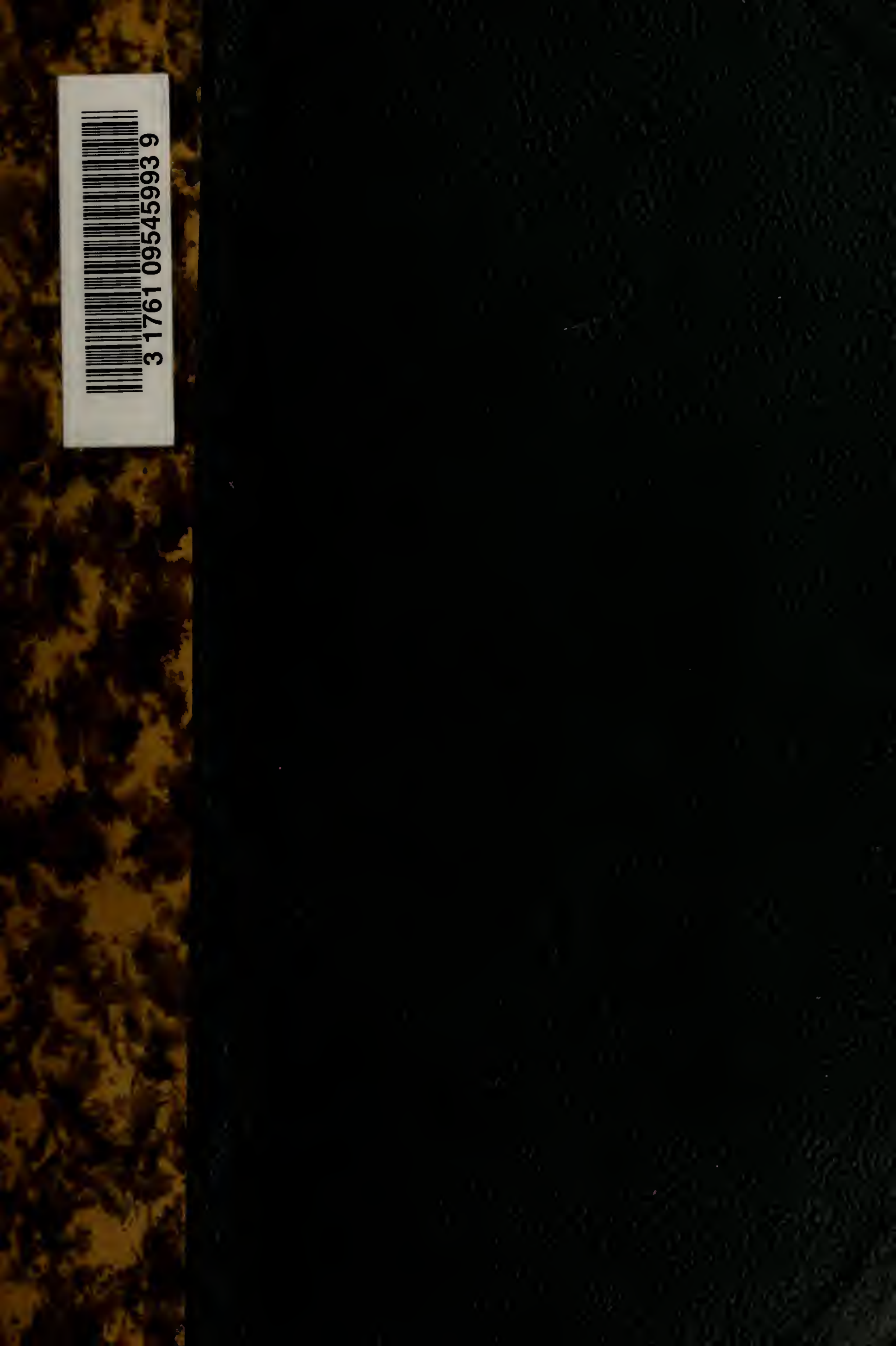
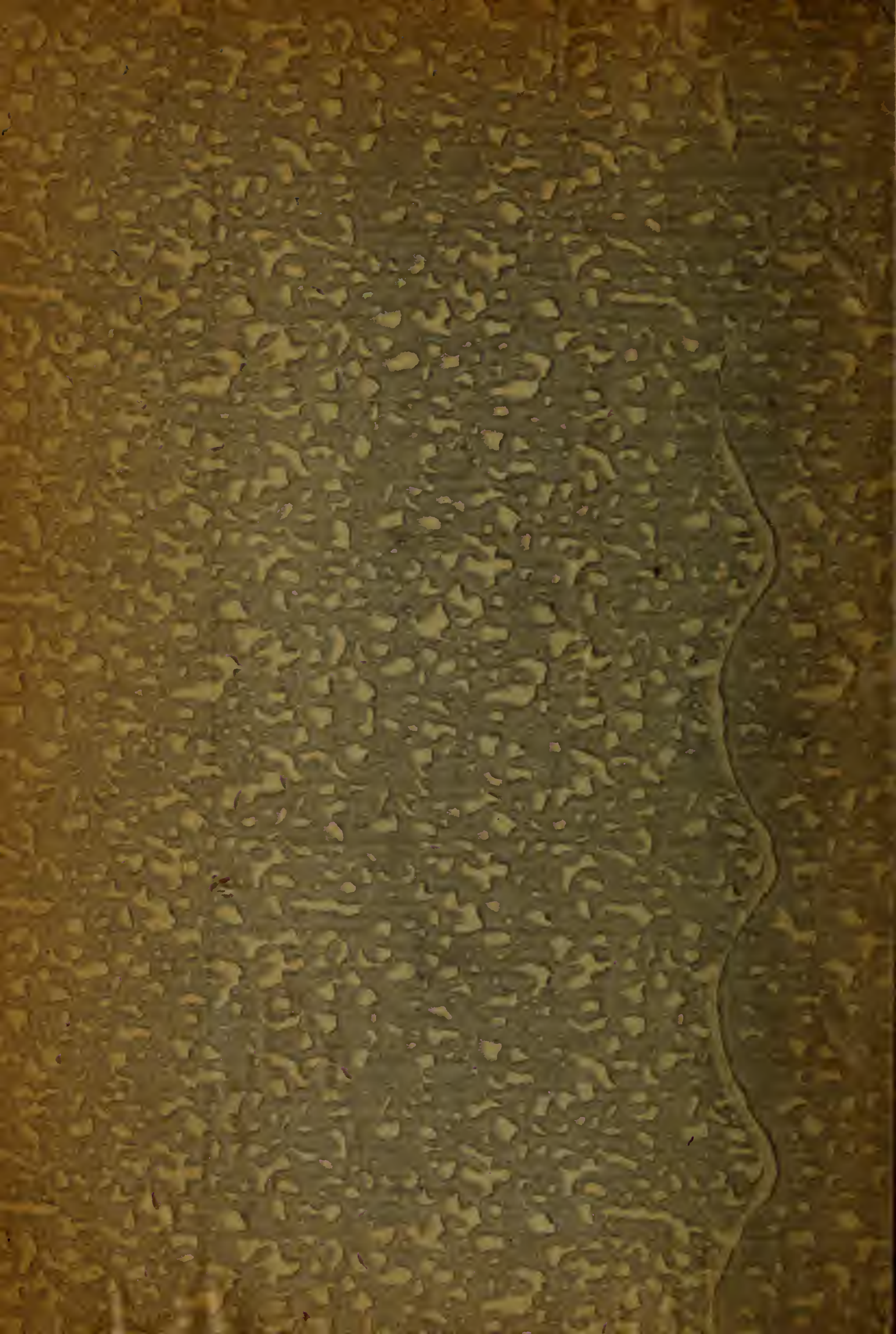
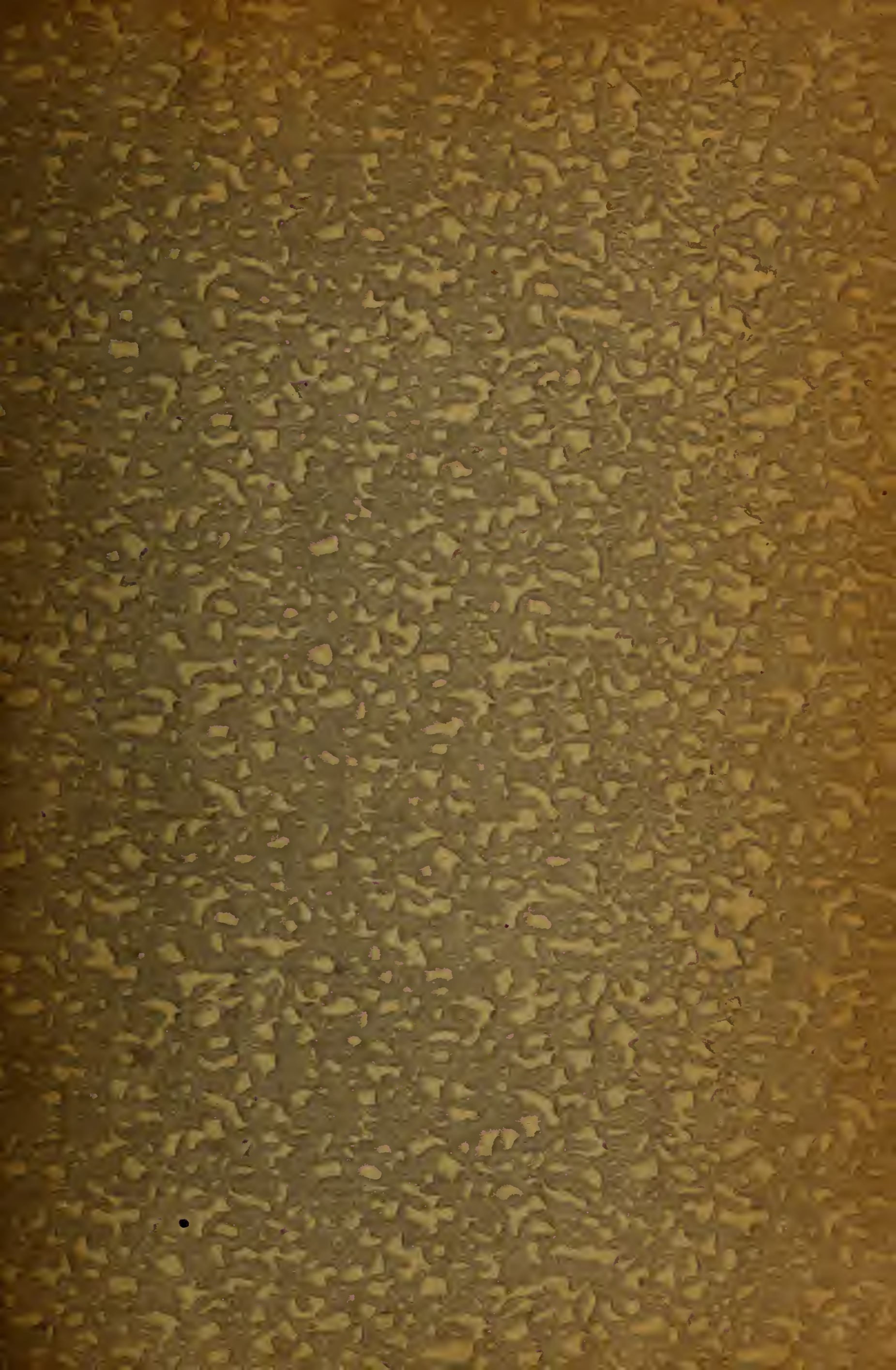
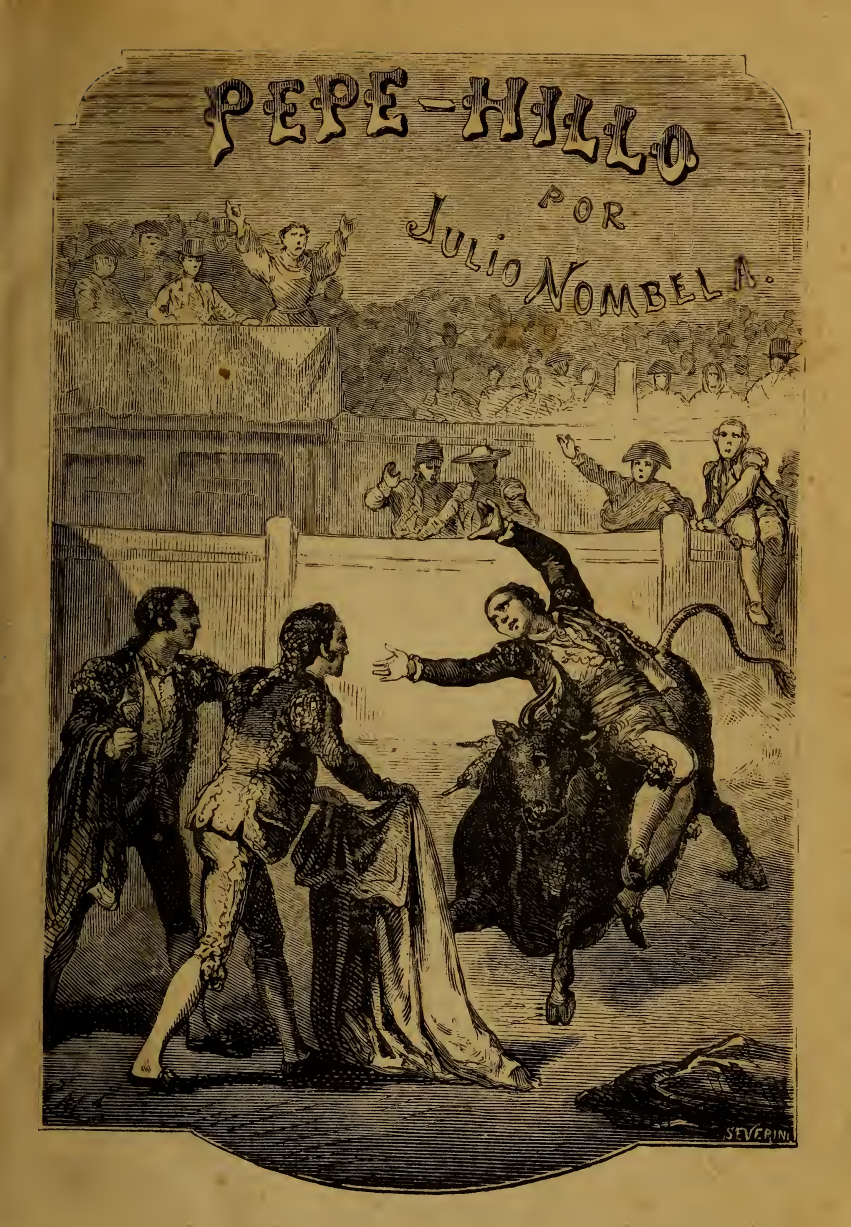

3 1761 09545993 9





PEPE-HILLO.



PORTADA.

J. CASTRO Y COMPAÑIA, EDITORES.

PEPE-HILLO

MEMORIAS DE

LA ESPAÑA DE PAN Y TOROS,

POR

JULIO NOMBELA.

«Los cataclismos sociales internos que no provienen de irrupciones bárbaras, se fraguan y se alimentan en el seno del pueblo: allí se depositan, crecen y se hacen gigantes las terribles pasiones comprimidas é ignoradas, sin cuyo estudio profundo, verificado en el centro donde se abrigan, la historia no puede legar á la posteridad las grandes é importantes lecciones que sirven para regir y conducir los pueblos.»

(D. Agustin Durán, *prólogo de los sainetes de* D. Ramon de la Cruz.)

TOMO I.

ADMINISTRACION.
PLAZA DE LA CEBADA, NÚM. 11, MADRID.

1871.

Madrid.—Imp. de R. Labajos, Cabeza, 27

LIBRO PRIMERO.

EL FANATISMO.

CAPITULO I.

¡Españoles sobre todo!

El dia 29 de Marzo de 1793 fué un dia de verdadera agitacion para la córte de las Españas.

Madrid perdió su habitual fisonomía; á la acompasada tranquilidad de sus habitantes sucedió una actividad febril.

Y no era la causa de aquel inusitado movimiento el ardor de la sangre, propio de la estacion primaveral que comenzaba; no motivaba aquella actividad ninguna fiesta pública, ni la esperanza de ir á recibir á los reyes de vuelta de alguna excursion á los Sitios Reales; tampoco habia anunciada procesion alguna, ni ejecucion en la plazuela de la Cebada.

La causa de aquel movimiento, de aquella agitacion, de aquel ir y venir de las gentes, de aquellos cuchicheos, de aquellos diálogos al vuelo, no solo en las gradas de San Felipe el Real, donde esta animacion era cuotidiana, sino en los alrededores del alcázar, en los átrios de San Ginés y Portaceli, en la puerta del templo de la Soledad, delante de las covachuelas, en las tiendas de los mercaderes de la calle de Preciados, en las cercanías de los Consejos, en la plaza de los Ministerios, donde vivia Godoy; la causa, repito, de aquella perlesia de curiosidad era más importante.

Los grupos y las conversaciones se hallaban tambien en el Rastro, en las puertas de los conventos, en los zaguanes de los palacios de la grandeza, en los salones y en los cláustros, en las tabernas y en las calles; y legos, artesanos, pages y lacayos, manolos y manolas, currutacos y petimetres, encopetadas damas y descocadas fregatrices, procuradores y abogados, médicos y abates, chisperos y covachuelistas, en una palabra, todas las clases de la sociedad parecian poseidas de una efervescencia, de un delirio que, si hoy pasaria desapercibido y considerado como un simple ataque de nervios popular por los modernos doctores, en aquellos dichosos tiempos habria hecho creer al más sesudo Galeno que la córte habia perdido el juicio.

Todas las operaciones peculiares de la vida, operaciones á las que la continuidad daba una rara perfeccion, se hicieron aquel dia con torpeza, de prisa, sin órden ni medida, á medias, como entonces se decia.

Los peluquines habian sido las primeras víctimas de aquella precipitacion. Los peluqueros, ávidos de llevar la noticia, la gran noticia, la piramidal noticia á sus parroquianos, habian perdido el pulso, y los blancos polvos, adorno indispensable del peluquin, no habian caido por igual sobre aquel adminículo, pero en cambio adornaban la punta de la nariz de algun severo oidor, el carrillo de algun esbelto guardia, ó el pecho de la casaca de paño de San Fernando de algun abate pulcro y presumido.

El soconusco se habia escapado de algunas chocolateras, y en otras se habia ahumado mientras las maritornes, poseidas de una viva y pecaminosa curiosidad, escuchaban detrás de alguna puerta la conversacion de sus amos; pocos eran los que no se acusaban de haber oido misa sin la precisa devocion; los vendedores ambulantes apenas vociferaban sus mercancías; los ayos no acertaban á repasar la leccion á sus educandos, y hasta los pobres que aguardaban la sopa de los conventos, en vez de reñir ó echarse en cara los favores que debian al lego distribuidor, parecian más preocupados que del hambre, de la noticia que circulaba.

Donde la afluencia era inmensa era en los puestos de libros de las gradas de San Felipe y en los despachos de los libreros Cerro y Toledano, Esparza y Sanchez.

Todos se disputaban la *Gaceta* de aquel dia, y el que la habia oido leer ó habia hablado con quien la habia leido, se consideraba más dichoso que los antiguos españoles cuando ponian una pica en Flándes.

¡Pero qué cuchicheos! ¡Qué comentarios á la noticia!

Tentado estoy de copiar aquellas frases vivas, espontáneas, ardientes; aquellas frases que más parecian salir de un corazon cubierto por una cota de malla que por una chupa de raso, de estameña ó de filipichí.

Pero esto distraeria nuestras miradas y nuestra atencion de un grupo numeroso capitaneado por un hombre alto, grueso, bien formado, de color moreno, de ojos vivos de fuego, de boca risueña, de frente despejada, de fisonomía franca y abierta, de musculatura de hierro, pero flexible, contorneada, graciosa, que con sombrero de tres picos, redecilla, capa torera de paño pardo pero fino, chupa corta, calzon corto, chaqueta con faldellines, media de seda y escarpines con hebillas de plata, hablaba con acento sevillano al andar entre la multitud de majos, vendedores, artesanos, gallegos de la fuente de la Mariblanca, y alguno que otro currutaco de los más apegados al feo vicio de la curiosidad.

El grupo habia salido de la barbería del *Loro*, un Fígaro andaluz que tenia á gala ser el rasurador de todos los toreros; y por la calle de las Carretas, desde la de las Huertas, donde vivia el rapa-barbas, llegó á la Puerta del Sol, pasó por delante de las gradas y por la calle del Arenal atravesando la de los Caños del Peral, no sin saltar por zancas y barrancas, que los alrededores de palacio parecian entonces un desfiladero más para trepar cabras que para andar personas, se dirigieron al palacio de los Ministerios, donde vivia D. Manuel Godoy, duque de Alcudia, primer ministro del se-

ñor rey D. Cárlos IV y niño mimado de la señora reina doña María Luisa.

El grupo fué engrosando; los aprendices, las *irrabaneras*, las beatas curiosas que salian de las iglesias de comerse á los santos, los mandaderos de monjas, los guardias libres de servicio, los dómines y los curiosos de todas clases aumentaron sus proporciones.

Hoy habria parecido aquel grupo el proyecto de una asonada; entonces no alarmó, y eso que, como el pueblo, salvando siempre á los reyes, murmuraba del favorito, no faltó quien al ver dirigirse aquel gentío á casa de Godoy pensara que la noticia de la *Gaceta* habia atufado las narices á la gente del bronce.

Los lacayos del primer ministro oyeron el tumulto, y desde lejos, como todas las personas que le habian visto, reconocieron al jefe del grupo, que avanzaba entre los vítores de la muchedumbre.

—¡Alto! gritó el buen mozo que capitaneaba las turbas parándose delante de los balcones del palacio.

Todos obedecieron.

—Vamos á ver, zeñores, añadió con marcado acento andaluz; vais á subir conmigo uno de cada clase.

—¡Yo! ¡yo! gritaron todos.

—Silensio... Yo zeñalaré con el deo los que han de venir. Vd., madre beata, y el de las coplas, y ese aprendiz de zapatero, y aquel tan largo y tan delgao que paese un mandamiento, y es de seguro un dómine, y ucé, seor currutaco. Ea,vamos arriba á ver zi nos recibe su Excelencia.

Siguiéronle los designados muy ufanos por la eleccion, y no tardaron en hallarse en una espaciosa antecámara llena de pretendientes.

—Oye tú, lacayo, dijo el buen mozo; dí á su Excelencia que el pueblo de Madrid, conmigo á la cabeza, viene á tener con él un rato de palique.

Una puerta se abrió, y el mismo Godoy salió al encuentro de aquella abigarrada comision.

—Zeñor, exclamó el hombre; hemos sabido que el rey nuestro amo...

Todos se descubrieron en señal de respeto.

—Que el rey nuestro zeñor, indignao con razon al ver que los franchutes han degollao á su rey y quieren hacernos tragar saliva á nosotros los españoles, ha declarao la guerra á Francia y que vuesencia se lo ha aconsejao. Toos aseguran que hoy lo canta así la *Gaceta* y que es la primera vez que no miente, con perdon de vuesencia.

—Es muy cierto; contestó Godoy.

—Pues si vuesencia no lo tiene á ménos, yo y los que me acompañan, el pueblo de Madrid en suma, ¡qué de Madrid! de España, venimos á dar á vuecelencia el alma y la via pa que le diga al rey que por la religion, por él y por la patria no hay uno solo, desde un confin al otro, que no rabie por ir á despachar por to lo alto á esos cobardes que dicen que no hay Dios y hacen correr la sangre de su amo. Nus han insultao y tienen que pagarla... Yo y toos lo mismo, pero yo y los mios, ofrecemos nuestras presonas si valen, y si no too lo

que ganemos trabajando mientras dure la guerra, y es tal el entusiasmo, que no hay rico ni probe, grande ni chico que no esté decidío á ir ó dar hasta su última monea, inclusive el pellejo. Haga vuesencia que vengan Sus Mejestaes de Aranjuez y verán lo que valen sus vasallos.

—Esa conducta os honra, y si el monarca ha resuelto castigar á los regicidas, es porque ha contado con vosotros. No es el gobierno, no es el rey, es el pueblo quien anhela vengar los ultrajes hechos á la moral.

—¡Eso! ¡eso!

—Tres divisiones avanzan ya al encuentro de los franceses; una va á Cataluña, mandada por el general Ricardos; otra va al Norte, y su jefe es D. Ventura Caro; otra, por fin, á las órdenes del conde de Castel-franco, avanza hácia Aragon, y con el pueblo y con sus dádivas lograremos, Dios mediante, la más completa victoria.

—Ya lo oís, caballeros... es preciso echar el resto... mos han insurtao y es nesesario ser españoles antes que too. Vamos, vamos á decir á toitos lo que pasa... Zeñor, venga eza mano si no lo tiene á ménos vuecelencia; yo juro que el pueblo español hará raya. ¡Andando, camaráas!...

Salió con la comitiva, contó lo que habia pasado, y resonaron gritos frenéticos de ¡Viva España! Viva el rey! y ¡Viva Godoy!

—Muchachos, dijo el jefe; drento é tres dias brindaré el primer toro que mate por el triunfo de España.

Estas palabras fueron acogidas con una explosion de entusiasmo.

—¡Viva Pepe-Hillo! gritó la muchedumbre.

El que habia fomentado el amor patrio en el pueblo, el que debia comunicarlo á toda España, era el famoso matador de toros, encarnacion vivísima de las costumbres, de las virtudes y las debilidades de aquel pueblo, al que llama la historia pueblo de *Pan y Toros*.

CAPITULO II.

La familia de Pepe-Hillo.

I.

Disuelto el grupo que capitaneaba el famoso torero por la primera *campanada del garbanzo*, cada cual fué á su casa, á buscar unos con qué matar el hambre y otros con qué satisfacer el apetito.

José Delgado, más conocido con el apodo de *Pepe-Hillo*, acompañado de su discípulo Santos, dió muchos apretones de manos á los circunstantes, y por la calle de Torija, la plaza de Santo Domingo y la calle de Jacometrezo se encaminó á la del Cármen.

El renombrado lidiador habitaba en el cuarto bajo de la casa que formaba ángulo con la calle de la Salud, enfrente del convento de los Carmelitas.

En aquella época no era la calle del Cármen lo que es hoy, ni con mucho.

El convento tenia por vecindad la Inclusa, dos ó tres posadas, algunas tiendas de comestibles; y las casas desiguales, más que del centro de la córte parecian propias de un arrabal.

II.

La que habitaba Pepe-Hillo solo tenia dos pisos: en el bajo vivia el torero con su mujer, María del Pópolo Salado, y sus tres hijos, Antonio, Manuel y José.

En el principal se hospedaba un inglés, hombre de treinta y dos á treinta y cuatro años, que habia desempeñado en algunas provincias de España las funciones de agente consular de Inglaterra, que hablaba perfectamente el español y que profesaba un amor vehementísimo á España, su pátria adoptiva, como él decia.

Circunstancias especiales le habian llevado á dedicarse al comercio de piedras preciosas, y era muy conocido en todo el barrio.

Nadie tenia que hablar contra su moralidad y buenas costumbres.

Vivia con un viejo que le servia de doméstico; y Mamerto, que así se llamaba, aseguraba que era el fénix de los amos.

—Ha nacido y se ha criado en otra religion; exclamaba, y no quiere renegar; pero es mejor que muchos cristianos, y me deja cada dia cuatro ó seis horas libres para mis rezos.

Sir Guillermo era, pues, muy querido de todos los vecinos, y su admiracion hácia el más inmediato, es decir, hácia Pepe-Hillo, habia establecido una verdadera amistad entre el valiente lidiador y el traficante en pedrería.

III.

Apenas llegó Pepe-Hillo á su casa,

—Entra y comerás lo que haya, dijo al banderillero Santos, á quien queria como á sus hijos.

—Hoy no me es posible, maestro; me ha convidao Juan, el ojito derecho de Pedro Romero, y, la verdad, como toos los de su cuadrilla no nos quieren muy bien, deseo averiguar algo, y Juan, que se crió conmigo en Sevilla, despues de haber comío bien y bebío mejor, es capaz de menear los huesos hasta á su mismo padre.

—Pues adios, y jalea á los muchachos para que cada cual dé lo que pueda, y que se diga que los toreros de Madrid no se han quedao atrás en enviar ofrendas al rey, que Dios guarde, pa ayudarle á meter el resuello pa dentro á los extrangis.

Ya se marchaba Santos, cuando retrocedió.

—Maestro, dijo; su hijo de Vd., José, anda detrás de mí pa que le lleve al mataero. Ya sabe Vd. que los chavales se divierten con las reses, y como Joselillo sale tan decidío pa el toreo...

—Ya sabes tú tambien mi sentir. No quiero que ninguno de mis hijos sea del oficio.

—¿Pero por qué, maestro?

—Cuando seas padre te darás la respuesta.

—¿Con que no vengo?

—No.

Y sin decir más, mientras que Santos subia por la

calle de la Salud, llamó á la puerta de su casa y salió á abrir en persona su María de su alma.

IV.

Pepe-Hillo y María del Pópolo eran un verdadero modelo de amor conyugal.

Motivos de sobra tenian uno y otro para amarse con delirio.

Si buen mozo en toda la extension de la palabra era el torero, no habia en todo Madrid, ni acaso en toda España, una mujer más completa que su esposa.

La naturaleza se habia esmerado en concederle todas las gracias, y la Providencia habia enaltecido su alma con los más nobles sentimientos.

Apasionada en todo y para todo, era á la vez profundamente religiosa, y sin dejar de ser la mujer de su casa, la madre de familia, era tambien por la grácia y el gusto con que vestia, por la animada conversacion, que tenia suspendidos de sus lábios á cuantos la escuchaban, por los actos de caridad que á cada instante ejercia, por la naturalidad con que hablaba lo mismo á las encopetadas señoras que á las humildes pordioseras que acudian á pedirle limosna, era, repito, la admiracion de todas las clases de la sociedad, y tanto por sus cualidades como por ser la compañera del célebre lidiador, se enorgullecian con su amistad.

V.

—Vengo muy satisfecho, prenda mia, dijo el torero. Aquí donde me ves, ha ido mi personita al palacio del duque de Alcudia, le he visto con estos ojos que se han de comer la tierra, y he chocao sus huesos con los mios. ¡Como que dá gusto ser español! Habias de ver á toitica la gente, lo mismo el viejo que el mozo, lo mismo el currutaco que el chispero, todos á una ofrecer cuanto tienen para hacer la guerra á los franchutes.

¡Ay, Mariquilla mia! Con icirte que se me pasan unas ganas de alistarme de voluntario....

—¿Tú? Dios te libre de ese mal pensamiento.

—¡Calla, mujer! ¿Pué haber náa más grande, más hermoso que morir por la pátria?

—¿Y tu mujer? ¿Y tus hijos?

—Es verdad; si no fuá por tí, estrellita de los mares, y por esos peazos de cielo que Dios nos ha dao, aquí donde tú ves á tu José-Hillo, ya estaria con el chopo al hombro por esos mundos para dar una licion á los extrangis. Poique ensiende la sangre eso de pensar que los recondenaos han sio capaces de cortar el piscueso náa menos que á su rey. Pero, en fin, fuera penas: ya les enseñarán buena crianza los españoles. Uno de mis chicos, Anton Rana, se ha alistao y me ha dicho: «Maestro, yo le traeré á Vd. la cabeza de un fran-

chute.» Con ella adornaré el estrao.—Ea, á comer en santa paz, que esta tarde tengo que ir al convento de San Francisco á ver qué es lo que quiere el pae guardian.

—Pero ¿te ha mandao llamar?

—¿No te acuerdas, mujer? Cuando estuvo aquí esta mañana fray Martin, el leguito, fué pa icirme que el guardian me esperaba: y como él me quie tanto, que ice que yo soy las niñas de sus ojos, «Vaya Vd., D. José, me dijo, que debe ser muy importante lo que tiene que decirle fray Meliton. Ya hace dos dias que un señoron muy encopetao pasa dos ó tres horas en la celda, y aunque yo no he podío entender una palabra de lo que han hablao, me paese que hay gato enserrao.»—Aunque así no fuera, ya tú sabes que tengo muchas obligaciones con el pae guardian.

VI.

Mientras su esposa disponia la comida, Pepe-Hillo entró en un cuarto donde estaban sus hijos.

José, que podria tener entonces unos ocho ó nueve años, se colgó de su cuello, y los otros dos, uno de doce y otro de catorce, apenas vieron entrar á su padre fijaron los ojos en los libros que tenian en la mano para demostrarle que estudiaban.

—Sí, por supuesto, dijo Pepe-Hillo, ¿creeis que me la

vais á dar á mí? Marrulleros, holgazanes, no paeceis hijos mios.

—Señor padre, murmuraron los dos á un tiempo con la mayor humildad...

—No me vengais á mí con salamerías. Pensar que sois unos zagalones y que en tavía no sabeis la dotrina de corrío... ¡Mala sangre! Más pequeño que vosotros era yo y to el dia lo pasaba dale que le das á la lesna, y en cuanto me escuidiaba sentia las correas en el lomo. Vamos á ver, ¿qué habeis deprendío hoy?

—Los artículos de la fé, dijo Antonio, que era el mayor.

—¿Y tú, Maolillo?

—Yo me ando todavía en los mandamientos de la Santa Madre Iglesia.

—Pues apréndelos bien y que se te queen en el meollo, porque los hijos mios han de ser muy cristianos, y si no os acomoa, á la primera leva, andando. Ea, cerrar ya los librotes y á comer.

VII.

Los individuos de aquella familia se sentaron á la mesa y Pepe-Hillo pronunció una oracion, como era costumbre en aquellos tiempos antes de emprender cualquiera de los actos de la vida.

No habian pasado cinco minutos cuando llamaron á la puerta.

—¿Quién podrá ser? dijo María.

—Que abran y lo veremos.

La criada, que se llamaba Rosario y habia venido de Sevilla con la mujer de Pepe-Hillo, fué á abrir la puerta.

Un momento despues entró en el comedor Sir Guillermo.

CAPITULO III.

—

El principio de una historia.

I.

El vecino del piso principal aparentaba en su rostro los síntomas de una gran agitacion.

—Siento venir á molestar á Vd. á esta hora, dijo; pero me he decidido á faltar á las conveniencias confiado en el afecto y en la bondad de Vd.

—Vd. es el amo de esta casa, dijo Pepe-Hillo.

—Bien venido sea, y acompáñenos á comer, añadió María del Pópolo.

—Mil gracias.

—Se lo igo de veras.

—Ya sé que es Vd. generoso, y que todas sus palabras salen del corazon. Pero me encuentro mal. He pasado un mal rato, y si tomara cualquier cosa me haria daño.

—Vd. dirá qué es lo que quie de mí.

—Hágame Vd. el favor de subir á mi cuarto en cuanto acabe de comer: tengo que hablarle.

—Me paese que está Vd. mu aplastao. ¿Ocurre algo? Hable Vd. con franquesa. Ya sabe Vd. que yo no ten-

go secretos pa mi mujer ni mis hijos. ¿Puedo servirle en algo?

—Despues, despues hablaremos.

—Vaya, pues en seguía voy á subir.

—Pero siquiera una taza de caldo tome Vd., hombre de Dios.

—Muchas gracias, señora; mi criado me tendrá preparada la comida, pero es inútil: no pienso comer.

—Si algo se ofrece, como vecinos y como amigos...

—Ya sé, señora, que es Vd. muy caritativa; coman Vds. tranquilos, y hasta luego.

—Hasta luego, dijo Pepe-Hillo levantándose y acompañándole hasta la puerta.

Al volver á sentarse,

—No sé por qué me gusta este hombre, dijo.

—Es muy honrado, muy cabal; pero yo no sé lo que tiene. Desde hace algun tiempo anda chalao...

—Es jóven; y si le han atrapao por ahí unos ojillos negros...

—Calla, hombre, calla; dijo María haciéndole una seña de que estaban delante de sus hijos.

II.

Durante la comida volvió á hablar Pepe-Hillo de la actitud resuelta que habia tomado el pueblo español para secundar los designios del rey, y de buena gana repitiria sus palabras para dar noticia á mis lectores de los rasgos de abnegacion y generosidad que hicieron

todos los habitantes de España para identificarse con el monarca, si no me propusiera más tarde ofrecerles el animado cuadro de los sacrificios que todos hicieron para contribuir á aquella guerra que debia cubrir de gloria al ejército español.

Terminada la comida rezó José por órden de su padre un Padre Nuestro y un Ave-María en accion de gracias al Altísimo porque les habia dado el sustento de aquel dia, y tomando de nuevo el torero la capa de grana y el sombrero de tres picos,

—Adios, prenda mia, dijo á su esposa.

—Padre, dijo José, yo queria que su merced me diera permiso para ir con Santos al matadero.

—Te perniquebro si me vuelves á hablar una palabra del asunto.

—Es que...

—¡Chitito y mucho ojo!

—Dice muy bien tu padre, exclamó María; ¿para qué quieres tú ir allá con los guiferos?

—Pues mi padre bien iba cuando era mozo, y si no fuera por eso no habria aprendido á matar toros.

—Condenao, ¿y quies tú matar toros?

—Toma, yo quiero ser lo que Vd.

—Cuando seas hombre, si ties valor, hablaremos del asunto. Tan y mientras, á aprender la dotrina.

III.

Pepe-Hillo salió de su casa y se dirigió al cuarto del vecino.

—Vamos á ver, eche Vd. por esa boca, le dijo.

—¡Ay, amigo mio, si Vd. supiera qué desgraciado soy!

—Me lo he figurao.

—Necesito de Vd.

—Pues aquí estoy en cuerpo y alma.

—Para manifestarle á Vd. lo que me pasa necesito contarle una histcria.

—Venga de ahí.

—Con el mayor secreto.

—¿Vé Vd. un pozo? Pues yo soy eso.

Y terciando la capa y tomando asiento en un sillon de baqueta, se dispuso á oir la revelacion que tenia que hacerle Sir Guillermo.

IV.

—Vd. no ignora mi orígen, añadió el inglés, y sabe Vd. que aunque hablo el castellano con alguna perfeccion y conozco á fondo las costumbres de este país, por haber vivido en él mucho tiempo y haberme connaturalizado con su modo de ser, sin embargo, profeso una religion distinta á la que tanto amor inspira á este pueblo, siendo esta circunstancia causa de que muchas

personas que me estiman y me abren las puertas de su casa con el mayor júbilo no se atrevan á saludarme en público.

—Tocante á eso, yo respeto la conciencia de todo el mundo. A cristiano viejo no hay naide que me gane; pero como uno no ha escogío el sitio pa nacer... En tiniendo moral, y siendo honrao, yo disculpo á cualquiera. Y más le igo á Vd.; yo, que le estimo de veras, si renegara Vd., maldito si le volvia á dar la palabra de Dios en toos los dias de mi vida.

—Pues bien, no todos piensan como Vd., y hace poco he estado á punto de ser víctima de un atropello inaudito.

—¿Qué me cuenta Vd.?

—Al pasar por el callejon del Cofre habia á la puerta de una taberna unos cuantos hombres de mal aspecto.

«Ahí vive un hereje,» dijo uno de ellos.

«Vamos á asesinarle,» añadió otro.

Cuando de las palabras iban á pasar á los hechos, salió de la taberna un hombre mal encarado, á quien ya habia yo visto en otras ocasiones, y saliendo á mi defensa,

«Nadie toque á este caballero, dijo. Tiene conmigo una cuenta atrasada, y yo solo he de entenderme con él.»

En efecto, el tal ha venido dos ó tres veces á mi casa á proponerme negocios indignos. Ya sabe Vd. que yo, aunque en pequeña escala, estoy dedicado al comercio de piedras preciosas. Pues bien, ese miserable

me ha traido piedras falsas y me ha propuesto que las vendiera á las personas que me honran con su confianza ofreciéndome partir conmigo las ganancias.

La primera vez le despedí con buenos modos, diciéndole que yo no era un estafador. Insistió, y al fin y al cabo me ví en la necesidad de despedirle.

Apenas le reconocí, temblé. ¿Por qué no he de confesárselo á Vd., amigo mio? Conozco demasiado á esos miserables que deshonran al pueblo de Madrid. Viven en la ociosidad y nada les importa pasar algunos meses en la cárcel de Villa. No hay uno de ellos que no lleve navaja. ¿Y de qué sirve el valor contra esos miserables, que armados con el puñal tienen á gala herir y matar á personas indefensas?

—¿Cómo se llama ese tunante?

—Ignoro su verdadero nombre. Pero, si mal no recuerdo, le conocen todos con el nombre de Colilla.

—Ya le conozco; durante algunos años anduvo por la plaza recogiendo colillas de cigarro, y de eso tomó el mote. Despues fué mondonguero y ha estao en presidio lo ménos por dos veces. Pero es muy blanco; no tiene ni pa media mano de ninguna persona decente.

—Yo me detuve, y acercándose á mí,

«Vaya Vd. con cuidado, me dijo; todavía no ha llegado la mia; pero ya llegará. Ahora se va á armar la guerra y no va á quedar un hereje en toda España.»

Seguí mi camino y me acompañó hasta la esquina de la calle de Preciados.

«Andese Vd. con tiento, me dijo; porque muy pronto vamos á hacer una limpia de extranjeros.»

V.

Sir Guillermo hizo una breve pausa. Despues prosiguió:

—Esto habria sido lo de ménos, porque al fin y al cabo siempre hay medios de librarse de un asesino; pero lo que más me ha apurado ha sido que al pasar por delante de muchas tiendas de la calle del Cármen, ni me han saludado sus dueños, ni los dependientes me han tratado con todas las consideraciones debidas. Lo mismo los mancebos que los mozos de cuerda y que los aguadores que transitaban por la calle me miraban de reojo, y he oido decir á algunos:

«Ese que va por ahí es un hereje. És de la tierra en donde han arrojado al rey: no puede estar entre nosotros.»

Algunos me han seguido y poco ha faltado para que se hayan amotinado contra mí. Mi situacion, como Vd. ve, es en extremo crítica.

—Miste, tocante á eso yo disculpo á la gente, poique póngase Vd. en nuestro caso. ¿Hay argo más sagrao en el mundo despues de Dios que la personita de un rey? Pues bien, ya osté lo sabe. Los franchutes han metío en la cárcel al suyo y le han dao pasaporte para el otro barrio. Esto es una indiniá que clama al cielo. Despues no han faltao muchos que nos hayan traío

por aquí papeles que no aprueba la santa dotrina y hay tirria contra toos los extranjeros. Eso es muy natural. Yo mismo, si no le conociera á Vd. y supiera que es un hombre de bien por toos sus peazos, tendria á ménos tocar mis huesos con los suyos.

—Ya sabe Vd. que yo admiro como el primero el valor, la energía de los españoles, su amor al rey y á la religion. No ignoro que el Sr. D. Cárlos IV (que Dios guarde) ha declarado la guerra á la Francia. Por mi parte condeno las iniquidades que han cometido los revolucionarios. Pero ¿qué culpa tengo yo? ¿No ejerzo honradamente una profesion? ¿Falto á las buenas costumbres? ¿Desobedezco las ordenanzas de policía? ¿Ejecuto algun acto que sea censurable?

—No señor.

—Pues entonces...

—El pueblo es ciego; es un toro bravío que da cornás poique le sale de adrento, poique tie génio, poique la sangre arde en sus venas. El cónquibus está en sortearle. Miste, á mí me ha pasao muchas veces tropezar con un toro bravucon. Al primer golpe de vista yo los conozco como la madre que los ha parío. ¿Y qué hago yo entonces? Le abro camino, le doy ensanche, le traigo á mi terreno y entonces le castigo. No vaya Vd. nunca contra la corriente del pueblo, y mucho ménos hoy. A ese tunante de Colilla se le da una puntera, y á vivir. El mismo pueblo, si Vd. pide auxilio, le defenderá de él. Pero respete Vd. la inclinacion de los demás y escurra Vd. el bulto por unos dias hasta que

pare el fuego. ¿Quiere Vd. oir un consejo de un amigo? Márchese Vd. de España.

VI.

El extrangero vaciló algunos momentos.

—¡Imposible! dijo de pronto con resolucion.

—¿Por qué?

—Si Vd. supiera...

—¿Hay argo más?

—¡Ay! amigo; Vd. es hombre de corazon y me comprenderá. Hace dos años que una mujer subyuga mi alma. Llamado á mi país por el gobierno, desoí su voz y perdí mi destino. Careciendo de recursos, porque mi familia es pobre, me valí de algunas relaciones, y con mis ahorros emprendí el comercio á que estoy dedicado. La mujer á quien amo corresponde á mi afecto, pero es española. Es hija de una honrada familia, de una familia que por nada del mundo accede á nuestra union si no renuncio antes á mis creencias y abrazo el catolicismo.

Cuantos ruegos hemos hecho ella y yo á sus padres, han sido inútiles.

«Abjure Vd. de su religion, acójase Vd. en los brazos de la Iglesia católica, y nuestra hija será su esposa; así me han dicho.»

¿Y cómo acepto yo ese sacrificio? A fuerza de ruegos hemos podido conseguir ella y yo obtener condicionalmente el consentimiento de sus padres.

«Yo no puedo, me ha dicho el autor de sus dias, enlazar á mi familia con otra enemiga de Dios y de mi religion. La Iglesia condenaria este enlace, y yo no puedo aceptar lo que la religion rechaza.»

«Pues bien, exclamé yo; si consigo que la Iglesia me absuelva, que despues de escucharme me dé su proteccion, ¿será Vd. más inexorable que el tribunal de la fé?»

A esta pregunta me contestó manifestándome que, si despues de oirme el vicario me otorgaba su consentimiento, conociendo como conocia mi honradez y estando persuadido del amor que me profesaba su hija, accederia á nuestro enlace.

—Pues eso es argo.

—Sí. Además, he celebrado hace dos dias una entrevista con el cardenal Lorenzana, hombre eminente por sus virtudes y talentos, que me ha escuchado con bondad, y me ha comprendido y me ha dado esperanzas. Yo me he acercado á él, y postrándome á sus plantas le he dicho:

«Ved aquí á un hombre infortunado. Vuestra Eminencia puede devolverme la felicidad. Deseo unirme á una mujer que es un tesoro de virtud. Pero una barrera insuperable se eleva entre los dos. He nacido fuera del seno de la Iglesia romana. En vano me exhortará Vuestra Eminencia á abjurar mis errores. ¿Creeria nadie en una conversion tan súbita? ¿Podria honrarse el culto católico con un homenaje improvisado? Dejad al tiempo, al ascendiente de esa mujer á quien adoro, el cuidado de despertar en mi alma vuestras creencias.

Vos, ministro de un Dios de paz y de bondad, podeis concederlo todo.»

Acogiendo mis ruegos, declaró que en primer lugar, para favorecerme, necesitaba estar seguro de que yo estaba libre, de que no se profesaba en mi país más religion que la protestante, de que al ménos habia en mí vivos deseos de convencerme de que el catolicismo era la salvacion.

Precisamente en estos momentos, valiéndome de mis relaciones cerca de los ministros de Inglaterra y de Austria, estoy á punto de conseguir que ellos mismos respondan de mí, y si tal hacen, como espero, venceré la obstinacion del padre de la mujer á quién adoro y realizaré la ventura que es mi sueño. ¿Cómo abandono en estas circunstancias á España? ¿No daria lugar mi fuga á sospechas deshonrosas para mí? ¿Cómo podria justificarme á los ojos de mi ídolo, á los de su familia, á los del mismo vicario, que tan nobles y generosos deseos ha manifestado en mi favor?

—Es verdad; habla Vd. como un libro, pero yo insisto: no hay que desafiar la ira del pueblo. Si se le ha metío Vd. entre ceja y ceja, será capaz de hacer una barbariá.

—Precisamente para evitar los peligros que me rodean he acudido á pedir á Vd. auxilio.

—¿Yo qué pueo hacer?

—Vd. es popular. Todas las clases de la sociedad le estiman. El pueblo ve en Vd. un oráculo, y además el corregidor, D. Juan de Morales, le aprecia á Vd., y sí

Vd. le habla en mi favor y le explica la situacion en que me encuentro, me amparará.

—De cualquier modo, lo que aconseja la pruencia es que mue Vd. de casa. Esto va á acabar pronto. Los leones han salío de su madriguera y ya van hácia Francia. Llegar y destrozar á los contrarios, todo va á ser uno. El español es generoso con el vencío. Mientras pasa el chubasco, Vd. se anda escondío, y... A propósito, se me ocurre una idea. Yo soy el ojito derecho del pae guardian de San Francisco. Voy á verle esta tarde, le contaré el caso de Vd., y como él quiera le lleva á Vd. al convento y está Vd. allí como en un fanal. ¿Acomoa, ó no acomoa?

—No en vano esperaba yo hallar en Vd. el auxilio que necesitaba. Pero en esa santa casa, ¿querrán admitir á un hombre que es contrario á su religion?

—Miste, los pobres y los afligíos, cualisquiera que sea su móo de pensar, son hermanos de nosotros los católicos. Estése Vd. aquí quieto hasta que yo vuelva, y por de pronto, mientras yo viva aquí no tenga usted cudiao. Por lo demás, si hay que andar algunos pasos mientras Vd. está oculto, aquí está mi persona á su disposicion.

Y sacando del bolsillo del calzon un magnífico reloj de oro esmaltado en marquesitas, con un retrato en miniatura de mujer,

—Son las tres, dijo, y me espera el pae guardian; tenga Vd. pecho, y hasta luego.

VII.

Sir Guillermo estrechó su mano, y el torero partió. Antes de salir de su casa, echó segun costumbre, cuatro requiebros á su mujer, hizo unas cuantas caricias y dió otras tantas reprensiones á sus hijos, y poco despues apareció en la calle, embozándose con gracia en la capa de grana.

No habia andado diez pasos cuando encarándose con un hombre de mal aspecto que estaba á la puerta del átrio de la iglesia del Cármen,

—Miá tú, Colilla, le dijo, sé que andas en malos pasos y que buscas el bulto á un hombre que es mi amigo.

—¡Yo, señor José! dijo el aludido con hipócrita humildad.

—Tú, sí, que has nasío pa vivir toda la vía con un grillete, y cuando no lo tienes lo andas buscando. Pero si yo sé matar toros, sé tambien castigar tunos, y en cuanto yo te vea por los alredeores de mi casa, te agarro por el piscueso, te llevo al señor corregior y te mete en lo oscuro pa una temporá.

—Miste que le han engañao, señor Pepe; yo no me meto con naide.

—Chitito y mucho ojo.

Y sin decir más, terciándose la capa, continuó con majestuoso paso hácia la Puerta del Sol.

CAPITULO IV.

Preparativos para un golpe de mano.

I.

A poca distancia del paraje en donde Pepe-Hillo halló á Colilla, habia un mendigo arrodillado sobre las piedras, cubierto de harapos y mostrando á los que pasaban una inmunda llaga en el brazo derecho.

Colgaba de su cuello un escapulario y tenia en las manos un rosario con cuentas de madera, tan súcio, que era de todo punto imposible reconocer su primitivo color.

Delante de él habia en el suelo una montera, en la que arrojaban los transeuntes á quienes conmovia con con sus lacrimosas palabras, ó su asquerosa llaga, los roñosos ochavos.

El pordiosero pronunciaba á cada instante con un acento capaz de entristecer á las piedras:

—Tengan lástima y compasion de este pobre impedido que no lo puede ganar. Por la Vírgen del Cármen, por las Animas benditas, por el alma de las personas de su mayor obligacion, den una santa limosna á este desventurado.



Colilla vió aparecer en la esquina de la calle de la Salud á una vieja apoyada en dos muletas.

Y de cuando en cuando mezclaba un Padre Nuestro y una Ave-María para mover más la piedad de los que circulaban por la calle.

II.

No habria llegado el torero á la Puerta del Sol, cuando Colilla vió aparecer en la esquina de la calle de la Salud á una vieja apoyada en dos muletas, y del aspecto más asqueroso y repugnante que pueden imaginarse nuestros lectores.

La Tullida, que así la llamaban, era un verdadero mónstruo,

Podria tener unos sesenta años, y su cara era el vivo retrato de una lechuza.

Un zagalejo remendado con pedazos de tela distinta en calidad y en color, todo él muy súcio y con enormes *sietes*, cubria á aquella vieja, dejando solo ver unos piés toscos, cubiertos de una inmunda corteza.

El resto de su traje correspondia al zagalejo, y contribuia á aumentar la fealdad de la pordiosera.

A pesar de su aspecto repugnante, habia logrado aparecer en aquel barrio de Madrid como una mujer muy beata, y todos los dias al volver á su miserable tugurio, situado en la Cuesta de los Ciegos, iba cargada de pedazos de pan, de ochavos viejos y de prendas de ropa, producto que debia á la caridad de los que la tenian poco ménos que por una santa.

Apenas la vió Colilla aparecer en la esquina de la ca-

lle de la Salud, andando trabajosamente apoyada en sus muletas, se acercó á ella con el mayor disimulo y los dos cambiaron en breve tiempo estas frases:

—¿Se fué ya? dijo la Tullida.

—Hace un momento que acaba de salir.

—¿Y el foràstero?

—Está en su casa.

—Es preciso que Argolla no le pierda de vista.

—Allí le tienes, y por cierto que esta tarde no le va mal. Lo ménos ha cogido ya dos riales.

—¿De modo que puedo entrar á ver á la señá María?

—Sin ningun cuidado.

—Bien, hijo mio, bien; todo se va arreglando á medida de mis deseos. Espérame por ahí, y en cuanto salga vente detrás de mí hasta mi casa. Cuando acabe el rosario de San Francisco vendrán los compañeros, y con lo que yo logre averiguar podremos preparar el golpe.

III.

Acto contínuo volvió la Tullida la esquina, y entrando en la casa que habitaba Pepe-Hillo, despues de dar un aldabonazo, exclamó con voz melíflua:

—¡Ave María Purísima!

—Sin pecado concebida Santísima, contestó Rosario abriendo la puerta.

—¿Está tu ama?

—Sí, señora.

—Pues dile que está aquí la pobre Tullida.

—Entre Vd., entre Vd., que me tiene dicho que cuando venga le haga pasar.

—Dios la bendiga; es una santa. No hay quien ampare á los pobres como ella; por eso la colmamos de bendiciones

Todas estas palabras. fué pronunciándolas la mendiga mientras se arrastraba por un corredor para llegar al cuarto en donde María del Pópolo aseaba al menor de sus hijos para salir con él á dar un paseo, y llevarlo despues, segun costumbre, á la iglesia á rezar sus oraciones.

—Siéntese Vd., buena mujer, dijo María del Pópolo levantándose, acercándose á la pobre y ofreciéndole una silla.

—Dios se lo pague á Vd., hermanita.

—¿Qué le trae á Vd. por aquí?

—¿Qué ha de ser? Lo de siempre. Por mis muchos pecados estoy como Vd. ve, sin poder valerme, vieja, achacosa, y si no fuera por las buenas almas, Dios sabe ya dónde estaria.

—Vamos, que Vd. no puede quejarse; yo sé que en todo el barrio la socorren á Vd.

—Si no fuera por eso... Pero nunca me alcanza para atender al cuidado de mi hija. Tres años y dos meses hará por San Isidro que está la pobrecita en una cama. Yo no sé cómo tiene huesos para resistir. Y eso que ahora con las limosnas puedo darle de cuando en cuando buenos caldos. Pero antes, que estábamos ate-

nidas á la sopa de nuestro padre San Francisco...

—Mira, Rosario, dijo María, trae á esta pobrecita todos los mendrugos que han quedado y aquella saya mia que le habia destinado. Pero como eso no es bastante, añadió, ahí van esas monedas.

Y puso en sus manos un peso duro.

—Dios se lo dé á Vd. de gloria, hermanita. No crea Vd. que no lo agradezco. Todos los dias, mis primeras oraciones son por Vd., por sus hijos y por su esposo; y cuando hay corrida y el Sr. D. José va á la plaza, mientras él está allí, ya se sabe dónde estoy yo: rezando en el portal donde hay la sagrada imágen de la Vírgen de la Paloma para que le libre de algun toro marrajo.

—Dios se lo pague, hermana.

IV.

La Tullida hizo un movimiento como para levantarse, y de pronto,

—¡Válgame Dios! exclamó, qué cabeza tengo. Se me iba á olvidar lo mejor. Ha de saber Vd., señá María, que esta mañana fuí á casa de un indiano muy rico que vive en la calle de Segovia, y que me protege mucho... Dios se lo pague... Es un señor tan santo, que cuando muera, hasta con casaca y con chupa va á ir al cielo. Su esposa, mejorando lo presente, es un dechado de virtud, y tiene una hija que es un manojito de flores... tan modesta, tan cristiana, tan... no se atreve á levan-

tar los ojos del suelo delante de sus padres, y á cada instante tiene en sus lábios el «Como su merced mande.» Vamos, no tiene igual.

Pues como iba diciendo, parece ser que un caballero de noble alcurnia ha pedido á los padres la union de la jóven con su hijo, que acaba de llegar de Salamanca, y como á mí me quieren tanto esos señores, en buena hora lo diga, hablan de todo lo que se les viene á las mientes aunque yo esté delante, y decian que habian tenido noticia de que habia en Madrid un forastero de luengas tierras dedicado á vender piedras finas; pero no se acordaban ni de su nombre ni de las señas de su casa.

Como yo sé que Vd., señá María, es tan rumbosa, y como gana su marido tanto dinero y la quiere á usted más que á las niñas de sus ojos, que le compra arracadas y sortijas... «Yo les preguntaré, dije á esos benditos señores, y ella tal vez, ó su marido, conocerán á alguno que venda piedras.»

—¡Vaya si conozco! Sin salir de mi casa, en la misma vecindad, hay un extranjero que se ocupa de ese comercio.

—¿Ve Vd. como yo decia? Poquito contentos que se van á poner esos señores en cuanto yo les lleve la noticia. Y aun haré más. Como es Vd. tan buena, señá María, y le gusta hacer bien, voy á ver si me encargan que avise á ese mercader para que sea Vd. quien le dé el recado. De esta manera tendrá que agradecérselo, y entre vecinos siempre se estiman esas cosas. Por su-

puesto que tendrá que ir á casa de esos señores, porque son muy encopetados.

Ea, añadió la Tullida simulando un esfuerzo para levantarse, ya voy socorrida. Diquiá otro rato, que vendré á molestar á Vd., aunque ya sé que hacer bien á los probes es su mayor sastifacion.

—Rosario, dijo María, abre la puerta á esta mujé.

Y satisfecha porque habia llevado á cabo una obra de caridad, continuó su interrumpida tarea de asear á su hijo, amenizándola con un polo, que cantaba á las mil maravillas.

V.

La Tullida se dirigió hácia la iglesia del Cármen, y entrando por la puerta de la calle de la Salud encontró á Colilla en uno de los ángulos del templo.

—¿Has hecho algo de provecho? le preguntó este.

—Ya está todo preparado. Mañana volveré á ver á la mujer de Pepe-Hillo para que envie al hereje con las mejores piedras finas al sitio que tú sabes.

—Es que me temo que escurra el bulto.

—¿Por qué?

—Hoy le han dado un susto, y como están los ánimos así con la guerra, como él no es cristiano han empezado en el barrio á mirarle con malos ojos, y si se nos escapa sin haber dado el golpe...

—Nadie mejor que tú puede evitarlo. De todos modos, es preciso que Argolla no le pierda de vista. Yo voy

á rezar un credo al Cristo, y en seguida me voy á mi casa.

—Pues yo entre tanto encargaré á Argolla que no quite los ojos de su casa, y despues nos veremos. Me paece que todavía voy á ver ese cuello de lechuza que Dios te ha dao con uno ó dos collares de piedras finas. Despues no podrás escaparte de la cuerda de cáñamo, pero tan y mientras...

—Mientras dura, vída y dulzura, dijo la vieja separándose de Colilla y yendo á postrarse delante del Cristo que estaba, como está hoy, á la derecha del templo.

VI.

Dejemos por ahora á la Tullida y á su cómplice llevar á cabo los preparativos para consumar un robo y procurarse la impunidad, aprovechándose del espíritu del pueblo contra los extranjeros para entregar á su ira á la víctima señalada, y vamos á seguir á Pepe-Hllio hasta San Francisco, en donde le aguardaba con impaciencia el guardian del convento.

CAPITULO V.

—

Un cabo suelto.

I.

Cualquiera que sea la opinion que los hombres del dia hayan formado de las comunidades religiosas, no podrán ménos de convenir en que particularmente las de la órden de San Francisco ofrecian á la humanidad grandes ejèmplos de virtudes cristianas.

Yo sé bien que la imaginacion de los españoles ha enriquecido la *Floresta Castellana* con multitud de cuentos y chascarrillos, con innumerables sátiras y equívocos, en los que el protagonista es siempre algun fraile de anchas espaldas y abultados mofletes.

No seré yo quien niegue que en los conventos se refugiaban algunos hombres holgazanes y aficionados á la buena vida.

Tampoco pondré en duda, aunque por fortuna yo no los he visto, y digo por fortuna, porque aun no habia nacido cuando tuvo lugar la hecatombe de los frailes; tampoco pondria en duda, repito, que, careciendo algunos de la admirable fortaleza de San Antonio, cayeran en censurables tentaciones.

Pero son tan injustos los que atacan á las comunidades religiosas porque algunos de sus individuos, careciendo de verdadera vocacion, cometiesen excesos reprensibles, como los que calumnian á la libertad porque en su nombre se cometen atropellos.

II.

A aquellas sociedades religiosas, que con marcada tiranía se disolvieron á tiros y á navajadas, lo mismo en Madrid que en el resto de España, á aquellos hombres concienzudos, estudiosos y observadores deben las ciencias y las artes los progresos modernos.

Cuando se consideraba como un pecado el saber leer y escribir; cuando las grandes masas de poblacion no se tomaban el trabajo de pensar; cuando la ignorancia era el lujo lo mismo de los ricos que de los pobres, y más diré, cuando algunos de los muchos frailes que habia en el mundo, despues de terminar sus oraciones se diseminaban en las casas de las ciudades entreteniendo el tiempo en agradables coloquios con las familias más devotas, muchos santos varones recogidos en sus celdas pasaban dia y noche ejerciendo una paciencia sublime, hojeando los libros antiguos, meditando sobre las grandes verdades y los funestos errores de la filosofía, descubriendo nuevos horizontes á la medicina, y en una palabra, procurando á nuestro siglo todos los materiales para que las artes y las ciencias llegaran al apogeo á que han llegado.

No es mi ánimo disertar aquí sobre las ventajas ó los inconvenientes de las comunidades religiosas, ni mucho ménos hacer su historia.

Bástale solo á mi propósito demostrar que el convento de San Francisco el Grande ofrecia en Madrid en los tiempos á que me refiero un espectáculo verdaderamente sublime.

Los frailes en él reunidos imploraban con una mano la caridad pública, y con la otra repartian á los pobres cuanto debian á las almas piadosas.

No podia acusarse á los humildes franciscanos de lujo, de riqueza.

Al contrario; su vida era frugal, su ocupacion pedir limosna, su única felicidad repartir á los menesterosos el producto de sus postulaciones.

En contínuo contacto con el pueblo, eran el amparo y el consuelo de las clases desheredadas, y en esto consistia su gran popularidad.

III.

La devocion que en todas partes, y especialmente en Madrid, se tenia al santo fundador de la Orden, era inmensa, y tanto que habia la costumbre, costumbre que se ha conservado hasta hace poco tiempo, de dar á los muertos por sudario un hábito franciscano.

Semejante costumbre, unida á la que habia de llevar los cadáveres al cementerio en ataud descubierto, dió lugar á que un extranjero recien llegado á Madrid se

negase á visitar el convento á pesar de que le invitaron á ello.

—De ningun modo, dijo.

—Pero ¿por qué?

—Yo tengo mis razones.

—Veamos cuáles son.

—Por fuerza debe reinar una epidemia en el convento.

—No lo crea Vd. Todos los que allí viven se conservan muy sanos.

—No se explica entonces que no haya visto desde que estoy aquí llevar al cementerio más que frailes de esa Orden.

IV.

Así como en estos tiempos no sorprende á nadie ver en las calles y en los paseos á rapaces de cuatro y cinco años convertidos por obra y gracia del entusiasmo paternal en milicianos nacionales, en aquellos era comun que los padres, y las madres sobre todo, vistiesen á sus vástagos de frailes, y cuando esto sucedia, el hábito que disfrutaba de más favor del público era el de la Orden de San Francisco.

Los pobres aseguraban que la mejor y más abundante sopa era la que repartian los franciscanos.

Todo esto contribuia á que el convento fuese verdadero objeto de piedad del vecindario de Madrid, y á que sus alrededores estuviesen siempre llenos de perso-

nas de todas clases, sexos y edades que iban á llevar ofrendas ó á demandar auxilios.

El guardian fray Meliton era un hombre angelical.

Tendria por entonces unos sesenta años, y disfrutaba de una salud y de una agilidad admirables.

Sus facciones eran bondadosas y simpáticas.

Dotado de un claro talento y de un alma en que casi todos los sentimientos se habian fundido en uno solo, la caridad, con sus palabras y con sus dádivas habia enjugado muchas lágrimas, calmado muchas penas, y como ni aun los maliciosos podian murmurar de él porque era un dechado de virtud, disfrutaba de una verdadera áura popular.

V.

Apenas le anunciaron la llegada de Pepe-Hillo dió órden para que entrara en su celda.

El torero, que conocia á todos los de la comunidad, regaló algunas de sus frases francas y humorísticas, que siempre tenia en sus lábios, á todos los que halló al paso, incluso al hermano portero.

—Salú, pae guardian; dijo entrando en la celda y besando el cordon de su paternidad; aquí me tiene su mersé en cuerpo y alma.

—Tome asiento, Sr. D. José, dijo fray Meliton, que tenemos que hablar.

—Ante todo, dijo Pepe-Hillo alargando una onza, ahí va esa medalla pa el convento.

—Dios se lo pague y se lo dé de gloria, hermano.

—Pida su mersé á Dios que no tropiece nunca con un toro marrajo, y lo demás... ya sé yo que uno no es más que un probe pecaor; pero la misericordia del Todopoderoso es infinita. Con que, vaya, sin más circunloquios, dígame su mersé qué es lo que tiene que mandarme.

VI.

Fray Meliton, que tomaba rapé, absorbió un polvo y despues hizo al torero con la mayor solemnidad esta pregunta:

—¿No le remuerde á Vd. la conciencia, Sr. D. José, de haberme ocultado algun secreto?

—¿Yo? preguntó asombrado Pepe-Hillo.

—Me explicaré, continuó fray Meliton. Vd., que es un hombre muy religioso y muy honrado, y por añadidura muy caritativo, siempre que ha venido Vd. á Madrid á ejercer su profesion se ha acordado de los pobres y ha venido á traernos muchas limosnas, y con este motivo nos hemos conocido, y yo, particularmente, he podido apreciar las cualidades que le adornan á Vd...

—Estimando, padre.

—Ya sabe Vd. que todos le queremos aquí, y Vd., que es hombre franco en las conversaciones familiares, nos ha referido todos los episodios de su vida, nos ha hablado de la felicidad conyugal, del mucho amor que

profesa á sus hijos, del cariño que les tiene, de que se educan en el santo temor de Dios.

—Sí señor; que á cristianos no quiero que gane naide á mis hijos.

—Pero al contarme todas las interioridades de su vida me ha ocultado Vd. algo.

—No caigo, padre.

—Me explicaré.

—¿No tiene Vd. más familia que su mujer y sus tres hijos?

—Tengo una hermana que está casá en Sevilla.

—¿Pero en aquella ciudad en donde Vd. nació no viven con Vd. más que su esposa y sus tres hijos?

—Ya sé por dónde viene su mersé, exclamó el torero. Vd. quiere hablarme de Lolilla, una probe muchacha abandoná que recogió mi mujer recien nacía. que la queremos como si fuera hija nuestra, y que cuando salimos de Sevilla para recorrer el mundo la dejamos con mi hermana. ¿Es eso, padre?

—Precisamente; pero me extraña que nunca me haya hablado Vd...

—Qué quiere su mersé. Esas son cosas... La verdá, siempre que pienso en esa niña se me pone en el alma una tristeza... y como es tan remona, tan agradecía la infeliz, cuando la veo, vamos, me arrepiento de haber pensao mal. Pero ¿cómo ha sabío su mersé?...

—Todo se sabe en este mundo.

—Creo que no hay ná que no sea rigular en eso de haber favorecío á una probe inclusera.

—Al contrario, amparar á los desventurados es una obra de misericordia, que Dios premiará á Vd. y á su esposa. Tanto es así, que me parece que muy en breve van Vds. á recoger el premio.

—¿Qué me quie Vd. decir?

—Es necesario que sea Vd. franco conmigo, que no me oculte Vd. nada. Tengo el encargo de hacer algunas averiguaciones, y si sus respuestas de Vd. están conformes con las noticias que han llegado á mis oidos, quizás esa infeliz, que debe á la bondad de Vd. y de su esposa lo que le han negado sus padres, podrá ser algun dia muy feliz y alcanzar Vds. algo de su felicidad.

—Me entra su mersé en curiosidad. Eche por esa boca toas las preguntas que quiera, que dispuesto estoy á responder. Y eso que pone Vd. el deo en la llaga, porque, la verdá, yo no tengo motivos para tener ni un pelo de sospecha de mi María. Antes que tal me sucediera querria verme clavao en las astas de un toro. Pero hay momentos en los que se apoera de mí un canguelo... Vamos, como que está algo oscuro aquello.

—Tranquilícese Vd. ¿Cómo llegó á noticia de Vds. el nacimiento de esa niña? ¿Cómo la conocieron Vds? ¿Cómo se resolvieron teniendo un hijo, como ya tenian entonces, á prohijarla?

VII.

Pepe-Hillo miró al fraile, vaciló algunos instantes, y al fin dijo:

—Padre, la historia es esta:

Allá por el año de 1780 tuve que ir á Ronda á matar toros en tres corrías que fueron muy sonás.

Mi maestro Costillares me buscó aquella proporcion pa que adelantase en el oficio, y como yo por entonces no andaba bien de ochavos, es decir, que empezaba á manejarme, me fuí solo, dejando á mi mujer en Sevilla. En aquel tiempo tendria un año mi Antonio.

Maté con suerte los doce bichos que me tocaron, y de allí se empeñaron en que fuera á Algeciras, y de reondel en reondel, ganando siempre aplausos y pesetas, pasé fuera de mi casa cerca de un año. Al volver, más alegre que un domingo de Páscua, me hallé con la noveá.

Mi mujer me llevó hácia una alcoba, y mostrándome las dos camas, ví en una de ellas á mi Antonio, y en otra una niña casi recien nacía. Me paece que la estoy viendo. Paecia un angelito de los que hay en la iglesia de la catedral en un cuadro de San Antonio.

«¿Qué significa esto?» le pregunté sin poderme explicar lo que me pasaba.

Por toda respuesta me dijo mi María:

«Esto significa un secreto. ¿Dudas de mí?»

La miré á la cara y no dudé; no, padre, no dudé. Era incapaz de haber cometío una villanía.

«Esta niña, añadió, se ha quedao sin madre; su adre es un descastao. Ni ha querío saber de ella. La probecita iba á ir á la Inclusa; yo he tenío lástima y la he traío á mi casa pa que sea una hermana de nuestro Antonio.»

Hubiera ofendío á mi María si hubiera abrigao sospechas un solo instante.

«¡Tú lo has hecho, le dije, bien hecho está!»

Creció á nuestro lao, y hoy, aunque solo tiene trece años, es una de las reales mozas de Sevilla, y en cuanto á cristiandá... como que está criá con nosotros y no ha visto nunca mal ejemplo. Muchas veces he querío preguntar á mi mujer si sabia algo de los padres de la muchacha. En fin, la he pedío un rayo de luz, porque me devanaba los sesos sin poder explicarme por qué habia sido abandoná.

«Algun dia lo sabrás,» me ha contestao siempre.

Y aunque he pasao muy malos ratos sin dudar de ella, eso sí, sin embargo, toavía no ha llegao el momento, y por eso al oirle hablar á su mersé de esa criatura que muy pocos, á no ser del oficio, conocen en Madrid, la verdá, me ha asombrao.

VIII.

Fray Meliton, que habia escuchado el anterior relato con la mayor atencion,

—Ha hecho Vd. bien, amigo D. José, dijo, en no abrigar recelo respecto de su esposa.

—¿Segun eso, Vd. sabe?...

—No todo lo que quisiera para satisfacer á Vd., pero sé algo.

—Si no soy indiscreto...

—Es necesario que espere Vd. algun tiempo. Lo úni-

co que le diré es que ha venido á verme una persona muy distinguida, y que enterada de nuestras relaciones me ha suplicado que con el mayor sigilo pregunte á Vd. todo cuanto sepa acerca del orígen de esa niña, porque pudiera ser muy bien que en vista de estos datos su padre, que fué muy inhumano abandonándola, arrepentido despues de tanto tiempo y disfrutando de una posicion muy buena, quisiera para calmar su conciencia hacer la felicidad de esa niña y mostrar la gratitud que siente hácia sus padres adoptivos.

—Eso no; si es que quie quitármela, se equivoca el que sea. Es la niña de mis ojos, y la verdá, acá para entre los dos, mi Antonio le tiene alguna inclinacion; ella á él, y ¿qué puee suceder? Que se quieran; se casan, y *laus Deo*. Lo que tengo es pa ellos. No necesitan ná de naide.

—Sin embargo, si pareciera el padre de esa niña, usted no seria tan cruel que le negase el consuelo de favorecerla.

—Yo...

—Seria para Vd. un cargo de conciencia.

—No igo, pero...

—Nada, nada, Vd. averigüe la verdad, toda la verdad. Cuando sepa su esposa de Vd. de lo que se trata romperá el silencio que ha guardado hasta ahora, y yo confío en que Vd., que conoce el placer que experimento cuando puedo hacer bien, no me negará la dicha de devolver la tranquilidad y el consuelo á un padre que en un momento de extravío ha sido bastante inhuma-

no para dejar al fruto de su amor sin más amparo que la piedad de un alma caritativa.

—Se hará lo que su mersé quiere, dijo Pepe-Hillo.

—No hablemos más ahora del asunto.

—En ese caso, con su licencia...

IX.

Se disponia á marcharse cuando el guardian le detuvo.

—Ya sé, le dijo, que Vd., dando un ejemplo de patriotismo, ha animado al pueblo para que acuda al llamamiento del Rey nuestro señor... La religion rechaza la guerra, yo la deploro; pero, sin embargo, soy tambien español, soy ante todo católico, apostólico, romano, y las virtudes que nuestra santa madre la religion nos enseña, me obligan á abominar la inícua criminalidad de los franceses, que han llevado al patíbulo al más honrado, al más inocente, al más bondadoso de los soberanos de la tierra.

Por otra parte, sus impías doctrinas, divulgadas bajo todas las formas, no se contentan con extenderse en aquella desgraciada nacion. Traspasando las fronteras llegan hasta nosotros, y los pueblos, que respetan á sus reyes como emanados de la voluntad Divina; los pueblos, que comprenden que sin el respeto á la ley no es posible vivir, hallan al paso esas maléficas doctrinas, y es necesario á toda costa desterrarlas, combatirlas, levantar inaccesibles murallas para que no lleguen á robarnos la paz y la ventura que, inspirada por el temor

de Dios y el amor de nuestros monarcas, disfrutamos nosotros.

Noble y grande es el ejemplo que da el pueblo español, y á Vd., como representante suyo, como su instigador en estos momentos, le felicito muy de veras. Sí, D. José. Es necesario á toda costa que entre la católica España y la prevaricadora Francia haya un abismo.

Consuela ver el espectáculo que ofrece la nacion.

A todas horas los hermanos que recorren las calles mendigando ven ejemplos sublimes de patriotismo, de abnegacion, de entusiasmo. Pero ¿qué más? Hoy, durante la sopa, uno de los más pobres, de los más miserables, proponia que nosotros no diésemos más que media racion y se destinase lo que importaba la otra media para ayudar al rey á los gastos de la campaña.

—Y eso no es ná, exclamó Pepe-Hillo. Ya hay quien ha ofrecío uno y dos dias de jornal á la semana; quien se ha obligao á mantener durante toa la guerra uno ó más soldaos, con arreglo á sus posibles; quien ha ofrecío al rey toos sus caudales; quien no tiniendo ná que ofrecer, ha entregao su persona. Ni una leva hubiera hecho lo que el decreto de S. M. pidiendo á sus vasallos que voluntaríamente ayuen á su empresa. Ahí está la *Gaceta*, que mus la lee toos los dias el mancebo del Loro, nuestro barbero, y vamos, es cosa de perder el seso; más vale ser español probe y desgraciao, que extrangis de los más ricos y afortunaos del mundo. ¡Tenemos una sangre!... ¡Uy! ¡qué sangre! ¡Arde en las venas!

Hay pueblo miserable que ha ofrecío una onza de oro á ca vecino que se aliste.

Sevilla, mi Sevilla de mi alma, ha dao ya al rey dos rigimientos de caballería vestíos y armaos desde la punta de los piés á la cabeza, que dicen aquí estoy. Toa Graná entera se ha ofresío al monarca, y no hay rincon de pueblo que no haya formao ya su compañía de cuarenta, cincuenta ó cien hombres, que no los haya vestío y armao por su cuenta y que no los tenga ya en camino.

—No solo los particulares, añadió el guardian, muestran ese entusiasmo. Tambien las comunidades religiosas se han ofrecido al rey, y el general de la Orden de San Juan de Dios ha manifestado á S. M. que todos los religiosos que puedan servir de médicos, cirujanos ó practicantes para asistir á los enfermos y á los heridos del ejército, los pone á su disposicion, costeando con los fondos de la comunidad su viaje y su manutencion mientras estén sirviendo.

X.

No continuaré repitiendo la conversacion que sobre este tema, tan en boga por aquellos momentos en Madrid, puso término á la entrevista del famoso torero con el guardian de San Francisco.

Los lectores tendrán ocasion de ver más tarde los heróicos esfuerzos que hizo España para el brillo de aquella guerra, y comprenderán que ya existian en el

pueblo español los gérmenes del heroismo que algunos años despues desplegaron nuestros padres para arrojar á los franceses del territorio de la madre patria.

Pepe-Hillo salió del convento, y tan preocupado estaba con las preguntas que le habia hecho el guardian, que se encaminó directamente á su casa, ávido de arrancar á su esposa los detalles del misterio que hasta entonces le habia ocultado.

Como el lector habrá notado, las preguntas de fray Meliton y los comentarios á las noticias de la guerra le habian hecho olvidar que habia ofrecido á Sir Guillermo proporcionarle un refugio en el convento de San Francisco.

Pero antes de escuchar la conferencia que entre los dos esposos tuvo lugar, antes de referir lo que ocurrió al inglés, antes, por último, de llevar á los lectores á algunos sitios céntricos de Madrid, para que puedan formarse una idea completa del estado en que se hallaban los ánimos desde el dia en que publicó la *Gaceta* la declaracion de guerra á los franceses, voy á dar á conocer á un nuevo personaje de los más importantes de esta historia.

CAPITULO VI.

—

Tal para cual.

I.

Necesitamos retroceder algunos años, esto es, al dia 3 de Marzo de 1793.

A cosa de las cuatro de la tarde pasaba por el puente de Segovia, despues de haber dado un paseo por la alameda de los Melancólicos, un jóven que podria tener de veintiseis á veintiocho años.

Era alto, esbelto.

Sus ojos, de un azul muy oscuro, daban á su rostro, de un blanco mate, un aspecto de modestia y de humildad que servia de máscara á su verdadero carácter.

Iba modestamente vestido.

Todo anunciaba en él al *covachuelista*, título epigramático que se daba á los empleados del gobierno.

Pero la modestia de su traje anunciaba desde luego, ó que disfrutaba un haber muy pequeño, ó estaba en la primera parte de la carrera, esto es, en la de pretendiente.

Durante su paseo se habia detenido alguna que otra vez á contemplar la hermosa cúpula del convento de

San Francisco, que por aquella parte de Madrid se levantaba majestuoso, y si hubiera expresado los pensamientos que cruzaban por su mente al contemplar aquel edificio, que en cierto modo sintetizaba el verdadero espíritu del pueblo español en aquella época, al oirle los lectores se hubieran convencido una vez más de la verdad que encierra aquel refran que dice que «el hábito no hace al monge.»

II.

No descubriré yo todavía sus opiniones, sus ideas.

Baste saber que estaba inspirado en el espíritu revolucionario que acababa de desencadenarse en Francia, y que no ménos desolador que la guerra que iba á empezar, amenazaba extenderse por toda Europa y minar por su base las antiguas creencias.

Habia pasado antes de decidirse á dar aquel paseo una hora larga en la antesala del ministro de Hacienda, ó mejor dicho, del secretario del Despacho de la Hacienda española.

Hacia ya mucho tiempo que habia entregado á su excelencia una solicitud pidiéndole una modesta colocacion para atender á sus más perentorias necesidades, y hasta entonces solo habia conseguido que el ministro le asegurase que le tendria presente para la primera vacante.

Un observador habria notado desde luego que no apu-

raba gran cosa á nuestro hombre la tardanza del ministro en cumplir su promesa.

Aquel mismo dia, despues de haber permanecido una hora esperando, cuando el portero mayor anunció á todos los pretendientes que S. E. no podia recibirles, abandonó muy tranquilo la estancia sin pronunciar una sola palabra de despecho, no contrastando su silencio y su resignacion con las epigramáticas y desconcertadas frases de los que veian defraudadas sus esperanzas.

III.

Lleno de filosofía emprendió el paseo, y consultando su reloj al acercarse á la ermita de San Isidro, vió que eran las tres y media, y apresurando el paso tornó á Madrid.

Despues de atravesar el puente de Segovia y la puerta que habia al principio de la calle de este nombre, torció por la de los Caños Viejos, se detuvo delante de una casa de muy pobre apariencia, dió un golpe, porque la puerta estaba cerrada, y esta se abrió instantáneamente, sin que nadie se presentase á recibir al recien llegado.

Gracias á una cuerda que sujeta al picaporte subia hasta el piso principal de la casa por un agujero practicado en el techo del portal, pudo franquearse el paso de aquella casa de un modo tan misterioso.

La desigual y tortuosa escalera, que arrancaba á una

vara escasa del dintel de la puerta de la calle, estaba muy oscura, y nuestro hombre al subir tropezó con un bulto inesperado.

—¿Quién va? preguntó.

—Soy yo, dijo una voz de hombre.

—¿Tú, Sinforoso?

—Sí; he salido al encuentro de Vd. para decirle que están arriba unos amigos que le esperan.

—¿Unos amigos? preguntó asombrado.

—Pero entre ellos no está seguramente el que usted aguarda.

—¿Cuándo han llegado?

—Hace media hora.

—¿Y cómo se han quedado no estando yo?

—Dicen que son de confianza, y por no dar que sospechar... pero á juzgar por su catadura, temo...

—Bien está; baja á la puerta, y si llega el hombre á quien espero y te dá la señal convenida, pasea con él alrededor de la calle; si tárdan en marcharse los que están arriba, que entre y aguarde en el portal á que se vayan.

IV.

Acto contínuo acabó de subir la escalera, y penetrando en una sala pobremente amueblada y reducida, que con dos alcobas más constituia todas las habitaciones de aquel cuarto, halló cuatro personas, una de las

cuales, levantándose, le tendió los brazos al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Oh, mi querido Juan!

—Apuesto cualquier cosa á que no esperabas esta agradable sorpresa.

Juan Picornel, que así se llamaba nuestro hombre, reconoció en su interlocutor á un antiguo amigo de la infancia, y correspondiendo á su afectuoso saludo,

—Mariano, dijo, por cierto que no por ser agradable, deja de ser sorpresa la que me causas. Hace más de diez años que te dejé en Santa Elena, lugar de nuestra cuna, y como yo he corrido tanto mundo y he sufrido tan diversas vicisitudes, te juro por mi nombre que en este instante ni siquiera me acordaba del tuyo.

V.

Despues de pronunciar estas palabras, saludó á los tres compañeros de su amigo.

Estos hicieron una profunda reverencia y todos tomaron asiento.

—Te causará extrañeza mi venida, dijo Mariano, y más aun la presencia aquí de tres personas desconocidas.

—En efecto; pero cuando vienen contigo estos señores honran mi casa y me creo obligado á sus bondades.

—No andemos en cumplidos. Estos señores son de toda mi confianza, y voy á hablarte delante de ellos del objeto que me ha traido aquí.

—Eso es lo que deseo.

—Si no existiera entre los dos una amistad tan grande, si no nos hubiéramos criado juntos en aquellas sierras, acaso no me atreveria á hablarte de un asunto tan delicado como el que me ha decidido á molestarte. Pero yo sé que aunque lo que te diga te parezca indiscreto, quedará entre nosotros, y por eso me arriesgo á hablarte.

—Me pones en cuidado con ese preámbulo. ¿De qué se trata?

VI.

Despues de mirar á todas partes como para cerciorarse de que nadie le oia:

—Estos señores, añadió Mariano dando cierto misterio á su frase, aunque son españoles han vivido algun tiempo en Francia. La enemistad que los republicanos de aquel país tienen con nosotros porque nuestro rey, que Dios guarde, ha condenado como era justo el horrible atentado que han cometido llevando al patíbulo al valeroso Luis XVI, es causa de que á todos nuestros compatriotas los miren con recelo y los persigan.

—Bien; ¿pero qué? dijo Juan poniéndose en guardia, porque con su sagacidad característica habia empezado á descubrir el verdadero objeto de la visita de su antiguo amigo.

—Al venir han traido algunos libros de los que tanto abundan por allí y escasean por aquí, gracias á la per-

secucion de los inquisidores. Mientras que fué ministro Floridablanca se estableció con tal rigor el decomiso de todos los libros que venian de Francia, que bien podia decir el que cogia uno en sus manos que ponia una pica en Flándes.

Despues el viejo Aranda, más despreocupado, mandó que se hiciera la vista gorda; pero en estos últimos tiempos, á pesar de ser jóven y tambien despreocupado el duque de la Alcudia, primer secretario de Estado de nuestro rey, lo que él no hace lo hace la Inquisicion, y no hay medio de vender, sino exponiendo el pellejo, esos libros que yo no sé lo que tú pensarás, pero que, francamente, no veo motivo para que nosotros no podamos leerlos. Somos mayores de edad, y si las doctrinas que contienen son malas, tanto peor para los libros. Si son buenas, tanto peor para el gobierno, que quiere tenernos con los ojos vendados.

Yo sé que tú conoces á todos los libreros de Madrid.

Cuando llegaste á la córte hace diez años, supe yo en Santa Elena que habias entrado de mancebo en una librería. Conocerás á todos los del gremio, y ¡qué diantre! puedes hablarles. Esos libros, por lo mismo que los persiguen, los pagan bien, y estos señores no tendrán inconveniente alguno en partir contigo sus ganancias.

VII.

—Bien se conoce que hace ya mucho tiempo que no nos vemos, dijo Juan simulando una compuncion que

no tenia. De lo contrario, no habrias pensado en mí para ese asunto. Tan católicos como yo habrá muchos; más, no. Lo que la religion condena yo lo condeno, y prefiero vivir humildemente, como hasta ahora, á enriquecerme contribuyendo á la desobediencia de las leyes que rigen en el reino.

No se ofendan Vds., amigos, añadió dirigiéndose á los circunstantes, de este lenguaje franco. A los amigos se debe la verdad, y yo les considero á Vds. como á Mariano. Mas les diré para desengañarles de una vez: no hallarán Vds. hoy en Madrid, y creo que en España, una persona bien nacida que tome á su cargo semejante comision.

—Pues lo siento en el alma. Yo creia... las personas que me han hablado de tí me han dado á entender que tus ideas eran algo avanzadas.

—Te han engañado de medio á medio. Soy un leal vasallo, y, ya ves, hoy pretendo un empleo ¿Cómo he de trabajar en contra de los que se proponen favorecerme? Por lo demás, añadió, lo que acaban Vds. de decirme se queda entre nosotros. Por mí no se sabrá.

—Esa súplica iba á hacerte. Yo te he hablado en favor de estos señores confiado en tu discrecion, en tu amistad. ¡Cómo ha de ser! ¡Paciencia! Mi intencion no era otra que la de hacer un bien. Ea, marchemos.

—Supongo, dijo Juan, que no será esta la última vez que nos veamos.

—Vendré á menudo á saludarte.

—¿Tienes algun empleo?

—He medrado muy poco; soy amanuense de un notario, y, la verdad, como se gana poco me habia propuesto aumentar mi salario. Pero ya veo que tengo mala suerte.

VIII.

Los cuatro se despidieron; Juan estrechó afectuosamente la mano de su amigo, y en un aparte,

—Te veo andar en malos pasos, le dijo; por mi parte seré discreto; pero por el camino que has emprendido se llega á un calabozo de la Inquisicion.

—Seguiré tu consejo, dijo Mariano.

Al llegar á la puerta de la calle con sus tres compañeros, entraban Sinforoso y un hombre de treinta y cinco á cincuenta años, que era el emisario que esperaba Juan.

Mientras subian la escalera el fámulo y el recien llegado, Mariano dijo á sus compañeros.

—Ya lo ven Vds., nos hemos engañado de medio á medio.

—A juzgar por sus palabras, sí. Pero quién sabe... si es tan taimado que ha conocido nuestro objeto...

—¡Oh! No lo crean Vds. Yo soy su amigo desde la infancia, sé que aunque es muy laborioso no tiene nada de lo de Salomon.

—Pues por sí ó por no, dijo otro de los tres falsos mercaderes de libros, convendria no perderle de vista.

El hombre que ha entrado hace poco con el criado me da mala espina.

—Yo me quedaré en acecho, dijo otro, y cuando salga le seguiré.

IX.

Mariano y los tres que le acompañaban habian ido á casa de Juan Picornel á tenderle un lazo.

El motivo habia sido una delacion que acerca de su modo de pensar se habia hecho al Santo Oficio por una vieja que vivia en la misma calle de los Caños Viejos.

Como verá el lector, no faltaba razon á la delatora.

Pero por de pronto, la sagacidad del delatado habia triunfado de la perspicacia de sus perseguidores.

CAPITULO VII.

—

El mensajero.

I.

Apenas llegó Sinforoso con el desconocido, antes de saludar á este,

—Sal inmediatamente, dijo al criado, sigue á esos hombres que acaban de marcharse, y hasta que me averigües dónde viven, quiénes son y cuál es el verdadero objeto que les ha traido aquí esta tarde, no vuelvas.

—Así lo haré, dijo el criado, que era muy listo.

Volviéndose al hombre que habia subido con el fámulo,

—¿Es Vd. Martin? le preguntó.

—Sí señor.

—En ese caso espero la señal convenida.

Martin estrechó la mano de Juan, y al estrecharla rozó suavemente la palma de la mano de aquel con el índice suyo.

—¿Qué planeta? preguntó Juan.

—Saturno.

—Perfectamente.

—¿Le han dado á Vd. instrucciones?

—Sí señor.

—¿Y está Vd. dispuesto á cumplirlas?

—Es mi deber.

II.

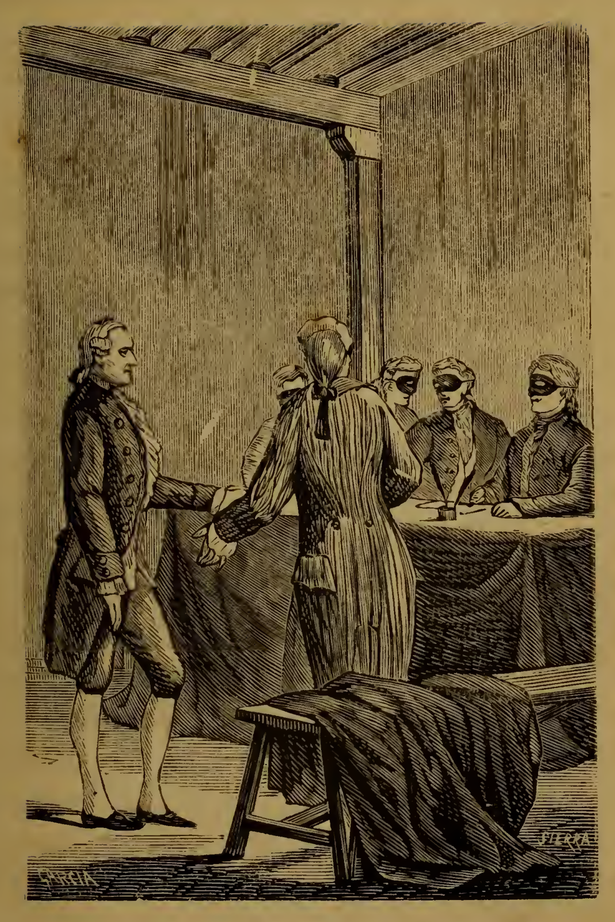
Juan sacó de una papelera que habia en uno de los ángulos de la sala una ancha venda de seda negra muy tupida.

Su interlocutor dobló una rodilla, y Juan cubrió sus ojos con aquella venda.

—Déme Vd. la mano y sígame, le dijo.

Le hizo dar dos ó tres paseos por la sala en distintas direcciones, le llevó á la escalera, le hizo bajar, le obligó á dar otras dos vueltas en el pequeño espacio del portal, subió despues con él algunos escalones, no tantos como los que habia bajado, y abriendo una puerta que habia en la pared de la escalera perfectamente disimulada, le hizo entrar por aquella abertura; siguió con él un largo corredor; despues de cerrar la puerta le hizo bajar de nuevo tres escalones, dió un golpecito en una mampara, se abrió esta, volvió á cerrarse, y terminadas estas operaciones quitó la venda de los ojos de Martin.

Este no pudo ménos de asombrarse al ver que despues de tantas idas y venidas, despues de tantas subidas y bajadas, estaban sentados delante de una mesa



—Este que veis, dijo á los enmascarados, es el emisario de los amigos del conde de Aranda.

cubierta por un tapete negro cuatro hombres con el rostro enmascarado, sin que hubiera en aquella estancia más muebles que un banco de madera de pino que corria alrededor de la habitacion.

III.

Juan Picornel rompió el silencio que reinaba en la estancia, mientras que el hombre que habia entrado en ella con él contemplaba con una mezcla de asombro y de temor su aspecto misterioso.

—Este que veis, dijo á los enmascarados, es el emisario de los amigos del conde de Aranda; acaba de llegar de Granada y viene á daros cuenta de los trabajos que se han hecho para inclinar al ilustre veterano á que abandone su silencio y que salga del retraimiento en que se ha encerrado y nos ayude á combatir á nuestros enemigos, que son los adversarios más tenaces de la luz del progreso.

—Puede hablar, dijo uno de los enmascarados.

—Con permiso de sus mercedes, dijo Martin repuesto ya de su estupor, debo manifestarles que, aunque el señor conde de Aranda se muestra muy reservado con todos los que le visitan, sin embargo, dado su carácter enérgico y al mismo tiempo franco, no puede avenirse, al cabo de su larga carrera y de los inmensos servicios que ha prestado á los reyes, á vivir desterrado y sin libertad. Porque si bien es cierto que le han dado la Alhambra y sus jardines por prision, aunque

sean de oro, cadenas son las que han puesto á sus piés. Por otra parte, le indigna con razon la idea de haber sido vencido por un jóven advenedizo, y en los accesos de ira que experimenta no puede ménos de quejarse de que entre el duque de Alcudia, pobre hidalgo de provincia ayer, humilde guardia de corps y elevado á los más altos honores por las causas que todos sabemos, y él, militar aguerrido, ministro de Cárlos III y del actual monarca, embajador en la córte de Francia y gran amigo de los hombres más ilustres de ese país, hayan oido los soberanos la voz de su enemigo, reservándole por todo premio, al cabo de sus años y de sus méritos, la desgracia y el destierro.

IV.

Al terminar su relacion hubo una breve pausa, al cabo de la cual,

—Todo eso es natural, dijo otro de los enmascarados. Pero por la misma razon de que es tan grande su prestigio, de que está herido su amor propio y de que cuenta con numerosos amigos, debe ayudarnos en nuestra empresa, prestarnos toda su influencia, todo su apoyo, derrotar á sus perseguidores y mostrar á los reyes que, á pesar de la elevada posicion que ocupan, se hallan tambien al alcance del castigo que la conciencia pública impone á la ingratitud.

—¿No se han dado pasos en este sentido cerca de su persona?

—Todo cuanto se ha hecho ha sido inútil. Amigo de los hombres que figuran en Francia al frente de la revolucion, condena sus extravíos, y aunque acepta los adelantos modernos no pierde su aficion á la monarquía. Los reyes, dice, no hay que extirparlos; solo hay que corregirlos.

V.

—Bien está; ¿hay alguna comunicacion más que hacernos? exclamó otro de los enmascarados que hasta entonces habia guardado silencio.

—Ninguna.

—Pues con el mayor sigilo es preciso que llegue á noticia del conde de Aranda que, aprovechándose de la aflictiva situacion en que se encuentra, sus enemigos se han envalentonado y han recordado á la Inquisicion las ideas que profesa y los expedientes que contra él se formularon en otro tiempo. A medida que se desarrolla en Francia la revolucion, los españoles que condenan sus doctrinas animan á los inquisidores para que persigan con más fuerza que nunca á cuantos son ó parecen adeptos á las nuevas ideas. Mientras viva el conde de Aranda hará sombra al favorito Godoy, y este, por deshacerse de él, aunque ha manifestado en varias ocasiones que se proponia contener el celo inquisitorial, dejará obrar al Santo Oficio para que le libre de su enemigo. A tal extremo llegarán las cosas, que solo aceptando por completo nuestros planes y poniéndose al

frente del movimiento que estallará muy pronto podrá acabar sus dias con la gloria que merece.

VI.

El que así habló hizo una seña á Juan, y este, presentando la venda á Martin,

—Ya es hora de partir, le dijo. Volvió á ponerle la venda, y dirigiéndose á uno de los ángulos de la estancia empujó suavemente un resorte y se abrió una puerta; dando la mano á Martin bajó con él media docena de escalones y los dos recorrieron un anchuroso pasillo; bajaron de nuevo dos tramos, y quitando entonces Juan á Martin la venda abrió una puerta y los dos se encontraron en la calle de Segovia.

—Ya puede Vd. partir, le dijo; pero le encargo la mayor discrecion.

—No tenga Vd. cuidado; me agrada el oficio de conspirador y conozco sus quiebras.

—¿Cuándo emprende Vd. el viaje?

—Tengo ya apalabrada una mula, y me propongo salir mañana de Madrid.

Los dos interlocutores se estrecharon la mano, y Juan Picornel volvió á desandar lo que habia andado con Martin, no tardando en hallarse de nuevo en la estancia misteriosa donde estaban los cuatro enmascarados.

CAPITULO VIII.

—

El primer republicano de España.

I.

Los cuatro enmascarados, que al volver Juan Picornel se habian despojado ya de los antifaces, eran José Lax, Sebastian Andrés, Bernardo Garasa y Manuel Cortés, los que unidos á Juan y á algunas otras personas que ya iré presentando, conspiraban—parecerá mentira á mis lectores—conspiraban en 1793 para plantear en España la república; y cuenta que no estoy reseñando un episodio novelesco.

Léanse las Memorias de aquellos tiempos, consúltese la historia, la de Lafuente si se quiere, y acaso sin asombro se convencerán los lectores de que, aunque pocos, ya habia al mismo tiempo que en Francia republicanos en España.

No es el asombro que supongo una opinion política. Hago historia, y la hago sin pasion.

Pero aun así es cosa que nunca he podido explicarme cómo los españoles, en cuya pátria habia nacido y se habia desarrollado la democracia, llegando al último

límite con la institucion del Justicia mayor de Aragon, pudieron admirar unas ideas que habian nacido en su suelo solo por verlas volver á él adornadas con el gorro frígio.

II.

Por otra parte, asombra tambien que en aquella época de verdadera adoracion á los reyes, compatible con los progresos que debia la nacion española al ilustre rey Cárlos III, hubiera quien pensara en convertir la monarquía en república nada ménos que en Madrid y en 1793.

Los lectores ven que esto sucedia, y el verdadero jefe, el verdadero iniciador de aquel microscópico movimiento revolucionario era Juan Picornel, cuya historia voy á trazar en breves rasgos.

III.

Ya sabemos que habia nacido en una de las colonias que algunos años antes habia fundado en Sierra Morena el famoso Olavide, con inmenso placer de Cárlos III.

Era por tanto hijo de una familia extranjera, de unos colonos que, hallándose exhaustos de recursos en Alemania, habian aceptado el ofrecimiento del rey de Castilla y habian venido á poblar aquellas nacientes colonias.

Al aceptar sus padres la proteccion que España les dispensaba, declararon que eran católicos.

Sumidos en la miseria, la esperanza de mejorar de fortuna les obligó á mentir.

Eran protestantes, y aunque con el mayor sigilo, continuaron siéndolo en España.

La educacion religiosa de su hijo Juan fué muy descuidada en el fondo, y dió, como era de esperar, los naturales frutos.

IV.

Dotado de imaginacion viva, de carácter fogoso, repugnaba á sus instintos la vida del labrador, y teniendo hermanos mayores que pudieran ayudar á sus padres á cultivar las tierras, manifestó sus deseos de buscar un acomodo en Madrid, y recomendado por el intendente de las colonias á un amigo suyo de la córte, le proporcionó este el modestísimo empleo de mancebo en una librería.

Como todos los aprendices de comerciante de aquel tiempo, tuvo Juan que pasar el noviciado barriendo y aseando la tienda, haciendo recados y desempeñando por último las funciones de un doméstico.

Los ratos que tenia desocupados los dedicaba á la lectura, y con desórden lamentable devoraba libros de filosofía, de teología, de medicina, de historia y de viajes, y saboreó al mismo tiempo algunas de las novelas que por entonces estaban más en boga.

Desarrollándose su imaginacion, despertó en él un vivo deseo de viajar.

V.

Hizo gran amistad con otros jóvenes de sus mismas inclinaciones, que eran mancebos de la famosa tienda de quincalla que tenia en las covachuelas el no ménos famoso Roseti, y José Lax, que así se llamaba su amigo, y él, cuando apenas habian cumplido uno y otro veintidos años, lo que en aquella época les hacia pasar por dos criaturas, combinaron el atrevido proyecto de aumentar sus ahorros y destinarlos á un largo viaje.

Este deseo vehemente en los dos camaradas preocupó de tal modo su imaginacion, que ni aquella hermosa edad de la vida en que se hallaban, ni el amor á los placeres afectaba su ánimo en lo más mínimo, porque su pasion dominante era la de viajar.

Cuando sus respectivos amos les daban licencia para salir á paseo se reunian, buscaban los parajes más solitarios, hablaban de sus proyectos, ideaban los medios de realizarlos, y excitados por este delirio sacrificaban el presente al porvenir, la realidad á la esperanza.

VI.

Las tiendas eran en aquel tiempo el punto de reunion, la tertulia, por decirlo así, de las personas ilustradas, de las que creian serlo, y no eran otra cosa que copias del perfecto modelo de pedantes que Moratin nos ha legado en D. Hermógenes, y de algunos caballeros pudientes

que, ocupados en hacerse ricos, no habian podido adquirir nunca y procuraban ganar lo perdido con el trato de los hombres doctos.

Juan Picornel y José Lax vivian en esta atmósfera—como decimos hoy—saturados de textos latinos, de discusiones ergóticas, de copiosas citas de autores clásicos, con lo cual dicho se está que, desarrollándose más y más sus inclinaciones, llegaron hasta el punto de pensar que habian nacido para algo más que para ocupar con el tiempo la posicion de propietarios de una covachuela.

Al fin y al cabo vino la casualidad en su auxilio y pudieron realizar sus proyectos.

VII.

Una mañana muy temprano se encontraron Juan y José juntos en la fuente de la Mariblanca.

—Me alegro encontrarte, dijo José á su amigo. Pensaba luego pasar por tu tienda.

—¿Vas á algun recado?

—Sí.

—¿Hácia dónde vas?

—Voy á la casa del Usía.

—Eso está cerca de la calle de Fuencarral. Llevamos casi el mismo camino, porque yo voy á la casa nueva de los Agonizantes á llevar estos libros á uno de los padres. Con que marchemos juntos y hablaremos por el camino.

—¿Has visto el *Diario de Avisos* de hoy?

—No; ¿trae algunas décimas, ó alguna letrilla?

—No he reparado. Te hablo de los avisos.

—Pues no lo he visto. ¿Anuncia algo que nos interese?

—¡Vaya! Como que me parece que si llegamos á tiempo van á lograrse nuestros afanes.

—Habla, habla.

—Un señoron muy rico, que tiene que ir á Francia á asuntos particulares, desea un jóven que le acompañe en calidad de ayuda de cámara.

—¿Y qué hacemos con eso? Los dos nos hemos prometido ir juntos, y si cualquiera de los dos obtuviere esa plaza, tendríamos que separarnos.

—Exige buenos informes y que el que se presente sepa afeitar y lavar medias de seda. Esto último es mi especialidad, y en asunto á afeitar, con dos ó tres lecciones que me dé el barbero de mi amo me pongo al corriente. Hoy, ó mañana á más tardar, me presento en la casa donde cita el aviso. Si me admite, como no necesito dinero para viajar, te doy mis ahorros, y con lo que tú tienes y lo mio puedes acompañarme. Salimos á un mismo tiempo de Madrid, nos hacemos los encontradizos en el camino, yo le hablo á mi nuevo amo en tu favor, y quién sabe. Si es muy rico, puede tomarte á su servicio. Si no, yo le abandono estando en Francia, y luego que suceda lo que Dios quiera.

VIII.

Juan aprobó la idea de José y todo le salió á pedir de boca.

Como por entonces los preparativos de un viaje eran cosa larga, tuvieron tiempo los dos mancebos de manifestar á sus respectivos amos la resolucion que habian tomado, de despedirse de ellos con todos los requisitos de la más perfecta urbanidad y de facilitarles el medio de reemplazarles antes de que emprendieran el viaje.

Una diligencia de seis asientos salia dos veces por semana de Madrid y conducia á los viajeros desde la córte hasta Bayona, en seis dias durante el verano y en ocho durante el invierno.

Los dos camaradas, convertidos, José en ayuda de cámara y Juan en caballero particular, salieron de Madrid á principios de Febrero de 1787, y ébrios de gozo, creyéndose dueños del mundo, llegaron á Bayona.

El amo de José llevaba una comision del gobierno español á la córte de Francia.

IX.

Juan se informó de lo que debia costarle su viaje desde Bayona hasta Paris, y viendo que sus recursos no bastaban para sufragar los gastos, se lo manifestó á su camarada.

Este tomó una resolucion extrema.

Confesó á su amo la amistad que tenia con Juan, los propósitos que habian alimentado durante mucho tiempo, y declaró que si no amparaba á su compañero, que si no le tomaba á su servicio, seguro de que entre los dos corresponderian con la mayor gratitud á sus bondades, no tenia más remedio que quedarse en Bayona, porque él no se separaba de su compañero.

Esta determinacion era un verdadero contratiempo para el diplomático.

No tuvo más remedio que aceptar aquella condicion, y los dos amigos llegaron á Paris precisamente en los momentos en que empezaban á dar frutos las semillas sembradas por los filósofos revolucionarios.

X.

Las peripecias de su estancia en Paris, que duró desde 1787 hasta 1792, es decir, la época más agitada, más dramática, más febril de la revolucion francesa, constituyen por sí solo un libro muy parecido á los que tan admirablemente nos han legado las figuras de *Gil Blas*, *Guzman de Alfarache* y algunos otros hombres vividores.

Al poco tiempo tuvo que regresar su amo á España, y los dos se separaron de él.

De aventura en aventura, ricos hoy por el juego, pobres mañana por el despilfarro, asistieron al primer acto de la tragedia que acabó con el cadalso de

Luis XVI y María Antonieta, y habiendo logrado con su claro talento acercarse á algunos de los hombres de mayor influencia en aquella sangrienta epopeya, á fines de 1792 fueron recibidos por Robespierre, y como en el plan de este revolucionario y de sus compañeros entraba el deseo de extender sus doctrinas en toda Europa y confiaban en derribar todos los tronos, descubriendo en los dos jóvenes amigos todas las cualidades necesarias para hacer propaganda, les llenó de dinero, les dió instrucciones, y al cabo de siete años de ausencia penetraron en España dispuestos á secundar en su patria, si no todos los actos de la revolucion francesa, por lo ménos el más trascendental; el planteamiento de la agitada república.

XI.

Juan se estableció en la casa de la calle de los Caños Viejos, donde le hemos visto subir á su antíguo amigo Mariano.

Esta casa comunicaba por medio de la puerta secreta que vimos abrir en la escalera, con la casa de la calle de Segovia, en donde José Lax se habia hospedado, dando á entender que habia venido de las Américas con alguna fortuna y que se proponia vivir tranquilamente de sus rentas.

Allí habian establecido los dos el foco de la conspiracion.

Juan habia tomado el carácter de pretendiente para

poder visitar los ministerios, pedir proteccion á algunos personajes, frecuentar todos los círculos de la córte, estar al corriente de lo que se pensaba y de lo que se decia y aprovechar todas las ocasiones que pudiera para aumentar prosélitos á su causa.

XII.

Gracias á este trabajo, hábilmente llevado á cabo, habia podido asociar á sus planes á los tres que con Lax se presentaron enmascarados á Martin, y entre los cinco formaron una especie de sociedad secreta, en la que poco á poco, y como verán los lectores en el siguiente capítulo, iban ingresando algunos descontentos.

Pero antes debo decir que el espía que habia dejado Mariano para acechar á Martin, cuya presencia en casa de Picornel le habia llamado tanto la atencion, se retiró muy sorprendido de no haberle visto salir en toda la noche.

Alarmado, buscó á la vieja que habia delatado á Picornel, y le dijo:

—¿Ha visto Vd. entrar un hombre en casa del acusado?

—Sí señor.

—¿Le ha visto Vd. salir?

—No.

—Pues es preciso que no pierda Vd. un solo instan-

te de vista la puerta y que le siga Vd. ó haga que le sigan en cuanto salga.

Poco despues fué á avisar á Mariano para que volviese á visitar á su amigo.

Las sospechas empezaban á parecer fundadas á aquellos emisarios del Santo Oficio.

CAPITULO IX.

Una sociedad secreta.

I.

El fundador de la Sociedad habia sido el mismo Juan Picornel, si bien es cierto que habia recibido instrucciones de los revolucionarios franceses con quienes habia tratado.

Denominábase *Sociedad secreta de la República universal*, y era una hijuela, sucursal, diriamos hoy, de la gran asociacion propagandista que se habia establecido en Francia para buscar adeptos á la forma republicana en toda Europa.

Atrevimiento y grande se necesitaba para aspirar á plantear en España, y en aquellos tiempos, una sociedad de este género.

Todos los escritores que han bosquejado las costumbres ó recorrido la historia de aquella época están de acuerdo para calificar aquel siglo de siglo de la fé.

Ser filósofo sin haber estudiado la filosofía con los frailes dominicos ó agustinos, y para eso en libros escritos en latin, que á veces ni el maestro ni el discípulo entendian, era un pecado imperdonable; y si bien es cierto

que algunos hombres ilustrados habian leido las obras de Voltaire y de Rousseau, no perdonaban los directores de la conciencia ocasion de perseguir y condenar aquellas ideas, que no sin razon calificaban de perturbadoras y que atentaban, como despues hemos visto, á la angélica tranquilidad, á la paz octaviana en que vivian nuestros antepasados.

II.

Los españoles vivian, si no en un paraiso, en una Arcadia.

Todo era acompasado: las pulsaciones del cuerpo social eran lentas, el método la fórmula suprema de la vida, la perfeccion en las operaciones diarias el efecto de esta quietud, de esta tranquilidad, de esta monotonía.

A la misma hora y con la misma voz cantaba el sereno la aparicion del alba; á la misma hora y con los mismos movimientos tocaba el campanero á la primera misa; á la misma hora y con una igualdad maravillosa se despertaba el trabajador, abrian sus tiendas los mercaderes, salian los peluqueros con la caja de los útiles á visitar á sus parroquianos; todas las ruedas de la máquina desempeñaban su mision impulsadas por un solo motor: la costumbre.

Los detalles más insignificantes preocupaban á los hombres más sérios, y la frase del predicador tal, la opinion un poco libre entonces, por más que hoy pare-

ciese cándida y trivial, expresada por algun admirador de Aranda ó Campomanes, la noticia servida fiambre por la *Gaceta* un mes despues de acaecido el suceso, eran los asuntos más importantes de la conversacion de aquellos formales varones y de aquellas pudorosas y morigeradas damas que constituian el Estado mayor de la sociedad.

III.

Por otra parte, las ovejas no se apartaban de las miradas del pastor, y el que intentare, como Juan Picornel, no ya destruir la monarquía, y ménos la religion, sino siquiera ensayar una débil excusa á los horrorosos atentados que cometia la revolucion francesa, podia estar seguro de que los que le oyeran, creyendo un caso de conciencia haberle escuchado, no fuesen á implorar la misericordia divina pidiendo al confesor la absolucion de esta para ellos imperdonable culpa.

Y, sin embargo, Juan Picornel y su amigo José Lax, creyendo en la bondad de las doctrinas que habian aprendido en sus viajes, y esperando, como esperan siempre todos los políticos propagandistas, que despues de unos cuantos años de apostolado ascenderian á altos empleados del nuevo gobierno, resolvieron aguzar el ingenio y acabaron su obra aprovechando todas las ocasiones.

A este efecto, copiando algunos las bases de las sectas masónicas que iban desarrollándose en Europa for-

mando la vanguardia de la revolucion, pensaron que para no asustar á los prosélitos que hicieran debian imprimir á su asociacion el sello de la caridad.

Fundaron, pues, una sociedad dentro de otra.

IV.

Entonces, como ahora, habia muchos descontentos.

Ni la luz del gas, ni la velocidad del vapor han podido evitar que el que trabaja envidie al desocupado, que el desocupado sea vicioso, que el vicioso se desespere y que el desesperado atribuya la causa de su malestar á las personas con quienes trata, y en último resultado á los gobiernos que rigen los destinos de las naciones.

El principio de asociacion, que ha pasado de Scila á Caribdis, representado entonces por los gremios, constituia un verdadero monopolio.

El pez grande se comia al pez chico.

Aunque se habian dictado algunas leyes devolviendo al trabajo la necesaria libertad, todavía las asociaciones gremiales explotaban al aprendiz, al principiante, y entre los descontentos de los diversos gremios empezaron los dos amigos su proselitismo.

V.

Juan, en su calidad de pretendiente, pasaba algunas horas en las gradas de San Felipe, visitaba las posadas y recorria de vez en cuando los barrios bajos de Ma-

drid, procurando entablar conversacion con todos los menestrales que se le venian á la mano.

Generalmente se dirigia á los jóvenes, y lamentándose de que sus padres no le hubiesen dado un oficio, los instigaba á que manifestasen su descontento.

—No se queje Vd., solian decirle; más vale ser pretendiente que gremial, cuando no se es maestro.

—Vamos, que á Vd. nunca le faltará trabajo.

—Bien lo sudo, y aun así y todo, las ganancias son para los que mangonean.

VI.

Entonces era cuando aprovechaba Juan la ocasion para inocular su idea.

—Así como los maestros están unidos contra los principiantes, decia, me parece que seria justo que los principiantes se unieran contra los maestros.

—Yo lo creo, contestaba el menestral.

—Eso seria lo equitativo.

—Pero... sí, sí. Los maestros son poderosos.

—Tienen la fuerza que les dan los que se dejan dominar por ellos, y si hubiera union entre los que son sus víctimas...

—Ya lo creo que algo se haria.

—Pues ¿por qué no se hace?

—Quién se atreve.

VII.

Segun el carácter que daba á conocer su interlocutor, adelantaba más ó ménos en su propaganda.

Cuando tropezaba con algun mozo listo, de claro ingenio y con ribetes de ambicioso, le confiaba que habia concebido el proyecto de formar una asociacion secreta, en la que podian afiliarse todos los que supieran y quisieran trabajar para proporcionarse mútuamente ocupacion, y emplear todos los medios de que pudieran disponer á fin de ir consiguiendo poco á poco que los odiosos privilegios que les molestaban fueran desapareciendo.

Cada uno de los que aceptaban esta idea recibia, para ser conocido de los asociados, un nombre especial, que era, segun el oficio que desempeñaba, el de una flor, el de una piedra, el de un metal ó el de un objeto cualquiera.

En un pueblo en el que, como el nuestro, está tan desarrollada la imaginacion, la sola idea de formar parte de una asociacion secreta basada en la proteccion al débil, y teniendo por añadidura nombres tan pintorescos como los que se daban unos á otros entre sí, debia, á pesar de la rigidez de costumbres, del temor á la ley y del respeto á la autoridad, hallarse sostenedores.

VIII.

Estos asociados que constituian el primer grado estaban divididos en secciones de cinco individuos, y se reunian y hablaban de sus planes los de cada grupo sin conocer los demás.

Solo uno de cada seccion podia reunirse con cuatro que respectivamente pertenecian á otros tantos grupos.

Estos constituian el segundo grado, y no pasaban de ahí, porque hasta entonces no habian podido hacer más prosélitos los dos amigos.

Pero de entre ellos, los más despreocupados, los más ambiciosos, los que por sus costumbres, por la vida que se habian visto obligados á hacer podian ser iniciados en los propósitos de Picornel y Lax, formaban cinco grupos respectivamente desconocidos, y de los cuales eran cabeza los cinco iniciadores á quienes hemos visto reunidos en la sala de las conferencias.

De esta manera, si por cualquier evento se descubria el plan de la asociacion por alguno de los individuos comprendidos en el primero y segundo grado, era difícil, no conociendo cada uno de los del primero más que á cuatro de sus cómplices y sucediendo otro tanto con los del segundo grado, era difícil, repito, que pudieran delatar á todos, con lo cual la asociacion podia subsistir aunque algunas de sus ramificacionos desapareciesen.

IX.

Otro tanto sucedia con los iniciados en el proyecto de república.

Repito que estos eran muy pocos.

Cada uno de los cinco que habian tomado el nombre de grandes maestros, solo se entendia con dos.

De estas bases tomó algunos años despues las suyas la famosa sociedad secreta del *Triángulo*, sin que pudieran ser descubiertos los asociados á pesar de que algunos de ellos subieron al patíbulo.

Tales eran los fundamentos de la sociedad creada por Juan Picornel y José Lax.

Sus tres compañeros, Cortés, Andrés y Garasa, eran, el primero un mercader cuyos negocios se habian puesto de mala data y confiaba, con el triunfo de sus ideas, mejorar de fortuna á favor del contrabando.

Andrés habia sido cirujano de un pueblo del Ampurdan, y estando próximo á la frontera francesa se habia contagiado.

X.

Bernardo Garasa, jóven aun é hijo de una familia muy acomodada, habia estado en Salamanca y se habia distinguido tanto por su carácter pendenciero y las aventuras amorosas que á cada instante acometia, que el rector se vió obligado á echarle de la universidad y

el alcalde de la ciudad, y temeroso de presentarse á su familia se refugió en Madrid, teniendo que acudir muchos dias, cuando el juego, su habitual ocupacion, no le era favorable, á la sopa de algun convento.

Pero era muy buen mozo, decidor, tenia ideas salvadoras en los momentos critícos, y el que en nuestros tiempos hubiera llegado á ser un diputado, un gobernador, ó acaso un ministro, tuvo que contentarse con sèr de dia amanuense de algun carbonero ó tabernero, por la noche jugador ,y conspirador en los ratos que le quedaban libres.

En el tiempo que uno y otro llevaban dedicados á formar en la católica y monárquica España las opiniones republicanas que tanto terreno ganaban en Francia, poco habian podido adelantar.

Pero recibian dinero de los agentes de la república, vivian alegremente, estudiaban los medios de ir inoculando poco á poco sus teorías y se congratulaban con la esperanza de un porvenir lisongero, y habiendo creido hallar un gran filon en la enemistad que se habia suscitado entre el viejo conde de Aranda y D. Manuel Godoy, el favorito de los reyes, quisieron asociar al primero á sus planes y explotar los arranques de su amor propio herido para hacer algo en favor de sus planes.

XI.

Ya hemos visto la situacion en que se hallaban estas negociaciones.

Cuando volvió Juan Picornel á la sala de las conferencias, despues de haber dejado en la calle á Martin burlando la vigilancia del que al salir de su casa con Mariano se habia quedado acechando la salida del emisario, uno de ellos sacó algunos impresos que por conducto de uno de los mayorales que hacian el viaje desde Bayona á Madrid habia recibido, y se entregaron á la lectura de ellos, informándose de los progresos que alcanzaba la revolucion.

Precisamente en aquellos momentos tenian lugar las sangrientas escenas de aquel drama.

Ya habia sido decapitado Luis XVI.

Diariamente la voraz guillotina segaba la cabeza de los adictos á aquel monarca, reservándose á los miembros de su familia la misma suerte.

El famoso zapatero Simon, convertido en preceptor del jóven delfin, cometia aquella série de crueldades que le han alcanzado el horror de todas las generaciones que le han sucedido.

XII.

Los cinco amigos saludaban llenos de gozo aquellos actos de justicia, de valor, de heroismo que practicaban los *bebedores de sangre*, y de cuando en cuando se permitian exclamaciones como estas:

—En España no hay hombres capaces de imitarlos.

—Aquí parece que todos duermen.

—La guillotina los despertaria.

—Todo es disculpable con tal de llegar á la fraternidad universal.

XIII.

Engolfados estaban en la lectura de las operaciones de que voy dando cuenta, cuando oyeron dos golpecitos en la pared.

—Es mi criado, dijo Juan.

La sesion se levantó con este motivo, y mientras Juan se dirigia á su cuarto, los otros cuatro, despojándose de sus vestiduras, pasaban á las habitaciones de Lax para irse alejando poco á poco y continuar hábilmente en las gradas, en la botillería de Canosa, en los corrales del Príncipe ó de la Cruz, y en las tertulias que frecuentaban, sus trabajos subterráneos.

CAPÍTULO X.

—

Una sorpresa agradable.

I.

Sinforoso, que era la reserva en persona, apenas hizo la señal convenida con su amo, se volvió al cuarto de este.

Juan no tardó en llegar.

—¿Qué se te ocurre? ¿Por qué me has llamado? le dijo.

—Acaba de traer un mozo de cuerda esta carta.

Y le presentó un pliego geométricamente doblado y con una gran oblea encarnada, sobre la cual se notaban las huellas de un escudo heráldico.

—¡Hola, hola! exclamó Juan, ¿si será de S. E. el secretario del despacho de Hacienda?

—Lo habria enviado con algun mozo de oficio.

—Tienes razon. ¿Pero de quién será entonces?

—Fácilmente puede verlo su merced despegando la oblea.

II.

Siguió el consejo de Picornel, y despues de dos ó tres lecturas descifró estas palabras:

«La señora camarista á quien entregó Vd. hace un mes una carta de recomendacion, le recibirá á Vd. esta noche, de ocho á nueve, en sus habitaciones.

»Pregunte Vd. en palacio por la escalera de Damas; diga Vd. al portero que le conduzca al cuarto de la señora de Matallana, quien tendrá el gusto de oir á Vd. y hacer cuanto pueda en su obsequio.»

Apenas terminó la lectura, frotándose las manos,

—Me parece que estamos de enhorabuena, mi buen Sinforoso.

—¿Era de S. E. la carta?

—No; pero ella me anuncia que tengo poderosos protectores.

—¿Y alcanzará Vd. el empleo que desea?

—Ya ves; nada ménos que una camarista de la reina me llama á su habitacion para oirme y ampararme. Se trata de mi empleo.

—¿Pero habla Vd. de veras? dijo el criado mirando de hito en hito á su amo.

III.

Este se limitó á darle un golpecito en el hombro.

—Animo, Sinforoso. le dijo; todas las cosas van sa-

liendo á pedir de boca. Pronto llegará el dia en que se cumpla mi promesa.

Sinforoso acogió estas palabras con una de esas risas estúpidas que van ya escaseando hasta en las clases más ignorantes.

El criado que servia de cómplice á Juan no creia prestar sus servicios á un político.

Para que le sirviera y fuera reservado, le habia hecho creer que uno de sus cómplices habia descubierto una mina de oro y que estaba asociado con los demás para fabricar moneda.

—Ya ves, le habia dicho, lo que el gobierno gana lo ganaremos nosotros; nos enriqueceremos; y cuando esto suceda, te daré mil ducados.

Esto para aquel hombre, que era gallego, era una gran fortuna.

Su fidelidad valia, pues, mil ducados.

IV.

Pero su amo le habia dicho que para no dar que sospechar pretendia un empleo, y de aquí el que le dirigiera Juan la pregunta que acabamos de oir.

—Lo que siento, añadió Picornel, es que esta noche no voy á poder asistir al rosario de San Andrés.

—Sale á las ocho.

—Precisamente á la hora en que yo debo ver á mi protectora.

—Pues extrañará mucho que no vaya Vd. el cura párroco D. Rafael Oseñalde.

—Tú irás á verle de mi parte, y como sabe que ando en pretensiones, le dices la verdad. De ese modo no extrañará la falta.

V.

Eran las seis de la tarde, y Picornel sacó del arca sus mejores prendas de vestir, y ataviándose con el mayor esmero, salió de su casa para hacer tiempo en la botillería de Canosa hasta la hora de la cita.

Si los lectores que han tenido ocasion de conocerle le hubieran visto fuera de su casa, bien conversando con el párroco de San Andrés, que le estimaba mucho, con algunos franciscanos de los muchos que conocia por vivir próximo al convento, ó con cualquiera otra de las personas á quienes trataba en Madrid; si le hubieran visto asistir á misa todos los dias, cumplir los preceptos religiosos con admirable exactitud y echar pestes, como suele decirse, de los revolucionarios franceses, encomiando de paso las patriarcales costumbres de los españoles, su amor al rey, su fervor religioso y su respeto á la autoridad, tendrian derecho para decirme que les habia presentado uno de los mejores cómicos de la época.

De cuando en cuando asistia á la célebre botillería de Canosa, que á pesar de su mísero aspecto era el

Fornos de entonces, por aquella razon de que en la tierra de los ciegos el rey es tuerto.

Allí acudia tambien su amigo Lax á desempeñar un papel parecido al suyo.

Pero ni se saludaban delante de gente, ni descubrian la hilaza de sus intrigas.

Eran, por el contrario, circunspectos, morigerados, jóvenes, en fin, á los que cuantos les conocian les citaban como modelos.

VI.

Precisamente á uno de sus contertulios de la botillería debió la carta que habia recibido momentos antes de la camarista de María Luisa.

Era este buen señor un intendente jubilado muy aficionado á comedias.

Juan le habia llevado la corriente desde el primer dia que le conoció, y poco á poco fué franqueándose con él, llegando á confiarle las pretensiones que tenia de alcanzar un empleo.

—Para eso, amigo mio, le dijo, se necesitan grandes apoyos.

—Ya he presentado algunas cartas de recomendacion, y entre ellas una á la señora de Matallana, que es camarista de la reina.

—¿La ha visto Vd.? preguntó el intendente.

—No he tenido esa gran fortuna; pero le dejé la carta, y al volver á saber la respuesta me envió á decir con

su criada que tendria presentes mis deseos y haria en mi obsequio cuanto pudiera.

VII.

El intendente estuvo á punto de decirle:

«Yo conozco mucho á esa señora y le hablaré en favor de Vd.»

Pero en aquellos tiempos se gozaba mucho cuando habia ocasion de dispensar un beneficio, y en vez de prometer, como hoy se hace, ni decir una sola palabra, se trabajaba en favor del necesitado con la esperanza de darle un alegron y recibirle de rechazo.

El intendente vió á la camarista y le hizo un vivo retrato del jóven pretendiente.

Ponderó tanto sus buenos sentimientos, su urbanidad, su cortesía, su aplicacion, su talento, y por último su arrogante figura, sus hermosos ojos azules, su cútis blanco, que la camarista se interesó por el recomendado, y algunos dias despues hizo llegar á sus manos la epístola que conocemos.

VIII.

Como me he propuesto ser imparcial al bosquejar la época en que, al lado de las miserias y de las debilidades, quiero presentar la grandeza y las virtudes del pueblo español, encarnándolas, por decirlo así, en la figura de Pepe-Hillo, si he de trazar caractéres que ha-

laguen el orgullo nacional y escenas de nuestros antepasados capaces de entusiasmarnos hoy, necesito tambien dar á conocer caractéres y escenas que, con razon, han alcanzado al último período del siglo XVIII justas censuras.

No era la córte de Cárlos IV ni una sombra siquiera de lo que habia sido la de su antecesor y padre Cárlos III.

La historia le llama el rey bondadoso.

Su bondad fué sin duda la causa de los extravíos de su esposa, de los atentados que contra él cometió más tarde su hijo, de la anarquía, del caos en que se vió sumida España, lo que hizo suponer á Napoleon que podria tratar como esclavos á los españoles que toleraban los escándalos de la córte.

IX:

El rey, amante de su pueblo, deseoso de imitar á su padre, incapaz de cometer la menor injusticia, animado de los más nobles sentimientos, era naturalmente perezoso.

Apasionado de la caza, por nada del mundo perdonaba sus excursiones al Pardo, y natural era que, entregado á aquel ejercicio durante toda la tarde, quisiera recogerse temprano y buscase ministros que le evitasen el trabajo de pensar en el bien de sus vasallos.

Esto daba lugar á que dentro de la córte hubiera dos círculos, el del rey y el de la reina.

En el primero se prestaba, en efecto, mucha atencion al bienestar de los vasallos; pero tambien se hablaba mucho de caza, y halagando su pasion favorita todos los que se acercaban al monarca y se interesaban por saber las peripecias de la cacería del dia anterior, estaban seguros de obtener las bondades del buen rey.

En el círculo de la reina preocupaban más las diversiones, las intrigas amorosas, las anécdotas de la galantería, y aquella desdichada princesa tenia á su lado camaristas que, halagando sus instintos, apartaban poco á poco á la esposa del rey de los deberes de mujer y de reina.

Así, pues, confiando los cortesanos en el amor que los vasallos tenian á sus reyes, en el profundo respeto que les inspiraban y confiando tambien en que, aunque las murmuraciones tratasen de poner en duda su virtud, no habria un solo español que no acusase de delito de lesa majestad al que semejante insinuacion se permitiera; aprovechándose de la bondad del rey, de las vehementes pasiones de la reina, formando una muralla más elevada que la de la China entre la córte y el pueblo, iban poco á poco arrojando las semillas que tan amargos frutos debian dar algunos años despues á nuestra triste pátria.

X.

Una de las primeras condiciones que se necesitaba

para hacer fortuna era deber á la naturaleza un buen palmito.

Ejemplo palpable de esto era el mismo Godoy, favorito de los reyes, que de humilde guardia de corps habia llegado en breve tiempo y muy jóven aun al alto puesto de primer secretario de Estado, alcanzando además honores, gracias, fortuna y hasta un título.

Bajo este punto de vista, Juan Picornel estaba llamado á hacer fortuna, porque reunia los dos tipos de la belleza antigua: el de Hércules y el de Apolo.

Si su arrogante figura hablaba á los sentidos, su rostro, de un blanco mate, sus ojos, de un azul purísimo, daban á su fisonomía todo el carácter de voluptuosidad necesaria para desempeñar un buen papel en aquel círculo de la córte en donde toda la política que se practicaba era el amor.

XI.

Poco antes de las ocho penetró nuestro héroe en palacio por la puerta principal, se dirigió hácia la derecha, subió la escalera de Damas, preguntó al portero y no tardó en hallarse en una sala profusa y ricamente adornada con muebles dorados, magníficos cortinajes, porcelanas y preciosos cuadros, en su mayor parte miniaturas.

Despues de un cuarto de hora de antesala, se abrió una mampara y se presentó á sus ojos la famosa camarista de la reina, doña Isabel de Matallana.

CAPÍTULO XI.

Las buenas fortunas de un pretendiente.

I.

Era esta favorita de la reina mujer de cuarenta y cinco á cuarenta y seis años, alta, esbelta, con todo el aspecto de una matrona, y poseia á las mil maravillas el arte de aparecer más jóven de lo que era.

Acostumbrada á vivir desde muy niña en palacio, tenia todo el buen gusto, toda la elegancia, toda la distincion que se adquiere en esa gran casa, y al mismo tiempo toda la habilidad, toda la coquetería, toda la diplomacia, todo el talento que necesitan los palaciegos para no ser víctimas de las muchas intrigas que hay en los palacios, para no perder la gracia de los reyes.

Preciso es confesar que era en extremo simpática.

Sus ojos grandes y vivos eran de un negro muy profundo.

Sus cejas, muy pobladas, tambien negras.

La empolvada peluca aumentaba su régia belleza, y un hoyuelo que se formaba en su mejilla izquierda daba en ciertos momentos á su fisonomía un atractivo tal, que á

pesar de sus años era todavía lo que se llama una mujer irresistible.

II.

Juan, poco acostumbrado á pisar alfombras y á tratar con damas tan encopetadas como aquella, experimentó al verla ese temblorcillo, esa emocion que infunde en nosotros la superioridad de cualquier personaje á quien vemos por la primera vez rodeado de todo su prestigio.

Pero la voz dulce y cariñosa de aquella mujer, la desenvoltura con que tomó asiento, el gracioso gesto que hizo para indicarle que se sentara, pusieron pronto término á su cortedad, y accediendo á la indicacion de la Matallana, se sentó á respetable distancia de ella.

III.

—¿Es Vd. el jóven recomendado del intendente?

—Sí señora, respondió Juan.

—Mucho he sentido no haber podido hacer nada en obsequio de Vd. hasta ahora. Pero han sido tales los elogios que de Vd. me ha hecho su amigo, que he deseado conocerle y ofrecerle de nuevo mi escasa influencia para conseguir el objeto que le ha traido á Vd. á Madrid.

—Permítame V. S. que bendiga mi fortuna despues de oir los generosos sentimientos que acaba de mani-

festarme, dijo con desparpajo el *primer republicano español*, porque yo sé que los deseos de V. S. son leyes para todo el mundo.

IV.

Esta frase galante mereció á la camarista una de las miradas más cariñosas de una mujer de mundo.

—Hay exageracion en lo que Vd. dice, exclamó; pero de todos modos, le agradezco esa buena opinion que tiene de mí, y para justificarla algun tanto le haré una confianza.

—¡Tanta bondad, señora!

—No es mi influencia omnímoda; pero si no lo puedo todo, suelo adivinar algo, leer en el porvenir, y me parece, añadió volviendo á mirar con coquetería á Juan, me parece que ha de hacer Vd. fortuna en la córte.

—Si V. S. me toma bajo su proteccion...

—Así lo haré.

—¡Oh, señora! exclamó Picornel levantándose y doblando una rodilla; permítame V. S. que en señal de reconocimiento bese su mano.

—Eso solo se hace con los reyes.

—V. S. es reina de la hermosura y la bondad.

—Basta, basta; me confunde Vd. con esos elogios, y... en lo sucesivo no me dé Vd. tratamiento. Me intereso por Vd., deseo hacer su suerte... Mañana vaya Vd. á la audiencia del duque de la Alcudia. Dígale usted que es el recomendado de la Matallana, explíquele



...Permítame V. E. que en señal de reconocimiento bese su mano.

Vd. sus pretensiones. Yo le interesaré hoy en favor de Vd.

—Gracias, señora, gracias. Supongo que me permitirá V. S....

—Hábleme Vd. con más afecto.

—Bien; que me permitirá Vd. volver á darle las gracias por sus bondades.

—Cuando Vd. necesite de mí. La posicion que ocupo me priva de recibir con frecuencia aun á las personas de mi afecto, porque en palacio todo se observa, no faltan maliciosos...

—¿Y quién puede atreverse?...

—La envidia, la ruin envidia. El próximo domingo irán los reyes á la plaza de toros. Habrá novillos... una funcion divertidísima. Los fuegos artificiales llamarán la atencion seguramente. Vaya Vd.; yo estaré cerca de S. M. y procuraré hablarle en favor de Vd. Con esto y con mi recomendacion al duque de la Alcudia, creo que muy en breve verá Vd. realizados sus deseos.

—Quizás no todos, exclamó Juan dirigiendo una intencionada y ardorosa mirada á la camarista.

Esta bajó los ojos.

V.

Juan se dispuso á partir.

—¿Me permitirá Vd., señora, que vuelva á darle gracias?

—Si Vd. se empeña... pero yo le avisaré á Vd. cuando pueda recibirle.

Juan salió de la estancia.

—Ese jóven hará fortuna, dijo Isabel.

É instintivamente se miró á un espejo.

Casi al mismo tiempo hizo una observacion.

Pero la hizo tan callando, que si el novelista no pudiera penetrar en el sagrado de las intenciones de sus personajes, se quedarian los lectores sin saberla.

La buena señora formuló su pensamiento de este modo:

—¡Es cosa extraña! Todos los jóvenes prefieren á las señoras ya formales, y las señoras ya formales... á los jóvenes.

VI.

Mientras tanto Juan Picornel se iba diciendo:

—Me parece que he ganado más terreno de lo que suponia. Esta mujer me ayudará á plantear la república en España.

Al dia siguiente vió muy temprano á sus amigos.

Les comunicó todo lo que le habia sucedido desde el dia anterior, haciéndoles concebir las más lisonjeras esperanzas.

VII.

A las once de la mañana se hallaba ya en la antesala del palacio de Godoy, aguardando el momento de presentarse á S. E.

—Avise Vd. al señor duque, dijo al portero, que desea verle el recomendado de la señora de Matallana.

Al oir este nombre hizo el funcionario una profunda reverencia.

Poco despues volvió.

—El señor duque desea que entre Vd. el último para poder enterarse con más calma de su pretension.

Juan esperó, y al cabo de una hora se halló en presencia de D. Manuel Godoy.

—Doña Isabel, le dijo, me ha hablado de Vd. con el mayor elogio y deseo complacerla si es posible. ¿Qué pretensiones son las de Vd?

—Señor, respondió Juan, he presentado un memorial al secretario del despacho de Hacienda rogándole que utilice mis conocimientos en cualquier empleo, por humilde que sea, en las oficinas que están á su cargo. No tengo otros recursos para vivir y aceptaré cualquier destino. Pero ya que V. E. es tan bondadoso conmigo, voy á pedirle permiso para hacerle una revelacion.

—Hable Vd. con franqueza; soy muy amigo de los jóvenes por lo mismo que yo tambien lo soy y que tantos favores he merecido de la suerte.

—Pues bien, señor, yo he vivido algun tiempo en el extranjero, poseo con alguna perfeccion el idioma francés, escribo correctamente, sé notar con alguna facilidad, y la aspiracion de toda mi vida ha sido la de desempeñar las funciones de secretario cerca de algun ilustre personaje.

Yo creeria realizar un sueño si V. E., despues de ponerme á prueba, me eligiese para ser el último de sus secretarios.

—Algo ambiciosa me parece esa pretension.

—Es mi debilidad, señor; ¿por qué negarlo? Soy ambicioso.

—Así me gusta, dijo Godoy; y como sirva Vd. para el caso, yo le prometo que será Vd. secretario mio.

—Ese seria el colmo de mi felicidad.

—Deje Vd. las señas de su casa á uno de los ugieres, y yo avisaré á Vd. el dia en que deba empezar á desempeñar el empleo á que aspira.

VIII.

Juan abandonó ébrio de gozo el lujoso despacho del ministro.

Estaba á punto de realizar sus más vivos deseos.

Desde que habia llegado á España y habia tenido noticia de la privanza de que disfrutaba Godoy cerca de la reina, su más vehemente esperanza habia sido acercarse á aquel personaje.

Y no deseaba puesto tan importante y de tanta utilidad para medrar, para alcanzar riquezas, para explotar los secretos que descubriera, no; al contrario, era un iluso, tenia fé en sus creencias, las ideas revolucionarias que habia aspirado en Francia habian fascinado su imaginacion, y no cambiaba todas las grandezas del mundo, todos los honores que pudiera proporcionarle

un monarca, por la esperanza que abrigaba de poder en alguna ocasion romper, como él decia, las cadenas de la esclavitud y dar la libertad al pueblo.

Para llegar á este fin habia tomado el carácter de pretendiente.

Todo le favorecia.

Iba á verse de un momento á otro al lado del hombre que regia los destinos de España, con lo cual, no solo podia llegar á conocer á fondo la verdadera situacion del país, sino la verdadera fuerza del enemigo á quien pensaba derrotar.

IX.

Sus hermanos de conspiracion le oyeron pronunciar estas palabras:

—Creo que muy en breve seré el confidente del duque de la Alcudia y el amante de la camarista mayor de la reina. Nuestro triunfo es seguro.

Trascurrieron tres dias, en los cuales ni de Godoy ni de la Matallana recibió aviso alguno.

Al llegar el domingo acudió al sitio en donde le habia citado la camarista.

CAPÍTULO XII.

—

Una corrida de novillos en 1793.

I.

Entonces, como ahora, precedian en el circo tauromáquico de Madrid las corridas de novillos á las de toros.

Se hallaba en todo su apogeo el arte, que á tanta altura habian elevado Francisco Romero, Costillares y los discípulos de estos, Pedro Romero y Pepe-Hillo.

El público, que vivia en medio de una paz octaviana, de una tranquilidad que solo puede hallarse hoy—y para eso no ha de ser en tiempo de elecciones—en la más apartada aldea de la Península, acudia agitado y febril, casi frenético, á aquel magnífico espectáculo, en el que, unida la inteligencia y el valor, desafiaban las iras de una fiera y la humillaban y la vencian en medio de entusiastas y atronadores aplausos.

Se comprende muy bien que sucediera esto.

Como á la tempestad sucede la calma, y vice-versa, así á la tranquilidad, al acompasado movimiento de nuestros abuelos, sucedia en ellos el deseo de presen-

ciar aquellas dramáticas escenas que les agitaban, los conmovian y los galvanizaban.

II.

Pero entre las grandes corridas, en que los diestros más reputados eran objeto de la universal admiracion, complacíanse los habitantes de Madrid en asistir al circo á presenciar corridas de novillos, porque constituian, por decirlo así, el genero cómico, la parte asainetada de la funcion.

En ellas lucian sus habilidades y sus gracias los aficionados.

El público se convertia en actor, y eran amenizadas además con mogigangas—acaso más discretas, más entretenidas que las que hoy nos regalan—y con vistosos fuegos artificiales, en los que, dicho sea de paso, nadie aventajaba por entonces en Europa á los pirotécnicos españoles.

Para dar una idea de esta clase de funciones en aquel tiempo, voy á permitirme reproducir al pié de la letra el programa de la funcion á que asistieron los reyes, y á la que, por lo tanto, por indicacion de la camarista acudió Juan Picornel.

Este documento me evitará una descripcion, y de seguro por su carácter de antigüedad agradará á los lectores.

III.

El programa que publicaron la *Gaceta* y el *Diario de Avisos*, únicos periódicos que entonces veian la luz del sol y la luz del aceite, decia así, con la debida anticipacion:

«Mañana es la duodécima corrida de novillos. Mandará y presidirá la plaza el Sr. D. Juan de Morales Guzman y Tovar, corregidor de esta villa. Los diez y seis novillos son de las acreditadas vacadas de la villa de Colmenar Viejo. Mediante cifrar todo su interés los valerosos aficionados Juan Morin y José Gavara, en mostrarse reconocidos al general aplauso que les dipensó el público en la anterior corrida, prometen continuar picando en esta con varas delgadas los tres primeros, y no siendo de ménos consideracion el que asiste á los bizarros jóvenes Vicente Alvarez (el *Pelon*), Manuel García, Juan Ruiz y Sebastian Cachota, de hacer más grata la diversion, picarán montados cada uno en su caballo de pasta, que con la mayor industria y seguridad se fijarán frente á la puerta del toril sobre sus respectivos maderos, los dos siguientes, que como los demás, capeará y banderilleará la cuadrilla de á pié, al cuidado de Alfonso Alarcon y Cristóbal Diaz. A los restantes, y no á otros, se permite bajar á los aficionados, excepto á los ancianos y muchachos, bajo la multa de 25 ducados. Los maestros polvoristas Alonso y Antonio Barea, naturales de la villa de Albacete, que tu-

vieron el distinguido honor de presentar á SS. MM. y AA. en la noche 6 de Febrero una magnífica máquina de fuegos artificiales de maravillosa invencion, se han prestado voluntaria y caritativamente á disponer del sobrante de ellos, á beneficio de ambas causas piadosas, un famoso castillo, tanto por su construccion, cuanto por la variedad de ruedas, coronas, truenos, soles y chisperos reales con que estará adornado; previniéndose que antes de arder dicho castillo, se echará bastante número de cohetes y fuegos de las clases siguientes:

Pólvora de mano en salidas que se han de echar.

Primeramente, diez salidas de 30 cohetes ordinarios.

Dos dichas de cohetes de luces.

Una de cohetes de cuatro suspensiones.

Otra de cohetes de tres truenos.

Otra de cohetes ciegos.

Otra de cohetes de dos arranques.

Otra de culebrinas.

Clases de cohetes reales que se han de disparar.

Unos que subirán iluminados.

Otros de cinco suspensiones.

Otros que en medio de su carrera se convertirán en ocho, y estos todos seguirán el mismo rumbo.

Otros que á su final despedirán diez y seis luces, y estas se convertirán despues en diez y seis truenos, que serán con intermision.

Otros que despedirán treinta culebrinas.

Otros que en medio de su carrera despedirán seis luces, y siguiendo su rumbo, á su final darán seis truenos.

Otros por el contrario.

Otros que arrojarán ocho carretillas.

Seguirá el fuego ardiendo por cuerdas que irá y vendrá por muchas veces; unas ruedas iluminadas, otras de chispería, otras que en medio de su carrera despedirán salidas de cohetes, y otras que de ida y vuelta siempre darán truenos. Se dará fuego por los cuatro costados de un castillo á cuatro estrellas, que formarán hermosamente de chispería, que concluida se iluminarán y principiarán á dar vueltas, y á su final se iluminarán ocho columnas que tambien voltearán de chispería; seguirá despues el fuego al primer cuerpo, ardiendo en tronería, y en su cornisa se incendiarán 48 rodeles y ocho coronas de iluminacion, que á su final darán ocho truenos fuertes; pasará el fuego al segundo cuerpo ardiendo de tronería; y en su cornisa por cuatro partes, se incendiarán 32 chisperos reales, é iluminarán cuatro soles que voltearán; últimamente, se continuará el fuego al tercer cuerpo, ardiendo de tronería y chispería, y en su cornisa habrá un incendio nevado; concluido este se iluminará el chapitel, que arrojará bombillas de luces, y á su final habrá una gran salida de cohetes reales; y concluirá pasando el fuego á una palma que arderá de tronería y chispería, dando fin con un trueno de grande estrépito.—Se empezará á las tres y media.

IV.

Enterado el lector del programa de la funcion, no necesito decirle que se cumpló al pié de la letra, y ¡ay! del que hubiera faltado al más insignificante pormenor de lo ofrecido.

En aquellos tiempos tenia el público en la autoridad un verdadero guardian de sus derechos, y los que habia adquirido al comprar el billete para asistir al espectáculo tenian que cumplirse al pié de la letra, so pena de que el que faltase á ellos, cualquiera que fuera su categoría, fuese puesto de patitas en la cárcel.

El pueblo de Madrid asistia á aquel espectáculo con el mismo entusiasmo, con la misma alegría que hoy.

El traje ha cambiado.

El personal es el mismo.

En donde se sentaban las agraciadas manolas, las airosas majas, las remilgadas petimetras, los almibarados currutacos, las damas de la nobleza con sus vistosos trajes unos y otras, se sientan hoy los degenerados descendientes de aquellas venturosas generaciones con trajes ménos vistosos, ménos españoles, y no hay nada verdaderamente tradicional en todo el espectáculo más que el *golilla*.

En efecto, el alguacil que da la llave del toril es el único que conserva el traje.

Por lo demás, resonaban entonces las mismas frases que hoy.

De padres á hijos han ido trasmitiéndose, y por eso los que quieren hacerse la ilusion, siquiera sea por breves horas, de que están en España, en la España idólatra del rey, idólatra de la religion, idólatra de la patria, si quieren hallarla en la expansion que entonces tenia, necesitan asistir, aun en nuestros tiempos, á las corridas de novillos y de toros.

V.

Ninguno de los aficionados que tomaban parte en la funcion á que asistieron los reyes, la Matallana y el jóven pretendiente merecen llamar la atencion.

Solo uno de ellos, *El Pelon*, ha tenido descendencia, y todavía andan por Madrid uno ó dos hijos suyos.

Los fuegos artificiales maravillaron á nuestros bisabuelos.

Durante el espectáculo, Juan Picornel, que apenas separaba los ojos del palco de los reyes, tuvo ocasion de comprender que la Matallana le cumplia su palabra.

Habló dos ó tres veces con la reina doña María Luisa, y esta buena señora se dignó mirar al protegido de su camarista.

VI.

Juan desempeñó su papel á las mil maravillas.

Permaneció toda la tarde sin prestar atencion al espectáculo.

A lo mejor se quedaba como ensimismado, bajaba los ojos al suelo, despues los elevaba con timidez hácia el palco régio, decia con sus miradas á la camarista algo que aquella dama, acostumbrada á las lides de amor, comprendia perfectamente, y al ver que SS. MM. se levantaban de su asiento y abandonaban el palco, dejó el suyo Juan Picornel, y corrió á la puerta por donde salia la régia comitiva para poder despedir á la Matallana con una nueva mirada ardiente y un nuevo suspiro de los más profundos.

Tan cerca pasó de su lado, que proporcionó á Juan la ocasion de recoger un pañuelo ricamente bordado que se le cayó de la mano.

En vez de dársele,

—Permitidme que le guarde, dijo á media voz.

Y la camarista, comprendiendo aquel acto del jóven, que en aquellos tiempos no podia traducirse como un acto de vil interés, toda vez que estas prendas de amor no se cotizaban por los prestamistas, con la más refinada coquetería miró al jóven, y deteniéndose un instante le dijo á media voz:

—Hasta mañana á las ocho.

VII.

Juan se dirigió, como tenia de costumbre, á la botillería de Canosa, y al llegar encontró allí á su criado.

—¿Cómo es eso? ¿Qué vienes á buscar aquí? le preguntó.

—Han enviado para Vd. una carta, y como sé que viene Vd. á estas horas á la botillería, he querido anticiparme á sus deseos.

—¿La traes?

—Sí señor.

—Dámela.

Juan rompió el sobre y leyó con ansiedad la epístola.

Era del duque de la Alcudia y le rogaba que fuese á verle aquella misma noche á las nueve en punto.

Despidió á Sinforoso, conversó con el intendente, su protector, dándole gracias por la eficaz recomendacion que habia hecho en su favor y manifestándole que, gracias á su influjo, creia ser colocado; fué despues al corral del Príncipe á conversar un rato con Manolito Gala, jefe de los *polacos*; oyó cantar á María Chaves (a) la Zoronguita, las seguidillas de la *Tempestad*, el *Canario* y el *Arroyito*, y haciendo tiempo por las calles, al oir las ocho y media en el Buen Suceso se encaminó hácia la plaza de los Ministerios.

VIII.

La noche estaba oscura, y como no llevaba farol, tuvo necesidad de pedir auxilio á un sereno, no tanto para que le librase de algun salteador, como para que le evitase un tropezon en los barrancos y sinuosidades

que constituian los alrededores, no solo de palacio, sino de la casa que habitaba en la plazuela antes nombrada el primer secretario de Estado.

S. E. no habia vuelto aun de palacio y tuvo que aguardarle.

A las nueve y media oyó en la calle el ruido de un carruaje.

Un momento despues entraba Godoy en su despacho.

CAPITULO XIII.

—

El ministro de Carlos IV.

I.

D. Manuel Godoy podria tener, en la época en que le presento á mis lectores, veintiseis años á lo sumo.

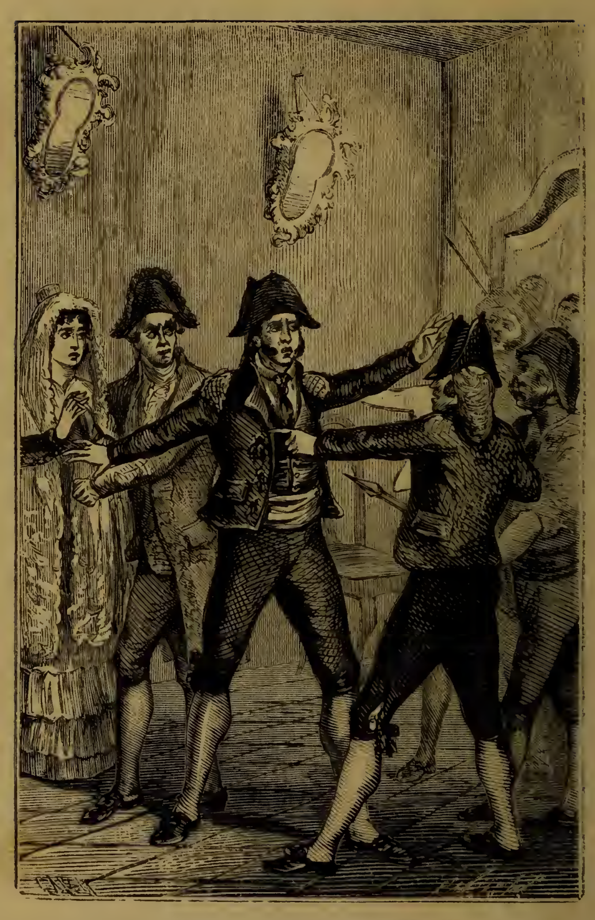
Hijo segundo de una modesta y honrada familia que residia en Badajoz, habia pasado al lado de sus padres con bastante estrechez los primeros años de su vida.

Con muchos escudos heráldicos, pero muy pocos de los acuñados en la real Casa de la Moneda, careciendo de mayorazgo, no tuvieron más remedio sus padres que hacerle entrar en la milicia del rey, puesto que para la de Dios no tenia vocacion y no convenia á sus padres que entrase en la del diablo.

Estas tres milicias eran los únicos caminos que por entonces se abrian á la juventud.

Tanto Manuel Godoy como su hermano Diego fueron destinados á la carrera militar.

La naturaleza se habia esmerado con Manuel y habia hecho de él lo que se llama un real mozo.



—¡Atrás! dijo Pepe-Hillo.

El mundo debia convertirle en un mozo aprovechado.

II.

Dotado de una figura esbelta y arrogante, de un rostro fascinador, de unos ojos de fuego, de un atractivo irresistible, fácil era adivinar que la carrera militar ofreceria ancho campo al jóven para que hiciese fortuna en breve tiempo.

Obtener una banderola era el mayor deséo de los segundones, y hasta de los primogénitos que no eran mayorazgos.

Para conseguir esta especie de prebenda militar era necesario formar parte del real cuerpo de Guardias de Corps.

Este cuerpo constaba de cuatro compañías, á saber: la Flamenca, la Americana, la Italiana y la Española.

Los individuos de estas compañías tenian el tratamiento de *caballeros* y la categoría de oficiales de ejército.

Su haber consistia en diez reales diarios.

Todos vestian el mismo uniforme.

El distintivo que marcaba la compañía á que pertenecian era la banderola.

Los de la compañía Flamenca la llevaban amarilla.

Los de la Americana, amarilla.

Los de la Italiana, verde.

Los de la Española, carmesí.

Sobre estos colores formaban en todos ellos cuadros unos preciosos galones de plata.

III.

A los diez y siete años obtuvo Manuel Godoy la banderola en la compañía Española, y con sus diez reales diarios, su habitacion en el cuartel y su criado ó asistente, llegó á creer que nada le faltaba en el mundo para ser feliz.

La fortuna, sin embargo, le preparaba triunfos mayores.

Bien sabe Dios que no quisiera levantar un falso testimonio á la ilustre dama que por entonces compartia el tálamo conyugal con el buen rey D. Cárlos IV.

Para mí tienen los reyes algo de sagrado.

Sin embargo, la historia, la tradicion, alguno que otro papel suelto de la época, todos los datos coinciden á demostrar que aquella hermosa italiana albergaba en su pecho pasiones vehementes, y la malicia, que es de todos los tiempos, al ver á Manuel Godoy, simple segundon de una familia pobre, guardia de Corps, y de los más modestos á los diez y ocho años, convertido á los veintiuno en consejero y favorito de los reyes, y poco despues en primer secretario del Despacho, lleno de honores, con un título ilustre, cubierto de condecoraciones, nadando en oro, sospecha que esta gran fortuna la debió en cierto modo á las liberalidades de la reina.

Motivos poderosos eran tambien para atribuir á semejante orígen su fortuna las prendas personales que le adornaban.

Pero digamos, para ser justos, que en sus *Memorias* nos ha dejado una prueba irrecusable de su talento, de su carácter franco y generoso, de su amor á la gloria, de la nobleza de su ambicion.

IV.

En algunos círculos, los más próximos á la córte, se murmuraba de él.

Más abajo, pocos eran los que, aunque abrigaban sospechas en su fuero interno, se atreviesen á manifestarlas; porque entonces habia caridad y estaba muy presente en el ánimo de todos el ejemplo de los hijos de Lot.

La política interior era una cosa muy sencilla.

Estaba reducida á medidas de buen gobierno, mejor dicho, no habia política, no habia opiniones, no habia partidos.

Los reyes, verdaderos padres del pueblo, atendian á todas sus necesidades y decretaban todas las medidas más oportunas para la prosperidad de la industria y del comercio, para el adelanto de la agricultura, para la comodidad de los vecinos de las poblaciones, llegando hasta el punto en aquel sistema preventivo de establecer en las Reales Ordenanzas que las clases no pudieran mezclarse unas con otras, y para impedir que las for-

tunas particulares llegasen á ser esclavas del lujo ó del despilfarro.

Todo esto era paternal.

Las leyes respiraban cariño, amor á la familia, y los encargados de cumplirlas eran por lo tanto objeto de veneracion.

V.

Los ministros trabajaban con tranquilidad, con desahogo, sin verse asediados de pretendientes, sin necesidad de ejercer la influencia moral para obtener candidatos en las elecciones.

Tenian, pues, tiempo de estudiar las leyes antiguas y reformarlas, y se hallaban animados además de la seguridad de permanecer muchos años en su puesto.

Así es que, si los acontecimientos de Francia no hubieran obligado á España á tomar una actitud enérgica enfrente de los revolucionarios; si Godoy no hubiera personificado esta política, es muy posible que hubiera continuado mucho tiempo sin llegar al alto puesto en que le hallamos colocado al presentarle á los lectores en esta historia.

Pero por lo mismo que tan repentinamente se habia elevado era mayor el número de sus enemigos y necesitaba toda la proteccion de los reyes y todo el talento que hasta sus adversarios le reconocen, para defenderse de los continuos y simulados ataques de que era objeto.

VI.

Por una parte eran sus enemigos los admiradores de Floridablanca.

Por otra le dirigian sus dardos los amigos del conde de Aranda.

La Inquisicion no le miraba con buenos ojos.

El clero, aunque haciendo salvedades, no podia ménos de censurar el orígen que se atribuia á sus sorprendentes triunfos, y no seguro aun en su puesto porque el lazo que le retenia en él podia romperse con la misma facilidad con que se habia anudado, necesitaba trabajar dia y noche para vencer los obstáculos, para deshacerse de sus enemigos y permanecer siempre á flote en el revuelto mar en donde se agitaba.

VII.

Despues de la primera entrevista que habia tenido con Juan Picornel, se habia quedado un rato reflexionando sobre las cualidades que habia manifestado á sus ojos aquel jóven.

—Si no está maleado, se dijo, si no le domina una ambicion insensata, ese hombre me conviene.

Godoy, como todos los advenedizos, necesitaba hacerse partidarios, derramar beneficios á manos llenas, y

sobre todo mostrar á la nacion que desde el puesto que ocupaba sabia apreciar los talentos y las virtudes de los hombres premiándolos con equidad.

Pero eran en aquellos momentos tan importantes los asuntos que ocupaban su imaginacion, necesitaba con tal prisa hacer los preparativos para la guerra que era inminente entre Francia y España, veíase obligado á negociar en secreto con los revolucionarios al mismo tiempo que creaba en España los ejércitos que debian combatir al enemigo, tenia tan asíduas y tan trascendentales entrevistas con el encargado de negocios de Francia, con las personas influyentes de las ciudades y pueblos de España que debian acudir al llamamiento del rey, que no tardó en olvidar al jóven recomendado de la Matallana, razon por la cual pasaron algunos dias sin que le llamase.

Pero asistió como acostumbraba, á pesar de su poca aficion á las corridas de toros, al espectáculo cuyo programa he reproducido en el capítulo anterior.

VIII.

Aunque estuvo breves instantes en el palco de los reyes, no se escaparon á su perspicacia las señas, las miradas que la Matallana dirigia á un jóven; reconoció en él al protegido de la camarista, y como creia tener en ella uno de sus más poderosos enemigos, concibió un plan, contando para desarrollarle con Juan Picornel.

Un solo instante le bastó para explicarse lo que pasaba, y activo como era, al retirarse de la plaza de toros fué á su casa y escribió á Juan la epístola con que sorprendió á este su criado en la botillería de Canosa.

Oigamos ahora su conversacion para comprender los planes del ministro de Estado.

CAPÍTULO XIV.

—

Receta de pretendientes.

I.

—Seguro estoy, dijo Godoy al jóven, de que al ver que han pasado tantos dias sin que le cumpliese mi promesa, habrá Vd. empezado á dudar de mí.

—Sé que V. E. tiene muchas atenciones, y conozco bastante mi insignificancia para pensar que el primer ministro del rey nuestro señor, que Dios guarde, pueda acordarse del más oscuro pretendiente.

—Y, sin embargo, está Vd. en un error.

—Mucho lo celebraria.

—De la conversacion que vamos á tener depende, si no me engaño, la fortuna de Vd.

—Si así fuera, nunca podria pagar á V. E. como debo tan señalada muestra de gratitud.

—A cambio de mi proteccion, que es eficaz y poderosa, solo exijo de Vd. sinceridad.

—Estoy á las órdenes de Vd., dijo Juan con tono resuelto.

—Ante todo quiero mostrarme á Vd tal cual soy.

Ni la fortuna ha cegado mis ojos, ni el fausto y la posicion que le debo, han extinguido los sentimientos de mi corazon.

Yo he sido pobre como Vd., pretendiente como Vd.

Todo cuanto tengo lo debo á la inmerecida proteccion que me han dispensado los reyes. Pero por lo mismo la envidia me ha creado gran número de enemigos.

Vd. me dijo al verme por la primera vez, que realizaria sus más lisonjeras esperanzas nombrándole mi secretario. Ese cargo es un cargo de confianza.

No puedo otorgarle sino al hombre que se identifique conmigo, que me demuestre con su conducta, con su abnegacion, con sus sacrificios que es digno de mi afecto.

¿Puede Vd. ser este hombre?

En la antigüedad habia un dia al año en que á los esclavos permitia su señor que le dijesen la verdad.

Yo, que vivo rodeado de mentiras, quiero, exijo que me diga Vd. con entera franqueza la opinion que ha formado de mí.

II.

Esta pregunta sorprendió á Juan.

Por mucha que fuese su inteligencia, su trato de gentes, su habilidad para salvar las situaciones dificiles, no pudo imaginar al entrar en aquel lujoso gabinete que el hombre más poderoso de España descenderia hasta el punto de formular semejante pregunta.

Y aquella pregunta era en Godoy natural, lógica.

Se hallaba en momentos críticos.

Ejercia una gran influencia en la política internacional, en la única política de España; necesitaba el apoyo del pueblo y aprovechaba la ocasion de hallar en la respuesta de Juan, al mismo tiempo que la expresion del pueblo, el medio de conocer á fondo al que hasta entonces habia revelado cualidades que podian ser muy útiles al privado de Cárlos IV.

III.

—Difícil es contestar á la pregunta que se ha servido dirigirme V. E., dijo Juan, procurando salir al encuentro de Godoy.

—Nada es difícil á la sinceridad, y ya he dicho á usted antes, que quiero oir la verdad de sus lábios.

—La verdad, señor, no se puede decir á los magnates.

—¿Por qué?

—Porque cuando es verdad amarga no les gusta, y cuando es favorable parece adulacion.

—No le hago á Vd. preguntas de retórica.

—Pues bien; hé aquí mi respuesta, y perdone vuecencia si no es de su agrado.

IV.

Godoy miró fijamente á Juan.

—De cien personas, seguramente noventa y nueve dirian que cuando los reyes, que Dios guarde, han ele-

vado á V. E. al más alto puesto de la nacion, han sabido lo que se han hecho. Pero añadirian con piedad vulgarísima: «¡Lástima es que el primer ministro del rey sea tan jóven!»

Yo, señor, creo que en el mundo no sucede más que lo que tiene razon de ser, y cuando veo á V. E., jóven aun, dirigiendo la política de una nacion tan grande como España, sospecho que tiene V. E. más talento que sus antecesores, porque, de lo contrario, no hubieran podido vencerle.

Hé aquí la causa principal del deseo que me anima á llegar á ser secretario de V. E. Nada más tengo que añadir.

—¿Y creia Vd. que esa lisonjera opinion no podia ser de mi agrado?

—No, ciertamente, porque V. E. al preguntarme podia poner á prueba mi modo de pensar, esperaba sin duda que yo me distinguiera pronunciando frases que nunca hubieran llegado á oidos de V. E., y no he hecho más que repetir lo que á todas horas dicen á vuecencia cuantos le rodean.

V.

Godoy mandó sentar á Juan.

—Supongamos que le admito á Vd. en calidad de secretario mio. ¿No le parece á Vd. equitativo que antes que yo le confie mis secretos sepa algunos de Vd.?

—Nada más natural.

—Soy un poco curioso, y por otra parte, mi curiosidad va á demostrarle el interés que le profeso. ¿Hace mucho que conoce Vd. á la señora de Matallana?

—Hace muy pocos dias.

—¿Y cómo la ha conocido Vd.?

—Al venir á Madrid para pretender un empleo me detuve en Aranjuez, y un empleado de palacio me dió una carta de recomendacion para la camarista de su majestad la reina. Al llevársela no me recibió, pero otro amigo mio, intendente jubilado, á quien veo muy á menudo en la botillería de Canosa, habló cinco ó seis dias despues á la señora de Matallana, y esta se dignó anunciarme que me recibiria en su habitacion.

—¿Es decir que no la ha visitado Vd. más que una vez?

—Una sola.

—¿Y está Vd. satisfecho del interés que ha demostrado en su favor?

—No solo satisfecho, sino sorprendido.

—¿Por qué?

—Es muy sencillo, señor. A ella debo la fortuna que me sonrie en este momento. Sin su poderosa recomendacion, yo habria venido muchas veces á la antecámara de V. E. y habria tenido que marcharme con esperanzas únicamente.

—¿A qué atribuye Vd. el interés que se ha tomado por favorecerle esa señora?

—A su buen corazon.

—¿Nada más?

—Nada más.

—Pues bien, voy á darle á Vd. entonces una noticia.

—Tanta bondad, señor...

—La Matallana le ha recomendado á Vd. á mí con tal eficacia, que no me estrañaria que fuese, como usted ha dicho, *su corazon* la causa de su interés.

—Puede suponer V. E... preguntó Juan.

—Supongo, porque es muy natural, que Vd., viendo en el afecto que le profesa esa dama un medio de realizar la ambicion que ha tenido la franqueza de confiarme, se vea halagado y aspire muy en breve á ser algo más que secretario mio. Si así fuera, tendria que renunciar á los servicios de Vd., porque precisamente la Matallana... Vamos, no soy santo de la devocion de esa señora, y yo veria en Vd. un espia suyo.

—Semejante suposicion seria una ofensa si no saliese de los lábios de V. E.

—Le hablo á Vd. con una sinceridad que no es costumbre en mí, porque no puede serlo. En prueba de que deseo tenerle á mi lado, protegerle, proporcionarle los medios de emplear útilmente su talento, es la franqueza con que le hablo. O es Vd. amigo mio, ó lo es de su protectora. A mi lado encontrará Vd. el premio que merece. Yo le daré la mano para subir; yo haré que la fortuna, tan pródiga conmigo, le brinde sus favores. Al lado de ella desconfiaré de Vd.

VI.

Juan permaneció silencioso un instante, y como resolviéndose despues de vacilar, dijo de pronto:

—Voy á corresponder á la bondad de V. E. No se ha equivocado V. E. He comprendido desde luego, sin que esto parezca vanagloria, que me seria posible alcanzar la confianza de esa dama. Pero un hombre que tiene corazon, un hombre que desea ser algo en el mundo, que estima la gloria en lo que vale, que se estima á sí mismo, entre la proteccion leal de un hombre y la proteccion interesada de una señora, opto por la primera.

—Reflexione Vd. bien.

—Empeño mi palabra de honor.

—Que es muy resbaladizo el terreno que va Vd. á pisar.

—Tengo seguridad de mí.

—Perfectamente; pero no es eso solo lo que exijo. Unido á mí por la gratitud y por el afecto, necesito, exijo de Vd. un sacrificio.

—No hay sacrificio que no arrostre la gratitud.

—El papel que debe Vd. desempeñar es difícil.

—Los consejos de V. E. me servirán para salir airoso.

—Es necesario que aproveche Vd. las simpatías que ha despertado en esa mujer para alcanzar mi confianza.

Siendo Vd. secretario mio, desde luego una de las

condiciones que exigirá á Vd., uno de los elementos que le sostendrán en su gracia será la revelacion de mis secretos. No me pierde de vista; somos enemigos implacables; me hace todo el daño que puede, y creerá con el auxilio de Vd. hallar una ocasion, si no para perderme, para mortificarme. ¿Comprende Vd. cuál es mi deseo?

—Perfectamente.

—Mi poder es omnímodo. Si Vd. empeña su palabra de honor de guardarme fidelidad, yo le prometo la fortuna. Si Vd. me vende, un cadalso.

—Mi palabra de honor está empeñada.

—Desde este instante es Vd. mi secretario. Tome Vd. asiento en esa mesa, y escriba lo que voy á dictarle.

VII.

Juan se habia decidido á jugar el todo por el todo.

La ocasion que se le presentaba era oportuna.

La suerte acudia en su auxilio para colocarle en el sitio donde mejor podia ver la verdadera situacion del país y aprovechar los momentos para desarrollar sus planes y plantearlos cuando fuera un momento oportuno.

Godoy dictó una carta confidencial, dirigida al agente secreto que tenia el gobierno en Francia, anunciándole los preparativos que se hacian para llevar á cabo la guerra y los medios que debia de poner en juego para informar á los generales encargados de conducir

al combate los ejércitos españoles, y de todo cuanto pudiera convenir al éxito de las armas.

VIII.

Al terminar aquel trabajo,

—He olvidado una condicion, le dijo.

—V. E. dirá.

—Para ser secretario mio necesita Vd. vivir en mi misma casa.

—Esa es una honra más.

—No coartaré, sin embargo, la libertad de Vd. Tendrá Vd. horas libres para salir á donde quiera, pero no olvide Vd. que yo debo saber todo lo que hace, todo lo que piensa.

Juan aceptó esta nueva condicion.

CAPÍTULO XV.

—

Donde el aspirante á funcionario parece un maestro en el arte de vivir.

I.

Dejaria Juan de haber sido descendiente de nuestro padre Adan, si al verse cuando ménos lo esperaba en camino de la fortuna no hubiese vacilado.

Preciso es confesar que no le faltaba motivo.

De humilde mancebo de una librería se habia convertido en viajero y habia pasado algun tiempo en Francia, precisamente en momentos muy críticos para aquel país.

Las ideas de libertad, igualdad y fraternidad le habian entusiasmado, y al deseo que los propagandistas franceses le habian hecho concebir de plantear en España aquellos principios, se unia en él la esperanza de adquirir honra y provecho, porque natural era que haciendo la felicidad de su patria con la receta de la república, obtuviese á cambio de sus sacrificios riquezas y fortuna durante su vida, y estátuas y trompetazos de la Fama despues de su muerte.

II.

No nos engañemos unos á otros.

La historia no conserva en sus páginas más que un ejemplo de amor platónico á la gloria: el de Erostrato.

Por regla general, los que apadrinan una idea política y hacen sacrificios por ella, salvas contadas y oscuras excepciones, hacen en otra escala lo que los jugadores que confian su fortuna á un dado ó á una carta.

Mucho interesaba á Juan romper las cadenas de la esclavitud que, segun él decia—por más que ellos no lo supiesen—pesaban sobre los españoles.

Mucho le halagaba la idea de disipar las tinieblas para que brillase en su lugar el espléndido sol de la libertad.

Pero quizás le interesaba, y quizás algo más, fijar en su favor la rueda de la fortuna y llegar á ser un personaje importante.

Hé aquí la historia de todos los conspiradores.

III.

Al proporcionarle la suerte un camino más fácil para llegar al mismo fin, natural era que pensara, siquiera por un momento, que cometeria una locura dejando lo cierto por lo dudoso, que seria un infeliz si abandonaba la brillante posicion que le ofrecia el primer secreta

rio de Estado por los azares de una conspiracion que exponia á cada instante su cabeza.

—Verdad es, pensaba agitándose presa del insomnio la noche en que por primera vez desempeñó las funciones de secretario, verdad es que yo he contraido compromisos con los revolucionarios franceses, que he prestado sagrados juramentos y que no puedo sin cometer una infamia dejar abandonados á los que, como yo, trabajan para el logro de nuestros planes. Pero en buena ley, ¿qué es lo que deseamos todos? Hacer la felicidad del pueblo. Si yo al lado del primer ministro puedo, por medio del ascendiente que llegue á ejercer sobre él, lograr el mismo fin, ahorro á mi patria las convulsiones de la revolucion, y por el camino más llano llego al término de la jornada.

IV.

Meditando sobre el mismo tema,

—¿Quién sabe, dijo, si al fin y al cabo este mismo hombre que es hoy el favorito de los reyes no se verá tentado por el demonio de la ambicion y despues de haber sido el primer ministro querrá ser el jefe del Estado? De todos modos, he alcanzado un verdadero triunfo y necesito hacer todo género de sacrificios para apoderarme de la voluntad de Godoy.

Pero necesitaba dar cuenta á sus amigos de todo lo que le habia sucedido; y al dia siguiente, aprovechando la hora en que el ministro despachaba con el rey,

fué á la calle de Segovia y habló con los conjurados.

—Soy secretario de Godoy, les dijo; desde este instante vosotros continuareis trabajando como hasta ahora; yo os veré muy de tarde en tarde, pero hago aquí un solemne juramento. Aprovecharé todas las ocasiones de inspirar ambicion al duque de la Alcudia, me apoderaré de su ánimo, y cuando llegue á dominarle, ó poco he de poder, ó él con los grandes elementos de que dispone nos ayudará al triunfo.

V.

Todos consideraron como una gran fortuna la de Juan Picornel, y este, desembarazado algun tanto de los trabajos asíduos de la conspiracion, entró de lleno en el desempeño de sus nuevos deberes, prometiéndose realizar sus proyectos si podia dominar al primer ministro, aprovecharse de su fortuna si no le era posible realizar sus propósitos.

Por la noche acudió á la cita que le habia dado la Matallana.

No era ya el tímido pretendiente que algunos dias antes habia temblado al hallarse en presencia de la astuta palaciega.

VI.

Las impresiones y los indicios de su triunfo galante, que Godoy le habia manifestado, le hicieron presentar-

se á la camarista de la reina con la arrogancia del que, aun despues de derrotado, no quiere ser vencido.

—Acudo, señora, á besar á Vd. las plantas, dijo con desenvoltura, y le agradezco que me haya proporcionado la ocasion de mostrarle mi gratitud.

—No me lo agradecerá Vd. cuando sepa el motivo que he tenido para llamarle.

—¿Por qué, señora?

—Tengo que reñir á Vd.

—¿Es posible?

—Sí. Ha podido Vd. ponerme en un grave compromiso.

—¿Yo?

—Le perdono, porque comprendo que hay en la juventud momentos en los que la prudencia no logra dominar al corazon, pero exijo de Vd. que me devuelva el pañuelo, y por su bien de Vd. y el mio le exijo que no volvamos á vernos nunca.

—¿Y puede Vd. exigirme ese sacrificio?

—Es necesario.

—¡Ah! ¡Señora! Dice Vd. bien. He sido un imprudente, un loco. Ni aun el sentimiento de gratitud que experimento hácia Vd. puede disculparme. Pero no importa. Yo sufriré el castigo que merezco. Oigame usted un instante con benevolencia. Recomendado por usted al duque de Alcudia, me ha favorecido de tal suerte que desde anoche soy su secretario particular.

—¿Vd.? exclamó asombrada la Matallana.

—Sí señora; y esta merced tan grande, tan inespe-

rada, y esta posicion, que es el colmo de mi fortuna, la debo á Vd. Pero desde el momento en que he incurrido en una falta tan grave, desde el momento en que no he sabido reprimir la expansion de mi alma, yo no puedo permanecer más tiempo en el empleo que he obtenido gracias á Vd. Al salir de aquí iré á dar gracias al duque de Alcudia por su bondad y á renunciar al puesto que me ha otorgado.

—Esa seria otra imprudencia mucho más grave, dijo la Matallana.

—¿No se muestra Vd. ofendida conmigo?

—Sí por cierto.

—¿Y cómo quiere Vd. que yo viva feliz sabiendo que debo mi fortuna á una señora á quien he ofendido?

—Precisamente tiene Vd. el medio de desenfadarme, dijo la Matallana con coquetería.

—¿Es decir que me brinda Vd. una esperanza de perdon?

—Tal vez.

—¿Qué puedo hacer para obtenerle?

—Mostrarme de otro modo su gratitud.

—Hable Vd., por piedad; no habrá deseo suyo que no me esmere en complacer.

—No, no, desisto. Va Vd. á pensar muy mal de mí, y por otra parte, para que yo le hablase con franqueza necesitaria que disipase Vd. el temor que me ha asaltado al ver su conducta. ¿Por qué razon guardó Vd. el pañuelo que era mio?

—Para tener una reliquia de la mujer que más me ha impresionado en el mundo.

—Si habla Vd. de ese modo, renuncio á mis propósitos.

—Perdone Vd., señora.

—Seamos amigos, solo amigos.

—He prometido obedecer á Vd. en todo.

—Pongamos un plazo á la amistad; un año.

—Un año será un siglo para mí.

—Quizás lo fuera de otro modo.

—Sea un año; como Vd. quiera.

—En este tiempo, para que yo esté satisfecha de usted, para que yo crea en su amistad, necesito...

VII.

Vaciló algunos momentos la Matallana, y levantándose de pronto y tendiendo la mano á Juan,

—¿Me ofrece Vd. guardar el mayor secreto?

—Solo Dios y nosotros sabrá lo que Vd. me diga.

—Pues bien, yo necesito que el secretario de D. Manuel Godoy no tenga ningun secreto para mí. Pero es preciso mucho sigilo, y en lo sucesivo no volverá usted á verme en mis habitaciones para no dar que sospechar.

—¿Cómo podré ver á Vd. entonces?

—Pronto lo sabrá Vd.; por hoy no hablemos más. ¿Puedo esperar que se realicen mis deseos?

VIII.

Juan estrechó de nuevo la mano de la Matallana.

—No quiero contestar á Vd. con palabras, sino con hechos, le dijo.

—Adios.

—Adios.

La situacion de Picornel no podia ser más difícil.

Sin embargo, tenia bastante ingénio para salir airoso de ella.

CAPITULO XVI.

Pasos en firme.

I.

Aunque Juan Picornel fué á alojarse en una de las habitaciones del palacio de Godoy, no por eso abandonó la modesta casita que hasta entonces habia ocupado en la calle de los Caños Viejos.

Dejó en ella á Sinforoso, pasándole un tanto para su manutencion, y tuvo buen cuidado de ocultarle la posicion que habia alcanzado, porque aunque estaba seguro de su lealtad, no tenia la mejor opinion de su sentido comun, y temia que por falta de tacto diese explicaciones que le comprometieran á los vecinos que, notando su ausencia, le preguntaran por él.

A los dos dias de entrar al servicio del ministro de Estado se presentó en su casa el amigo de la infancia que habia ido á proponerle la venta clandestina de los libros franceses.

Sus compañeros, que como comprenderán los lectores espiaban á Juan, no podian explicarse la desaparicion del hombre á quien habian visto entrar en la casa acom-

pañado del fámulo, y estaban llenos de dudas, ni más ni ménos que la vieja delatora.

Pero lo que más les preocupaba era la desaparicion de Juan de su domicilio.

Hacia cuarenta y ocho horas que no habia estado en su casa, y no pudiendo resistir más tiempo el deseo de averiguar su paradero, se encargó Mariano de preguntar al fámulo.

Las respuestas de este estuvieron muy léjos de satisfacerles.

II.

Sinforoso no sabia más sino que su amo le habia dado algunas monedas para que viviese durante quince dias, despidiéndose de él y prometiéndole volver cuando se terminara este plazo.

Al tener estas noticias se convenció Mariano de que su amigo era algo más que un pretendiente, y dando cuenta de lo que habia sabido á los espías, unos y otros se dedicaron á buscarle.

Mariano fué á la botillería de Canosa, donde sabia que tenia costumbre de asistir Juan.

Fué á los corrales del Príncipe y de la Cruz, y por último, fué á San Andrés á la hora en que salia el rosario, y en ninguno de estos parajes, que solia frecuentar Picornel, tuvo la suerte de encontrarle.

III.

La única esperanza que le quedaba era la de acudir á su casa al cumplirse los quince dias.

Fué, en efecto, y se puso de acecho en casa de la vieja.

No tardó mucho en experimentar una viva satisfaccion.

A cosa de las nueve oyó pasos al principio de la calle de los Caños Viejos, y sin ser visto pudo ver á Juan Picornel entrar en su casa.

Permaneció muy poco tiempo en ella, y al salir fué siguiéndole á bastante distancia, y le vió con asombro dirigirse á la plaza de los Ministerios, entrar en el palacio de Godoy y subir, despues de recibir un respetuoso saludo del portero, por la escalera privada de la casa.

Haciéndose el ignorante, despues de haber desaparecido Juan, preguntó al portero:

—Dígame Vd., ese caballero que acaba de entrar, ¿es el ayuda de cámara de S. E.?

—No señor; es su secretario.

IV.

Mariano, en vez de dar parte de lo que habia descubierto á sus compañeros de espionaje, reflexionó qué es lo que deberia hacer en aquellas circunstancias, y concluyó—siempre el corazon humano es el mismo—y

concluyó por manifestar á sus camaradas que todos cuantos pasos habia dado para descubrir el paradero de Picornel habian sido inútiles, y por escribir á este una carta pidiéndole una entrevista.

V.

Juan Picornel le recibió, y su amigo, despues de darle la enhorabuena, cantó de plano, demostrándole que al visitarle despues de tanto tiempo de ausencia habia obedecido á sugestiones secretas del Santo Oficio.

—Pero soy tuyo en cuerpo y alma, le dijo; si he aceptado tan penosa mision ha sido por carecer de recursos para vivir. Tú tienes hoy gran valimiento. Protégeme, y yo te ofrezco que en lo sucesivo no te molestará el espionaje.

Juan hizo con su amigo lo que con él habia hecho Godoy.

—Si eres leal, le dijo, yo te prometo contribuir á tu fortuna. Si me vendes, tengo poder bastante para perseguirte y anonadarte. Pero de todos modos, me conviene que sigas en tu puesto.

Todas las semanas vendrás á verme, á contarme cuanto sepas, no respecto de mí, sino respecto de todas las personas á quienes tenias la mision de espiar, y por estas confidencias, que todo el mundo ignorará, recibirás al verme lo necesario para pasar la semana alegremente.

VI.

Satisfecho por haber obtenido este medio de saber, si no tanto, algo al ménos de lo que la Inquisicion inquiria, continuó desempeñando con gran habilidad su papel de secretario íntimo del duque de la Alcudia y de amigo de la Matallana.

Pero hasta entonces habia tenido un tacto tan exquisito, que habia logrado hacer creer á uno y otro que, aunque se odiaban, se temian, razon por la cual nada podian hacer para perjudicarse.

El puesto que desempeñaba Juan era el más á propósito para deslumbrar su imaginacion, para exacerbar su codicia, y aunque él no lo sospechaba siquiera, en vez de gozar la felicidad que al parecer le sonreia, sufria horriblemente, porque á todas horas trabajaba su imaginacion y el sueño desaparecia de sus ojos instigado por el deseo que le asaltaba de evitar que Godoy por un lado, la camarista por otro y los conspiradores, sus amigos, pudiesen sospechar que faltaba á la lealtad estipulada, y al mismo tiempo deseaba dominar á los tres para que todos sirvieran de base á su encumbramiento.

VII.

A mediados de Marzo partieron los reyes á Aranjuez, y respiró un poco porque la camarista acompañó á la reina.

Godoy hacia frecuentes excursiones al Real Sitio, y cuando esto sucedia quedaba libre y trabajaba en pró de las ideas republicanas.

Llegó por fin el dia 29 de Marzo, y apareció, como sabemos, en la *Gaceta* la declaracion de la guerra de España á Francia.

Juan trabajaba en el despacho del ministro, cuando Pepe-Hillo, acompañado de la entusiasta muchedumbre, llegó á manifestar al ministro del rey el entusiasmo que habia producido en el pueblo la declaracion de la guerra y la resolucion que todas las clases de la sociedad habian tomado de acudir con sus haciendas, con sus personas, con cuanto poseian á la defensa del pabellon nacional.

Cuando el torero abandonó la estancia, Godoy, que habia cobrado afecto á su secretario, llamándole y colocándose con él detrás de la vidriera de una de las ventanas,

—Vea Vd. lo que es el pueblo, le dijo mostrándole el entusiasmo con que todos aclamaban lo mismo á Cárlos IV que al torero.

VIII.

Entusiasmado Juan, dominando en aquel momento á su espíritu las ideas que le habian impulsado á ser conspirador, extasiándose ante la realizacion del triunfo que habia soñado, olvidó por un momento que era el secretario del ministro, que era el amigo de la Matalla-

na, y pensando en la república y contemplando á Pepe-Hillo,

—Hé aquí al hombre que necesitamos, pensó.

IX.

Abstraido en este pensamiento se hallaba, cuando Godoy, llamándole de nuevo,

—Voy á salir inmediatamente para Aranjuez, le dijo; pero es preciso mantener el espíritu del pueblo, y voy á confiar á Vd. una mision muy delicada.

—Mande V. E. lo que guste.

—Vaya Vd. á averiguar dónde vive el torero que acaba de salir de mi estancia. Va Vd. á ir á verle y á llevarle este anillo, añadió poniendo en su mano un magnífico solitario, y le va Vd. á decir que el duque de la Alcudia, deseando que recuerde siempre el dia en que le ha proporcionado el placer de estrechar la mano de un verdadero español al estrechar la suya, le envia como memoria este regalo.

Juan aceptó con entusiasmo aquel encargo.

La suerte parecia adivinar sus deseos y realizar todos sus designios.

A cosa de las cuatro partió Godoy en una silla de posta hácia el real sitio de Aranjuez.

Al anochecer llamaba Juan á la puerta de la casa de Pepe-Hillo.

CAPITULO XVII.

—

Tropiezos.

I.

En el momento en que llamó Juan Picornel á la casa del torero, estaba este de un humor de los diablos, como suele decirse.

La razon era muy sencilla.

La conferencia que habia celebrado con el guardian del convento de San Francisco habia renovado en su alma recuerdos que siempre eran dolorosos para él, y aunque se habia despertado su curiosidad en sumo grado, combatian en su espíritu encontradas ideas.

Por una parte le agradaba aquella ocasion, que iba á proporcionarle el medio de descifrar el enigma del nacimiento de aquella niña á quien habia prohijado.

Por otra, temia que las explicaciones que iba á pedir á su mujer le proporcionasen algun disgusto, y Pepe-Hillo amaba á María del Pópolo con toda su alma.

Además, le asaltaba el temor de que, aunque fuesen satisfactorias, no para su honra, que de esto no dudaba, sino para su corazon las noticias que le diese Ma-

ría, si llegaba á saberse quiénes eran los padres de aquella niña, no tendrian más remedio que entregársela, y esto era para él muy doloroso, porque habia llegado á amarla como si fuera su propia hija.

II

Al entrar en su casa, ya anochecido, soltó la capa y el sombrero en manos de Rosario y entró en el cuarto donde estaba sus mujer y sus hijos.

—Bien nos has hecho aguardar, dijo María á su esposo; ya íbamos á empezar á rezar el rosario.

En casa de Pepe-Hillo, como en todas las casas, era costumbre que al anochecer se reuniese la familia para cumplir aquel deber religioso.

—Ya pues pensar que cuando vengo tarde es porque no ha podío ser de otro modo.

Y despues de pronunciar estas palabras con alguna sequedad, se sentó con tal fuerza en una silla, que la rompió.

—Tarde y con daño, dijo María del Pópolo, que estaba algo amoscada.

—¡Vamos, mujé! no te hagas mala sangre. A rezar, y san sacabó.

—Paese que tú tambien vienes ajumao.

—No me farta motivo.

—Pues encuentras en mí la horma de tu zapato.

—Mira, Mariquilla, lo primero es cumplir como cristianos. A rezar.

III.

Y alegrándose de que el rezo le diera tiempo para prepararse á abordar la cuestion, se entregó con el mayor fervor á su oracion.

En seguida puso la mesa Rosario y cenaron.

Los muchachos se fueron á la cama, y Pepe-Hillo y su mujer quedaron solos.

José no sabia cómo empezar.

Permaneció silencioso, con la cabeza apoyada en la mano, en tanto que María, que no podia estar mucho tiempo enfadada con su esposo, y que, en honor de la verdad, carecia de motivo para enfadarse porque no lo era el que hubiese tardado algo más que de costumbre, despues de contemplarle un rato muy afligida,

—Vamos, rey mio, le dijo acercándose á él con gachonería y colocando su blanca mano sobre el hombro de su marido; ¿aun me guardas rencor?

IV.

Pepe-Hillo la miró, y fascinado como siempre por la mirada de María,

—¿Cómo quies tú que yo esté triste, cuando el sol de los soles me está alumbrando?

—La verdá, Joselillo, ya conoces mi flaco. Te amo más que á mi vía y soy celosa. Cuando no estás á mi lao, tengo envidia de las piedras de la calle, de los ra-

yos del sol, de la sombra y de tóo lo que te rodea. Me paese que no estando conmigo, me robas argo, y cuando yo te espero y tú no vienes, me dan más faitigas... Pero tóo se acabó. Dame un abrazo y pelillos á la mar.

—¡Viva mi jembra! exclamó Pepe-Hillo, correspondiendo á los cariñosos deseos de su esposa. ¿Ves lo que soy yo? Tenia hace un rato el corazon más negro que un encapuchao, y en este instante despues de haberte oío me está bailando. Así como así, quiero que estés contenta, poique tengo que hacerte una pregunta que, vamos, me paese que te va á hacer cosquillas.

—¿A mí?

—Cuando igo que sí...

—Habla, que has despertao mi curiosiá.

—Si tú supieras pa qué me ha llamao el pae guardian.

—¿Le has visto?

—Pus es claro. Los dos soltamos la muy, y se nos fué el tiempo en un soplo. ¿Habria yo tardao tanto sino?

—¿Y qué es lo que te ha dicho su merse?

—Si no lo aciertas. ¡Ca! Ni por asomo pues pensar... Pero, mira, Mariquilla, lo primero que te encargo es que no te vuelvas á enfaar conmigo. La cosa es grave, y si no tienes cachaza...

—Tú me vas á enfaar por tenerla. ¿Qué has hablao con el padre?

—Pus has de saber que me ha preguntao...

V.

Pepe-Hillo no pudo continuar.

Oyó un golpe en la puerta y cortó su frase.

Poco despues Rosario anunció que Sir Guillermo le pedia licencia para entrar.

—¡Mardita memoria mia! exclamó dándose una palmada en la frente.

Y corriendo á la puerta,

—Entre Vd., entre Vd. y no me dé la mano.

—¿Pus qué pasa? ¿Qué te ha sucedío? preguntó María del Pópolo.

—¡Si no tengo perdon de Dios! Vamos, lo que yo he hecho con Vd. esta tarde no se hace ni con un maldecío gitano. Pero no ha de quear así.—Rosario, trae la capa y el sombrero.

—¿Pero te has vuelto loco?

—Tranquilícese Vd.

—No me explico...

—Qué, ¿quieres saber lo que ha pasao? dijo Pepe-Hillo á su mujer. Pues piensa que el señor me ha pedío auxilio. Las cosas se han puesto de manera... y como es extranjero... todos le tienen tirria y no farta quien le ande buscando las cosquillas. Me ha pedío protecion y yo le he prometío hablar al pae guardian de San Francisco pa que le admita en el convento por unos dias y esté allí libre de los que le buscan el bulto.

—Pero á tóo esto, ¿qué?

—¿Qué ha de ser, mujer, qué ha de ser? Que de tóo le hablao al padre ménos de Sir Guillermo. Voy ahora mismo, voy...

—Deténgase Vd., no corre tanta prisa.

—No me lo perdone Vd. nunca.

—Cuando Vd. no lo ha hecho, seguramente no habrá sido por falta de cariño, por falta de interés.

—Es verdá.

—Aun es tiempo. Yo no saldré de casa. Pero no extrañe Vd. que haya venido á molestarle, porque ya sabe Vd. la situacion en que me encuentro. Deseo fijar mi suerte y...

—Mientras viva Vd. en esta casa, naide le tocará al pelo de la ropa; yo se lo aseguro.

—Tal creo; pero debo decir á Vd. que en toda la tarde no ha separado sus ojos de la puerta un pordiosero que estaba de rodillas junto al átrio de la iglesia del Cármen. Yo observaba tambien y he notado que hablaba con ese tuno que me persigue.

—¿Con Colilla?

—Sí señor.

—Ya le he dicho yo esta tarde lo que hace al caso. Y que se ande con tiento, porque á generoso no me gana naide; pero el que me la hace á mí, me la paga. Así, pues, esté Vd. desçuidiao. Mañana tremprano, en cuanto Dios amanezca, me tiene Vd. en el convento.

—Pues con su permiso, me retiro.

VI.

Iba á hacerlo Sir Guillermo, cuando sonó un aldabonazo en la puerta de la calle.

—Espere Vd., dijo Pepe-Hillo.

—¿Quién podrá ser á estas horas? exclamó María del Pópolo.

Rosario, que fué á abrir, volvió diciendo:

—Mi amo, ahí está un caballero que dice que tiene que decir á Vd. dos palabrillas de parte del señor duque de la Alcudia.

—No se vaya Vd., dijo Pepe-Hillo á Sir Guillermo. Haz que pase adelante ese caballero, añadió dirigiéndose á la criada.

Un momento despues entró Juan Picornel en la habitacion en donde pasaba la escena que he descrito.

CAPITULO XVIII.

Una discusion tauromáquica.

I.

Siento interrumpir á Vds., dijo Juan, pero abrigo la esperanza de que al saber el objeto de mi venida excusarán mi importunidad.

—Su mersé viene á su casa, y lo que es más, á honrarnos.

—No molestaré á Vd. mucho tiempo. El señor duque de la Alcudia, de quien soy secretario, me ha encargado la agradable mision de entregar á Vd. de su parte un modesto agasajo, más que como otra cosa, como un recuerdo de la entrevista que ha tenido Vd. con él. Se ha entusiasmado con razon al ver el noble patriotismo que ha desplegado Vd. y los que le acompañaban, y seguro de no olvidar nunca el momento en que ha estrechado su mano de Vd., quiere que tampoco Vd. lo olvide. Hé aquí el presente; añadió entregando un estuche á Pepe-Hillo.

Alborazado este por aquella distincion, rompiendo las trabas que la etiqueta impone en semejantes casos, abrió el estuche y exclamó:

—¡Una *tumbaga!*

—Y muy preciosa que es, añadió María del Pópolo.

—Diga Vd. á S. E. que la conservaré toa mi via como una joya de gran valor, y que la legaré á mis hijos como lo más precioso de mi herencia. Pero, vamos, ¿por qué no he de decirlo? Me sorprende la fineza. Al fin y al cabo S. E. es un personaje y yo un torero, Náa, dígale Vd. que lo agraezco con via y alma...

—Haré presente á S. E. la manifestacion de Vd., y celebrando esta ocasion de haber conocido á uno de los diestros que más han honrado el arte del toreo, me despido de Vd.

—Cá, no señor. Va Vd. á hacerme el favor de tomar alguna cosita. Mira, mujer, sácale al caballero unas copitas y unos bizcochos de los que te en᷉iaron antes de ayer las monjas de San Plácido.

—No se moleste Vd.

—¿Molestarme? Al contrario; quiero brindar con su mersé y ser amigo suyo.

—Por mi parte agradezco el favor que Vd. me otorga.

—Mire Vd., no me ande Vd. á mí con requilorios. Yo soy muy claro. Los hombres, ó me entran por el ojo derecho, ó no me entran. Y tanto me ha entrao Vd., que lo que yo no haria con naide, que es pedir un favor de buenas á primeras, voy á hacerlo ahora mismo con usté. Con que así, con franqueza. Vamos á brindar á la salú del señor duque.

Y despues hablaremos. Esto es, si su mersé quiere honrarme.

—Yo soy el honrado, amigo D. José.

—¡Qué D. José! Déjese Vd. de circunloquios. A mí me llama todo el mundo Pepe-Hillo, y como que paese que se me alegra el corazon cuando me oigo llamar de esa manera. Yo tomo querensia á la gente y quiero que me la tomen á mí. Vamos, María, échanos unas copas, y ¡á la salú del duque! es decir, primero á la salú del Rey nuestro señor.

II.

María llenó tres copas, y Pepe-Hillo, despues de dar una á Juan y otra á Sir Guillermo, cogió la tercera.

Todos brindaron á la salud de Cárlos IV.

—Siento, añadió el torero, no poder ofrecer á su mersé, que estará acostumbrao á pisar ricas alfombras y á ver muebles de lujo, más que una mísera vivienda; pero yo, aun cuando pueo vivir con lujo, no estoy acostumbrao á esos prefiles, y mi estao es la llaneza.

—Vd. lo debe todo á su mérito.

—¿Vés lo que ice el señor? exclamó encarándose con su mujer. ¿Qué ties que contestarle, lucecita de mis ojos?

—Que su mersé nos honra más de lo que merecemos.

—Otra copa á la salú del duque.

—Yo brindo á la salud de Vd. y de su esposa, dijo Juan Picornel.

—Y yo me asocio á Vds., exclamó Sir Guillermo, deseando, aunque extranjero, que en la contienda que ha empezado triunfen las armas españolas.

—Bendita sea esa boca, exclamó Pepe-Hillo mientras que Juan se fijaba por la primera vez en Sir Guillermo.

III.

—A propósito, dijo el torero, he dicho á su mersé que tenia que pedirle un favor. Hé aquí la historia. Yo soy así, mu natural, voy al burto en siguía.

—Hable Vd. con franqueza.

—Este señor que vive aquí es extranjero, un inglés. Hace ya muchos años que está en España; nos ha tomao ley, y como hombre vivior se ingenia en el comercio de piedras finas. Pero no tiene la misma religion que nosotros, y los que le conocen, más que por otra cosa por invidia, le han tomao tirria y le andan persiguiendo. Yo le habia prometío hacer que fray Meliton, ya le conocerá su mersé, el guardian de San Francisco, un hombre muy naturalote y mu echao pá alante, le diera hospitaliá hasta que pase el chubasco, pero yo soy así; he dío á ver á su mersé y de tóo le he hablao ménos de lo prencipal. Buscando un medio estábamos para ponerle sobre seguro cuando Vd. ha entrao, y miste lo que son las cosas, se le vienen á uno rodás cuando ménos lo piensa. Al ver venir á Vd. á honrarnos de parte del señor duque de la Alcudia se me ha ocurrío la idea de suplicar á su mersé que interese á don Manolillo en favor de este amigo. Si él le protege, ¿quién se atreve en España á tocarle al pelo de la ropa? Me paese que me explico.

—Perfectamente, y por mi parte ofrezco trasmitir al señor duque los deseos de Vd., seguro de que los acogerá con benevolencia.

—El señor duque me conoce, añadió Sir Guillermo. Antes de ahora he sido empleado en la legacion de Inglaterra, y posteriormente he tenido ocasion de vender algunas piedras preciosas á S. E.

—¿Y se lo tenia Vd. tan callao? Pus eso basta. Si el señor duque tiene el corazon en la mano. Ea, vea usté. Yo en mi via me habia tropezao con él y hoy he dío á verle. Pues estrechó mi mano como si fuéramos compadres. Ya vé Vd., ahora me envia un regalo. ¡Dios se lo pague! No es por lo que vale, sino por la intincion... Con que, ¿queamos en que Vd. hablará al duque?

—Esta tarde ha salido para Aranjuez; vendrá muy pronto con los reyes, y si es preciso hospedará en su casa á este caballero mientras pueda temer que la gente ignorante y fanática le convierta en blanco de sus iras.

—Ha penetrao Vd. mi intincion.

IV.

Dirigiéndose despues á Sir Guillermo,

—Ea, pues ya lo sabe Vd., añadió; ya está tóo arreglao. Se me ha quitao un peso de encima...

—En ese caso, me retiro.

—Yo iré á dar las gracias en presona al señor duque, y si me lo consiente... yo sé que S. E., acá pa entre

nosotros, no es muy aficionao al toreo, y siempre que pué tira algunas puntás en contra; y la verdá, como es un hombre campechano, deseo yo desmostrarle que en tóo tiene razon ménos en eso.

—En efecto; el señor duque lamenta en muchas ocasiones que el pueblo español se entregue con tanta vehemencia, con tanta pasion á ese espectáculo, que al fin y al cabo es una lucha.

—¿Qué, una lucha? Es un arte.

—¿Un arte? Bien; pero en la lid queda vencido el toro. Siempre hay sangre y por eso...

—¡Várgame Dios del cielo! ¿Y su mersé dice esas cosas?

—No hay corridas de toros en ninguna parte del mundo más que en España.

—Poique no conocen lo bueno.

—A causa de ellas nos suelen llamar bárbaros.

—Lo que tienen es una invidia que se les come por carecer de valor pa presentarse delante de un toro. Y si no, ahí está Sir Guillermo, que no pierde una corría.

—Sobre todo cuando Vd. trabaja.

—¿Pus dónde deja Vd. á mi maestro Costillares, y á José Cándido y á Paquito Romero? Mare mia, ¡qué mosos! Vd. perdone, pero en hablando de estas cosas me vuervo loco. Cada vez que pienso las zurras que me tiene dao mi pare y la buena de mi mare, que esté en gloria, poique dejara yo el oficio....Me paese que aquellos gorpes han aumentao el amor, la pasion que yo

tengo por los toros y me da pena que su mersé, que como he dicho antes me ha entrao por el ojo derecho, no piense como yo.

—Soy español y asisto con mucho gusto á una corrida; pero...

—Calle Vd., hombre, calle Vd.; aunque no sea por los toros, «¿no se pué ir por el conjunto tan grato que reunen estas fiestas, por los lances, contrastes y acasos que contienen las lides? Que el toreo es generalmente aplaudío, no hay necesidá de más prueba que la notoriedá. Lo publica el desatino y desasosiego de los naturales y extranjeros por ver los toros; lo prueban la alegría de los niños y el júbilo de los viejos, y lo confirman el gusto, complacencia y satisfacion con que las damas altas y bajas hablan de estas funciones y se presentan en sus circos, anfiteatros ó plazas. Una mala vaca que corre enmaromá por la calle llama en tanto grao la atencion de los que la advierten, que toitos á un tiempo dején sus respeitivas ocupaciones y corren gustosos á verla; de forma, que pué dicirse que la aficion de los toros nace con el hombre, particularmente en España.»

—No diré que no y por mi parte sentiria haberle ofendido.

—¿Su mersé ofenderme? Vengan esos cinco. Un hombre como yo, aficionao á lidiar, goza con esto .¿Usté dice que no y yo que sí? Perfetamente.

—Pero estoy robando á Vds. un tiempo precioso.

—Al contrario; si yo me muero por hablar de estas

cosas. Y hasta me enorgullezco; ¿pues qué, antes que nosotros, los hijos de los pobres, no han abierto el camino los hombres más templaos y más ilustres de nuestra patria? «En España se ejercita el toreo desde que hay toros, porque siendo propio de los hombres el burlar y sujetar á las fieras de sus respectivos paises, ningunos mejor habrán ejecutao esta máxima que los españoles, que sobresalen tanto en el valor. Y sus toros son los más valientes y feroces que se conocen. De aquí es sin dua que los más de nuestros héroes han blasonao de toreros. El Cid Campeador lanceaba á caballo. El emperador Cárlos V aguardó un toro y lo mató de una lanzá. Felipe IV ejercitaba esta aficion con frecuencia, y lo mismo el rey D. Sebastian de Portugal. Entre los caballeros se distinguieron en lo antiguo D. Francisco Pizarro, conquistador del Perú, y el famoso D. Diego Perez de Haro, sin otros muchos que omito en gracia de la brevedá. Y sobre tóo, en nuestros dias es un galardon muy recomendable en los caballeros el saber torear á pié y á caballo. De aquí que los brazos más ilustres de la nacion han sostenío y sostienen la grata y noble aficion del toreo.»

—No me niegue Vd. al ménos que se pasan momentos muy crueles. A cada instante está en peligro la vida de un hombre, de un hermano nuestro.

—¡Cá! Pero además, tóo lo que pué tener de horrible está contemporizao con el espetáculo. «En el conjunto de individuos de uno y otro sexo que acude á la plaza se vé brillar en su punto la ostentacion, primor y com-

postura, y en la lidia se observan acciones continuas de admiracion y gusto. Se mira una fiera, acaso la más feroz, burlá por los hombres en términos que paece imposible, luciendo en estas acciones cruentas una habilidá la más sublime, en cuanto lleva tóo su fundamento en el valor y en el espíritu. Y es de tenerse presente lo que sobre el toreo dijo la reina Amalia, á saber: «que era una divirsion donde brillaba el valor y la distreza.»

Lejos de aquí los genios pacatos, envidiosos y adulaores, que han tonío valor de llamar bárbara á esta aficion. Sus razones son hijas del canguelo, producías por invidia y acordás por su suma flojeá é indolencia. Quien vé los toros desmiente con la experencia misma las máximas y sistemas de semejantes entusiastas. Allí reconoce que el valor y la distreza aseguran á los lidiaores de los ímpetus y conatos de la fiera, que al fin da él último aliento en sus manos.»

—¿Y los muchos lidiadores que han perecido?

—Ese no es argumento. «Pocos son los juegos y divirsiones donde no haya iguales contingencias. En la pelota, el truco, la barra, raqueta, el mallo y otros juegos de violencia se han visto morir muchos casualmente. La aficion de nadar y la de los caballos han pasao más hombres al sepulcro, que han muerto y puean matar los toros. ¿Y por eso será justo, será racional que se proscriban aquellos juegos y estas aficiones? No hay uno siquiera que lo iga ni que las repute por bárbaras. ¿Luego por qué no han de decir lo mismo del toreo, y en qué se versa identiá de razon y la ocasion

de morir es más remota que en las aficiones de nadar y de los caballos? Y si no, véanse las corrías de toros que se ejecutan de continuo, y al cabo del año se hallará que apenas hay un hombre herío ó muerto.

»En principios de este siglo, en que el toreo de á pié era bien desconocío, no se tenia por ocasion próxima; con que con mayor razon deberá correr esta opinion en el dia, que se mira adelantao el arte de torear hasta su término posible. Vino José Cándido para abrir la puerta á la finura y seguriá de las suertes, y han perfecionao sus máximas los famosos Joaquin Rodriguez (alias Costillares), Pedro Romero y Juan Conde, en que yo tambien he dao mis pincelás y descubierto otras no ménos sublimes y finas. En fin, tratamos los toros con el mismo desprecio que si fueran carneros.» (1).

—Me ha complacido en extremo oir á Vd., y creo firmemente que si puedo proporcionarme este placer alguna otra vez acabará Vd. de convencerme.

—Pues no quiero otra cosa.

—Es ya tarde y, con permiso de Vds., me retiro.

—Aun no sé si en la presente temporá trabajaré en Madrid. Pedro Romero, que no me quiere bien, anda haciendo la rueda y, vamos, yo no sé lo que resultará. Pero si yo me quedo no ha de perder su mersé una sola funcion, como que yo mismo iré á buscarle á Vd. para que venga conmigo.

(1) Todos los párrafos que llevan comillas están tomados del prólogo que á su *Tauromaquia* puso el mismo Pepe-Hillo.

—Me complace en extremo haber hecho amistad con un hombre de las prendas de Vd.

—¿Con que cuándo nos veremos para lo de este señor?

—En cuanto venga el señor duque le haré presente los deseos de Vd., y no correrá el ménor riesgo la tranquilidad de este caballero. Mientras tanto puede permanecer en su casa de Vd. y en ella será respetado.

—Y si no, que alguno se atreva. Ea, con que hasta más ver. Rosario, trae el candil y alumbra á su mersé.

—Yo tambien me retiro, dijo Sir Guillermo.

V.

Los dos salieron al mismo tiempo, se hicieron mil ofrecimientos y Juan partió.

—Gracias á Dios, que al fin y al cabo estoy solo contigo, dijo Pepe-Hillo á su mujer.

—¿No has oido las ánimas? Pues ya es hora de acostarnos.

—¡Qué si quieres! Ven, chiquilla, que tenemos que hablar por tóo lo alto.

Los dos mandaron acostarse á Rosario, y una vez solos abordó Pepe-Hillo la cuestion.

CAPÍTULO XIX.

La revelacion de un secreto.

I.

—Vamos á cuentas, dijo Pepe-Hillo á su mujer. Va á hacer ya quince años por la Vírgen del Rocío que estaba este que ves muerto por tus peasos. Al poco tiempo se casó contigo por delante de la Santa Mare Iglesia.

—¿Y á qué viene tóo éso?

—¿Qué, no te gusta que te hable de aquellos tiempos, que toavía cuando los recuerdo me hacen bailar el corazon?

—Ya se vé que me agrá recordarlos; ¿pero con qué motivo?...

—Tú habias nasío orillita del Perchel y fuiste á Sevilla con la señá Eustoquia, tu mare, que en paz haya. ¡Vaya un palmito que tenias! Yo te vide y me erretí como un terron de asúcar. En toito el barrio de San Bernardo se paseaba una jembra más barí que mi Mariquilla del Pópolo. Cuando tü ibas por la orilla del rio hasta las flores te envidiaban, y más de cuatro veces allí, en las noches del verano, cuando ibas caminito de

la *Torre del Oro*, hasta la luna se ocultaba entre nubes pa comerse de invidia sin que la viera naide.

—¿Qué te ha dao esta noche que estás tan jactancioso?

—Tóo esto es pa icirte que al verte por la primera vez me quedé chalao, y que dempues no hay rinconcito de mi alma en que no esté escondía una mirá siquiera de esos ojos retrecheros. Correspondiste á mi afeuto y mus casamos. ¡Bendita sea la mare que te parió pa regalo y consuelo de este cuerpecito!

—¿Pero á qué viene tóo eso?

—Es pa icirte que ende entonces no hemos tenío ni un mal disgusto, y eso que, francamente, pa un hombre caviloso no habia fartao motivo.

—Ya sé á dónde vas á parar.

—Catorce años de trabajos y faitigas, aprendiendo unas veces, dando leiciones otras, capeando y matando toros, no han sío bastantes á enfriar el calor de mi pechito, y creo haberte dao la mayor prueba de confianza habiendo callao hasta ahora sobre cosas que... vamos, me dan escalofrios cuando las pienso.

II.

María miró fijamente á su esposo.

—A tí te ha pasao argo hoy, exclamó.

—Y tanto que me ha pasao.

—Tu estás duando de tu mujer.

—Eso no; antes quisiera morir en las astas de un

toro que abrigar una sospecha negra de mi Mariquilla. Pero el pae guardian me ha hablao de un asuntillo...

—Andas con muchos circunloquios, y eso no está bien, Pepe. Alguna víbora te está mordiendo en el corazon y es preciso echarla fuera.

—Eso es lo que deseo.

—Pus habla, que yo te ayudaré.

—¿De veras, prenda?

—No deseo otra cosa.

—Pus entonces escucha. Tú ya sabes que un dia, dempues de haber vivío separaos más de un año, al llegar á mi casa hallé una noveá.

—Encontraste á Lolilla.

—Esa es la fija. «¿Qué sinifica esto?» te pregunté. Y tú, mirándome con esos ojos que me matan: «José, dijiste, ¿ties confianza en mí?»—«Tanta como en mi mare.»

—«Pus entonces no me preguntes más. Mira esta probe niña como si fuera hija tuya, y piensa al verla que al traerla á tu lao ha enjugao tu mujer muchas lágrimas y ha hecho una obra de cariá.» ¿No es eso lo que tú me contaste?

—Eso es; ¿y qué?

—Que ende entonces, mala corná me pegue un toro de Cabrera, si yo he dudao de tí y si te he dicho una palabra. La probe niña creció á nuestro lao, y ni nos poemos quejar de ella ni ella de nosotros. Pero en su nacimiento hay un intríngulis. En muchas ocasiones he querío preguntarte, pero cuando tú callabas algun mo-

tivo habria, y yo lo he respetao. ¿Qué habrias tú hecho en mi caso? Al verte tan hermosa, tan resalá me he hecho muy mala sangre, ¿y qué más? Hasta te he oserbao, pero sin hallar nunca motivo de enfado. Ya apenas me acordaba de esas cosas, cuando esta tarde me ha sorprendío el pae guardian...

—¿Hablándote de Lolilla?

—Como lo dices.

—¿Es posible? ¿Cómo ha podío saber su mersé?...

—Eso es lo que yo digo. Y sin embargo, sabe el suceso con tóos sus pelos y señales, y las preguntas que me ha hecho son para averiguar si esa muchacha es una que anda buscando un señoron arrepentío que habrá hecho alguna mala obra. Con que, vamos, la pasencia que he tenío hasta ahora merece un premio, y el premio tú me lo vas á dar.

—¿Cómo?

—Contándome esa historia que me has tenío callá durante tanto tiempo.

III.

—Hoy ya pues saberlo todo, dijo María, y voy á complacerte.

—Dios te lo pague; vas á quitarme un peso del corazon.

—Ante tóo vas á icirme la verdá. ¿No has pensao arguna vez mal de mí?

—Arguna vez, pero escurriendo el burto; porque si

no, mare mia, soy un cristiano, pero ante la idea de haber perdío el cariño de mi Mariquilla, siquiera por un momento, hubiera sío capaz de hacer una barbariá.

—Ahora escucha la historia.

Antes que yo llegara á Sevilla desde Málaga, donde nací, habia una moza en el Baratillo junto á la casa de tu pare, que te habia tenío jonjabao algun tiempo.

—¿Dolores?

—Sí, Dolores, la hija de tu pairino. Más de dos meses estuviste pelando la pava con ella.

—Chiquilla, ¿cómo sabes tú esas cosas?

—¡Ay! Joselillo. Desde que te ví te amé, y aunque fué por mi mal, quise saber cuanto te habia pasao en toa la via. Dolores era una mujer que tenia mucho ángel. Toos decian en el barrio que al fin y á la postre te casarias con ella, y la infeliz lo creia tambien, y no le fartarian motivos, porque yo te conozco y sé que le harias creer con mil zalamerías que estabas muerto por sus peasos.

—Aun no habia visto al sol. ¿Qué tie de extraño que me eslumbrase un lucerillo de la mañana?

—Vamos al caso. Yo no sabia náa de esto; nos conocimos, me echaste chicoleos, yo te miré con buenos ojos y nos pusieron el yugo. Fuimos á Ronda y allí pasamos la primavera. Al volver á Sevilla, yo, que sin saber por qué se me habia metío en la cabeza que Dolores tenia interés por tí, quise verla y me dijeron que habia desaparecío de su casa.

—Ya lo noté al llegar.

—¿Y me lo dices ahora, arrastrao? ¿Es dicir que entavía no te habias curao de espanto?

—Sigue el cuento, que tóo eso cae por fuera.

—Nos separamos, y al poco tiempo la tia Remedios, aquella mandaera del Baratillo que solia hacerme algunos recaos, me contó que Dolores, desesperá al ver que te habias casao conmigo, se dejó cortejar por un melitar que habia pasao por Sevilla, marchándose con él sin dar noticia á su familia de aquel mal paso.

La verdá, me dió lástima la probecilla. En cierto modo, yo tenia la culpa de su desgracia. Ahora, dí tú, José. Si argun tiempo despues te hubiera llamao á su casa aquella mujer y con las lágrimas en los ojos te hubiera dicho: «Señá María, Vd. es mi salvacion. Yo he perdío el sentío y soy una desventurá. Sé que es Vd. feliz con Joselillo y que merece Vd. todo su afeuto. Hubo un dia en el que yo esperaba ser su mujer; perdías las esperanzas, me gorví loca y me fuí con un hombre que ha sío mi perdicion. Yo deseo gorver al lao de mi familia; pero voy á ser madre de un momento á otro. Si usté no me ampara, la miseria y la desesperacion me harán buscar en el rio una sepultura.»

—¿Eso te dijo?

—Sí; y habias de ver á la probesita llena de harapos, con una cara de miseria... Vamos, partia el corazon. Yo la dejé una onza y le dije: «Tenga Vd. pecho, y á vivir. Sin saberlo yo he sío la causa de su mal, y donde alcancen mis fuerzas irá mi corazon.»

Nos vimos algunas veces y una noche vino la tia Re-

medios á avisarme. Dolores dió á luz á Lolilla y yo no me separé de su lao en toa una semana. Durante este tiempo me confió quién era el padre de aquella niña.

«Ha sio conmigo un infame dijo; mi deseo es no volver á verle nunca. No quiero que sepa tampoco que tengo una hija suya.» Y pa poder volver al lao de sus padres, careciendo de recursos, resolvió enviar á la Inclusa á la probe niña.

«Eso no, dije yo.»

Y como la señá Remedios recibió el encargo de entregar la probecita niña á la caridad, yo le salí al paso, y sin que lo supiera Dolores me la traje á mi casa. Su madre ha vivío hasta hace poco tiempo, y aunque sabia el paradero de su hija, avergonzá y sin recursos, no se ha atrevió á mirarla á la cara, ni á verme á mí siquiera.

Hoy ya ha muerto, y ya pueo icirte á tí el orígen de Lolilla.

Su mare me dió media caena, que conservo. La otra media la conservaba el pare de la niña, que era de una familia de la nobleza y que por fuerza será ya hoy coronel de un regimiento.

¿Es eso tóo lo que querias saber?

IV.

Pepe-Hillo respiró despues de haber oido todo el relato de su mujer.

—Solo queria que borrases una dua de mi alma, dijo,

y dempues de borrarla la has llenao de alegría. Tú has enmendao mis fartas. Lo que has hecho con esa probe niña te lo ha inspirao el cielo, y ahora quiero pedirte perdon por mis sospechas y no me atrevo á dicirte que me dés un abrazo, poique lo que tú has hecho solo lo hace una santa. Yo no soy más que un probe mortal.

La escena terminó, como puede presumir el lector, confundiendo en un cariñoso abrazo á los dos esposos.

V.

María del Pópolo habia dicho la verdad á su marido. Despues le reveló tambien el nombre del padre de la niña.

—Es necesario, le dijo, que se lo ocultes al pae guardian. Yo no sé cómo ese hombre que causó la disgracia de Dolores, ha sabío que tiene una hija y que vive á nuestro lao. Pué ser que la misma mare se lo haya dicho, pero nosotros queremos á esa niña como si fuera hija nuestra, y si piensa quitárnosla nos roba un peazo del corazon.

Despues de un maduro exámen convinieron los dos, no sin hacer antes todo género de salvedades, en contar al guardian una historia inventada que desorientase al padre de la niña.

Así terminó aquel dia, tan agitado para Pepe-Hillo.

CAPÍTULO XX.

Rivalidades.

I.

Amaneció el dia 30, y como de costumbre comenzó muy temprano el movimiento de la poblacion, llenándose los templos de maritornes y de fámulos, los cuales tenian la buena costumbre de oir misa antes de acercase á buscar carne á los cajones de la Red de San Luis, peces del Jarama á la calle de Santiago, y los demás comestibles á los puestos que habia en los mercados ó en las puertas de algunas de las posadas del centro de la poblacion.

Los mancebos de las tiendas, con arreglo á las ordenanzas vigentes, barrian y regaban el terreno que habia delante de las puertas del establecimiento.

Los legos cocineros recorrian tambien las plazuelas para hacer provisiones, y tambien acudian con el mismo objeto los de las órdenes mendicantes de San Francisco y de San Cayetano.

Nuestros abuelos tenian la costumbre de acostarse temprano y de madrugar.

Así vivian sanos y gordos.

La primera operacion que hacian todos era oir misa, y por la hora en que iban á cumplir este deber religioso se podia conocer quiénes eran los que ménos ocupados vivian.

II.

Llenaban los templos á primera hora, como he dicho, los criados y los jornaleros.

Seguian despues los mancebos de las tiendas, la gente del pueblo y los empleados, vulgo covachuelistas, que antes de dedicarse á sus tareas iban al templo á pedir á Dios que les librase de las malas tentaciones.

No sé si esto seria causa de que se despachasen los expedientes con más puntualidad y con ménos favoritismo.

Cerraban por último la procesion en esta escala de madrugadores los caballeros y las damas, que habian empleado una hora lo ménos los primeros y dos las segundas en aderezar su cabeza con los blancos polvos y demás adminículos que servian á su embellecimiento.

III.

Pepe-Hillo se levantó como de costumbre, y como de costumbre tambien lo primero que pensó fué oir misa.

Despues de tomar el indispensable chocolate,

—Hoy no voy á oir misa aquí á la vera, en el con-

vento de los Carmelitas; dijo á su esposa. Tengo que ir al convento de San Francisco y oiré la misa del pae Cristóbal. Dempues veré á fray Meliton y en seguía me iré á la barbería del Loro pa ver qué es lo que se habla entre la gente del oficio.

El hombre propone y Dios dispone.

Apenas acababa Pepe-Hillo de referir á su mujer el itinerario que pensaba seguir aquella mañana, se coló de rondon por la puerta el famoso banderillero Santos, discípulo mimado de Pepe-Hillo y el primer sobresaliente de su cuadrilla.

IV.

Los lectores recordarán que al despedirse de su maestro el dia anterior le habia indicado que iba á enterarse de algunos pormenores relativos á los planes de Pedro Romero, famoso diestro que compartia con Pepe-Hillo el entusiasmo público, y que por esta razon era rival de nuestro protagonista.

—Buenos dias, maestro; dijo Santos.

—Benditos y alabaos, contestó Pepe-Hillo.

—Me alegro de encontrar á Vd.

—¿Sucée argo que vienes tan trempano?

—Pues ná, sucée lo que me figuré.

—Paese que vienes amoscao.

—Malos mengues me lleven.

—¿Qué mala mosca te ha picao?

—¿Va Vd. á salir?

—Iba hácia el convento de San Francisco.

—Pues eche Vd. á andar. No quiero que la maestra se entere de lo que tengo que icirle; le daria un sofocon.

V.

María del Pópolo estaba en otra habitacion con sus hijos.

Pepe-Hillo se despidió de ella, y se fué por la puerta del Sol á la calle de las Carretas para dirigirse por el convento de la Merced á la plaza de la Cebada y de allí á San Francisco.

—Vamos á ver, Santillos, ¿qué es lo que ocurre?

—Ya sabe Vd. que ayer me convió Juan, el cariñito de Pedro Romero.

—¿Y qué? ¿Te ha dicho que su maestro es mejor que yo? Tóo eso me tiene sin cudiao.

—No es ese el caso; es más dificultoso.

Ya sabe Vd. que el tal Pedro Romero se mete por los ojos de la cara y que tie jonjabao al Sr. Corregior. Tóo su afan es que sus dos hermanos José y Antonio sargan á matar toros pa que tóo quee en casa. El tiene metimiento con los del hospital, y ya que no ha podío conseguir quearse solo en la plaza en esta temporá, se le ha ocurrío la idea de dar una funcion extraordinaria pa destinar tóo el aquel á los gastos de la guerra.

—Ha hecho lo que hase un hombre.

—No igo lo contrario. Pero ¿no seria justo y rigular que en esa corría trabajásemos tóos? ¿Pues qué, seria un prejuicio que el mismo Costillares, él, Vd. y toas las cuadrillas de los tres mataores echáramos el resto pa socorrer á los que han ío á la guerra.

—¿Y tú duas que eso suceda?

—¡Ay! maestro, Vd. tiene el corazon de un niño. Lo que me tiene emperrao es eso justamente.

El se lo ha arreglao tóo, y en la funcion no habrá más que Romeros: Pedro Romero, José Romero, Antonio Romero... Va á paeser una Páscua floría.

—Eso no pué ser... tú estás chalao.

—Si me lo ha dicho Juan.

—Juan se ajuma en seguía.

—Ontavía no habia bebío, y no queriendo creer lo que hablaba, me lo juró por esta cruz.

—Pus esa seria una mala partía, y una cosa es que Pedro Romero y yo tengamos nuestros aqueles, y otra cosa es que él haga lo que no haria ni un maldecío gitano. ¡Bah! te igo que no es verdá. El hombre que como Pedro Romero tié valor y cercunstancias pa plantarse elante de un toro, no es capaz de hacer una partía tan serrana á este hijo de su mare.

—Pues entérese Vd. bien del Sr. Corregior, porque yo creo que la partía está jugá. ¿Y quiere Vd. que le iga más? El Sr. Pedro Romero va á estrenar ese dia un traje nuevecito que le va á regalar la Corregiora. Y va á ser pronto; drento de dos ó tres dias lo cantará el *Diario de Avisos* y será cosa de tirarse de los pelos

ver que pa una funcion patriótica sargan ellos solitos y nosotros nos queemos de la parte de fuera. No hay ley de Dios capaz de consentirlo. ¿Y sabe Vd. lo que icen toos los de la cuadrilla que han oío argo? Que Vd. no debe consentirlo.

—Si yo creyera tóo lo que tú me ices, me iba ahora mesmo á ver al Sr. Corregior y le icia una fresca, que yo no me muerdo la lengua cuando llega el caso. Pero si tóo eso debe ser fachenda de Juanillo. No sé por qué te ajuntas con él.

—Como semos paisanos...

—El anda que se pirra porque no le dí plaza en mi cuadrilla. Ya me lo ha pedío muchas veces y no quiero. Es un mal trabaja. Así es que como sabe que tú me quieres se complace en icirte tóo lo que es en contra mia.

VI.

No queria Pepe-Hillo dar crédito á las palabras de Santos, á pesar de que este insistia, cuando al llegar á la calle del Duque de Alba tropezaron los dos con el Loro.

El Loro, como dije á su tiempo, era el dueño de la barbería donde solian acudir los toreros.

Pepe-Hillo le paró, é interrogándole acerca de las noticias que acababa de darle Santos, oyó con sorpresa confirmarlas al rapa-barbas.

—Pus esto no ha de quear así, dijo muy amoscado.

VII.

Variando de rumbo miró al reloj, y vió que eran las nueve.

—Ahora estará en su casa el Sr. Corregior, dijo; voy á verle, á pedirle justicia, y si no me la hace, me presento en presona al mesmo rey, que en esto de ser español y de trabajar de balde pa socorrer á los que pe-lean por la patria, no ha de ponerme naide la ceniza en la frente.

Y olvidándose por completo del importante asunto que le llevaba al convento de San Francisco, se encaminó á casa del Corregidor, mandando á Santos que fuese á esperarle á la barbería del Loro.

VIII.

Aquel suceso debia avivar las rivalidades que existian ya desde hacia mucho tiempo entre los dos famosos matadores.

Pero dejémosle un momento defender sus derechos ante la autoridad para trasladar de nuevo al lector á su casa, adonde habia acudido la Tullida con el objeto de avanzar algun paso más en la intriga que iba fraguando para despojar á Sir Guillermo de sus piedras preciosas.

CAPITULO XXI.

—

Un ardid de la Tullida.

I.

Olvidado habia María del Pópolo el objeto que el dia anterior habia llevado á su casa á la Tullida, cuando esta se presentó pidiendo á Rosario licencia para ver á su ama.

Entró como de costumbre en la habitacion en donde estaba la mujer de Pepe-Hillo, y despues de tomar asiento, suspirar, quejarse de sus males, hablar de las dolencias de su hija, y en una palabra, de preparar el terreno para excitar la compasion de María,

—No puede Vd. imaginarse, le dijo, cuánto le debo á Vd.

—No hable Vd. de esas cosas, mujé. Ya sabe usté que á mí me gusta enjugar las lágrimas; pero sin mentar pa ná los favores que hago.

—Es muy cierto, y eso aumenta el mérito de las bondades de Vd. Pero es preciso que sepa que esos señores, los indianos de quienes hablé á Vd., agradecidos al ver que podia proporcionarles quien les lleve á su casa las piedras preciosas que desean comprar, me han

dado nada ménos que un ducado; y esto, á ¿quién se lo debo sino á Vd?

—Vaya, pues me alegro. ¿Y qué, han decidío ya argo?

—Desean que ese señor, su vecino de Vd., vaya esta tarde, si le es posible al anochecido, á su casa llevando todo lo mejorcito que tenga; porque son muy ricos, y como van á casar á su hija, piensan gastar mucho dinero. Así es que yo le dejaré á Vd. las señas. Que vaya, que no falte, porque son muy formales esos señores; y si despues de estar esperándole un rato no se presentase, ya no querrian volver á recibirle.

II.

María recordó la situacion en que se hallaba Sir Guillermo.

—El caso es, dijo, que no va á poder ser.

—¿Cómo? preguntó la Tullida sin ocultar su sorpresa.

—El vecino es de extrangis.

—Y eso, ¿qué importa?

—Vamos, que no es católico, que no tiene nuestra misma religion, y como esos pícaros de franchutes, por ser unos descastaos y unos herejes, se han atrevío á cortar el piscuezo á su rey, el pueblo cree que tóos los que no son como ellos son tambien herejes y ya le han dao más de un susto. Así es, que él se ha puesto bajo la protecion de mi marío, y hasta que pase el nublao, por tóo el oro del mundo no saldrá de su casa.

—Eso es otra cosa, dijo la Tullida; pues lo siento, porque podia ganar mucho dinero, y por otra parte, tambien me duele que despues de haber hablado á esos señores, se queden burlados. ¿Con qué cara me presento yo á ellos?

—Les dice Vd. la verdá, clarito. ¿Qué mal hay en eso?

—Ninguno; pero, vamos, no puede Vd. imaginarse qué sentimiento tengo.

—Todo se arreglará pronto; porque como Vd. nos quié tanto, se lo diré. Mi Joselillo estuvo ayer á ver al señor duque de Alcudia, y miste si le habrá petao á S. E., que por la noche envió á un empleao de su casa con una tumbaga pa mi marío, hasta allí. Así es que José le habló por el vecino, y el duque le tomará bajo su protecion.

III.

La Tullida, que tenia muy buena imaginacion, concibió instantáneamente un plan.

—Ya sabia yo, le dijo, que el Sr. D. José habia recibido un presente del duque de la Alcudia.

—¿Vd? ¿Y cómo lo sabia Vd?

—Como ando en tantas casas, como mi situacion inspira lástima á tantos señores, y como, por último, sabiendo lo que soy, no se ocultan de mí para hablar, he tenido ocasion de saber, y por cierto que si yo le dijera á Vd. todo lo que he sabido, algun disgusto le causaria.

—¿Qué ha sabío Vd., mujer de Dios?

—Nada, nada; mejor es no hablar de eso.

—Pero ¿tiene que ver argo conmigo?

—Con Vd... no del todo, pero...

—No se ande Vd. con circunloquios, hable Vd. en prata.

—Luego serán habladurías, porque la verdad es que usted no puede quejarse de su marido, y, lo que yo digo: el Sr. D. José es un cristiano viejo, y todo el que es cristiano no es capaz de hacer una felonía á su mujer.

—¿Qué está Vd. hablando?

—Nada, nada, señora; perdone Vd. Me marcho.

IV.

Trató de levantarse para marchar y María la detuvo.

—Va Vd. á icirme, añadió, todo lo que ha sabío.

—¿Y para qué quiere Vd. buscarse penas?

—Eche Vd. en seguía por esa boca tóo lo que sabe.

—Si Vd. se empeña...

—No me empeño, lo mando.

—En buena ley, el Sr. D. José no tiene la culpa. Él va á la plaza, se presenta tan airoso, tan guapo... y las damas de la córte van á ver la funcion, y nada tiene de extraño...

—Me está Vd. hasiendo un daño, buena mujé,

que Vd. no sabe. ¿Se ha prendao arguna dama de mi marío?

—Mire Vd., señá María, yo le voy á contar á Vd. todo lo que he oido... Pero no haga Vd. cavilaciones. Eso será mentira. Una señora de la córte, que me proteje mucho, se ha podido enterar por medio de una criada de la señora doña Pepita Tudó; ya sabe Vd., la que segun dicen está casada de secreto con el duque de la Alcudia.

—Y bien, ¿qué? ¿Qué ha pasao?

—Pues nada, esa señora ha hecho grandes elogios de su marido de Vd., y no ha faltado quien repare, no de ahora, sino de otros años, que cuando va á la plaza y sale D. José á torear el toro, no le quita los ojos. Así es que entre esa gente se dice que si fué, que si vino, qne si seria capaz de hacer una locura...

—¿Por mi José?

—Ahí está.

—¡Mardesía suerte!

V.

Hubo un momento de silencio, al cabo del cual continúo la Tullida:

—El dia ménos pensado, decia la señora á quien he oido hablar, como Pepita tiene tanto talento, hará que el mismo duque de la Alcudia le envíe algun regalo. Él entonces irá á darle gracias, frecuentará su casa co-

mo la de otros grandes, la del duque de Osuna, por ejemplo, donde todos saben que D. José va á comer á menudo, y entonces...

—¡Calle Vd., que me ha clavao una espina en el corason!

—Yo lo siento; no queria... Vd. es quien se ha empeñado... Y mire Vd., añadió la Tullida, no tomando una resolucion... No quiero que se me quede nada en el cuerpo. He oido decir que esta tarde al toque de oraciones entrará D. José en el palacio del señor duque. Yo que Vd. no le decia una palabra, y para enterarme me iba muy rebozada á los alrededores, porque puede ser mentira, y si lo es, ¿para qué darse un disgusto?

—Bien está, bien está; yo sé lo que tengo que haser. Déjeme Vd. ahora en pas, y Dios le perdone el mal que me ha hecho.

—No es culpa mia; lo siento.

—Tome Vd., y que Dios la socorra, añadió María dándole una limosna.

VI.

La Tullida estaba segura de que al marchar saldria María del Pópolo de su casa, y corrió á hablar á sus cómplices para llevar á cabo su plan con algunas va-

r iaciones en la forma. Despues fué á la Red de San Luis á un portal donde habia un memorialista, y pagándole muy bien el trabajo, le mandó escribir una carta á Pepe-Hillo, en la que suplantando el nombre de Godoy, le ordenaba que al toque de oraciones fuese á su casa.

CAPÍTULO XXII.

—

Una conjuracion.

I.

Las cinco de la tarde serian cuando los vecinos del callejon del Cofre, y sobre todo las maritornes, estaban embebidos oyendo á un ciego que con descompasada y atronadora voz salmodiaba una letrilla que hacia algun tiempo habia servido nada ménos que de artículo de fondo al *Diario de Avisos de Madrid.*

Por el asunto de que trataba, de gran interés casero, se habian apoderado de ella los trovadores callejeros, y recitándola con algunos compases de vihuela, lograban que cayeran en sus raidas gorras de piel gran número de ochavos segovianos.

No veo motivo para que los lectores no escuchen lo que escuchaban los vecinos del callejon del Cofre.

Se trata además de una de las más donosas composiciones de Cayetano de Torres, y tiene por objeto dar á conocer las cualidades que un hombre, vividor sin duda, queria encontrar en las criadas.

Es un cuadrito de mucho colorido, que venia á de-

mostrar que las damas de la escoba y del plumero han sido en todos tiempos lo mismo.

II.

El ciego voceador decia entre contínuas carcajadas estas estrofas:

Como de criadas
hay mala cosecha,
por una que busco
daré mil pesetas.

—

Ha de ser juiciosa,
callada y atenta;
con los compañeros
no ha de gastar fiestas;
por ningun recado
ha de salir fuera;
al que así la hallare
le doy mil pesetas.

—

No ha de ser golosa,
tampoco embustera;
cuando la regañen
no tendrá respuestas;
y ha de guisar solo
á la moda nuestra;
al que así la hallare
le doy mil pesetas.

—

Ha de ser curiosa
y no ventanera;
para salir sola
no pida licencia,

pues siempre su ama
debe de ir con ella;
al que así la hallare
le doy mil pesetas.

—

Cuidará el aceite,
garbanzos y especias;
y si sus parientes
concurren á verla,
no les dará nada
sin que yo lo sepa;
al que así la hallare
le doy mil pesetas.

—

No hará cochifritos
para comer ella,
pues le doy lo mismo
que salga á mi mesa;
no beberá vino
sino en Noche-Buena;
al que así la hallare
le doy mil pesetas.

—

Limpia como un oro
tendrá la espetera;
no ha de ser cantora,
sabrá hacer calceta
y echar un remiendo
cuando se le ofrezca;
al que así la hallare
le doy mil pesetas.

—

Dos veces al año
irá á la comedia;
á los toros una;
mas justo es que advierta
que irá acompañada

de otra mujer vieja:
al que así la hallare
le doy mil pesetas.

—

Si á alguna visita
el ama la lleva,
y hay niña de pecho,
cargará con ella,
é irá por la calle
con mucha modestia;
al que así la hallare
le doy mil pesetas.

—

Cuando quede sola
no abrirá la puerta
á primos fingidos,
y me ha de dar cuenta
de lo que sucede
mientras esté fuera;
al que así la hallare
le doy mil pesetas.

—

Por último, nunca
ha de ser parlera
de aquellos acasos
que en casa sucedan,
ni andará observando
el que sale ó entra;
al que así la hallare
le doy mil pesetas.

En aquellos tiempos, como en estos, si la cuestion de las criadas no era de gabinete, era por lo ménos de cocina, y no solo interesaba á las domésticas sino á sus amos.

III.

¿Creerán los lectores que les he hablado del ciego y que les he regalado los versitos que pronunciaba para entretener el tiempo?

Nada más léjos de mi ánimo.

Servirá lo que llevo escrito de este capítulo para decir que en aquellos tiempos del oscurantismo, lo mismo que en estos de la luz del gas, los que se proponian dar golpes de mano tenian talento, ó si se quiere ingénio.

La Tullida, de acuerdo con Colilla, su cómplice, habia buscado al ciego, y despues de darle una buena propina le habia encargado que llamase la atencion de los vecinos del callejon del Cofre para que no pudieran notar que unos cuantos chisperos iban poco á poco penetrando en la taberna de dicho callejon, donde el dia anterior habian estado en peligro las costillas de Sir Guillermo, y además le habia dado otras instrucciones, de que á su tiempo tendremos noticia.

IV.

Mientras que el ciego destrozaba los bonitos versos con que habia entretenido durante muchas semanas á sus contados lectores el *Diario de Avisos*, se habia ido llenando la taberna de gentes de mala traza, las cuales, apurando jarros de lo añejo, aguardaban en aquel asque-

roso recinto á que Colilla, despues de haber deliberado con la Tulluda y algunos otros que formaban la junta directiva de aquella sociedad de bandidos, tomase una resolucion y se la trasmitiera.

V.

Penetremos en la trastienda, que era una especie de camaranchon con techo abovedado y sin más adorno que una crecida cantidad de telarañas.

En aquella reducida estancia, alumbrada por la escasa luz de un candil, hallaremos á la Tullida, á Colilla y á su cómplice Argolla, y á otras dos ó tres personas de de su jaez, discutiendo los preparativos del golpe de mano que proyectaban.

En el momento en que me atrevo á suplicar al lector que penetre conmigo en aquel antro, la maldita bruja, que para no ver frustradas sus esperanzas habia trazado por sí sola el plan, comunicaba á sus cómplices todo lo que habia sucedido y los medios que habia ideado para el buen éxito del negocio.

VI.

—El mercader de piedras, les decia, tiene un miedo que no puede lamerse y no saldrá de casa por todo el oro del mundo. Siendo vecino de Pepe-Hillo no es posible ir allí, porque además de que el torero tiene muy buenos puños, los muchachos que han de ayudarnos,

que se cuelan siempre que pueden en la plaza de toros, le tienen más respeto que al Sr. Corregidor, y una palabra suya bastaria para destruir todos mis planes.

—¿De modo que todo se ha perdido? dijo Colilla.

—¡Qué sabe Vd., arrastrao!

—Pues digo; despues de lo que acabas de decir...

—¿Crees tú posible que se me escape á mí la presa?

—Ya sé que donde hincas el diente sacas tajada. Pero si el extrangis no sale de su casa y no cae en la red que le hemos tendido, se nos escapa el pájaro.

—Por torpe debiamos echarte de la reunion, dijo la Tullida.

Has de saber, alma de cántaro, que lo tengo yo todo dispuesto para que al anochecido esté solo el inglés en su casa.

—¡Si al anochecer están siempre en su casa el señor Pepe-Hillo y su mujer! ¿No sabes que por nada del mundo perdonan el rosario?

—Pues lo que es esta noche ni él ni ella nos servirán de estorbo.

VII.

Todos preguntaron con curiosidad qué es lo que habia hecho, y entonces la Tullida refirió su plan.

—¿No oís, dijo, al tio Leznas que está en la calle echando el gañote? Pues si está ahí es porque yo se lo he mandado.

—¿Y de qué puede servirnos?

—Más de lo que tú te figuras.

—Explícate, mujer; no andes con arrumacos.

—En cuanto empiece á anochecer sale Colilla con dos ó tres muchachos de los que están afuera y encarándose con el ciego arma camorra con él. El tio Leznas está ya prevenido. Empezará á gritar. Entonces sale Argolla vestido de caballero, para lo cual le he traido un traje, y apenas se presente, todos los demás empezamos á llamarle extranjero. El llevará un baston de muleta, repartirá palos y echará á correr. Se armará rebullicio, y entonces todos á una, y yo la primera, comenzaremos á gritar que un franchute nos ha maltratado. De este modo encendemos la sangre de todos, y gritamos: «¡Mueran los extrangis; que no quede un hereje vivo!»

Colilla, con ocho ó diez de confianza, va corriendo á casa del mercader, penetran todos, echan la puerta abajo, si es preciso; mientras unos le agarran y le dan un susto, otros cogen todas las piedras finas que tenga en su casa.

En esto llego yo con toda la gente. Los que han pescado las piedras se escabullen; yo defiendo al inglés; vosotros le dejais bajo mi amparo, y cuando llegue Pepe-Hillo todavía hago valer á sus ojos que yo le he defendido.

—¿Y si ese extrangis tiene pistolas y nos larga un recao?

—Eso corre de vuestra cuenta. Si tiene armas se le arrastra y punto concluido. Por matar á un hereje no se condena á nadie.

VIII.

Todos aplaudieron el pensamiento de la Tullida.

Colilla salió á echar un trago fuera con los que aguardaban.

Poco despues les dió sus instrucciones, y en cuanto comenzó á anochecer sucedió lo que más adelante contaré á mis lectores.

CAPÍTULO XXIII.

La amada de Sir Guillermo.

I.

No conocemos aun á la jóven de quien estaba enamorado Sir Guillermo, y es necesario que la conozcamos antes de verla en una de las situaciones más críticas de su vida.

Cármen, que este era su nombre, era hija única de un antiguo letrado.

Despues de muchos años de servicio en la magistratura, años que habia pasado desempeñando puestos importantes en varias chancillerías y audiencias, habia pedido su jubilacion, y disfrutaba de ella con modestia al lado de su esposa y de su hija.

D. Torcuato Melendez era uno de los modelos más acabados de aquella época, en que el comedimiento, la urbanidad, y sobre todo la honradez, constituian las mejores galas del individuo.

Poseia además uno de aquellos caractéres enérgicos para el bien, de los que ya no nos queda más que el recuerdo.

Antes de soltar una palabra la meditaba mucho.

Pero despues de haberla pronunciado era esclavo de ella.

Profundo sentimiento religioso, acendrado cariño al rey, respeto absolúto de la ley, pasion por el órden: he aquí los rasgos que completaban su retrato.

II.

Veinticuatro años muy cumplidos tenia su hija y todavía no se atrevia á alzar los ojos delante de su padre.

Todas las mañanas besaba su mano con el mayor respeto, y ayudaba en las faenas de la casa á su madre, obedeciendo con prontitud todas las órdenes que recibia y mostrando verdadera gratitud hácia los autores de sus dias, cuando estos por via de premio la regalaban alguna frase cariñosa.

Educada en el mayor recogimiento, su padre, que en calidad de juez habia tenido ocasion de conocer á fondo el corazon humano, temeroso de que los malos ejemplos pudieran destruir su obra, habia convertido para la jóven su hogar en un convento y no le habia sido dado pasar una hora siquiera al lado de una amiga proporcionando á su alma la natural expansion.

Solo abandonaba Cármen las cuatro paredes para ir con su madre al templo á cumplir los deberes religiosos, y con ella y el autor de sus dias á dar algunos paseos por los alrededores más solitarios de Madrid los dias en que repicaban récio.

Sus padres, para asediarla más y más, habian condenado enérgicamente la insinuacion de sus deseos de aprender á leer y escribir, y solo á duras penas le habian enseñado á deletrear el Libro de Oraciones.

Acostumbrada desde muy niña á tener aprisionado su espíritu, era en extremo tímida.

Cualquiera que la hubiera contemplado al verla como entumecida delante de las gentes, al ver sus ojos siempre clavados en el suelo, al descubrir que la más leve palabra hacía asomar el carmin á sus mejillas, hubiera dicho que era la imágen del candor, de la inocencia.

III.

La severa é intransigente educacion que habia recibido tenia un poderoso enemigo en esa indestructible sed de emociones que se apodera del alma á pesar de todas las barreras y de todos los obstáculos que se le opongan, y en vez de conocer el mundo guiada por la experiencia y el cariño de un padre, iba poco á poco descubriendo sus misterios sin tener á su lado quien la señalara los límites que separan el bien del mal.

El temor que le inspiraban los séres que más la querian la habian llevado á la hiprocresía.

Aunque buena y candorosa, no lo era tanto como parecia.

En primer lugar, aunque deletreaba delante de sus padres, cuando ellos no se apercibian, leia de corrido y hasta escribia.

Los criados, que tambien vivian bajo el mismo régimen de severidad, considerándola como víctima, y por tanto como compañera suya de infortunio, habian aprovechado todos los momentos oportunos para contarle historias del mundo, sin otro objeto que el de recrear su ánimo.

IV.

Cármen habia guardado todas las impresiones, habia meditado sobre ellas á sus solas, y habia acabado por descubrir que podia, sin faltar á las leyes de la moral, acariciar dulcísimas esperanzas, entre las que le sonreia en primer término la de poder ser algun dia esposa de un hombre que la amase y la hiciese feliz libertándola de la esclavitud en que vivia.

Un año antes del en que he dado comienzo á mi historia, sufrió una grave enfermedad la madre de Cármen, y aunque logró salir de ella, quedó tan achacosa que, necesitando los mayores cuidados, no podia prestar á su hija los que la jóven reclamaba.

Despues de consultar con su confesor y de rogarle que entre sus relaciones le buscase una mujer de edad, bien educada y adornada con todas las virtudes cristianas, resolvió admitir para que sirviera de aya á su hija á una solterona de bastante edad que el confesor le recomendó despues de haber sabido de ella los informes más lisonjeros.

V.

Doña Emerenciana ganaba en severidad á D. Torcuato.

Desde el primer momento se mostró exagerada partidaria del órden y tan idólatra del principio de autoridad, que no tardó el antiguo magistrado en depositar en ella su mayor confianza.

Doña Emerenciana sabia vivir.

Despues de conquistar el aprecio de sus amos procuró hacerse simpática á la niña.

Despues de haber pasado un invierno dedicada al cuidado de su madre, se resintió la salud de Cármen y los médicos aconsejaron á su padre que la llevara al campo á respirar aire puro.

Cuando llegó la primavera, D. Torcuato, que no se separaba de su familia, decidió trasladarse con todos los individuos que la componian á Pozuelo de Alarcon.

Era antiguo amigo suyo el párroco de aquel bonito y saludable pueblo, y le proporcionó hospedaje en una de las mejores casas.

VI.

Allí, pretextando que la niña necesitaba hacer ejercicio, se la llevaba doña Emerenciana á dar grandes paseos y la encantaba con su conversacion.

Hablábale unas veces de los militares, pintándole su

carácter aventurero, sus continuos amoríos, sus cómicos apuros.

Otras le referia las costumbres de la córte, y tan sabrosos eran sus monólogos al principio, porque Cármen no se atrevia á hablar, y despues sus diálogos, que la jóven recobró la salud y conoció lo que era la alegría, sin que por eso aya y discípula dejaran al entrar en su casa de poner el rostro compungido y hacer alarde de mansedumbre y humildad.

VII.

En aquellos tiempos, que hoy llamamos del oscurantismo, habia en España lo que apenas hay hoy: una industria nacional.

Ya se vé, los reyes y los grandes de España daban el ejemplo engalanándose con productos fabricados en el país, y como no habia necesidad de pedir á Francia ó Inglaterra lo que en España habia, los capitales no iban al extranjero, y enriqueciendo á los trabajadores españoles permitia que hubiese fábricas de todas clases, tan importantes como las de paños en Guadalajara y las de curtidos en Pozuelo.

Los raros extranjeros que visitaban nuestro país examinaban estos establecimientos con la misma curiosidad é interés que nos inspiran hoy los que encontramos al pasar la frontera.

Sir Guillermo habia oido hablar de las famosas tenerías de Pozuelo, y quiso visitarlas.

Allí conoció á Cármen, y se prendó de ella hasta el punto de ser para él cuestion de vida ó muerte su casamiento con la jóven.

VIII.

Inútil seria que entretuviese la atencion del lector contándole los medios de que se valió Sir Guillermo para llegar al corazon de Cármen.

En aquellos tiempos, como en estos, los ojos hablaban el lenguaje del alma y los dos jóvenes se comprendieron.

Pongan Vds. un poco más de rubor en la jóven, un temor inmenso ante la idea de que, tarde ó temprano, tendria que contestar á las insinuantes miradas de su adorador con palabras de fuego, mayor dósis de respeto en el galan hácia la dama, y la fé que estaba en todos los sentimientos y en todas las ideas de la época, y tendrán el cuadro acabado de aquellos inocentes amores.

Sir Guillermo hacia ya mucho tiempo que estaba en España y hablaba nuestro idioma perfectamente.

Tambien lo escribia, y despues de instalarse en Pozuelo, so pretexto de estudiar detenidamente las operaciones que se practicaban en las magníficas tenerías allí establecidas, redactó una epístola respetuosa, tímida, pero al mismo tiempo expresiva, y siguiendo el antiguo sistema de adorar al santo por la peana, dirigió

todos sus planes á conquistar la voluntad del aya antes de llegar al corazon de la jóven.

IX.

En resúmen; despues de mucho tiempo se comprendieron, se amaron y convinieron en que para vivir, y vivir felices, necesitaban recibir la bendicion nupcial.

Entonces fué cuando Sir Guillermo, animado por el vehemente afecto que sentia hácia Cármen, resolvió hablar á sus padres, y estos, asombrados al pronto, pero convencidos más tarde de que habia llegado para su hija el terrible é indispensable *cuarto de hora*, fundaron su negativa en que el amante no era católico.

Pero tambien recordarán los lectores los medios de que se habia valido Sir Guillermo para obtener del ilustrado D. Juan de Lorenzana, el célebre arzobispo de Toledo, la proteccion necesaria para vencer la repugnancia de los padres de Cármen y para conseguir su ansiada mano.

X.

Las cosas estaban en la situacion de que ya he dado cuenta, cuando apareció en la *Gaceta de Madrid* la declaracion de guerra á la Francia.

D. Torcuato, que por una parte se resignaba á complacer á su hija, porque conocia que estaba verdaderamente enamorada de Sir Guillermo, y por otra deseaba

encontrar un pretexto eficaz para destruir aquel lazo que, á pesar de todo, repugnaba á sus profundos sentimientos religiosos, al ver la actitud que tomó el pueblo contra los extranjeros que no profesaban su misma religion, no obstante de ser un hombre de bien, experimentó una secreta alegría.

—¿Quién sabe, se dijo, si lás circunstancias van á resolver el problema á mi favor?

Y aquel mismo dia, llamando á su hija, despues de haberse puesto de acuerdo con su esposa,

—Va á ser préciso, la dijo, que renuncies á tus esperanzas.

XI.

Estas palabras hirieron como un rayo á la jóven.

Sin embargo, y á pesar de su timidez, se atrevió á fijar los ojos en su padre, y preguntó, poseida de una gran emocion:

—¿Qué es lo que dice Vd., padre mio?

—Mis temores han venido á confirmarse. El pueblo español atribuye los espantosos crímenes que acaban de cometerse en Francia á la falta de religion, y es tan grande la pesadumbre, tal la indignacion que se ha apoderado de su ánimo, que no encuentra otro desahogo que el de castigar á aquellos que no son fervorosamente católicos de la manera que lo harian, si pudieran, con los que han sido capaces de asesinar á un rey.

XII.

La humildad, que por carácter y educacion practicaba Cármen en todas las ocasiones de su vida, impuso silencio á su pena, que era grande, despues de haber oido las palabras de su padre.

Pero necesitaba dar expansion á su alma, y exclamó:

—Ya sabe Vd., padre mio, que mis deseos son obedecer á Vd. y á mi madre en todo y por todo. Sus consejos han de ir, seguramente, encaminados á mi bien.

Y despues de hacer este poderoso esfuerzo, se retiró á su estancia y pasó todo el dia llorando.

XIII.

El primer amor de una niña no es como el capricho de la coqueta; no es la ola del mar, que al llegar á la orilla imprime su huella en la arena, y otra ola la borra en seguida.

En aquellos tiempos, como en estos, pero mucho más en los anteriores, el primer amor tenia algo de religioso y... ¡ya se ve! era imposible que el respeto filial y el temor de desagradar á un padre borrasen del corazon de una niña las dulces ilusiones, las puras esperanzas que el primer amor habia grabado en ella.

Así es que Cármen, que no queria renunciar á la felicidad con que soñaba, que descubria horizontes tristísimos solo á la idea de una separacion eterna de su

amante, al mismo tiempo que sufria, pedia á su imaginacion algun recurso, algun medio eficaz, alguna idea salvadora para que los deseos de su padre no se cumpliesen, para que no se rompiera el lazo que unia su alma á la de Sir Guillermo.

XIV.

Y el medio lo encontró.

—¡Ah! se decia; ¡si yo pudiera verle; si yo pudiera hablarle; si me fuera dado pintarle el peligro que le rodea por no decidirse á profesar nuestra religion; si acertara á descubrir la inmensa pesadumbre de mi alma por la separacion á que nos obliga el temor y el deseo de mi padre, segura estoy de que mis palabras le convencerian; de que dominando la repugnancia que siente á abjurar de pronto la religion de sus padres, haria un sacrificio por mí!

Y vencida una dificultad, surgia otra.

Si le hablaba, estaba segura de convencerle; pero ¿cómo podia llegar á obtener este resultado?

Hé aquí una dificultad mucho mayor que todas las que se oponian á sus deseos.

Sir Guillermo no iba á su casa sino de tarde en tarde.

Perseguido como los demás extranjeros por el populacho, estaria seguramente oculto en su casa, y para hablarle necesitaba indispensablemente ir á buscarle á su propio domicilio.

Ahora bien: si en estos tiempos no es difícil empresa la que necesitaba acometer la enamorada jóven, en aquellos era quizás la mayor dificultad que podia encontrar una doncella pudorosa y recatada.

Sin embargo, no desistió de su idea.

El amor es heróico.

XV.

Al dia siguiente comunicó á su aya, que era cómplice de sus entrevistas secretas con Sir Guillermo, le comunicó, repito, sus propósitos, y empleando toda su elocuencia la obligó á prometerle que al anochecer, cuando fueran á la novena de la Vírgen de los Dolores, que empezaba aquel día, la llevaria á casa de su amante, presenciaria la entrevista y uniria á los suyos sus ruegos para obligar á Sir Guillermo á tomar la anhelada resolucion.

El aya opuso resistencia, como era natural, porque al fin y al cabo desempeñaba un puesto de confianza é iba á abusar de la que los padres de la jóven habian depositado en ella.

Pero tenia muy buenas disposiciones en favor de Cármen, y aunque protestando que si accedia á sus súplicas era más que por otra cosa porque se trataba de convertir á la religion verdadera á un hombre que vivia en el error, convino con Cármen en que saldrian un poco más temprano y con todas las precauciones entrarian en casa de Sir Guillermo.

XVI.

Cuando Colilla salia de la taberna del callejon del Cofre para dar instrucciones á los que debian armar el motin, pasaban la jóven y su aya por la calle del Cármen.

Habia muchos corrillos, en los cuales comentaban unos la gracia de las coplas que habia entonado el ciego; hablaban otros de la intencion que algunos hombres del populacho tenian de dar caza á todos los herejes del barrio, y al pasar Cármen llegó á sus oidos una frase que la llenó de miedo.

—El primero que va á caer, oyó decir á uno de los que formaban parte de un corro, será el extrangis que vive en casa de Pepe-Hillo.

Instintivamente aceleró el paso la amada de Sir Guillermo, no ya para hablarle de sus deseos, sino para advertirle el peligro que corria.

Los momentos eran críticos.

CAPITULO XXIV.

Un motin por dentro y por fuera.

I.

Los corrillos de la calle del Cármen fueron aumentándose poco á poco y creció el interés de las conversaciones que allí tenian lugar.

El director del robo, que robo era, como saben mis lectores, el que proyectaban llevar á cabo la Tullida, Colilla y sus demás cómplices, era maestro en el arte.

—Se ha descubierto en Madrid, decia uno, una sociedad secreta de extranjeros, cuya mision es enterarse de todo lo que pasa y comunicarlo á los pícaros franceses.

—Van recorriendo, decia otro, los barrios bajos de Madrid algunos renegados, que, llevándose á las tabernas á la gente del bronce, les quitan la voluntad de ir á arriesgar su vida para defender la patria, enalteciendo las ventajas de la paz, todo con el objeto de enfriar el entusiasmo.

—Hay quien asegura, exclamaba otro, que los fran-

chutes que hay en Madrid, de acuerdo con los de Paris de Francia, quieren apoderarse del Rey nuestro señor y darle un susto.

II.

Estos y otros rumores por el estilo exacerbaban la ira de los oyentes, y no faltaba quien, poseido de verdadera indignacion, prorumpiese en denuestos contra los extranjeros.

—Como yo cogiera uno, decia un mozo de cuerda, hacia gigote con él.

—Yu le asaba á la parrilla, añadia un aguador de la Mari-Blanca, lu mismu que á un Bartolumé.

—Pus yo le daba una carrera é baqueta, decia un andaluz, asistente de un Guardia de corps.

—Dejarme á mí tóos los franchutes habíos y po haber, añadia una *irrabanera* de las que solian llevar la navaja en la liga, y yo me encargo de darles pasaporte pa el otro barrio.

III.

Preparados los ánimos con estas noticiotas, llamó la atencion de todos los que formaban los corros la llegada á la calle del Cármen por las afluentes de las gentes de mala traza que procedian del callejon del Cofre.

—¿A dónde irán esos chisperos? preguntaba uno.

—Cuando las sabandijas salen barruntan tormenta, decia otro.

—Esos preparan algo bueno.

—Vamos, vamos á ver lo que hacen.

Y los grupos, engrosando más y más, fueron á situarse en las cercanías de la casa de Pepe-Hillo.

IV.

La calle del Cármen se asemejaba en aquellos momentos á la superficie del mar cuando, agitado por el viento de la tempestad, empiezan las olas á moverse con ímpetu amenazador.

Ya no se hablaba en general de los extranjeros ni de los herejes. La saña del populacho se habia fijado en una persona, y corria de boca en boca el nombre de Sir Guillermo.

—Es un judío descendiente de los que azotaron á Cristo, decia uno.

—Aunque parece que es mercader de piedras finas, el comercio solo le sirve de pretexto para tener mucho dinero y sobornar á los españoles.

—Pues Pepe-Hillo le quiere mucho.

—Toma, porque ha sabido embaucarle el *minglis manglis*.

—La verdad es que hace dos dias que no se le ve por la calle.

—Tendrá miedo.

—Pues el que no la hace, no la teme.

—Como él la ha hecho, la temerá.

—Habia que escarmentarle.

—Sí, sí; es preciso que sepan él y todos los de su ralea que no se juega con nosotros.

V.

La obra de la Tullida y de su cómplice Colilla adquiria por momentos importancia.

Mientras que los curiosos conversaban de esta manera, los verdaderos ejecutores del golpe de mano se preparaban para llevar á cabo su plan con todas las probabilidades de éxito.

La Tullida habia entrado en la casa de la calle del Cármen esquina á la de la Salud, y para cerciorarse de que ni Pepe-Hillo ni su mujer estaban en casa, llamó á la puerta y se puso á hablar con Rosario.

—Abre, mujer, dijo cuando la criada del torero preguntó quién llamaba.

—No están mis amos, contestó Rosario al reconocer á la Tullida.

—Pues lo siento infinito, porque hay una marejada en la calle... Yo no sé qué diablos pasa.

Incitando la curiosidad de la doméstica al referirle lo que habia visto, tuvo ocasion de sincerarse á sus ojos y de preparar el terreno para que cuando llegara el caso pudiera la jóven servir de testigo de su pretendida inocencia.

VI.

Mientras que conversaba con Rosario, fueron penetrando poco á poco, y procurando que nadie los viera, Colilla, Argolla y otros dos ó tres, entre los cuales, para quitar á aquella conjuracion el carácter de conato de robo que tenia y darle el de movimiento popular, lograron que el Sr. Márcos, ordinario de Madrid á Segovia, español neto y de los más entusiastas por la guerra, los capitanease en aquella tentativa.

Penetrando en la casa, se ocultaron en un camaranchon de la escalera y aguardaron á que las voces, que con arreglo á sus instrucciones debian dar en la calle sus amigos, les facilitasen el pretexto que buscaban para echar abajo la puerta de la habitacion de Sir Guillermo, y mientras unos le daban el susto, los otros desvalijaban sus cofres.

VII.

Creerá el lector que atemorizado Sir Guillermo por la noticia que le llevó Cármen, tomaria en aquellos instantes las medidas más oportunas para librarse del furor popular.

Nada de eso.

A las primeras palabras pronunciadas por la jóven habia contestado Sir Guillermo con la mayor tranquilidad de espíritu, y calmando el temor de su amada, ha-

blaban los dos de sus esperanzas, de sus temores, de sus deseos, cuando estalló en la calle el tumulto.

Un chico, amaestrado por Argolla, comenzó á dar gritos. El rapaz podria tener unos ocho ó nueve años, y era un gran auxiliar de la empresa que acometian de cuando en cuando aquellos bandoleros de la córte.

—¡Ay! ¡ay! gritó el rapazuelo saliendo del portal de la casa de Pepe-Hillo.

VIII.

Los que le rodearon empezaron á preguntar qué le habia sucedido, y el muchacho, entre sollozos y alguna que otra ligera interjeccion con que para fingir el dolor amenizaba sus quejas, les referia que habia ido con su padre á pedir limosna al franchute del cuarto principal de aquella casa, y que tratándole con muy malos modos, despues de dar una paliza á su padre, le habia encerrado en la carbonera, y á él le habia echado á la calle, no sin sacudirle antes unos cuantos pescozones y dos ó tres punteras.

Esto acabó de irritar á los circunstantes, y uno de los cómplices de Colilla, advertido ya, comenzó á gritar:

—¡Muera el hereje!

A este grito siguieron otros por el estilo.

—¡Llevarle á la Inquisicion!

—¡Quemarle vivo!

—Vamos á cogerle para arrastrarle.

IX.

Algunos entraron en el portal, en tanto que los que estaban en la escalera comenzaron á dar golpes en la puerta de la habitacion de Sir Guillermo.

La Tullida y Rosario gritaban mientras tanto pidiendo socorro.

La puerta del cuarto de Sir Guillermo permaneció cerrada, y el Sr. Márcos, Colilla, Argolla y los demás que le acompañaban, armados de chuzos, de trancas, y navajas, dieron tan tremendos golpes en la puerta, que la echaron abajo y penetraron dando gritos de ¡Muera el hereje!

Así llegaron hasta el estrado de la casa.

X.

La confusion que reinó en aquellos instantes fué espantosa.

El aya de Cármen, despues de buscar un sitio donde ocultarse, al llegar á la cocina cayó desmayada.

Cármen, sacando fuerzas de flaqueza al creer en peligro la vida de su amante, se disponia á implorar la piedad de los amotinados.

Sir Guillermo, que conocia el empuje del pueblo español, creia inútil hacer armas contra sus perseguidores.

Por otra parte estaba tranquilo, porque, sin que el

populacho lo supiera, tenia á su lado á una persona capaz con su influencia y su valor de apaciguar los exasperados ánimos.

En efecto: contra las presunciones y los deseos de la Tullida, Pepe-Hillo, el ídolo del pueblo de Madrid, se habia enterado de los propósitos de aquellos miserables, y antes, mucho antes de que comenzara el tumulto, antes de que Cármen llegase á casa de Sir Guillermo se habia dirigido á la habitacion de su vecino sin pasar por la suya siquiera, y en ella estuvo tranquilizando á los amantes, cuando la audacia de unos y el mal entendido pero disculpable patriotismo de otros, derribaron las puertas de aquella morada.

XI.

El Sr. Márcos, y á su lado Colilla, Argolla y los demás facinerosos, penetraron en la estancia.

—¡Muera el hereje!

—¡Arrastrarle vivo!

Estas voces, pronunciadas por los que llegaban ciegos de ira, fueron acalladas por otra mucho más poderosa.

—¡Atrás! dijo Pepe-Hillo oponiendo su pecho á los chuzos y á las navajas de los amotinados, y defendiendo á Sir Guillermo y á su amada, presa en aquellos críticos instantes de una ansiedad indecible.

XII.

Ver á Pepe-Hillo y desaparecer Colilla, Argolla y los que iban con ánimo de robar, fué obra de un segundo.

—Compare, dijo Pepe-Hillo al Sr. Márcos, ozté y yo zomos cristianos viejos. Si er zeñó fuá un hereje, ¿cree ozté que yo pondria mi pecho é muraya pa librarlo de la muerte?

Ozté viene engañao. Ezos gateras, que ya los he conosío y me la pagarán, han querío jugásela, y pa que ozté vea que le tengo por hombre de pró, dispué de izirle que este zeñó en vez de sé lo que ozté piensa va á sé tan español como nozotros, poique ze va alistá pa combatí contra los franchute, le dejo á ozté á su lao pa que le libre de esa canaya y voy á bajá yo á izir ar pueblo que mé ayue á cogé á Coliya y á tóos los de su mardita ralea pa yevarlos á la sombra y que no sargan dayí sino pa olé á cáñamo.

XIII.

Las palabras de Pepe-Hillo produjeron tal efecto en el Sr. Márcos, que era hombre de gran corazon, que dando la mano al famoso torero,

—Mi amo, le dijo, su palabra de Vd. es una escritura. Váyase Vd. descuidado, que antes me harán pedazos que tocar al señor al'pelo de la ropa.

Pepe-Hillo bajó á la calle, y en la escalera encontró á la Tullida.

—Malegro de echarle á ozté loz ojos ensima, mare Angustias, le dijo. Ozté va ser la primera que va dir á chirona.

—¿Qué dice Vd., señor D. Pepe? exclamó muy conpungida la hipócrita.

—Ande ozté, mala sangre, enrea matrimonios.

La Tullida conoció que habia sido descubierto su juego, y olvidándose ante el peligro del papel que desempeñaba, arrojó las muletas y echó á correr por la escalera abajo.

Pero la gente que se agolpaba en la puerta le estorbó el paso, y cuando se presentó Pepe-Hillo, la Tullida se echó á sus piés implorando perdon.

XIV.

El torero explicó todo lo que habia pasado, y hasta el milagro de la Tullida.

—Yevarme, dijo, á esta embaucaora á la cársel de Córte, que estando ayí, eya cantará, y toos los demás que nos han querío dá un susto recibirán er castigo que meresen.

Despues arengó al pueblo, manifestándole que él respondia de Sir Guillermo, y que además era una cobardía ir tanta gente contra un solo hombre.

Fué saludado, como siempre que hablaba, con las aclamaciones más entusiastas.

Además anunció que él hombre á quien perseguian era por su aficion tan español como ellos, y que al efecto al dia siguiente iba á alistarse para pelear al lado de los españoles.

Esto no fué al pronto más que una ardid de que se valió para ganarle la buena voluntad del populacho.

XV.

Alegre el pueblo al oir esta noticia, pidió á gritos que saliese Sir Guillermo, y... ¡lo que es el populacho! el hombre, á quien querian arrastrar algunos minutos antes, fué aplaudido y victoreado por aquella gente.

La justicia acudió despues por haberse enterado del tumulto, y esto fué lo peor que podia suceder á Cármen, á quien importaba que su nombre no se mezclase en aquellos sucesos.

Ahora bien; ¿cómo se hallaba allí Pepe-Hillo, cuando su esposa le creia galanteando á la Tudó?

¿Qué habia pasado á María del Pópolo mientras tenian lugar aquellas escenas en su misma casa?

¿Qué resolucion tomó Cármen al ver llegar á la justicia?

CAPITULO XXV.

Un Júdas que sirve para algo bueno.

I.

La raza de los Júdas no se ha extinguido, y hay ocasiones en que los descendientes de aquel falso discípulo son causa de que se descubran muchos crímenes, con lo cual la Providencia se muestra siempre pronta á facilitar el castigo de las iniquidades y á salvar del peligro á la inocencia.

Entre las personas con que contaban Colilla y la Tullida para llevar á cabo su plan de apoderarse de las piedras preciosas de Sir Guillermo, so pretexto de que era un enemigo de la patria, habia un muchacho de diez y seis á diez y siete años, conocido entre aquella escoria de la sociedad con el mote de *Mal-Trabaja*.

Merecia el nombre que le habian dado sus camaradas, porque en efecto habia empezado muchos oficios y en ninguno de ellos habia logrado fijarse.

Al poco tiempo tenian los maestros que arrojarle del taller, porque no trabajaba.

Ni los golpes, ni los castigos, ni la miseria á que se veia reducido lograban sacarle de aquella ociosidad, de aquella holgazanería, que constituia su verdadero modo de sér.

II.

Vendiendo buñuelos por las tardes; pregonando *los fijos* de la lotería; desempeñando á cada instante comisiones diversas, iba trampeando, como suele decirse, y como era muy agraciado y se quedó sin padres en la niñez, no faltaba en el Rastro quien, lastimándose de su desdicha, le amparase de cuándo en cuándo, y como por entonces tenian todos los pobres la mesa puesta en los conventos, el muchacho no se apuraba, seguro siempre de poder matar el hambre diariamente.

Pero lo que no perdonaba eran las corridas de toros.

Esta era su única aficion, y tan arraigada estaba en él, que no faltaba ningun dia al matadero, divirtiéndose con otros rapaces de su edad en molestar á las reses que debian sucumbir para alimentar al dia siguiente á los vecinos de la villa y córte.

Con tal de que no le faltasen las monedas indispensables para entrar en la plaza el dia de la corrida, era capaz de aceptar los mayores sacrificios.

Esta aficion, este deseo de presenciar el espectáculo taurino, le habian puesto en relaciones con la chusma que capitaneaba Colilla, y le ayudaba en todas sus empresas sin otra esperanza ni otro deseo que el de ad-

quirir recursos para costearse el único placer que ambicionaba.

A cada instante formaba este pensamiento:

—¡Cuánto daria por ser torero!

En las corrillas de novillos bajaba al redondel, y ya era conocido entre los aficionados por su destreza, por su arrojo y por la fuerza de sus puños.

Cogiendo á los novillos por los cuernos, les hacia hincarse de rodillas, les irritaba y hacia otras suertes por el estilo, que le valian, no solo plácemes, sino cigarros y convites al salir de la funcion de los que habian disfrutado presenciando sus habilidades.

Era para lo único que tenia actividad, y su sueño dorado consistia en alcanzar la proteccion de alguno de los diestros para que le admitiese en su cuadrilla, aunque fuera en el último lugar, le enseñase y le facilitase los medios de realizar algun dia sus aspiraciones á torero.

III.

Desde muy temprano supo Mal-Trabaja el plan que habia concebido la Tullida para llevar á cabo el robo, que por un momento, al oir las explicaciones de María del Pópolo, creyó frustrado.

Con su natural sagacidad indagó todos los detalles del nuevo plan improvisado por la Tullida, y despues de saberlos,

—Hé aquí mi jugada, se dijo.

Y como sabia que Pepe-Hillo solia pasar un rato en la barbería del Loro antes de ir á comer, se plantó en los alrededores de la tienda del Fígaro, y allí aguardó á que saliera ó entrara Pepe-Hillo para lograr su objeto.

No esperó mucho.

El famoso torero, indignado con las noticias que le habia dado Santos, fué á ver, como dijimos, al señor Corregidor y volvia muy contento porque su señoría le habia asegurado que, si llegaba á darse la funcion tauromáquica para auxiliar á los soldados que iban á combatir contra los franceses, contribuirian á ella, no solo Pedro Romero, sino Pepe-Hillo y hasta el mismo Costillares, á cuyo efecto tomaria sus medidas para que el dia señalado acudieran á la córte los diestros, los picadores y los banderilleros de más fama, con lo cual tendria la funcion todo el lucimiento debido.

Al salir del Corregimiento participó á Santos lo que acababa de oir, y muy satisfecho, añadió:

—¿Vés como tóo eran hablaurías? Anda y dile á Juanillo que te dé tu inero poique ta' engañao como á un chino.

IV.

Por no ser ya hora de ir al convento de San Francisco, dejó para la tarde la visita, y lleno de alegría, repito, por las noticias que acababa de saber, se dirigió, segun su costumbre, á la barbería del Loro á

echar entre los camaradas del oficio unos cuantos piropos á su rival Pedro Romero.

Dado el carácter de Pepe-Hillo, esto era natural. Habia pensado mal de él, le habia ofendido y necesitaba, para quitarse el peso que tenia encima, elogiar el mérito del que le disputaba el favor del público en el circo taurino.

Antes de entrar se acercó á él Mal-Trabaja.

—Sr. D. José, le dijo, Vd. no me conoce, pero yo sí. Puedo hacerle un favor, y esto es lo que he deseado toda mi vida. Si quiere Vd. oir dos palabras, creo que se alegrará.

Pepe-Hillo miró de arriba abajo al mozo que le hablaba, y como al lado de sus andrajos descubrió un rostro franco y simpático, una mirada inteligente y atractiva,

—Vamo á vé, gatera, ¿qué ties que isirme? preguntó.

—Venga su mercé al átrio de la iglesia de San Sebastian, y allí, en uno de los rincones, como el que no quiere la cosa, le daré unas noticias que no han de agradarle seguramente.

—Vamo ayá, dijo Pepe-Hillo.

Y algunos minutos despues supo los planes de la Tullida y las sospechas que aquella miserable habia hecho concebir á su esposa.

V.

Mal-Trabaja tenia la mision de seguir á María del Pópolo desde que saliera de su casa hasta que llegara á la plaza de los Ministerios.

—¿Me ises la verdá? preguntó Pepe-Hillo despues de haber escuchado toda la relacion que le hizo Mal-Trabaja.

—Se lo juro á su mercé por la Vírgen de la Antigua, que casi casi nos está oyendo.

—Pus toma, añadió Pepe-Hillo sacando una moneda y ofreciéndosela á Mal-Trabaja; y ya que Dios ta dao den cuando en cuando buenos pensamientos, apártate de esa canaya, no sea que ar fin y ar cabo tengas que verte metío en un corbatin mesiéndote po el aire.

—Oiga Vd., Sr. D. José, dijo el rapaz; yo no quiero monedas. Yo le he dicho á Vd. todo lo que sabia, porque le tengo á Vd. ley; porque seria capaz de tirarme por usted desde la torre de Santa Cruz. Y si Vd. quiere que deje la mala vida, en su mano está. Me pirro por los toros. Si yo pudiera ser siquiera mozo de su cuadrilla para ir aprendiendo y ser algun dia útil á la sociedad, seria más hombre de bien...

—Ante de meté yo á naide en mi cuadriya, quiero zabé qué sangre corre por sus venas. Tú has hecho hoy una buena aision, y si no lo has fingío y no es una ñagasa que has buscao pa diquelá conmigo, yo tofresco empleá mí influensia pa que te den entrá en er Mataero.

Ayí aprenderás á conosé los bichos, y dispué... quién sabe, si tus disposisiones me agrán, yo seré tu maestro.

—Dios le bendiga á Vd., Sr. D. José. Ahora me voy á desempeñar mi papel, no sea que se escamen los camarás.

VI.

En vez de entrar en la barbería, fué Pepe-Hillo á su casa y empezó á convencerse de que no le habia engañado Mal-Trabaja, al ver la cara que tenia su mujer.

—Ha sio capaz de dudá de mí, pensó Pepe-Hillo, y voy á dale una leision.

Y cuando María le dijo que si queria comer,

—Hoy ma dao la fantesía, exclamó, de dir á ocupá er puesto que siempre me tié en su mesa er zeñó duque de Osuna, y como siempre que voy á su casa se me pasan las horas hablando con su eselensia der toreo, si tardo, no masperes.

Esto confirmó más y más las sospechas que habia despertado la Tullida en María del Pópolo.

—Has lo que quieras, dijo de muy mal humor. Así como así, yo haré tambien lo que me dé la gana.

VII.

Pepe-Hillo fué en efecto á las Vistillas y se sentó, como acostumbraba muy á menudo, á la mesa de su protector, el ilustre duque Osuna.

Pero conociendo el plan de la Tullida y de sus cómplices, antes de que anocheciera, sin entrar en su casa subió á la de Sir Guillermo.

Con él hablaba, dándole cuenta del golpe de mano que proyectaban aquellos tunos, cuando llegó Cármen muy afligida por las conversaciones que habia escuchado.

Lo que pasó despues, lo saben los lectores.

Explicada la causa de la presencia de Pepe-Hillo en la habitacion de su vecino, vamos á ver qué es lo que habia pasado á María del Pópolo.

CAPITULO XXVI.

La penitencia en el pecado.

I.

Para un alma tan fogosa como la de aquella mujer, los celos eran un tormento insufrible.

Si hubiera reflexionado un solo instante; si hubiera tenido presente la conducta que habia observado siempre su marido, en vez de escuchar las insidiosos palabras de la Tullida, la hubiera arrojado de su casa con cajas destempladas sin dar crédito á sus malévolas indicaciones.

Pero corria por las venas de María sangre andaluza. Necesitaba contratiempos, obstáculos; la agitacion, la efervescencia, la lucha eran su elemento, y dominando la imaginacion á la razon, pensó desde luego que aun cuando Pepe-Hillo fuera incapaz de jugarle una mala partida, las señoronas de la córte tenian tal atractivo que no seria extraño que su marido cayese al fin y al cabo en la tentacion.

Y ella, tan buena, tan caritativa, tan generosa hasta

con sus enemigos, iba dispuesta á arañar, si era preciso, á su rival, porque robándole, siquiera fuese momentáneamente, el corazon de su José, le robaba la vida.

II.

Con arreglo á las instrucciones de la Tullida, salió al anochecer de su casa, confiando á Rosario el cuidado de sus hijos.

Rebozada en la mantilla, fué á casa de Godoy y entró en la habitacion del portero.

Solo halló una mujer y se confió á ella.

Era la esposa del portero, y al notar la gran agitacion que en vano procuraba disimular María, la tranquilizó del mejor modo que pudo.

En primer lugar, le manifestó que el duque de la Alcudia estaba en Aranjuez, declarándole además, aunque bajo la mayor reserva, que la Tudó se hallaba tambien en el Real Sitio, sin salir de su casa.

Por otra parte, le aseguró que debian ser una patraña las noticias que le habian dado respecto á la pasion que aquella señora tenia por Pepe-Hillo, puesto que nunca habia ido á las corridas de toros, y solo de oidas debia conocerle.

III.

Más tranquila María, porque creia en la sinceridad de las palabras de su interlocutora, pensó que habia

sido víctima de un engaño, y ansiosa de apurar la verdad, resolvió ir á buscar á la Tullida.

—¿Quién sabe, dijo, si esa mujé me está engañando? Iré á su casa; de esa manera sabré si es sierto que tiene una hija enferma, que vive en la miseria. Haré, si es nesesario, que me yeve á las casas en donde ha oío hablá de la afision de la Tudó á mi marío.

IV.

Recordando las señas que de su casa le habia dado la Tullida, por delante de palacio fué hácia la plaza de Santa María, y por el Pretil de los Consejos bajó á la calle de Segovia.

Abismada en sus pensamientos, iba tan de prisa, que apenas reparaba en las personas que de tarde en tarde pasaban á su lado.

Al dirigirse desde el Pretil de los Consejos á la calle de Segovia, observó un hombre que estaba agazapado detrás de un guarda-canton que María llevaba sortijas de gran valor y unas arracadas de brillantes.

Salió de su escondrijo, la fué siguiendo, y aprovechándose de la oscuridad, al llegar á la calle de Segovia se adelantó á pedirle una limosna.

—Dios le socorra, hermano, dijo María.

—Dios ya me socorrerá despues, dijo el tunante. Ahora quien va á socorrerme es su mercé.

Al oir aquella frase, se detuvo María atemorizada; pero serenándose, añadió:

—Ya le he dicho que Dios le socorra, hermano. Déjeme libre er paso, y siga su camino.

—Lleva su mercé unas arracás que me han gustao; con que ansina quíteselas su mercé en seguía, si no quiere que yo se las arranque.

V.

María del Pópolo era de armas tomar.

Repuesta de la primera sorpresa, obedeciendo á un impulso natural en ella, se terció la mantilla, dió dos pasos atrás, y exclamó:

—Ven acá, mar ladron, atrévete á quitármelas.

El ratero no se asustó por eso; avanzó, é iba á llevar las manos al rostro de María para apoderarse de las joyas, cuando esta, dándole una senda bofetada que le paró, comenzó á gritar:

—¡Ladrones! ¡Ladrones!

—¡Maldecia sea tu vida! exclamó el ratero sacando una navaja, á la que iba á confiar su venganza.

Pero al mover el brazo sintió que una mano de hierro le sujetaba.

—¡Muerde el polvo, ladron! dijo un hombre, que era el que habia detenido su brazo, dejándole caer boca abajo y colocando la rodilla en su espalda.

Con la mano derecha dirigió una linterna sorda que llevaba al rostro de la mujer á quien el miserable queria robar, y asombrado al verla,

—¿Qué significa esto? exclamó. ¿Aquí la esposa de Pepe-Hillo?

Olvidando con la sorpresa al tuno á quien tenia sujeto, se levantó este, y aprovechando la ocasion apretó á correr.

María, recobrando la presencia de ánimo,

—¿Quién es ozté, que me conose? dijo á su salvador.

VI.

El interlocutor colocó la linterna de manera que pudiera descubrir su rostro, y no tardó la esposa del torero en reconocer á Juan Picornel.

Este habia ido á su casa aprovechando la ausencia del duque de la Alcudia, y volvia á palacio, cuando al notar la escena que pasaba en la esquina de la calle de Segovia, apretó el paso para impedir el robo.

María refirió á Picornel el motivo que le habia obligado á salir de su casa y á andar á aquellas horas por calles tan solitarias.

Picornel tranquilizó á María.

Viendo en aquella ocasion un nuevo pretexto para volver á casa de Pepe-Hillo y adelantar en los planes que la popularidad de aquel hombre le habia inspirado, la acompañó á su casa, asegurándole que podia estar tranquila.

VII.

Cuando María y Juan Picornel llegaron á la casa de la calle del Cármen, estaba la justicia indagando las

causas del motin que habia estallado aquella tarde en los alrededores de la morada del torero, y los alguaciles conducian á la Tullida y á Colilla á la cárcel de Córte.

Argolla, otro de los principales delincuentes, no parecia, y las personas que estaban en la calle aseguraban que no le habian visto salir.

Era, pues, necesario practicar un registro en toda la casa, y esto era precisamente lo que más temia Sir Guillermo, porque iba á descubrirse que estaban ocultas en su casa Cármen y su complaciente aya.

CAPITULO XXVII.

—

Un alcalde de cuartel.

I.

—Está de Dios que ha de ser ozté mi Proviensia, dijo Pepe-Hillo al ver llegar á Picornel en compañía de su esposa.

—¿Qué ocurre por aquí? preguntó Juan.

—¿Qué ha esé? Ná; lo que me habia tragao. Esos canayas que se yevan á la cársel han querío hasé de la suya, y han obligao á mi probesita mujé á salí de su casa á deshoras, pa ve si podia atrapá en la ratonera á su Joseliyo. Pero ya hablaremos de eso dispués. Entra, mujé, entra en la casa y consuela á tus probesitos hijos, que están clamando por tí.

En cuanto á ozté, señó D. Juan, va ozté á hasernos un gran favó. Un hombre de las sercunstansias de ozté debe tener mano con la justisia.

—¿De qué se trata?

II.

Llevándose el torero aparte á Picornel, en el mismo tramo de la escalera,

—Tenemos contrabando, le dijo, y es presiso salvarlo.

—¿Qué quiere Vd. decir?

—Ná; que presisamente se encuentra en este instante en casa de Sir Guiyermo, el estrangi aqué de quien hablé á ozté anoche, una donseya de lo más varí y retrechero que han visto los luseritos de la mañana. La probesita oyó isir que preparaban un gorpe de mano á su gaché, y... ¿qué habia de hasé? Sa venío enfilá, pro supuesto con su aya, poique es una donseya honrá y de caliá. Mas como la justisia anda buscando á ese tuno de Argoya, que la debia tené ar cueyo toa la via, daquí resurta que va á enterase de que la niña está en lo vedao. Y digo... flojo es el escándalo que se armará. Con que ansina es presiso que la justisia no pase é la puerta. Ahora está registrando en er soberao. De aquí á un ratiyo querrá registrá er cuarto del inglé.

—Tránquilícese Vd. Yo me encargo de evitar el escándalo que teme.

—¡Bien por los mosos cruos! Como que estoy contento de haber hecho conosensia con ozté. Vengan otra vé esos sinco. Yo laseguro que er primé toro marrajo que caiga por mi banda, lo descabeyo á la salú de ozté.

—Para obrar con mayor libertad, dijo Picornel, conviene que me deje Vd. solo.

—Ozté manda. Así comasí, tengo yo gana da veriguá dónde anda mi mujé al anochesío.

—Vaya Vd., sí, que así le contará la escena en que he tenido la suerte de figurar.

—¡Pus... y es verdá, que ozté ha venío con eya! ¡Mardesíos selos! Pensá que una mujé con má pesqui que un toro con sentío ha podío dejarze yevá de las hablaurías de una bruja... Vaya; me paese que oigo ruio en la escalera. Ca cual á su puesto.

III.

Entrando en la habitacion se despidió de Juan Picornel, el cual llegó á la meseta del piso donde habitaba Sir Guillermo al mismo tiempo que el alcalde del cuartel, seguido de sus corchetes, llamaba á la puerta de la casa.

—Señor alcalde, dijo Juan Picornel, no sé si me conoce usía; pero por si acaso no es tanta mi suerte que me haya visto ucé en alguna parte antes de ahora, me atrevo á suplicarle que lea este papel.

Y sacando de una cartera de tafilete que llevaba en el bolsillo de la casaca un documento, lo entregó al representante de la autoridad.

Uno de los alguaciles acercó una linterna, porque ya era de noche y no habia luz en la escalera.

Apenas leyó el alcalde aquel papel, hizo una profunda reverencia á Juan, y dándole nada ménos que el tratamiento de usía,

—Disponga usía lo que que quiera; estoy á sus órdenes, dijo el alcalde.

IV.

Efecto tan milagroso se debia á la firma del primer secretario del Despacho de S. M. al pié de unas cuantas líneas, mandando á todas las autoridades que reconociesen en el portador de aquel escrito á su secretario particular, y que, por tanto, le respetasen y amparasen siempre que pidiera su auxilio.

—Lo que deseo primeramente, dijo Juan, es que cese Vd. en sus pesquisas. El malhechor á quien ustedes buscan no se halla aquí. Yo le conozco muy bien; es un taimado, y siempre que tiene que tomar parte en algun robo, logra desfigurarse y engañar á la justicia. Me consta positivamente que no se halla en la casa, y por otra parte, yo, que tengo el encargo de Su Excelencia, el señor duque, mi amo, de llevar á su palacio al habitante de esta casa para que en él sea respetado, necesito que se retire Vd. con los alguaciles, disponiendo antes que despejen la calle los curiosos que están aglomerados á la puerta.

—Inmediatamente serán obedecidas esas órdenes, dijo el alcalde renovando su cortesía. Complacer al señor duque y á los que tan dignamente le sirven, es en mí un deber al par que una satisfaccion.

—Hágame Vd. el favor de decirme su nombre, añadió Picornel, para recomendarle al señor duque.

El alcalde se apresuró á sacar de un tarjetero de badana rayada una de aquellas tarjetas, tan en boga en aquella época, en la que aparecia un perro, símbolo de la fidelidad, llevando en la boca un peso, símbolo de la justicia, y al lado de esta figura se leia el nombre de Juan Gil Gomez, alcalde del cuartel de la Puerta del Sol.

V.

La justicia abandonó la casa, despejó la calle, y Juan Picornel penetró en la habitacion de Sir Guillermo.

Imposible es pintar la agitacion de que se hallaba poseida Cármen. En cuanto á su aya, preciso es confesar que doña Emerenciana, si no habia perdido el seso del todo, estaba á punto de perderle.

Picornel explicó á Sir Guillermo lo que acababa de hacer para evitar el escándalo que temian Cármen y su aya, y una y otra al oirle, pero sobre todo la última, prorumpieron en exclamaciones de gratitud, llegando doña Emerenciana hasta el punto de asegurarle que todo el resto de su vida, al rezar el rosario por las noches, dedicaria un Pater-Noster á la salud del alma de aquel inesperado protector.

Al saber que la calle estaba libre de curiosos, doña Emerenciana dijo á su educanda:

—Vamos; vámonos antes de que ocurran nuevas dificultades. Pretextaremos cualquier cosa para que su señor padre de Vd. no sospeche cuál ha sido nuestra con-

ducta. Le diremos... que yo me desmayé en la iglesia... En fin, ya inventaremos por el camino lo que le hemos de decir, y como engañar á un padre es un pecado de los más graves que pueden cometerse, en la próxima Páscua confesaremos nuestras culpas y cumpliremos la penitencia que nos imponga el confesor, pidiéndole que nos cargue la mano, porque bien merecemos todas las iras de su paternidad.

VI.

Cármen manifestó los temores que le inspiraba la suerte de Sir Guillermo.

—Tranquilícese Vd., señorita, dijo Juan Picornel. Yo le respondo á Vd. de su vida. En este instante va á abandonar su casa, y con los objetos de más precio que tenga, para evitar la codicia de los malhechores, vendrá á instalarse al palacio del señor duque de la Alcudia, en donde será respetado y podrá permanecer hasta que, satisfecho el espíritu público con las victorias que de un momento á otro nos anunciarán los correos, pueda salir libremente y conseguir la ventura que ambiciona, ventura que no se necesita ser muy lince para comprender desde luego que es el afecto de una jóven tan bella, tan modesta y tan angelical como Vd.

Cármen sintió que el rubor quemaba sus mejillas, pero no pudo ménos de dirigir una mirada al galante caballero que tan sentidos requiebros la prodigaba.

Era la primera vez que se oia llamar hermosa.

Sir Guillermo, prendado de su belleza, no se habia atrevido á tener con ella más expansion que la necesaria para manifestarle el amor que sentia hácia ella.

No supo qué decir, y su aya, no ménos agradecida que Cármen,

—Vamos, hija mia, exclamó; conteste Vd. algo á la galantería de este caballero.

—Y ¿qué he de contestar? dijo Cármen. Que ha sembrado en mi alma la gratitud y que jamás olvidaré los beneficios que le debo.

—Muy bien dicho; eso se llama tener un piquito de oro, añadió doña Emerenciana. Pero no nos detengamos, porque es muy tarde y el señor padre de Vd. estará con cuidado.

VII.

Se despidieron; abandonaron con el mayor recato la casa, y al llegar á la suya supieron con asombro y con temor que D. Torcuato, cansado de esperarlas, habia salido en su busca poseido de una agitacion y un furor que hacian presentir una espantosa tormenta en aquella casa.

Picornel acompañó á Sir Guillermo al palacio de Godoy, le instaló en un aposento próximo al suyo, y al dia siguiente partió para Aranjuez, llamado á un mismo tiempo por Godoy y por la Matallana.

CAPITULO XXVIII.

—

Patriotismo.

I.

Impulsado por los deseos de seguir en todos los sucesos á los personajes que he dado á conocer, no he podido todavía dar una idea completa del patriótico entusiasmo que reinaba en España, y como el principal objeto de este libro es explicar la causa de que un pueblo ignorante, supersticioso, fanático y dominado por una loca aficion á las corridas de toros, pudiera llegar á ser en breve tiempo el pueblo heróico de la guerra de la Independencia, necesito, siquiera sea abriendo un paréntesis, mostrar las semillas que en 1793 arrojaron los súbditos de Cárlos IV para comprender mejor los frutos, dolorosos, pero sublimes, que desde 1808 á 1814 logró recoger la gloria nacional, de los súbditos de Fernando VII.

No hay duda de que las teorías que, como otras tantas flores, han adornado el árbol de la revolucion, cuyo tronco ha extendido sus ramas desde Francia á to-

das las naciones de Europa, son muy bellas y muy fascinadoras.

Todos esos derechos que se han regalado al hombre encantan, pero tambien aquel absolutismo que nos presentan hoy rodeado de cadenas, de hogueras, de suplicios y de otra multitud de objetos de los que constituyen el tesoro de las guardaropías teatrales, tenia algo de bueno.

II.

Quizás yo me equivoco, pero entre las pragmáticas, las leyes y ordenanzas promulgadas en tiempo de Cárlos III, repetidas y ampliadas en el de su hijo Cárlos IV, cuyo espíritu estaba fundado en un sentimiento de amor á los vasallos y que eran además cumplidas y respetadas por todo el mundo, y el magnífico, bello y musical título de la novísima Constitucion que nos rige, que garantiza los derechos individuales, pero que no es un obstáculo para que estén las cárceles llenas de prisioneros, cuyo único delito es no pensar como piensa el gobierno, prefiero aquella obra, producto de las tinieblas, del caos, del resplandor siniestro de las hogueras, á estos engendros que ilumina la luz de un gas no muy claro, y eso, dicho sea entre paréntesis, porque las atenciones del municipio apenas le permiten cumplir como es debido con los fabricantes de esta luz.

III.

Pero como no basta hablar, sino que es necesario probar lo que se habla, voy á reproducir, para desvirtuar un poco la fantasmagórica opinion de algunos respecto á la época en que tenian lugar los sucesos que voy narrando, la real órden que en 4 de Febrero de 1793, en la cual un rey de aquellos absolutos, tiránicos, poco ménos que bebedores de la sangre de sus pueblos, excitaba, como verá el lector, el patriotismo de los españoles con sencillez, con humildad, con afecto entrañable, en los siguientes términos:

«Queriendo el Rey nuestro señor, decia, no gravar á sus fieles vasallos separando de la agricultura y artes los brazos útiles, y siéndole preciso aumentar su ejército por causas justas y necesarias, ha resuelto su majestad que se dé facultad á las justicias de cada pueblo en sus dominios para que, convocando con el cura del territorio á la vecindad de su jurisdiccion, pregunte quiénes (de los que sean aptos para el servicio) querrán emplearse en él voluntariamente, y por el tiempo que les sea posible, para no sustraerlos de los útiles trabajos de sus labores: prefiriendo S. M. este medio suave, propio de la confianza y amor que le merecen sus vasallos, á la forma y método con que esta operacion ha solido antes de ahora practicarse, y esperando que las justicias y párrocos, igualmente que los mismos vecinos, se conducirán en este asunto importantísimo

al servicio de S. M. y al bien general de sus pueblos con el cuidado y esmero que su amor y lealtad les inspirarán para elegir discretamente entre los que quieran servir y destinarlos á los diferentes cuerpos en que puedan ser útiles, pues los que por la talla ú otras circunstancias no sean buenos para uno, podrán ser á propósito para otro. Lo participo á V. E. de órden de S. M. para que el Consejo la circule á las Chancillerías, Audiencias, capitanes generales, gobernadores, corregidores y justicias, á fin de que la trasladen á los pueblos de su jurisdiccion y reciban de ellos las nóminas de los voluntarios, que reunirán en su capital hasta que puedan dirigirlos á los parajes á que se destinen, segun les prevendrá (cuando den parte de su reunion por el ministerio de la Guerra), acompañados de dos ó más oficiales prudentes é instruidos, con los cabos y sargentos que crean convenientes para la distribucion y cuidado de sus alojamientos y utensilios en el tiempo de su marcha.»

IV.

A este llamamiento respondió España entera con un entusiasmo que, aunque despues le eclipsó con mucho el amor á la independencia que se desarrolló en los españoles, sin embargo, no debe pasar desapercibido, porque hace el elogio de nuestros antepasados y manifiesta que el sentimiento de la justicia y el amor al trono eran los timbres más gloriosos de aquella época.

Podria llenar muchas páginas para referir los rasgos de generosidad, los donativos que todas las clases de la sociedad hacian al rey, acudiendo á las necesidades del ejército, ambicionando todos que las tropas de España castigaran á los revolucionarios franceses por haberse atrevido á derramar la sangre de su rey en el patíbulo.

Pero aunque distraiga un tanto la atencion del lector de la narracion novelesca; aunque escriba algunas páginas de esas que pasan por alto las amables lectoras, resuelto como estoy á consignar en este libro algunos hechos particulares que forman las páginas más honrosas del patriotismo de nuestros abuelos, deseo exponer algunos rasgos que den á conocer este patriotismo en aquellos momentos críticos.

V.

. . . .

Hé aquí una lista de las ofertas hechas á S. M.:

«Torremocha (Extremadura): una onza de oro á cada vecino que se aliste para la guerra.

Sevilla: dos regimientos de caballería.

D. Alejandro Vallejo: pagar los gastos y manutencion de cinco fusileros mientras durase la lucha.

Marqués de Villapanés, de Jerez de la Frontera: su persona y caudales para la defensa del baluarte de San Antonio de Cádiz, ó para cualquier otro servicio.

D. Luis Alonso Moreno, subteniente de milicias provinciales de Cuenca, en Pedro Muñoz: cuatro hijos que

le quedan, pues el mayor sirve hace años y está en la frontera de Francia.

El general de la Orden de San Juan de Dios, en Madrid: todos los religiosos que puedan servir de médicos, cirujanos y practicantes (excepto los muy precisos para los hospitales de los conventos) para asistir á los enfermos y curar heridos en los ejércitos y armada, costeando la Orden sus viajes y su manutencion mientras estén sirviendo.

D. Juan Barber, vicario de la parroquial de Campanar, extramuros de Valencia: 3.000 rs., que es cuanto tiene, y servir de capellan en el ejército ó en la armada.

D. Ignacio Primo y Mateo, en Badajoz: su persona para las armas y sus fincas y bienes, que regula en un millon.

Salvador Lopez y Pedro Navarro, maestros zapateros en Chinchilla: un par de zapatos á cada recluta del pueblo que se aliste.

D. José Mozo, en Palencia: 400 fanegas de trigo.

D. Francisco Barberá, médico de Caudete: su persona con sus seis hijos.

D. Alfonso Lopez de Artieda, de Egea de los Caballeros: su persona é intereses, con 400 cabezas de ganado vacuno para el ejército.

El obispo de Badajoz: todas sus facultades y las de su mitra.

Marquesa de San Juan, en Aranjuez: todas las rentas de sus mayorazgos.

Duque de Medinaceli, en Aranjuez: un regimiento de infantería á su costa.

Conde de San Genois, en Madrid: 100.000 rs. en efectivo, y todos los réditos que le pertenecen de sus encomiendas, mientras dure la guerra.

Duque del Arco, de Madrid: dos millones de reales en efectivo. (¡Aquellos si que eran grandes de España!)

La villa de Almendral: 2.500 fanegas de trigo, ó su valor, para las presentes urgencias.

El cuerpo de montañeses, dueños de tiendas de comestibles y tabernas de Cádiz: 36.000 rs. anuales durante la guerra para la manutencion diaria de 25 soldados.

Conde de Castro-Terreño, Aranjuez: medio millon de reales, y una vajilla de plata.

Manuel Eusebio Dávila, de Carabanchel: 410 panes anuales por tres años.

El E. S. Arzobispo y Cabildo de la metropolitana de Valencia: sus personas, bienes y rentas, y tambien toda la plata y alhajas de aquella iglesia, segun la necesidad ó urgencia del Estado.

Domingo Diaz, vecino de la villa de Muros, concejo de Pravia, Astúrias, residente en Madrid como mozo de cuerda: una casa que le pertenece en el término que se titula de Cazonera, la cual ha servido ya para cuartel, á fin de que se emplee con el mismo objeto ú otro que sea del real agrado.

El gremio de pasteleros de Madrid: 2.500 rs. anuales entregados anticipadamente.

(Los pasteleros de entonces no eran como los de hoy.)

D. Vicente Rey, escribiente memorialista en Madrid: su persona y 2 rs. diarios para mantener un soldado.

D. Francisco Bobadilla, señor de la villa de Villamuelas: todas las fanegas de trigo que en dicho señorío le pagan de arrendamiento al año, durante las presentes urgencias.

La Excma. señora princesa Pio: levantar y mantener una compañía de 75 hombres.

Las pobres niñas de los barrios de la Comadre, San Justo, Santiago, los Angeles, Descalzas Reales, Rosario y Monserrat, asistentes á las escuelas gratuitas de Madrid: coser para el ejército y armada cuantas camisas se las envie.

El obispo de Orihuela: sus bienes, gratificar cuantos se alisten en sus diócesis y socorrer á las familias necesitadas de los ausentes.

D. Gabriel Gallo Diaz Calvo, caballero limeño, residente en Madrid: 20.000 rs. anuales, anticipando la entrega.

D. Tomás Martin Benito, maestro relojero de Madrid: 1.000 rs. de una vez.

D. Juan Fernandez de Córdoba y Barradas, de Loja: 3.000 rs. al año, y 2.000 piés de encina para la construccion de buques.

D. Bernardo Blanco Dao, de Daimiel: 2 rs. diarios de 6 que goza de sueldo.

D. Francisco Jimenez Perez, vecino de Cádiz: 25 ca-

ñones, los 22 del calibre de á 8, y los 3 restantes retacos.

El comercio de cargadores de Indias de Cádiz: 20 millones de reales.

El consulado y comercio de Sevilla: 2 millones de reales.

D. José de Maquivar Mollinedo, de Murviedro: 6.000 cántaras de vino.

Los fabricantes de paños de Segovia: 30.000 rs. anuales durante la guerra.

El arzobispo de Granada: 200.000 rs. de su patrimonio, y además todas las rentas de su arzobispado.

La villa y consulado de Bilbao: 2 millones de reales.

La justicia y ayuntamiento de Santa Cruz de la Zarza y Ocaña: 60.000 rs. de los caudales de su pósito, y además la mitad de sus propios por espacio de ocho años.

El capitan de navío D. Francisco de Jovellanos, profesor de matemáticas en Gijon: 2.000 codos de madera de construccion para navíos ó fragatas.

Doña Joaquina Pardo, de Córdova: servir en el ejército, aunque no lleve otro destino que el de asistir á los enfermos.

Francisco Rivas, Nicolás Lopez y Gabriel Perez, vecinos de esta córte, oficiales de albañil: tres hombres armados y vestidos á su costa.

El cuerpo del comercio de Valencia: una compañía de granaderos armada y vestida á su costa, manteniéndo-

la por cuatro años, y más si fuese necesario, compuesta de 101 plazas.»

. . . .

La lista seria interminable, y aunque parezca ociosa la reproducion de alguna de las ofertas que acabo de hacer, la verdad es que halaga al sentimiento español recordar aquellos rasgos, que confundian en un solo y noble sentimiento al rico y al pobre, al prelado y al humilde cura, al funcionario y al menestral.

Nunca más oportunos que ahora estos recuerdos de nuestro pasado patriotismo.

CAPITULO XXIX.

El siglo XVIII.

I.

Las breves indicaciones que he apuntado de los sacrificios que hacia gustoso el pueblo español para auxiliar á su rey en la noble empresa que habia acometido, dan una idea, si no completa aproximada, de las buenas semillas que el gran rey Cárlos III habia sembrado en el corazon de sus vasallos.

A pesar de los esfuerzos hechos por los regalistas que servian á aquel buen rey, estaba profundamente arraigado en el pueblo español el sentimiento religioso, y preciso es confesarlo, sin desconocer por eso el perjuicio del fanatismo, ese sentimiento religioso fué en España el orígen de la gloria que alcanzaron nuestros padres y nuestros abuelos en las guerras titánicas sostenidas contra los franceses.

Al mismo tiempo que la fé religiosa, estaba arraigado en el corazon de todas las clases de la sociedad, y especialmente en las más bajas, el amor al trono.

¡Aquel sí que era el verdadero rey democrático!

¡Aquel rey á quien acabo de nombrar sí que era el modelo acabado del hombre de bien, del soberano ilustrado, del magistrado paternal!

La religion y el rey debian inspirar el amor á la patria, y hé aquí por qué desde aquella época brilla en la verdadera bandera española el glorioso lema de «Dios, Patria y Rey,» que, digan lo que quieran los adversarios del partido que todavía conserva estas palabras en su credo político, no solo no son un antítesis á las que expresan el sentimiento de «Libertad, Igualdad y Fraternidad,» sino que, en mi opinion, ni aquellas pueden dar saludables frutos sin estas, ni estas sin aquellas.

II.

Pero toda esta declaracion solo sirve para explicar cómo se habia operado aquella trasformacion en el de ordinario pacífico y acompasado pueblo español; cómo á la tranquilidad metódica habia sucedido el movimiento febril, y cómo, por fin, en un momento, cómo por encanto todas las fuerzas de la nacion habian corrido á unirse y á dar más energía y valimiento á la voluntad del soberano, suma de las voluntades, emblema de la patria, objeto del amor de todos sus vasallos.

Y por más que tenga que abusar de la paciencia del lector, como más que una historia novelesca me propongo tratar una série de cuadros de una época gloriosa para España, como quiero separar el oro de la escoria, necesito, y en breves líneas voy á hacerlo,

explicar al lector cuál era la situacion de espíritu de la mayor parte de los españoles en los momentos en que, desencadenándose la tempestad revolucionaria al otro lado de los Pirineos, subia al cadalso Luis XVI, y poseido de indignacion Cárlos IV, declaró la guerra á la república francesa.

III.

Cualquiera que en los primeros dias del año de 1793 hubiera llegado á la córte de España, sobre todo viniendo de la agitada Francia, hubiera exclamado:

—Por fuerza me he equivocado de rumbo. ¡Esto no es una nacion, es una Arcadia!

Hallándose reducido el círculo de la política al estrecho recinto, no del palacio, sino de las habitaciones del rey, no disputándose su influencia en la marcha de los acontecimientos más que tres personas (el conde de Floridablanca, el conde de Aranda y el favorito de los reyes, Godoy), puede decirse que la vida política era desconocida.

Ocupábanse las mujeres en el arreglo de sus casas, en el cuidado de sus esposos, en el aseo de sus hijos.

Consagraban una gran parte de su inteligencia y de su meditacion á las prácticas religiosas, y un paseo tranquilo al prado de San Fermin, á San Antonio de la Florida, á la Alameda de los Melancólicos, á la Fuente de la Teja ó á la Vírgen del Puerto, á presenciar las expansiones de los astures y gallegos, constituian para

aquellas sencillas familias un verdadero placer, una alegría inmensa.

IV.

Los hombres vivian dedicados á sus faenas; empleaban, como he indicado ya, con arreglo á su posicion y jerarquía, más ó ménos tiempo en su aseo y tocado, y el objeto de las conversaciones solia versar sobre el sermon predicado por tal ó cual padre; sobre las diferencias que existian entre los Jerónimos y los Dominicos, entre los Carmelitas descalzos ó calzados.

Las comedias y las funciones de toros preocupaban á unos cuantos.

Otros se santiguaban al hablar de espectáculos, y ni querian pasar por los alrededores de los corrales, temerosos de tropezar con el diablo en persona, y los más ilustrados, las verdaderas notabilidades de la época, convirtiendo en academia las gradas de San Felipe ó las trastiendas de las librerías, disertaban, amenizando sus discursos con frases en griego, en latin y en hebreo, para comentar la noticia de un suceso acaecido dos ó tres meses ántes en San Petersburgo ó en Viena, noticia que con la rapidez enunciada regalaba á sus suscritores la *Gaceta de Madrid*.

Y era de ver con qué entusiasmo, con qué fé, con qué vehemencia se ocupaban nuestros respetables abuelos de los acontecimientos europeos á los tres ó cuatro meses de haber sucedido.

V.

Permítame el lector, en confianza, un instante siquiera de expansion.

Califíqueme si quiere de reaccionacio; pero cuando comparo la agitada vida del siglo XIX, de la época que atravesamos; cuando veo el telégrafo y el ferro-carril trasmitirnos en breves horas las noticias más importantes y trascendentales; cuando asisto á este contínuo ataque de nervios que es la fórmula de nuestra sociedad, y encuentro al agente de negocios que sale de su casa con ánimo de despachar en breves instantes treinta ó cuarenta asuntos; en una palabra, cuando percibo la fiebre que nos domina y la comparo con la dulcísima tranquilidad, con el reposado movimiento, con la acompasada marcha que era la fórmula de la sociedad del siglo pasado, envidio á aquellos hombres, y aun cuando admiro el progreso de nuestro siglo, aunque prefiero el cómodo wagon á la martirizadora mula de alquiler; la ancha, cómoda, limpia y regada calle, á la estrecha, desigual y hedionda que obligaba á nuestros abuelos á andar á saltos y á pasear por la noche con linterna, no puedo ménos de creer que hemos jugado al gana-pierde.

Pero estas observaciones son oficiosas; puesto que el lector no me pregunta mi opinion ni le hace falta saberla para nada, me limitaré á exponer lo que conviene á mi propósito.

VI.

Decia que si á principios de 1793 hubiera llegado un observador á España y le hubieran asegurado que tres meses despues las gentes á quienes veia casi soñolientas habian de despertarse y correr á las fronteras á castigar el atentado cometido por los franceses, no lo hubiera creido.

Madrid estaba en aquellos momentos preocupado; pero no así como se quiera, sino por completo. ¿De qué, dirán los lectores?

De la ascension de un globo.

Habíase asegurado que un capitan, de orígen italiano, llamado D. Vicente Lunardi, se habia presentado á SS. MM. y obtenido su vénia para hacer un viaje por el aire.

Y en aquellos tiempos en que la credulidad era patrimonio hasta de los filósofos más avanzados; en aquella época en la que, segun la frase vulgar, no faltaba persona que creyera que un buey volaba, si así se lo decia una persona de autoridad, la idea de que hubiera un mortal capaz de elevarse en el aire produciа el mismo efecto, ¿qué el mismo? mucho más que el que produciria entre nosotros la noticia de la caida de una dinastía ó de cualquier otro de esos acontecimientos á que nos tiene acostumbrados el siglo XIX.

VII.

Unos calificaban de brujo al capitan; otros le tenian por el hombre más sábio de la tierra; otros, los más maliciosos, que en todos tiempos los ha habido, exclamaban:

—A mí no me la pega; pondrá en el globo un muñeco y él se esconderá. De lo contrario, ¿quién es capaz de andar por el aire?

No faltaban sábios, como aquellos de que tan admirable modelo nos ha dejado Moratin en su *D. Hermógenes*, que aprovechasen la ocasion de exhibir su pedantería explicando la teoría de los globos, citando todos los autores que en la química y en la física habian hecho adelantos, y logrando que, aunque les escuchasen con la boca abierta, nadie entendiese una palabra de lo que decian.

El hecho es que todo el mundo daba importancia á aquel suceso; que no se hablaba de otra cosa en Madrid, y que gran importancia debia tener cuando, al fin y al cabo, para calmar la ansiedad pública, se creyó en la necesidad el muy ilustre Corregidor de Madrid de publicar en la *Gaceta* y en el *Diario* el siguiente bando, que pintará mejor que yo la situacion de espíritu, la angélica beatitud de nuestros abuelos.

VIII.

El dia 8 de Enero apareció esta alocucion:

«D. Juan de Morales Guzman y Tobar, Corregidor de esta villa de Madrid, intendente de su provincia y de la Regalía de Casa de Aposento de Córte, superintendente general de sisas reales y municipales, etc., etc.

»El Rey nuestro señor (Q. D. G.) se ha servido resolver que en el dia de hoy mártes, á las once de su mañana, se eleve el globo que se halla en la plaza de Palacio; y para precaver las contingencias y desórdenes que suelen causar el gentío y confusion de los coches: mando en su real nombre que se atajen con palenques ó vallas las calles y avenidas de dicha plaza, para que ninguno cruce ni atraviese, excepto los de los señores ministros, jefes y demás personas de real servidumbre, con prevencion á los cocheros, que luego que dejen á sus amos, se retiren á los parajes más inmediatos y de mayor anchura, formando filas, y dejando libre el tránsito de las gentes de á pié. Al mismo tiempo se encarga á todos los vecinos y moradores de las inmediaciones no permitan salir á los tejados muchachos, ni otras personas, como tampoco el que las mujeres entren en el recinto con niños en los brazos, ni pequeños de la mano, ni los hombres con palos para evitar los riesgos que semejante tolerancia suele ocasionar.—Madrid 7 de Enero de 1793.»

IX.

Ya ven los lectores qué importancia se daba á la ascension del globo, y qué interés tan paternal inspiraba al rey el deseo de evitar riesgos á sus leales vasallos.

Pero no basta esto; quiero, por el colorido que tiene, para inspirar envidia á los que viven hoy tan agitados, regalarles la reseña de la ascension del capitan Lunardi.

Seguro estoy de que, aunque guste á algunos el cuadro que con auxilio de tan verídicos documentos voy trazando para dar á conocer perfectamente la época en que sucedian los acontecimientos de mi historia, desagradará á otros, y sin embargo, si consideran lo cándido, lo inocente, lo hermoso del entretenimiento que absorbia la atencion de los madrileños y hasta de sus reyes, no podrian ménos de perdonarme.

Un verdadero y cumplido expediente constituye la tal ascension del Sr. Lunardi.

X.

«A consecuencia de lo prevenido al público anteriormente, decia el *Diario* en su parte oficial, y despues de trasladado el aparato químico y todo lo demás necesario á la plaza de Palacio, estando todo dispuesto para el vuelo aéreo, bajo el cuidado y direccion del Excmo. señor duque de la Roca, se trasladó en la noche del 7 el globo al sitio del Buen Retiro, y aunque todo estaba pron-

to para empezar á llenarlo de gas á las seis de la mañana á efecto de que estuviese en estado de partir á las once, que era la hora señalada por S. M., el sumo frio de la madrugada heló de tal modo toda el agua que habia en las cubas y baños, y tambien el mismo globo, sin embargo de las precauciones tomadas con este, pues se tuvo tapado con tapices toda la noche, que fué imposible empezar á llenarlo hasta poco antes de las ocho, en que más templada la atmósfera, con la entrada del dia, facilitó, no sin trabajo, y sin el riesgo de que se rasgase el tafetan del globo, como hubiera sucedido si se hubiese desplegado más temprano.

Se comenzó la operacion, que siguió con mucho progreso; habiéndose conseguido la extraccion del gas por medio del ácido vitriólico y limaduras de hierro, usándose setenta y dos cubas de que constaba el aparato.

Por aquella causa impensada no se verificó que estuviese todo dispuesto y pronto, sin embargo de la notoria actividad de dicho Excmo. señor duque de la Roca, hasta las doce y cuarto.

Habia un concurso numeroso de todas clases en la plaza de Palacio, balcones de este y de todas las inmediaciones, como asimismo en los paseos inmediatos, que estaban esperando ser testigos de este magnífico espectáculo.

La tropa de Reales Guardias Españolas y Walonas habia formado un cordon desde el aparato químico y armazon de madera donde se llenó el globo hasta las puertas de Palacio, por ambos lados, dejando el ámbito

suficiente para trasladar el globo de una parte á otra, el cual estuvo desembarazado, habiendo quedado lo demás de la plaza para que lo ocupase el numeroso concurso que asistió á esta funcion pública.

Enterado el Excmo. señor duque de la Roca de la causa natural que habia atrasado el progreso de este experimento, pasó oportunamente á ponerlo en noticia de S. M., con la prevencion de que hasta las doce y media no podria estar el globo en disposicion de volar.

SS. MM. se dignaron dar tiempo á que se completase todo el preparativo, y á la hora indicada volvió Su Excelencia con noticia de que todo estaba pronto; en efecto, SS. MM. y AA. tuvieron la bondad de salir á los balcones de Palacio, acompañados de toda la servidumbre.

Inmediatamente pasó el capitan Lunardi, acompañado de S. E., llevando aquel el globo solo de una mano desde el paraje en que se habia llenado y dispuesto, hasta situarle delante del balcon principal donde se hallaban SS. MM., sin necesitar de otras personas que por medio de cuerdas lo condujesen, como se hace regularmente; en esta disposicion entró el aereonauta en la barquilla ligera, en que subió cuando el primer vuelo, la cual se hallaba adaptada al globo de antemano; y cuando tomó la vénia de S. M., el Excmo. señor duque de la Roca mandó á Lunardi que partiese, el cual soltó el lastre suficiente para elevarse en los aires, y con su natural presencia de ánimo (que es lo que hace con él más interesante este experimento) comenzó á subir,

yendo de pié, y dejando caer una bandera al tiempo de ir á pasar por delante de SS. MM., la cual quedó colgada de la barquilla, y representaba un escudo real.

Toda la máquina subió con pausa hasta pasar toda la altura de palacio, de modo que defraudaba á SS. MM. y AA. de la vista de este espectáculo, con cuyo motivo se retiraron para observarlo desde otra parte; pero como el aire constante que regia era del Nordeste, volvió el globo delante de la fachada principal é impelido del impulso del viento siguió la direccion que recibió sesgando por Madrid, en donde se vió de todas partes, habiéndose desaparecido antes de un cuarto de hora á efecto de la poca elevacion que tomó, porque el aereonauta lo dispuso de manera á no ascender tanto como en el primer vuelo, deseando hacer más perceptible á los espectadores la totalidad de la máquina habiéndose dignado los reyes nuestros señores, que salieron de nuevo á la fachada principal, observarlo hasta que se perdió enteramente de vista, mostrando durante el espectáculo mucha satisfaccion.

Antes de subir habia colocado en la barquilla un termómetro y un barómetro arreglados, como tambien una brújula y botellas llenas de agua, todo con ánimo de hacer en los aires observaciones relativas á los diversos temperamentos de las partes de la atmosfera, á la elevacion ó descenso del barómetro que indica la altura á que habrá subido, y á los rumbos que le habrán designado las corrientes del aire, trayendo por especial comision de S. E. una botella del aire superior.

Asímismo llevó dos áncoras, lastre de talegos de arena y pesas de hierro, dos pistolas que disparó en el aire poco despues de haberse despedido con el sombrero, que arrojó cuando se hallaba encima del trozo nuevo de palacio, en señal de que iba bien.

El globo representaba una zona que rodeaba su ecuador, ó con medio, la cual se desplegó á cierta altura, quedando trasformada toda la máquina por una parte en portier ó templo, que coronaba el hemisferio superior del globo, y que lo presentaba como una rotunda, y por otra presentando un jardin, habiéndose observado todo este espectáculo con anteojos, por medio de los cuales se hacian muy visibles.

Hoy solo podemos anunciar al público del progreso de este célebre viaje aéreo, que á las dos de la tarde, poco más ó ménos, llegó á caer en Pozuelo del Monte del Tajo, siete leguas distante de esta córte, donde dejó al cura del pueblo dos pesas del lastre que llevaba, con el cargo de que las guardase hasta que se le pidiesen, y juntamente le entregó una carta para S. E. que se remitió por propio, el cual llegó á Madrid á las nueve y media de la noche; despues se volvió á elevar con nueva fuerza, y estuvo en el aire hasta las cuatro de la tarde, que volvió á bajar en la Cañada larga, término de la Fuente, y por último se remontó otra vez desde este último paraje, y al fin del tercer vuelo fué á parar cerca de la Villa de Horcajo, provincia de la Mancha.

XI.

No solo daba el *Diario* cuenta de la ascension en los términos que he reproducido, sino que copiaba además dos cartas de Lunardi, y añadia para satisfaccion de la posteridad, el precioso dato de que habian sido escritas con lápiz.

El capitan era tambien hombre de conciencia puesto que donde quiera que llegaba exigia testimonio de escribano, que tenia buen cuidado de enviar al gobierno de S. M. para que no le tuvieran por un embaucador.

No puedo renunciar al gusto de reproducir uno de estos testimonios.

Hélo aquí:

«Julian Ponce de Leon, escribano Real público, vecino y del ayuntamiento de esta villa de Horcajo, provincia de la Mancha, en el partido de Ocaña: Certifico y doy fé por testimonio, que habiéndose divisado la tarde de este dia, hácia la parte del Norte, un globo aereostático, acudieron varias personas, y á la hora de las cinco y media, y obscurecer de dicho dia, entró en esta propia villa, dirigido por el capitan D. Vicente Lunardi, sin la más leve lesion, y en una de sus plazas titulada la del Cármen, se apeó de su asiento, y con la mayor lentitud le detuvo, y desinflamó á vista de la Real justicia, ayuntamiento, párroco, clero, y demás personas de ambos sexos, que todos le victorearon con mil vivas, en elogio de tan impensado lauro; y por el

mismo caballero párroco se dispuso un repique general de campanas, y se alojó al mismo capitan director en las casas propias del señor alcalde, por su estado noble, D. Juan Sebastian de Haro y Lodeña, donde permanece obsequiado de todas las primeras personas de dicho pueblo; y para que así conste, á pedimento del referido capitan director, y decreto judicial, estampo este que signo y firmo en esta citada de Horcajo á 8 de Enero y hora de las nueve de la noche de 1793. Habilitando dicho señor juez este papel por no haberlo en la Dataría del sello de este año.—Firma.—D. Juan Sebastian de Haro y Lodeña.—Julian Ponce de Leon.»

¿Puede darse mayor formalidad?

XII.

Pues aun hubo más, es decir, hubo un poeta... macarrónico, eso sí, pero poeta, que dedicó las siguientes décimas á celebrar la ascension del capitan Lunardi:

Tan majestuoso tu ascenso,
héroe aereonauta ha sido,
que á un Cárlos IV has tenido
regocijado y suspenso:
fué el aplauso tan inmenso
del pueblo, al verte en el vuelo,
que entre tanto con gran celo
dijo un sencillo serrano:
«Téngale Dios de su mano,
que se va derecho al cielo.»

—

Logras tal serenidad
de piés puesto en tu recinto,
que el peligro haces sucinto
mandando tu habilidad:
desprendes por voluntad
de tu cabeza el cobijo,
y al mirarlo un patan, dijo:
«No cogiera yo el sombrero,
porque ese hombre es hechicero,
si es que del diablo no es hijo.»

—

Disparas allá en la altura
dos pistolas con destreza
porque adviertan tu entereza,
¡oh heróica criatura!
libre estás de la censura
pues gran valor haces ver;
un cacique de Añobér
dijo: «Es hombre singular;
si va á dar á mi lugar,
malparirá mi mujer.»

XIII.

Lástima grande es que la posteridad no pueda saber el nombre de este tan ramplon poeta como entusiasta panegirista del capitan aereonauta.

Pero, en fin, basta ya con lo dicho para que comprenda el lector toda la trascendencia del entusiasmo por la guerra que se habia despertado en España dado el ejemplo que hemos visto y la seráfica situacion de espíritu en que se hallaban los españoles.

Cerremos, pues, este paréntesis para proseguir nuestra historia.

CAPITULO XXX.

—

Los conspiradores.

I.

Han pasado ocho dias desde el conato de sedicion promovido por la Tullida y su cómplice Colilla, y sofocado por Pepe-Hillo.

Los reyes han regresado de Aranjuez y han sido acogidos por sus leales vasallos.

Las hostilidades se han roto en la frontera, y unos á otros se cuentan todos los lances de los primeros combates que la *Gaceta* ha publicado en partes oficiales, y que algunos de los oficiales del ejército han referido á sus familias y á sus amigos en preciosas cartas.

Pepe-Hillo ha tenido ya dos ó tres entrevistas con el padre guardian del convento de San Francisco, y, aunque sintiéndolo en extremo por ser hombre veraz, de acuerdo con su esposa ha desorientado á fray Meliton, demostrándole que la niña que tienen prohijada no es la que inspira á Su Paternidad tantos deseos de saber su orígen.

Continúan las intrigas de Pedro Romero para que en la corrida de toros con que ha de inaugurarse la temporada reemplacen sus hermanos á Pepe-Hillo.

Pero nada de esto nos interesa por ahora.

II.

Nuestro famoso diestro gestiona por su parte para que no se menoscabe el derecho que tiene á trabajar en beneficio de sus compatriotas, y la Matallana conseguia á menudo amistosas entrevistas con Juan Picornel, el cual por su parte desempeña á las mil maravillas, sin comprometerse en lo más mínimo, el papel de secretario particular del duque de la Alcudia y de agente secreto de la camarista de la reina.

Tiempo tendremos de asistir á las intrigas que se fraguaban en palacio.

Ya penetraremos en aquella morada régia y conoceremos las misteriosas escenas con que entretenian sus ócios la mayor parte de los moradores, mientras que en la frontera derramaban su sangre por la patria los heróicos soldados.

Ahora voy á conducir á mis lectores, si no lo llevan á mal, á la casa de la calle de Segovia donde vivia José Lax y donde los republicanos asociados á Juan Picornel celebraban sus sesiones.

III.

Lax habia recibido la visita de un emisario de Robespierre.

El célebre revolucionario francés enviaba á sus agentes en España una cantidad crecida de dinero y apremiantes instrucciones para que, activando sus trabajos, promoviesen en España una insurreccion que inutilizase los esfuerzos del ejército.

La república francesa, irguiéndose amenazadora sobre el cadalso de Luis XVI, habia conmovido á todos los soberanos de Europa.

Temerosos todos de que el mal ejemplo pudiera propagarse á sus Estados, oyendo la voz de su conciencia, que les acusaba de algunas injusticias, necesitaban á toda costa, al mismo tiempo que acceder á los legítimos deseos de sus pueblos oprimidos, contrarestrar la propaganda de los revolucionarios franceses y oponer á la invasion de sus doctrinas numerosos ejércitos que castigasen á los regicidas y aniquilasen su obra.

A pesar de la actividad que se habia apoderado del francés; á pesar del gran número de voluntarios que se alistaban en la bandera de la república, no bastaban las fuerzas de que disponia la Convencion para contrarestar el empuje de las naciones europeas, y tenian necesidad los convencionales de recurrir á medios subrecticios, á intrigas misteriosas para encender la tea de la discordia en el seno de las naciones enemigas, y equi-

librar de esta manera sus fuerzas con las de sus adversarios.

Por esta razon, Robespierre, que tenia á su cargo los asuntos de España, enviaba á sus amigos Lax y Picornel una crecida cantidad de dinero é instrucciones terminantes para que estorbasen á toda costa el alistamiento de voluntarios, para que despertasen la indignacion del pueblo contra el favorito de los reyes, que les habia aconsejado la guerra, y para que, minando el trono y enseñando al pueblo las ideas de libertad, de igualdad y de fraternidad, que habian servido de base á la revolucion francesa, inutilizasen de esta manera todos los esfuerzos que la España católica y monárquica habia hecho para castigar el inícuo asesinato cometido en la persona del honrado Luis XVI.

IV.

A las instrucciones seguian importantes amenazas.

—«Si no cumplís vuestro juramento, les decia Robespierre; si faltais á los pactos que habeis hecho con nosotros; si por temor ó por maldad claudicais, ya sabeis que tenemos en nuestro poder pruebas de vuestra complicidad con nosotros, y estas pruebas, cuando ménos lo imagineis, llegarán á poder de vuestro gobierno, y ya sabeis la suerte que os espera cuando en esa nacion fanática se sepa que habeis sido cómplices nuestros.»

Cuando recibió José Lax este mensaje estaba Picornel en Aranjuez en compañía del duque de la Alcudia,

y luego por sí y ante sí reunió á sus tres asociados y les comunicó las noticias que llegaron á su poder.

La conferencia fué agitada.

Bernardo Garasa calificó de sospechoso á Picornel.

—Estoy seguro de que nos vende, dijo.

—Semejante acusacion es infundada, contestó Lax, que aun tenia confianza en su amigo.

Pero Córtes y Andrés se pasaron al lado de Garasa.

—No nos engañemos unos á otros, dijo el primero de estos. La verdad es que nos hemos asociado para plantear en España la República. El principal objeto que nos mueve á ello, que nos excita á arrostrar los peligros de que siempre estamos amenazados, es el de ocupar los primeros puestos y desatisfacer la ambicion que nos domina.

Ahora bien; Picornel, segun él mismo nos lo ha confesado, es el secretario íntimo del duque de la Alcudia, del personaje más importante de España, del verdadero rey. Tiene influencia; disfruta un pingüe sueldo; puede dispensar grandes favores y seguramente es objeto de grandes dádivas. Además, es el amante de la camarista mayor de la reina; ha pisado las alfombras del palacio, y deslumbrado con tanta fortuna, no nos ha dicho ya claramente que se separa de nosotros porque nos tiene miedo; pero yo estoy seguro de que, si aun no nos ha abandonado, nos abandonará pronto.

—Muy bien dicho; exclamaron Andrés y Garasa.

—Yo creo que sois injustos, continuó Lax, porque si bien es cierto que desde que ha entrado al servicio

del duque de la Alcudia solo muy rara vez viene á verme, sé que prosigue con afan el logro de nuestros planes.

—Nos engaña.

—Por mi parte, yo creo que deberiamos renunciar á su cooperacion; tratarle de la misma manera que nos trata.

—Esa medida no me parece oportuna; en el momento en que sospechase de nosotros nos delataria, y, como dice el refran, no hay peor cuña que la de la misma madera.

—En ese caso, si él nos engaña diplomáticamente, imitemos su ejemplo. Trabajemos por nuestra cuenta, y si es preciso...

V.

Garasa, que era el que hablaba, se contuvo; iba á emitir un pensamiento, y al fijarse en Lax creyó oportuno reservarlo.

—Voy á pediros un favor, dijo el íntimo amigo de Picornel. Aplazad vuestro fallo; llamemos á Juan á nuestra presencia; hablémosle al alma, obliguémosle á que cumpla el juramento que ha hecho con nosotros, y si busca subterfugios, si conocemos que ha perdido la fé, si vuestras sospechas se confirman, entonces... yo seré su primer enemigo.

Esta determinacion fué aprobada, y José Lax se obligó á buscar á Picornel para que dos dias despues asistiese al salon de las conferencias.

VI.

Cortés, Andrés y Garasa salieron juntos.

Garasa completó su pensamiento.

—Oigámosle, dijo á sus camaradas; pero si, como creo, nos vende, desde el puesto que ocupa es quizás el enemigo más temible que tenemos. Si no es nuestro amigo, es nuestro adversario, y... ya comprendeis lo que os quiero decir.

—¿Qué pretendes? preguntó Cortés.

—Tenemos dinero, y no nos faltará un brazo que le imponga silencio para toda la vida.

La idea fué aceptada en principio, pero antes quisieron oir y juzgar al que suponian que les hacia traicion.

CAPITULO XXXI.

—

El corazon humano.

I.

No iban del todo descaminados los que dudaban de la fidelidad de Picornel.

Ya recordarán los lectores las dudas que se habian apoderado de su alma al verse, cuando ménos lo esperaba, tan espléndidamente favorecido por la fortuna.

¡Lo que es el mundo! ó mejor dicho, ¡lo que es la imaginacion cuando se deja arrastrar por las míseras pasiones de la humanidad!

Poseido Picornel de esa sed devoradora que como una contínua tentacion se apodera del hombre ambicioso, jamás habia tenido un dia de tranquilidad completa.

Cada paso que daba hácia la realizacion de sus ensueños, á cambio de una efímera satisfaccion, aumentaba su pesadumbre.

Cuando era mancebo de la librería, su más vehemente deseo era abandonar aquella humilde posicion y correr mundo.

Consiguió lo que ansiaba y siguió más alla. Llegó á ser amigo y cómplice de los revolucionarios franceses, y al mismo tiempo que le sonreia la esperanza de influir en los destinos de su nacion, laceraba su alma el temor de sucumbir en aquella arriesgada empresa.

Viene á Madrid con los recursos necesarios, con la autorizacion competente, con la proteccion indispensable para convertirse en instrumento del espíritu revolucionario que elevó su sólio sobre un cadalso, y desde allí asombra y admira al mundo entero.

Forma la sociedad secreta que ya conocen los lectores, y la agitacion en que vive, la necesidad que tiene de ocultar sus designios le obliga á vivir separado de los dulces afectos de la vida.

II.

En vano encuentra en su camino alguna de esas emociones dulcísimas que recrean el ánimo, que fortalecen la fé, que ofrecen al alma puras é inefables satisfacciones.

En vano las candorosas miradas de una mujer le hacen adivinar felicidades que desconoce; no puede detenerse. Una idea le domina; una pasion le agita; una ambicion le ciega, y en contínuo movimiento para llegar á la realizacion de sus planes, tiene que cruzar por

la vida como el rápido tren, que apenas permite al viajero en la vertiginosa marcha recrear sus ojos con los paisajes, que aparecen y desaparecen á su vista con la rapidez del relámpago.

Consuélale, sin embargo, la idea de llegar algun dia á romper las cadenas de la esclavitud que en su con-concepto oprimen á su patria.

Halágale el pensamiento de recibir en premio de los favores que dispensa á sus semejantes, esa popularidad, esa gloria que fascina á los hombres de génio, y la suerte propicia le eleva con asombrosa facilidad desde el puesto de conspirador, desde la situacion de pretendiente, á secretario del personaje más influyente de aquel tiempo, y le proporciona además el interesado pero fecundo aprecio de la camarista mayor de la reina.

III.

La alegría de este triunfo no tardó en mortificarle.

Abrese á sus ojos el camino de la fortuna, pero para sostenerse y avanzar en él necesita vivir de la intriga, de la infamia; necesita vender al que ha depositado en él toda su confianza y á la que, en cambio de interesados favores, parece resuelta hasta á abdicar en él las más preciosas virtudes de la mujer.

Y como si esto no bastase, sus amigos, sus compañeros, sus cómplices dudan de él, le acechan, le persiguen y le colocan en la dura alternativa de perecer bajo el puñal de la venganza, de malograr sus planes, ó

de caer bajo el peso de la ley como un miserable reo de Estado.

Por supuesto que no debe extrañar al lector la situacion de Picornel.

Todos los ambiciosos que fundan sus esperanzas en el egoismo, sufren las mismas consecuencias.

Conste, pues, que Juan Picornel en el apogeo de la fortuna sufre mucho más que cuando, condenado á la condicion de un triste mancebo de librería, pasaba las noches en vela meditando cómo podria mejorar de suerte.

Y á pesar de todo ¡sarcasmo de la suerte! eran muy pocos los que le conocian y no le envidiaban.

IV.

Despues de la conferencia celebrada por los conspiradores, José Lax, unido con estrechos vínculos á Juan Picornel, fué á verle para participarle las sospechas que abrigaban sus compañeros y excitarle á que, explicando su conducta, disipase las dudas.

Las palabras de su amigo le hirieron como el rayo.

—¿Es posible, exclamó fuera de sí, que esos hombres á quienes hemos sacado de la miseria, á quienes hemos inspirado ideas que en su vida habrian podido abrigar, se atrevan á sospechar de mí? Necesario es que inmediatamente les hable.

—No deseo otra cosa, contestó Lax. Por mi parte he protestado contra sus sospechas, pero no basta. Ma-

ñana mismo nos reuniremos y tomaremos un acuerdo definitivo, porque las circunstancias son favorables. La mayor parte de las tropas de que dispone el gobierno están en la frontera; las gentes no se preocupan más que de la guerra; los hombres más nobles han prestado su concurso al monarca, y en estas circunstancias podemos dar un golpe decisivo. Considera, mi buen amigo, la gloria que nos aguarda si nosotros, hijos oscuros del pueblo, podemos al mismo tiempo que libertar de la tiranía á nuestros compatriotas, apoderarnos de las riendas del gobierno é imitar á los libertadores de la Francia. Entonces... ¡ah! entonces realizariamos la fraternidad del pueblo y contribuiriamos á plantear esa hermosa República universal que, acabando con los privilegios y con los despotismos, hará lucir el dia de la redencion para las clases desheredadas de la sociedad.

V.

Las palabras de Lax, bonitas como todas las palabras que se pronuncian para dar á conocer sentimientos como los que inspiraban en aquel momento al conspirador, enardecieron á Picornel.

Por un momento olvidó sus vacilaciones, y aquella excitacion aumentó su deseo de disipar las dudas que contra él se abrigaban y de activar la realizacion de sus planes.

El lector no olvida que Picornel pensaba utilizar la influencia de Pepe-Hillo con el pueblo, y la ambicion de D. Manuel Godoy, seguro antes de conocerle, y mucho más despues, de que todo lo sacrificaria á la idea de llegar á ser primer magistrado de la nacion en donde todavía no era más que el primer ministro.

CAPITULO XXXII.

Más sobre el mismo tema del capítulo anterior.

I.

Al dia siguiente acudió Picornel al salon de las conferencias, dispuesto á recuperar la autoridad que hasta entónces habia tenido entre los conspiradores.

Haré gracia al lector del discurso que pronunció ante sus compañeros para apaciguar sus temores.

Discursos como aquel se han pronunciado muchos en este siglo, y no hay ningun político, por modesto que sea, que no haya parafraseado para demostrar su sinceridad las frases huecas que pronunció en aquellas circunstancias Picornel.

—¡Cómo! exclamaba cual si verdaderamente lo sintiera; ¿podeis dudar de mí, cuando he hecho el sacrificio de vivir respirando la envenenadora atmósfera de los palacios solo por acercarme más á nuestros enemi-

gos, conocerlos á fondo y justificar, al acusarles, nuestra resolucion? Dispuesto estoy á abandonar el camino que he emprendido. ¿Dudais de mí porque vigilo activamente al primer secretario del Despacho, porque sé todas las órdenes que se comunican á los ejércitos para combatir á nuestros hermanos, porque presencio los escándalos de la córte? Decid una sola palabra, y aquí mismo escribiré un oficio al duque de la Alcudia renunciando al cargo que tengo cerca de su persona. Pero... ¿qué lograremos entonces? Que el Santo Oficio nos aceche, nos descubra, nos persiga y nos entregue al brazo secular de la justicia, ó nos obligue á vivir ocultos y á encomendar á la fuga nuestra salvacion.

Ya se ve, la elocuencia, cuando habla á las pasiones de la humanidad, obtiene grandes triunfos, y los conspiradores se convencieron despues de oir á Picornel de que hacia un verdadero sacrificio por la causa que defendian.

II.

A las palabras de Juan siguieron algunos momentos de silencio.

Lax le interrumpió.

—Ya le habeis oido. ¿Podeis dudar de su sinceridad?

Todos cantaron la palinodia, como suele decirse; pero Garasa, que era el mas ladino de todos,

—Sin embargo, dijo, la situacion en que vivimos no

puede prolongarse; las circunstancias nos favorecen sobremanera; el número de los descontentos en los gremios, aumenta. Hemos recibido recursos de los revolucionarios de Francia, y con ellos podemos comprar armas, adquirir el concurso de los vagos y de los holgazanes. Luego, apenas hay tropas en Madrid, y aunque no pretendamos imponer á Cárlos IV un castigo tan atroz como el que ha sufrido Luis XVI en Francia, sin embargo, lo más fácil del mundo seria aprovecharnos de la aficion que tiene el rey á ir á cazar todas las tardes, y teniendo hombres de confianza apostados en el Pardo, podriamos, con mucha facilidad, apoderarnos del rey y tenerle oculto por algun tiempo; mientras tanto, amotinábamos al pueblo, y el mismo conde de Aranda, que tan reacio se muestra, llamado por nosotros para poner término al conflicto, vendria en seguida, y... ¡qué diablo! entre volver á ser ministro, ó jefe del Estado, optaria por lo último; y yo prefiero el conde de Aranda al duque de la Alcudia, y á cualquier otro personaje de los que pudieran prestarnos su concurso.

III.

Discutido este atrevido proyecto, no se ocultó á los ojos de Picornel el peligro que corria, y pidió á sus compañeros que le diesen de plazo un mes nada más para conseguir el triunfo; ofreciendo, si en este tiempo

nada lograba, ponerse por completo á sus órdenes y ser un mero ejecutor de sus instrucciones.

No podian negarse á este deseo de Picornel, porque al fin y al cabo era el creador de aquella microscópica sociedad secreta, fundada para establecer la República en España.

Por indicacion de Garasa se dispuso que los fondos que habian recibido por conducto de los agentes franceses fueran distribuidos por partes iguales entre los cinco conspiradores, para invertirlos en ganar voluntades y ensanchar el círculo de la benéfica sociedad de proteccion á los menestrales que sufrian las vejaciones de los gremios, todo con el objeto de preparar el combustible para comunicarle el fuego y producir el incendio en el momento oportuno.

Este reparto, que se verificó en aquella misma sesion con todas las formalidades debidas, tranquilizó un poco á los impacientes.

IV.

La primera determinacion que tomaron Cortés, Andrés y Garasa, fué ir á comer á la hostería del Grifon de Oro, que se hallaba situada en la calle Ancha de Peligros, y mientras tanto, Lax y Picornel, como más amigos, conversaron con verdadera expansion.

—Despues de todo lo que hemos hablado, dijo Picornel á Lax, voy á decirte cuáles son mis proyectos. Me

propongo hacer alguna insinuacion al duque de la Alcudia; aprovecharé al mismo tiempo las relaciones que he adquirido con el famoso torero Pepe-Hillo para sondear su ánimo. Es hombre de corazon é incapaz de vender á nadie, y despues de explicarle las ideas que me animan, si participa de ellas, le pediré su apoyo, y su apoyo es el más eficaz, porque estoy seguro de que todo el pueblo de Madrid se levantaria como un solo hombre al llamamiento de su ídolo, y le seguiria á todas partes. Si con estos dos hombres, á quienes he logrado acercarme, hay probabilidades del triunfo, realizaremos nuestros planes y cumpliremos nuestros compromisos. Pero si encuentro obstáculos insuperables, haremos de necesidad virtud.

—¿Qué es lo que dices?

—Digo que á un sacrificio estéril debemos preferir los goces que me brinda la fortuna, y que, con mi influencia, haré extensivos á tí.

—Eso seria una traicion.

—¿Y qué? ¿Prefieres sucumbir persiguiendo un imposible, ó convencidos de lo inútil de nuestro empeño aprovechar el favor de que disfruto para encumbrarnos?

—¿Y qué dirian entonces nuestros cómplices, nuestros amigos?

—No tengas miedo de eso. Yo les haria callar para siempre.

V.

Hé aquí lo que son las conspiraciones y los conspiradores. Animados por un mismo sentimiento, ó mejor dicho, por una misma ambicion, cinco hombres solamente se hallaban divididos, y aunque en las apariencias se estimaban, asociados en dos grupos, cada cual iba á su negocio y hasta pensaban en sacrificar los unos á los otros.

CAPITULO XXXIII.

Un anónimo.

I.

El hombre propone, y Dios dispone.

Esta es una verdad antigua, pero una gran verdad.

Por otra parte, no hay delito que no se expie, y con todas las apariencias de un galan jóven de teatro, lo cierto era que Picornel, aspirando por una parte á medrar á costa de su conciencia, y por otra á perturbar el órden público, era un delincuente.

Los cómplices de Lax y Picornel fueron, como indiqué antes, á la hostería del Grifon de Oro, á celebrarlo con un banquete—tambien entonces los políticos se lo arreglaban todo comiendo—y, como era natural, llegaron á los postres despues de haber livado varias veces el vino honrado que se servia en aquellos tiempos; es decir, aquel vino sin agua, ó por lo ménos sin las nocivas composturas con que la industria moderna se enri-

quece, empobreciendo la salud de los que quieren comer y beber bien por poco dinero.

Habia en la hostería habitaciones particulares, en las que se acomodaban los que no querian tener testigos cuando rendian culto al arte culinario; pero las paredes que separaban unas habitaciones de otras eran de lienzo con una mano de cal, razon por la cual parecian paredes.

Si las paredes oyen, ¿cómo no habian de oir unos lienzos disfrazados de paredes?

II.

Del mismo modo que Lax y Picornel al quedarse solos se resolvian á jugar con dos barajas, los otros tres al llegar á ese período en que coloca al individuo una buena digestion, no ocultándoseles las dificultades que debian encontrar, y creyéndose ricos porque poseian unos cuantos miles de ducados, despues de murmurar de Picornel, al que en honor de la verdad envidiaban por la posicion que habia adquirido, manifestaron lo difícil que era la empresa que acometian, y Andrés, más expansivo que sus colegas,

—Francamente, señores, dijo, creo que lo mejor que podiamos hacer era embarcarnos para las Indias con este dinero, vivir alegremente una temporada, enriquecernos allí y volver hechos unos caballeros.

Pero Garasa aconsejó que tomaran una medida más prudente.

—Yo opino, dijo, que debemos conservar el dinero en nuestro poder hasta que termine el plazo que para realizar nuestros designios nos ha pedido Picornel.

Si se consigue el triunfo no nos pedirán cuentas. Si no se consigue, podremos emplearlo para trabajar por nosotros mismos sin auxilio de nadie, y si las cosas vienen mal dadas, nos facilitarán el medio de escapar ó por lo ménos de sobornar á un carcelero si es tan negra nuestra suerte que nos dejamos aprehender.

III.

El vinillo les hizo ser aun más locuaces y no se ocultaron las dificultades con que habian de tropezar, dada la ignorancia y el fanatismo del pueblo.

Como era natural, al llegar á los postres, para entretener el tiempo pidieron unos dados y se pusieron á jugar.

Dos horas despues, aquella fraccion de conspiradores estaba á su vez dividida.

Garasa habia ganado una buena parte de los ducados á sus dos companeros, y al separarse se unieron los dos contra su camarada.

Pero esto no hace al caso.

Lo que importa saber al lector es que en una de las habitaciones contiguas á la que habia servido de hospedaje á los tres conspiradores habia estado escuchando su conversacion un hombre que de cuando en cuando se frotaba las manos de alegría, porque los datos que

iba aclarando eran preciosos y creia ver en ellos un abundante ñilon.

IV.

Al dia siguiente recibió el duque de la Alcudia un anónimo concebido en estos términos:

«Vigile V. E. mucho á su secretario Juan Picornel. Es un agente de los republicanos de Francia.

»Cuando V. E. haya descubierto la verdad y castigado al culpable, la persona que da á V. E., por el amor que le profesa, este aviso, tendrá el honor de darse á conocer á V. E., presentándole la otra mitad del papel adjunto.»

Este papel era un fragmento, en el que se leia:

«La fidelidad de los va....

—vaguardia de los reyes.»

V.

Este anónimo sorprendió en extremo á Godoy; pero como hombre de talento, sin darse por entendido, se limitó á espiar á su secretario.

Tenia el duque de la Alcudia un servidor de toda su confianza.

Llamábase Toribio Martillo. Habia sido asistente de Godoy desde los primeros momentos en que ingresó en el cuerpo de Guardias de Corps, y guardaba á su amo una fidelidad á toda prueba.

Aunque no tenia gran capacidad, poseia ese instinto desarrollado á expensas de la gramática parda que se aprende en la servidumbre, y podia servir perfectamente á los deseos de Godoy.

Apenas recibió el anónimo, le llamó.

VI.

—¿Qué manda Su Excelencia? dijo Toribio.

—Ya sabes que te tengo dicho que cuando no haya gente delante te apeo el tratamiento. No en vano eres mi buen criado desde hace mucho tiempo.

—Ya lo sé y lo agradezco, señor; pero como entraba de pronto, ignoraba que estuviera usía solo.

—Te necesito.

—Estoy siempre á las órdenes de usía.

—Preciso es que con el mayor sigilo, y sin dar á conocer tus propósitos, observes á mi nuevo secretario.

—¿A D. Juan Picornel?

—Justamente.

—Lo vengo haciendo desde el momento en que entró en casa, sin que me lo mandase usía.

—¿Y qué has averiguado?

—Que duerme poco, y esa es mala señal.

—Con efecto, pero no es lo bastante para acriminarle.

—Sale muy á menudo y á deshora.

—Quizás algunos amores...

—No me parece que es muy enamorado.

—Entonces... ¿qué sospechas?

—No sé por qué, se me ha metido en la cabeza que ese jóven va á dar algun disgusto á usía.

—Razon de más para que le vigiles y le observes.

—Así lo haré.

—Es necesario que no me ocultes nada.

—No tenga cuidado usía, y ya que me da licencia para ello, cuando salga de casa le seguiré, y poco he de poder, ó antes de una semana he de conocer al pié de la letra hasta los pliegues más recónditos de su corazon.

—Sabré premiarte si tal haces.

—Con que usía no me separe de su lado, con que me deje cuidarle y asistirle hasta que Dios me llame á mejor vida, estoy contento.

VII.

Toribio, que disfrutaba, como vemos, de la confianza de su amo, y que observó el interés y el afecto que Godoy profesaba á Juan, tomó ojeriza al secretario, así es que aceptó de buen grado la mision que le encomendaba su dueño.

CAPITULO XXXIV.

—

Donde vuelve á aparecer doña Emerenciana.

I.

No tardó en proporcionarse á Toribio ocasion de ejercer su espionaje.

Aquel mismo dia se presentó en el palacio de los Ministerios una señora de edad, muy agitada y conmovida.

—¿Se podrá ver á D. Juan Picornel? preguntó al portero.

—Suba Vd. á la antecámara y pregunte á los ugieres que están allí.

Hízolo así, y uno de los lacayos la contestó con sequedad:

—Está ocupado con Su Excelencia; no se le puede ver.

—Pero se le podrá esperar.

—Haga Vd. lo que guste.

II.

Picornel trabajaba, en efecto, en aquellos momentos al lado de su jefe.

Toribio pasó por la antecámara, y fijando su vista en aquella señora, preguntó á uno de sus compañeros de servicio quién era.

—Tiene todas las trazas de una madre Celestina.

—¿Y á qué viene aquí?

—A buscar al secretario del amo.

—¿A D. Juan?

—Al mismito.

—Pues tiene para rato. Voy á decírselo para que renuncie á la esperanza de verle por hoy.

—Se acercó á la señora, que no hacia más que suspirar y acercar á sus ojos para enjugar furtivas lágrimas un pañuelo de seda con muchos colorines, de los que ofrece al mal gusto de las hijas de Eva la Compañía de Filipinas.

Aquella señora, que no lo ignore por más tiempo el lector, era doña Emerenciana.

III.

—¿Busca Vd. á D. Juan Picornel? le preguntó Toribio acercándose á ella.

—¡Ay! sí señor, exclamó el aya de Cármen.

—Pues, hija, me parece que por mucha paciencia que

tenga Vd. va á perderla esperándole. Está muy ocupado el señor, y cuando su excelencia le coge por su cuenta no le suelta ni á tres tirones.

—Esperaré. Necesito indispensablemente hablar con ese caballero.

—Ya; si es así... pero yo, porque Vd. no se molestase...

—No puede terminar el dia de hoy sin que yo le cuente...

—¿Vd. le conoce?

—Sí señor. Motivos de profunda gratitud...

—Vamos, dijo Toribio con malicia, como él es tan bueno, tan generoso, habrá hecho á Vd. algun favor.

—¡Ay! sí señor; uno de esos favores que no se pagan nunca.

—No me extraña; todos los dias vienen aquí personas llenas de gratitud. Empezando por el amo y concluyendo por el último pinche de la casa, todos le estimamos; todos seriamos capaces de hacer los mayores sacrificios por él.

—Lo comprendo, sí señor, lo comprendo; Dios le bendiga.

—Vd. será viuda tal vez, prosiguió Toribio tratando de averiguar quién era aquella pájara.

—¿Viuda yo? No lo crea Vd. ¡Ay qué horror! Soy, doncella.

—¿Doncella, eh? y ¿de circunstancias?

—Aqui donde me ve Vd., soy hija nada ménos que de un oidor de Chancillería, y tuve un tio (que Dios

haya) que fué padre guardian de un convento de Dominicos, pero ¡ya se vé! mi buen padre se quedó sordo como una tapia; le jubilaron. Como estaba viudo, le atrapó una gazmoña; la pícara de mi madrastra me dió tan mala vida, que no tuve más remdio que ponerme á servir. Pero mi educacion y mis circunstancias me han servido de mucho, y hace más de veinte años que vivo consagrada á cuidar jóvenes inexpertas para evitarlas los peligros del mundo.

—Y ahora, ¿sigue Vd. cuidando jóvenes, eh? De eso conocerá Vd. tal vez á D. Juan, porque, acá entre nosotros, es muy aficionado á las buenas mozas.

—Semejante suposicion es una ofensa para él y para mí. Además, padece Vd. un error. Hasta hace poco era la guardadora de una jóven hermosa, modesta, cándida, pero... ¡he perdido mi colocacion!

Y al dar esta noticia comenzó á sollozar de tal manera, que fijó la atencion de todos los lacayos y de algunas personas que se hallaban en la antecámara del ministro.

IV.

Toribio habia sabido algo de lo que deseaba, pero no todo. Con el objeto de averiguar más,

—Venga Vd., señora, venga Vd., la dijo. Me mueve á compasion su desdicha y voy á tener el gusto de llevarla á Vd. á la habitacion de D. Juan.

—Dios le pague esa buena obra.

—Además, aprovecharé el primer momento para entrar en el despacho y anunciarle su llegada de Vd. Vd. me dirá su nombre para comunicársele.

—No debe conocerme por el nombre.

—Pues entonces, ¿qué señas le doy?

—Dígale Vd., cuando pueda, que está aquí el aya de la jóven á quien salvó cuando el motin de la calle del Cármen.

Excitada más y más la curiosidad de Toribio con estas indicaciones, se proponia seguir inquiriendo, pero no le fué posible. Al llegar con doña Emerenciana al cuarto de Juan, vió con sorpresa que Picornel estaba allí.

V.

Doña Emerenciana fué la primera que le descubrió.

—¡Si está aquí mi Sr. D. Juan! dijo á Toribio.

Al oirse nombrar volvió Picornel la cabeza, y reconociendo al aya de Cármen,

—Entre Vd., señora, entre Vd. y tome asiento, dijo.

Y al ver que Toribio permanecia en su estancia,

—Puede Vd. retirarse, añadió.

Y se retiró en efecto, pero quedándose detrás de la puerta y aguzando el oido.

—¿Qué desea Vd.? preguntó Juan á doña Emerenciana.

—No sé si he cometido una imprudencia al venir aquí. Si es así, Dios me lo perdone; pero habiendo us-

ted sido mi salvador y el de la jóven á quien acompañaba cuando tuvimos el placer de conocer á Vd., necesito referirle todo lo que ha pasado, no solo para que Vd. lo sepa, aunque eso y mucho más merece, sino para que se lo comunique al bueno de Sir Guillermo, que se halla á punto de perder la felicidad y de tener que renunciar á sus más lisonjeras esperanzas.

—¿Quiere Vd. que le llame? Vive en esta casa amparado por el señor duque de la Alcudia.

—No, no, mejor es que Vd. se lo cuente despues. Yo no sé si tendria valor para escuchar las quejas en que ha de prorumpir cuando sepa...

—Hable Vd. por Dios, señora, que estoy impaciente.

—Lo haré con la mayor brevedad, porque conozco que no tengo derecho para molestar á Vd., y eso que seria muy del caso que yo le refiriera toda mi historia, y no solo la mia, sino la de mis padres, para que viera usted que, aunque me ha conocido sirviendo de aya, no trata en este instante con ninguna pelona.

—No es necesario que se incomode Vd. en relatarme...

—Es que hay muchas que hablan de su abolengo y hacen ostentacion de sus virtudes, y luego...

—Todo eso no hace al caso.

—Pues bien; entonces le diré á Vd... pero ¡vamos, si parece increible!... ¡si se va Vd. á asombrar!

VI.

—Por Dios, señora, dijo Juan un poco amostazado, tenga Vd. la bondad de decirme el objeto de su visita.

—Así lo haré; pero la emocion, la pena embarga mis sentidos, traba mi lengua y... pero es preciso. Sepa Vd.,—añadió adornando su frase con sollozos, algunos de los cuales parecian ronquidos—sepa Vd. que he sido despedida de casa de mis amos, no sin haber sido antes insultada. ¡Yo, la hija de un oidor, que si no hubiera sido porque se quedó sordo.... la sobrina de un guardian de los Dominicos... he sido tratada de... no me atrevo á decirlo... de zurcidora de voluntades.

—¿No ha sucedido nada más que eso?

—¿Le parece á Vd. poco? Pero oiga Vd., que aun falta lo mejor. Cuando despues de habernos salvado Vd. del escándalo que nos amenazaba, regresamos á casa, el padre de mi señorita, desesperado por nuestra tardanza, habia salido á buscarnos. Al llegar nosotras, todavía no habia vuelto; pero la señora madre de doña Cármen nos anunció que habian estado con cuidado, y que su esposo, temiendo que nos hubiera sucedido algun percance, habia ido á la iglesia donde haciamos la novena de la Vírgen de los Dolores. A poco volvió con una cara de vinagre que nos estremeció.

—«¿Dónde han estado Vds? preguntó con voz de trueno.

—»Señor, contesté yo muy conpungida, en la novena.

—»Miente Vd., señora.

—»Dios me libre. ¿Mentir yo?

—»He preguntado al sacristan, que las conoce á ustedes bien, y ha jurado y perjurado que no han puesto ustedes los piés esta noche en la iglesia.»

Hice todos los aspavientos que eran propios del caso, y hasta... ¡Dios me lo perdone! para salvar á mi señorita, juré en falso; pero él, erre que erre.

—«Vds. han estado en otra parte, y es necesario que yo sepa dónde.»

Me mandó retirar á mi habitacion y llamó á solas á la señorita.

En cuatro dias no me ha dejado verla ni me ha permitido salir de mi cuarto.

Me he pasado el dia llorando unas veces; rezando otras, y he pedido á los santos que aplacasen la cólera del Sr. D. Torcuato, pero esta mañana me llamó su mercé.

—«Podria entregarla á Vd. al Santo Oficio, me dijo de buenas á primeras, por haber abusado de mi confianza y haber consentido á una inocente jóven cometer el pecado más horrible de cuantos pesar pueden en la conciencia humana; pero esto seria aumentar el escándalo, y no he de consentir que mi nombre sea objeto de las hablillas del vulgo. Vd. va á salir inmediatamente de mi casa, y no volverá á poner los piés en ella. Y en cuanto á mi desdichada hija irá á un convento.

Por consiguiente, Vd., que ha servido, segun he logrado averiguar, de intermediaria entre ese caballero inglés y mi pobre hija, levantándola de cascos y haciéndola pensar en amoríos, puede decirle que renuncie para siempre á toda esperanza, porque arrepentida de sus culpas mi buena hija, me ha prometido despreciar todos los devaneos del mundo y consagrarse á Dios.»

Llorando como una Magdalena imploré su perdon, pero ni por esas; es más duro que el mármol.

—«Al ménos, le dije, consiéntame su mercé despedirme de la señorita.

—»De ningun modo, exclamó.»

Acaté su voluntad, y fuí á mi cuarto á recoger mi ropa para marcharme.

Llena de sorpresa, encontré en él á la señorita, que me impuso silencio con una seña.

—«Tenga Vd., me dijo. Busque Vd. al caballero que nos favoreció cuando estuvimos en peligro, y entréguele Vd. esta carta.»

Tal es mi desventura y tal el objeto de mi visita.

Al mismo tiempo me he dicho: el Sr. D. Juan tendrá muy buenas relaciones y podrá favorecerme, ayudándome á buscar una colocacion para mí.

—Haré cuanto pueda en obsequio de Vd., contestó Juan despues de haber soportado con heróica paciencia aquella larga relacion. ¿Trae Vd. la carta?

—Sí señor, aquí está.

Y sacando del pecho un papel muy doblado, se le entregó á Juan Picornel.

VII.

—Vuelva Vd. á buscarme dentro de cuatro dias, dijo Juan á doña Emerenciana, y haré en su favor cuanto me sea posible.

—Dios se lo pague y se lo dé de gloria. Y no crea Vd. que al pedir su proteccion lo haga porque esté sin recursos. Gracias á Dios, tengo algunos ahorrillos; pero como la ociosidad es madre de todos los vicios... ¡Dios sabe en las tentaciones que caeria si no encontrase una ocupacion! Por de pronto voy á vivir con una anciana, antigua amiga, y volveré como Vd. desea.

Se despidió de Juan, y Toribio, que habia escuchado toda la conversacion, salió á su encuentro, la acompañó hasta la puerta de la calle, y para satisfacer su curiosidad, hasta hizo creer á la buena mujer que le habia prendado, insinuacion que puso termino á los sollozos de doña Emerenciana, la cual, al despedirse de Toribio, le dijo:

—Si quiere Vd. ir á verme alguna vez, vaya á la calle de los Caños Viejos, núm. 2, y allí me encontrará.

En dicha casa habitaba la viejecilla que habia delatado á Juan Picornel, su vecino, al Santo Oficio, y que, pesar de lo fallidas que habian salido sus esperanzas, no habia quien la quitase de la cabeza que aquel hombre, cada vez más misterioso para ella, si no era hereje, tenia por lo ménos pacto con el demonio.

VIII.

Picornel leyó con asombro la epístola.

«Caballero, decia: Me habeis amparado en uno de los momentos más críticos de mi vida, y jamás se borrará de mi alma la gratitud que siento hácia vos. Tan grande es, que me atrevo á haceros una súplica.

»Mi padre ¡Dios le perdone! ha resuelto encerrarme en un convento para toda la vida.

»Vos teneis influencia; emplead los medios que os sugiera vuestra imaginacion para libertarme de este sacrificio, que Dios no agradeceria, porque no he de entrar á servirle por mi voluntad, sino por obediencia.

»Quizás habeis amado á alguna mujer.

»En nombre de ella os pido este favor, y para demostraros que la gratitud que habeis inspirado á mi alma ha engendrado en ella un verdadero afecto, á la súplica que os dirijo añadiré una confianza.

»No reveleis á Sir Guillermo lo que me sucede. Resuelta á obedecer á mi padre, porque al fin y al cabo me he convencido de que el cariño que me inspiraba no era profundo, puesto que ha podido borrarse muy fácilmente, sabrá que renuncio á la esperanza de ser su esposa.

»Si estima mi protector en algo esta revelacion, si me ampara además, hallará en mí una esclava.»

No podia explicarse mejor aquella jóven, á quien he-

mos conocido tan tímida y condenada por sus padres á no saber leer ni escribir.

IX.

La epístola era una verdadera declaracion, y así lo comprendió Picornel, que, en honor de la verdad, no habia podido olvidar el rostro de la jóven desde el momento en que la vió.

—Yo la salvaré, se dijo.

Y sintiendo por la primera vez en su alma un latido de amor, pero de amor puro, ajeno á todo egoismo, á todo interés mundano, se prometió, no solo librar á Cármen de la tiranía de su padre, sino darla á conocer su cariño y ofrecerla su nombre cuando saliera victorioso de las empresas en que estaba metido.

Pero lo he dicho antes: «El hombre propone y Dios dispone.»

Los acontecimientos se precipitaron, y voy á referirlos con la misma celeridad en el siguiente

---

CAPÍTULO XXXV.

—

Complicaciones.

I.

Cuando más decidido se hallaba Juan á valerse de su influencia para hacer amistad con los padres de Cármen é impedir la realizacion de sus designios respecto á la jóven, y disfrutar, con el afecto que le habia manifestado y sentia hácia ella, una felicidad que hasta entonces ni siquiera presumió que existiera en el mundo; cuando más resuelto estaba á desplegar toda su actividad para dar un poco de expansion á su espíritu, fué llamado por la Matallana.

Continuaba en los alrededores de la cámara de la reina la guerra sorda contra Godoy.

Con una falsa piedad que encubria la envidia, no habia una sola persona de la servidumbre de María Luisa que no se lastimase de la suerte del monarca.

—Está obcecado; decia uno.

—Es pasion la que tiene por Godoy; añadia otro.

Y algun malévolo de los que nunca faltan en todos los círculos, y especialmente en los viciosos, añadia:

—Mientras S. M. (que Dios guarde) se dedica á la caza en los montes, otros pescan sin necesidad de ir al rio.

Pero doña Isabel de Matallana era la que con más indignacion contemplaba la loca fortuna del favorito de los reyes.

Es natural que esto sucediese.

II.

Cuentan las crónicas misteriosas de aquella época, que antes de que Manuel Godoy disfrutase del favor de los reyes y obtuviese, gracias á su interesante figura y á su claro talento, la influencia, los honores y las riquezas que habia alcanzado, una camarista de la reina, deseando, por medio de los halagos, apoderarse de la voluntad de su soberana, hizo cuanto le fué posible para fijar su atencion en un guardia de Corps de los más gallardos y apuestos de la compañía Española. Este guardia era el hermano mayor de Godoy.

He dicho antes, y ahora repito, que me duele en el alma tener que presentar de esta manera á una princesa que, si fué pecadora, redimió sus culpas con las desgracias del último tercio de su vida.

III.

Pero en este caso me sucede lo mismo que al tratar de los frailes.

¿No seria una injusticia que, por un exagerado respeto á la institucion, confundiese á aquellos venerables padres que pasaban la vida dedicados á la contemplacion, al estudio, á todo género de sacrificios, practicando virtudes heróicas, con aquellos otros holgazanes y entrometidos que hacian del hábito un modo de vivir, y su ocupacion favorita no era otra que la de intervenir en todas las operaciones de las familias que tenian la desgracia de tratarlos, separando y uniendo matrimonios á su antojo y empleando malas artes para pasar el tiempo entretenidos?

Ciertamente que lo seria á todas luces.

Pues de la misma manera ofenderia la memoria de las reinas de rara y ejemplar virtud, si al tener que ocuparme, siquiera sea de paso, de la desdichada esposa de Cárlos IV, imbuido por el respeto ó impulsado por torpe fanatismo, no recordase que las ardientes pasiones de aquella mujer fueron la causa principal de todas las desventuras que entristecieron el reinado del bondadoso hijo de Cárlos III.

IV.

La Matallana, mujer cuya ambicion era insaciable, cuya sed de influencia y poderío dentro de palacio no reconocia límites, fué perniciosa, muy perniciosa para María Luisa.

Despues de haber logrado que la reina fijase su atencion en el guardia de Corps á quien protegia, natural

era, dado el carácter del hermano mayor de Godoy, que aquella amistad entre la reina y el vasallo se rompiera inmediatamente.

El hermano mayor del que hemos visto en esta historia convertido en ministro universal, ó poco ménos, era franco y leal. Las prendas militares eclipsaban en él la habilidad, la diplomacia para salir adelante en cualquier intriga, y como á su lado apareció Manuel, más agraciado, de mirada más penetrante é inteligente, de carácter más dúctil, no tardó en reemplazar á su hermano en el afecto de María Luisa, logrando al mismo tiempo cautivar de tal modo á Cárlos IV, que profesándole un amor entrañable, llegó hasta el punto de no poder pasar un solo dia sin entregarse á cariñosas expansiones con el favorito.

Este triunfo, alcanzado por Godoy sin mediacion de la Matallana, tenia en extremo disgustada á la camarista, y consagró todo su talento, todos los recursos de su imaginacion, todas sus buenas disposiciones para la intriga, á destruir la influencia de Godoy en palacio.

El mejor medio que podia emplear, dada la intimidad que tenia con María Luisa, era avivar el fuego de sus pasiones y fomentar en todas las clases de la sociedad el ódio hácia Godoy.

Ayudábale en su empresa Catalina Pizarro, otra de las camaristas, y las dos de acuerdo, aguijoneadas además por D. Antonio Caballero, uno de los hombres más funestos de aquel reinado, entretenian los ócios de María Luisa con animadas narraciones de las aventuras

amorosos en que los guardias de Corps desempeñaban el papel de galanes.

V.

Las tres personas que acabo de citar habian jurado exterminar al ministro, y no perdonaban medio de conseguir su deseo; pero salia triunfante de sus asechanzas, y estos triunfos exacerbaban el rencor que sentian hácia él.

A tal extremo habia llegado la desesperacion de la Matallana, que llamó á Picornel, como ya dijimos, para convertirle en instrumento de una idea que le habia sugerido su enemistad hácia Godoy.

Debo decir que doña Isabel, desplegando con su protegido una coquetería extraordinaria, se disponia á jugar con lo que ella creia que era en Juan Picornel una pasion, cuando no pasaba de ser un miserable cálculo.

Pero el mundo es así.

Las ilusiones son patrimonio, no solo de los buenos, sino de los malos.

La Matallana se figuraba que era objeto de adoracion de Juan Picornel, á quien de la nada, con su poderosa recomendacion, habia elevado al pináculo ó poco ménos de la fortuna.

Jugaba, pues, con él, y á las mentidas frases amorosas, á las pruebas de afecto que, con timidez estudiada, exigia Picornel, contestaba la cortesana excitando y negando al mismo tiempo.

En honor de la verdad, no sufria mucho por sus derrotas nuestro personaje, porque, á medida que conocia el carácter y las ideas de aquella mujer, sentia hácia ella una repulsion que no manifestaba, porque era demasiado poderosa para enemiga.

VI.

La Matallana, presentándose muy conmovida á Juan,

—Voy á exigir de Vd., le dijo, un verdadero sacrificio. Si Vd. me ayuda para salvar á la reina del abismo á donde corre ciega, ganará Vd. mi voluntad de tal manera, que en vez de ser su amiga y su protectora, seré su esclava.

—Mande Vd., y obedeceré.

—De un momento á otro va á haber un cataclismo en palacio.

—Pues ¿qué ocurre?

—Para ninguno de los que vivimos en esta casa es un secreto la intimidad de Godoy con la reina; pero este secreto ha llegado á noticias del rey. Desde hace algunos dias anda un duende en palacio que aprovecha todas las ocasiones para revelar á nuestro augusto amo que el amigo á quien más estima le vende y le deshonra. Al sentarse á la mesa encontró entre los plieges de la servilleta un papel muy doblado, en el que ha leido varias veces: «Observe V. M. á su favorito y salve á su esposa del precipicio á donde camina.» Aunque el rey es bueno y tiene la mayor confianza en su

esposa, yo sé que observa. El dia ménos pensado va á descubrir esa funesta intimidad, y ¡Dios sabe las consecuencias que traerá este suceso!

—Y yo, ¿qué puedo hacer? preguntó Picornel.

—Yo, que adoro á la reina, quiero salvarla.

—¿Y ha ideado Vd. el medio?

—Uno muy sencillo.

—Supongo que si he de ser su cómplice no tendrá usted inconveniente en revelármelo.

—Al contrario. Escuche Vd. mi plan. Yo sé que Godoy está perdidamente enamorado de Pepita Tudó; que recibe á menudo cartas suyas llenas de protestas de amor. Pues bien; nada más fácil para Vd., teniendo como tiene la confianza del ministro, que apoderarse de una de ellas.

—Señora: me propone Vd. que cometa una felonía.

—Ya sabe Vd. á qué precio le he otorgado mi proteccion y estoy dispuesta á sacrificarle mi voluntad.

—Es que ese acto podria ocasionarme hasta la muerte.

—¿Teme Vd?

—No temo á nadie en lucha abierta; pero como el oro encuentra brazos armados con puñales...

—Esa carta que pido á Vd. ha de salvar del peligro á la reina. Mi proyecto es el siguiente: Deseo demostrar á mi señora que el hombre á quien estima tanto es indigno de su aprecio; que la engaña miserablemente, y que está preso en las redes de otra mujer. Convencida de su traicion le despreciará, y cuando caiga de su gracia, cuando pierda la posicion que ocupa,

cuando la misma reina pida á su esposo el destierro para el hombre que es hoy su favorito, ella se habrá salvado del gran peligro que la amenaza y Vd. recibirá el premio que ambiciona.

—Estoy dispuesto á obedecer, pero es preciso que seamos francos. En el mero hecho de acceder á sus ruegos, me convierto en su cómplice. El corto tiempo que hace piso los palacios ha quitado un poco de generosidad á mi alma, reemplazándola con la prevision. No tengo inconveniente en apoderarme de una de sus cartas, en entregársela á Vd. siempre que para mi resguardo tenga yo un documento firmado por doña Isabel Matallana dándome órden de apoderarme de una de esas cartas y ofreciéndome en cambio mejorar mi posicion.

—Semejante deseo...

—Sé que es condicion humana perseguir y aniquilar á los que nos han servido para el logro de nuestros deseos. Nada tendria de extraño que, arrepintiéndose usted algun dia, descargase sobre mí toda la culpa. Tenga yo un lazo que me una á Vd. para siempre. En mi interés está ocultar á todo el mundo ese documento; pero yo seria el más desgraciado de la tierra si alguna vez me faltase el afecto de Vd., si alguna vez mi presencia le molestase.

—Tendrá Vd. lo que desea.

—En ese caso aprovecharé la primera ocasion, y tendrá Vd. en breve una ó más cartas de las que me pide.

VII.

Isabel trazó en un papel la peticion y la oferta que deseaba tener Picornel, y entregándosela,

—No puedo hacer más, le dijo, para demostrarle mi buena fé.

—Corresponderé á ella, contestó Juan.

Se despidieron, y Picornel salió de la estancia.

La Matallana se habia propuesto demostrar á María Luisa que Godoy la engañaba, y al mismo tiempo favorecer á otro guardia de Corps, muy célebre tambien por su arrogante figura, por las aventuras amorosas y por los desafíos en que tomaba parte.

Al separarse de Juan quedó muy satisfecha, confiada en haber adelantado un gran paso á la realizacion de sus fines.

Juan, por su parte, acababa de cometer una iniquidad, puesto que al pedir aquel documento á la Matallana no tenia más objeto que el de demostrar á Godoy los peligros que le rodeaban en palacio, excitándole al mismo tiempo á que, para castigar á sus enemigos, aceptase el papel que le reservaba en sus planes de sustituir la monarquía con la república.

CAPITULO XXXVI.

—

Una resolucion desesperada.

I.

Al volver Picornel al palacio de la plaza de los Ministerios, le anunció uno de sus lacayos que Sir Guillermo deseaba verle.

Desde luego presumió cuál debia ser el objeto de aquella entrevista.

Llegó á la estancia del inglés y lo halló consternado.

—Mi situacion es angustiosa, dijo. Acabo de recibir una noticia que es mi sentencia de muerte.

Aunque Juan habia comprendido de antemano cuál era el motivo de su agitacion, procuró disimular, porque, como el lector habrá comprendido, tenia algun interés en que se realizara el rompimiento de Cármen con Sir Guillermo.

—¿Qué le ha sucedido á Vd? preguntó fingiendo asombro.

—Lea Vd. esa carta, repuso Sir Guillermo mostrándole la que acababa de recibir, y se convencerá Vd. de mi desdicha.

La carta era de Cármen, y como habia anunciado á Picornel, desahuciaba por completo á su antiguo amante.

Era tan enérgica la resolucion que demostraba; se hallaba, á juzgar por sus declaraciones, tan decidida á obedecer á sus padres y á entrar en un convento, que no dejaba á Sir Guillermo ningun camino de volver á conquistar su corazon, y esto, dada la vehemencia del amor de Sir Guillermo hácia la jóven, era para aquel hombre una verdadera sentencia de muerte.

II.

Mientras Juan Picornel leyó la carta, le observaba Sir Guillermo sin pestañear.

—Ya ve Vd., exclamó cuando Picornel hubo terminado la lectura; ya ve Vd. cuán inmensa es mi desgracia. Despues de haber sacrificado á esta pasion mi porvenir, mi fortuna, mi vida, tener que renunciar para siempre á la felicidad soñada, es uno de esos tormentos que jamás hallan consuelo.

—Tranquilícese Vd., dijo Juan Picornel. Quizás obedece esa jóven á la influencia de sus padres; pero cuando pase algun tiempo, cuando recuerde en la soledad del cláustro las dulces ilusiones nacidas al calor del sentimiento que le ha inspirado Vd., volverá los ojos al pasado, comprenderá que la obediencia no es vocacion, y, como tiene un año para decidirse á profesar ó á

abandonar el cláustro, si Vd. sabe sufrir, si Vd. persevera, si Vd. la da pruebas de abnegacion, no habrá sacrificio que no arrostre.

—¡Ah!... ¡No!... Yo la conozco; sé que su resolucion es irrevocable, y respeto el sentimiento filial que la obliga, sin duda, á tomar esta determinacion. La culpa no es suya, es mia, de mi desgracia. No he nacido en este país, no abracé la religion que Vds. profesan... He sido un loco al creer en que podia realizar una ventura que me estaba vedada. Por otra parte, cuantos esfuerzos hago para renegar de mi pasado, para sacrificar en aras de esta pasion que me domina el sentimiento religioso que desde la niñez abriga mi alma, no puedo conseguirlo... es imposible. Solo me queda un recurso; el de abandonar para siempre á España, el de refugiarme en mi patria y el de aguardar la muerte en el retiro sin más compañía que el recuerdo y el dolor.

III.

Juan Picornel aprovechó la situacion de ánimo en que se hallaba Sir Guillermo, y obedeciendo al impulso secreto que aumentaba más y más en su alma el afecto que profesaba á Cármen,

—Creo haber dado á Vd. pruebas de ser su amigo, dijo tendiendo de nuevo la mano á Sir Guillermo. Pues bien, en nombre de esta amistad me parece que la resolucion que Vd. medita es la mejor. La situacion por que atraviesa España es aflictiva. Estamos empeñados

en una guerra, cuyos resultados nadie puede prever. No se trata hoy de defender la independencia de la patria. En Francia se ha cometido un crímen espantoso; con él han herido los franceses el sentimiento religioso de los españoles. Han sacrificado á un individuo de la familia de su rey, y hasta que no venguen ese ultraje, todos los extranjeros serán sus enemigos, y el que les proteja aparecerá como sospechoso á sus ojos. Cuando ha estado Vd. en peligro, no he tenido inconveniente en salvarle, sino todo lo contrario. He hablado al duque de la Alcudia y con la generosidad que le distingue ha hospedado á Vd. en su palacio para librarle de las asechanzas de sus enemigos. La situacion es insostenible. Si Vd., movido por el amor que le inspiraba esa jóven, hubiera renunciado á su nacionalidad, hubiera aceptado la religion que nosotros profesamos, y lo que es más, si hubiera realizado las promesas hechas al populacho por nuestro buen amigo Pepe-Hillo, estaria Vd. seguro en España. Pero no hallando en su conciencia los medios de llegar á esta situacion, creo que lo mejor qne debe Vd. hacer es renunciar para siempre á sus esperanzas y buscar en la ausencia el consuelo á sus penas.

—Tal es mi voluntad y tan decidido estoy á realizarla, que ni aun escribir quiero las quejas de mi alma á esa mujer, porque las lágrimas que brotarian de mis ojos borrarian las palabras que trazase mi pluma. Usted, mi buen amigo, si alguna vez tiene ocasion de verla, la dirá de mi parte que la perdono, que no la olvidaré nunca. Si al fin consagra su vida á la religion, pí-

dala Vd. que en el silencio del cláustro y cuando eleve á Dios sus oraciones, ruegue tambien por este desgraciado, que no tiene más esperanzas de felicidad que la del sueño eterno. Y para que no desmaye mi ánimo; para que la duda no me haga vacilar un solo instante, voy á pedir á Vd. un nuevo favor. Emplee Vd. su influencia para proporcionarme un pasaporte; con él partiré mañana, hoy mismo si es preciso.

IV.

No deseaba otra cosa Juan Picornel.

Despidiéndose de su amigo con fingida compasion, le aseguró que en cuanto regresase de Aranjuez el duque de la Alcudia obtendria el pasaporte.

Así fué: dos dias despues partió Sir Guillermo y Juan Picornel fué á su casa de la calle de los Caños Viejos. Apenas llegó, llamó á Sinforoso, y le dijo.

—Es necesario que busques en el núm. 2 de esta calle á una mujer que se llama doña Emerenciana. Sin que nadie se entere, la anuncias que deseo verla y la llevas inmediatamente á casa de mi amigo Lax. Yo voy allí y te espero.

Sinforoso cumplió las órdenes de su amo, y media hora despues llegó con doña Emerenciana á la casa de la calle de Segovia.

En este tiempo confió Juan á Lax el buen estado en que se hallaban sus negocios, y le anunció la visita que esperaba de doña Emerenciana, rogándole que le deja-

ra á solas con ella, y asegurándole que aquella mujer, sin apercibirse de ello, iba á prestarle un gran servicio.

Tambien engañaba á su amigo de la desgracia, á su cómplice, á su confidente.

V.

Cuando llegó doña Emerenciana, interrumpiendo los aspavientos con que la buena mujer se empeñaba en demostrarle su gratitud por no haberla olvidado.

—Estoy dispuesto á favorecer á Vd. en todo lo que pueda, la dijo, y al efecto he hecho que hablen á una señora de la grandeza, que necesita un ama de llaves, para que la elija á Vd. Su resolucion tardará algunos dias, pero entre tanto tengo que pedir á Vd. algunos servicios, que remuneraré como es debido.

—Ya sabe Vd. que obecerle es mi mayor satisfaccion y además mi deber.

—¿Ha sabido Vd. algo de Cármen?

—Sé que su padre, sin aplacar su ira, ha resuelto llevarla al convento de Pinto, porque conoce á la superiora, y que si no se la ha llevado ya, saldrá uno de estos dias de Madrid.

—Es necesario que averigue Vd. á punto fijo si la ha llevado ya al convento, ó no.

—Eso puedo saberlo muy bien, porque conservo buenas relaciones con el paje del amo.

—Como no hay tiempo que perder, si está en Madrid procure Vd. á toda costa tener una entrevista con

ella y anunciarle que Sir Guillermo, desesperado al perder la esperanza de su cariño, ha partido á Inglaterra.

—¿Es posible? exclamó doña Emerenciana sentándose.

—Lo que Vd. oye.

—Fíese Vd. de los hombres. Cuidado que juraba y perjuraba que sin su amor no podria vivir.

—Tal vez la desesperacion cause su muerte; pero ha respetado la voluntad de Cármen, y ha partido.

—Pues, á decir verdad, me alegro, porque aunque parecia muy bueno, eso de ser inglés y hereje me costaba mucho trabajo tragarlo. Pero como el amor es ciego y mi señorita estaba muy enamorada de él... ¿Sabe Vd., acá para entre nosotros, lo que me agradaria muchísimo?

—¿Qué le agradaria á Vd., doña Emerenciana? preguntó Picornel adivinando el pensamiento de la vieja y complaciéndose en oirle.

—Pues me alegraria que en vez de haberse enamorado Sir Guillermo de mi señorita, hubiera sido Vd.

—Con eso y con que su señorita de Vd. no se hubiera enamorado de mí...

—¡Al contrario! Si no temiera ser indiscreta le diria á Vd...

—¿Qué?

—Vamos... no me atrevo.

—Hable Vd., buena mujer.

—Desde que le conoció á Vd. aquella noche, se volvió otra. Ya ve Vd. que estábamos en gran peligro;

que al fin y al cabo si se hubiera sabido que en vez de estar en la novena habiamos ido á casa de Sir Guillermo, ¡Dios nos libre! Pues á pesar de todo, por el camino fué haciendo unos elogios de Vd... y yo, que soy ya ducha en la materia, me dije: ¡Pobrecilla! Tú te has enamorado de ese caballero. Y más le digo á Vd.; si ella supiera, ó adivinara al ménos, que Vd. habia de fijar sus ojos en su palmito, capaz era de escaparse del convento. ¡Oh! Yo la conozco mucho. Tiene un génio...

—Pues bien; guárdese Vd. todas esas creencias y no haga más que lo que le digo, porque el mucho celo echa á perder las mejores causas.

—No se incomode Vd., dijo ella al ver el tono en que hablaba.

—Bien; si Vd. quiere que yo la proteja, haga lo que le digo y nada más.

—Y ¿qué he de hacer?.

—Manifestarle que Sir Guillermo ha partido para siempre, y que yo soy su amigo y estoy dispuesto á favorecerle en todo cuanto pueda.

Dígala Vd. que no habrá sacrificio que no arrostre por ella, y esto basta.

—Vd. procurará cuando esté en el convento hallar un medio de verla de vez en cuando, y lo demás, Dios dispondrá lo que ha de suceder.

—He comprendido perfectamente.

VI.

A pesar suyo, y en medio de las complicaciones en que se hallaba Juan, sintió que una atraccion poderosa le llevaba hácia Cármen.

Esperó en casa de Lax la vuelta de doña Emerenciana, y supo por ella que Cármen habia partido á Pinto con su padre.

Dando un bolsillo de dinero á doña Emerenciana, la encargó que saliese inmediatamente para Pinto, y que al volver no se hospedase en la casa de la calle de los Caños Viejos.

—Sobre todo, la dijo, mucho cuidado con la vieja que le ha hospedado á Vd. en su casa. Tengo motivos para sospechar de ella.

Ya era tarde; doña Emerenciana habia tenido la debilidad de confiar á la tia Solapa, así se llamaba la bruja delatora, lo interesado que estaba en su favor Juan Picornel, y gracias á esto, habia sabido aquella taimada que el vecino á quien habia perdido de vista, sin abandonar su miserable casucha, era el secretario particular de Godoy.

CAPITULO XXXVII.

El espíritu revolucionario.

I.

Mientras que los valientes soldados españoles hacian proezas en las fronteras de Cataluña al mando del bizarro general Ricardos, y el pueblo seguia con avidez las operaciones militares pidiendo á Dios que coronase el éxito de nuestras armas y haciendo los mayores sacrificios por auxiliar al rey en aquella guerra patriótica, en torno de la reina y de Godoy hacia la intriga de las suyas, manejada por los que aspiraban á medrar á favor de las debilidades de una mujer apasionada y de un hombre habilidoso.

Juan observó que el ayuda de cámara del duque de la Alcudia le expiaba á todas horas.

Al mismo tiempo notó que Godoy, tan expansivo y tan franco con él, se mostraba un tanto reservado, y puso en juego todos los medios que le sugirió su ima-

ginacion para averiguar la causa de aquella desconfianza.

Los momentos eran críticos para Juan Picornel. Por una parte le apremiaban sus compañeros de conspiracion.

Por otra arreciaban las exigencias de doña Isabel de Matallana, que deseaba á toda costa desacreditar cerca de la reina á su favorito, y con la agitacion que producia en el ánimo de Juan el doble papel que desempeñaba, mezclábase el recuerdo de Cármen, que poco á poco, ofreciendo al hasta entonces frio y calculador ambicioso político la esperanza de una felicidad dulcísima, iba llenando su alma y arrebatándole á la política para engolfarle en el amor.

II.

La circunstancia de hallar en todas partes á Toribio comenzó á disgustarle, y hubo momentos en los que, desesperado, quiso interpelar al doméstico y hasta quejarse á Godoy de su tenacidad; pero comprendió que un acto de esta naturaleza podria destruir su laboriosa obra y se resignó á no ir á su casa de la calle de los Caños Viejos, manifestando, por el contrario, alegría de encontrar en todos sitios á Toribio, y rebajándose hasta el punto de darle explicacciones de su conducta sin que se las pidiese.

—Señor: nos hemos equivocado de medio á medio, dijo Toribio á su amo. Lo único que he descubierto des-

de que observo al secretario de usía, es que está enamorado.

III.

Esto no era ni podia ser un pecado á los ojos de Godoy, que, segun decian las malas lenguas, al amor debia todo su valimiento.

Pero cuando habia disipado sus dudas y proyectaba Godoy resarcir á su secretario de la injusticia que habia cometido con él siendo reservado, recibió un nuevo anónimo, en el que la misma mano que habia trazado el anterior decia al favorito de los reyes:

«Tiene V. E. una implacable enemiga en doña Isabel »de Matallana. Ha jurado valerse de todos los medios »que le sugiera su diabólica imaginacion para alejar »á V. E. de palacio.

»Despues de dar á V. E. estas noticias, solo me »resta añadir que Juan Picornel es el cómplice más activo de la Matallana.»

Las indicaciones que se hacian en esta epístola estaban de acuerdo con algunos síntomas que habia notado en palacio el duque de la Alcudia.

IV.

Acto contínuo llamó á Picornel.

—Al acceder á los deseos de Vd., le dijo cuando se halló en su presencia; al depositar en Vd. toda mi con-

fianza, creí haber encontrado un verdadero amigo, y me propuse emplear toda mi influencia para asegurar su porvenir. No creo haberme equivocado. No tengo motivo para dudar de Vd. Ha cumplido Vd. su mision á gusto mio, y con una discrecion y una prudencia que hacen el mejor elogio de Vd.; pero ó tiene Vd. enemigos formidables, y en su caso tal vez necesite Vd. mi ayuda para combatirlos, ó los rumores que llegan hasta mí son ciertos, y como le he tomado á Vd. cariño, antes de verme precisado á convencerme de una iniquidad y á castigarla, quiero apelar á su lealtad y pedirle explicaciones.

—Parece que V. E. ha adivinado mis deseos, dijo Juan Picornel. Desde hace algunos dias tengo un vivo deseo de comunicar á V. E. un secreto y me cuesta trabajo, porque, aunque aspiro á manifestar á V. E. mi gratitud, puede muy bien parecer mi celo una indiscrecion.

—Hable Vd. sin cuidado.

—Ya que V. E. me lo consiente, empezaré diciendo que, desde hace algunos dias, he creido haber perdido una buena parte de la confianza que inspiré al señor duque en los primeros momentos. Soy vigilado y espiado como un criminal, y sin embargo, mi conciencia está tranquila.

—¿Qué habria Vd. hecho si hubiera Vd. recibido estos anónimos? dijo Godoy entregándole las dos epístolas misteriosas.

V.

Despues de leerlas, exclamó Picornel:

—Yo, señor, habria hecho lo que acaba de hacer V. E.

—¿Y qué responde Vd. á las acusaciones de que es objeto?

—A la segunda, respondo de este modo, dijo Juan Picornel perfectamente sereno, sacando del bolsillo una cartera y de ella la carta de la Matallana, que entregó al duque.

—¿Desde cuándo tiene Vd. en su poder este documento? preguntó Godoy.

—Desde hace tres ó cuatro dias.

—¿Y cómo no se ha apresurado Vd. á comunicármelo?

—He temido penetrar demasiado en las interioridades de V. E., y no está bien que un servidor traspase el sagrado de las intenciones. No hallando un medio hábil de dar á V. E. explicaciones, estaba decidido hasta á perder su gracia con tal de salvar á V. E. del lazo que le quieren tender, y me proponia hacer llegar á manos de V. E. esta carta simulando que aun no la habia yo visto; pero ha podido V. E. dudar un momento de mi lealtad y este temor me ha obligado á ser indiscreto.

—Está bien, dijo el duque de la Alcudia.

—Mi posicion es en extremo difícil. He seguido visi-

tando á la Matallana para servir á V. E.; pero han llegado las cosas á una situacion, en la que no tardará en saber que, en vez de ser su cómplice, soy su enemigo.

—Ya procuraremos que no lo sepa. Siga Vd. con ella sus amistosas relaciones, y como tiene Vd. buena imaginacion, ya encontrará algun medio de explicarle por qué motivo no ha podido realizar sus deseos. Absuelto ya por mí de esa acusacion, desearia saber si hay algo que justifique la primera.

—Señor, dijo Picornel, para responder con sinceridad á esa pregunta necesito hacer á V. E. una revelacion, que espero me dispense si no la encuentra de su agrado. Hay algo que pueda hacerme aparecer á los ojos del Rey nuestro señor como un traidor, pero ya manifesté á V.E., cuando tuve el honor de hablarle por primera vez, que era ambicioso. Lo soy, sí, lo confieso. Esta ambicion me obligó á abandonar en los primeros años de mi juventud la patria donde habia nacido y á buscar en los viajes una experiencia y un conocimiento de las cosas del mundo que consideraba indispensable á la realizacion de mis deseos. Estuve en Francia. Desarrolláronse á mi vista las escenas más terribles de la revolucion; pude conocer los actores principales de aquel espantoso drama, y despues de obtener su confianza, fascinado por las ideas que predicaban, les ofrecí, en efecto, secundar en España sus designios.

—¿Qué ha dicho Vd.? exclamó Godoy profundamente sorprendido.

—No me juzgue V. E. hasta acabar de oirme. Al re-

gresar á mi país tuve noticias de V. E. Prendado de sus raras cualidades, admirado de su génio, sorprendido de su inmensa fortuna, no tuve más que una idea: la de acercarme á V. E.; la de llegar á ocupar el puesto que ocupo. Si yo logro identificarme con el hombre eminente, me decia; si consigo la envidiable fortuna de ser algun dia su auxiliar, mis relaciones con los revolucionarios franceses podrán serle muy útiles.

Yo preveia lo que está pasando: yo auguraba la guerra y sabia que, sin rebajarme á los ojos de nadie, podia hacer traicion á los enemigos de mi patria auxiliando á mis hermanos. Aun fué más lejos mi pensamiento. Yo, que habia visto el ímpetu de la revolucion, tenia motivo para presumir que al desencadenarse en Europa derribara los tronos más antiguos, y si esto llegaba á suceder en España, era preciso un hombre, un génio que, con todas las cualidades que adornan á V. E., pudiera, en un momento dado, aceptar los sucesos fatales, sobreponerse á ellos, dominar la revolucion, enfrenarla, y al operarse la reaccion, conseguir en premio de los altos servicios prestados á la patria, la inmensa gloria de fundar una nueva dinastía verdaderamente popular, hija legítima de los nuevos principios. Si en esto hay culpa, soy culpable, señor.

VI.

Imposible es describir el efecto que produjeron las palabras de Juan Picornel en el ánimo de Godoy.

Favorecido de una manera asombrosa por la fortuna; despertando su inteligencia á cada instante los favores de la ciega deidad, mucho habia ambicionado, pero jamás habia podido ocurrirse á su imaginacion la idea de realizar empresa tan grandiosa como la que Picornel le proponia.

VII.

Durante algunos momentos permaneció silencioso.

—¿Qué hombre es este? pensaba. ¿Cómo ha podido abarcar su inteligencia un plan tan vasto?

Durante esta pausa, le observaba con atencion Juan Picornel.

Al fin habló Godoy.

—Y ¿cómo me ha ocultado Vd. todo eso hasta ahora? le dijo.

—Por no ser tomado por un soñador he creido deber ser reservado. Pero hoy, señor, hoy puedo saber hasta los más íntimos secretos del gobierno revolucionario de Francia, y si algun dia las circunstancias lo exigieran, cuento en Madrid con hombres de corazon que acudirian á oponerse al torrente revolucionario y á levantar sobre sus revueltas olas, convirtiéndolas en firmísimas rocas, la gloria de V. E.

—Pues bien, amigo mio, exclamó Godoy. Yo estimo en lo que valen esas revelaciones; yo conozco perfectamente las ideas de la revolucion francesa; yo sé que tendreis medios para librar á España de su terri-

ble influjo. Mi ambicion no va tan lejos; vivo demasiado cerca del trono para desearle. Debo además cuanto soy y cuanto valgo á los reyes de España, y estoy resuelto á derramar hasta mi última gota de sangre en su defensa. Renuncie Vd. como yo renuncio á esa loca empresa, que solo la voluntad de Dios puede llevar á cabo, y empleemos esas misteriosas relaciones que sostiene Vd. con los que hoy dirigen los ejércitos que luchan contra nuestros soldados, para oponer con la victoria un valladar á las desenfrenadas pasiones, que han hallado hasta ahora un invencible obstáculo en los Pirineos, pero que tambien lograrian vencer si fuesen derrotadas nuestras tropas. Yo he gozado infinito al oir á Vd., al convencerme de su privilegiada imaginacion, de su claro talento, de su firmeza de voluntad. Este secreto quedará entre nosotros, y si antes era su protector de Vd., hoy soy además su verdadero amigo. Cuide Vd. de que las pasiones que se agitan en su alma con vehemencia no le obliguen un dia á hacerme traicion. Ese dia seria el más doloroso para mí. Los hombres que tienen la posicion que yo ocupo, deben conservar los leales amigos con más cuidado que la fortuna.

Unidos, podremos hacer el bien de la patria; y piense Vd. cuánto más lícita es la gloria de hacer el bien desde un humilde puesto que proporcionar á un pueblo una convulsion espantosa para elevarse sobre sus hombros, aunque animen al que tal haga los más nobles deseos.

—¿Es decir, preguntó Picornel, que V. E. está resuelto á defender el trono del ímpetu revolucionario?

—Con toda mi alma.

—Cuente V. E. conmigo para todo.

Así terminó la entrevista; pero al pronunciar las últimas palabras, Juan Picornel procuró ocultar á Godoy sus verdaderos pensamientos.

CAPITULO XXXVIII.

—

Todo ó nada.

I.

Declaro ingénuamente que no concibo cómo hasta ahora los médicos que andan buscando especialidades no han considerado como una de las más productivas, por lo extendida que se halla esta enfermedad, la que padecen los conspiradores políticos.

Considero al lector de esta historia hombre pacífico, ajeno á las luchas de los partidos por más que tenga sus opiniones políticas.

Y partiendo de este principio, le pregunto si no tiene lástima hasta de sus adversarios al verlos empeñados en esa lucha que se llama públicamente política, y en el seno privado garbanzos, levita y una pelucona en el bolsillo para echar de cuando en cuando una cana al aire.

Si no fuera por el daño que hacen á la nacion los conspiradores políticos, los cuales, como sabrá el lector sin que yo se lo diga, al dia siguiente del triunfo exhiben los sacrificios que han hecho por la causa, se ador-

nan con el adjetivo de *consecuentes* é invaden el presupuesto; si no fuera, repito, por la perturbacion que introducen en la sociedad, habria que confesar que no con un empleo, sino con todos los empleos juntos, no se les indemniza de las agitaciones, sobresaltos, fiebres y angustías que padecen los que piensan con el estómago en la cosa pública.

II.

Aunque en pequeño, como un embrion de este tipo que se ha desarrollado en nuestros tiempos, aparece á los ojos de mis lectores Juan Picornel.

A trueque de realizar la ambicion que se ha apoderado de su alma, hace un papel con el duque de la Alcudia, otro con sus cómplices, otro con Pepe-Hillo, y tiene que recordar á cada instante el carácter bajo el cual se presenta á las personas con quienes lucha para utilizar en su beneficio y no dejar ni un solo cabo suelto en poder de los que al conocerle serian sus enemigos.

Instigado por las circunstancias, aprovechando una ocasion oportuna habia revelado sus planes á Godoy, pero con tanta maña, que en vez de irritar al valido, en vez de aparecer sospechoso á sus ojos, en vez de experimentar la idea de apartarle de su lado y conducirle á una prision como reo político, conquistó más y más el corazon generoso de aquel hombre.

Y sin embargo, aquel que habia ofrecido al duque

todo su apoyo, todos los elementos, todas las armas de dos filos que tenia en sus manos, le habia engañado.

Estaba en un momento crítico.

O tenia que renunciar á sus cómplices y ser traidor y hasta verdugo suyo, ó se veia precisado á avanzar en sus planes para arrollar en el ímpetu de sus ideas hasta al ministro que de la nada le habia elevado al puesto de su secretario particular.

III.

En medio de esta lucha, de esta zozobra, de esta ansiedad que le quitaba el sueño, que le impedia respirar á sus anchas, que le coartaba la libertad de su accion, en medio de aquel infierno en que vivia resonaba en su oido como una mágica voz que la esperanza ofrecia á su imaginacion, como una promesa de felicidad, el amor de aquella jóven á quien no se limitaba á amar en silencio, sino á quien habia ya comunicado por medio de doña Emerenciana el afecto que le inspiraba, y la resolucion que habia tomado de ofrecerle su vida con su amor.

Al separarse de Godoy fué á encerrarse en su cuarto.

Habia llegado el caso de tomar una resolucion definitiva, y eran tan encontradas y tan vehementes las ideas que luchaban en su cerebro, que la meditacion era para él una enfermedad.

Algunos dias antes solo hubiera luchado contra el logro desu ambicion, ó las probabilidades de una muerte afrentosa.

Ni la fortuna ni la desgracia podian detenerle.

Iba á jugar un albur, y si perdia no le importaba la muerte.

IV.

Pero entonces llenaba otro sentimiento su alma.

Un amor tardío, pero apasionado, le hacia anhelar con más avidez el triunfo y experimentar una incalificable cobardía ante la seguridad de su muerte.

Aquel amor debia ser para su alma egoista un castigo.

—No hay remedio, se dijo; las noticias que llegan del campo de batalla son favorables para el ejército español. En este país están profundamente arraigados el amor á Dios, á la Patria y al Rey. El más humilde labrador, el más cansado jornalero se convertirán en un heróe y derramarán hasta su última gota de sangre por tan venerandos objetos apenas se reclame su auxilio.

La revolucion francesa podrá atravesar los Pirineos, pero al pié de estas inquebrantables montañas hallará pechos españoles más fuertes que ellas, donde se estrellará su ímpetu.

V.

Desalentado ante estas para él tristes observaciones, recordó la máxima diabólica, *divide y vencerás*.

—Sí, exclamó de pronto, solo desautorizando á las personas más influyentes en la córte; solo divulgando las intrigas, los devaneos, las culpables ociosidades que rodean la cámara de la reina; solo poniendo en evidencia la debilidad del monarca, y aprovechando todos los motivos de disgusto de las distintas clases de la sociedad, puedo auxiliar á los revolucionarios de Francia. La division nos dará el triunfo, y si yo logro, valiéndome de la simpatía que he inspirado á Pepe-Hillo, hacerle ver de cerca todas esas intrigas, esos devaneos, esas debilidades; si yo consigo que pierdan á sus ojos el prestigio las personas que hoy aparecen como otros tantos ídolos ante él; si despierto su indignacion; si consigo que él lleve á las clases bajas de la sociedad, que le admiran y le adoran, las impresiones que reciba; si les comunica la indignacion que seguramente se apoderará de su alma, entonces, preparados los materiales, una sola chispa bastará para producir el incendio, y esa chispa la tengo yo en mi corazon.

Ese hombre ha de ser mi instrumento; ese hombre ha de auxiliarme sin saberlo, sin apercibirse siquiera de la influencia que va á ejercer en los destinos de su patria. Porque no puedo retroceder. O aparezco como un miserable delator y tengo siempre sobre mi conciencia el crímen de haber entregado al brazo secular de la justicia á mis hermanos, á mis compañeros, para poder aprovecharme de mi fortuna, ó si me aprovecho de ella separándome de su lado, renegando de mis ideas, destruyo mis compromisos; el dia ménos pensado bus-

carán y hallarán un brazo que, armado del puñal, les vengue de mi traicion y les salve de mis delaciones condenándome al sueño eterno.

VI.

Y como la proximidad en que vivia del foco de la intriga, le hacia creer en la posibilidad de conseguir su auxilio invocando la justicia del pueblo, resolvió llevar á cabo su plan, y adivinando una célebre frase que más tarde habia de servir de bandera á un partido de los mil que hay en España, exclamó:

—*Todo ó nada.*

Siento tener que dar esta noticia á los que se creen inventores de esta frase; pero consta positivamente que fué un republicano, es decir, el primer republicano de España el que la inventó, y los progresistas se la han hallado hecha.

VII.

Resuelto á jugar el todo por el todo, aprovechándose de la órden que le habia dado Godoy para continuar fingiéndose leal servidor de la Matallana, fué á verla.

—El señor duque, le dijo, ha debido por fuerza adivinar los deseos de Vd. y los mios, toda vez que ha ocultado las cartas que conservaba en su poder de la Tudó. Hé aquí el motivo por el cual no me es posible complacer á Vd.

La Matallana no ocultó su disgusto.

—Tranquilícese Vd., señora, añadió Picornel; para todo hay medio cuando viene en nuestro auxilio la imaginacion.

—Sin esa prueba, dijo doña Isabel, va á ser imposible que yo le desautorice á los ojos de la reina.

—Yo no desespero de tener ocasion de aprovechar algun descuido del señor duque, y si tal sucede, los testimonios que Vd. necesita vendrán á su poder. Pero por si esto no se realiza, he ideado un medio que puede conducirnos al mismo fin. Las empresas difíciles reclaman dos ó tres modos, cuando ménos, de llevarlas á cabo.

—¿Y Vd. ha ideado alguno?

—Uno, más fácil que el que Vd. me ha propuesto.

—Veamas cuál, si no es un secreto.

—Para Vd. no los tengo yo.

—¡Quién sabe!

—Parece que duda Vd. de mí.

—La inconstancia es la debilidad de los hombres.

—Vea Vd. lo que son las cosas; yo habia aprendido que era de las mujeres.

—No hablemos ahora de eso. Tiempo vendrá en que yo exponga mis quejas.

—¿Quejosa Vd., señora?

—Y mucho.

—¡Oh! En ese caso, permítame que no pase adelante sin escucharla. Aunque mi conciencia está tranquila, puedo haber cometido alguna falta involuntaria.

—Ya hablaremos despues, dijo con impaciencia la

Matallana, que á decir verdad estaba algo resentida de Picornel porque habia empezado á hacerle la córte, y de enamorado galan se habia convertido en cómplice, pero nada más que en cómplice de la camarista.

VIII.

Juan comunicó su idea á la Matallana.

—Aunque los fieles vasallos no podemos murmurar de nuestros reyes, le dijo, como míseros mortales no podemos ménos de oir lo que se murmura, y Vd. y yo sabemos que los que viven en palacio acusan á Godoy de ser íntimo amigo de la reina, y á la reina de hallar una de sus más predilectas distracciones en conocer las aventuras amorosas de los Guardias de Corps, y en ser muy complaciente con ellos para perdonarles hasta los desacatos, cuando se atreven á comunicárselas.

Yo no puedo creer estas cosas, añadió con maliciosa hipocresía; pero supongamos que Vd. puede hallar con su buena imaginacion, con su claro talento, algun medio de probar á Godoy que no es el único que disfruta el favor de S. M. Aunque fuera preciso inventar una comedia para obtener este resultado, seria eficaz.

—Ya lo creo, eficacísimo.

—De modo que inventándola...

—He comprendido el plan de Vd., y queda á mi cargo su realizacion.

—Segun eso...

—Ha llegado hace poco á Madrid un ilustre marino,

jóven, de bella figura, con el prestigio del valor, de la fortuna y de la gloria. Creo que será fácil demostrar á Godoy que tiene en él un poderoso rival.

—Perfectamente; si, por ejemplo, pudiera ver el duque de la Alcudia en la mano de ese ilustre marino una de las sortijas más estimadas de la reina...

—Todo eso queda á mi cargo.

—Otra idea se me ocurre, añadió Picornel.

—Veamos si es tan buena como la primera.

—Ya sabe Vd. que el señor duque no es aficionado á las corridas de toros; pero á pesar de la repugnancia que le causan, es Pepe-Hillo uno de los hombres por quien más simpatías tiene. Ese torero franco, expansivo, podria servirnos de mucho.

—¿Para qué?

—Figúrese Vd., por ejemplo, señora, que yo me tomo la libertad un dia de traerle á su cuarto de Vd.

—¿Con qué fin?

—Uno muy sencillo. Puede desear una audiencia de los reyes, y valerse de la influencia de Vd. para obtenerla.

—En efecto; pero no comprendo todavía.

—Una vez en presencia de Vd., podria Vd., como una prueba de deferencia, hacernos alguna confianza respecto de ese marino.

Yo hablaria al señor duque, le citaria en mi apoyo el testimonio de Pepe-Hillo, él le llamaria, le interrogaria quizás; despues procurariamos nosotros justificar la indignacion que experimentaria el señor duque al

oirle como el efecto de una herida de su amor propio, le revelariamos con confianza que solo á las intrigas debe su valimiento; y ese torero, á quien escucha el pueblo y á quien obedece, podria servirnos en su dia para destruir el predominio de ese hombre poderoso á quien Vd. y yo combatimos sin tregua.

IX.

La idea fué aceptada por la Matallana, y preparadas así las cosas, para no perder tiempo procuró Picornel tener una entrevista con Pepe-Hillo.

La sorpresa fué grande al no hallar en su casa ni al torero ni á su mujer.

CAPITULO XXXIX.

—

El rapto de una niña.

I.

Pepe-Hillo y María del Pópolo habian salido precipitadamente de Madrid con direccion á Sevilla.

La causa que habia motivado este viaje debia ser muy importante, toda vez que Pepe-Hillo habia tenido que valerse de su influencia con el duque de Osuna y otros personajes de la córte para destruir las intrigas que habian puesto en juego los partidarios de Pedro Romero para evitar que trabajase en la funcion cuyos productos debian destinarse al socorro de los heridos en la guerra.

Nuestro héroe se habia portado como un hombre.

Habia ido á buscar al mismo Pedro Romero y le habia dicho:

—Tú no pues querer lo que quieren tus amigos. Te están haciendo sin saberlo tú una mala partía. ¿Pues qué, Pedro Romero pué tener selos ni invidia de José Delgado? Y si tú no pides justicia como yo, si tú no ha-

ces que trabajemos en la mesma corría pa demostrar que tambien nosotros pasamos faitigas por la patria, creerá too el mundo que no has querío ponerte á mi lao en el reondel y te caluniarán. Bueno es que cáa cual haga lo que puea drento de la Plaza, pero con lealtá. Allí cáa cual trabaje pa dejar bien puesto su nombre, ¡pero afuera, tóos hermanos, chavó!

II.

Romero, que, como más adelante veremos, tenia un corazon muy noble, apareciendo algunas veces por sus debilidades para con sus amigos como envidioso tratándose de otro diestro, al oir el lenguaje de Pepe-Hillo le tendió la mano.

—Ya sabes que soy tu amigo, le dijo; tengo que hacer el bien á mis hermanos. No farta quien haiga aconsejao al Corregior que en la funcion no tomen parte más que los Romeros; pero tratándose de un camará, quiero ir contigo ahora mesmo á casa del señor Corregior, y yo te juro por la sarvacion de mi alma, que si tú quieres, no será Pedro Romero quien dé la muerte á un bicho si no tiene á su lao á Pepe-Hillo.

Los dos hablaron al Corregidor, y con gran contentamiento de todos los aficionados quedó decidido que en aquella corrida tomarian parte todos los diestros más afamados.

III.

Era aquella corrida esperada por los que acudian al circo con febril ansiedad, y hasta los mismos toreros deseaban que llegase el momento de tomar parte en aquel certámen.

Los espadas con sus cuadrillas estaban decididos á exhibir todas sus cualidades, á luchar poseidos de noble emulacion para que al verlos juntos los inteligentes pudieran ratificar sus juicios y señalar á cada cual el puesto que le correspondiera en la estimacion popular.

Todos ellos querian estrenar trajes, y María del Pópolo habia empezado á ocuparse con afan del que habia de llevar su esposo.

Hablábase en las Gradas de San Felipe con tanto interés de los acontecimientos de la guerra, como de la famosa corrida en que los célebres lidiadores debian presentarse juntos.

Asegurábase que los reyes vendrian de Aranjuez á presenciar aquel espectáculo favorito del pueblo, y los que iban á la barbería del Loro sabian ya que Pepe-Hillo brindaria el primer toro por la reina, el segundo por la duquesa de Osuna, y el tercero por su María del Pópolo.

IV.

Pepe-Hillo estaba en sus glorias.

—Ya verás, ya verás de lo que es capaz tu marío,

decia á su mujer. Hasta ese dia no ha visto naide matar toros. Yo he pedío al asentista que sean toros de génio, y toos los de mi cuadrilla están que brincan de gozo al pensar que el público va á ver á toos juntos y á juzgar á cáa cual como se meresca.

Pero á pesar de su animacion, del entusiasmo que experimentaba, destruyó su alegría por completo una carta que llegó á sus manos cuando ménos lo esperaba.

Era de su hermana, y Pepe-Hillo, que no leia muy de corrido, mandó á su hijo mayor que descifrase la epístola.

Las noticias que este leyó consternaron á sus padres.

V.

«¡Ay! Pepe-Hillo de mi alma, decia la carta, ¡ay, María de mi corazon! ¡Qué vá á ser de vosotros cuando sepais lo que he pasao! ¡Si es verdá y me está paesiendo mentira! ¡Si esto ha sio un tiro!

»Figúrate, hermanito de mi alma, y tú, mujer de mi hermanito, que me han robao á Dolores, y en toa la ciudá naide sabe su paraero.

»He removío sielo y tierra, y lo único que sé es que no ha podío salir de aquí.

»Estoy tan afligía, tan desesperá, que ni como ni duermo.

»Venid pronto á sacarme de angustias á ver si paese la niña, porque si no, voy á morirme, y no vais á poer volver á verme.»

VI.

La emocion que produjo en Pepe-Hillo y María del Pópolo la noticia, no les permitió descubrir el efecto que habia producido en su hijo.

Pepe-Hillo, desesperado, lloraba como un niño, parecia un loco.

Tan pronto balbuceaba como pedia perdon y misericordia al Todopoderoso.

—Tóo lo abandono, tóo, exclamó; vámonos á Sevilla.

—¿Y nuestros hijos?

—Quedarán con Rosario, y además yo haré que Santos venga toos los dias á verlos mientras estemos fuera. Aunque sea en una mala mula, de cualquier modo, es preciso partir mañana mesmo, porque ya sé yo lo que es esto. El condenao del padre de la chica se ha valío de malas mañas pa robárnosla; y mientras que yo viva, lo que es Dolorcillas no ha de tener más familia que la nuestra.

VII.

En medio de la consternacion que, dado el carácter de aquellas dos personas, supone el lector, hicieron todos los preparativos, y Pepe-Hillo, despues de referir á Santos, su sobresaliente y su amigo, lo que le habia pasado,

—Corre á buscar á Romero, le dijo; cuéntale mi aflicion y dile que la desgracia mia me hace dejar el campo libre. Vete en seguía á ver al señor Corregior, y endírgale el mesmo cantar. Y ya lo sabes; dende mañana quiero que toos los dias vengas por aquí un par de veces lo ménos á cuidar de mis probesitos hijos que se quean al cuidiao de Rosario.

—Váyase Vd. escuidiao, maestro, dijo Santos, que estando yo aquí, será lo mesmo que si Vd. y la señá María estuvieran.

María del Pópolo hizo á Rosario algunos encargos, y á última hora resolvió llevarse al chico más pequeño.

Quedaron, pues, los dos hermanos con una criada, y sus padres partieron en una galera.

VIII.

Antes fué Pepe-Hillo á ver al duque de Osuna, y le pidió su proteccion para salir adelante en su empresa.

El duque, que le estimaba en extremo, dió pasos en su favor, y aquel mismo dia corrieron órdenes á Sevilla para que por todos los alcaldes y autoridades se hiciesen las pesquisas necesarias á fin de descubrir el paradero de la hija adoptiva de Pepe-Hillo.

Por efecto de su precipitada marcha, no pudieron ni Pepe-Hillo ni su mujer sorprender la tristeza que se habia apoderado del ánimo de su hijo mayor.

Y sin embargo, este habia cambiado por completo desde que su padre le habia mandado descifrar los ren-

glones que un memorialista habia escrito por órden de su hermana.

La causa de aquella pesadumbre, fácilmente se adivina. Se habia criado con Dolores.

Una y otro se habian querido con extremo, como hermanos.

Al separarse habia comprendido que el afecto que profesaba á la jóven era algo más que fraternal.

Nacido y criado en Andalucía, se habia adelantado á sus años y amaba con vehemencia á la que habia sido compañera de la infancia.

Enterado de que era una pobre huérfana, habia acariciado la idea de llegar algun dia á estar en posicion de ofrecerle con su amor el bienestar, y no vivia más que para realizar sus deseos.

Si, en efecto, habia parecido el padre de aquella niña; si la habia arrebatado acaso para siempre del lado de su familia adoptiva; si tenia que renunciar á la esperanza de amarla, de recibir algun dia la bendicion nupcial, aquello en su edad, con su temperamento, con el carácter impetuoso que tenia el jóven, era una herida de muerte para su alma.

IX.

En vano le preguntaba Rosario la causa de su tristeza.

Nadie podia averiguarla, y él por su parte se esforzaba en ocultarla á todo el mundo.

Santos, el íntimo amigo y protegido de su padre, le interrogaba tambien, y sus respuestas eran evasivas.

—Siento la pena de mis padres, decia; me duele la pesadumbre que les ha causado la desaparicion de Dolores.

Y no habia quien le sacase más.

La dificultad de las comunicaciones hacia que no esperase tan pronto noticias de sus padres.

Pero á pesar de todo habia tomado una resolucion.

—Si Dolores no vuelve al seno de nuestra familia, se dijo, yo iré á buscar la muerte en la guerra contra Francia.

Y considerando esta idea como una esperanza, recibiendo al afirmarse más y más en ella el único consuelo que podia esperar, se encerró en un estudiado silencio.

X.

Tres dias hacia que habian partido Pepe-Hillo y su esposa, cuando se presentó Picornel en su casa decidido á llevarle á palacio y enterarle de las intrigas, supuestas ó verdaderas, que con arreglo á sus planes debian irritar al hijo del pueblo contra la aristocracia y contra los reyes, indignacion que habia de ser un poderoso auxiliar de sus propósitos.

CAPÍTULO XL.

—

Entre la espada y la pared.

I.

Desesperado al ver que tenia que aplazar sus intentos, fué al encuentro de Lax.

—Ha llegado el momento decisivo, le dijo; la desesperacion se ha apoderado de mi alma al ver que cuantos pasos he dado hasta ahora no han sido más que lazos, trabas que me he tendido á mí mismo. Es preciso jugar el todo por el todo y cortar el nudo que ya no puedo desatar.

—¿Qué es lo que deseo?

—Mis esperanzas de atraer al duque de la Alcudia á nuestras ideas, han sido defraudadas. Para explorar su ánimo he tenido necesidad de hacerle confianzas importantes. Hoy sabe que estoy en relaciones con los revolucionarios de Francia; sabe que tengo cómplices, aunque ignora quiénes son, y de un momento á otro, llevándose á cabo la guerra con el entusiasmo de que nos traen noticias los partes del ejército, me exigirá que venda á mis amigos, y esto no puedo hacerlo.

—¿Pero estás seguro de que si le ofrecemos el triunfo lo rechazará?

—Segurísimo.

—¡Qué hombre de Estado! exclamó Lax. De la misma manera piensa el conde de Aranda, y eso que al cabo de sus años y con la hoja de servicios más brillante de cuantas pueda haber en España, vive poco ménos que prisionero sin poder vivir en la córte. ¡Ah! ¡cómo se conoce que se han criado y han vivido bajo la más odiosa de las tiranías! De lo contrario, sentirian en su pecho el sentimiento de la venganza; no habria peligro que no arrostrasen por distraer á sus enemigos, y fascinados ante la gloria de poder llegar desde el último puesto, desde una de las últimas clases de la sociedad á ser el jefe del Estado, no habria sacrificio que no arrostraran para conseguir este triunfo.

—Es preciso renunciar para siempre al concurso de ese hombre.

—¿Y qué hacer entonces?

—Tomar una resolucion extrema.

—Tú has pensado...

—Yo, sí, lo tenia todo arreglado para haber conseguido que Pepe-Hillo, que es un hombre cuyo ascendiente en el pueblo no tiene límites, nos hubiera ayudado.

—Es una idea excelente.

—Pero inútil.

—¿Por qué?

—Ese hombre no está en Madrid.

—¿Cómo que no, si uno de estos dias debe lidiar en una corrida extraordinaria que va á verificarse, destinando sus productos á los heridos de la guerra?

—Una desgracia de que ha sido víctima le ha obligado á partir precipitadamente á Sevilla.

—El *Diario* no lo ha anunciado.

—Pero lo anunciará.

—¿Por qué no buscamos á su rival, á Pedro Romero?

—Es inútil; ese hombre no tiene tanta influencia como Pepe-Hillo en las clases bajas. Es orgulloso, altivo; no quiere alternar nunca más que con los señorones, en tanto que Pepe-Hillo y su esposa reciben y agasajan á los pobres, hacen contínuamente limosnas y no se desdeñan de visitar las humildes buhardillas de los pobres para ofrecerles consuelo. Pepe-Hillo era nuestro hombre, y no estando aquí, y no pudiendo aplazar más tiempo una resolucion extrema, es necesario seguir otro rumbo. Tenemos dinero, ¿no es cierto?

—Si tú conservas la parte que te tocó cuando se hizo el reparto, yo conservo la mia; pero temo que nuestros compañeros no se encuentren en el mismo caso.

—La cosa es muy sencilla. Poco dinero basta si conseguimos realizar una idea que me persigue desde hace un instante.

—Explícate.

—Es necesario que nos desenmascaremos. Es necesario que todos esos grupos que hemos formado de cinco en cinco constituyan uno solo; que cada cual cite á

los de su grupo para una reunion en la sala de las conferencias. Esta reunion ha de verificarse lo más tarde dentro de cuatro dias. Para entonces es muy fácil que pueda yo obtener algunos documentos, por medio de los cuales probaremos á los representantes de los gremios que la córte es un semillero de intrigas; que mientras trabajan los jornaleros y luchan los soldados, una camarilla indigna rodea á los reyes y halaga sus pasiones. Yo les explicaré las ideas que dominan en Francia; yo les animaré á fraternizar con los revolucionarios de allende el Pirineo, y no habiendo tropas, como no las hay, porque casi todos los soldados están en la guerra, con doce ó veinte hombres de corazon, capitaneados por mí, iremos á Aranjuez, nos apoderaremos de los reyes, les ocultaremos de las miradas de todo el mundo, les exigiremos que renuncien á la corona, y declarando vacante el trono proclamaremos la república; haremos que nuestros soldados fraternicen con los que hoy son sus enemigos, y, una de dos, ó perecemos en la demanda, y poco debe importarnos la muerte, ó triunfamos y nuestras esperanzas se verán realizadas.

—¿Estás decidido?

—Sí.

—El riesgo es grande.

—Lo prefiero á la angustia de mi alma.

—Perfectamente; busca tú esos documentos. Dentro de cuatro dias hallarás reunidos en la sala de las conferencias á todos nuestros cómplices.

II.

Juan Picornel abandonó á su amigo, fué á su casa de la calle de los Caños Viejos, y encargó á Sinforoso que, en cuanto llegase doña Emerenciana, se dirigiese al palacio de Godoy.

Por más que queria, no podia desechar de su imaginacion el recuerdo de Cármen, y tener noticias suyas, saber que aceptaba los sacrificios que estaba resuelto á hacer por ella, saber que correspondia á aquel tardío pero vehemente afecto que se habia despertado en su alma, era su mayor deseo.

De allí se encaminó á palacio, y buscó de nuevo á la camarista.

Al manifestarle el contratiempo que habia experimentado no hallando en Madrid á Pepe-Hillo, le excitó á que le proporcionase cuanto antes algunos documentos, alguna prueba para alarmar á Godoy y obtener por tabla el resultado que los dos, engañándose mútuamente, apetecian.

CAPITULO XLI.

—

Solapa de la tia Solapa.

I.

Sinforoso, que, como ha visto el lector, era un hombre muy servicial, conociendo que su amo tenia verdadero interés en ver á doña Emerenciana,

—Puede ser que haya vuelto de su viaje, se dijo, y si lo ha verificado habrá ido á parar á casa de esa bruja que es nuestra vecina.

Y sin pensar las consecuencias que podria acarrearle una determinacion poco meditada, se fué á ver á la tia Solapa.

La vieja, que le conocia, celebró la ocasion de conversar con él, y desplegó toda su habilidad para conseguir el deseo que le inspiró aquella inesperada visita.

—¡Cuánto celebro, vecino, ver á Vd. por aquí! le dijo.

—Tantas gracias, buena señora; pero el objeto que aquí me trae no es otro que saber si ha vuelto de su viaje doña Emerenciana.

—Aun no, pero la espero muy pronto. Tal vez hoy; mañana á más tardar.

—En ese caso, despues de dar á Vd. las gracias, me retiro.

—¡No faltaba otra cosa! Tome Vd. asiento. Aunque me ve Vd. tan pobre no me faltan protectores, y un mercader de la calle de los Preciados me ha regalado hace pocos dias un vinillo de Málaga capaz de resucitar á un muerto. Quiero que lo pruebe Vd., vecino.

—Mil gracias, señora; pero no lo gasto.

—Vamos, que no se negará Vd. á echar un trago á la salud de su amo.

—Tratándose de la salud de mi amo, soy yo capaz de cometer cualquier atrocidad.

II.

La tia Solapa sacó de debajo de un cofre, sostenido por unos banquillos de madera, una botella que estaba cubierta de telas de araña, y en una taza de Talavera echó una buena cantidad del líquido de la botella.

Sinforoso tomó un sorbo.

—Excelente vino, exclamó; ¡cómo calienta el estómago!

—Le voy á dar á Vd. unos bizcochitos que me han regalado las monjas trinitarias. Las voy á ver alguna que otra vez, y me socorren siempre.

III.

Dos ó tres veces llenó la tia Solapa la taza que habia dado á Sinforoso, y tan alegre se puso el bueno del criado, que hasta llegó á abrazar á la bruja.

—Ahora, le dijo esta al verle alegre, hablaremos un rato. Ese vinillo es muy parlanchin, y ¡qué diablo! entre vecinos nada tiene de extraño que haya un rato de palique.

—Dice Vd. bien, madre.... ¿Pero cómo diablos se llama Vd., que no quiero nombrarla con el apodo con que la conocen en todo el barrio?

—Hace Vd. bien en no querer parecerse á esas personas que me maltratan porque me ven vieja y achacosa. Si ellas supieran á quién insultan... Mi nombre es Baltasara de Hinojosa, y mi familia una de las más principales de Fregenal de la Sierra. Yo estuve casada con un caballerizo del rey nuestro señor D. Fernando VI, que Dios guarde... ¡Aquellos sí que eran buenos tiempos! ¡Vaya un rey! Y todo eran funciones y conciertos en palacio. Mi esposo, que esté en gloria, andaba hecho un zarandillo de casa del diamantista Luque á palacio, de palacio á casa de las cómicas á llevarles regalos de SS. MM. Y bien que les agasajaban entonces. Pero todo lo bueno acaba. Su falta de mundo con la gente de teatro hizo que me lo encalabrinase una bailarina. Se fué con ella y me dejó á la cuarta pregunta. Despues sé que se murió en Italia y yo vine á ménos, y si no

fuera por una pensioncita que me pagan los reyes por haber pertenecido á la real casa, me moriria de hambre.

—Pues dicen malas lenguas en el barrio que tiene Vd. muy bien cubierto el riñon.

—Habladurías.

—Vamos, que la que gasta ese vinillo que acaba Vd. de darme...

—¡Ay! hermano; ese vinillo y algunas otras golosinas las debo á la caridad de las monjas. Pero no hablemos de eso. Vamos á ver, picaronazo, ¿para qué quiere Vd. á doña Emerenciana?

—Toma, para saber si ha hecho el viaje con toda felicidad.

—¿Nada más que para eso?

—Qué, ¿cree Vd. que estoy enamorado de ella?

—De ménos nos hizo Dios, y aunque está entrada en años... y si no, ¿vendria Vd. á buscarla?

—¿Y quién le dice á Vd., señora Baltasara, que vengo por mi cuenta?

—Hola, hola, ¿esas tenemos? ¿Le envia á Vd. algun otro prójimo?

—Bien puede ser.

—No quiero hacerme la ignorante con Vd. Sé todo lo que pasa.

—¿Qué sabe Vd., señora?

—Como una es vieja, las caza al vuelo. Y yo, no porque me lo haya dicho la buena de doña Emerenciana, que es reservada como un pozo, pero con la práctica que una tiene de las cosas del mundo, la verdad,

apenas he sabido que ha servido de aya á una mocita de las más guapas de Madrid y que su amo de Vd. tenia tratos con ella, he dicho: tate, amoríos tenemos.

—No lo crea Vd., señora; mi amo es incapaz de enamorarse.

—Pues es jóven y bien parecido.

—No importa; desde que le conozco, y ya hace tiempo, jamás le he visto fijar los ojos en una mujer.

—Razon de más para que le atrape una cualquiera.

—Le digo á Vd. que no.

IV.

La tia Solapa queria llevar á Sinforoso á otro terreno y no insistió.

—Pues mire Vd., vecino, dijo cambiando de tono, casi me atrevo á creer que está Vd. en lo cierto. Corren unos rumores en el barrio respecto de D. Juan...

—¿De mi amo?

—Sí señor, del mismo.

—¿Y qué es lo que dicen?

—Los que mejor hablan de él aseguran que tiene hecho pacto con el diablo.

—¡En nombre del padre y del hijo! exclamó Sinforoso santiguándose.

—Más de cuatro veces, añadió la tia Solapa, han estado en mi casa individuos del Santo Oficio á pedirme informes.

—¿Eso más?

—¡Vaya! Pues qué, ¿pensaba Vd. que los señores del Tribunal Supremo de la Fé se duermen en las pajas? Nada de eso. Su mision es velar para que todo el mundo cumpla los deberes religiosos, para que la mala doctrina no se esparza, y se vale de todos los medios. Ya se vé, como su amo de Vd. se vino á vivir á esa pobre casucha y luego despues desapareció unos dias, dejó á Vd. en su habitacion y volvió algunos dias despues, supusieron los vecinos que no dormia en su casa. Se descubrió más tarde que tenia un empleo en el palacio del duque de la Alcudia, se despertaron sospechas, y... Pero ¿yo hablar mal y mucho ménos de un vecino? ¡Dios me libre! ¡Bonito génio tengo yo para eso! Lo primero que dije á los familiares fué que todo el dia me estaba metidita en mi concha rezando mis oraciones y cuidando mi casa, que no me asomaba nunca á la reja, que no hablaba con nadie, y que, por último, cuando salia á la calle para ir á misa, ó á las novenas, ó á visitar á las monjas que me quieren tanto, tenia la costumbre de no mirar siquiera á los que pasaban á mi lado. Pero aunque dije todas estas cosas para evitarle un disgusto, la verdad es, Sr. Sinforoso, que á mí nadie me lo quita de la cabeza: su amo de Vd. anda en malos pasos.

—¡Calle Vd., señora, si es de lo más bueno que come pan!

—Le engaña á Vd.

—Pondria las manos en el fuego por él.

—¿Quiere Vd. apostarse cualquier cosa á que si yo me

empeño le sorprendo haciendo algo que no convenga que se sepa?

V.

Sinforoso pensó que la bruja habia sospechado algo, y atribuyendo su sospecha á lo de la fabricacion de moneda de que le habia hablado su amo, se esforzó en disuadir á la tia Solapa, asegurándole que estaba equivocada.

Pero aquella pícara bruja, que desde su escondrijo sabia más que Lepe,

—Bueno, añadió; si yo supiera que habia Vd. de creerme, y sobre todo que si no me creia habia Vd. de ocultar á todo el mundo lo que le revelase, habia de contarle cosas muy buenas.

Picada la curiosidad de Sinforoso,

—Hable Vd., que yo ofrezco ser callado.

—No me basta la oferta.

—¿Quiere Vd. que haga un juramento?

—Me parece Vd. algo marrullero, pero no importa. ¿A Vd. le gustan las peluconas?

—¡Qué cosas tiene Vd.! Como á todo el mundo.

—Pues otro traguito á la salud del buen rey D. Cárlos III, que es el que más peluconas ha fabricado con el oro de Indias.

—¡A su salud! exclamó Sinforoso empinando otra vez la taza.

VI.

Con este nuevo trago se acabó de embriagar.

—Vamos á ver, eche Vd. por esa boca, dijo á la tia Solapa. ¿Qué sabe Vd. de mi amo?

—Tonton, dijo la vieja; si no se trata de su amo de Vd. Yo lo que queria era tener alguna confianza con Vd. para hablarle de otra cosa que le interesa más.

—Pues ande Vd., remonona, exclamó el criado animado por el vinillo.

—Si Vd. tuviera vocacion de casado, le habia yo de proporcionar una novia...

—¿Guapa?

—Como un serafin.

—¿Y rica?

—Como que es nada ménos que la hija de un intendente de Indias. Pero la pobrecita, acá para entre nosotros, ha sido engañada. Un pisaverde la hizo la córte, la sacó de su casa, y ya sabemos lo que es la inocencia: el pajarito cayó en la red. El tuno del seductor se llamó á *andana*, y sus padres, que son unas personas muy honradas, lo que desean es casarla con alguna persona honrada tambien, de buenas costumbres, pero que no teniendo buena posicion desee alcanzarla haciendo el sacrificio de aceptar como suyo lo que venga. Yo he pensado en Vd., y por eso me he alegrado tanto al verle venir, porque, desengáñese Vd., pierde Vd. el tiempo al lado de D. Juan. El dia ménos pensado descubre el

señor duque la clase de pájaro que es, le planta de patitas en la calle, y Vd. queda lo comido por lo servido.

—¡Cá! no lo crea Vd. Mi amo tiene unos proyectos... El dia ménos pensado me va á hacer rico.

—Tanto mejor. Con eso si se casa Vd. con esa muchacha, que llevará un buen dote, si Vd. tiene otro tanto, vivirá hecho un príncipe.

—Pero ¿podria yo ver á esa jóven?

—Si tiene Vd. empeño...

—Claro; ¿ó exigen al que se case con ella que no la vea hasta despues de pasar por la Iglesia?

—Eso no; yo la traeré á esta casa, Vd. la verá y resolverá, porque yo le estimo á Vd. demasiado, y no querria labrar su desgracia.

Si le hago esta proposicion, es por su bien.

—Corriente; pues avíseme Vd. cuando venga, y tambien cuando regrese de su viaje doña Emerenciana; necesito saberlo. Mi amo quiere hablar con ella.

VII.

La conversacion de la tia Solapa y Sinforoso se prolongó algo más, pero cuanto hablaron carece de interés para mi relato.

Al anochecer, despues de haber pasado largo tiempo, salió de allí tambaleándose, y fué á dar con sus huesos en el portal de su casa, donde pasó la noche durmiendo la mona.

CAPITULO XLII.

—

Un pasito más de la vieja.

I.

Los lectores han comprendido desde luego que el plan de la tia Solapa no era otro que alucinar á Sinforoso para ganar su confianza y poder servir á Mariano, que se habia propuesto medrar á costa de su amigo.

Mariano habia sido el que en la fonda del *Grifon de Oro* habia escuchado la conversacion de Andrés, de Cortés y de Garasa.

El habia sido el autor de todos los anónimos que habia recibido el duque de la Alcudia; él era quien no dejaba á sol ni á sombra á su antiguo compañero, no solo por el deseo de hacer fortuna, sino al mismo tiempo por vengarse de la falta de sinceridad que para él habia tenido Juan.

Puesto de acuerdo con la tia Solapa, y habiéndole ofrecido, si llegaba á descubrir las intrigas en que se ocupaba Picornel, una crecida cantidad, la vieja no tenia más deseo que conquistar á Sinforoso para que este

la revelase todas las interioridades de la vida de su amo.

No habia tal jóven que tuviera necesidad de casarse para recuperar la honra perdida; pero le era sumamente fácil llevar á su casa alguna muchacha de buen palmito y vestirla de tal manera que apareciese á los ojos de Sinforoso como la futura que le destinaba.

II.

Meditando estaba, al dia siguiente de su entrevista con el criado de Picornel, á quién buscaria para desempeñar aquel papel en la comedia que proyectaba, cuando oyó llamar á la puerta de su casa.

Fué á abrir, y se encontró á la buena de doña Emerenciana, que iba acompañada de otra mujer, cuyas facciones no podia descubrir porque iba rebozada en un velo.

—¡Ay! exclamó la antigua amiga de Cármen; aun no se me ha quitado el susto del cuerpo. Déme Vd. un vaso de agua con vinagre. Vengo muerta.

—¿Qué les ha pasado á Vds.? preguntó la tia Solapa.

—Ha estado en un tris que nos descubrieran.

—Pero ¿quién?

—Déjeme Vd. respirar; estoy temblando; va á darme un ataque de histérico. ¡Oh! lo que es jaqueca nadie me la quita. Las emociones van á acabar conmigo. Pero me ocupo de mí y no hago caso de Vd., mi pobre seño-

rita, añadió; respire Vd. tranquila. Aquí estamos en una casa de confianza. Esta buena señora nos ocultará hasta que sea preciso, hasta que yo hable con D. Juan, que en cuanto yo hable con él cumplirá como un caballero, nos sacará de penas, y con el favor que tiene con el señor duque de la Alcudia... Ya verá Vd.; ya verá Vd. cómo su padre tiene que venir á darle las gracias.

III.

Cármen, que Cármen era la encubierta, se dejó caer sobre una silla, levantó el velo, y la tia Solapa miró con fruicion la hermosura de la jóven.

La suerte acudió en su auxilio, deparándole lo que buscaba.

—Esta señorita, preguntó, es...

—A Vd. no hay para qué ocultárselo: es doña Cármen. Habia ido por órden de su padre al convento de Pinto, pero habia ido á regañadientes, contra su voluntad: ¿cómo una jóven criada para el mundo puede vivir contenta encerrada en el cláustro, y más teniendo un porvenir brillante como tenia? Porque hay un caballero, ya sabe Vd., D. Juan, que está prendado de ella; mi señorita le corresponde, y aquí lo que procede es que, valiéndose de las influencias que tiene D. Juan, los casen de secreto, avisen á D. Torcuato lo que pasa, los perdone, los bendiga, y *laus Deo*.

—Mucho me alegro que me cuente Vd. todo eso, porque ha de saber Vd., dijo la tia Solapa, que ayer

mismo ha estado aquí un caballero que, á juzgar por los términos en que se expresaba, debia ser el padre de esta señorita.

Venia furioso y preguntaba por Vd.

—¿Quién diablos le habrá dicho que vive Vd. aquí?

—Todo se sabe.

—Pues entonces no estamos seguras. Será preciso buscar otro alojamiento. En cuanto las madres sepan que Vd. se ha escapado del convento darán aviso á su señor padre, y el Santo Oficio se encargará de buscar el paradero, y Vd. y yo somos perdidas: no hay rincon que no conozca.

—Tranquilícese Vd., doña Emerenciana, todo está previsto. Ese caballero no volverá aquí, porque yo le he dicho que se habia Vd. ido á su tierra. Vd. lo que debe hacer, añadió, es ir inmediatamente á buscar á D. Juan. Ya sabe Vd. que puede hallarle en casa del señor duque de la Alcudia.

Yo quedaré cuidando á esta señorita; prepara usted lo que haya que hacer, y con eso cuando descubra el enredo ya no tiene remedio.

—Tiene Vd. mucha razon; voy á ponerme la basquiña y me marcho. No sé si podré resistir este agetreo; figúrese Vd. que hemos venido en una calesa. Cuando no he echado los bofes...

IV.

La tia Solapa animó á doña Emerenciana, esta partió, y la bruja, quedándose con Cármen,

—Por si corriera Vd. peligro voy á llamar á un vecino de toda mi confianza, y en un caso apurado con doña Emerenciana podrá Vd. refugiarse en su casa; pero es preciso que ignore quién es Vd.

—Sí señora; eso me parece muy bien. He cometido una locura, estoy arrepentida; pero ya no puedo retroceder. Solo pido á Dios que se apiade de mí. Estoy muy agradecida á las bondades de Vd.

—Pues nada; le diremos que ha tenido Vd. una desgracia, que su padre de Vd. desea repararla á toda costa, y que al efecto se propone casarla á Vd. con un hombre honrado. En fin, cuando ese señor venga, diga Vd. á todo amen, que yo sabré salir del paso.

V.

Cármen se resignó á cumplir los deseos de la tia Solapa.

Esta, apoyada en su baston de muleta, fué á casa de Sinforoso, y le dijo:

—Venga Vd. en seguida, y conocerá Vd. á la jóven que le reservo para esposa; pero no se dé Vd. por entendido con ella. La pobre sufre mucho y no hace más que llorar.

Sinforoso, á quien halagaba la idea de poderse enlazar con la hija de un intendente, y por añadidura indiano, habia apurado á sus solas toda la filosofía para

pasar por la desventura que, segun la tia Solapa, habia sufrido su prometida, se acicaló del mejor modo que pudo y se trasladó á casa de su vecina.

Esta, aprovechándose del *quid pro quo* que habia preparado, logró que Sinforoso se prendase de Cármen.

Sabiendo como sabia que su amo estaba enamorado de aquella jóven, se propuso revelar á Sinforoso que él habia sido su seductor, y malquistándole con Juan lograba, si conseguia su objeto, que le revelase todos los secretos de su amo.

A pesar de sus años y de sus achaques, no hilaba mal sus planes la tia Solapa.

VI.

Despues de una entrevista que la bruja procuró que fuese muy corta para que no les sorprendiese allí doña Emerenciana, se despidió Sinforoso, comiéndose con los ojos á la que pensaba que, andando el tiempo, seria su costilla.

Poco despues llegó doña Emerenciana desesperada por no haber podido ver á Picornel.

Este, segun le habia dicho en casa de Godoy, habia partido precipitadamente para Aranjuez.

La tia Solapa volvió á ver á Sinforoso, y por él supo que su amo le habia enviado un recado, diciéndole que

tenia que marcharse sin despedirse; pero que dos dias despues llegaria y para entonces necesitaba que su amigo Lax reuniese á sus compañeros.

Sinforoso debia dar este recado al cómplice de Juan.

Como verá el lector en el capítulo siguiente, la tia Solapa sacó mucho provecho de esta visita.

CAPITULO XLIII.

—

El principio del fin.

I.

—Mire Vd., vecino, dijo la tia Solapa á Sinforoso; despues de lo que hemos hablado y hallándonos en tan buenas relaciones como estamos, es un cargo de conciencia para mí no abrir sus ojos para que vea el abismo en donde se halla. Vd. no conoce á su amo.

—¿Cómo que no le conozco?

—Si le conociera Vd., siendo tan buen cristiano como es no estaria á su lado.

—¿Pues qué, mi amo no es cristiano tambien?

—Es un hereje de los más perversos.

—¿De dónde saca Vd. eso, buena señora?

—Tengo motivos para hablar de este modo.

—Pues qué, ¿no sabe Vd. que oye misa todos los dias; que mientras ha vivido constantemente en esta casa no ha faltado una sola noche al rosario de San Andrés; que ha cumplido siempre con la Iglesia como es debido?

—¡Hipocresía, pura hipocresía! Lo que yo puedo y debo decir á Vd. para su gobierno, es que la Santa Inquisicion tiene noticia de sus ideas más recónditas y le vigila á todas horas. El dia ménos pensado cae sobre él, y cuando se sepa que Vd. ha sido su criado, su cómplice, ¡Dios sabe si le tocará á Vd. tambien algun chamusconcillo!

—Pero ¿está Vd. segura de lo que dice? preguntó Sinforoso un poco amedrentado con las últimas palabras de la vieja.

—Dejémonos de circunloquios y hablemos como es debido. ¿Cree Vd. que puede ser cristiano el seductor de una pobre muchacha? Pues bien; ha de saber Vd. que la jóven á quien ha visto y con quien yo pretendo que se case ha sido deshonrada por él.

II.

Esta noticia indignó á Sinforoso.

—¿Lo dice Vd. de veras? preguntó.

—Vaya Vd. á mi casa, pregúntela Vd. por D. Juan y verá Vd. cómo se entusiasma á pesar de todos los perjuicios que le ha causado; está loca por él todavía.

—¿Quiere Vd. dármela por esposa?

—Naturalmente. A ver si de ese modo se cura su enfermedad. Pero eso seria lo de ménos, mi buen Sinforoso. Vd. sabe mejor que yo que hace otras cosas su

amo que no están muy bien hechas. Todo cuanto le haya dicho á Vd., no ha sido más que para engañarle. Yo lo que sé, y esto se lo confío á Vd. con la mayor reserva, es que el Santo Oficio tiene muchos espías en esta calle, que pasa Vd. por cómplice de su amo y que el dia ménos pensado lo emparedan á Vd.

—¡San Juan Crisóstomo me valga! exclamó Sinforoso muy compungido.

—Yo se lo advierto á Vd., porque le estimo; porque, francamente, pudiendo Vd. hacer su suerte, no tiene gracia que muera Vd. comido de ratones entre cuatro paredes.

—¡Ya lo creo que no tiene gracia! Maldita la que me haria.

—Pues bien, añadió la tia Solapa aprovechando el susto de su interlocutor; yo puedo librarle á Vd. de las persecuciones del Santo Oficio; y lo que es más, proporcionarle al mismo tiempo que ese casamiento de que ya hemos hablado, una buena remuneracion si Vd. la gana.

—Y ¿qué tengo que hacer para ello? dijo Sinforoso.

—Una cosa muy sencilla. En primer lugar, renunciar á servir á un amo de tan malas condiciones. De todos modos, si se une Vd. con esa jóven no podrá continuar á su servicio.

—Eso es verdad.

—Además, para demostrar á los agentes del Santo Oficio que no es Vd. cómplice de su amo, tiene Vd. que ir á hacer una declaracion secreta de todo cuanto sepa

para que le absuelvan, porque de lo contrario, cuando caiga su amo de Vd. en poder del Tribunal tendrá usted que seguir su suerte.

—¿Sabe Vd. que me pone en cuidado?

—Si no fuera por el cariño que le tengo á Vd...

—Pero, y Vd., buena señora, ¿cómo es que tiene mano con el Santo Oficio?

—Respetando sus leyes, le presto todos cuantos servicios puedo, y creo cumplir con un deber.

—Pues nada, nada, me decido. Así como así, no sé por qué me figuro que le ha de durar poco tiempo á mi amo la breva que ha cogido...

—¿De modo que está Vd. dispuesto á declarar?

—Estoy dispuesto á demostrar que soy completamente ajeno á todo lo que pueda suceder. Solo una cosa me hace cosquillas.

—¿Cuál?

—Eso de ir yo á buscar á los agentes...

—¿Tiene Vd. miedo?

—Miedo, no; pero... la verdad, me inspiran mucho respeto todos los que pertenecen, de cualquier modo que sea, al Santo Oficio.

—Pues la cosa es muy sencilla. Haga Vd. su declaracion por mi conducto, ó lo que es lo mismo, cuénteme Vd. á mí todo cuanto sepa de su amo, y en sabiéndolo yo, podré hacer la declaracion en nombre de Vd.

—Yo no creo, dijo Sinforoso despues de meditar algunos momentos, que tengan nada que ver con el Santo Oficio los trabajos y los propósitos de mi amo.

Si fuera con los alcaldes de Casa y Córte, ya era otra cosa, porque si algun pecado tiene que yo sepa, es, acá para entre los dos, mi buena doña Baltasara, es el de haberse propuesto llegar á rico por medio de la fabricacion de moneda falsa.

—¿Está Vd. seguro de lo que dice?

—Segurísimo.

—¿Cómo puede Vd. probármelo?

—Eso es difícil, porque mi amo, cuando trata de esos asuntos, no me deja estar presente.

—¿Tiene cómplices, no es verdad?

—Su amigo Lax, ese que vive en la calle de Segovia.

—Pero dígame Vd: ¿en qué consiste que muchas veces entra D. Juan por esta calle y sale por la otra?

—Lo que me exige Vd. es la revelacion de un secreto...

—Es necesario cantar de plano.

—Pues bien, echaré la casa por la ventana. Venga Vd. conmigo, dijo á la tia Solapa.

III.

Bajaron la empinada escalera, y al llegar al tramo donde estaba la puerta que comunicaba con la sala de las conferencias, abriéndola, la dijo:

—Por aquí entra mi amo, y llega sin que nadie le

vea á las habitaciones de su amigo. Sin ir más lejos, pasado mañana cuando regrese de Aranjuez tendrá una junta, y pasará por aquí como acostumbra.

—Pues bien; es necesario que ese dia, para que se convenza el Santo Oficio de que no es Vd. cómplice de su amo, consienta Vd. cuando ya esté con sus amigos el Sr. D. Juan, que entren por esta puerta las personas que al llamar le digan á Vd. cuando salga á abrir:

Luz y Marizápalos.

Esas personas se enterarán de lo que suceda, y si no se trata de cosas de herejía, no se meterán con su amo de Vd., ni con nadie.

Pero si no es así, Vd. quedará libre, y los demás irán á donde no les dé el sol, razon por la cual podrá usted vivir tranquilo y entregarse á las dulzuras de la nueva vida que le espera.

—Pues nada, nada, no hablemos más del asunto. Con tal de salvar el pellejo y de mejorar de fortuna, haré todo lo que Vd. me diga.

IV.

La tia Solapa iba á marcharse.

—¡Ah! exclamó de pronto. Mucho cuidado con que se entere nadie de lo que hemos hablado, porque ya sabe Vd. que, aunque soy una pobre vieja, tengo quien me defienda y quien ejecute mis órdenes; y la verdad es que si por debilitado ó por malicia llegara á traducirse nuestro plan, no seria Vd. quien mejor lo pasase.

—Vaya Vd. descuidada, que por la cuenta que me tiene, no diré á nadie esta boca es mia.

La tia Solapa se separó de Sinforoso, y en vez de ir á su casa, se dirigió á la de Mariano, al cual informó de todo lo que habia adelantado en sus proyectos, encargándole que hiciera los preparativos necesarios para coger en la ratonera á Picornel y sus compañeros.

CAPITULO XLIV.

—

El todo por el todo.

I.

Cármen estaba arrepentida de la determinacion violenta que habia tomado, más que por voluntad propia por las instigaciones de doña Emerenciana.

Pero comprendia que antes de soportar el rigor de sus padres necesitaba saber si Juan Picornel estaba decidido, como le habia asegurado su aya, á hacer por ella todo género de sacrificios.

En honor de la verdad, doña Emerenciana habia exagerado un poco.

—D. Juan, habia dicho á Cármen, está loco de amor por Vd., señorita, y como yo sé que Vd. le corresponde, quiero contribuir á su felicidad.

Ya se ve, aquella niña, criada en el recogimiento, víctima de la severidad paternal, pero no de una severidad ilustrada, sino rutinaria; agitada por los efectos que la conversacion de su aya habian despertado en su corazon, creyó enamorarse de Sir Guillermo, y, nove-

lesca por naturaleza, se enamoró de verdad de Juan Picornel cuando le vió bajo el prisma de su salvador.

En aquellos tiempos de verdadero respeto y temor á la justicia, no solo social sino moral, Cármen no podia estar tranquila, y anhelaba por instantes que regresase de Aranjuez el hombre por quien tan grandes sacrificios acababa de hacer, para salir de la angustiosa situacion en que se hallaba.

II.

La tia Solapa, por su parte, no veia con buenos ojos en su casa ni á Cármen ni á doña Emerenciana, porque una y otra estaban en favor de D. Juan, y lo que más la convenia era verse completamente libre para colocar en su casa á los espías y preparar el golpe de manera que no pudieran escaparse los que habia destinado á ser víctimas de su codicia.

Así, pues, pretextó que habia recibido aviso de que de un momento á otro debia llegar con la justicia don Torcuato, y apresuradamente salieron de su casa doña Emerenciana y Cármen, hospedándose en la posada del Huevo Duro, que estaba en la calle de Segovia, posada en la que se presentaron como recien llegadas á Madrid, y como tia y sobrina, que venian á la córte á negociar unos vales que habian obtenido por herencia; pero la buena de doña Emerenciana tuvo cuidado de buscar á Toribio, el ayuda de cámara del duque de la Alcudia, darle las señas de su nueva casa y rogarle que

en cuanto llegase de Aranjuez Picornel le trasmitiese aquellas noticias, encareciéndole la necesidad que tenia de verle en su alojamiento.

III.

Toribio aprovechó la salida de un correo de gabinete para el Real Sitio, y anticipó á Juan Picornel las noticias de doña Emerenciana.

Al saber que se hallaba en Madrid Cármen, apresuró su regreso, y llegó á la córte muy temprano el mismo dia en que debia tener la junta con sus amigos.

Lo primero que hizo fué buscar á Toribio, averiguar por él las señas del hospedàje de Cármen y partir inmediatamente á verla.

Doña Emerenciana estuvo á punto de desmayarse de alegría al ver entrar á Juan.

Cármen, por el contrario, sintió asomar el rubor á su rostro, y pasó momentos terribles hasta que, gracias á la energía de Picornel, pudo hacer callar á la vieja y rogarla que se retirara á una habitacion inmediata, porque tenia que hablar con la jóven.

Los dos quedaron solos.

Las circunstancias hacian solemne aquella escena.

IV.

—Cármen, exclamó Juan poseido de una emocion inexplicable, yo ambicionaba este momento. Sin em-

bargo, no he tenido valor para buscarle. Todo me hace creer que doña Emerenciana la ha arrastrado á Vd. á abandonar aquella santa casa en donde su familia la ha depositado, y las consecuencias de este paso pueden ser funestas si no nos hablamos con completa franqueza.

Al oirle expresarse de este modo, se inundaron de lágrimas los ojos de Cármen.

—Bien sé yo que he cometido una indignidad.

—Tranquilícese Vd., Cármen, para todo hallaremos remedio. Es necesario que me conozca Vd. á fondo, y como el tiempo urge, en breves palabras voy á darle á conocer mis sentimientos. Desde muy niño vivo dominado por la ambicion. Luchando siempre, no he podido detenerme en mi marcha á contemplar las hermosas flores de la vida. No he amado nunca; desde muy niño salí del lado de mi familia; he vivido lejos de todas sus afecciones; no he tenido más pasion que el deseo de ser rico, de ser poderoso. Gracias á una série de inmensos sacrificios, he empezado á triunfar. Ajeno estaba yo, cuando en momentos críticos ví á Vd. por la primera vez, de que poco despues sentiria en el alma un afecto dulcísimo, una verdadera pasion, porque... ya no hay para qué ocultarlo, yo la amo á Vd., Cármen, la amo como no creia que se podria amar en el mundo, y esta pasion y este amor es el tormento mayor de mi vida.

V.

Cármen hizo un movimiento de sorpresa al oir la última declaracion.

—Sí, insistió Juan, es mi mayor tormento, porque la situacion en que me encuentro es muy crítica. No sé cuál será la suerte que me está reservada, y grandes son los peligros que me amenazan. De cualquier modo, yo deseo unir mi suerte á la de Vd. Si triunfo, podré brindarle una felicidad mucho más grande que la que puede soñar la imaginacion. Si perezco, Vd. será la viuda de un desgraciado; pero ha abandonado Vd. el convento, ha venido Vd. á Madrid fiada de mí, y yo no puedo ménos de corresponder á esas pruebas de afecto. Esta misma noche hablaré al señor duque de la Alcudia, y le pediré su influencia para que en secreto nos una un sacerdote lo más pronto posible. Siendo ya mi esposa, yo buscaré el medio de que permanezca Vd. en salvo mientras yo lucho, mientras yo doy la última batalla. Y entonces... ó la vida ó la muerte; ó la felicidad ó la desgracia. Esto es lo que la ofrezco á Vd. Hable usted con franqueza; dígame Vd. por lo que más estime en este mundo si está resuelta á aceptar mi cariño, mi mano, mi vida.

—Sí, dijo Cármen, sí. En medio de mi triste situacion; despues de haber faltado á todos los deberes; deshonrada, si no á los ojos de Dios, á los del mundo, he venido á pedir el auxilio de Vd. y á ofrecerle en cambio

mi gratitud, mi vida tambien. No sé por qué he adivinado que era Vd. generoso, bueno, capaz de toda clase de sacrificios; ¿cómo no he de aceptar yo los que me imponga el cariño de Vd., si Vd. acepta desde luego los que le impone el mio? Los dos hemos nacido para sufrir; suframos y alcancemos el premio si llegamos á merecerle; sucumbamos si no.

—Pues bien, dijo Juan; pronto, muy pronto, bendecirá un sacerdote nuestra union. No debo ya ocultarle ninguno de los secretos que guardo en mi corazon. De un momento á otro ha de estallar en España una rebelion que eche por tierra el antiguo trono y le sustituya con la república.

VI.

Cármen se estremeció al oir aquellas palabras. No pudo comprender el verdadero significado; pero habia oido hablar del terrible sacudimiento que la revolucion habia operado en la Francia. Sabia que en nombre de la república habia sido guillotinado Luis XVI, y la sola idea de tener á su lado, de haber ofrecido su amor á un hombre que participase de los sentimientos de los revolucionarios, causó en ella una sensacion dolorosísima.

—Tranquilícese Vd., Cármen, dijo Juan Picornel. No correrá aquí sangre como en esa nacion desdichada; todo está preparado, y nos apoderaremos de la persona del rey sin que haya efusion de sangre. Sabremos respetarle, y únicamente acabaremos con las intrigas que

hacen de la córte un semillero de vicios. Pero todo esto es una confianza que hago á Vd. para no tenerle nada oculto. La empresa es arriesgada; no sé cómo saldré de ella; confio en él éxito. De cualquier modo, apenas nos unamos tendremos que separarnos, pero ya la buscaré á Vd. si triunfo.

Dominada por el amor que le inspiraba Juan, accedió á todo Cármen.

¡La infeliz no sabia la suerte que le estaba reservada!

VII.

Juan amaba verdaderamente á Cármen, y por eso al despedirse de ella no se atrevió más que á estrechar su mano respetuosamente.

—Pida Vd. á Dios, le dijo, que se realicen mis esperanzas.

—¡Las nuestras! contestó Cármen.

Los dos se separaron.

Apenas salió Juan corrió doña Emerenciana al encuentro de Cármen.

—¿Está Vd. contenta, señorita? le preguntó.

—Muy contenta, respondio la jóven, y al mismo tiempo se inundaron sus ojos de lágrimas.

—¿Qué es eso, llora Vd.? ¿Y la alegría?

—¡Hay alegrías que matan! dijo Cármen.

VIII.

Antes de partir encargó Juan al posadero que cuidase bien á aquella jóven, y para hacerle fuerza le enseñó el mismo documento que habia humanizado al alcalde de cuartel el dia en que tuvo lugar el atentado contra Sir Guillermo.

—Vaya Vd. descuidado, le dijo el posadero, que esta señora y la que la acompaña vivirán como reinas en esta casa.

CAPÍTULO XLV.

—

La semilla del árbol de la ciencia del bien y del mal.

I.

La situacion de Picornel se complicaba por momentos.

Cuando más necesidad tenia de estar libre, de renunciar á los lazos que pudieran hacerle temer por su vida, la pasion que se habia despertado en su alma por Cármen empezaba á ser para él el castigo que va unido á la culpa dentro del corazon humano.

Al separarse de la jóven, dominado por las múltiples preocupaciones que agobiaban su espíritu,

—¡Ay! cuán dichoso seria yo, pensaba, si pudiera consagrar mi existencia á disfrutar de la fortuna que he alcanzado al conseguir el favor del duque de la Alcudia y de la ventura que me ofrece el amor de Cármen.

Tengo en mi poder los dos elementos de felicidad más grandes que puede apetecer el hombre, y al lado de estos bienes, unidos á ellos por indestructibles lazos, mi ambicion, mis compromisos, los tratos hechos an-

tes de ahora para realizar mis esperanzas se vuelven contra mí y me amenazan con arrebatarme, apenas la toqué, la ventura más grande que podia soñar.

Aunque anonadado por estas ideas, no tenia más remedio que cumplir lo que habia pactado con sus cómplices, y acudió á la hora señalada á la sala de las conferencias.

II.

Tan preocupado estaba, que en vez de dirigirse á su casa de la calle de los Caños Viejos para entrar por ella á aquella habitacion neutral que ponia en comunicacion la suya con la morada de Lax, entró maquinalmente por la calle de Segovia, y algunos de sus amigos, que con los que hacian cabeza de grupo estaban aguardándole, al verle por allí le siguieron y no tardaron todos en hallarse en casa de Lax.

Esta equivocacion fué para ellos salvadora.

Mientras que Picornel y sus camaradas entraban en la sala de las conferencias, varias personas esperaban acechando su llegada detrás de las vidrieras de la ventana que servia de observatorio á la tia Solapa.

Estaba convenido que hasta que llegasen Picornel y los demás que debian reunirse en su casa no saldrian de la de la tia Solapa los espías.

Toribio les preguntaria la contraseña y les conduciria por la puerta secreta que habia en la escalera hasta la sala de las conferencias, no para que penetrasen en

ella, porque esto era imposible toda vez que el criado ignoraba el medio de que se valia su amo para penetrar; tampoco para que escucharan lo que se hablaba dentro, porque en varias ocasiones, movido por la curiosidad, habia tratado de oir las conversaciones de los amigos de su amo y habia tenido que contentarse con el deseo.

Pero nada más fácil para los agentes de la autoridad que apoderarse de los conspiradores cuando saliesen de la conferencia, y esto era lo único á que aspiraban los espías.

III.

La suerte favoreció á Juan Picornel y á sus cómplices.

Mientras duró la conferencia en el sitio acostumbrado, los agentes permanecieron en casa de la tia Solapa y Sinforoso cerca de la puerta de la calle aguardando de un momento á otro que le llamara su amo.

Dejémoslos acechando por ahora inútilmente á sus víctimas, y asistamos á la junta de los conspiradores.

Los que hacian de cabeza de grupo consintieron en que les vendaran los ojos para que no supieran por dónde entraban en la sala de las conferencias.

Cuando estuvieron dentro y herméticamente cerradas las aberturas, desapareció la venda de sus ojos.

Ocupaban los asientos principales, detrás de la mesa, los cinco jefes de la conspiracion.

Los demás, que eran nueve, se sentaron en los bancos que rodeaban la sala.

IV.

Juan Picornel fué el primero que habló.

—Ha llegado un momento, dijo con voz solemne, en el que es necesario que los hombres de corazon se entiendan, y por lo mismo se os ha llamado aquí para que conozcais los verdaderos propósitos que nos animan á prestar juramentos y á cumplirlos.

Seria preciso desconocer por completo la época en que tiene lugar la escena de que doy cuenta á mis lectores, si no supusieran estos poseidos de una profunda emocion, no á los agentes de los revolucionarios franceses, que ya estaban acostumbrados á verlos allí, sino á sus nueve compañeros, que aunque formaban parte de la asociacion, desconocian los verdaderos proyectos de los iniciadores, y no podrian imaginar que en Madrid hubiera una habitacion como la en que se hallaban, preparada de exprofeso para ocuparse con el mayor sigilo de asuntos tan trascendentales.

No se ocultaron á Juan Picornel la sorpresa, el temor y al mismo tiempo la curiosidad de aquellos hombres.

V.

—Nosotros cinco, prosiguió, hemos logrado formar con vosotros una verdadera asociacion del débil contra el fuerte, del oprimido contra el opresor, y de tal ma-

nera hemos funcionado hasta ahora, que ni vosotros mismos os conoceríais entre vosotros, ni ninguno de los cuatro que están eslabonados con vosotros conocen á los de los otros grupos. Todas estas precauciones eran necesarias y algunas más para desarrollar nuestras ideas, para librar del oscurantismo á que se hallan sujetos en este país todos los que no se conforman con vivir siendo esclavos. Al romper hoy parte del secreto, al convocaros aquí, tenemos el deber imprescindible de revelaros toda la verdad. Si creeis que nuestros propósitos son nobles, son dignos, son elevados, son generosos, son salvadores; si despues de apreciarlos en lo que valen os sentís con ánimo bastante para fortalecerlos, para unir vuestros esfuerzos á los nuestros y preparar de esta manera el triunfo, vuestro auxilio será preciosísimo á nuestra causa.

Pero si por el contrario desconfiais de la bondad de nuestras ideas; si os parecen arriesgados los medios de llevarlas á cabo; si os arredra el temor del castigo, una sola palabra vuestra bastará para que salgais de aquí de la misma manera que habeis entrado. Debo advertiros tambien que, en el segundo caso, os importaria muchísimo no revelar á nadie cuanto veais y cuanto oigais aquí. Seria muy difícil que la justicia, despues de oir nuestra delacion, diese con vosotros, y en cambio seria muy fácil que dictáseis vuestra sentencia de muerte con solo cometer la más ligera indiscrecion.

Por lo tanto, antes de hablaros como á hermanos, necesitais todos prestar juramento, primero, de mani-

festar vuestra leal opinion; despues, de que guardareis eternamente secreto sobre todo lo que se os diga. ¿Aceptais estas condiciones?

—Sí, respondieron todos levantándose.

—No basta la palabra; es preciso el juramento en toda regla.

Y abriendo Lax un libro de los Evangelios que tenia preparado de antemano, hizo á cada uno que jurase sobre él.

—Oid ahora con atencion, añadió Picornel, disponiéndose á explicar sus planes.

VI.

Todos los circunstantes le escucharon con la mayor atencion.

—Una sola bandera, prosiguió Picornel, une á los españoles. En ella están simbolizados todos los sentimientos de su alma: la religion, la patria y la monarquía. Que en los tiempos en que los reyes sabian y querian hacer la felicidad de sus vasallos se igualase en nuestros pechos el amor del rey al amor que profesamos á la religion, á la patria, nada tiene de extraño. Pero cuando los pueblos que han hecho sacrificios por sus reyes tienen que soportar en virtud de una herencia que al monarca sábio y prudente, ilustrado y bondadoso, suceda un monarca débil é ignorante, esto no puede explicarse. Hé aquí por qué razon los habitantes de la vecina Francia, proclamando los derechos del

hombre, oponiéndose á la idea de que los pueblos sean patrimonio de los reyes, condenando como funesta á la vida de los pueblos la práctica de que se pueda adquirir un trono por derecho hereditario, han roto la tradicion, han destruido el trono de sus reyes, han castigado en el infortunado Luis XVI los atropellos y las tiranías cometidas por sus antepasados, y han opuesto á la tiranía, la libertad; al derecho hereditario, el derecho electivo; al privilegio, la igualdad ante la ley; á los ódios de clases, la fraternidad.

Sí, hermanos mios, esa revolucion que sin duda alguna os parece tan horrorosa porque se ha atrevido á poner la mano en la para vosotros sagrada persona de un rey, es una de esas enfermedades, una de esas convulsiones, uno de esos sacudimientos que arrancan á los pueblos de la abyeccion para darles la energía, la virilidad necesarias.

VII.

Al ver que sus palabras no producian un gran efecto en sus oyentes, siendo tan crítica como era su situacion, esforzó sus argumentos.

—Vamos á ver, les dijo: ¿podeis creer que es justo que por haber nacido del seno de una reina pueda tener derecho un hombre para ser vuestro amo?

—Qué duda tiene, dijo uno de los nueve. La Providencia es quien dispuso esas cosas, y por eso el derecho de los reyes es derecho divino.

—Es verdad, exclamaron todos.

—Esas teorías son las que os enseñan los aduladores de los reyes para dorar las cadenas de vuestra esclavitud; pero muy fácilmente destruiré ese error. Dios ha creado al hombre, y el hombre ha creado al rey. Volved los ojos á la religion que tanto amais. ¿Dónde nació el Redentor del mundo? ¿Cómo llegó á alcanzar el título de Maestro? ¿Qué ideas practicó? ¡Ah! Si volveis los ojos á aquella humilde cuna de donde partieron los fulgorosos rayos del cristianismo, la hallareis en un miserable establo; y si seguís paso á paso al niño que llegó á ser crucificado para redimir nuestras culpas, le vereis alcanzar la admiracion del mundo entero por medio de su virtud, de la sabiduría, de su noble ejemplo; y si le contemplais, por último, rodeado de sus apóstoles, hombres del pueblo todos, observareis que, aun en aquellos momentos en los que con sus portentosos milagros asombraba á la humanidad, amparaba á los débiles, enseñaba la caridad á los fuertes y predicaba la libertad, la igualdad y la fraternidad, que son las ideas de la revolucion francesa.

VIII.

Aquellos argumentos eran capaces de deslumbrar á los oyentes de Picornel.

Despues de nuestro héroe los han usado muchos hombres de este siglo. Hoy sabemos á ciencia cierta que, si bien es verdad que el Divino Maestro dió á nuestra

alma la fé, la esperanza y la caridad, y nacieron de ella al calor de estas virtudes la fraternidad, la libertad y la igualdad, tan hermosas palabras han sido falsificadas como los diamantes más célebres del mundo, y á los que nos hablasen como hablaba Picornel á los conjurados, podriamos responderles: «Lo que vosotros teneis en los lábios lo tenemos nosotros en el corazon.»

Sin embargo, las palabras de Juan perturbaron un poco la inteligencia de sus oyentes, y no hubo entre ellos ninguno que le contestara.

IX.

Animado por este triunfo, prosiguió diciendo:

—El pueblo francés trabajaba dia y noche para ofrecer el premio del sudor de su frente á una córte corrompida. Mientras que las clases trabajadoras se afanaban, los cortesanos se entregaban á fastuosas orgías, y cuando el pueblo pedia justicia, y cuando cansado de no tenerla imploraba piedad, aquella corte corrompida arrojaba al pueblo de las puertas de palacio y cruzaba su cara con un látigo.

Pues bien; nosotros, que nos hemos hallado en Francia durante los momentos supremos de la revolucion, hemos aceptado el noble encargo de traer á España sus deseos y contribuir á la fraternidad con que nos brindan. ¿Por qué os habeis asociado á nosotros? ¿No habeis sido víctimas de vuestros maestros, de los que explotan vuestro trabajo?

Pero lo que ha visto cada cual de vosotros en un reducido círculo, pasa en la córte, pasa en toda España. Seguros los reyes de la fidelidad de sus vasallos; confiados en que sus sentimientos religiosos serán en todo tiempo un valladar á su justa indignacion, cuando el Océano ruge en las costas de Francia, ven con tranquilidad las mansas olas que acarician las riberas de España. El rey, en vez de dedicarse á los negocios públicos, vive consagrado á la caza, su pasion favorita. La reina en tanto solo se ocupa de las aventuras amorosas de los guardias que velan su sueño y custodian su real persona. Mientras nuestros pobres hermanos acuden presurosos á la frontera á derramar su sangre porque así se lo ha pedido el rey, ellos viven entregados á contínuos festines, y cuando los reyes se entregan á la orgía, la Providencia dispone de la suerte de los pueblos y los despierta.

—¿Y pretendes, dijo uno de los circunstantes, que sufra Cárlos IV la misma suerte que el rey de Francia?

—Eso no, dijo Lax; nuestro único propósito es apartar del trono á los que no lo merecen. Nos apoderaremos de las personas reales, y sin ofenderles en lo más mínimo, las llevaremos á Inglaterra, y allí son comerciantes ante todo y los recibirán muy bien. Libre el trono, el pueblo será rey, elegirá la forma de gobierno que más le agrade, y si se asocia á los franceses, nuestros hermanos, se adoptará la República. A su lado estaremos para cumplir su voluntad. Si persiste en res-

taurar la monarquía, que busque al ménos una persona digna de tan señalada distincion.

X.

La idea emitida por Lax asombró á los circunstantes.

—¿Cómo, dijo uno de los nueve, seríais capaces de apoderaros de la persona del rey?

—¿Y por qué no?

—Eso seria una profanacion.

Jamás ha habido en el pueblo español un solo hombre que se crea con ánimo para llevar á cabo semejante empresa.

—Oid una proposicion, dijo Picornel al ver que de nuevo peligraba su causa. Si yo os pruebo hasta la saciedad que si lo que pasa en el seno de la real familia pasase en otra alguna, los tribunales tendrian derecho para castigar á los esposos que ultrajan las leyes de la moral, ¿ayudaríais á nuestros proyectos?

—Si eso fuera cierto, con alma y vida.

—Pues basta, dijo Picornel. No ya á vosotros, á todos los que están asociados convocamos para dentro de cuatro dias en este mismo sitio. Con el fin de no infundir sospechas, entrareis unos por la calle de Segovia y otros por mi casa de la calle de los Caños Viejos.

¿Cuántos seremos entre todos?

—Cincuenta, dijo Garasa.

—En ese caso me parece más oportuno buscar otro sitio de reunion.

—Sí; tengo una idea excelente. Estamos en plena primavera, hace un tiempo delicioso y nadie extrañará que unos cuantos amigos vayan un dia al campo á merendar. Dentro de cuatro dias podemos reunirnos en el soto de Migas-Calientes. Nosotros nos encargaremos de llevar lo necesario para que parezca nuestra reunion una romería. Yo os prometo en aquella ocasion daros pruebas evidentes de lo que os he asegurado.

—Si es cierto lo que habeis dicho, contad con nosotros.

XI.

De esta manera terminó la entrevista.

Poco á poco fueron saliendo y Picornel se fué muy agitado, y fébril.

Llegó al palacio del duque de la Alcudia y entró en su habitacion, arrojándose inmediatamente sobre el lecho.

Su cabeza ardia.

———————

CAPITULO XLVI.

—

Lucha interior.

I.

Cuando Juan Picornel despertó del letargo en que habia estado sumido, vió penetrar el sol en su estancia.

Eran las nueve de la mañana.

Toribio entró en la habitacion, y el ruido que hizo para abrir la puerta fué el que despertó á Juan.

—¿Esas tenemos, señor perezoso? le dijo; ¿si aspirará Vd. á ser el octavo durmiente?

—¿Pues qué hora es? preguntó Juan.

—Las nueve y media de la mañana.

—Y, sin embargo, no he dormido.

—Propiedad de todo dormilon. No he visto uno solo que no niegue haber dormido; ¡como si fuera pecado el dormir!

—Pues yo no le engaño á Vd., Toribio; he pasado una noche muy mala; he tenido fiebre.

—No me extraña; cuando se toman las cosas á pecho, y luego que el amor á cierta edad se entra de so-

peton, es una enfermedad; pero tranquilícese Vd. Vengo á darle buenas noticias.

—¿Qué quiere Vd. decir? dijo Juan incorporándose en el lecho.

—Ahí ha estado doña Emerenciana; ya sabe Vd.

—Sí, ya sé. ¿Y se ha marchado?

—Le he dicho que estaba Vd. durmiendo.

—¿Queria hablarme?

—Y con mucha insistencia.

—¿Por qué no me ha despertado Vd.? ¿Por qué no la ha hecho Vd. entrar?

—No estaba bien que una señora, aunque ya de edad, entrara en el cuarto de un jóven soltero; pero es lo mismo, me ha dado á mí el recado.

—¿Qué le ha dicho á Vd.?

—Que la persona que Vd. sabe le espera con impaciencia; que ha sufrido una indisposicion, y que aunque no parece grave, desea verle antes de ver al médico.

—Voy en seguida, dijo Juan levantándose de la cama y vistiéndose precipitadamente.

—Es el caso que el señor duque tambien me ha preguntado por Vd., y aunque le he dicho que debe usted estar enfermo, se sabe que ha salido Vd. sin haber antes entrado á tomar sus órdenes.

—¿Está visible ahora?

—Se ha levantado muy temprano y está trabajando como un energúmeno. Sin duda alguna nota para los agentes diplomáticos. Ya sabe Vd. que S. E. no encuentra nadie que haga esas cosas á su gusto.

II.

Mientras Toribio charlaba por los codos, Juan se vistió; sin aguardar al peluquero se puso el peluquin, y salió de la estancia dejando con la palabra en la boca todavía al ayuda de cámara del duque.

Aunque la fiebre se habia calmado, todavía se hallaba Juan poseido de una viva agitacion.

—¿Qué tiene Vd.? le preguntó Godoy al verle.

—No es nada, señor. Hice el viaje tan precipitadamente que me fatigué mucho. Despues he tenido fiebre esta noche, pero ya estoy mejor y he venido á ponerme á las órdenes de Vd.

—A Vd. le pasa algo.

—Nada absolutamente.

—Sabe Vd. que le estimo y tomo parte en todos sus cuidados. ¿No merezco su confianza?

—Ya sabe V. E. que no le oculto ningun secreto.

—No sé por qué me figuro que sí, y si esa agitacion que experimenta Vd. no es hija de la causa que adivino, tendré que sospechar, despues de conocer parte de sus secretos, que esos amigos con cuyo apoyo contaba usted para ofrecerme nada ménos que el puesto más elevado de la nacion le acosan demasiado.

—No tal, señor, dijo Juan procurando disimular la turbacion que con sus palabras habia producido en su ánimo el duque de la Alcudia.

—Pues ello es que algo de extraordinario le pasa á usted.

—En efecto, señor, y crea V. E. que si antes de ahora no se lo he confiado es por parecerme demasiado pueril para ocupar un solo instante la atencion de una persona sobre quien pesan tan importantes atenciones.

—Hable Vd. con franqueza, no al jefe, al amigo.

—Agradezco ese honroso título, y quiero merecerle. Ya sabe Vd., señor, que amo á una mujer. Hija de honrados padres, para apartar de su imaginacion el deseo de unirse á un hombre que no profesaba su misma religion, á ese inglés á quien V. E. por indicacion mia ha protegido, la llevaron al convento de Pinto. De allí se ha escapado, y ha venido á Madrid á buscar mi apoyo. Soy caballero, la amo, me corresponde, y no puedo negarle, no el favor, la justicia que me pide. Esa jóven no puede volver á casa de sus padres sino para implorar el perdon de su culpa. Yo desearia tener títulos para caer de rodillas ante sus padres al mismo tiempo que ella y conseguir su gracia.

—Esos deseos le honran á Vd.

—Pero necesito una altísima proteccion para realizarlos.

—Cuente Vd. conmigo para todo.

—Desearia vencer las dificultades que se oponian á nuestro casamiento, y por de pronto, para evitar que su reputacion sufriese, desearia que se llevase este acto á cabo con el mayor secreto.

—He ofrecido á Vd. mi apoyo, y despues de conocer sus intenciones, me ratifico en mi promesa. Será preciso ver para eso al señor arzobispo de Toledo, que actualmente se halla en Madrid, y como tengo verdadero interés en ayudar á Vd., le veré hoy mismo.

—¡Cuánta bondad, señor!

—Aun haré más si Vd. lo acepta.

—Viniendo de las manos de V. E., no será sino un nuevo favor.

—Deseo ser padrino de su boda.

III.

Con todas estas distinciones aumentaba Godoy el martirio de Picornel.

Pero ya no estaba en el caso de retroceder.

Para justificar la ingratitud que iba á cometer, no se decia:

«Al conspirar, al querer destruir la tradicion monárquica de España, solo lo hago para satisfacer mi ambicion. Por el contrario, estos favores que me dispensa el duque de la Alcudia, pensaba, aumentan la importancia del sacrificio que voy á hacer pagando sus bondades con mi rebeldía.»

—Si V. E. me permite que vuelva á comunicar tan faustas nuevas á esa pobre jóven, que aguarda con impaciencia mi resolucion, voy al instante.

—Vaya Vd., y á la una, cuando volvamos á vernos, podré comunicarle alguna noticia respecto á lo que más le interesa en estos momentos.

IV.

Juan se disponia á partir.

Godoy le detuvo.

—¿Y á mí no me da Vd. ninguna nueva? le preguntó.

—Confieso, señor, dijo Juan, que estoy tan preocupado con esta pasion, que me ha sorprendido cuando ménos lo esperaba, que he abandonado por unos dias mi papel de falso confidente de la camarista de la reina. Pero tantos beneficios me dispensa V. E., que muy en breve espero mostrarle mi gratitud.

Al hablar de este modo cruzó por la imaginacion de Juan este pensamiento:

—Hagamos la revolucion, triunfemos, y yo emplearé entonces toda mi influencia para que sea respetado el duque de la Alcudia, para que el pueblo ponga en sus manos las riendas del poder. Si esto sucede, aceptará, no hay duda, aceptará.

Inmediatamente corrió á la posada del *Huevo duro* para saber cómo se hallaba Cármen.

CAPITULO XLVII.

Dos sueños.

I.

Cármen sufria las consecuencias naturales de la locura que habia cometido abandonando el convento en donde la habian depositado sus padres para seguir á doña Emerenciana.

No en vano habian sembrado los autores de sus dias en su corazon las semillas del bien.

El remordimiento trabajaba aquella conciencia, pura hasta entonces, y sufria horriblemente.

Solo al hallarse al lado de Juan, fascinada por la mirada amorosa del jóven, embriagada en el amor que sentia su alma, podia soportar el tiempo que lejos de él le parecia eterno.

—¿Qué es eso, Cármen, preguntó Juan, se halla usted indispuesta?

—He sufrido mucho.

—¿Por qué?

—Cuando pienso en la trascendencia del paso que he

dado; cuando reflexiono las complicaciones que pueden surgir... ¡Ah! no dudo del afecto de Vd., no dudo de los deseos que le animan por mi bien; pero ¡ah! si la desgracia le arrebatase á Vd. la vida, y se viera Vd. obligado á huir de este país, ¿qué seria de mí, sola, abandonada?

—Cálmese Vd., Cármen, eso no sucederá.

—Y sin embargo, esta noche, ¡oh! aun me estremezco al recordarlo, ¡he tenido un sueño horrible!

—¿Ha soñado Vd?

—Sí.

—¿Conmigo acaso?

—¿Quién preocupa mi pensamiento sino Vd?

—¡Ah! Cármen, exclamó Juan estrechando la mano de la jóven, cuénteme Vd. su sueño.

—No, no; ha sido demasiado triste.

—Confiando esas tristezas se desvanecen, porque ya lo ve Vd. Estoy á su lado cariñoso como siempre, cada vez más.

—¡Ah! ¡Si no tuviéramos que separarnos nunca!

—Confie Vd.

—Y, sin embargo, he visto tan de cerca el peligro...

—Cuénteme Vd., por Dios, lo que ha soñado. Y para demostrarle á Vd. que los sueños no son más que sueños, yo referiré á Vd., Cármen mia, otro sueño más agradable. Aun haré más; para que Vd. imite el ejemplo, empezaré contándole lo que yo he soñado.

II.

Juan engañaba á Cármen, pero estaba tan afligida la jóven que no vaciló en buscar aquel medio para ofrecerle algun consuelo.

—Los dos habiamos recibido la bendicion nupcial, yo la habia dejado á Vd. perfectamente custodiada en casa de unos buenos amigos, y en tanto que Vd. oraba para que el Señor me protegiera, corria yo á unirme con mis amigos. Todo salió á medida de nuestros deseos. El pueblo, convencido de que yo le brindaba la felicidad, proclamó entusiasmado la caida de los reyes, y, aunque con el mayor respeto, fueron alejados de España.

Todos por aclamacion me designaron para que yo les dirigiera, y entonces, mostrándome agradecido á los favores del duque de la Alcudia, al cual debiamos nuestra union, porque él nos habia protegido, corrí á buscarle á una casa en donde se habia refugiado temeroso de las iras del pueblo. Al verme se arrojó en mis brazos. Yo le referí lo que habia sucedido y deposité en sus manos los poderes que el pueblo le habia conferido. Salimos juntos, el pueblo le aclamó tambien, y yo le acompañé á palacio en medio de los aplausos y los vítores de la muchedumbre, y acto continuo me nombró su primer ministro. Yo corrí al lado de Vd. ébrio de gozo á darle parte de mi triunfo, de mi alegría. ¿No le parece á Vd. que mi sueño ha sido delicioso.

—En nada se ha parecido al mio, dijo Cármen; al contrario, en mi sueño todas eran dificultades para nuestra union. Mi padre habia ido á quejarse á los reyes de mi desaparicion; les habia pedido su amparo y se habian dictado las órdenes más severas para buscarme, para llevarme á un calabozo de la Inquisicion á pagar allí las culpas que habia cometido. Me hallaron y me sepultaron en un calabozo. Vd. me buscaba por todas partes, pero sin conseguir encontrarme. Entonces, desesperado, corrió Vd. en busca de sus amigos. A sus ideas unió Vd. el amor que experimentaba por nuestra separacion. Desesperado, se lanzó Vd. al combate; pero sus amigos le abandonaron en aquellos momentos críticos, cayó Vd. en poder de los soldados fieles al rey, y fué Vd. sentenciado á muerte.

¡Oh! La sangre se hiela al recordar el martirio que pasé cuando desde mi prision oí la campanilla de la Paz y Caridad pidiendo para decir una misa por el alma del reo que se iba á ajusticiar. Y ese reo era Vd. No pude ménos de lanzar un grito, y doña Emerenciana, que dormia á mi lado, se despertó sobresaltada. Acudí á consolarla, y yo despierta, aun creia que era verdad todo lo que habia soñado.

—Ya ve Vd. que era mentira.

—Si lo veo y no lo creo. El resto de la noche lo he pasado despierta. Ansiaba que amaneciera, porque tenia miedo. Al ver mi agitacion, fué doña Emerenciana á avisar á Vd. contra mi voluntad; pero en medio de todo se lo he agradecido, porque hasta que le he visto

á mi lado no ha reinado la tranquilidad en mi espíritu.

—Pues bien, abra Vd. su corazon á la esperanza, Cármen. Todo me hace creer que mis planes se realizarán felizmente, y además, antes de venir aquí he tenido una entrevista con el señor duque. Le he confiado la situacion en que nos encontramos, y me ha ofrecido hablar al señor arzobispo de Toledo, para que con el mayor secreto disponga lo necesario á nuestra union, y no pasarán dos dias sin que vea confirmados mis deseos y una á Vd. mi suerte.

—¿Es posible?

—Sí, Cármen. Al ménos no tendrá Vd. que avergonzarse de la resolucion que ha tomado. Si triunfo, será Vd. la esposa de un hombre de bien que la amparará y la hará feliz. Si muero, será Vd. la viuda de un desgraciado, pero que á todo el mundo inspirará respeto. Esta misma tarde volveré á comunicar á Vd. cuanto haya dicho S. E.

—¿Se va Vd. ya?

—Si Vd. no me manda otra cosa, tengo que partir.

—Desearia saber algo de mis infortunados padres. ¿No podria Vd. valerse de algun medio para averiguar?...

—Sí, Cármen, sí; hoy mismo sabremos el estado en que se encuentran.

—No me oculte Vd., por Dios, su verdadera situacion. Si el dolor los tiene postrados en el lecho, si han sucumbido por causa mia, que yo lo sepa: tendré valor para sufrir el remordimiento que me aguarda.

III.

Juan abandonó á Cármen, y deseando llevar alguna noticia al duque de Alcudia para corresponder al favor que aquel mismo dia queria dispensarle, se dirigió y subió al cuarto de la Matallana.

Doña Isabel, que habia sabido su llegada á Madrid, le aguardaba con impaciencia.

Desde hacia algun tiempo habia notado que Picornel no era con ella tan galante como al principio, y aunque como mujer de mundo, y sobre todo como práctica cortesana, solo daba al amor la importancia de un pasatiempo, con tal de que su confidente fuese leal, poco le importaba que no se mostrase muy rendido con ella.

El principal deseo de la Matallana era destruir la influencia del duque de la Alcudia, y sin detenerse en rodeos fué desde luego á la cuestion.

—Creo que he sido más afortunada que Vd., le dijo.

—Nada me extrañaria. Reconozco en Vd. un superior talento.

—Hoy más que nunca, dijo doña Isabel, necesitamos apartar á Godoy del lado de la reina.

—Si Vd. ha ideado el medio, por mi parte estoy dispuesto á ayudarla en su empresa.

—Tengo en mi poder un documento preciosísimo.

—¿Para que lo vea el duque de la Alcudia?

—Precisamente.

—¿Y yo he de ser el encargado?...

—Eso hemos convenido.

—Estoy á las órdenes de Vd. ¿Puedo saber de qué se trata?

—De una cosa muy sencilla, pero que producirá su efecto. Una de las azafatas de la reina favorece al famoso marino Malaspina. A juzgar por una carta de la servidora de la reina, que ha caido en mis manos, el marino desea llegar al corazon de la reina, y ha creido que el camino más corto era valerse de su camarista. Esta, por lo visto, ha tenido ocasion de conferenciar con su señora, y el resultado de su conferencia es el que se expone en este documento.

—¡Ah! ¿Qué dice Vd., qué dice Vd.?

—¡Que está bien preparado el terreno; que la reina ha fijado ya sus ojos en Malaspina! La camarista le aconseja que se traslade al Real Sitio lo más pronto posible, seguro de que allí tendrá ocasion de ser recibido por SS. MM. Y como tendrá que contar tanto de sus viajes, la reina, que es muy aficionada á oir esta clase de narraciones, le facilitará sin duda alguna ocasion de que pueda expresar sus sentimientos. Hay además en la carta un párrafo que hará saltar al duque. Léale Vd., léale Vd... Es al final.

IV.

Juan lo leyó, y decia:

«No tenga Vd. cuidado por Godoy: está en baja, y en cuanto alguna persona que tiene el encargo de recupe-

rar ciertas prendas que ha adquirido y le dan el poderío que tiene; en cuanto esa persona, repito, pueda devolverlas á quien las espera con ánsia, todo habrá concluido, y el valido conservará los títulos y honores, pero no el favor que hasta ahora le han dispensado los reyes.»

—¡Magnífico! exclamó Picornel.

—Es necesario que á la mayor brevedad vea Godoy esa carta.

—Antes de una hora estará en su poder.

—En ese caso, vuelva Vd. á decirme el efecto que le ha producido.

—¿Estará Vd. á la noche en su habitacion?

—Le esperaré á esa hora.

V.

Juan partió á su morada de la plaza de los Ministerios muy satisfecho porque tenia en su poder los medios de convencer á aquellos cuyo apoyo necesitaba para dar el golpe y para demostrar la justicia con que se proponia destronar á los reyes.

CAPITULO XLVIII.

Una boda misteriosa.

I.

Godoy habia cumplido su palabra.

Gracias á su poderosa influencia y á los argumentos de que se habia valido para obtener la gracia del arzobispo de Toledo, habia dado el ilustre prelado el permiso á un sacerdote para que, con protesta de presentar todos los documentos necesarios, pudiese unir á los dos amantes.

—Todo sale á medida del deseo de Vd., dijo Godoy. Dentro de dos dias podrán Vds. recibir la bendicion nupcial en la Vicaría. Vaya Vd. inmediatamente á ponerse de acuerdo con el sacerdote que ha recibido la autorizacion.

Para que pudiera verificarlo así, le dió el nombre del eclesiástico y las señas de su casa.

Aunque Juan Picornel estaba resuelto á llevar á cabo sus planes, la verdad es que los beneficios de Godoy hacian mella en su alma.

—¡Qué desgraciado soy! pensaba al mismo tiempo que se dirigia á hablar al eclesiástico encargado por el arzobispo de Toledo de bendecir su union.

Logró verle, y los dos fueron juntos á la Vicaría, donde con el mayor sigilo se instruyó el expediente necesario.

Despues fué á averiguar la situacion en que se hallaban los padres de Cármen, y supo que D. Torcuato se hallaba gravemente enfermo de resultas de los disgustos que habia sufrido al saber la desaparicion de su hija.

Esta noticia le llenó de pesadumbre, y comprendiendo cuánto dolor causaria á Cármen, se decidió á ocultársela.

II.

Temeroso de que pudiera descubrir su amada la pena que sentia, aplazó el verla para el dia siguiente.

Se dirigió á su casa de la calle de los Caños Viejos, llamó, y con asombro suyo vió que nadie le respondia.

Deseoso de averiguar la causa de la ausencia de Sinforoso, fué á ver á Lax.

Este le explicó el enigma.

Su criado habia salido de su casa el dia anterior, habia penetrado en la de la tia Solapa, y de allí habia salido con dos hombres y no habia vuelto á aparecer.

No faltaba quien pensaba en el barrio, y así lo habia

comunicado á Lax, que habia sido preso por la policía del Santo Oficio.

Esto tenia alarmado al amigo de Juan, y le alarmó á él.

—Va á ser preciso precipitar los sucesos, dijo á Lax.

—Resueltos como estamos á jugar el todo por el todo, cuanto más pronto demos el golpe, mejor.

III

Juan no quiso confesar á su amigo el paso que iba á dar al dia siguiente uniéndose con Cármen, y se limitaron uno y otro en su conversacion á calcular lo que convenia decir á sus amigos cuando estuvieran reunidos.

Una de las primeras cosas que tenian que hacer era distribuir los fondos con que contaban entre sus adeptos, para que aquellos á su vez los repartieran entre las masas, á fin de que secundaran el movimiento.

Lax y Picornel, no solamente tenian lo que habian recibido de los revolucionarios franceses, sino que estaban dispuestos á disponer de cuanto constituia su peculio.

No sucedió lo mismo á sus tres compañeros, y aunque no se habian atrevido á declararlo así, Lax y Picornel comprendieron por sus palabras que habian gastado el dinero.

Pero aun así, no tenian más remedio que aceptarlos, porque cada uno de ellos contaba con personas que

les seguirian, y era necesario en el momento crítico gran número de revoltosos.

IV.

Muy animados ante la esperanza del logro de sus ideas, se separaron Lax y Picornel, y este último volvió á su casa sin reparar que un hombre seguia todos sus pasos.

Este hombre era Mariano, que se habia disfrazado para que no le conociera Juan; pero él, envidioso de su fortuna y conocedor de alguno de los planes que alimentaba, le perseguia, como recuerdan los lectores, no tanto para medrar, porque habia visto que por entonces todas sus tentativas habian sido infructuosas, sino para tener el gozo de desprestigiar á su amigo de la infancia.

V.

Cármen y doña Emerenciana, hechos todos los preparativos que la premura del tiempo requeria, al dia siguiente, rebozadas en mantos, se dirigieron á la Vicaría.

Juan habia estado antes á decirlas lo que debian hacer, y no tardó en acudir al mismo sitio para recibir la bendicion nupcial.

Necesitando un paraje donde dejar depositada á su esposa cuando él partiera á realizar sus designios, rogó al mayordomo del duque de la Alcudia, que vivia en el

piso superior del mismo palacio, que hospedase á Cármen durante algunos dias, hasta que se le pudiera arreglar alguna habitacion en el mismo edificio para alojarla convenientemente.

El mayordomo representó en la ceremonia nupcial al duque de la Alcudia, y al terminar la boda, Cármen y doña Emerenciana, seguidas de D. Severo, que así se llamaba el mayordomo, se dirigieron al palacio de Godoy.

Juan fué á la posada y abonó el gasto que habian hecho los viajeros, y al regresar al lado de Cármen fué á ver con ella al duque de la Alcudia para darle las gracias por las bondades que le habia dispensado.

Godoy aprovechó aquella ocasion para manifestar á Picornel el afecto que le profesaba, y para decirle que haria por su felicidad cuanto le fuera posible.

VI.

Al regresar los dos esposos al aposento de Juan, Cármen cayó de rodillas á los piés de su marido.

—Juan de mi alma, le dijo, renuncia á tus proyectos. No puedes imaginarte cuán feliz soy. Creo que tú tambien lo eres. Todo nos sonrie, todo nos favorece. Ya ves, el señor duque nos ha ofrecido su proteccion. ¿Para qué dejar lo cierto por lo dudoso? Si me amas, no sacrifiques nuestro amor, nuestra ventura á la realizacion de un proyecto que puede traer dos muertes y mi eterna desgracia.

Las palabras de Cármen llegaron al fondo del corazon de Juan.

—¡Ah! exclamó este con sinceridad: de cuán buena gana oiria tus consejos. Pero la fatalidad me persigue. ¿Crees tú que en el estado en que se hallan las cosas pueda renunciar á mis proyectos? Creerian mis amigos que les habia abandonado, que me habia vendido, que habia abusado de su buena fé eligiéndoles solo para escabel de mi ambicion. ¡Ah! no. Es muy cierto que somos felices; pero esta felicidad la hemos alcanzado uno y otro cometiendo graves faltas. Solo por medio del sacrificio podemos conseguir el perdon, y ya lo sabes, antes de unirnos nos hemos revelado mútuamente nuestros secretos.

—¿Pero no habria algun medio, no te se ocurre la idea de evitar?...

—No podria evitar que esos hombres á quienes vendiese me buscasen, me insultasen, me provocasen y acabaran conmigo asesinándome cuando ménos pudiera imaginarlo.

—Cúmplase entonces la voluntad de Dios, dijo Cármen.

VII.

Y acompañada por su esposo, volvió á las habitaciones del mayordomo, siendo jovialmente recibida por é y por su esposa.

Al dia siguiente debia verificarse la numerosa reunion de todos los afiliados á la sociedad que ya conocen nuestros lectores, y todos concurrieron al sitio de la cita.

CAPÍTULO XLIX.

—

La última mano de una conspiracion.

I.

Juan fué el último que llegó.

Era muy tarde, porque habia pasado la mañana muy atareado en el despacho de Godoy.

Por indicacion suya, y para evitar una discusion que podia ser enojosa, convinieron los cinco republicanos en acordar las medidas que deberian tomar para realizar sus designios. Una vez de acuerdo, cada cual de los circunstantes conversaria particularmente con Picornel; este les comunicaria las resoluciones tomadas, les demostraria los motivos que le obligaban á llegar á semejante extremo; y para convencerles de la justicia de su causa les leeria, ó haria leer por sí, la carta que habia puesto en sus manos la Matallana con destino á Godoy.

Así se verificó, y mientras conversaban entre sí los demás, Lax, Picornel y sus tres compañeros, Cortés, Andrés y Garasa, despues de una animada discusion, resolvieron:

1.° Que Picornel y Lax, con todos los afiliados, aprovechasen la primera ocasion en que el rey, que debia regresar de un momento á otro de Aranjuez á Madrid, fuese á cazar al Pardo como tenia de costumbre todos los dias durante su permanencia en la córte, para apoderarse de la persona de Cárlos IV, y que al verificarlo así, procurando encerrarle en paraje donde no pudiera ser descubierto, acudiese inmediatamente Picornel á Madrid para distribuir los fondos necesarios entre los conjurados.

2.° Que Andrés se encargase de repartir dinero entre el pueblo bajo para amotinarle apenas recibiera la órden.

3.° Que Garasa, con todas las personas á quienes pudiese arrastrar, se acercase á palacio gritando que el rey habia sido preso, y que era necesario que saliesen tropas inmediatamente para librarle de sus enemigos.

4.° Que Cortés auxiliase con nuevos refuerzos á Garasa para apoderarse de la reina, y que impulsando todos al pueblo á amotinarse pretextando que algunos emisarios de Francia habian preso á los reyes, le hiciesen proclamar la república, dándole á entender que de esta manera podrian engañar á los secuestradores del monarca; este quedaria en libertad y podria castigarles.

II.

Todos estos propósitos, que seguramente parecerán scabellados á mis lectores, fueron formulados, como

acabo de indicar, por aquellos conspiradores que tan poco conocian el oficio.

Pero hay que pensar que vivian en 1793, ó lo que es lo mismo, que carecian de la experiencia que tienen todos los hombres de 1871, gracias á las innumerables sublevaciones, motines, conspiraciones, etc., que nos han regalado en lo que va de siglo.

Contaban como los actuales revolucionarios con la ignorancia y la pasion de las masas, y Picornel y Lax se prometian ofrecer á los pocos soldados que habia en la córte la verdadera direccion de los negocios públicos, al mismo tiempo que á Godoy la jefatura del Estado, y fundados en esto abrigaban esperanzas de éxito.

III.

De acuerdo los cinco jefes de la asociacion, fué Picornel llamando uno por uno á los demás, les enteró de sus propósitos, y les llenó de indignacion al leerles la carta que con referencia á la reina habia escrito su azafata.

Estas conversaciones parciales duraron mucho, y en honor de la verdad debo decir que aquellas sencillas gentes que apoyaban los deseos de Picornel se irritaron profundamente, no tanto contra la reina, en cuya debilidad no podian creer, sino contra la azafata, á quien en su fuero interno acusaban de calumniadora.

A medida que hablaban con Picornel, iban retirándose tristes y cabizbajos.

Despues, para justificar su reunion allí, comieron alegremente sin hablar para nada de su asunto.

Solo á los postres dijo Picornel:

—Ya conoceis nuestros propósitos. ¿Estais dispuestos á realiazarlos?

Todos callaron.

—¿No respondeis? añadió Juan sorprendido.

A su pregunta siguió una breve pausa.

Pero uno de los concurrentes, oficial de platero y hombre de unos veintiocho á treinta años,

—Mis compañeros no responden, dijo, porque en honor de la verdad comprenden lo arriesgado de la empresa, y aunque la creen justa, vacilan á dar crédito á la causa que os mueve á desear llevar á cabo una medida tan trascendental.

Sin embargo, yo que os conozco á todos, yo que conozco á vosotros, responderé por ellos. Nadie faltará á su puesto, y para evitar sospechas, para que nadie pueda apercibirse de lo que tramamos, yo veré á Vd. desde hoy todos los dias, y cuando Vd. nos avise iremos al Real Sitio del Pardo á cumplir lo pactado. Mientras tanto fomentaré el descontento en el pueblo, y todo el combustible estará preparado para que el incendio estalle en un momento oportuno. ¿No es verdad que interpreto vuestros deseos? dijo á todos.

IV.

Aunque con timidez, contestaron afirmativamente.

La reunion se disolvió, y el oficial de platero, que se

llamaba Sebastian Reyes, manifestó que creia conveniente que no entraran todos juntos en la poblacion.

Se fué con unos cuantos, y al alejarse del lado de los otros,

—Venid conmigo, les dijo, tengo que hablaros.

Siguieron su camino hácia Madrid, torcieron por la cuesta de Areneros y se encaminaron por la calle de San Bernardino á casa de Sebastian.

Despues sabremos lo que hablaron.

Los que se habian quedado en el soto de Migas-Calientes se retiraron tambien, no sin oir antes estas palabras á Picornel:

—No sois vosotros solos los que estais comprometidos; hay otros muchos que piensan como nosotros. Si hiciérais traicion, si faltárais á vuestras promesas sufriríais el castigo, y en cuanto á nosotros, aunque quisiérais delatarnos seria inútil; nadie os creeria, porque hemos tomado ya las medidas necesarias para evitar cualquier lazo que pudieran tendernos.

V.

Lax y Picornel fueron los últimos que abandonaron el paraje donde habian pasado el dia.

—No sé por qué estoy triste, dijo Lax.

—Yo tambien, dijo Juan. No he visto en esa gente todo el entusiasmo que esperaba.

—¿Nos venderán?

—No lo creo; y sin embargo, se han despertado sospechas en mi alma.

—¿Qué hacer?

—Ya lo hemos dicho; jugar el todo por el todo.

—¿Y si nos descubren?

—Si nuestro destino es morir, muramos por la idea que nos anima.

Desde aquel momento, ni Lax ni Picornel pudieron alejar la tristeza de su corazon.

CAPÍTULO L.

—

El gran pueblo.

I.

Lector: ¿No te ha ocurrido nunca presenciar una riña entre marido y mujer? Y si tal espectáculo te has proporcionado, ¿has tenido ocasion de ver terciar á alguno en la contienda, increpando, por ejemplo, al marido por las ofensas y los golpes inferidos á su costilla?

Si has asistido á escenas semejantes, de seguro habrás visto operarse una profunda transicion en la mujer apaleada, y saliendo á la defensa de su marido, ponerse como un energúmeno contra el que se ha atrevido á mezclarse en sus interioridades, exclamando:

—Oiga Vd.; Vd. no tiene que meterse con mi marido para nada. Soy su mujer y hace bien en pegarme.

Pues una cosa parecida ocurrió á Sebastian Reyes y á aquellos de sus amigos que fueron á su casa despues de la junta que habian celebrado con los conspiradores en el soto de Migas Calientes.

Tenian motivos poderosos aquellos honrados operarios para quejarse del egoismo de sus maestros y para buscar en la asociacion amparo contra la fuerza usurpadora de los que los vejaban.

Tenian tambien motivos poderosos para pensar que el rey no se cuidaba tanto como era menester de los asuntos públicos, y que la reina prestaba más atencion á las exigencias de su fantasía y á los caprichos de sus pasiones que á los deberes de reina y de esposa.

Podian tener como el marido y la mujer una verdadera riña; pero desde el momento en que un extraño salia á su defensa atentando á la personalidad del monarca, inmediatamente enlazada al pueblo con lazos más estrechos y profundos que los que pueden existir entre dos consortes, desde aquel instante tenian que exclamar aquellos hombres monárquicos por conviccion, monárquicos por sentimiento, que veian en el rey un hombre providencial, en gritos de indignacion; no podian prescindir de poner término á su disgusto doméstico, por decirlo así, y encararse con los que, pensando hacerles un beneficio, aspiraban á robarles lo que más amaban en el mundo.

II.

¡Oh, aquel pueblo, en medio de sus defectos, era un gran pueblo!

Digan lo que quieran sus detractores, al lado de los vicios hijos de la ignorancia, se desarrollaban virtudes que natural y lógicamente debian alcanzarle la gloria de las páginas de la guerra de la Independencia.

Desde el momento en que escucharon á Picornel formular el proceso de los reyes; desde el momento en que

oyeron la sentencia que aquellos conspiradores formulaban contra ellos; desde el momento que se apercibieron de que con mano sacrílega proyectaban apoderarse de ellos, empujarles al abismo y establecer lo que más tarde se ha llamado soberanía nacional, experimentaron una secreta repulsion hácia aquellos hombres, á los que no supieron calificar por entonces de otra manera que llamándolos herejes, definicion que expresaba perfectamente sus ideas respecto á la monarquía, puesto que, considerándola como un efecto de la voluntad divina, todo lo que fuera atentar á ella era atentar á la voluntad suprema, y por consiguiente no podia ser católico quien semejante empresa llevase á cabo.

No encontraban aquellos hombres palabras con que expresar la indignacion que se habia apoderado de su espíritu.

Infundíanles pavor los jefes de la conspiracion, y por la misma razon de que median la inmensidad de su atrevimiento, sentíanse como sobresaltados en su presencia, y los que no hubieran huido de hombres retrocedian ante ellos como si fueran el mismo diablo.

III.

Sin embargo, á punto estaban de manifestar su disgusto, cuando Sebastian Reyes, más hábil, más astuto, más inteligente que los demás que le acompañaban, tomó la palabra, y si no tranquilizó á Picornel ni á Lax, por lo ménos pudo evitar que sus compañeros expresa-

sen su disgusto y destruyesen el plan que habia concebido.

Su plan, fácilmente lo adivinará el lector, no era otro que evitar la catástrofe que proyectaban Lax y Picornel, tendiéndoles al mismo tiempo un lazo como á fieras dañinas para que en lo sucesivo no pudieran hacer daño.

Apenas llegó Reyes á su casa con los que le acompañaban,

—A juzgar por el silencio con que habeis venido, les dijo, y por la cara apesadumbrada que teneis, no habeis salido muy contentos de la entrevista con esos hombres.

—No, exclamaron todos, hallando en aquella negacion el primer desahogo.

—Os conozco lo bastante para saber de cierto que si no hablo os oponeis abiertamente á los designios de esos malvados, y en este caso hubiéramos llegado á las manos, produciendo un espectáculo que he querido evitar.

—La verdad es, dijo uno de ellos, que si nos hemos opuesto á sus propósitos, es porque los consideramos indignos.

—Y ¿por ventura crees que no pienso de la misma manera? dijo Reyes.

—Si piensas así, has debido decir lo que sentias.

—Eso es, y que esos miserables hubieran podido ponerse en guardia y escapar para volver más tarde, ó si cuentan con bastantes elementos, que no sabemos si en

este caso se hallan, á precipitar las cosas é impedirnos salvar á los reyes. Amigos mios, oid los móviles de mi conducta, y obrad despues como mejor os agrade. Yo he descubierto que esos hombres, que nos han ido buscando poco á poco, que se han ingerido en nuestras interioridades, que han escuchado las quejas personales que cada cual de nosotros tiene de sus maestros, ó de los que mangonean en el gremio, no han pensado jamás en libertarnos del yugo de nuestros opresores, sino en realizar una ambicion bastarda eligiéndonos como meros instrumentos para llevar á cabo sus planes.

IV.

Al llegar aquí no puedo ménos de pensar que si todos en aquel tiempo y despues hubieran pensado como Sebastian Reyes, nos hubiéramos ahorrado muchas sublevaciones, motines, etc., etc.

Pero despues de este paréntesis, que es como una losa fúnebre sobre la que un viajero escribe un epitafio, prosigamos oyendo á aquel honrado español que oponia á la intriga la lealtad y la intriga tambien.

V.

—Si nosotros desoyésemos las indicaciones de esos hombres, prosiguió; si nos separásemos de ellos es posible que á estas horas nos acechara tras de una esqui-

na el puñal de algun miserable. Vale más que no sospechen de vosotros, que cuenten con vuestro apoyo. Pero ¡ay! los que antes que todo somos monárquicos; los que inspirados por la religion no podemos cometer un crímen, los que inspirados por el sentimiento monárquico no podemos poner la mano en nuestros reyes, hemos recibido esta tarde la mision de salvar la vida de los monarcas, y si quereis seguir mis consejos, yo estoy seguro de que les salvaremos.

—Sí, sí, gritaron todos.

—Cualesquiera que sean las debilidades ó los defectos de que adolezcan SS. MM., son padres del pueblo, y ningun hijo puede ni debe examinar la conducta de los que le han dado el sér, de los que velan por su ventura. Si nos tienen abandonados y ven que nosotros pensamos en ellos y sacrificamos nuestra vida por su salvacion, este ejemplo les inspirará nuevo amor hácia nosotros, y creedme, los pueblos solo viven y son felices con el amor de los reyes, como los hijos solo lo son con el amor de sus padres.

VI.

Estas palabras, pronunciadas con elocuente sencillez, pero que revelaban gran generosidad, conmovieron á los oyentes de Sebastian.

—No hay uno de nosotros, continuó, que no esté dispuesto á derramar hasta la última gota de sangre por el rey y la reina; pero esto no basta. ¡Quién sabe si esos

miserables, aprovechando la ocasion de que las tropas españolas están en la frontera defendiendo la independencia de la patria y castigando á los inícuos ejércitos del rey de los franceses, han podido alcanzar el apoyo de toda la hez de la sociedad! ¡Quién sabe si cuentan con esas miserables gentes que tienen siempre su brazo al servicio de cualquier rencor, y no bastamos para destruir sus planes! Yo he pensado que debemos luchar con ellos hasta el último instante; que debemos seguirles, oir sus confidencias, aceptar un papel en el golpe de mano que proyectan, convencernos de los elementos en que se apoyan para llevar á cabo sus planes, y en el momento dado colocar nuestros pechos como invencibles murallas ante el rey y la reina.

VII.

Sus palabras fueron acogidas con las mayores muestras de entusiasmo.

Todos convinieron en que aquel era el mejor medio de destruir las infames maquinaciones de los enemigos de la monarquía, y aunque á su carácter repugnaba tener que desempeñar un papel tan deshonroso, aceptaron el consejo de Sebastian, y este quedó en ir aquella misma noche á ver á Picornel para manifestarle que habia hablado con ellos particularmente; que habia vencido algunos escrúpulos que les habian asaltado, y que todos estaban dispuestos á secundar el proyecto de los jefes de la conspiracion.

Así lo hizo en efecto.

Sus palabras tranquilizaron un momento á Picornel, y algo más animado, resolvió aprovechar la primera ocasion para dar el golpe.

Lo primero que hizo fué pedir á Godoy permiso para llevar á su esposa á Guadalajara, donde tenia unas tias que le querian mucho, con el objeto de que por su mediacion pudiera verificarse la deseada reconciliacion con su familia.

Godoy le dió licencia para emprender aquel viaje, y en efecto, en aquel mismo dia salieron para Guadalajara Cármen y doña Emerenciana.

VIII.

Picornel se despidió de su esposa pronunciando estas palabras:

—¡Quién sabe si nos volveremos á ver!

Cármen, con la resignacion que da el dolor, solo respondió:

—¡Cúmplase su voluntad divina!

Picornel corrió á refugiarse á casa de Lax, y de allí no salió para que no se descubriera que se habia quedado en Madrid en vez de ir á Guadalajara.

Al dia siguiente todo Madrid acudió á recibir á los reyes, que volvian de Aranjuez.

IX.

Cada vez que se verificaba este suceso acudia el pueblo lleno de júbilo y de amor, se apresuraba á formar dos filas, mucho más seguras para los monarcas que las que suelen formar en estos tiempos las milicias y ejércitos.

¡Qué aplausos, qué vítores, qué entusiasmo en aquellos momentos en que los reyes regresaban!

¡Con qué interés examinaban todos los cambios que se habian operado en la fisonomía de los individuos de la familia real!

—El rey está desmejorado, decian unos.

—No es extraño; habrá hecho poco ejercicio.

—Cuando está en Madrid, está mejor.

—Como que va de caza todos los dias.

—El clima de Aranjuez es malo.

—Pues á la reina le sienta bien.

—¡Qué guapa está!

—Sin embargo, está muy pálida; no debe haber dormido esta noche.

—Nada tiene de extraño; el cansancio del viaje.

Y los comentarios seguian refiriéndose á los hijos de los augustos reyes, y al retirarse el concurso todas las conversaciones demostraban los sentimientos monárquicos de todas las clases de la sociedad.

El que habia recibido un saludo directo del rey ó de la reina; el que habia visto sonreir á Cárlos IV; el que

habia oido el timbre de la voz de María Luisa; el que habia notado si habia crecido ó habia engordado alguno de los augustos príncipes, se consideraba dichoso y no pedia más á Dios.

¡Hermosa época aquella! ¡Hermoso pueblo! ¡Hermosos sentimientos los que llenaban su alma!

¿Volveremos nosotros los hijos del siglo XIX á presenciar este espectáculo sublime?

¡Quién sabe! Puede ser que sí.

CAPITULO LI.

—

I.

Un golpe en vago.

Empezaba el mes de Junio, y á pesar de lo adelantado de la estacion, adelanto que hacia vivir á treinta grados sobre cero á los habitantes de la villa y córte, habia producido tal efecto en Madrid la presencia del célebre marino Malaspina, que las familias de la grandeza se disputaban el honor de recibirle en sus palacios y de obsequiarle con magníficos festines.

Los escritores maliciosos de aquel tiempo dan á entender que, enorgullecido con aquel triunfo el hijo del mar, aspiraba nada ménos que á la fortuna de interesar á la reina, y se decia *sotto voce* que habia puesto en juego algunos medios para conseguir la realizacion de sus deseos.

Aunque Juan Picornel no habia presentado á Godoy la carta que le habia entregado la Matallana, porque la necesitaba para llevar á cabo sus planes de enseñársela á los conjurados, apenas la utilizó, en este concepto, la llevó á manos de su jefe.

Conveníale aparecer informado de todo lo que pasaba

en palacio para justificar su determinacion si triunfaba y se presentaba á él despues del triunfo.

El duque de la Alcudia tuvo muy buen cuidado de ocultar á su secretario el efecto que aquella carta produjo en su ánimo, y debemos decir que no fué muy grande, puesto que seguia las intrigas de la córte, y estaba convencido de que Malaspina habia trabajado en balde hasta entonces.

Pero la Matallana tuvo ocasion de conferenciar con la reina, y aprovechando uno de esos momentos de expansion que suelen tener los soberanos con las personas de su confianza, le dió á entender que tenia motivos para pensar que Godoy estaba casado en secreto con la Tudó, y que, de no ser así, por lo ménos sostenia relaciones amorosas con ella.

II.

Las crónicas no cuentan lo que pasó. Lo único que dicen es que al dia siguiente manifestó el rey deseos de dar un baile en honor del marino.

La reina calificó de oportunísima aquella resolucion; corrieron las órdenes, y cuatro dias despues se celebraba en los salones de palacio un espléndido baile, al que acudió cuanto de más distinguido encerraba la córte.

María Luisa estuvo muy obsequiosa con Malaspina.

Delante de su esposo, de Godoy y de algunos otros personajes, elogió el valor y la persona del marino, y le

rogó que refiriese alguna de las aventuras que habia corrido en sus viajes.

Inútil seria ahora describir todos los pormenores de aquel baile.

No nos faltará ocasion de dar una reseña detallada de esta solémnidad, pero cuando la situacion de los personajes la haga más interesante.

Baste por ahora al lector saber que Godoy, pretextando graves ocupaciones, se retiró muy temprano del baile, corrió á su casa, se encerró en su despacho y á solas, porque, como recordará el lector, Juan Picornel le habia pedido licencia para acompañar á su esposa á Guadalajara, hacia ya tres ó cuatro dias que permanecia encerrado en casa de Lax, buscó los medios de dejar á Malaspina en Madrid lo más pronto posible.

Trató de conseguir su deseo, pero antes de que lo consiguiera ocurrieron sucesos que reclaman toda nuestra atencion.

El duque de la Alcudia se habia retirado de palacio bastante disgustado.

III.

Al dia siguiente, cuando fué á palacio á despachar con S. M., no entró, segun costumbre, en la cámara de los reyes.

—¿No vas á ver á María Luisa? le preguntó el monarca.

—Dígnese V. M. disculparme, porque lós asuntos de

la guerra me tienen tan atareado, que en estos momentos, sobre todo, no puedo distraer un instante mi atencion de ellos.

—Con un servidor tan leal como tú puedo yo descansar, dijo el rey, y por lo mismo no puedo ménos de alabar tu celo.

—Cumplo con mi deber, señor.

—Yo sabré recompensarte.

—Hartas mercedes me ha dispensado V. M.; pero una sola me basta: el afecto de mi rey y señor.

—Sí; le tienes y para siempre.

—Dios quiera que así sea. ¿Va V. M. de caza esta tarde?

—Sí; tengo buenas noticias del Pardo, y hace ya muchos dias que no me consagro á mi distraccion favorita. Si tus tareas te lo permiten, vé al Real Sitio, que me complacerás en extremo viéndote allí. María Luisa vendrá tambien.

—¿Para qué he de hacer concebir esperanzas á V. M.? De seguro no iré.

—Pero no faltes á la noche: una de las primeras piezas será para tí.

IV.

Godoy dió gracias al monarca por sus bondades y bajó á su despacho.

Poco despues salieron del patio de palacio con el acompañamiento acostumbrado tres carruajes.

En el primero iban el rey, la reina, doña Isabel de Matallana y el conde de San Juan, montero mayor de S. M.

En el segundo cuatro grandes de la servidumbre del rey que solian acompañarle en sus cacerías.

El tercero era de respeto.

La régia comitiva se dirigió al Real Sitio del Pardo, y en el patio del palacio aguardaban los monteros, los ojeadores y los encargados de las trahillas.

El rostro del rey manifestaba la alegría de su alma al verse en su elemento, porque la caza habia llegado á ser en S. M. una verdadera pasion.

V.

Habia sido invitado aquella tarde á pasar al Real Sitio del Pardo el célebre marino Malaspina, y ya se hallaba en palacio cuando llegó la régia comitiva.

El rey, acompañado de su montero mayor y de los ojeadores, dejó á su esposa y á la camarista con las personas de la servidumbre y partió lleno de júbilo á cazar.

No haria media hora que se habia separado de la reina, cuando uno de los guardias se presentó, y despues de pedir la vénia á la reina le anunció la llegada de varios artesanos de Madrid, á cuyo frente iba uno con quien habia hablado manifestando la necesidad que tenia de ver á S. M. el rey para librarle de un gran peligro.

Esta noticia, sobre todo en aquellos tiempos, alarmó á la reina y á cuantos la rodeaban.

S. M. comisionó á Malaspina para que oyese á aquellos hombres.

VI.

Sebastian Reyes, que era el que capitaneaba el grupo de artesanos, manifestó que todo estaba preparado para una sublevacion, y que la señal de ella en Madrid habia de ser la prision de los reyes.

Explicó los motivos que tenia para dar aquellas noticias, y aseguró que él y los que le acompañaban estaban resueltos á defender á S. M. sin que hubiera necesidad de nadie más, puesto que ellos, para evitar el golpe, habian fingido estar horrorizados á los verdaderos criminales.

Apenas oyó la reina estas noticias, que le comunicó el marino, mandó que se presentaran á su vista Sebastian Reyes y los suyos.

Confirmaron la noticia, y aconsejada la reina, dió las órdenes oportunas para que buscasen al rey y le hicieran volver á palacio.

Casi al mismo tiempo que ocurria esto en el Pardo, ecibia un aviso Godoy de lo que se intentaba, y tomando á escape las más urgentes disposiciones, acudia al Real Sitio al frente de una seccion de guardias para defender las personas de los reyes.

Todo fué confusion.

VII.

El rey no tardó en enterarse de lo que pasaba, y volvió á palacio en tanto que los guardias del Real Sitio por un lado y los soldados por otro registraban hasta los más ocultos rincones de los montes del Pardo para descubrir á los malhechores.

La tarea fué inútil.

Resueltos á jugar el todo por el todo, habian acudido los cinco verdaderos autores de la conspiracion.

Sospechando que habian sido engañados, en medio de la fiebre á que les condenaba la situacion en que vivian, resolvieron llevar á cabo un crímen espantoso para poder reanimar á los cobardes cuando hubieran acabado con los únicos obstáculos que en su concepto les arredraban.

Pero no tardaron en comprender, al hallarse embboscados en el Real Sitio, que sus cómplices, no solo no les seguirian, sino que les habian delatado, y al notar el movimiento de fuerzas que salian á explorar los bosques, corrieron á Madrid, y atemorizados y disponiéndose á partir de España, resolvieron por de pronto ocultarse en casa de Lax, en la sala de las conferencias, y aguardar allí una ocasion propicia para poner á salvo su vida, ya que tenian que renunciar á sus designios.

—¿Ves cómo todo ha sido una exageracion de parte de esos pobres hombres, que han visto visiones sin duda alguna?

—De todas maneras, señor, se atrevió á decir Malaspina, yo prenderia á los que han venido á alarmar á V. M. y no los soltaria hasta que descubriese á los verdaderos culpables, si los hay.

—S. M., dijo Godoy que estaba presente, tiene leales consejeros, y aun sin ellos sabe tomar las determinaciones que convienen al brillo de su patria y al decoro de su persona.

VIII.

El favorito, como ve el lector, aprovechó la ocasion de humillar ante los reyes al que envidiaba en aquellos momentos, por el prestigio que en tan breves dias habia alcanzado.

—Yo por mi parte, dijo S. M., perdono á esos infelices, de cuyo celo y lealtad estoy seguro. Si no hubiera habido algo no hubieran venido desde Madrid á dar la voz de alarma. Pero aunque yo presuma que no hay un solo español que no me estime, que no reconozca el amor que profeso á mis vasallos, pueden haber oido hablar á algun loco y obedecer al mismo amor que me profesan la determinacion que han tomado viniendo aquí.

—De todos modos, señor, dijo Godoy, he dispuesto que el que ha venido dirigiendo á esos hombres me espere para hablar con él. Cumpliendo mi deber, me enteraré de los motivos que ha tenido para venir aquí

á turbar el recreo de V. M., y si hay culpables, esta noche quedarán en poder de la justicia.

IX.

La Matallana habia hablado algunas palabras con Malaspina.

Por indicacion de Maria Luisa tornó la régia comitiva á Madrid.

—¿Sabe V. M. lo que pienso? se atrevió á decir la Matallana á la reina.

—¿Qué piensas, Isabel?

—Que el señor duque de la Alcudia ha querido venir esta tarde al Real Sitio del Pardo y ha buscado un pretexto para realizar su deseo.

—Eres muy maliciosa.

—Confio tanto en la bondad de V. M...

—Pues yo te impongo silencio.

—Obedezco, dijo Isabel; pero ya habia logrado sus designios.

—Y ¡cosa extraña! á pesar de todo lo que habia sucedido, doña María Luisa estaba muy contenta.

X.

Godoy quedó en el Pardo y conferenció con Sebastian Reyes.

Este le contó detalladamente todo lo que habia sucedido; pero no pudo decirle los nombres de los verdade-

ros conspiradores porque estaba seguro de ignorarlos, toda vez que decia, y era así la verdad, que los nombres con que se habian presentado á ellos eran supuestos.

—Pero yo tengo medios, añadió, de entregar á los cinco promovedores de la conspiracion á la justicia si V. E. me faculta para ello y dispone que un alcalde con los alguaciles necesarios haga lo que yo le indique.

—Vengáse Vd. conmigo á Madrid, le dijo el duque de la Alcudia, y apenas lleguemos haré lo que usted desea.

XI.

Sebastian salió un momento con la vénia de Godoy para explicar á sus amigos la determinacion que habia tomado, y despidiéndose de ellos subió al carruaje con el duque de la Alcudia.

Dos horas despues se apeaban Godoy y Sebastian delante del palacio de la plaza de los Ministerios.

—Suba Vd. conmigo, dijo Godoy.

Al llegar á la antecámara de su despacho salió á su encuentro Juan Picornel.

Apenas le vió,

—Celebro hallar á Vd., le dijo con el mayor afecto. Venga Vd., venga Vd., que le necesito.

Sebastian reconoció á Juan.

—Señor, dijo de pronto dirigiéndose al duque de la

Alcudia, V. E. acaba de saludar al jefe de los conspiradores.

Juan reconoció á Reyes y se estremeció.

—¿Qué dice Vd.?

—Que ese hombre es el autor del plan que he descubierto á V. E.

—Vd. se engaña.

—Lo juro por mi vida.

—¿Qué responde Vd. á eso, Picornel? exclamó Godoy visiblemente alterado.

—Que ese hombre ha dicho la verdad; que he sido un miserable y sufro el castigo que merezco. Soy indigno del aprecio de Vd.; pero desde ahora me constituyo en prisionero, y confesando desde luego mi crímen, solo espero al verdugo para que cumpla su terrible mision.

—Vaya Vd. arrestado á su habitacion, dijo Godoy experimentando un inmenso pesar al descubrir la infamia de su secretario.

XII.

Inmediatamente mandó llamar al corregidor de Madrid, le enteró de lo que habia ocurrido y le dió órden para que sacasen de su casa á Juan Picornel y le llevasen á la cárcel de córte.

Al mismo tiempo manifestó al corregidor que Sebastian creia contar con los medios necesarios para descubrir á los demás culpables.

En efecto, con un alcalde y una ronda de alguaciles llegó Sebastian Reyes á casa de Lax y pudo apoderarse de los conspiradores.

Aquella noche se hallaban los cinco incomunicados en la cárcel, y la justicia trabajaba activamente en la formacion de la causa que se debia seguir á unos hombres que atentaban nada ménos que á la persona augusta de los reyes y á la tranquilidad del país en los momentos en que España se hallaba en guerra con la república francesa.

XIII.

Uno de los primeros acuerdos que por indicacion de Godoy y mandato del rey se llevó á cabo, fué el de ocultar á toda la poblacion el conato de rebeldía de aquellos miserables, tanto para evitar la explosion de ira que contra ellos se despertaria en el pueblo, como para evitar que pudieran los españoles acostumbrarse á la idea de que habia habido entre ellos hombres capaces de pensar siquiera en la destruccion de la monarquía.

CAPITULO LII.

—

Consecuencias.

I.

A pesar del celo que desplegó el gobierno para evitar que llegara á conocimiento del público la noticia del atentado, ó por lo ménos del conato de rebeldía de que habia sido objeto la augusta persona del rey, no dejó de traslucirse algo, sobre todo en los círculos de la curia, y era de admirar el asombro con que todos escuchaban la narracion de aquel suceso.

Habia unanimidad entre los oyentes de atribuir al mismo diablo una participacion muy directa en el inícuo plan, y no habia quien no se santiguase muchas veces y prorumpiese en pavorosas exclamaciones al pensar que sin la fidelidad de Sebastian Reyes y de los demás cómplices de los criminales nada hubiera sido más fácil que ver á la católica, pacífica y monárquica España convertida en un infierno tal y como se le representaban en Francia con sus revoluciones, su guillotina siempre levantada y su espantoso regicidio.

Inmediatamente se formó causa, y la Sala de alcaldes celebró sesiones extraordinarias para profundizar los misterios de la conspiracion, apoderarse de todos los hilos y poner remedio á tantas iniquidades dando un

ejemplar castigo á los habian querido encender en España la hoguera que, en su opinion, devastaba las instituciones más venerandas de la Francia.

II.

De todos los reos, el que más sufria era Juan Picornel.

Lax estaba tranquilo.

Desde el principio habia comprendido cuál seria el resultado del proceso, y aguardaba tranquilo la muerte, buscando en la misericordia del Todopoderoso un consuelo á su afliccion y un estímulo para sobrellevar la desgracia que pesaba sobre él.

Cortés, Andrés y Garasa habian resuelto negar á todo trance su participacion en el complot.

Prevenidos ya de antemano á todo evento, estuvieron contestes en sus declaraciones.

Garasa, que fué el primero que sufrió el interrogatorio, declaró que, en efecto, Lax y Picornel le habian buscado y le habian participado su plan; que en vez de negarse á escucharles creyó oportuno enterarse de sus proyectos para poder estorbarlos cuando llegase la hora oportuna de realizarlos.

Dijo además que no habia ido al Real Sitio del Pardo; que faltando á la cita habia pensado que todo se acabaria; que sabia el pensamiento de los conspiradores, y que al saber que el plan se habia frustrado, para no ser víctima de Lax y Picornel, que habian jurado

asesinarle si los delataba, habia acudido al sitio, donde se habia apoderado de él la justicia, para no infundir sospechas á los verdaderos criminales.

III.

Andrés y Cortés declararon lo mismo en iguales ó parecidos términos.

Sin embargo, todas las investigaciones que habia hecho la justicia, unidas á las indicaciones de Sebastian Reyes y de sus amigos, dieron al tribunal la conviccion de que aquellos tres eran tan culpables como Lax y Picornel.

Estos dos fueron más verídicos en sus declaraciones.

En el primer interrogatorio quedaron convictos y confesos.

Picornel, dominado por la desesperacion, reveló en sus palabras que era un iluso; más aun, un fanático.

Con arreglo á lo que se habia acordado, se elevó á S. M. por medio de Godoy el resultado de la sustanciacion del proceso y la sentencia de la Sala, por la que se condenaba á los cinco reos á expiar sus culpas en el patíbulo.

La sentencia fué leida á todos ellos, y en honor de la verdad debemos decir que produjo en su alma una horrible sensacion.

IV.

Juan Picornel pidió recado de escribir, y con pulso tembloroso redactó dos cartas.

La primera era para Cármen.

La segunda para Godoy.

«Te ofrecí, esposa mia, decia á Cármen, el martirio ó la gloria. He debido ser muy culpable cuando tan pronto he alcanzado la horrible pena que me condena á un eterno martirio.

»No debe sorprenderte esta noticia.

»Antes de unirnos ya sabia la suerte que podia esperar.

»Acaban de leerme la sentencia, y la justicia me condena á morir en garrote vil.

»Estoy tranquilo porque el arrepentimiento inunda mi alma. La fatalidad me ha conducido al abismo.

»Yo hubiera podido ser muy feliz con tu amor y con el afecto de mi protector; todo lo he sacrificado á una voluntad superior á la mia: la ambicion que me ha dominado desde que he podido darme cuenta de mis actos.

»Si tienes valor ven á verme. Despidámonos en la tierra para darnos cita en otro mundo más puro y mejor que este.

»Dios, que ve la sinceridad de mi arrepentimiento, se apiadará de mí. Si no te crees con fuerzas suficientes para soportar nuestra eterna despedida, recíbela im-

pregnada en mis lágrimas en esta carta, y tú, que eres buena, pide á Dios que se apiade de mí.»

V.

La carta que dirigió á Godoy estaba concebida en estos términos:

«Si puede hallar en su noble corazon misericordia la más negra ingratitud que se ha cometido en el mundo; si un acerbo dolor logra inspirarle de nuevo alguna generosidad, concédame V. E. el consuelo de que antes de que expíe en el patíbulo mi enorme delito, pueda hacer á V. E. algunas revelaciones que le muevan á otorgarme su perdon.»

Estas dos cartas fueron entregadas por Picornel al alcaide de la cárcel.

Godoy la recibió una hora despues.

VI.

Cármen, que vivia en el mayor desasosiego porque no tenia noticia de su esposo, se hallaba decidida á regresar á Madrid á averiguar lo que pasaba, cuando llegó á sus manos la carta de Picornel.

Los momentos eran supremos.

Repuesta por ese esfuerzo sobrehumano que en las grandes aflicciones hace de las mujeres heroinas, llamó á doña Emerenciana.

—Es necesario que nos pongamos inmediatamente en camino para Madrid, le dijo.

—¿Pues qué pasa, señorita?

—Una gran desventura.

—No me explico... Hable Vd.

—Acabo de recibir una carta.

—¿De D. Juan?

—Sí.

—¿Y qué dice?

—Que está preso en la cárcel.

—¡Vírgen de la Almudena!

—Y condenado á muerte.

—¡Válgame Dios y todos los santos del cielo! ¿Pues qué delito ha cometido el Sr. D. Juan?

—Es inútil que se lo explique á Vd. Tenemos que salir inmediatamente para la córte.

—El caso es que no sé si contaremos con bastantes recursos.

—Iremos á pié si es preciso.

—No: ya hay para ir en coche. ¡Válgame Dios y qué cosas pasan! ¿Pero está Vd. segura?

—No hablemos más. Salga Vd. inmediatamente para ver si hay algun carruaje de retorno ó si encuentra algun medio de ponernos en camino inmediatamente para llegar á Madrid. Es necesario arrostrar la indignacion de mis padres. Me presentaré á ellos, imploraré su auxilio, y al fin son padres, no me lo negarán.

—El diablo ha metido la pata en todo esto. Bien sabe Dios que estoy arrepentida de haberle ayudado á Vd.

—No volvamos los ojos atrás. Es necesario impedir que se cumpla la sentencia que va á dejarme viuda.

—Lo que me extraña es que siendo secretario del señor duque de la Alcudia no haya podido impedir ese atropello, porque atropello debe ser. Un hombre tan honrado, tan bueno...

—Déjese Vd. de consideraciones que á nada conducen, y partamos lo más pronto posible. Sobre todo, que no se entere nadie en la poblacion de la causa de nuestra repentina marcha.

—No tenga Vd. cuidado alguno; nadie lo sabrá, dijo la vieja.

Y poniéndose el manto salió á buscar un carruaje.

VII.

Más de dos horas tardó en volver á donde le aguardaba impaciente la pobre jóven.

En todo aquel tiempo no habia hecho más que llorar y buscar algun medio que librase á su esposo del suplicio que le esperaba.

En cambio doña Emerenciana, no pudiendo contenerse, habia ido refiriendo á todas las personas que habia encontrado al paso el motivo que ocasionaba su viaje á Madrid, y despues de perder mucho tiempo en las conversaciones pudo conseguir dos mulas, en las que sobre cómodas jamugas pudieron emprender el viaje.

VIII.

Durante el camino, recordando Cármen las palabras benévolas que le habia dedicado el duque de la Alcudia cuando la habia felicitado por su boda, resolvió antes de dar ningun paso pedir una audiencia á Godoy.

No queriendo pasar por Madrid, se dirigió por la Ronda, apeándose en una posada de la calle de Leganitos.

Inmediatamente se dirigió al palacio de la plaza de los Ministerios, preguntó por el mayordomo del duque, subió á su habitacion, habló con él y con su esposa, que, como recordarán los lectores, la habian tenido en su casa uno ó dos dias, les expuso la aflictiva situacion en que se hallaba, tuvo noticia por ellos de lo que habia ocurrido, y se decidió más y más á hablar al duque de la Alcudia.

El mayordomo fué el encargado de anunciar á su excelencia la llegada de Cármen y el deseo que tenia de verle.

Antes de asistir á su entrevista, veamos lo que habia pasado á Picornel y la actitud en que se hallaba Godoy respecto de su secretario.

CAPITULO LIII.

—

La conciencia.

I.

Varias eran las razones que impulsaban á Godoy á mostrarse benigno con Juan Picornel.

La primera y principal de todas no la sabia el acusado; pero debo manifestarla á los lectores.

Al acudir Godoy al Real Sitio del Pardo, y al sorprender á Malaspina cerca de la reina, tuvo un motivo fundado para darle quejas, á cuyo fin desaparecieron todas las nubes que empañaban las amistosas relaciones que existian entre la soberana y el ministro.

Como la fortuna de Godoy estribaba en el buen estado de estas relaciones, pudo obtener que se confiara al marino una mision importante, sin otro objeto que el de librarse de su presencia, y pensando que la imprudente ambicion de su secretario le habia proporcionado aquella reconciliacion, y recordando al mismo tiempo las excelentes cualidades de aquel hombre, sintió un vivo deseo de hacer algo en su obsequio, á pesar de lo

inflexible que era entonces la ley, para poder detener el castigo á que se habia hecho acreedor.

Al mismo tiempo que Godoy se hallaba animado de estas disposiciones tan favorables á Picornel, la Matallana, sorprendida al saber que su confidente habia proyectado nada ménos que destruir la monarquía en España, temerosa de que pudieran descubrir los lazos que á ella le habian unido, de que se pudieran descubrir las intenciones que le habian animado á admitir en su cuarto al secretario del duque de la Alcudia, trabajaba sigilosamente para que se sustanciase en breve la causa de los reos, y en presencia de los reyes ponderaba la enormidad del delito, diciendo que era de todo punto necesario hacer un ejemplar escarmiento con aquellos miserables para que en lo sucesivo no hubiera nadie que se atreviera á abrigar ideas semejantes á las suyas.

II.

No tardó en descubrir Godoy este celo de parte de la camarista, y unida á sus ideas peculiares la de contrarestar las pretensiones de la Matallana, resolvió poner en juego cuantos medios tenia para hacer algo más que llevar con sus palabras de perdon un consuelo al alma de Picornel.

Por de pronto, acudió al llamamiento de este.

La entrevista se celebró en una de las habitaciones del alcaide de la cárcel.

Godoy dispuso que llevaran el reo á su presencia y mandó que los dejaran solos.

Picornel permaneció silencioso algunos momentos.

III.

Godoy le contemplaba con una mezcla de piedad y de resentimiento.

Al cabo de algunos minutos,

—¡Qué mala consejera es la ambicion! exclamó.

—Ella conduce al hombre al abismo, dijo Picornel, y cuando el ambicioso cae, nadie puede levantarle. Lo único que puede hacer la caridad es cerrar sus ojos é implorar para él la misericordia divina.

—Sin embargo, dijo Godoy, yo me propongo que la caridad y el aprecio consigan algo más de lo que Vd. espera. Pero es preciso que sea Vd. franco conmigo. ¿Cómo se ha atrevido Vd. á llevar á cabo un plan tan descabellado despues de lo que hablamos cuando me comunicó Vd. sus deseos?

—La fatalidad me ha impulsado á cometer un crímen.

—No la fatalidad; yo le conozco á Vd., y creo que el verdadero culpable es su amor propio.

—Y bien, no diré que no; no me avergüenzo en descubrir á Vd. mi corazon. Nacido en pobre cuna, desde los primeros años he querido ser algo más que un hombre oscuro. La fatalidad me impulsó á viajar, me llevó al foco de la revolucion, me proporcionó la hala-

gadora amistad de los hombres que más figuran hoy en el mundo, y auxiliado por ellos y dominado por la esperanza de elevarme á su altura, quise suplantar en esta tierra hidalga y leal las semillas de la libertad y del progreso. Lo que quizás no hubiera hecho para proporcionarme una posicion desahogada, lo hice con el objeto de colocarme en situacion de realizar mis designios. Y sin embargo, la Providencia antes de castigarme me ha mostrado el peligro, me ha enseñado el camino del bien.

Yo conseguí la proteccion de una dama, cuya influencia en palacio es omnímoda. Por ella pude llegar al lado de V. E. y obtener su proteccion.

La fortuna me sonreia.

Era el secretario particular, el confidente, el amigo del primer hombre de Estado de España.

Todo me sonreia. Hasta el amor, que jamás habia penetrado en mi alma, me despertaba de mi sueño y me ofrecia los más risueños horizontes. ¡Ah! yo hubiera sido el mortal más dichoso del mundo con el amor de mi esposa y la proteccion de V. E. Cuando pensaba en conservar estos dos elementos de ventura, me asaltaban y me mortificaban los recuerdos de mi pasado. Exigíanme que cumpliese mis promesas los hombres á quienes habia ligado á mi suerte. Tenia que ser traidor y desleal con la señora que me habia proporcionado la posicion en que me hallaba, y luchando entre el bien y el mal, no tenia más remedio que arriesgar mi vida en un albur. No podia disfrutar los favores de vue-

cencia, la dicha de mi amor, si para ello tenia que aparecer como un ingrato ante la Matallana, como un traidor ante mis cómplices. En medio de mi alegría me habrian asaltado de contínuo la vergüenza y el remordimiento.

Hubiera turbado á cada instante la tranquilidad de mi vida el temor de verme sorprendido en una emboscada y perecer á manos del puñal de uno de mis cómplices. He sido culpable, y merezco el castigo. No espere V. E. que yo le pida gracia para mí. Pero cumple á mi deber exponer al ex-protector, al amigo, las causas de mi criminalidad, y al despedirme de él para siempre, al acercarse para mí la hora del suplicio, mi único pensamiento, despues de obtener su perdon, era pedirle que amparase á la pobre y desdichada viuda, cuyo único delito es haber arrostrado, por un piadoso amor, el sacrificio más grande del mundo: el de enlazarse á un hombre que, si podia por una eventualidad hacerla dichosa, en cambio solo la deja la vergüenza y la desesperacion.

IV.

Godoy, digan lo que quieran los que al trazar su bosquejo le han juzgado con el criterio político, era un hombre de corazon.

Las palabras, y sobre todo el acento de Juan Picornel, debian conmoverle, y le conmovieron.

Estrechando su mano:

—Su mayor culpa de Vd., le dijo, ha sido no corresponder como debia á mi afecto. De otro modo, me hubiera Vd. confesado la situacion en que se hallaba, y yo hubiera sido el primero en buscar la tranquilidad para su espíritu. Podia Vd. temer la venganza de sus cómplices; pero si al elevarse Vd. les brindaba los medios de satisfacer su ambicion, en vez de perseguirles hubiera justificado su conducta, y á la menor indicacion de Vd. yo hubiera sido el que le hubiera proporcionado los medios de favorecerles.

—Veo que esas palabras, dijo Juan, son motivos mayores de arrepentimiento para mí, y en nombre del afecto que le inspira el peso de mi desventura, insisto de nuevo en pedirle que cuando yo baje al sepulcro ampare Vd. á mi esposa.

—Puede Vd. estar tranquilo, nada le faltará; y si yo puedo, hasta evitaré que lleve su esposa de Vd. las tocas de la viuda.

—¡Ah! dijo Picornel suspirando, comprendo y agradezco los buenos deseos de V. E., pero es inútil. Yo conozco la intensidad de mi crímen. El rey con toda su clemencia no puede ni debe perdonarme. La debilidad de Luis XVI me ha llevado al suplicio. Entre un rey y un regicida no puede haber clemencia, no debe haberla. Yo muero satisfecho.

V.

Godoy se separó de Juan Picornel dolorosamente impresionado.

Aquel hombre valia mucho, y era una lástima que sucumbiera en el patíbulo una inteligencia que encaminada al bien podia ser útil y fecunda para la sociedad.

Desde aquel momento puso Godoy en juego todos los recursos de que disponia para evitar que se llevase á cabo la sentencia de los tribunales.

Tenia que luchar con muchos elementos contrarios, y todos poderosos.

En primer lugar, la justicia se mostraba inexorable.

El rey era en la tierra representante de la divinidad.

Atreverse á tocarle era cometer una profanacion, y en aquellos tiempos una profanacion era el delito más grave que podia cometerse.

Por otra parte, aunque se habia procurado hacer la sumaria con el mayor sigilo, no habia podido ménos de traslucirse algo, y la opinion pública se mostraba indignada con los conspiradores.

Habia necesidad de hacer un ejemplar castigo.

Solo Godoy estaba enfrente de aquella opinion y de aquella ley, y buscaba los medios de arrebatar al verdugo aquellas víctimas.

CAPITULO LIV.

—

La novela de la caridad.

I.

No necesitaba Godoy hablar mucho á Cárlos IV en favor de sus deseos.

Aquel rey, tan débil ó más aun que Luis XVI, era la bondad misma.

Incapaz de hacer mal, solo atribuia las culpas de los hombres á extravíos que consideraba como enfermedades dignas de compasion.

Las primeras palabras que para implorar su clemencia en favor de los reos pronunció Godoy hallaron eco en su corazon.

—Yo les perdono, dijo, y por mi parte no quiero que se levante un cadalso para ellos. Pero el tribunal de justicia los ha sentenciado, y en tales razones apoya su determinacion, que si escuchando los sentimientos generosos de mi alma revocase esa sentencia, destruiria en un momento ante la opinion pública y ante las potencias extranjeras todo lo que á costa de inmensos sa-

crificios están haciendo nuestros ejércitos para librar á España de las tempestades de la revolucion.

Aquel argumento era muy poderoso.

A todas horas y en todas partes salia al encuentro de Godoy; y hasta la misma reina doña María Luisa, que oia hablar contínuamente del asunto á todas sus camaristas, y especialmente á la Matallana, mostrábase propicia á proteger á Cármen, pero inflexible con Juan Picornel.

—No es posible perdonar á uno sin perdonar á todos, decia; si queda impune ése crímen podrá repetirse, y si perdonamos al principal instigador y sufren el castigo sus cómplices rebajaremos la justicia á los ojos del mundo.

Ante estos argumentos tenia que callar la piedad.

II.

La maledicencia, siempre dispuesta á ensañarse con los que gozan los favores de la fortuna, empezó á formular una calumnia que Godoy necesitaba cortar de raiz inmediatamente.

Llegábase á decir que si influia tanto en favor de los reos, era porque temia que al perder toda esperanza de salvacion declarasen la verdad acerca del estímulo que les habia impulsado á atentar á la vida del rey; y añadian muy callandito que no habian sido más que instrumentos suyos, porque queria á toda costa librarse de la presencia del monarca para ser él el verdadero so-

berano, á la sombra de una regencia de María Luisa, mientras durase la menor edad del príncipe de Astúrias.

Como en esta calumnia se envolvia tambien á la reina, y la Matallana tuvo muy buen cuidado de hacerla llegar á oidos de María Luisa, se pusieron las cosas de tal modo, que Godoy, á pesar de su fuerza de voluntad y de su privilegiado talento, sintió el más profundo desaliento.

Bajo esta influencia se hallaba cuando Cármen llegó á Madrid y solicitó de él una entrevista.

III.

Al verla tan afligida le ocultó Godoy lo infructuoso de sus deseos, le dió esperanzas; pero por las palabras que pronunció la jóven no tardó en comprender que si estas esperanzas no se realizaban, el desengaño seria su muerte, y al fin y al cabo la reveló la verdad.

—Todo está perdido, le dijo, por el camino recto, por el camino legal; pero ¡quién sabe! Tranquilícese Vd.; aun puede ser que hallemos algun medio de librar de la muerte á ese hombre desgraciado.

Aun habia tiempo. Faltaban cuatro dias para que fuesen puestos en capilla los reos.

IV.

Cármen, con esa sobrexcitacion propia del dolor que sufria, quiso hacer algo por su parte y se decidió á arrostrar la indignacion de sus padres á cambio del auxilio que podian prestarle.

Llegó á su casa y la vió cerrada.

Inquirió y supo que habia muerto su madre, y que su padre, poseido de la más profunda desesperacion, habia salido de Madrid, habia desheredado y maldecido á su hija y habia partido por último á la Cartuja de Zaragoza para acabar en aquel santo asilo el resto de su vida.

Estas noticias agravaron la pesadumbre de Cármen. No quiso ir á la cárcel á ver á Juan hasta convencerse de que nada podia hacer para librarle del suplicio.

—Cuando pierda todas las esperanzas, se habia dicho, iré á su lado y no me separaré de él. Solo á la fuerza podrán alejarme de su compañía; pero para conseguirlo tendrán que acabar con mi vida, y entonces nos uniremos en la eternidad.

Y se dirigió á palacio y manifestó deseos de ver á los reyes.

Le fué imposible de todo punto, y esperó á que saliesen á paseo al pié de la escalera para caer á sus piés y pedirles clemencia.

Así lo hizo, y Cárlos IV el bondadoso, apenas se en-

teró de quién era, participando de su pena, con los ojos inundados de lágrimas,

—Confia, le dijo, en que, si yo puedo, no morirá.

V.

Animada por estas palabras se encaminó á la cárcel de Córte, manifestó al alcaide quién era, y á pesar de sus ruegos no pudo conseguir lo que anhelaba.

El alcaide le dijo que necesitaba una autorizacion de la Sala de Alcaldes para poder ver á Juan Picornel.

Era ya tarde, y los jueces se habian retirado del tribunal.

Tenia, pues, que aguardar hasta el dia siguiente para obtener el permiso anhelado.

Las emociones de aquel dia la habian afectado de tal modo, que se sintió mal.

Faltándole las fuerzas, tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

De pronto oyó una melodía dulcísima.

Hallábase junto á la puerta de la iglesia de Santa María; estaban allí las Cuarenta Horas, y el órgano inundaba el espacio con sus arrobadoras melodías al mismo tiempo que el sacerdote ofrecia á la adoracion de los fieles el cuerpo del Señor bajo la forma de la hostia consagrada.

Cármen entró en el templo.

Postrada de hinojos comenzó á orar, y permaneció

mucho tiempo rezando sin apercibirse de lo que pasaba en torno suyo.

Sin notar que la gente se habia marchado, continuó inmóvil tanto tiempo, que no pudo ménos de llamar la atencion de una buena señora que se habia quedado á hacer la visita de altares.

El monaguillo agitó las llaves para indicar que iba á cerrarse el templo.

La señora que la habia observado acudió á sostenerla.

VI.

Despues de enterarse del estado en que se hallaba, salió con ella de la iglesia y le dijo:

—Vivo aquí cerca; Vd. está muy débil y necesita reparar sus fuerzas. Venga Vd. un instante conmigo, tomará Vd. algun alimento y descansará.

Cármen, que necesitaba vivir por lo ménos hasta que perdiera todas sus esperanzas, aceptó maquinalmente aquel obsequio.

La señora tornó por el callejon que separaba el templo de la casa de los duques de Abrantes, y penetrando por una puerta muy pequeña próxima al único ángulo que formaba la plaza de Santa María, condujo á Cármen á una habitacion ricamente adornada en el piso bajo, y dió órdenes á las criadas para que ofreciesen á Cármen una taza de buen caldo.

Cármen apenas se enteraba de lo que pasaba en torno suyo.

Estaba verdaderamente desfallecida.

El instinto de conservacion más que otra cosa le hizo aceptar el alimento que le ofrecieron y las bondades de aquella señora desconocida.

Poco despues dispuso la misma señora que la llevasen á una alcoba contigua; la depositaron en un mullido lecho y se durmió profundamente.

VII.

La señora dijo á uno de los criados:

—Llame Vd. á la señorita Dolores.

Acto contínuo se presentó una jóven, que podia tener á lo sumo de quince á diez y seis años, y con desenvoltura:

—¿Qué quiere Vd., señora marquesa? dijo.

—He hallado en la próxima iglesia á esa pobre jóven que está en el lecho. Debe sufrir mucho; me ha compadecido su desgracia y la he ofrecido un asilo, proponiéndome socorrerla si, como deseo, es la pobreza la principal causa de su desesperacion. Quédate á su lado hasta que venga el médico; y para que te acostumbres á pagar á Dios las bondades que te ha dispensado; para que comprendas más y más cuánto debes á la clemencia del cielo por haber vuelto al seno de tu verdadera familia, acompaña á esta pobre jóven, consuélala y oye sus culpas. Solo conociendo la desventura de los

demás podemos apreciar los bienes que debemos á la Providencia.

VIII.

La jóven, que era encantadora, se sentó á la cabecera del lecho donde reposaba Cármen, y la señora marquesa del Puente, que este era el nombre de la caritativa dama que habia amparado á Cármen, mandó avisar á un doctor, temerosa de que el sueño que se habia apoderado de su protegida fuese el principio de una penosa enfermedad.

CAPITULO LV.

—

Dos almas tristes.

I.

Por fortuna los temores de la señora marquesa eran infundados.

Llegó el doctor, pulsó á Cármen y aseguró que no ofrecia cuidado.

—Duerme tranquilamente, dijo: y lo único que comprendo es que ha debido sufrir algun disgusto y caer estenuada por el cansancio. En cuanto ese sueño termine, recuperará las fuerzas y podrá dar las gracias á su bienhechora.

Tranquila la marquesa, quiso, sin embargo, que alguna persona de su servidumbre se quedara al lado de la desconocida para explicarle cuando se despertase todo lo que le habia ocurrido, para que le informase del sitio en donde estaba, y la jóven á quien he llamado Dolores se apresuró á manifestar que ella velaria á la enferma.

—No, hija mia, no, dijo la marquesa; una de las criadas se quedará á su lado.

—No se por qué me ha inspirado simpatía esta mujer, dijo Dolores. Hágame Vd. el favor, señora, de permitirme que no me separe de ella.

A las instancias de la marquesa respondió la jóven con nuevas súplicas, y al fin y al cabo logró lo que deseaba.

II.

Mientras que se rezó el rosario en aquella casa, como era costumbre en todas, se quedó una criada cerca de Cármen, y al retirarse á dormir todos los habitantes de aquella casa, acudió Dolores á la habitacion en donde reposaba la jóven.

—He accedido á tus deseos, dijo la marquesa; pero tengo que hacerte una observacion. Ya sabes lo que me has ofrecido. Es necesario que si por una casualidad hablas con esa jóven no le reveles nada de lo que me has prometido ocultar á todo el mundo hasta que yo te cumpla la promesa que te he hecho.

—No tenga Vd. cuidado, señora marquesa; ¿pero llegará pronto el dia en que yo pueda ver á esas personas á quienes amo tanto?

—Muy pronto, sí. Pídele á Dios que se acabe pronto la guerra y que no tengas necesidad de vestir luto, y yo te ofrezco devolver la alegría á tu corazon.

—Dios se lo pague á Vd., señora, dijo Dolores besando la mano de la marquesa.

Acto contínuo fué á desempeñar su mision de enfermera.

Sentada en un sillon á la cabecera de la cama de Cármen, á favor de la débil claridad que infundia en aquella estancia una mariposa, contemplaba las hermosas facciones de la desconocida y no pudo ménos de pensar de este modo:

—No sé por qué me figuro que tambien sufre esta pobre mujer. ¡Cuánto daria porque me estimase y me confiara sus penas!

Será egoismo, ¡pero ofrece tan dulces consuelos al corazon recoger los ayes de los que padecen!

III.

Cediendo al cansancio, se durmió tambien, y allá al amanecer, cuando la claridad del alba penetraba en la habitacion y se extinguia la luz de la lamparilla, se despertó sobresaltada.

Cármen se habia incorporado en el lecho; miraba con extrañeza en torno suyo y se preguntaba en alta voz:

—¿Dónde estoy?

—Tranquilícese Vd., señora, dijo Dolores; se halla Vd. en una casa en donde todos sus moradores desean complacerla.

—¡Ah! señorita, dijo Cármen, Dios le pague á Vd. y á su familia el favor que me han hecho, porque sin duda alguna su piedad es quien me ha conducido hasta

aquí... Tengo ideas confusas... Yo me hallaba en el templo á pedir á Dios que se apiadara de mí, y de pronto sentí que me faltaban las fuerzas. Ahora recuerdo que una señora de rostro bondadoso estaba á mi lado. A pesar de ser anciana me prestaba su apoyo. Sin duda alguna es su madre de Vd.

—¡Ah! no señora, dijo Dolores suspirando. Yo no tengo madre; no la he tenido nunca.

Y recordando que en aquel suspiro habia dicho más de lo que convenia á la palabra que habia empeñado y á los deseos de la marquesa,

—Quiero decir, replicó, que la perdí siendo yo muy niña.

—Dichosa ella, dijo Cármen con profunda tristeza, y dichosa Vd., que no tiene como yo el remordimiento de haber llevado al sepulcro á la que le dió el sér.

IV.

Este recuerdo hizo asomar á sus ojos las lágrimas.

—¿Llora Vd., señora?

—Sí; lloro porque soy muy desgraciada.

—¡Cuánto daria porque nos conociéramos de hace ya mucho tiempo; porque fuéramos amigas.

—¿Y con qué fin?

—¡Oh! entonces tendria derecho para pedir á usted que me revelase sus penas ¡Y quién sabe! Tal vez hallaria en el cariño que me ha inspirado Vd. desde luego

algun bálsamo que ofrecer á las heridas de su angustiado corazon.

—Dios la bendiga á Vd., hija mia, dijo Cármen tendiendo la mano á Dolores.

—Gracias, dijo esta. Déjeme estrecharla con efusion. No sé por qué al verla á Vd. dormida, al contemplarla con la tranquilidad de un ángel, he sentido hácia usted un afecto... No me lo sé explicar; pero, vamos... ¿Quisiera Vd. saber cómo ha llegado hasta aquí, á quién debe la hospitalidad que se le ha ofrecido en esta casa, y deseará Vd. tal vez volver al lado de su familia, que estará apesadumbrada ignorando su paradero? Yo la daré á Vd. todas estas explicaciones, y en seguida buscaremos los medios de que pueda Vd. ir á tranquilizar á los que tal vez sospechan una desgracia que por fortuna no se ha realizado.

—Sí, sí, yo le agradeceré esas explicaciones.

—Pues bien, señora, estaba Vd. en la iglesia de Santa María, y cuando llegó la hora de cerrar el templo no habia nadie en la casa del Señor más que Vd. y la señora marquesa del Puente.

—¿Era aquella señora que me auxilió?...

—Sí, la dueña de esta casa; un ángel; la hermana de los pobres y de los afligidos. Descubrió desde luego en su rostro de Vd. las huellas de un profundo pesar, la trajo á Vd. á su casa, y notando que estaba Vd. desfallecida, la mandó dar algun alimento.

—Sí, ya recuerdo, ya recuerdo de todo eso; pero me parecia haberlo soñado.

—Mandó en seguida llamar al doctor. Llegó, la examinó á Vd., vió que no ofreçia cuidado su dolencia, y entonces, más tranquila, se retiró la señora marquesa, no sin haber pedido antes á Dios, al terminar el rosario, que se apiadase de Vd.

—¡Dios la bendiga!

—Yo deseé dedicarme á cuidar á Vd., y he permanedo á su lado y he pasado la noche en su compañía.

—¡Cuántas bondades! ¡Ah! ¡Si supiera esa señora que no soy digna de sus favores!

—¿Y por qué no?

—¡Ay! hija mia, no quiera Dios que nunca sufra usted lo que yo he sufrido en los últimos dias. ¿Pero no podré yo ver á esa señora, no podré darle gracias, no podré, por último, saber quién es Vd., que está al lado de ese ángel?.

V.

Dolores, que era muy impresionable, que no podia cuando se sentia conmovida guardar la emocion en su alma, sino que necesitaba desahogo, dominada por su carácter expansivo,

—¿Quiere Vd. que seamos muy amigas? dijo.

—¿Cómo no he de querer?

—Pues bien, aun es temprano: todos se hallan reposando; la mayor tranquilidad reina en esta casa. Aprovechemos estos instantes en confiarnos mútuamente nuestra vida.

Vd. dice que es muy desgraciada; yo tambien lo soy. Seamos hermanas.

—¿Pero no es Vd. de la familia de la señora marquesa?

—Lo ignoro.

—¿Es posible?

—Sí; hace unos quince dias que me trajeron á esta casa. Por supuesto, todo esto se lo digo á Vd. con la mayor reserva. Habia prometido á la señora marquesa no revelar este secreto, y ya ve Vd., no puedo.

—Nadie sabrá lo que Vd. me diga.

—Ya lo supongo. Por la misma razon que espero que seamos muy amigas siempre, quiero revelar á usted todo lo que me pasa. Las dos nos consolaremos, rezaremos juntas y encomendaremos á Dios el consuelo de nuestros pesares.

—¿Me ha dicho Vd. antes, prosiguió Cármen, que habia perdido á su madre siendo muy niña?

—Yo le diré á Vd. la verdad. Yo no sé dónde he nacido ni quiénes han sido mis padres. La señora marquesa lo sabe, y ha prometido revelármelo asegurándome que seré muy desdichada cuando haya recibido su bendicion, y que podré hacer mucho bien á todos los que en mi desgracia se han apiadado de mí. Pero mi verdadera desgracia no crea Vd. que consiste en no haber conocido á mis padres. ¡Quién sabe si moririan! ¡Quién sabe si al morir llevarian una inmensa pena por haberme abandonado! No los culpo, ni tampoco he echado de ménos sus cuidados, porque desde

muy niña me recogió en su casa una familia que en España conoce todo el mundo. No crea Vd. que es una familia noble, rica, nada de eso. ¿Pero á mí qué me importa? Teniendo hijos, han sido padres para mí, y me han dado en ellos verdaderos hermanos. Nada me ha faltado. Yo era el ojo derecho de mi madre adoptiva. Feliz á su lado, mi único deseo era pagarles con mi cariño la gratitud que recibia mi alma. Algunas veces se separaban de mi lado y me dejaban en compañía de una hermana de mi madre adoptiva, una mujer del pueblo como ella, y cuando sucedia esto, no me hallaba. ¡Ah! ¿Cómo vivir sin mi madrastra María?

VI.

Hablaba Dolores con tanta sinceridad, que Cármen no pudo ménos de olvidar un instante sus penas ante el espectáculo de aquel ángel.

Hubo una breve pausa.

Dolores interrumpió el silencio.

—Pero aun no le he dicho á Vd., exclamó, el nombre de mis padres adoptivos, y debe Vd. conocerlos, porque son muy nombrados en toda España. Por supuesto que esto es un secreto que le confio; si la señora marquesa supiera que le he contado á Vd. mi historia... He hecho mal... ya lo sé, pero no he podido remediarlo... me ahogaba la pena; necesitaba un corazon que me comprendiese, y lo he hallado en el de Vd., ¿no es verdad?

—Sí, hija mia, sí.

—Ayudémonos mútuamente. Cuando yo sepa la causa de sus penas, poco puedo hacer, porque todo cuanto tengo lo debo á la piedad de la señora marquesa; pero algo haré... ¿no es verdad que Vd. aceptará mi cariño?

—Con toda mi alma.

—¡Ah! gracias... gracias; pero qué cabeza... aun no le he dicho á Vd. el nombre de mi padre adoptivo... ¿Ha oido Vd. hablar del famoso torero Pepe-Hillo?

—Sí, ¡oh! sí, exclamó Cármen sorprendida.

—¿De veras?

—Le conozco.

—Es posible.

—Aun no hace mucho tiempo que me dispensó un avor que no podré pagarle nunca, y además á él he debido la dicha de llamarme la esposa de un hombre á quien amo más que á mi vida, y á quien hoy lloro ya porque está condenado á muerte y quizás en capilla.

VII.

Estas palabras aumentaron el interés que aquellas dos mujeres se inspiraban mútuamente, y su conversacion desde aquel momento fué más expresiva.

Cármen refirió á Dolores todas sus cuitas, y esta prometió interesar á la marquesa en su favor.

Al mismo tiempo le suplicó una gracia.

—Yo estoy aquí oculta, le dijo; despues de un largo viaje por mar, me llevaron á un pueblo de Cataluña.

Allí me esperaba la señora marquesa. Yo creí encontrar en aquel pueblo á Pepe-Hillo; la persona que me habia sacado de casa de la hermana de mis padres era una señora de Sevilla, y me aseguró que tenia encargo de conducirme á aquel sitio por órden de mis padres adoptivos. Pero al llegar me aseguró que la señora marquesa era la encargada de explicarme por qué razon no veia allí á mi familia, y en efecto, me lo explicó de un modo que aun no he podido comprenderlo. «Si eres dócil y complaciente, me dijo, conocerás á tus verdaderos padres, y son tan ricos que podrás un dia pagar con creces á los que te prohijaron la gratitud que hácia ellos sientes en tu alma.» Yo creí estas palabras y aún las creo. Al dia siguiente vino á vernos un militar, que manifestándome que era íntimo amigo de mi padre me hizo algunas preguntas. Me indicó que iba á verle, y al estrechar mi mano cuando se despidió, ví que lloraba. En seguida abandonamos aquel pueblo, me trajeron á Madrid, y aquí no he visto más que á la marquesa, á un fraile franciscano muy cariñoso que viene á menudo, á los criados de la casa y á Vd. hoy. Pero aunque espero hacer felices á mis padres adoptivos, aunque me han exigido que oculte á todo el mundo mi secreto, yo no puedo vivir sin saber algo de ellos. Estarán desconsolados sin saber nada de mí, y Vd., mi buena amiga, usted, mi hermana en el dolor, irá á verlos, ¿no es verdad?

—Sí, hoy mismo.

—Les referirá Vd. todo lo que yo acabo de contarle;

pero exigiéndoles que guarden el mayor secreto, que no me busquen hasta que yo les avise, y como Vd. vendrá á menudo á esta casa, me dirá Vd. cómo están, lo que piensan, y yo seré feliz, porque mi única pena es vivir apartada de séres tan queridos.

VIII.

Cármen iba á hablar para asegurarle que complaceria sus deseos; pero la interrumpió la llegada de la marquesa.

Dolores se apresuró á contar á aquella señora la aflicion de Cármen.

Enternecida la marquesa del Puente, le ofreció toda su influencia para con los reyes.

Cármen completó el relato de Dolores, y asegurando á la marquesa que volveria á verla, pidió su vénia para partir.

Despues de estrechar la mano de su protectora y de besar cariñosamente á Dolores, salió de aquella hospitalaria casa.

Una idea cruzó de pronto por su mente.

Sabia que Pepe-Hillo era muy querido de la grandeza, de los reyes y del pueblo.

—Si él intercede, pensó, algo podré lograr, y cuando sepa que su hija adoptiva está en Madrid y ha llorado conmigo, intercederá.

Dominada por este pensamiento, fué á la calle del Cármen y entró en la casa del torero.

CAPÍTULO LVI.

—

Una esperanza que muere y otra que nace.

I.

Rosario salió á abrir la puerta.

Aunque no habia visto más que una vez á Cármen, habia sido en momentos tan críticos, que no pudo olvidar su fisonomía.

Al mismo tiempo habia llegado á su noticia el proceso de Juan Picornel, porque se habia hablado mucho sobre el particular, á pesar del misterio de que habia querido rodearle la justicia.

Por todas partes se comentaba el crímen cometido por él y sus cómplices; todo el mundo estaba enterado de su prision, y como era general el deseo de que se hiciera con ellos ejemplar castigo, se anticipaban muchos el contento de la muerte que deberian sufrir en el patíbulo.

Todos estos motivos fueron causa de que se sorprendiera grandemente Rosario al ver llegar á Cármen á casa de sus amos.

—Pase Vd., señorita, pase Vd., dijo abriendo la puerta despues de haberla reconocido.

—¿Está su ama de Vd.? preguntó Cármen.

—No, señora; pues qué, ¿ignora Vd. que hace ya mucho tiempo que ha salío de Madrid?

—¿Y su esposo tambien?

—Ya lo creo; los dos se fueron juntos.

—¡Válgame Dios, qué desventura!

—Ya lo creo que será desventura pa Vd., añadió Rosario; porque si es cierto lo que dicen; si, como cuentan, se casó Vd. de secreto con el Sr. D. Juan Picornel, y está preso y quién sabe si puesto en capilla, ya presumo el objeto que le trae á Vd. á esta casa... Como mi amo tiene tanta mano con el señor duque de Osuna y con otros grandes de España, puede favorecer á Vd. y de seguro que lo haria; pero... sí, sí, bueno está el probe.

Apenas escuchó Cármen toda esta retaila, porque desalentada al ver que solo hallaba obstáculos, meditaba el partido más ventajoso para calmar la ansiedad de su alma.

II.

Rosario, que tenia por lo visto muchas ganas de hablar, y era natural que las tuviese puesto que se pasaba las horas muertas sin más compañía que la de los dos hijos menores de Pepe-Hillo, aprovechó la ocasion y charló por los codos.

—Vd. sufrirá mucho, señorita; pero ande Vd., que el pícaro mundo para toos tiene. Y si no, ahí están mis amos. Tan contentos, tan felices y... ¡Quién nos lo habia de icir! De pronto ¡cataplum! se vuelven las tornas, y yo no sé lo que habrá pasao, poique el Sr. Santos, ya le conocerá Vd., uno mu güen moso y mu sentío que dende que se marchó mi amo no deja dia sin venir á preguntar si se nos ofrese argo, y po su conduto resibimos too el dinero y las cartas der Sr. Pepe y la señá María; el Sr. Santos, como digo, no me lo ha contao too, pero yo sé que mis amos están desesperaos y tocan er sielo con las manos. ¡Ahí tiene Vd. lo que son las cosas! Serian capaces de dar la casa que se ha frabicao en Seviya en la caye de Canta-Ranas, y toos los trajes de torear, que son de lo más rico y más garboso que se presentan en er reondel, por saber quién se ha yevao ar cariñito de su arma.

III.

Estas palabras recordaron á Cármen la promesa que habia hecho á Dolores.

—¿Sabe Vd. dónde están sus amos?

—¿Quién va á saberlo si andan removiendo sielo y tierra pa dar con el paraero de una jóven á quien recogieron de niña y que les han robao sin que se sepa quién? ¡Si Vd. supiera la historia!... Pero yo se la contaré.

—Es inútil; la conozco, y por la misma razon me identifico con el pesar de sus amos de Vd.

—Si no fuá más que lo de haber perdío una muchacha... añadió Rosario. Pero sí, sí, bien dice er reflan, que ningun mal viene solo. Yo, aunque me esté mal el isirlo, soy el ojito erecho de la señá María del Pópolo. Ya se ve; la he sirvío siempre y la he sirvío con lealtá, y me tié ley como yo se la tengo á ella, que como isiá el otro, el que come er pan de una casa, debe ser agraesío. Así es que al marcharse me confió sus hijos y me alegraria que estuvieran aquí; pero se han dío á la gramática. Más aseaos les tengo que una tasica é plata, y aunque no está su mare, yo les enseño á resá, y el rosario con toa la letanía no hay quien se lo quite en cuanto anochese. Vamos, quie isir que les estoy criando como si fuán hijos mios, aunque es mala comparansa. Pero der que no pueo haser carrera es de Antonio. ¡Ay, señora! Me tié la sangre má negra que er manto de la Vírgen de la Soleá. Y no crea Vd. que es por tener mala cabesa, ná de eso. Er probesillo no lo ise, pero tié una espina en el corason, y Dios quiá, Dios quiá que no haga una barbariá. En fin, con isirla á usted que á pesá de que no ha cumplío en toadía diesiseis años ya ha querío alistarse pá dir á la guerra y combatir contra los franchutes, está dicho too, y eso que er señó Santos le ha hablao al arma y yo tambien, que no me muerdo la lengua cuando llega el caso, porque, como dise el refran, quien bien te quiere, te hará yorá.

Pero ná, el probesillo me desia anoche yorando á lágrima viva: «Mira, Rosario, no me hables del asunto; sin Dolorsilla yo no pueo vivir. Cuando eya ha desaparesio

y mi pare no la encuentra, es que me la han matao; y yo, ¿qué pueo hasé entonse sino morí? Pero de morí, que mi muerte sirva pa argo. Mañana mesmo me asientan en la lista; cojo er chopo, y dentro é tres dias, ¡Dios sabe ónde iré! á matar extranjis.» Y er condenao ha salío esta mañana y estoy temblando verle venir de un momento á otro con too el avío pa marchase á la guerra.

—¿Segun eso, dijo Cármen, interesándose en el relato que de aquella manera tan grotesca le hacia Rosario, ese jóven quiere mucho á su hermana adoptiva?

—Más que á las niñas de sus ojos. El probesito se ha criao con eya, y como era un capuyito de rosas, un luserito de los sielos, un manojito de flores, está chalao y perderá er sentío. ¡Ay, Dios de mi arma! ¿Qué va á ser de nosotros?

Y con esa volubilidad andaluza que lleva de la risa al llanto y del llanto á la risa, segun el significado de las palabras que pronunciaba, la doméstica reia ó lloraba.

IV.

—Tranquilícese Vd., dijo Cármen olvidando por un momento sus penas para pensar en las del jóven que tan simpático presentaba á sus ojos Rosario. ¿Vendrá pronto?

—¿Quién?

—Ese jóven, Antonio.

—No tardará, porque se fué sin almorzar siquiera;

y además, al medio dia ha de venir el Sr. Santos que es el que cuida de nosotros, y él no se pué marchá sin resibir argunas moneas, poique de lo demás ya está arreglao. Ha escrito á su pare, y ar fin y ar cabo consentirá, poique en tratándose de la patria, no hay quien le gane.

—Yo le aseguro á Vd. que no se irá, dijo Cármen.

—¿Cómo... qué?

—Me parece que no se irá. Sobre todo despues que hable conmigo.

—¿Qué me ise Vd., señorita?... ¿Es posible que nos traiga Vd. tan buenas notisi as?

—Ya que no pueda yo ser dichosa, al ménos que él lo sea.

—Dende que la oigo á Vd. hablar de esa manera, me dan ganas de ir á buscarle por too Madrid.

—No haga Vd. tal. Yo voy ahora á casa del señor duque de la Alcudia, en donde me hospedo en la habitacion del mayordomo de S. E., y si él va allí á buscarme, puede Vd. asegurarle que le daré noticias tan lisonjeras que le harán desistir de sus propósitos.

—Ojalá; pero ¿y Vd.?

—No sé, añadió Cármen, cuál será la suerte que me está reservada. Es muy posible que un acerbo dolor, que ya se ha apoderado de mi alma, acabe por destruir mi existencia; pero si es así, debo antes pagar á su amo de Vd. una deuda de gratitud.

—Calle Vd., por Dios... si él es más generoso...

—Por lo mismo quiero corresponder á sus bondades

haciéndole revelaciones que sucesos providenciales me han ofrecido sin duda para que yo pueda mostrar mi reconocimiento á quienes tanto debo.

—Si Vd. se empeña...

—Sí; que no tarde ese jóven en verme. Las circunstancias en que me encuentro son críticas en extremo.

V.

Rosario quiso averiguar algo más de lo que le indicaba Cármen.

—¿No podria yo saber?... preguntó.

—Aun no: más tarde lo sabrá Vd. todo.

—Pues no seré curiosa, que es un vicio muy feo. No me iga Vd. más sino que las noticias que guarda en su pechito son buenas para Antonio.

—Para el y para toda su familia.

—Dios bendiga ese pico de oro.

—Adios.

—Adios, señorita, y vaya Vd. escuidiá, que yo peiré á la Vírgen toos los dias, desde que sé las penas que la afligen á ozté, que la proporcione consuelo.

—Gracias, muchas gracias, dijo Cármen con tristeza.

Y despidiéndose, salió de casa del torero, dejando en ella una esperanza y llevándose un nuevo desengaño.

CAPITULO LVII.

—

Alegría y dolor.

I.

Cuando llegó Cármen á casa del duque de la Alcudia, el conserge, los criados, el mayordomo y su familia se asombraron.

Al notar su tardanza, doña Emerenciana habia alarmado á todo el mundo, y cuando llegó la noche sin que Cármen tornara,

—No hay duda, empezó á decir entre sollozos, el dolor ha turbado su razon y ha sido capaz de cometer la locura de arrojarse al canal ó colgarse de un árbol. ¡Pobre ama mia! Yo, yo soy la verdadera culpable, la única causa de todas sus desventuras.

Y corriendo de un lado á otro, añadia:

—Hagan Vds. el favor de delatarme al Santo Oficio; de hacer que me sepulten en una cárcel; que me pongan en el tormento, porque yo soy la causa de todas las desdichas de esa pobre jóven, digna de mejor suerte.

II.

Estas exclamaciones, que atribuian todos á la desesperacion de la anciana, fueron sin embargo motivo para que el mayordomo del señor duque la manifestara los temores que abrigaban acerca de la suerte de su protegida.

Por mandato del ministro se dió órden á las rondas para que buscasen á Cármen y diesen inmediatamente cuenta de su paradero.

Las noticias que habian comunicado al Corregidor todos sus dependientes, y que aquel funcionario popular se habia apresurado á comunicar muy de mañana al ministro de Estado, no eran nada satisfactorias.

Ni muerta ni viva pudo ser hallada la susodicha persona, segun los informes de la autoridad.

Por estas razones fué, pues, considerada su presencia en el palacio como una verdadera resurreccion.

Inmediatamente quiso ver á Godoy y no tardó en conseguir este deseo.

Refirió Cármen á S. E. todo lo que le habia pasado el dia anterior y la hospitalidad que habia recibido de la marquesa del Puente, y le pidió la autorizacion que necesitaba para poder penetrar en la cárcel y hablar con su esposo.

III.

Facilitósela Godoy, y conmovido ante la situacion de la jóven,

—Diga Vd. á su esposo, añadió, que tiene muy buenos amigos; que todos trabajamos para salvarle de la muerte, pero aun no tenemos más que remotas esperanzas. Dicen que yo lo puedo todo; ya ve Vd. que no es cierto. Si yo pudiera perdonaria á Picornel, cuya privilegiada inteligencia, cuyo noble corazon reconozco, á pesar de los extravíos que le presentan como culpable á los ojos de todo el mundo; pero la justicia es inexorable, y la justicia puede y debe poder aun más que la piedad.

—Señor duque, exclamó Cármen haciendo un supremo esfuerzo, tengo valor para todo. Dígame V. E., por lo que más ame en el mundo, la verdad. ¿Hay alguna esperanza de salvarle la vida, ó está ya decretado que ha de perecer?

—La sentencia está firmada; él y sus cómplices son condenados á la pena de muerte en la horca; pero aun puede S. M. ejercer un acto de clemencia, y aunque la justicia le obligue á dominar sus sentimientos generosos... ¿quién sabe?... No pierda Vd. toda la esperanza, yo tampoco la he perdido; pero acostúmbrese Vd., sin embargo, á la idea de que pueden ser inútiles la generosidad y munificencia del rey y nuestros deseos.

—Gracias, señor duque, gracias por esas palabras

sinceras, por esos nobles sentimientos... ¡Dios se apiade de nosotros, y cúmplase su voluntad!

La atribulada jóven tuvo toda la energía y valor necesarios para contener su honda pena en presencia de Godoy; pero al salir á la antecámara cayó desfallecida por el supremo esfuerzo que habia hecho.

CAPÍTULO LVIII.

Lo que hace el amor.

I.

Conducida á la habitacion donde la hospedaba la familia del mayordomo del duque, consiguió reponerse; y ya restablecida, se disponia á aprovechar la autorizacion que Godoy le habia dado para poder penetrar en la cárcel y hablar con Picornel, cuando le anunciaron que un jóven deseaba verla.

Era Antonio, el hijo mayor de Pepe-Hillo.

—Tengo que hablar á solas con él, dijo á doña Emerenciana. Que pase, y déjenos Vd. solos algunos momentos.

El jóven se presentó en la estancia donde se hallaba Cármen.

En su rostro se veia el sufrimiento de su alma.

Hallábase, en efecto, dominado por una de esas pasiones que solo saben y pueden sentir los que han nacido y se han criado bajo el abrasador cielo de Andalucía.

II.

—Creo que tiene Vd. que hablarme, dijo á Cármen.

—Así es.

—Vengo á ponerme á sus órdenes.

—Tengo que hacer á Vd. una revelacion, pero con el mayor sigilo. Esta mañana, al recordar que su padre de Vd. ha sido bueno para mí, ignorando que estaba ausente de la córte, he ido á buscarle para pedirle que, valiéndose de todos los medios de que dispone, pudiera contribuir á librar de la muerte á mi esposo, que por haber conspirado contra el rey nuestro señor, se halla en la cárcel y está condenado á sufrir la última pena. Mi desgracia ha querido que no pueda favorecerme su padre de Vd.; pero al mismo tiempo me ha proporcionado la ocasion de saber la causa de su ausencia y el tormento que Vd. padece. Para ofrecerle un dulcísimo consuelo, he deseado hablar con Vd.

—Difícil es, señora, contestó el jóven con tristeza.

—Tal vez no, dijo Cármen. Hay penas que se borran fácilmente. Sus padres de Vd. viven desesperados porque no encuentran á una inocente niña á quien aman como si fuera su propia hija. Vd. sufre por el mismo motivo, pero con más intensidad. Ama Vd. á esa jóven y cree Vd. que sin ella no podrá vivir.

—Es verdad, señora.

—Pues bien; si sus padres de Vd. saben su paradero, si Vd. vuelve á encontrarla, su profundo dolor se cambiará en inmensa alegría.

—¿Y eso será posible? preguntó Antonio animándose.

—Sí lo es, porque yo sé dónde se halla Dolores.

—¿Vd., señora?

—Sí.

—¡Oh, hable Vd., por Dios!.. Dígame Vd. dónde podré verla.

—Con una condicion.

—Todas las que me impongais acepto.

III.

Cármen refirió á Antonio las circunstancias que le habian puesto en comunicacion con Dolores, los deseos que la hermosa niña le habia manifestado, y la necesidad que tenian, tanto él como sus padres, de respetar el misterio de que se hallaba rodeada en la córte para cumplir su voluntad y evitarla los disgustos que pesarian sobre ella desde el momento en que se averiguase que habia faltado á la palabra dada á su protector.

—Además, añadió Cármen, es posible, si comprendiesen las personas que la guardan que se habia descubierto su paradero, que la obligasen á salir de Madrid, siendo entonces difícil volver á encontrarla, porque son poderosas las personas que tienen interés en ocultar su presencia en la córte.

—Pero ¿no podré yo verla? preguntó Antonio.

—Creo que debe Vd. sacrificar ese deseo á su tranquilidad.

—¿Y cómo podrá tener ella noticias nuestras?

—Yo he quedado en llevárselas, y así lo haré. De todos modos, es necesario que Vd. comunique á sus padres la revelacion que acabo de hacerle para que estén tranquilos, para que esperen confiados en el cariño de Dolores, cuya gratitud hácia ellos es inmensa.

Y para confirmar á Antonio más y más en esta esperanza, le refirió cuanto Dolores habia hablado con aquel motivo.

IV.

—Pues bien, dijo Antonio, yo corresponderé, señora, á la bondad de Vd. con otra confianza. Desesperado al creer que habia perdido para siempre á Dolores, no he parado hasta conseguir que me admitan como voluntario para ir á la guerra. Ya lo he conseguido; ya formo parte de una compañía que debe salir en breve de Madrid para ir á la frontera de Cataluña á reforzar en ella las tropas españolas. Por lo que Vd. ha indicado, presume que Dolores pertenece á una familia ilustre. Vd. cree que es su padre el que le habló en el pueblo de Campoalegre, á donde fué llevada desde Sevilla, y sospecha Vd. además que ha de pertenecer á la familia del Puente.

—Tales son mis creencias, en efecto.

—Pues bien: en ese caso, oiga Vd. la resolucion que he tomado; y ya que es Vd. tan buena para nosotros, complete Vd. su obra. Yo no desisto de mi empeño. No podria, sin cometer una infame desercion, abandonar la

bandera que he buscado para combatir por mi patria. Por otra parte, aunque hijo de un hombre honrado, si no lograba ennoblecerme con mis actos como soldado, nunca podria aspirar á la ventura con que sueño. Averigüe Vd. el nombre de ese militar que está en la guerra y que tanto interés tiene por Dolores; yo iré á su lado, yo me distinguiré en su presencia, yo lograré su afecto, yo tornaré digno de su amor y de su mano; puesto que no he de verla; puesto que ella misma desea permanecer sujeta á las órdenes de la persona que la protege, comuníquela Vd. mis deseos, mis intenciones, mis esperanzas, y si ella corresponde á mi afecto, cuando yo vuelva conseguiré lo que más anhelo en este mundo. Pasado mañana partiré de Madrid con mi compañía; hoy mismo escribiré á mi padre diciéndole que venga y que la busque á Vd., porque Vd. puede darle las noticias que necesita para que vuelva á su alma la tranquilidad.

V.

Antonio se despidió de Cármen haciendo las mayores protestas de gratitud, y la esposa de Picornel acudió á la cárcel donde aquel se hallaba.

Momentos antes de llegar habia sido puesto en capilla.

CAPITULO LIX.

Un hombre del pueblo en la época del oscurantismo.

I.

Imposible es describir la tortura en que se hallaba Juan Picornel.

Aunque tarde, habia comprendido la inmensidad del crímen que habia querido llevar á cabo con sus cómplices, impulsado y estimulado por la ambicion; y al caer de la altura á donde le habian elevado sus sueños en el abismo que le ofrecia la realidad, su desesperacion no tenia límites, porque el amor y la gratitud que sentia en su pecho despertaban en aquellos momentos supremos el sentimiento religioso en su alma, y este sentimiento le hacia considerar la muerte como una expiacion terrible, al mismo tiempo que la idea de perder la vida llenaba de amargura su corazon, porque dejaba con ella una esposa adorada y amistades sinceras.

Sin embargo, era hombre; le dominaba el amor propio por lo tanto, y sacando fuerzas de flaqueza, pasó desde su calabozo con aparente serenidad hasta la capi-

lla, en donde debia aguardar, acompañado de la caridad cristiana, á que fuese la justicia á buscarle para expiar el atentado que contra ella habia cometido.

Deseaba y temia Juan Picornel ver á su esposa.

Por el duque de la Alcudia, que no cesaba de comunicarle cuantos pasos daba en su obsequio, habia sabido la llegada de Cármen á Madrid; esperaba de un momento á otro verla á su lado, y era mucho más temible para él la presencia purísima de aquella mujer angelical que la del mismo verdugo encargado de satisfacer en él la vindicta pública.

—¿Cómo, se preguntaba, un hombre que ha podido abrigar ideas tan perversas como yo, ha conseguido hacerse amar de una mujer tan pura, tan buena, arrastrándola al pecado, robando la tranquilidad á su espíritu y condenándola á una eterna desgracia?

Estos pensamientos le afligian aun más que la triste situacion en que se hallaba.

II.

Conducido á la capilla se encargaron los hermanos de la Paz y Caridad de auxiliarle en aquellos postreros momentos, y como los reos eran cinco, se repartieron los hermanos los cuidados que debian prestarles.

Uno de los hermanos de la Paz y Caridad manifestó gran empeño en asistir á Juan Picornel.

Logrado su deseo, penetró en la lúgubre capilla, donde se hallaba el reo con la cabeza apoyada en las

manos, sin apercibirse siquiera de lo que pasaba en torno suyo.

Penetró en la estancia, como digo, se encontró al lado de Juan Picornel y permaneció largo rato contemplándole sin atreverse á turbar su meditacion.

III.

Habria pasado media hora cuando el reo se apercibió de la presencia del hermano de la Paz y Caridad.

—Perdone Vd., le dijo sin mirarle, creí estar solo y veo que aun no me ha abandonado la caridad.

—¿Sufre Vd. mucho? preguntó el hermano.

—Sí; ¿para qué negarlo? Créese un hombre fuerte cuando puede ocultar su desfallecimiento á otro hombre. Es un grande error. Mi alma se doblega al infortunio. No mereceria el consuelo de Vd. ni el de nadie si en este instante que me deja la Providencia para arrepentirme, para recordar las culpas del pasado é implorar la misericordia divina, hiciese alarde de un va lor, de una entereza que apartarian de mi lado el cariño y solo inspirarian terror ó desprecio.

—Segun eso, ¿está Vd. arrepentido?

—Mucho.

—¿Cree Vd. justo el fallo de los tribunales?

—Muy justo, sí.

—¿Y no siente su pecho de Vd. rencor hácia nadie?

—No señor.

—¿Ni aun le conserva Vd. para los que, siendo sus

cómplices, vendieron su secreto y le denunciaron?

Al oir aquella pregunta, fijó Juan Picornel maquinalmente los ojos en su interlocutor, y reconociéndole,

—No, dijo; no, Sebastian Reyes. Vd. cumplió con su deber al evitar que la insensata conspiracion fraguada por mí pudiera llevarse á cabo. Vd. rindió homenaje á la justicia arrancando la máscara de mi rostro y entregándome á su fallo.

—Sin embargo, exclamó su interlocutor postrándose de hinojos; yo, que he sufrido mucho desde entonces; yo, que sufro y sufriré toda mi vida, deseo vivamente que me perdone Vd.

IV.

Juan tendió cariñosamente la mano á Sebastian Reyes, y le dijo:

—No es mi perdon, sino mi gratitud, lo que Vd. merece. Si Vd. no hubiera evitado el golpe que preparaba en mi locura, seria más criminal de lo que soy. ¡Quién sabe si en el paraxismo de la desesperacion habria cometido un crímen! Soy un conspirador, y podria haber llegado á ser un asesino. Hoy, al morir en el cadalso, podrán decir de mí las gentes: «Era un iluso, era un ambicioso;» sin Vd. dirian quizás: «Fué un regicida, un mónstruo, un infame.» Reflexione Vd. ahora si tengo motivos de agradecimiento.



Juan tendió cariñosamente la mano á Sebastian Reyes.

V.

Conmovido al escuchar estas palabras,

—¡Ah! Déme Vd. un abrazo, exclamó Sebastian Reyes. Si yo hubiera podido conocer entonces los sentimientos de Vd. como los conozco hoy, hubiese yo bastado para contener á Vd. en aquella pendiente que le impulsaba al abismo; yo habria comunicado á Vd. los sentimientos de mi corazon; no solo del mio, sino del de todo el pueblo español, que por desesperado que esté, por vejado que se vea no podria nunca imitar á esos hombres de Francia, que le han perdido á Vd. al trasmitirle sus perversas ideas, al hacerle cómplice de sus inícuos proyectos.

—La soberbia pierde; la ambicion mata.

—Pocos son los que saben en Madrid los verdaderos móviles del conato de rebelion que ha puesto á Vd. y á sus desdichados amigos al borde del sepulcro; pero esos pocos cuando piensan en ello se sienten poseidos de una vehemente indignacion. ¡Ah! Vd. ha vivido obcecado; sin esa pasion que le dominaba, hubiera Vd. llegado á comprender que un pueblo tan profundamente religioso como el pueblo español, al ver en el monarca la representacion en la tierra de la Divinidad del cielo, siente hácia él adoracion sin límites; nada hay que pueda amenguar este afecto; ningun obstáculo hay que apague, que mitigue siquiera el entusiasmo que, haciendo del rey un ídolo, lleva á los españoles con la

frente serena hasta el martirio en defensa de la real y sagrada persona á quien veneran, á quien aman. No, amigo mio, no han nacido en España aun los verdugos de los reyes, y si vinieran del extranjero hallarian una impenetrable é inmensa muralla en los pechos de los leales, que son todos los que han recibido las caricias de la madre patria bajo este puro cielo. Prueba de ello es el noble ardimiento, la abnegacion sin límites con que todas las clases de la sociedad, con que todos los hombres se han fundido en el sentimiento del rey nuestro señor al ver en el cadalso á su augusto pariente el infortunado rey de Francia, y han acudido á la frontera á castigar á los culpables. ¿No ha visto Vd. al pueblo en presencia de los reyes? ¿No ha oido Vd. aun á las clases más desheredadas prorumpir al verles en entusiastas aclamaciones?

Si una fatal obcecacion no le hubiera arrastrado á Vd. al camino del error, poniendo su talento y su corazon al servicio del bien, en vez de malgastarlo en locas empresas, habria Vd. comprendido que era mucho más grande el pueblo impresionado por el amor, que el pueblo dominado por el ódio.

—Todo eso es muy cierto, contestó Picornel con doloroso acento. Por eso espero resignado mi castigo. Yo declararé antes de morir todos los secretos de mi alma; yo pediré á Dios que mi sangre sirva para evitar á una nacion tan noble y generosa los horrores y los crímenes que se han desencadenado en Francia.

VI.

Sebastian Reyes permaneció meditando, silencioso, algunos instantes.

—¿Por qué no eleva Vd. al rey un memorial, le dijo, confesando los errores en que ha vivido y el arrepentimiento sincero que se ha apoderado de su corazon? Quizás entonces obtendria Vd. el perdon, porque los sentimientos de S. M. son grandes y generosos; y ¿qué mejor modo de redimir su culpa que consagrar su vida á la defensa de lo que ha querido destruir?

—Es ya tarde, dijo Juan.

—¡Oh, no! Yo mismo llevaria ese escrito á S. M.; yo alegaria los títulos que tengo, por haber descubierto la trama, para ser escuchado; yo pediria clemencia y casi estoy seguro de que la obtendria.

—No puede ser; para algunos quedaria entonces impune mi atentado, y es preciso que se borre con mi sangre la iniquidad que abrigaba mi pecho.

—Piense Vd. én su esposa.

—Para ella solo quiero la piedad de los reyes.

VII.

Sebastian insistió, pero inútilmente; y, sin embargo, despues de haber oido á Juan Picornel su firme resolucion; despues de conocer á fondo las bellas cualidades de su corazon, cualidades que solo una ceguedad la-

mentable hubiera podido oscurecer á sus ojos, se decidió á hacer por su parte las más apremiantes gestiones para salvarle de la muerte.

Se despidió de él, y acto contínuo fué á ver al duque de la Alcudia con el propósito de conseguir sus deseos, aliviando la crítica situacion del desgraciado Picornel.

—Señor, le dijo; yo, que entregué á V. E. al culpable; yo, que delaté á Juan como conspirador, vèngo á pediros gracia para él.

—Mis esfuerzos han sido infructuosos, contestó Godoy.

—¿No podria yo ver á S. M.?

—Difícil es.

—Acaso no, con el apoyo de V. E. Creo que si yo pudiera hablar al rey nuestro señor, despertaria, de seguro, la piedad en su alma.

—No es necesario; el rey ha perdonado ya á los reos, pero la justicia es inexorable, y el rey, como buen rey, tiene que doblegar su frente ante las leyes y ahogar sus magnánimos sentimientos ante el fallo de la justicia.

—Perdóneme V. E. si insisto.

—Esa insistencia le honra á Vd., y no seré yo ciertamente quien se oponga á ella. Dentro de breves instantes voy á palacio; venga Vd. conmigo, y yo le ofrezco que verá á S. M.

Poco despues se hallaba Sebastian Reyes en presencia de Cárlos IV.

CAPITULO LX.

—

La clemencia.

I.

Cuando al llegar á la cárcel supo Cármen que su esposo habia sido puesto en capilla, no pudo resistir la emocion y cayó desmayada.

Prestáronle auxilio el alcaide y los soldados que estaban de guardia, y al volver en sí, creyendo el primero que por el estado en que se hallaba Cármen no podria soportar la terrible emocion de ver á su esposo, al manifestarle la jóven su deseo de apurar hasta el fin el cáliz de la amargura,

—Ni es conveniente, ni es posible, le dijo, que le vea Vd. ahora. Está con los hermanos de la Paz y Caridad; despues vendrán los padres agonizantes y hasta la noche no podrá Vd. entrar en la capilla.

Cármen insistia, sin embargo, y al ver lo inútil de sus esfuerzos,

—Bien está, dijo; pero consiéntame Vd. al ménos que aguarde aquí el momento de verle.

Comprendiendo que su voluntad era irrevocable, la llevó el alcaide á sus habitaciones.

Cármen pidió recado de escribir.

Con pulso tembloroso trazó algunas líneas para Dolores. Confiábala en ellas que estaba resuelta á morir al lado de su querido esposo; pedíala que encomendase á Dios su alma, y para dejarla una grata memoria en su corazon le revelaba el resultado de su entrevista con Antonio, los propósitos de este y la resolucion que habia tomado para llegar algun dia á ser digno de ella.

II.

Terminando estaba la epístola cuando se presentó el alcaide seguido de un gentil-hombre.

—Este caballero, dijo á Cármen, viene de parte de S. M. la reina nuestra señora á buscar á Vd.

—¿A mí? preguntó Cármen sorprendida.

—Sí, señora, contestó el gentil-hombre; S. M. desea ver á Vd.

—¿Será cierto?

—Puede Vd. seguirme, segura de que hallará en su corazon toda la clemencia que necesitan sus padecimientos.

—¿Y he de partir sin ver á mi esposo, sin darle siquiera el último adios?

—Es necesario; S. M. lo ordena.

—¡Oh! Déjeme Vd. tan solo escribirle dos líneas.

—Haga Vd. lo que guste.

—Doy á Vd. infinitas gracias por este favor.

III.

Cármen se sentó y escribió con rapidez las siguientes líneas:

«Juan de mi vida: He venido á buscarte para morir contigo. S. M. me llama y acudo á cumplir sus órdenes. Despiértase en mi pecho una dulce esperanza. Si no llega á realizarse; si me impiden que te dé el último adios, yo te juro por el amor que nos profesamos no sobrevivir á mi desdicha.»

Rogó al alcaide que hiciese llegar aquella carta á poder de Juan, y partió con el gentil-hombre en un coche de palacio, que esperaba á la puerta de la cárcel, presa de una horrible angustia, deseando al par que temia ver á la reina, que con tanta urgencia queria verla.

La esperanza y la duda mortificaban á la desdichada jóven de una manera cruel, imposible de describir.

IV.

Apenas llegaron al régio alcázar fué conducida á presencia de S. M., que la esperaba con la sonrisa en los lábios.

Cármen se echó á sus piés, vertiendo un mar de lágrimas.

—Tranquilízate, hija mia, dijo María Luisa levantándola con ternura. Yo tengo confianza en que podre-

mos librar de la muerte á los reos; pero si así no fuese, yo no te desampararé nunca.

Cármen dió las gracias á la reina, pero la manifestó que estaba decidida á morir al mismo tiempo que su esposo.

Hízola S. M. varias preguntas, y conociendo Cármen que se interesaba por ella, le refirió minuciosamente toda su historia.

Era demasiado triste para que no conmoviese á María Luisa.

—¡Oh! dijo la reina despues de haberla oido, ahora más que nunca estoy resuelta á vencer los obstáculos que puedan oponerse á la clemencia del rey mi augusto esposo. Comprendo, pobre jóven, el horrible martirio que sufres, y procuraré por todos los medios que estén á mi alcance que vuelva la dicha y la tranquilidad á tu espíritu.

Y dando órdenes para que fuera conducida Cármen á una habitacion que le habia mandado preparar, pasó inmediatamente á la cámara régia, donde á la sazon se hallaba el duque de la Alcudia y Sebastian Reyes inclinando el ánimo del monarca en favor de Picornel al referirle las excelentes cualidades que adornaban á aquel desventurado.

V.

La reina influyó tambien por su parte en favor del reo, y el magnánimo Cárlos IV,

—Dejadme hablar, dijo, con los magistrados que dictaron la sentencia, y yo os ofrezco que salvaré la vida de esos infelices.

Poco tiempo despues mandó llamar con urgencia á los jueces de los conspiradores, y manifestándoles sus vehementes deseos de perdonar, les pidió que buscasen el medio de satisfacer sus generosos sentimientos.

Los magistrados deliberaron y declararon que en conciencia no podian revocar su fallo, dada la gravedad del delito que resultaba contra los reos.

—Pues bien, dijo Cárlos IV; si vosotros como jueces no podeis perdonar, yo, como juez supremo, puedo usar de la régia prerogativa que me concede el cetro que Dios ha puesto en mis manos, y convencido, como estoy, de que solo una lamentable ceguedad ha podido impulsar á esos desgraciados á conspirar contra mí, les perdono la vida, y únicamente, para que la justicia quede satisfecha, dispongo desde luego que se conmute su pena en la de reclusion perpétua. Designad vosotros los castillos á donde deban ir, y consultadme.

VI.

Los magistrados acataron la voluntad soberana, y aquel mismo dia, al propio tiempo que Godoy comunicaba á Juan Picornel la fausta noticia y los tribunales disponian que fuesen los reos sacados de la capilla y esperasen en la cárcel las órdenes del gobierno, la reina María Luisa corrió á participar á Cármen el perdon de su esposo, y añadió estas palabras:

—Tendrá que ir á un castillo, porque su absolucion no puede ser completa; pero yo confio en que las personas que se interesan por tí y por tu esposo completarán su obra proporcionándole entera libertad.

—¡Ah, señora! dijo Cármen echándose de nuevo á los piés de la reina. V. M. siembra beneficios en corazones agradecidos. Yo os juro que, tanto mi esposo como yo, sabremos corresponder á la munificencia de V. M.; pero si la esperanza que abriga vuestro magnánimo corazon no se realizase; si al librar á mi esposo de la muerte no es posible librarle de la reclusion perpétua, apiádese V. M. de mí y consiga que yo sufra la misma pena, que yo acompañe á mi esposo, que no me separe nunca de él.

—Te lo ofrezco, dijo María Luisa; pero ahora debes ir á la cárcel; deseará el infeliz reo escuchar tus consoladoras palabras.

VII.

Cármen se despidió de la reina repitiéndola su eterno agradecimiento, y al dirigirse por la calle Mayor á la cárcel de Córte se acordó de los beneficios que le habia dispensado la marquesa del Puente, de la promesa que habia hecho á Dolores, y deseosa de comunicar su alegría á aquellas personas que tanto interés habian manifestado por ella, entró en casa de la marquesa.

Desde luego extrañó mucho á Cármen al llegar ver á algunos alguaciles en la puerta; pero hallando franco

el paso, llegó hasta la estancia á donde la habia conducido su protectora cuando la halló próxima á ceder al cansancio y al dolor en la iglesia de Santa María.

Una criada la reconoció, y acercándose á ella:

—¡Ay, señorita! ¿No sabe Vd. lo que pasa? le dijo.

—¿Qué sucede? preguntó alarmada Cármen.

—La señora marquesa acaba de sufrir un disgusto que va á costarle la vida.

—Explíquese Vd., por Dios; ya sabe Vd. cuánta es mi gratitud hácia esa señora, y...

—Ha sido un suceso inesperado. ¡Quién podia imaginar!...

—Pero hable Vd., por Dios.

—¡Es tanto lo que padece en estos momentos mi señora, que!...

VIII.

Dicho esto vino á cortar la frase un copioso llanto que vertia la fiel criada.

—Cálmese Vd., por Dios, y sáqueme de esta impaciencia; dígame de una vez lo que ocurre.

—Pues nada, añadió la doméstica enjugándose las lágrimas; hace un instante que se presentó la justicia en esta casa á reclamar á la señorita Dolores en nombre de sus padres adoptivos, que, por lo que he podido averiguar, la habian recogido siendo niña, y habia vivido en su compañía hasta que hará cosa de un mes desapareció sin que pudieran averiguar su paradero;

pero al saberlo, yo no sé cómo han presentado pruebas á la justicia, y hace un instante han llegado, han hablado con la señora marquesa, han hecho algunas preguntas á la señorita Dolores, y al decir que no tenian más remedio que llevársela á casa de sus padres, sin perjuicio de averiguar quién era el verdadero culpable de su desaparicion de Sevilla, la señora se ha afectado de tal modo, que le ha dado un síncope y está en él. No sabemos si se salvará.

IX.

En esto se presentó Dolores, y al ver á Cármen, corrió á sus brazos, haciendo una seña á la criada para que saliese.

—¡Ah, mi buena amiga! La Providencia la envia á Vd., dijo á Cármen.

—Ya sé lo que ha pasado.

—Mis padres adoptivos han llegado ayer mismo á Madrid y quieren arrancarme del lado de la señora marquesa.

—Y Vd., ¿qué piensa hacer?

—Debo á ellos y á esta buena señora una inmensa gratitud.

Hágame Vd. un favor; ya sabe Vd. dónde viven.

—Sí..

—Perdone Vd. que sea egoista; pero la suplico encarecidamente que vaya á verles, que les diga que vengan en seguida, porque quizás cuando me oigan hablar

pueda arreglarse todo y volverá á mi alma la felicidad que ha perdido.

X.

La esposa de Picornel se apresuró á cumplir los deseos de Dolores, y olvidando en aras de la gratitud la necesidad que tenia su alma de comunicarse con Juan, abrazó á su amiga y partió inmediatamente para la calle del Cármen.

Allí encontró otra escena no ménos lastimera que la que habia presenciado en casa de la marquesa.

María del Pópolo lloraba como una Magdalena.

—¡Mi hijo! gritaba. ¡Yo no quiero que mi hijo vaya á la guerra; no, de ningun modo; que lo devuelvan á mi amor.

Pepe-Hillo, afligido tambien, procuraba consolar á su querida esposa.

—Aun será tiempo, la decia; no pué estar mu lejos, y yo iré hoy mismo á ver ar duque de la Alcudia, ya que no está en Madrí el duque de Osuna, mi protetor, pa que por su influensia otenga de S. M. el rey una órden á fin de que regrese Antonio á la casa que ha abandonao; y lo hará, no lo dudes, lo hará en cuanto sepa que hemos descubierto er paraero de Dolorsillas. No te aflijas, mujé, que güervo ahora mesmo.

XI.

Ya se disponia á salir, cuando reparó en Cármen, que habia presenciado la escena inmóvil, sin atreverse á pronunciar una sola palabra.

—¡Ah! ¿es ozté? dijo saludándola; mu bien venía.

Cármen, despues de saludarles, refirió en breves palabras los deseos del jóven y les explicó la parte que habia tenido en la resolucion de Antonio y los motivos que le habian obligado á alistarse en el ejército que peleaba en la frontera.

Pepe-Hillo oia esta relacion con el mayor entusiasmo. Al terminar Cármen la pequeña historia,

—Dios la bendiga á ozté, exclamó con vehemencia; ma dao ozté la vía. Si esos son los motivos ca tenío mi hijo pa dir á la guerra, bien teníos están y malegro deyo. Ya lo has escuchao, María; er chavó está perdío por Dolorsiyas, y como ahora salimos con que esa jembra es una señorita de caliá, justo y mu justo es que nuestro hijo se haga un hombre é provecho pa aspirar á eya. Mira, María, ahí te dejo; quéate en casa, que yo voy ahora mesmo dende aquí á ver á la marquesa.

XII.

Dicho y hecho.

Pepe-Hillo y Cármen salieron de casa de María del Pópolo.

El primero se encaminó á la plaza de Santa María, y la segunda á la cárcel de Córte.

Ahora veremos lo que sucedió á uno y á otro, y al mismo tiempo explicaremos cómo habia sabido el célebre torero el paradero de Dolores.

CAPITULO LXI.

—

Tregua al dolor

I.

La entrevista entre Cármen y Juan fué en extremo conmovedora.

Durante largo rato permanecieron estrechamente abrazados y sin poder articular una sola palabra, porque los sollozos extinguian su voz.

—Juan mio, exclamó al fin Cármen; Dios sea bendito, que se ha apiadado de nosotros.

—Sí, Cármen de mi alma, sí; bendito sea, porque aunque al librarme la vida no me devuelven la libertad, me permitirán consagrar todos los dias de mi existencia á agradecer las bondades de los que en esta ocasion nos han dado tantas pruebas de afecto.

Cármen refirió entonces á Picornel todo lo que le habia sucedido desde que no se veian, y repitió las palabras que al despedirse de ella habia dicho la reina.

Los dos permanecieron refiriéndose sus impresiones de aquellos hermosos dias, y aun estaban empleados en

tan cariñosos coloquios cuando acudieron á comunicar á Juan que el tribunal habia dispuesto, al conmutar su pena por la de reclusion perpétua, destinarle á un castillo en Portocabello.

—Es necesario, dijo Juan á su esposa; que vayas inmediatamente á palacio y procures ver á S. M. para darle las gracias en mi nombre y asegurarle que todos los dias de mi vida pediré á Dios por su felicidad. Al mismo tiempo, ya que te hallas resuelta á no abandonarme, alcanzarás de su piedad que te permitan venir conmigo, y entonces ese destierro al que me condenan, ese aislamiento en que hemos de vivir será un reflejo de nuestra felicidad.

Cármen se apresuró á cumplir los deseos de Picornel, y para llegar más pronto á la presencia de los reyes, fué á ver primero al duque de la Alcudia.

II.

Apenas le anunciaron la llegada de la jóven, se apresuró á recibirla.

—¿Está Vd. satisfecha?

—¡Oh! sí señor; satisfecha y agradecida.

—Pues bien; aun he de hacer yo más por Vd. y por su desgraciado esposo.

—¿Aun más, señor?

—Cuando los que delinquen se arrepienten; cuando los que por un instante han podido ser criminales vuelven en sí, es deber de todos los hombres honrados en-

dulzar su desgracia. Voy á comunicar á Vd. un proyecto que he concebido. Confio en la discrecion de la mujer y en la cooperacion de la esposa. Me he propuesto salvar á Picornel.

—¿Qué dice Vd., señor?

—El rey no sabe mi propósito; pero estoy seguro de que lo apoyará en cuanto lo conozca.

Al notar la impaciencia de Cármen:

—Vd. deseará, añadió, que le dé cuenta de mis deseos, ¿no es cierto?

—Sí señor, ¿para qué negarlo?

—Pues bien: de un momento á otro saldrán los cómplices de su esposo de Vd., dos para Portocabello y los otros dos para Panamá. Yo he podido obtener que Picornel vaya solo á Portocabello y salga el último, porque precisamente al mismo tiempo que él ha de ir un nuevo comandante de aquella fortaleza y llevará mis instrucciones. Estas instrucciones serán que, á los pocos dias de haber llegado el preso, le ponga en libertad.

—¡Ah, señor! exclamó Cármen, ¡y cuán bondadoso es Vd.!

—Tengo algun interés además que el que me inspira la caridad en favorecer de esta manera á mi antiguo secretario.

—El se complacerá en servir á Vd. siempre con la mayor lealtad.

—Pues bien: con los recursos que yo le ofrezco podrá al poco tiempo ponerse en camino para Francia, y con un nombre supuesto permanecer en esa nacion ob-

servando todo lo que suceda, y dándome cuenta detallada como agente secreto mio de cuanto averigüe ó sospeche. No es necesario que vaya Vd. con él á Portocabello. La travesía es molesta, y Vd. podrá permanecer en Madrid al lado de alguna honrada familia hasta que yo le avise que su esposo ha llegado á Francia. Entonces irá Vd. á reunirse con él, y lo único que le pediré será, si algun agradecimiento le merece lo que hago por su bien, que procure Vd. dominar la imaginacion de su esposo, que ha sido y puede ser aun su perdicion, haciéndole comprender que vale más la amistad sincera de un hombre como yo, que todo el esplendor de las posiciones con que ha soñado hasta ahora.

—¡Oh! Yo le juro á Vd., señor duque, que está curado para siempre de esa enfermedad que le ha llevado á las puertas del sepulcro.

—Muy difícil es eso; la ambicion es una de esas enfermedades con las que nace el individuo, y que no le abandona hasta que muere. Puede la experiencia mitigar los ataques; pero para vencer á la ambicion es necesario una contínua lucha, y yo espero que Vd. ayudará á su esposo á obtener ese triunfo.

Sus cómplices, añadió el duque de la Alcudia, van á salir mañana para su destino. Que no los vea Picornel. Él se embarcará dentro de cuatro dias, pero antes le veré yo y le daré mis instrucciones. ¿Tiene Vd. alguna familia en cuya compañía quedarse?

—He perdido á mis padres y no creo tener amigos, porque soy desgraciada. Sin embargo, pediré hospitali-

dad á un hombre de gran corazon á quien V. E. conoce. Me ha dispensado ya algunos favores; estima mucho á mi marido y estoy segura de que me amparará.

—¿Dice Vd. que le conozco?

—Sí; es el famoso torero Pepe-Hillo; y si no temiera abusar de la bondad de V. E., me atreveria á decirle que es muy posible que de un momento á otro venga tambien á implorar la proteccion de V. E.

III.

Cármen refirió á Godoy cómo habia descubierto á la hija adoptiva de Pepe-Hillo y la escena que aquella misma mañana habia presenciado en casa de la marquesa del Puente.

—Yo haré en su obsequio cuanto pueda, dijo Godoy; y por de pronto, para tranquilizar á la madre de ese jóven, que impulsado por tan nobles sentimientos ha ido á la guerra, anúnciele Vd. que muy en breve será su hijo nombrado sargento, y á poco que se detenga alcanzará una charretera.

Satisfecha con las esperanzas que le daba Godoy, volvió á casa de Pepe-Hillo, y María del Pópolo, que aun aguardaba á su esposo, acogió con gratitud las promesas de Godoy y se ofreció gustosa á hospedar en su casa á Cármen durante el tiempo que se viera obligada á permanecer en España.

IV.

Aquel mismo dia salieron para su destino Lax, Garasa, Andrés y Cortés.

Los dos primeros fueron á Portocabello, donde Lax no tardó en sucumbir víctima de la tristeza que se apoderó de su alma.

Garasa consiguió evadirse de su prision, y despues de muchas peripecias fué á establecerse al Brasil.

Andrés y Cortés fueron á Panamá, y cumplieron su condena hasta que aquella colonia se declaró independiente.

Godoy comunicó sus proyectos á Picornel, y este, conmovido al escuchar sus generosos sentimientos, ofreció consagrarle por completo toda su vida.

Godoy puso en sus manos una crecida cantidad de dinero para que pudiera emprender el viaje y llegar luego á Francia; le dió instrucciones y se despidió de él estrechando su mano con efusion.

—V. E. no me ha salvado solo la vida, sino la honra, dijo Juan Picornel.

—Veremos si Vd. me ayuda á salvar los peligros que me rodean, contestó Godoy.

V.

Más adelante veremos cuál fué el resultado de este pacto, inspirado á un tiempo por el afecto y el interés.

Juan entregó á Cármen de la cantidad que habia recibido lo necesario para que pudiera sostenerse en Madrid y emprender el viaje á Francia cuando el duque de la Alcudia se lo indicase, y se dispuso á partir.

Abandonémosla por ahora para volver á ocuparnos principalmente del protagonista de esta historia.

CAPITULO LXII.

—

Pormenores.

I.

Cuando Pepe-Hillo llegó á casa de la marquesa, ya habia vuelto en sí aquella señora, y con voz conmovida pedia á la justicia que aplazase su determinacion, hasta tanto que hablara con la jóven y pudiera celebrar además una conferencia con sus padres adoptivos.

Apenas acababa de hacer esta súplica, le anunciaron la llegada del famoso torero; y no teniendo paciencia para esperarle, salió á su encuentro y halló á Dolores en los brazos de su padre adóptivo.

Aquel hombre del pueblo, aquel Hércules que en presencia de una fiera no temblaba, lloraba como un niño al tener en sus brazos á Dolores.

—Lolilla de mi vida, decia entre sollozos; no sabes tú las penas que he pasao buscándote por esos mundos. Que vengan á arrancarte de mis brasos: primero me arrancarian el corason.

La marquesa, apelando á los buenos sentimientos

del torero, le suplicó que retirase la demanda que habia hecho á la justicia, empeñando su palabra de honor de que si despues de hablar con ella insistia en llevarse á Dolores, saldria de su casa sin necesidad de que la justicia interviniera.

Dolores por su parte suplicó á Pepe-Hillo que accediera á los ruegos de su protectora.

—Pus no hay más que hablar, dijo el torero; en pidiéndomelo mi Lolilla y en viendo llorar á una señora como Vd. llora, ya estoy perdío. ¿Dónde está el señor juez?

—Venga Vd., venga Vd., dijo la marquesa.

Y conduciéndole á la morada donde se hallaban los agentes de la autoridad, le dejó hablar con ellos.

II.

Despues de formular su súplica, el alcalde manifestó que, puesto que él era el demandante y retiraba la demanda, no le quedaba más que hacer que pedir mil perdones á la señora marquesa por las molestias ocasionadas, y retirarse.

Se retiró, pues, la justicia y quedaron solos la marquesa, Dolores y Pepe-Hillo.

—Ha llegado un momento que me temia, dijo la primera. Pero las circunstancias han querido que me vea obligada á hacer á Vd. revelaciones que más tarde pensaba hacerle. Despues de oirme Vd., resolverá. Yo, por mi parte, cumpliré mi palabra.

—Si S. E. se pone en rason... dijo Pepe-Hillo.

—No me dé Vd. tratamiento. Han dispensado Vd. y su esposa demasiados beneficios á esta jóven para que yo no sienta una inmensa gratitud hácia Vds. No hay jerarquías entre nosotros: nos une el cariño que profesamos á esta pobre huérfana. Hábleme Vd. como á una amiga.

—Sea en buen hora; pero despues de lo que he sufrío buscando á esta mosuela, la verdá, mucho tié osté que desirme pa que yo me conforme al perder á esta niña de mis ojos.

—Hemos de hablar á solas.

—Como osté quiera.

—Dolores, añadió la marquesa dirigiéndose á la jóven; tú eres buena y complaciente. Vamos á decidir de tu suerte, y no está bien que tú escuches revelaciones que, aunque más tarde podrias saberlas, hoy quitarian alguna alegría á tu corazon. Déjanos un instante.

III.

Dolores obedeció besando respetuosamente la mano de la marquesa y dando un nuevo abrazo á su padre adoptivo.

La marquesa y Pepe-Hillo quedaron solos.

—Ante todo, dijo la primera, ¿cómo ha sabido usted que Dolores estaba en mi compañía?

—De una manera providensial. Puesto que vamos á confiarnos el uno al otro, pa que osté me cuente la

historia con toos sus pelos y señales, prinsipiaré yo contándole too lo que me ha pasao desde el maldesío instante en que me notisiaron que mi Lolilla habia desaparesío.

—Mucho le agradeceré á Vd. esa confianza.

—Osté que se interesa tanto por esa niña, debe saber su orígen.

—Yo no sé...

—Pus bien, vino á mi casa, y Dios sabe que nos trajo la alegría, porque ya se vé, hemos tenío tres hijos, pero los tres varones, y era de nesesidá que una carita de páscua y un cuerpesito retrechero anduviese por la casa saltando y brincando pa que se nos alegrara el corason.

Con esto digo á osté too cuanto pudiera desirle pa que sepa que hemos querío á Lolilla más que á la niña de los ojos.

Yo tengo mi casa en Sevilla, pa lo que osté guste mandar. Allí estamos de asiento, pero mi ofisio me hase andar recorriendo la Ceca y la Meca, y aunque muy pocas veses me aparto de mi mujé y de mis hijos, la verdá, por no exponer á Lolilla á las incomodidaes de un viaje, consentí dejarla en casa de mi hermana.

Allí estaba cuando de pronto vino la fatal nueva. La niña habia desaparesío. ¡Ah! Dios le perdone á osté, ó á quien haya sío quien nos la ha arrebatao, porque las penillas que hemos pasao mi María y yo desde que la perdimos de vista hasta este instante han puesto más negro nuestro corason que una bayeta de un intierro.

—Cuando Vd. sepa los motivos que me impulsaron á arrebatarla de su lado, dijo la marquesa, es posible que halle disculpa.

—No hay que hablar del asunto. Yo soy así; me altero en seguía, pero despues no tengo ni una miaja de rencor.

IV.

—Vamos al cuento, prosiguió Pepe-Hillo. Apenas supimos que la niña se nos habia marchao de entre las manos, nos pusimos en camino, fuimos á Sevilla, registramos toos los rincones, jonjábamos á too el mundo pa que nos diera notisia de su paraero, y ná; paresia que una losa habia caío sobre ella.

Yo tengo amigos y de campanillas; les hablé á toos, se pusieron en movimiento, y ná: Lolilla no paresía ni muerta ni viva. Yo busqué á los gitanos y les ofresí un puñao de onsas porque me descubrieran su paraero. Algunas me han sacao los condenaos, pero la chica, sin paeser. Más afligíos estábamos que un Cirineo del Santo Intierro, cuando llegó á mis manos una carta que me llevó desde Madrí uno de mi cuadrilla, Santillos, no sé si osté le conoserá: un moso mu cruo, mu bien plantao, y que es banderillero; y por sierto que á honrao no le gana naide. Pus ese moso me desía que mi hijo el mayor estaba mu triste y mu afligío, y que le habia dao la humorá de alistarse de soldao pa irse á la guerra á que lo mataran. Y póngase osté en mi caso y

en el de su mare, señora; así es, que pa impedir que hisiera la calaverá, nos pusimos en camino y llegamos aquí, pero ya era tarde; el mosito, olvidando á su pare y á su mare, se habia ya dío á servir al rey, y pa colmo de penas, ni en too el camino, ni en Madrí mismo, aonde preguntamos en cuanto llegamos, naide daba rason de la Lolilla. A poco de llegar se me presentó otro muchacho de los de mi cuadrilla, que hase mu pocos meses era un gatera; me habló, le recogí y le puse al ofisio:—Pairinito, me dijo, yo sé que está osté mu afligío porque le han robao una hija.—Es verdá, contesté. —Pus bien, me paese que he dao con ella.

Sin querer dar créito á sus palabras, le jonjabé pa que dijera too lo que sabia, y entonses me contó que hará un par de semanas vió bajá de un coche de viaje á una señora y á una jóven... No se ofenda osté, señora marquesa, pero el muchacho se fijó más en la jóven que en osté... La oyó hablar porque se paró á diquelar aquella cara de sielo junto á la puerta; y por el habla andalusa, por la edad que la muchacha tenia y por oirla llamar Dolores, se le metió en la cabesa que era la niña que yo buscaba. Entonses, la verdá: vas á ganarte una onsa, le dije, si por cualquier presona de su casa logras saber si te has equivocao, ó si estás en lo sierto. Y si susede lo primero, ven en siguía á desírmelo.

Como él se arreglaria, no lo sé; pero averiguó que la señora marquesa del Puente habia estao en Sevilla por el tiempo en que desaparesió mi Lolilla; se habia embarcao para dir á Cataluña y habia venío á Madrí

con una niña que se llamaba Dolores y que lloraba mu á menuo preguntando por sus pares adotivos, sin que naide la respondiera.

—¿Y por qué entonces, dijo la marquesa, no vino usted á verme antes de pedir auxilio á la justicia?

—Señora mia, francamente, yo creia que S. E. seria una dama mu encopetá, que tendria valimiento en la córte, y aunque lo tengo yo tambien porque el señor duque de Osuna y el de la Alcudia me distinguen con su amistad, vamos, me alteré, y como yo supe que los pares de la chica no habian paresío aunque los habiamos buscao por toas partes, yo me dije: pues náa, la han recogío; y me fuí á la Sala de Alcaldes, expuse mi querella, se dió entonses la órden al alcalde de cuartel que se ha marchao hase poco, y lo demás ya lo sabe Vd. Ahora, señora, espero que nos explicará Vd. los motivos que ha tenío pa darnos esta pesaumbre. Si son poerosos como Vd. dise, Pepe-Hillo, que ha venío aquí como un enemigo, se marchará teniendo la honra de besar la mano á la señá marquesa del Puente.

V.

Apenas terminó el torero la última frase, se presentó un lacayo y habló algunas palabras al oido de la marquesa.

—Va Vd. á perdonarme algunos instantes, dijo aquella buena señora á Pepe-Hillo; pero para que no esté Vd. solo haré que le acompañe Dolores. Despues

satisfaré los deseos de Vd., y yo creo que, en efecto, nos separaremos siendo amigos.

—¡Ojalá!

—Llame Vd. á la señorita Dolores, dijo la marquesa al lacayo.

—Un momento despues entró la jóven y salió su protectora.

CAPITULO LXIII.

—

La misma historia por el reverso.

I.

—Vamos á ver, estrellita é mi alma, dijo Pepe-Hillo. Nos hemos quedao solos, y yo me alegro: ansina podremos los dos vasiar el saco de los pecaos. Vas á contarme con toos sus pelos y señales too lo que te ha pasao ende que te llevaron de casa de mi hermana.

—Lo haré como Vd. quiere, paresito; pero con una condision.

—¡Habla, capuyito é rosa!

—Con la de que no se ha de incomoar Vd. con su Lola.

—¡Pus no fartaba más!

—Es que he sío culpable.

—¿Tú? No pue ser.

—Oiga Vd. y lo verá. Cuando nos separamos en Sevilla le pedí á Vd. con muchas ganas que me trajera Vd. á Madrí.

—Es sierto.

—Toos los años le veia á Vd. partir á cumplir las contratas, á torear en las plasas, solo unas veces, acompañao otras de mi maresita, y yo me queaba contenta porque no se iban de mi lao sus hijos de usté y mis hermanos, á quienes queria y quiero como á las niñas de mis ojos.

—Bendita sea tu boca.

—Siempre me traia Vd. algo al volver: sortijas, arracás, abanicos, en fin, algun recuerdo; y yo, agraesía á tanto cariño y á tantos agasajos, toas las noches al acostarme me postraba delante de la imágen de la Vírgen y le pedia llena de fervor que le librase á Vd. de los peligros.

—Aun me acuerdo de cuando llevaste hábito un año, porque me libró Dios de la muerte en la cogía que tuve en Ronda.

—Pero, vamos al caso: el año pasao se llevó á Antonio, ¡y la verdá, me quedé tan triste!...

—¡Picaruela!

—Por eso fué por lo que le pedí á Vd. con tantas ánsias que me trajera este año; quedarme sola me apenaba. Al despedirnos, viendo Vd. que lloraba como una Magalena: «Calla, mujé, me dijo; yo te prometo si eres buena mandarte á llamar.»

—Fué pa que te calmases.

—Yo creí la promesa, y en mis orasiones pedia siempre á la Vírgen que le tocase á Vd. en el corason pa que me cumpliera su palabra. En esto, un dia al

llevarme á misa, la mandaera me contó que habia llegao una señora de Madrí, á la que ella habia servío en otro tiempo, y añadiendo:

—«Ella debe conoser al Sr. Pepe-Hillo y podia darnos notisias suyas.» Me llevó á casa de la marquesa, que, en efeto, habia llegao uno de aquellos dias á Sevilla.

—Es desir, que la mandaera...

—Sí, me llevó.

—¡Habrá arrastráa!

—No la culpe Vd.

—Esagraesía... y pensar que otavía le ha dao tu mare un guardapiés nuevesito, y yo una tumbaga y diez ducaos.

—Repito que toa la culpa no es suya. Movía yo por la curiosiá que atisaba en mi alma el deseo de ver á una señora de Madrí y de tener alguna notisia de Vd., fuí con la mandaera á ver á la marquesa. ¡Con qué cariño me resibió! Paresia gozarse mirándome, y á ca instante exclamaba: «¡Es su vivo retrato! ¡Dios la bendiga! Y me comia á besos y me estrujaba á abrasos.»

—¡Cuando yo igo que aquí hay intríngulis!

—De pronto dió órden á la mandaera pa que fuese á buscar algunos dulses, con los que queria osequiarme. Solas quedamos, solas, y entonses me dijo:

—«¿Quieres ver á tus pares adotivos?

—»Mucho lo deseo, le contesté.

—»Pus bien; has de saber que yo he venío á buscarte en su nombre. ¿Qué te dijo Pepe-Hillo al separarse de tí?

—»Me ofresió que enviaria por mí.

—»Pus ya ves cómo cumple su palabra. Y has de saber que antes de ahora ha escrito á su hermana pa que aprovechase la primera proporsion que hubiera de enviarte; pero ella contestó que por ná del mundo te dejaria marchar. Pepe-Hillo, que va muy á menuo á mi casa en Madrí, supo que yo tenia que venir á Sevilla, y me dijo: «Señora marquesa, ya sabe Vd. el deseo que tengo de que venga Dolores: ya que vá Vd. á Sevilla, por medio de la mandaera de mi hermana podrá Vd. ver á solas á mi hija: dígale Vd. en mi nombre que, sin desir ná á naide, lo prepare too y se escape con Vd. Su tia se enfaará; pero la escribiremos, y como tiene buen corason, nos perdonará el disgustillo que vamos á proporsionarla.»

—Bien lo hiló la señá marquesa.

—Me dió instrusiones y queamos en que al dia siguiente por la tarde iria yo al Ángel; la mandaera me dejaria ségun costumbre pa volver por mí al concluirse la novena; la marquesa estaria en la Iglesia, saldria con ella, me llevaria á su casa, y las dos con su mayordomo aprovechariamos el primer barco que saliese pa Cádiz con el fin de embarcarnos allí pa buscarle á ozté.

—¿Y así lo hisísteis?

—Too al pié de la letra. Nos embarcamos, y yo sufrí muchísimo en la travesía. ¡Creí morir!

—Probe hija mia.

—Pero la esperansa de abrasar á ozté y á mi maresita, me alentaba... Al cabo de muchos dias llegamos

á un pueblo, y entonses la marquesa empesó á explicarme los verdaderos móviles que le habian impulsao á sacarme del seno de mi familia.

—¿Qué fué lo que te ijo?

—Me habló algo de mi orígen, y me dió á conocer á un militar que debia ir á reunirse con mi padre. Cuando me vió, se le saltaron las lágrimas; estrechó mi mano y me aseguró que sería muy dichosa. Lo demás, doña Cármen se lo ha contado á usted. Hoy sé que ustedes me recogieron y mi gratitud es inmensa; hoy sé que voy á poder labrar su felisidá, y sé tambien lo que ha impulsao á Antonio á marchar á la guerra. Perdóneme ozté, paresito, por los disgustos que le he dao; y si quiere osté que sea dichosa, escuche mis propósitos con cariño. Sé que Antonio me quiere, y yo le quiero á él más que á á mi vía. Mi corason me dise que volverá pronto, y entonses, si, como espero, puedo conoser á mi padre, le pediré como he pedido ya á la marquesa por toa grasia que me otorgue permiso pa ser la esposa de Antonio.

II.

De esta manera terminó Dolores su relato; y al mirar á Pepe-Hillo, vió que sus ojos estaban anegados en lágrimas, pero lágrimas de felicidad.

—Mira, chiquilla, dijo el torero, me has hecho llorar... Quiera Dios realisar esos deseos, que son los mios; y quiera al mismo tiempo que al verte hecha una mosa de caliá, no te avergüenses de la familia que te ha tenío

al lao ende que eras resien nasía ó poco ménos, y te ha querío siempre como si hubieras nasío en su seno.

—Eso nunca, contestó Dolores.

—¿Y si te obligaran á ello?

—Preferiria renunsiar á too, hasta al cariño de mi padre, por no ser ingrata con ustedes.

III.

La marquesa interrumpió la conversacion de Pepe-Hillo y de Dolores.

—¡Ay! amigo mio, dijo al torero con acento de afliccion... ¿Si Vd. supiera lo que sucede?

—¿Alguna desventura?

—Una muy grande.

—Explíquese ozté, señora.

—Al darle cuenta de la noticia que acabo de recibir, puedo de paso satisfacer su justa curiosidad, y me alegro de que Dolores oiga en presencia de Vd. una revelacion que hasta ahora he vacilado en hacerle.

Pepe-Hillo y la jóven, alarmados ante aquel anuncio, excitaron á la marquesa á que se explicase.

—Todo lo que he hecho para arrebatar á esta niña del lado de Vd, prosiguió la marquesa, lo excusa el cumplimiento de un deber sagrado. Yo tengo un hijo que es militar. Muy jóven era cuando para restablecerse de una enfermedad le enviaron los médicos á Sevilla. Al volver, su carácter habia cambiado. Siempre triste, siempre taciturno; ni mi afecto ni mis súplicas

conseguian jamás una explicacion. No habia duda; una terrible pena habia acabado con la alegría de su alma. Pero me amaba y me respetaba mucho; para cohonestar la pesadumbre que me daba con su silencio, mostrábase conmigo más cariñoso y complaciente que nunca. Pasaron los años y su tristeza no disminuia; su única distraccion era el estudio, su única aspiracion la gloria militar. Servia en el cuerpo de artillería, y al declarar España la guerra á Francia, pidió ser enviado de los primeros al campo de batalla. Partió, pero antes me reveló un secreto. Habia tenido unos amores, y de ellos una niña, que por evitarme disgustos se habia visto obligado á abandonar. Arrepentido, habia dado pasos más tarde para averiguar el paradero de la madre y la niña. Despues de muchas y minuciosas pesquisas, solo habia logrado saber que la madre habia muerto y que la niña habia sido recogida por una familia del pueblo de Sevilla. Yo le ofrecí, accediendo á sus deseos, buscar á aquella llorada criatura, y la Providencia acudió en mi auxilio.

IV.

Pepe-Hillo, que estaba impaciente por oir el desenlace, quiso interrumpir á la marquesa.

—Déjeme Vd. contarle toda la historia, dijo aquella señora. Mi confesor oyó de mis lábios la revelacion que antes de partir me habia hecho mi hijo, y le pedí consejo. Mi confesor conocia á Vd.

—¿Es el guardian de San Francisco?

—Sí.

—¡Oh! Ahora comprendo too lo que ha pasao.

—Sabia que Vd. tenia una niña prohijada, que sentia Vd. de cuando en cuando pena por no conocer á fondo todos los pormenores de su aparicion en su casa. Él le habló á Vd. y le pidió explicaciones categóricas; y yo supe que Dolores era la niña á quien lloraba mi hijo. Sí, añadió estrechando en sus brazos á la jóven; tú eres mi nieta. Lo demás Dolores se lo habrá referido á Vd. ¿Disculpa Vd. ahora mi conducta?

—¿No lo icen mis ojos? exclamó Pepe-Hillo llorando á lágrima viva.

—Ahora, prosiguió la marquesa, oiga Vd., y oye tú, hija mia, las noticias que acabo de recibir. Tu padre, aquel militar á quien viste en el pueblo de Cataluña, á donde arribamos, despues de batirse como un héroe, ha sido herido.

—¡Dios mio! exclamó Dolores.

—Ha sido herido de gravedad; los físicos no responden de curarle, y en su triste situacion desea que su madre y su hija acudan á prestarle cariñosos auxilios. Acabo de dar las órdenes para que salgamos esta misma tarde en una silla de posta.

—Es mu justo, dijo Pepe-Hillo.

—Sí, sí, exclamó Dolores.

—Lamento esta separacion.

—Yo tambien; pero lo primero es salvar al herío. De buena gana iria con ozté, pero tengo ajustáas las

corrías de Madrí, las de Saragosa y Logroño, y no pueo dir. No yores, Dolorsiyas: tu mare vendrá á verte, y ozté, señá marquesa, preguntará por mi hijo Antonio, y me dará ozté notisias suyas al mesmo tiempo que de su hijo de ozté.

—Prometo hacerlo así.

—Quiera Dios que mu pronto acabe la guerra con gloria de España, y que podamos ser felises.

—Tengo confianza en Dios.

V.

Pepe-Hillo, profundamente conmovido, se separó de la marquesa y de Dolores, y fué á su casa á contar á su esposa lo que le habia pasado.

María del Pópolo corrió á abrazar á Dolores, y no se separó de ella hasta que al anochecer la dejó en la silla de posta al lado de la marquesa.

Pepe-Hillo y su mujer tornaron á su casa llenos de tristeza.

—Paese que hemos perdío pa siempre la alegría, dijo María del Pópolo.

Despues de algunos segundos.

—¿Y por qué? exclamó Pepe-Hillo; nuestra Dolorsiyas está convertía en toa una señá marquesa, y quié casarse con nuestro hijo, que mu pronto será un ofisial de los de punta; y además, el lúnes prósimo voy á matar seis toros de Cabrera.

—¿Y si Dolores nos olvía?

—Eso no pué ser.

—¿Y si muere nuestro hijo?

—Morirá por la patria y honrará el nombre de su familia, dijo el torero.

VI.

A este momento de entusiasmo siguió una reaccion dolorosa.

Pero Pepe-Hillo se acordó de que habia prometido hablar al duque de la Alcudia en favor de Cármen, y fué á verle.

Godoy le recibió y le manifestó que, interesado por la suerte de Picornel, procuraria salvarle.

A las protestas de gratitud del torero contestó Godoy aprovechando la ocasion para realizar un proyecto que abrigaba desde que el rey habia puesto en sus manos las riendas del gobierno.

Este proyecto era acabar con la aficion á los toros que dominaba al pueblo, suprimir las corridas, y el medio de realizar tan difícil empresa esperaba obtenerlo apartando de la lidia, por medio de dádivas y empleos productivos, á los diestros de más reputacion.

El momento que escogió para hablar á Pepe-Hillo era el más oportuno.

Por su hijo más que por él necesitaba una posicion elevada, que al fin y al cabo si se realizaban los deseos de Dolores y Antonio no se dijera que una marquesa se habia casado con el hijo de un torero.

Pero de todo esto hablaré más tarde, aprovechando la ocasion para condensar lo más importante de la historia del toreo, y las anécdotas y episodios más importantes enlazados con la lidia y las costumbres de los lidiadores desde el primer Romero hasta Pepe-Hillo.

Ahora debemos bosquejar la guerra que el entusiasmo patrio sostenia contra los perturbadores de la sociedad y los verdugos de Luis XVI.

CAPÍTULO LXIV.

Glorias olvidadas.

I.

Los lectores asistieron al entusiasmo del pueblo de Madrid por la guerra contra la república francesa y vieron la generosidad y abnegacion de los españoles; al enterarse de los primeros pasos que dió en España la idea republicana han podido convencerse del favoritismo que habia por los reyes legítimos.

Tiempo es ya de que consagremos algunas páginas á la guerra de 1793, que oscurecida por la famosa de la Independencia, apenas es conocida, cuando constituye uno de los timbres más gloriosos del ejército español en el reinado de Cárlos IV.

En ella fué donde se educaron para las campañas contra los invasores los brillantes oficiales que, organizando las fuerzas vivas del país, lograron derrotar al capitan del siglo.

Abramos, pues, un paréntesis, y á grandes rasgos tracemos los principales episodios de aquella lucha, va

liéndonos para ello del testimonio más auténtico. (*a*)

Despues proseguiremos nuestra historia: hagamos ahora justicia á los héroes de 1793.

El Consejo Supremo militar, de que formaban parte los principales jefes de mar y tierra, acordó la formacion de tres ejércitos, dos de los cuales, uno en la frontera de Guipúzcoa y Navarra y otro en la de Aragon, tendrian solo la defensiva, mientras el tercero tomaria la ofensiva por el lado de Cataluña para invadir el Rosellon, y ocupado que hubiese sido, avanzar luego al Languedoc, apoyadas y cubiertas nuestras armas por las montañas de Corbieres bajo la cadena que las une á los Pirineos y al mar.

II.

La ofensiva por aquella parte de la frontera era la más difícil, atendidas las defensas que allí ofrecen la naturaleza y el arte; pero razones poderosas militares y políticas la hicieron preferible, lo primero porque teniendo el enemigo en tierra propia una situacion tan ventajosa y resguardada, si intentaba atacar por aquellos puntos, como era presumible que quisiera hacerlo, obraria sobre una base de operaciones formidable, y Cataluña correria muchos riesgos; lo segundo, porque ocupado aquel país por ejércitos españoles, seria mucho más fácil mantenerse sobre el suelo de la Francia, que penetrando en tierras descubiertas como el Labou, en el cual, falto de plazas y de posiciones militares bien

seguras, se debian tener ménos recursos para conservar las ventajas que podrian lograrse en un principio y evitar los azares de una retirada que llegara á ser forzosa.

Se necesitaba además dar la mano á la expedicion marítima, que fué igualmente proyectada sobre los puertos del Mediterráneo, expedicion bien importante, que como tal fué mirada en aquellas circunstancias, no tan solo para divertir y derramar las fuerzas enemigas, sino tambien, y aun mucho más, para aprovechar las disposiciones hostiles de Marsella, de Lyon, de Tolon y de otros pueblos intermedios contra la tiranía de la república.

La invasion por los Pirineos occidentales no ofrecia esta ventaja de parte de los pueblos.

Despues de esto, la tentativa sobre el Rosellon, realizada con prontitud, era dable hacerla escapar á la prevision de la república; lo primero, porque tamaña empresa, que rayaba en temeridad, no se hacia probable en un principio y con tropas no avezadas á las altas operaciones y á los grandes golpes de la guerra; lo segundo, por la ostentacion de fuerzas que se haria en las fronteras de Guipúzcoa y Navarra, mientras, al contrario, por la parte de Cataluña se mostrarian apenas las precisas y tasadas que requeria la defensiva sobre aquella raya.

Tal fué el plan de la primera campaña, y este plan fué cumplido.

¿Qué nos era posible hacer con tropas españolas y un general como Ricardos?

En pocos dias, con poco más de tres mil hombres, invadió el Rosellon, donde se hallaban repartidos diez y seis mil por parte de la Francia.

III.

Cuando llegaron los demás cuerpos del ejército para seguir aquella empresa, era ya dueño el general de las primeras líneas de los Pirineos orientales, ocupaba á Ceret y hacia abrir un camino en el Col de Portell para pasar la artillería y bajar á las llanuras.

Los que no han visto aquella entrada de la Francia, ó ignoren la topografía de aquel lado de la frontera, no alcanzarán á concebir en toda su extension cuál fué el mérito de esta primera hazaña.

Mas los altos hechos de guerra y las glorias de aquel ejército y sus jefes en la primera campaña fueron tan frecuentes y de tal merecimiento, que se oscurecen unas á otras por ser tantas y tan grandes.

Ocupada en pocos dias una parte de la Cerdaña francesa por delante de Puigcerdá, establecido un puesto en la Junquera para obvervar á Bellegarde, arrojadò el enemigo de sus posiciones de Arlés, llevado siempre por delante, derrotado enteramente en la primera batalla general que fué dada, y tomados los tres campos que el general Deflers acababa de formar sobre el Thuir, acampado nuestro ejército el mismo dia en Boulou, dueño de la mayor parte de la corriente del Tech, puesto en seguida el sitio á Bellegarde, invadidas Ar-

geles, Elena y Corneillas, desarmados sus habitantes y dejados sin medios de abastecer las plazas, triunfantes siempre nuestras tropas de los reiterados esfuerzos que hacia Deflers para socorrer á los sitiados, apresados odos los convoyes, dueñas ya en 3 de Junio nuestras armas del fuerte de los Baños, dos dias despues del fuerte de la Guardia, la conquista del alto Walespir asegurada, cubierta la frontera por aquella parte y desmantelada en pocos dias Bellegarde, capituló esta plaza el 24 despues de una defensa porfiada.

En todas estas acciones, oficiales y soldados rivalizaban en bizarría y entusiasmo.

IV.

Hubo tambien batallas dignas de ser contadas en épicos poemas.

Entre ellas debe citarse la batalla de Masdeu, ganada contra fuerzas superiores de los franceses, en la cual, perdidos los tres campos atrincherados que habian formado para cubrir á Perpiñan, abandonaron su artillería, sus municiones y demás pertrechos de boca y guerra.

El ejército español, que habia andado cinco leguas antes del ataque y peleado durante diez y seis horas, falto de mulas para conducir la artillería enemiga, la arrastró á brazo y anduvo todavía dos leguas más para llegar al campo de Boulou, donde el general Ricardos dió la órden de preparar dos ranchos.

Esta primera batalla causó tal turbacion en Perpiñan, que sus baterías hicieron fuego contra las mismas tropas francesas que se retiraban á la plaza.

Ochocientos voluntarios se negaron á continuar sus servicios en aquella guerra, y fueron arrojados con ignominia por el general Deflers.

Las autoridades de Perpiñan se retiraron con los archivos á Narbona, y un gran número de habitantes dejaron la ciudad y partieron tierra adentro.

Llenos de brio y embriagados con el éxito, continuaron las tropas aquella triunfal marcha. El general Ricardos avanzó más terreno sobre el Tulmir, y aunque al enemigo le llegaban cada dia nuevas fuerzas del interior, estableció el nuevo campo de Masdeu, logró contínuos triunfos en acciones parciales y añadió otro campo en Truillas.

V.

Se acercaba ya en esto el 14 de Julio; los franceses ardian por celebrarle con una gran batalla, y los preparativos fueron hechos; á pesar de las previsiones de Ricardos, su talento especial de adivinar los proyectos del enemigo, y las ventajosas posiciones con que se ofreció al combate, desmayaron al general republicano, que evitó la batalla y perdió aquel gran dia, en que sus tropas inflamadas anhelaban desquitarse de sus anteriores derrotas.

Nuevas operaciones y nuevos triunfos hicieron due-

ños á nuestros soldados de los llanos del Rosellon hasta el Tech.

El general, visto el peligro, que se aumentaba cada dia, de perder la capital, se propuso distraer nuestras fuerzas y llamarlas por la parte de la Cerdaña.

La fortuna dividió en aquel punto sus favores entre españoles y franceses; mas las ventajas que estos lográron en aquella parte por entonces no bastaron á arredrar á aquellos.

No quedaban al enemigo en los llanos del Rosellon más que los campos inmediatos á Perpiñan y la posicion de Peyrestortes, que era necesario invadir para ocupar á Rivesaltes y llevar nuestra línea hasta el Gly, apoyando en Estagel nuestra izquierda.

A pocos dias arrojaron nuestros soldados al enemigo de las posiciones que tenia en Urles y en Cabestani; la toma de ellas fué sangrienta, sobre todo la del segundo punto; el general francés Fregeville fué hecho prisionero.

A estos dos ataques, uno y otro funestos para los franceses, así como fué honrosa y extremada su defensa, siguió en 8 de Setiembre el del campamento de Peyrestortes. En lo más récio del ataque, un batallon del regimiento de Navarra y algunas compañías de provinciales, que á través de los torrentes de metralla se arrojaron á la bayoneta sobre las baterías enemigas, decidieron la victoria á nuestro favor.

VI.

Al siguiente dia, reforzado el enemigo por las tropas que tenia en Salces, volvió á cobrar á Peyrestortes.

Nuestras tropas, retiradas en buen órden, se replegaron las unas á Masdeu y las otras á Truillas.

Atacado aquel dia el valiente general Courten por fuerzas cuatro veces mayores que las suyas, se sostuvo diez y siete horas en la horrible pelea, sacó á salvo su division y llegó á Truillas felizmente.

Jouye y Vidal-Saint Urbin, generales franceses, perecieron en aquella lucha encarnizada.

Si estas cosas las contaran solamente las relaciones españolas, no serian creidas; pero las francesas comprueban estos hechos, y de ordinario van más lejos que las nuestras para hacer nuestra alabanza.

Cuanto escribo es historia consignada en los anales de aquel tiempo.

Nuevas tentativas, despues de esto, de una batalla general por la parte de los franceses: nuevas medidas de Ricardos desconcertando al enemigo, el cual desiste del ataque.

Pero el general francés habia recibido diez batallones más de tropas veteranas, y órdenes y amenazas del gobierno; Dagobert mandaba en jefe; los convencionales, Cassagne y Favre acudieron á ser testigos de sus obras y á animar á los combatientes.

Los españoles estaban prontos; su derecha en Mas-

deu, el centro en Truillas y la izquierda sobre el Thuir; sus puestos avanzados en Rentellas.

El general francés habia prometido terminar la campaña por medio de un gran golpe; su proyecto era envolver nuestro ejército y cortarle la retirada á la frontera.

Entonces tuvo lugar la gran batalla y el glorioso triunfo de nuestras armas en Truillas, triunfo entero y completo, obtenido de poder á poder, brazo á brazo; gran batalla campal comparable á las más crudas y sangrientas que ofreció la guerra en los campos de Flándes.

VII.

En esta gran jornada, sobre la cual las relaciones francesas no han ocultado ni una sola circunstancia de la gloria que ganaron nuestras armas, brilló más que nunca la ciencia de la guerra que poseia el general Ricardos, y se vió la pericia y las dotes militares que adquirieron bajo su mando tantos jefes y oficiales que hacian entonces sus primeras armas.

Los honores de aquel dia, en que hasta el postrer soldado se distinguió, los ganaron en primer grado los generales duque de Osuna, el conde de la Union, Courten, Crespo, el baron de Kesel y el brigadier Godoy, hermano del duque de la Alcudia, que decidió y concluyó la derrota de la columna de valientes veteranos que Dagobert mandaba y en la cual habia puesto su postrera esperanza.

Los cadáveres rebosaban en el Thuir y cubrian el campo de tal modo, que la caballería se encontró embarazada en las últimas horas de aquella gran carnicería.

Los franceses pelearon como fieras, y el general obró en reglas y en pericia de su arte; pero el dia fué nuestro.

VIII.

La parte más disciplinada del ejército enemigo, los viejos regimientos de Champagne, de Medoc, Vermandois, Boulonais y los guardias nacionales de los dos departamentos de Gers y Gard perecieron en su mayor parte.

Los franceses mismos regularon su pérdida de muertos y heridos en más de 6.000 hombres; la nuestra, segun sus mismas relaciones, llegó apenas á un tercio de la suya; la desercion de los franceses en su fuga por la noche fué inmensa.

Por más que esta narracion no esté enlazada con el curso de nuestra historia, creo que agradará á los lectores encontrar héroes allí donde la pasion solo pinta hombres entregados á la holganza, dominados por la aficion á los toros ó fanatizados por los frailes.

CAPITULO LXV.

Que es verdaderamente la conclusion del anterior.

I.

Pero terminemos el cuadro de la guerra que hemos empezado á trazar.

El ejército francés tuvo la fortuna de haber recibido un refuerzo de quince mil hombres en la noche que siguió al desastre de Truillas.

Con este socorro le fué posible contener la dispersion de las tropas desbandadas en los montes y tomar en ellos posicion sobre el flanco izquierdo de nuestro ejército.

El general Ricardos, encontrándose con fuerzas inferiores, hizo retirar su campo al Boulou.

Esta operacion maestra fué practicada á su anchura, conservando su posicion en Truillas hasta el 30 de Setiembre, trasladando al Boulou entre tanto todo el material de la campaña, sin dejar en Truillas ni una estaca,

y conteniendo y rechazando en repetidas ocasiones la vanguardia enemiga.

Los franceses ansiaban vengar la jornada de 22 de Setiembre.

Despues de establecidas nuestras tropas otra vez en el campamento del Boulou, sostuvieron gloriosamente tres ataques generales y once combates parciales que les hizo el enemigo con teson increible.

Veinticuatro dias pasaron sin descanso; de dia peleando con el enemigo, y en el vivac todas las noches.

II.

Frustrados tantas veces los esfuerzos del general francés, y desesperando este de superar de dia la táctica y las admirables disposiciones de Ricardos, intentó un ataque general por seis puntos diferentes en la noche del 14 al 15 de Octubre.

Tiempo y valor perdidos por la parte de los franceses: la victoria fué de los españoles.

¿Qué importaba la noche?

El general Ricardos luchaba con un enemigo que entendia la guerra, y poniéndose en lugar suyo adivinaba lo que aquel haria combatiendo en regla, y prevenia todos los casos.

Es imposible alabar bastantemente la pericia, la sangre fria y el acierto de Ricardos en aquella rara prueba en que fué puesto su valor y su talento, y seria necesario escribir un libro entero para referir las hazañas de nuestro ejército en aquella gran defensa.

III.

Hé aquí un rasgo solo para muestra:

El esforzado coronel D. Francisco Taranco defendia la importante batería del Plá del Rey contra una columna de seis mil hombres, todos veteranos, y tropas de refresco de los cuerpos que acababan de llegar de la Lorena y de la legion del Mosella.

El general Tureau los animaba con su voz en persona: Taranco tenia apenas mil quinientos hombres. Sin embargo con estas fuerzas rechazó siete ataques consecutivos, perdió y recobró tres veces la batería, se defendió hora y media al arma blanca, y perdida otra vez la batería cerca de la madrugada, continuó hostilizando al enemigo por detrás de la meseta con sescientos hombres que le quedaban solamente.

Si hubiera amanecido más temprano, el general Tureau habria visto aquel pequeño número de valientes allí mismo donde creia que le hacia frente una columna entera de enemigos furibundos.

Cuando apuntaba el dia llegó á Taranco un refuerzo de trescientos hombres, y con ellos y los seiscientos bravos que le quedaban, carga á la bayoneta á los franceses, hace un horrible estrago, y Tureau cede y se retira, dejando á Taranco ciento treinta y siete prisioneros; uno de ellos el coronel de la legion del Mosella, gravemente herido, y además un ayudante general y ocho ó diez oficiales.

La matanza fué horrorosa.

La batería del Plá del Rey perdió su antiguo nombre desde aquella noche y tomó el de batería de la sangre.

Estos hechos y otros mil que ilustraron nuestras armas no son partes de *Gaceta*, sino historia.

IV.

¿Qué quedó por deber á las antiguas glorias de la patria?

El general Tureau despues de una larga série de tentativas y de combates malogrados, cuyo principal designio era encerrarnos y quitar á nuestro ejército el importante punto de Ceret, presintiendo un ataque general por mar y tierra que preparaba el general Ricardos, se persuadió de haber hallado el momento favorable de impedirlo, y cumplió sus designios.

Fué la ocasion de esta esperanza suya un espantoso temporal de seis dias consecutivos, que hizo fracasar contra las costas la mayor parte de los buques que se hallaban dispuestos, que se llevó los puentes sobre el Tech, que ponian á nuestras tropas en comunicacion con España; que cerró con torrentes invadeables los caminos de Morallas, de Bellegarde y la Junquera, dejando sin forrajes á la caballería y con pan tan solo para dos dias, siguiendo siempre aquel diluvio.

De esta suerte se encontraba el ejército, sin otro medio de comunicacon ni de retirada en caso necesario que el puente de Ceret, harto expuesto en aquellos momen-

tos, y lo peor de todo, dominado enteramente por las baterías enemigas.

V.

En tal conflicto, el general Ricardos resolvió atacarlas, é hizo salir á este fin al conde de la Union con tres columnas, que contenian lo más selecto de nuestras fuerzas, encargando á los portugueses mantener los tres puestos del gran reducto del puente y de la villa de Ceret.

El enemigo, que observaba, se arrojó al reducto y lo tomó, porque los portugueses se desbandaron tristemente.

Nuestra buena fortuna dispuso que el conde de la Union en la mitad de su camino se viese atajado por un arroyo intransitable.

Vuelto atrás, y sabedor de la ventaja que acababa de lograr el enemigo, corrió á él, le arrojó del reducto, destrozó los demás cuerpos con que los franceses acudian á aquel punto, y persiguiéndolos en su fuga y reforzado por los mismos portugueses, que acudieron á remediar su falta, se hizo dueño del importante puesto de San Ferreol, cuya posesion aseguraba la de Ceret y dejaba francos los caminos: nuestros soldados, cinco dias en armas y fatigados por las lluvias, cargaron á la bayoneta como leones á las cuatro baterías, y se hicieron dueños de ellas en ménos de media hora.

Y esto hacian unos soldados convalecientes los más

de ellos de las fiebres estacionales que acometieron á nuestro ejército en el campo del Boulou desde Setiembre.

En las mismas relaciones que publicaron los franceses revelan los desastres que sufrieron, principalmente en Bañuls-les-Apres, donde murió peleando el convencional Favre; en San Telmo y en los varios atrincheramientos que defendieron con fortaleza y heroismo, hasta el momento en que les fué imposible sostener por más tiempo sus posiciones, invadidas sus líneas de todos lados, y hallándose las plazas en poder de nuestras tropas.

Tales fueron las derrotas sucesivas, atribuidas en Francia á la traicion sin ningun fundamento.

VI.

Al gobernador de San Telmo lo declaró traidor la Convencion francesa, suponiendo que habia tirado contra sus propias tropas.

Mas no fué él, sino las nuestras, que sin más armas que sus fusiles y sus sables y una sola hacha, avanzando y subiendo de peñasco en peñasco bajo la espesa granizada de balas y de toda especie de proyectiles que caian de las alturas, sin tener órden para tamaña empresa, acometieron la estacada á pecho descubierto y asaltando el rastrillo y foso hasta la puerta principal; rotas las cadenas del puente levadizo y quebrantada ya la puerta, intimaron la rendicion que les fué hecha, y

soltaron las baterías contra los enemigos que venian á refugiarse.

Imposible fué defenderse ni con más arte ni con más valor, ni con más perseverancia que lo hicieron los franceses, cuando amainado el tiempo y tomada nuevamente la ofensiva por nuestro ejército, el general Ricardos llevó á efecto sus osados planes para despejar su derecha, y tomar y asegurar en el suelo de la Francia sus cuarteles de invierno.

Fuerza fué de armas, fuerza de valor, fuerza de talentos, fuerza de ejecucion la que decidió en su favor la gloriosa campaña que mantuvo hasta el fin con próspera fortuna: fuerza tambien de honor y patriotismo en los valientes que mandaba aquel maestro de la guerra: el general Doppet, sucesor de Tureau, y el cuarto ya que la Francia oponia al caudillo español, habia ofrecido á sus soldados un invierno feliz en la rica Cataluña.

¡Loor á aquellos que con tantos esfuerzos, sin tener cuenta de sí mismos, le impidieron cumplir su promesa!

VII.

No es posible leer la primera vez sin una sensacion de fatiga y sobresalto la pintura de los combates que dieron fin á esta campaña.

Asaltos fueron y escalamientos de gigantes los que hicieron nuestras tropas por escarpadas cuestas y pre-

cipicios espantosos en los riscos de Villalonga y de la Roca, en las breñas de Bañuls, en las laderas y las cimas de Puig de la Calina, en la Vírgen de las Abejas, en el Coll de Surrá, en el Plá de las Heras, en el Puig de Bercet, en las alturas de Carpila, en el Coll de Bellaurí, en los tajos de San Telmo, y en la larga fila de montañas y reductos y de puestos atrincherados hasta el Puig de Oriol.

Treinta mil hombres distribuidos, una parte en las cumbres coronadas de baterías que parecian inexpugnables, y otra parte en los llanos atacando nuestros flancos, defendian palmo á palmo el suelo de su patria.

Todo fué superado y todo fué vencido en dias contados.

VIII.

La postrera batalla fué dada sobre la derecha y centro del ejército enemigo; y completando sus derrotas en el campo que le quedaba atrincherado cerca de los lugares de Tresseres y de Bañuls-les-Apres, tres divisiones de caballería que conducia su hermano, consumaron esta postrer victoria.

El producto de estas acciones poderosas fueron por lo ménos doce mil prisioneros, diez y seis banderas, todo el parque y los almacenes de San Genis, la mayor parte de las piezas de veintitantas baterías que cayeron en nuestro poder, intactas las más de ellas; multitud de carros y de bestias de tiro y carga; el arsenal de

Colinvre, ochenta y ocho piezas que guarnecian sus fuertes, sus ricos almacenes, treinta buques cargados de harinas y forrajes, un gran surtido de ropaje, provisiones cuantiosas para el servicio de los hospitales, y toda clase de pertrechos para el servicio de un ejército.

Este golpe de mano, que nos valió á San Telmo, á Port-vendres, al Puig de Oriol y á Colinvre, el mejor puesto de aquel lado, fué la obra de diez y nueve horas de afanes militares.

Despues de estos sucesos, nuestras tropas, asentados y seguros sus cuarteles de invierno en la tierra extranjera, cual ninguna otra potencia pudo lograrlos, se entregaron al descanso, bien ganado y mejor merecido.

IX.

En una de estas acciones tuvo lugar un episodio interesante para nuestra historia.

El coronel D. Enrique Arias de Prado, hijo de la marquesa del Puente, á la cabeza de un regimiento que durante el combate de aquel dia habia perdido muchos hombres, se vió amenazado de una violenta carga de caballería.

Mandó formar en cuadro á sus tropas, y resistió el primer ataque.

Tres veces contuvo el ímpetu de la caballería, pero á la cuarta deshicieron los franceses el cuadro, y desbandadas nuestras tropas para atacar en guerrilla al enemigo, se vió el coronel acorralado por seis ú ocho

ginetes, sin tener más auxilio para defenderse de ellos que su ayudante y el corneta de órdenes. Este último con sus certeros tiros desmontó dos ginetes, en tanto que el coronel y su ayudante peleaban con fuerzas desiguales contra sus adversarios.

Su ayudante fué muerto y el coronel cayó herido. De seguro hubiese fenecido tambien, si no se hubiese presentado de improviso un destacamento capitaneado por un cabo, el cual con una descarga logró poner en precipitada fuga á los soldados, que iban á asesinar al coronel.

Uno de ellos quiso llevarse un trofeo de la miserable hazaña que habian conseguido batiéndose seis ú ocho hombres contra tres, y adelantándose el cabo le cogió del cuello, trabándose entre los dos una lucha desesperada, cuyo término dió por resultado la victoria del español, aunque tambien quedó herido.

La herida felizmente era muy leve.

Conducidos á la más próxima ambulancia el coronel y su salvador, permaneció el segundo al lado de aquel, más para auxiliarle que para curar su herida, pues de no haber sabido, como supo poco despues, quién era aquel bizarro militar, hecha la primera cura hubiese continuado en la pelea.

X.

Los lectores habrán comprendido que el cabo era Antonio, el hijo mayor de Pepe-Hillo, que se habia

propuesto adquirir gloria en aquella campaña para ser digno de aquella niña á quien amaba, y á quien la suerte, al descubrirle su nacimiento, habia colocado á tanta distancia de él.

Cuando el general Ricardos visitó á los heridos, el coronel le refirió las proezas del jóven, aseguró que le debia la vida y pidió una gracia para él.

El general hizo algunas preguntas á Antonio, y persuadido de su valor y de su inteligencia le dió las charreteras de oficial.

La herida del coronel no era peligrosa, pero su convalecencia tenia que ser larga.

Entonces fué cuando llamó á su madre y á su hija, las que se reunieron á él en La Junquera, á donde fué trasladado.

XI.

Antonio se separó del coronel para cumplir sus deberes de oficial.

—Si me restablezco de mi herida, le dijo Enrique al despedirse, procuraré que esté Vd. á mi lado; si muero, mi buena madre, la marquesa del Puente, sabrá que le debo la vida, y le pagará en mi nombre esta deuda de gratitud.

Poco despues estrechó Enrique en sus brazos á su buena madre y á su querida hija.

Una y otra le preguntaron por Antonio.

El coronel pidió informes de su paradero, sin sospe-

char que el jóven por quien le preguntaban era su salvador.

La única respuesta que obtuvo fué en extremo sensible para Dolores.

Antonio, despues de haber dado grandes muestras de valor en algunos combates, fué nuevamente herido, cayó en poder de los franceses y no fué posible adquirir más noticias acerca de su paradero.

Nuevas pesquisas hechas para tomar informes le demostraron, con profunda pena, que el jóven que tanto interesaba á su madre y á su hija era el mismo á quien debia la vida, y todas las noticias que acerca de él se habian recibido estaban contestes en afirmar que habia muerto en el depósito de los prisioneros.

La afliccion de aquella familia fué inmensa.

El coronel logró curarse al cabo de mucho tiempo; pero habiendo perdido toda la fuerza del brazo derecho, tuvo que retirarse del servicio, y en vez de ir á Madrid se dirigió con su madre y con su hija á una casa que tenian en los alrededores de Sigüenza.

XII.

Descritas ya las heróicas hazañas de nuestros soldados en la parte de Cataluña durante aquella guerra que, aunque eclipsada por la de la Independencia, merece una de las páginas más gloriosas de nuestra historia, demostrado el fanatismo del pueblo y del ejército español por la defensa de su rey y de su pátria, tanto para

reanudar el hilo de nuestra historia, cuanto para cumplir la promesa que hemos hecho á los lectores, vamos á ver los deseos que animaban á Godoy para justificar su elevacion al poder, y con este motivo á trazar á grandes rasgos la historia del toreo y la no ménos interesante para nosotros de Pepe-Hillo, porque los deseos de Godoy no eran otros que poner término á aquellas funciones, que S. E. calificaba de *restos de barbárie*, y para ello el mejor medio que le habia sugerido su imaginacion era apartar del espectáculo favorito del pueblo español, por medio de honores y dádivas, á los famosos diestros de la época.

CAPITULO LXVI.

Vicios y virtudes.

I.

Sabido es que todos los que logran elevarse á los más altos puestos del Estado, ó se ven favorecidos por los dones de la fortuna, despertando la emulacion y la envidia afilan el arma de la calumnia y sufren algunos rasguños en la opinion pública.

Entre todos los primeros ministros de cuantos soberanos ha habido en España, entre todos los favoritos de los reyes, ninguno ha sido más envidiado, y por lo tanto más calumniado que Godoy.

Cierto es que debia su privanza á una causa no solo censurable, sino punible.

Pero despues de obtener el favor de los reyes quiso justificar su elevacion, y como se hallaba dotado de natural talento, de imaginacion fecundísima, disponiendo como disponia de todos los medios para desarrollar sus ideas, cifró su empeño en mejorar las condi-

ciones de la nacion, y sin las guerras primero, y las intrigas y las persecuciones de sus enemigos despues, es muy posible que hubiera dejado eterna memoria de su gobierno.

II.

A pesar de verse combatido, prestó tantos servicios á las letras y á las artes, á la industria y al comercio, á la verdadera civilizacion, en fin, que no es extraño que despues de haber pasado mucho tiempo sin dejar de condenar el orígen de su privanza, se empezase á hacer justicia á sus prendas personales.

Al mismo tiempo que procuraba rodearse de los literatos más ilustrados y distinguidos, de los artistas más inspirados, de los economistas y abogados más sábios, cifraba particular empeño en que se protegieran las manufacturas españolas de la nacion, en que se mejorasen las condiciones de la agricultura, en una palabra, en que se realizasen progresos en todos los ramos de utilidad pública, porque sabia que á la sombra del bienestar que producirian estas mejoras podria prolongarse su dominacion, justificarse á los ojos del país y terminar con gloria una carrera tan brillante como la suya.

III.

Pero aunque al hallarse rodeado de los Moratines y de los Cadálsos, de los Conde y Melendez Valdés, de los Vayen y de los Goya, de los Jovellanos y de los Cabar-

rús, y al contemplar en el palacio de los reyes, en los de la grandeza y en el suyo propio los magníficos tapices fabricados en Madrid, los magníficos cristales de la Granja y de Aranjuez, los riquísimos paños de San Fernando y Guadalajara y los innumerables productos del arte y de la industria española, que hasta los extranjeros, y sobre todo los franceses, venian á estudiar en nuestro país en aquel tiempo; aunque este espectáculo satisfaciese sus aspiraciones y le hiciera creer por un momento que iba poco á poco realizando sus planes, en las audiencias que daba, en las conversaciones que tenia á menudo con los hombres del pueblo, en los paseos incógnitos que daba por Madrid, y, por último, en las costumbres de la sociedad que se agitaba en torno suyo, hallaba motivos para desesperarse.

IV.

Al lado de grandes virtudes aparecian grandes vicios.

El sentimiento religioso abdicaba su grandeza ante un fanatismo inconsciente, orígen de disturbios sin cuento, que eran una mordaza para la voz del progreso.

Todas las clases de la sociedad preferian la vagancia al trabajo, y si bien es cierto que en algunas celdas de los conventos habia frailes que estudiaban asíduamente, que se consagraban á las prácticas más austeras de la piedad, que conservaban para las generaciones futuras todos los adelantos sin los cuales en la hora de la rege-

neracion lo mismo en España que en el extranjero se hubieran encontrado en la barbárie; si bien es cierto que habia santos varones dignos de admiracion, en cambio pululaban por las calles de Madrid, con hábitos de distintas órdenes, frailes que hacian creer al pueblo que podia vivir sin trabajar, que ingiriéndose en el seno de las familias solian muy á menudo perturbar la paz doméstica, y que á favor del fanatismo que antes he mencionado eludian la santa ley del trabajo, ellos que por su carácter debian ser los primeros en cumplirla.

La grandeza ignorante; la clase media sin vida propia, sin carácter especial; el pueblo grandioso y miserable á la vez, sumido en la más crasa ignorancia, en la más profunda apatía, y únicamente estimulado en los tiempos normales por las corridas de toros, espectáculo que á D. Manuel Godoy y á una gran parte de las personas ilustradas que le rodeaban inspiraba una profunda aversion, solo la religion, el rey y la patria podian hacer héroes de aquellos miserables y harapientos plebeyos.

V.

Un buen ministro, un hombre que deseaba trasformar por completo la vida social del país que gobernaba, tenia por fuerza que emplear los medios más heróicos para convertir á los haraganes en trabajadores, á los fanáticos en verdaderos católicos, á los ignorantes en ilustrados, y un pueblo acostumbrado á ver escenas

sangrientas en el circo taurino y á manejar á cada instante la navaja en sus rencillas, en un pueblo morigerado, laborioso, limpio, económico y prudente.

Hé aquí por qué razon se habia dicho:

—El único medio de trasformar la sociedad actual es suprimir las corridas de toros.

Y aunque era omnipotente, aunque nada le negaban los reyes, encontró tales dificultades al querer poner en práctica sus proyectos, que llegó á considerarlos como insuperables.

La reina María Luisa gustaba mucho de aquellas diversiones.

Sus damas y los cortesanos gozábanse en aquel espectáculo, y por llamarle nacional, creian al asistir á él cumplir uno de sus deberes con la patria.

Hasta los severos magistrados, hasta los incorruptibles consejeros de Castilla; pero ¿qué más? hasta los generales mismos de algunas órdenes mostrábanse opuestos á la supresion de aquel espectáculo, y acaso no seria difícil adivinar el motivo que les impulsaba á obrar de esta manera.

VI.

Durante mucho tiempo ha sido táctica de los gobiernos arrojar un juguete al pueblo para que se divirtiera, seguros de que mientras jugaba podian hacer su voluntad sin que nadie les pidiera cuenta de sus actos.

Recientemente ha habido un ejemplo como el que cito.

Se apoderó Napoleon de la Francia el año 1852 por medio del golpe de Estado.

Lo primero que hizo fué destruir todo Paris sin otro objeto que dar ocupacion á los trabajadores.

—Mientras trabajan, comen, se dijo; y mientras coman, callarán.

Permitió despues el libre exámen en todo su desarrollo, y hasta celebró la aparicion de Renan negando la divinidad de Jesucristo.

—Con tal que nadie censure mi conducta política, pensó, que haga todo el mundo lo que quiera.

Más tarde, para distraer al pueblo, á quien queria hacer olvidar su elevacion, emprendió guerras.

Durante muchos años ha jugado el pueblo francés á la economía política, á la religion y á la guerra.

El resultado ya lo han visto mis lectores.

Napoleon ha caido de la manera más ignominiosa, y los juegos de sus súbditos han costado la destruccion de la Francia.

VII.

Quizás por esto se oponian los que influian en la gobernacion del Estado á los proyectos de Godoy.

Para ser justo, debo decir tambien que la obra más difícil en España, lo mismo en la época en que el duque de la Alcudia era ministro que en los tiempos actuales, es destruir ese espectáculo, no solo por lo que es en sí, sino por lo que representa á nuestros propios ojos y á los de los extraños.

Sin embargo, Godoy estudió mucho la cuestion, y despues de largas meditaciones,

—Muerto el pájaro, se dijo, para nada sirve la jaula.

Los triunfos que acababan de obtener las armas españolas en los combates con los franceses era una ocasion propicia para que, celebrando las victorias, pudiese el rey dar gracias y mercedes no solo á los militares, sino á todas las personas notables de su reino.

El momento era oportuno para colmar de dádivas á los grandes diestros, para ofrecerles posiciones con pingües sueldos y sin el riesgo que corrian al lidiar en las plazas, y lo natural era que, aceptando aquellos honores y aquellas dádivas, permaneciesen desiertos los circos, poco á poco fueran arruinándose y poco á poco fuera concluyendo la aficion al toreo.

¿Quién no se hace ilusiones en este mundo?

VIII.

Isabel la Católica odiaba el alanzamiento de toros que tenia lugar en sus tiempos, y esta fiesta fué cobrando desarrollo y llegó en tiempo de Godoy á su mayor apogeo.

Godoy quiso destruirla tambien, y á Pepe-Hillo y á Costillares sucedió Montes, y á Montes el Chiclanero y Cúchares, y á estos dos el Tato y Cayetano, y cuantas tentativas se han hecho para acabar con las lides taurinas han sido inútiles, y me parece que lo serán.

Animado con el auxilio que le daban los triunfos

obtenidos por los ejércitos de la frontera de Cataluña, y aprovechando la circunstancia de haber sido el hijo de Pepe-Hillo uno de los oficiales que más se habian distinguido en aquellas acciones, resolvió llevar á cabo su plan, y al efecto fué á palacio, expuso al rey con entera franqueza sus deseos, le manifestó que no bastaba haber vencido á los ejércitos de la república francesa, sino que era necesario aceptar alguna de las ideas de la misma revolucion, y que para conseguir que el pueblo no fuese contra el rey era necesario que el rey se anticipase á las necesidades del pueblo.

Una de ellas, la primera, era acabar con las corridas de toros.

Cárlos IV no le dejó proseguir.

—Más fácil es, le dijo, que el pueblo que tanto me ama, me ódie, que realizar lo que deseas.

Pero tanto insistió Godoy y era tanta la debilidad del monarca en escucharle, que despues de una larga conferencia, acabó diciéndole:

—Intenta la reforma que te empeñas llevar á cabo; pero que no se pueda imaginar que yo te ayudo en esa empresa.

IX.

Cuando Pepe-Hillo, despues de haberse despedido de la marquesa del Puente y de Dolores, fué á ver al duque de la Alcudia, aprovechó el primer ministro la ocasion para explorar el ánimo del torero.

Antes de oir las palabras con que á las insinuaciones de Godoy contestó el famoso diestro, es oportuno, y es además un deber en mí, para cumplir las promesas que he hecho á los lectores, abrir aquí un paréntesis y ofrecer al lector los rasgos más importantes y más característicos de la historia del toreo en España, para que conociendo su desarrollo y su influencia y teniendo ocasion de recordar los episodios más notables de los lidiadores, sus costumbres privadas y cuanto á ellos concierne, puedan comprender por qué razon el pueblo español de 1793, como el de 1871, son capaces, segun la frase vulgar, de vender hasta la camisa para ir á los toros.

LIBRO SEGUNDO.

LAS CORRIDAS DE TOROS.

CAPITULO I.

Un banquete trascendental.

I.

Para lograr el fin que me propongo al trazar este libro, una reseña histórica sencilla y sin adornos bastaria.

La crónica taurina, sobre todo en los siglos anteriores al de las luces, en breves páginas puede encerrarse.

Pero ¿no podria servirnos este estudio para conocer algunos usos y costumbres de la época en que pasa la accion de esta novela, para conocer á algunos de los hombres más distinguidos en aquel tiempo? Yo creo

que sí, y para amenizar la narracion vamos á darla en una forma novelesca.

He dicho antes de ahora que en la época de Cárlos IV, y sobre todo en la época de la dominacion de Godoy, como otros tantos satélites de este astro, brillaban en la córte innumerables literatos que, favorecidos por el primer ministro, al mismo tiempo que enriquecian las letras con sus producciones, servíanle para cantar sus alabanzas y para separar la atencion del público de los actos privados de la vida del célebre favorito.

II.

Figuraban entre ellos Leandro Fernandez Moratin, reformador del teatro español; Melendez Valdés, dulcísimo poeta; José Antonio Conde, historiador y orientalista distinguido; D. Diego Clemencin, sacerdote virtuoso y sábio filólogo; el poeta trágico Alvarez Cienfuegos, los pintores Francisco Goya y Francisco Bayen, el jurisconsulto con sus puntas de literato crítico Juan Pablo Forner, el inolvidable D. Ramon de la Cruz y otros varios que, realizando el pensamiento de Godoy, favorecidos por él con empleos ó con pensiones, enriquecian las bibliotecas y los museos nacionales, y preocupando el ánimo de las personas estudiosas, distraian su atencion de la atencion de la política, con lo cual dicho se está que hacian el caldo gordo á su Mecenas, puesto que podia llevar á cabo todos sus pla-

nes sin que le molestaran las miradas ó las objeciones de los hombres de talento, los cuales pasaban horas enteras discutiendo un tema filosófico, purgando de ripios una composicion poética, ó estudiando los contornos y las perspectivas de un cuadro al óleo, de una aguada ó de un agua fuerte.

Hermosos tiempos aquellos, en los que el talento podia encontrar, si se me permite la frase, la horma de su zapato.

Entonces el que empezaba haciendo versos ó dibujando caras, tenia la seguridad de poder perfeccionarse en la poesía ó en la pintura al lado de buenos maestros, y hallar más tarde honra y provecho en aquellas honrosas profesiones.

Desde entonces acá han variado mucho las cosas, y llena está la nómina de las clases pasivas de artistas y literatos incipientes, que, seguros de medrar pronto y sin trabajo en la carrera política, han contribuido al empobrecimiento de la literatura y de las artes en el siglo de las luces, y han aumentado el caos en que la política ha sumido á la sociedad moderna.

Aquellos hombres que con sus escritos y sus inspiraciones impresionaban á todos, obedeciendo á un sentimiento de gratitud, procuraban amoldar sus ideas á las de su protector.

III.

Harto sabia Godoy el importante papel que literatos y artistas podian desempeñar en la propaganda de sus

planes, y siendo uno de ellos, quizás el más importante en la época á que me refiero, el de procurar introducir en España suavemente una gran parte de las reformas que por medio de la convulsion revolucionaria se habia llevado á cabo en Francia para preparar al país á aquellos adelantos, para reemplazar las costumbres viejas con las nuevas, necesitaba valerse de aquellos propagandistas, los cuales, por todos los medios que tenian á su alcance, podian creer en el pueblo las disposiciones necesarias para adaptarse á los planes del primer ministro.

Hallábase en aquellos momentos viajando por Italia con una mision científica el inolvidable D. Leandro Fernandez de Moratin, que, verdadero hijo del pueblo, comprendia los defectos y las virtudes de sus hermanos, y aunque posteriormente pecó de afrancesado, en aquellos momentos miraba con cariño todo lo que constituia las costumbres de la patria.

Niño mimado del duque de la Alcudia, como lo era de los amigos de su patria, ilustrado poeta tambien, tenia derecho para decir la verdad, y al consultarle Godoy acerca de sus principios de empezar su reforma aboliendo las corridas de toros, hubiera hallado en él una irresistible oposicion.

IV.

Otro de los hombres intransigentes, porque tenia pasion por las lides taurinas, era el famoso pintor Goya,

que, á pesar de sus años y de su sordera, gozaba en extremo asistiendo al circo, porque en aquel espacioso cuadro hallaba llenos de vida y de color los tipos que tan admirablemente interpretaba su pincel.

Pero al lado de estos dos hombres, que en aquella cuestion no estaban de acuerdo con el duque de la Alcudia, habia otros tambien de reconocido talento que podian prestarse á sus fines.

Eran estos Forner, Conde, Bayen, Melendez Valdés, y hasta el mismo Jovellanos, quien, sin embargo, tenia cierta enemistad con Godoy, porque habia sido objeto de misteriosas persecuciones, y tanto el ilustre humanista como la opinion pública atribuian aquellas persecuciones á Godoy y á la reina, porque verdaderamente con su talento, con su ilustracion, con sus prendas morales, si habia algun hombre que pudiera hacer sombra al favorito del monarca, era Jovellanos.

V.

Un dia del mes de Agosto de 1793 sentó Godoy á su mesa á Forner, á Conde, á Melendez Valdés, á D. Luis Urquijo, alto empleado del ministerio de Estado, y á Filiberto Ruiz, guardia real de la Compañía Española, que habia sido compañero de Godoy y que se distinguia más que por sus cualidades militares por sus grandes conocimientos tauromáquicos, por su aficion á las corridas de toros y por su buen juicio en todo lo que se

relacionaba con las costumbres, leyes y condiciones esenciales del toreo.

No extrañó á nadie, y mucho ménos á los comensales, este obsequio de Godoy.

Su mayor placer consistia en dedicar uno ó dos dias á la semana en expansiones amistosas con aquellos hombres de tan amena conversacion.

Despues de haberles obsequiado con la esplendidez con que acostumbraba,

—Vamos á ver, amigos mios, dijo, ¿qué pensarian ustedes de mí si me hubiese propuesto civilizar en breve tiempo al populacho español?

—Que intentaba V. E. una obra de romanos, dijo con atildado acento Juan Pablo Forner.

—Y, sin embargo, añadió el duque de la Alcudia, eso no es un obstáculo. Nosotros somos españoles y conseguimos vencer y alejar de nuestro país á los romanos; luego podemos emprender obras que aquellos no pudieran consumar.

—Ya sabe V. E., dijo Conde, que solo hay un medio de dominar al pueblo.

—Dándole pan y toros, ¿no es eso?

—Ciertamente.

—Me parece que juzgan Vds. muy mal al pueblo español. Ama las funciones de toros, no por lo que tienen de horrorosas y de inciviles, sino porque le ofrecen el espectáculo del triunfo del hombre sobre la fiera, y esto le enorgullece, esto le embriaga. Quizás por eso, míseros voluntarios que han ido á la frontera de

Cataluña han podido vencer á tropas aguerridas superiores en número. Pero si la guerra que estamos sosteniendo, á Dios gracias, con tanta fortuna, fuera con otra monarquía asentada sobre las mismas bases que la nuestra, poco me importaria que el pueblo continuase entregado á esa diversion. Pero ¡ay! las ideas que han servido de bandera á la república francesa, cuyos horrores y extravíos lamentamos, no pueden ser apagadas por el estrépito de los cañones. Dentro de un año, dentro de dos, dentro de cuatro habremos logrado vencer, si la Providencia nos ayuda, á nuestros enemigos. Pero á la guerra ha de suceder la paz. No somos rencorosos; abriremos los brazos á nuestros enemigos, y cuando despues de habernos considerado como héroes vengan á admirarnos de cerca—los españoles somos así, terribles en la hora del combate—seremos dulces y cariñosos con los vencidos. Entonces nuestro pueblo podrá saber que muy cerca de aquí todos los hombres son ciudadanos, todos tienen derecho para intervenir en la gobernacion del Estado, y esa mala semilla en un pueblo tan feroz como el nuestro puede dar tristes frutos, porque nuestros hermanos querrán las libertades que tienen los franceses, y si se las damos de pronto producirán en su estómago una fuerte indigestion, y si no se las damos, una irritacion espantosa, que será muy difícil corregir.

—Es muy cierto, dijeron todos aplaudiendo aquellas reflexiones tan juiciosas y aquellos cálculos tan acertados del primer ministro de Cárlos IV.

—Yo he pensado, añadió Godoy, que es mejor, mucho mejor, ir dando al pueblo lo que ha de pedir mañana antes de que lo pida, y á este efecto, hablo entre amigos y no tengo inconveniente en franquearme, á este efecto, repito, he trabajado el ánimo de S. M. y lo he encontrado propicio. No en balde se llama el bondadoso al rey nuestro señor. No es un monarca, es el padre del pueblo.

—Dios bendiga á S. M., exclamó Melendez Valdés, que, verdadero poeta, no pudo ménos de entusiasmarse al oir describir de aquella manera el corazon de un monarca.

—Pues bien, para llevar á cabo mi propósito he ideado un plan que voy á someter á la ilustracion de usted.

—¡Tanto favor!... exclamaron los comensales.

—Hago justicia al talento que en todos reconozco. Yo creo francamente que el único obstáculo que puede oponerse á las reformas que deseo proponer á S. M. para anticiparme á las exigencias que los vasallos puedan tener mañana, es abolir las corridas de toros.

VI.

Filiberto no pudo ménos de levantarse de su asiento como si le hubiera mordido una víbora.

Todos los demás manifestaron su asombro.

—No me sorprende la admiracion de Vds.; la esperaba, pero me anima.



Filiberto no pudo ménos de levantarse de su asiento.

—Señor, dijo Conde, ¿sabe V. E. lo que quiere?

—Un imposible, contestó Filiberto. Quite V. E. al pueblo ese espectáculo, y España pierde su fisonomía, sus costumbres, todo.

—Y sin embargo, dijo Forner, yo opino en todo y por todo con el señor duque de la Alcudia.

—Yo creo, dijo Urquijo, que ese atrevido pensamiento, por la audacia que tiene en sí, es capaz de asombrar y convencer al impresionable pueblo español.

—Primero le hacen trizas que renunciar á las corridas de toros, dijo Filiberto.

—Consulte V. E. al alcalde-corregidor, á los alcaldes de cuartel, á los guardianes de los conventos, á los alcaldes de Casa y Córte, á todas las personas que tienen roce contínuo con el pueblo, y si hay uno solo que no se asombre al oir los proyectos de V. E., tan opuestos á los sentimientos, no ya del vulgo, sino hasta de la grandeza española, no tengo inconveniente en confesar que á pesar del cuidado con que he estudiado la historia de mi patria y hasta la de los árabes, á quienes de una manera incidental deben su orígen las lides taurinas, soy el más ignorante de la tierra, dijo Conde.

—Seria capaz el pueblo, añadió Filiberto, de hacer lo que no ha hecho, amotinarse como en los tiempos de las capas y los sombreros.

—Creo, en efecto, dijo Melendez Valdés, que nuestro buen amigo el duque de la Alcudia perderia mucho del prestigio que tiene si intentase llevar á cabo esa reforma, con la cual estoy de acuerdo.

—Pláceme, dijo Godoy, haber oido la opinion de hombres tan importantes, y lo único que siento es que otro hombre de los más ilustrados, sin ofender á ninguno de Vds., de los que más estimo, por más que cuestiones políticas que lamento le tienen separado de mí, no pueda emitir su opinion en este punto.

—¿Alude V. E. á Jovellanos? repuso Forner.

—Lo ha adivinado Vd., amigo mio; pero no obstante, yo voy á hacer á Vds. una proposicion, que espero acogerán con su benevolencia acostumbrada.

—Desde luego la aceptaremos, dijo Forner.

—Es muy sencilla, y será, seguramente, del agrado de Vds. Yo desearia que con alguna premura, porque el tiempo urge, reunieran Vds todos cuantos datos tienen ó puedan adquirir acerca del orígen ó desarrollo que ha tenido en España esa funcion que deseo hacer olvidar, y puesto que entre Vds. tiene ardientes partidarios é ilustrados impugnadores, celebrarán Vds. alguna conferencia que pudiera ofrecerme un resúmen histórico y filosófico acerca de esa diversion, de su influencia en las costumbres y hasta en la nacionalidad española, porque quizás ese trabajo llegara á convencerme, obligándome á olvidar mi proyecto ó á animarme tal vez á seguirle con perseverancia, seguro de ofrecerme la gloria de haber estudiado uno de los más árduos problemas y de alcanzar la no ménos estimable de contribuir á resolverle.

—Excelente idea, dijeron todos.

—Aun desearia más; creo que mi buen amigo Me-

Melendez Valdés tiene relaciones con Jovellanos.

—Me distingue con su afecto.

—Pues bien; si la opinion pudiera llegar hasta mí, ilustrada con su trabajo y con el de Vds., yo lograria mi objeto.

—Sea en buen hora, dijo Conde.

—Por mi parte, añadió Filiberto, aunque solo como hombre práctico pueda servir para algo, estoy resuelto á cumplir los deseos de S. E.

—Pues inauguremos aquí mismo, dijo Forner, una asociacion, de la que formaremos parte los que aquí estamos, y desde luego me atrevo á proponer para presidente honorario al señor duque de la Alcudia.

VII.

La eleccion fué adoptada por unanimidad, y desde aquel momento quedó instalada una asociacion de amigos y enemigos de la fiesta nacional de los toros para estudiar su orígen, su influencia en las costumbres, y resolver si era conveniente abolirla ó protegerla.

Pocos son los que conocen este dato histórico; pero algunos manuscritos y algunas insinuaciones que se encuentran en autores contemporáneos, y sobre todo algunas críticas de esta asociacion, dan cierto carácter de autenticidad á lo que quizás pueda parecer al lector un pretexto del novelista para cumplirle de una manera un tanto pintoresca la promesa que le ha hecho al inaugurar este segundo libro de su obra.

CAPITULO II.

—

El hombre de ayer y el hombre de hoy.

I.

No crean los lectores que la satisfaccion que produjo en el ánimo de los comensales del duque de la Alcudia la feliz idea de S. E. era movida únicamente por tener ocasion de lucir sus conocimientos tauromáquicos unos, artísticos y literarios otros y filosófico-sociales los demás.

Habia un motivo mucho más poderoso para que las ocupaciones á que debian entregarse, si habian de cumplir su cometido, les llenase de júbilo.

En aquellos tiempos—parecerá una utopia lo que voy á decir—en aquellos tiempos las horas eran más largas que en estos.

Un paralelo entre el hombre de hoy y el de ayer justificarán mi aserto.

II.

El hombre de hoy se levanta muy tarde.

Cuando abandona el lecho ya le aguarda el barbero,

y el que emplea ménos minutos en la operacion de rasurar es el que más parroquianos tiene.

Cinco minutos para hacerse la barba.

Cuatro ó cinco periódicos esperan al hombre de hoy en su despacho, y le excitan á leer la *última hora*, los partes telegráficos, alguna noticia al vuelo, proporcionándole el elemento indispensable para empezar las conversaciones que muy en breve va á celebrar con ocho ó diez personas á quienes tiene que recibir en el espacio de una hora para tratar con ellas los más difíciles y diversos negocios.

Llega la hora del almuerzo y coincide con ella la llegada del correo.

Entre bocado y bocado hay que enterarse del contenido de las cartas.

Todas son emociones.

Una buena noticia, el anuncio de una pérdida, el parte de un casamiento, la carta de una viuda reciente que, á pesar de su dolor, no se olvida de los cupones que vencen y encarga al amigo del difunto que los cobre.

Acto contínuo, á la Bolsa unos, otros al Congreso, otros á los ministerios.

No es posible prescindir de dar dos ó tres paseos por la Carrera de San Jerónimo para saber las últimas noticias de política.

Despues las visitas.

Despues el paseo por la Castellana ó el Retiro, porque es preciso ver á las gentes y que le vean á uno.

III.

A las siete la comida, precedida del anuncio de las visitas que no le han hallado á uno en casa, y las cartas del correo interior y los despachos telegráficos.

El hombre de hoy no tiene tiempo ni de hablar con su esposa de las cosas domésticas, ni de acariciar á sus hijos.

A las ocho y media al teatro.

En un entreacto una vuelta por el Casino.

A las doce á un baile de gran tono.

A las dos otra vez al Casino á dar un vistazo por el tapete verde.

A las tres á cenar con una actriz, ó una cantante, ó á ver á un ministro, que suelen recibir á estas horas á los amigos de confianza.

A las cuatro ó las cinco á casa.

—Un vistazo á *La Epoca*, otro á *La Correspondencia*, y á la cama.

Una hora ó dos para pensar en los negocios pendientes, y á dormir.

Esta es la vida del vapor, de la electricidad.

IV.

En cambio, la vida del hombre de ayer era el polo opuesto.

Despertábase con el alba.

Tomaba el chocolate con la mayor tranquilidad.

Destinaba una ó dos horas á arreglar sus prendas de vestir, á prepararlo todo para la salida de aquel dia.

Nadie podia quitarle media hora lo ménos para dar cuerda á los muchos relojes que debia tener todo caballero.

Vestido ya, aguardaba al peluquero y pasaba con él una hora larga mientras que le afeitaba, le ponia la peluca, se la empolvaba y le referia todos los sucesos de la capital.

A las doce á oir misa.

Despues un paseito por las gradas de San Felipe, y dos ó tres estaciones en las librerías más afamadas para oir decir lo que contaba la *Gaceta*, de lo que tres ó cuatro meses antes habia acaecido en San Petersburgo ó en Stokolmo.

Daba la campanada del garbanzo, y á casa, á comer.

Y para que no molestasen las gentes al hombre de ayer se cerraba la puerta de la calle, con lo cual nadie se atrevia á interrumpir el silencio y el sosiego de los moradores de aquella cerrada vivienda.

Despues una siestecita para reposar la comida.

V.

Vestido ya, despues de encasquetarse el peluquin, iba muy despacito el hombre de ayer á la celda de un convento á visitar, ora á un padre prior, ora á un fraile vulgar.

Su paseito higiénico por la alameda de los Melancólicos, por el paseo de Mahudes, ó por el Prado de San Fermin no habia quien se lo quitase.

Una hora á la botillería de Canosa para refrescar, ó tomar café, segun la estacion, y por último, unos se iban á rezar el rosario y á acompañarle por las calles, otros al corral del Príncipe, ó de la Cruz, á oir desde una luneta cantar las seguidillas del *arroyito*, y otros á una tertulia inocente como las que ha descrito Antonio Flores en su preciosísimo *Ayer*, y han popularizado los autores de la zarzuela *Un sarao y una soirée*.

Solo trasnochaban los serenos, alguna que otra ronda de alguaciles y los de la *ronda de pan y huevo*, que con sus *saetas* entristecian á las piedras de la calle, como hubieran entristecido á los moradores de la villa y córte si á aquellas horas no hubieran dormido como troncos.

VI.

Pues bien, los personajes que hemos visto sentados á la mesa del duque de la Alcudia vivian de aquella manera lenta y pausada.

Así como los placeres de la sociedad de hoy son los de la fiebre, del delirio, los placeres de aquella eran los de la atonía, los de la clorosis.

Si hoy se considera como el mejor amigo al que presta un duro, entonces el que proporcionaba una ocupacion útil y agradable era seguramente el que daba mayores muestras de aprecio á sus semejantes.

¡Cómo se reirian nuestros políticos de hoy, sobre todo los diputados ministeriales de cualquier ministerio, si hubieran visto á un Melendez Valdés, á un Urquijo, á un Conde, á un Forner, á un guardia de Corps, por último, entusiasmarse ante la idea de haber recibido el encargo de estudiar las corridas de toros, su orígen, su influencia en la sociedad, la conveniencia de extinguirlas ó de modificarlas; cómo se hubieran reido, repito, ellos que solo se preocupan cuando se trata de algun escándalo parlamentario, cuando se sabe que algun diputado va á decir algunas frescas á otro, ó cuando ven en peligro la situacion, que es para ellos cuerno de la abundancia!

VII.

Con la mayor formalidad, como si se tratase de un asunto gravísimo, al separarse del duque de la Alcudia convinieron todos en guardar la mayor reserva acerca del asunto que habia de ser objeto de su estudio y observacion, y acordaron celebrar la primera sesion, para organizar los trabajos que debian llevar á cabo y para repartírselos, en casa de Forner.

Todos prometieron obrar con el mayor sigilo, porque en su concepto la idea de Godoy era altamente revolucionaria, y si se apercibia alguno del objeto de los trabajos que iban á emprender podian tener algun disgusto.

VIII.

En honor de la verdad, quien desde luego comprendió que no podria callar fué Filiberto, y no queriendo hacer traicion á sus colegas formuló una proposicion, que fué aceptada.

—Amigos mios, dijo, lo que quieren Vds. es imposible. Unos tendrán que ir á la Biblioteca á consultar libros y manuscritos; otros tendrán que conferenciar con personas del pueblo; otros con los toreros mismos, y alguna explicacion hay que darles. Hagamos una cosa: digámosles que el rey nuestro señor desea conocer á fondo la verdadera historia de las lides taurinas para ver si hay un medio de darles todavía más esplendor del que tienen, y verán Vds. cómo todos los que puedan ofrecernos algunos datos se apresurarán á traérnoslos.

—¿Y si despues, dijo Melendez Valdés, su majestad, aconsejado por el duque de la Alcudia, suprime las corridas de toros, cómo explicamos esa version?

—No las suprimirá, dijo Filiberto; apuesto mi paga de este mes; digo, no, eso no puede ser porque la tengo ya perdida; apuesto mi banderola, mi vida si es preciso, á que no hay fuerzas humanas capaces de conseguir que el pueblo español renuncie á su diversion favorita.

—Eso es ya prejuzgar la cuestion, dijo Urquijo.

—Esto es únicamente la opinion de la experiencia.

—Allá lo veremos.

IX.

Aquella microscópica asamblea, compuesta como todas de pareceres distintos, comenzó á apasionarse.

Los asociados se retiraron, prometiendo verse al dia siguiente en casa de Forner para inaugurar sus tareas.

CAPITULO III.

—

La marquesa de la Llana.

I.

A pesar del sigilo con que se habian prometido llevar á cabo los asociados el estudio de la árdua cuestion sometida á su exámen, Filiberto, que, conociéndose, habia buscado un medio para no enmudecer—cosa que le hubiera costado gran trabajo—fué débil, y en secreto refirió todo lo que le habia pasado en la comida del duque de la Alcudia á la marquesa de la Llana, dama muy principal á quien el guardia hacia la córte.

La marquesa era una viuda de treinta y seis á treinta y ocho años, bien conservada, muy dada á los caprichos de la moda, muy devota, y para que nada faltase al tipo completo de la mujer aristocrática de aquel tiempo, muy entusiasta admiradora de las corridas de toros.

Para proporcionarla un ataque nervioso, que tambien en aquel tiempo tenian nervios las damas, hubiera bastado oponerse á que luciera su mantilla de casco y su peineta de teja en su palco de la plaza de toros,

palco que reunia durante todas las corridas de toros á las personas más elegantes en las lides taurinas, porque la marquesa, que se preciaba de conocedora, gustaba en extremo de discutir las suertes con las personas en quienes reconocia competencia en el asunto.

II.

Aunque la marquesa pertenecia á una familia ilustre, no eran muy bien vistas en la sociedad sus costumbres, un tanto libres por aquellos tiempos.

Pocas eran las damas que la visitaban.

En cambio su casa estaba siempre llena de caballeros y su tertulia era de las más animadas y divertidas, por más que dominase en ella el sexo feo.

Las únicas amigas que la acompañaban á hacer los honores de sus saraos eran viudas como ella, y las intrigas amorosas, la narracion de las aventuras que tenian lugar en la córte, las no ménos interesantes de los guardias reales, en una palabra, todo lo que podia constituir la sencilla y casi inocente crónica escandalosa de aquel tiempo, era el objeto predilecto de las conversaciones de los contertulios de la marquesa.

III.

Habíase casado muy jóven; su marido habia sido íntimo amigo de Olavide; este habia imbuido en él las ideas revolucionarias que le habian costado las perse-

cuciones de la Inquisicion, y dicho se está con esto que no habia reinado el mayor órden en su casa.

A la sombra de aquella libertad crecieron y se desarrollaron los caprichos de su esposa y llegó á ejercer en su casa una verdadera dictadura.

El marqués era muy aficionado á cazar, aficion que por tenerla el rey se habia generalizado en toda la grandeza, y en una cacería persiguiendo á un venado le arrojó el caballo contra unas piedras, y no sobrevivió más que algunas horas á la caida.

La marquesa sintió mucho su muerte, pero al cabo de algun tiempo comprendió que con ella no habia sucedido otra cosa más que haberse aumentado su libertad.

IV.

Necesitando distraccion, no podia vivir sin pasear por el Prado de San Fermin, sin asistir á las corridas de toros desde por la mañana hasta la noche, sin ir alguna que otra vez al corral del Príncipe y sin tener tertulia en su casa.

Los guardias de Corps, por su carácter alegre, constituian el mejor ornamento de su tertulia.

Verdadero tipo de la coquetería, coqueteaba con todos, asegurando á aquellas de sus amigas que le hacian ver los peligros de jugar con fuego que ya estaba curada de espanto, que ya no hacia otra cosa que distraerse y que no habia en el mundo quien pudiera despertar su dormido corazon.

El bueno de Filiberto, como tantos otros, habia empezado á galantear á la marquesa.

—No se canse Vd., le dijo un dia la veleidosa dama, mi esposo se llevó al otro mundo mi corazon. No me ha quedado más que alegría para reirme de todos los que aspiren á conquistar mi voluntad.

—Lo que es por eso no desfallezco, dijo el guardia de Corps. Desde que se han inventado los postizos, nada más fácil que buscar un corazon artificial para una mujer que, como Vd., haya perdido el suyo.

V.

La marquesa se rió de Filiberto, y este, burlado á los ojos de los contertulios de la deidad, juró que no cejaria en su empeño hasta verla rendida.

Así lo hizo en efecto, y para justificar su tenacidad debo decir que el guardia era hijo tercero de una noble familia de Aragon, razon que explica la fuerza de voluntad con que habia acometido tan difícil empresa.

En la época en que doy á conocer á una y otro, solo habia conseguido que la marquesa, despues de haberle despreciado muchas veces, despues de haber sostenido una lucha empeñadísima con él, hubiera pedido una tregua, concediéndole el título de amigo íntimo, pero nada más que amigo.

VI.

Filiberto, que poco á poco iba enredándose más y más en aquella red amorosa, á pesar de su poca fijeza habia llegado á enamorarse verdaderamente de la marquesa, y, aunque lo ocultaba, lo cierto era que el dia que no lograba verla por cualquier motivo, y que al verla no podia hablar con ella á solas, estaba de un humor endiablado y su asistente pagaba su mal humor.

Tanto habia sufrido el doméstico las consecuencias de los desvios de la marquesa, que habiéndose enterado de las causas de sus tirones de orejas y de los puntapiés que recibia á menudo, aprovechó sus ócios en hacer el amor á la camarera favorita de la marquesa, para lograr con su auxilio que fuese más amable su ama con el guardia de Corps, á fin de ahorrarse las exclamaciones de dolor en que de otro modo tenia que prorumpir á cada instante.

Al recibir Filiberto el encargo de coadyuvar al estudio filosófico-tauromáquico que deseaba llevar á cabo el duque de la Alcudia, lo primero que pensó fué que, asociándose á la marquesa, encontraria en ella un poderoso auxiliar para defender á toda costa sus ideas, y al mismo tiempo un pretexto para hablar con ella en confianza y un medio de acelerar el triunfo que ambicionaba.

VII.

Las primeras insinuaciones de Filiberto irritaron profundamente á la marquesa.

—¿Cómo se entiende? exclamó. ¿Hay en España quien pretenda imaginar siquiera que es posible acabar con las funciones de toros? El que tal piense es un loco y además un mal español. Por mi parte declaro que le haré una guerra tenaz y llevaré tan lejos mi encono, que aunque estoy apartada de muchas damas de la grandeza porque no puedo transigir con su hipocresía, las buscaré, las hablaré, daré la voz de alarma, y todas juntas haremos una guerra sin cuartel á los que aspiran á privarnos de asistir á ese magnífico espectáculo, para premiar con nuestros aplausos y nuestras sonrisas á los valientes lidiadores que al influjo de nuestras miradas ven caer á sus piés las fieras más feroces é indomables.

VIII.

—¡Bravo, sublime! exclamó Filiberto; ya sabia yo que encontraria en Vd., mi querida marquesa, un fuerte apoyo. Yo no he ocultado mis ideas, y todos saben que estoy dispuesto á defender lanza en ristre las funciones de toros. Pero modere Vd. sus ímpetus. Vd. me

ha prometido ser mi amiga, y siéndolo no querrá comprometerme.

—¿Cómo puedo comprometer á Vd.?

—Poniéndose en campaña desde luego.

—Es que lo malo hay que atacarlo pronto.

—Y si yo le dijera á Vd. que los que estamos reunidos para resolver esa cuestion hemos empeñado nuestra palabra de guardar el mayor secreto, ¿qué diria Vd.?

—Que habian Vds. hecho muy mal.

—Y sin embargo, la hemos empeñado, y ya ve usted qué papel haria yo si se supiera que por mi conducto habia Vd. sabido los planes del duque de la Alcudia y se oponia desde luego á ellos.

—Pues bien; cuando un galan quiere que una dama no revele un secreto, lo primero que debe hacer es no confiársele.

—Eso está muy bien tratándose de una dama vulgar, pero de la marquesa de la Llana... Vamos á ver si es Vd. mujer fuerte. Yo le prometo á Vd. confiarle todo lo que suceda y darle cuenta detallada de las determinaciones que se tomen. Estoy seguro de que los partidarios de las lides taurinas triunfaremos; pero si así no fuera, yo pediré á Vd. auxilio, y entonces es cuando podrá desplegar todas las armas que posee para obtener el triunfo.

—¿Y si me oculta Vd. algo?

—Si mi propósito fuera ese habria empezado por ocultar á Vd. lo principal. Yo me inspiraré en todo y para todo en Vd., y á este fin, si Vd. me lo permite,

vendré todos los dias en que no tenga guardia á la hora en que Vd. esté sola.

—¿Para hablar de este asunto nada más?

—Naturalmente.

—Es que si aprovecha Vd. la ocasion para insistir en sus impertinencias...

—Tendrá Vd. derecho para arrojarme de su casa.

—Ya sabe Vd. que soy débil.

—Ya sé que es Vd. fuerte, y tambien sé que sienta muy mal esa fortaleza en una dama tan bella, tan encantadora como Vd.

—Mal principio es ese.

—No veo motivo...

—Si en todas nuestras conferencias da Vd. en galantearme...

—Voy á demostrar á Vd. que sé vencerme. ¿Quiere usted que hagamos una apuesta?

—¡Una apuesta! ¿Con qué fin?

—Yo apuesto todo lo que Vd. quiera á que en un mes soy capaz de estar á su lado todo el tiempo que usted me lo permita sin decirle una sola galantería.

—Acepto la apuesta.

—¿Qué vamos á apostar? Apruebo desde luego lo que Vd. proponga.

—Pues bien, si al terminar el mes no he sido débil, me permitirá Vd. que estampe un beso en su nevada mano.

—¿Y si pierde Vd.?

—Me permitirá Vd. lo mismo.

—No; me reservo la libertad de imponer á Vd. la sentencia que crea más oportuna si, como creo, pierde.

IX.

En esto entró una visita y Filiberto tuvo que retirarse; pero iba seguro de que habia adelantado en aquella conversacion bastante terreno para la realizacion de sus designios.

CAPITULO IV.

—

Un jóven ambicioso.

I.

Aquel mismo dia la marquesa de la Llana, que era muy amiga de la camarista de la reina, que como recuerdan nuestros lectores protegió á Picornel, fué á verla y la enteró en secreto de los planes del duque de la Alcudia.

Como la Matallana no dejaba de aprovechar todas las ocasiones para contrarestar la influencia de Godoy, antes de dar cuenta á la reina de lo que le habia referido la marquesa, habló de aquel asunto precisamente á uno de los asociados, que en aquellos momentos tenia mucha amistad con ella.

Era este D. Mariano Luis de Urquijo.

Este personaje, que llegó más tarde á ser ministro de Negocios extranjeros y desempeñó en los últimos años del reinado de Cárlos IV uno de los más importantes papeles, figurando despues en la revolucion á que dió lugar la abdicacion del rey, era por su talento, por su ilustracion y por su figura uno de los hombres más importantes de su época.

II.

Hijo de una familia de labradores de Castilla, con natural ingenio y una aficion vehemente por los viajes, desde muy jóven emprendió algunos á Francia é Inglaterra con los agentes que tenia su padre para la venta de granos y de harinas.

Agradándole las costumbres inglesas, pidió al autor de sus dias que le permitiese permanecer algun tiempo en Lóndres, y allí entró en una casa de comercio, permaneciendo en ella hasta 1791, época en que volvió á España imbuido en el espíritu revolucionario y con ánimo de plantear en su nacion todos los adelantos que habia aprendido en el extranjero.

Era de una figura arrogante.

Los viajes, el trato con distinguidas familias de Francia y de Inglaterra, la experiencia de los negocios, los medios de fortuna con que contaba, todo habia contribuido á hacer de él un verdadero hombre de mundo, y apenas llegó á Madrid fué presentado en los salones más distinguidos, adquiriendo la proteccion de muchas ilustres señoras.

Pero Urquijo era muy avaricioso.

III.

A los pocos dias de su llegada, movido de curiosidad, habia acudido, como solian hacerlo gran número de ha-

bitantes de Madrid, á ver salir á los reyes de palacio para sus cuotidianos paseos.

El dia en que fué Urquijo habia salido muy temprano el rey á cazar al Pardo, y solo para ver á la reina acompañada de sus hijos iba á paseo á la Moncloa.

Desde luego descubrió en las facciones de la reina el carácter enérgico y apasionado que le dominaba.

María Luisa fijó los ojos en él y le saludó con su acostumbrada amabilidad.

Desde aquel momento concibió Urquijo un plan.

El de acercarse á aquella señora para buscar en su apoyo medios idénticos de los que habian servido á Godoy para alcanzar los triunfos que todos le envidiaban.

IV.

Por de pronto consiguió un empleo en el ministerio de Estado.

Su talento para resolver las dificultades, su elegante porte, su amena é instructiva conversacion le granjearon el aprecio de todos sus compañeros, y no tardó el mismo duque de la Alcudia en apreciar aquellas cualidades.

Mostróse Urquijo admirador de Godoy, y este, á pesar de su talento, cayó en la red que aquel le tendió.

Comprendió Urquijo que el mejor medio que tenia para realizar sus aspiraciones era hacer amistad con algunas de las damas que inspiraban confianza á la reina.

No tardó en conseguir la proteccion de la Matallana, reemplazando á Picornel en la mision de expiar al duque de la Alcudia.

V.

La situacion en que se hallaba Urquijo era difícil.

Por una parte estaba conforme con las ideas de Godoy.

Los dos eran jóvenes.

Los dos estaban dominados por el espíritu reformista, que se habia apoderado de todas las inteligencias.

Los dos estaban conformes en que el mejor medio de cambiar por completo la faz del país y prepararle á una civilizacion conveniente para estar al nivel de las naciones más adelantadas, era apartar de su vista aquel espectáculo que le familiarizaba con la sangre y que desarrollaba sus instintos feroces.

Pero al mismo tiempo, su más constante idea era la de arrebatar el poder de las manos del favorito, y por realizar sus deseos era capaz de todo.

VI.

Ya hemos visto que opinaba por la supresion de las corridas de toros.

Pues bien, no habian pasado veinticuatro horas, cuando despues de haber oido á la Matallana la relacion que de los deseos del duque de la Alcudia le habia he-

cho la marquesa, al oir que la reina se opondria resueltamente á aquella determinacion por ser una de sus mayores diversiones las corridas de toros, hizo, como suele decirse, un cuarto de conversion, y confió, tambien en secreto, á la Matallana, que formaba parte de aquella asociacion que debia estudiar los medios de organizar los planes de Godoy, y de aquí surgió la intimidad que algun tiempo despues le dió influencia bastante para que el mismo Godoy le nombrase ministro de Negocios extranjeros y para que estuviese á punto de realizar el plan de toda su vida desbancando al favorito de los reyes.

CAPITULO V.

Discusion preliminar.

I.

Al lado de las intrigas amorosas y políticas que vemos surgir en torno del plan concebido por el duque de la Alcudia, llevaban á cabo algunos de los asociados el proyecto del primer ministro, con la conciencia propia de los hombres de aquella época y con la satisfaccion del desocupado que encuentra una ocupacion amena y productiva.

Quien con más celo desempeñaba su comision era Melendez Valdés.

Este personaje tiene la fortuna de no necesitar un gran pintor para dar á conocer, no solo las muestras de su talento, sino la belleza de su carácter.

Ha dejado su alma en sus poesías, y una dulcísima composicion prueba que su alma era un alma privilegiada.

Al mismo tiempo, por su modestia, por la sencillez de sus costumbres, por el amor al progreso, que sentia y manifestaba en todas las ocasiones oportunas, no solo figura con honra en el Parnaso español, sino que forma tambien entre los hombres ilustrados y previsores

con que se honró España en los últimos dias del siglo pasado y primeros del presente.

II.

Melendez Valdés vivia aquella vida lenta y sosegada de la época que en otro capítulo hemos descrito.

No sentia esos vértigos ambiciosos que tan admirablemente ha descrito Balzac en *La Piel de Zapa*, y que son, por decirlo así, la síntesis del siglo XIX.

Podia pasar horas enteras contemplando la aparicion del lucero matutino, viendo inundarse el campo con los primeros rayos de un sol hermoso; podia detenerse á contemplar el cuadro que en el pórtico de una iglesia ofrecian los mendigos, y saborear las bellezas que presentaba á sus ojos á cada instante la caridad bajo la forma de tímidas y castas jóvenes ó de venerables ancianos.

Podia, despues de haber alimentado su cuerpo con una frugal comida y una reparadora siesta, salir al campo á dar un paseo higiénico y detenerse á contemplar la hermosa florecilla silvestre balanceándose al contacto de la brisa, al bullidor arroyuelo deslizándose entre blancas arenas, y escuchar el trino del canoro ruiseñor oculto entre las ramas de las frondosas alamedas que amenizaban por entonces los alrededores del calumniado Manzanares.

Compréndese fácilmente que aquel hombre no sentia la fiebre del deseo que nos devora ahora.

Con muy poco, y eso poco lo tenia, podia satisfacer todas las necesidades de su vida.

¿Qué mayor alegría para él que la de hallar un pensamiento elevado, una figura inspirada, una cadencia dulcísima, una frase que penetrara en el corazon, un gemido que se identificara con las lágrimas de la desgracia?

III.

Pues bien, aquel hombre que con tan poco se contentaba, conocido y admirado por el duque de la Alcudia, no tardó en ser objeto de su proteccion.

Con esto inauguró Godoy un ejemplo que en nuestro siglo ha sido imitado y desarrollado sobremanera, produciendo en gran parte la atonía en que se hallan las letras.

Le proporcionó un empleo que le dejaba, sin embargo, tiempo para consagrarse á su musa.

La delicia de Melendez Valdés era, despues de haber cumplido sus deberes, visitar de vez en cuando á su protector para hablar con él de la literatura clásica, y mantener correspondencias con algunos hombres ilustrados que vivian lejos de la capital, y entre ellos su amigo predilecto era Jovellanos.

Una de las primeras resoluciones que tomó Melendez Valdés para complacer los deseos del duque de la Alcudia fué escribir al ilustre jurisconsulto, al sábio economista, que se hallaba á la sazon en Astúrias, su pa-

tria, desempeñando una comision del gobierno, que más que un agasajo era un destierro para él.

IV.

No hay hombres verdaderamente completos.

Al lado de las cualidades que me he complacido en reconocer en el duque de la Alcudia, tenia defectos cuyas proporciones aumentaba la vehemencia de su corazon.

Los que por su belleza ó su talento podian hacerle sombra, como se dice vulgarmente, eran objeto de su animosidad y de sus persecuciones.

El marino Malaspina habia tenido una pasajera influencia en palacio, y Godoy no habia respirado tranquilamente hasta que le alejó de la córte.

Jovellanos era por su talento y sus virtudes la admiracion de los hombres de más valer.

Todos le designaban como el que con más acierto podia gobernar la nacion, y esta circunstancia era bastante para que Godoy procurase tenerle alejado.

Al dirigirse Melendez Valdés al ilustre desterrado de Gijon, estaba seguro de proporcionarle agradable solaz, y al mismo tiempo de obtener en sus apreciaciones sobre el espectáculo taurino el juicio más exacto y más imparcial para inspirarle en las controversias en que muy en breve iba á verse empeñado.

No quedaron defraudadas sus esperanzas.

Jovellanos tardó en contestarle, pero no por culpa

suya, sino del correo, que en aquellos tiempos tardaba quince dias muy largos en ir desde Madrid á Gijon y otros tantos en volver.

Inmensa fué su satisfaccion al ver que Jovellanos opinaba como él, y atribuia una buena parte de las costumbres del pueblo á la influencia que ejercian en el vulgo las corridas toros.

Entre otras cosas le anunciaba que hacia ya mucho tiempo que habia consagrado largas meditaciones á tan importante asunto, y dejaba entrever el pensamiento de la obra, pequeña en el tamaño, grande en la intencion, que con el título de *Pan y Toros* se le atribuye.

V.

Yo bien sé que eruditos comentadores de las obras de Jovellanos piensan, quizá con fundamento, que el opúsculo tan acreditado que corre como suyo no le debe más que algunas ideas, que tienen motivos para adjudicar su paternidad á un hombre muy docto tambien, pero oscuro y desconocido en la historia de la literatura.

Así será; pero ¿qué quieren Vds.? será soberbia, y quizás pedantería, de mi parte: yo, que he leido casi todas las obras de los literatos de aquel tiempo, al que soy muy aficionado; yo, que he procurado identificarme con los hombres más distinguidos de aquel período histórico, no creo, no puedo creer, no quiero creer que hubiera uno solo que con aquella rápida, majes-

tuosa y omnipotente mirada pudiera sintetizar todas las debilidades y todos los vicios de un pueblo tan movible, tan agitado, tan difícil de retratar como el pueblo español, sobre todo en aquel tiempo, si este hombre, si este retratista no es Jovellanos.

VI.

No es posible que este libro que voy escribiendo, no con todo el detenimiento, no con toda la inspiracion que yo quisiera, deje de engalanarse con la opinion, harto olvidada por desgracia, de Jovellanos sobre las funciones taurinas, y á su tiempo engarzaré esta piedra preciosa en mi histórico trabajo.

Que convenia á los planes de Godoy oponer á la revolucion social y política que los vientos de Francia arrojaban á España desde la cumbre de los Pirineos otra revolucion en las costumbres del país, no cabe duda alguna.

Era de todo punto imposible que dos naciones vecinas, estrechamente unidas por la ley de raza primero, por las familias reinantes de una y otra hasta entonces, no era posible, repito, que España pudiera contemplar á Francia con nuevo traje, con costumbres nuevas, sin que, movida por el espíritu de la novedad y por el espíritu de tradicion desde el momento en que empezó á reinar en nuestra nacion Felipe V, dejase de imitarla.

VII.

Asistamos á la primera conferencia que celebraron los encargados de estudiar aquella árdua cuestion, y alternando con las narraciones históricas los episodios de los personajes que he evocado con el deseo de hacerla más amena, podremos apreciar mucho mejor las opiniones de Jovellanos, que cerrarán esta parte de mi obra.

CAPÍTULO VI.

Un prólogo en accion.

I.

Es muy posible que los lectores acostumbrados á leer novelas, al ver que hasta ahora vengo desarrollando algunas fábulas con más ó ménos acierto, echen de ménos la falta de hilacion en mi historia.

Pero recuerden bien que no he ofrecido una novela, sino las Memorias de la España de Pan y Toros.

Piensen tambien que para cumplir mi palabra necesito ofrecerles la historia del toreo, y lo que es más, las verdaderas causas que convirtieron á un pueblo fanático, abandonado, perezoso, lleno de vicios, en el pueblo valiente, heróico, grandioso de la guerra de la Independencia.

Necesito revelar al lector cuáles fueron los verdaderos móviles que impulsaron á nuestros padres á rechazar toda dominacion extranjera.

Hechas estas explicaciones, porque mi conciencia de novelista las reclama, háganme el favor los lectores de acompañarme á casa de Forner, que vivia en la calle de los Dos Amigos, próxima á la plazuela de Afligidos.

II.

Aquella sesion debia destinarse á formular el plan de los trabajos que habian de emprender para satisfacer los deseos del duque de la Alcudia.

El primero que llegó fué Filiberto, y manifestó desde luego á Forner que estaba decidido á defender á punta de lanza el espectáculo taurino.

Cuando llegaron los demás, comprendiendo sin duda que su influencia seria eclipsada por la de sus compañeros, se apresuró á hablar, pensando con razon que, lo mismo en las lides oratorias que en las de fuerza bruta, el que da primero da dos veces.

—Señores, dijo, yo que por mi carácter de guardia de Corps tengo ocasion de hablar con individuos de todas las clases de la sociedad, la he aprovechado, y sin decir el verdadero móvil que me inspiraba, solo hablando en sentido hipotético he podido convencerme de que es más fácil traer el mar á Madrid que desterrar en el pueblo español la aficion á las corridas de toros.

Empezando por las damas de la nobleza, ¿qué más? empezando por la misma reina (que Dios guarde) y concluyendo por la última manola del barrio de Lavapiés, no hay en el bello sexo, á no ser alguna beata, una española que no tenga pasion por ese espectáculo, que reune el valor, la destreza, el arrojo y la animacion en un solo y magnífico cuadro.

Por mi parte estaba convencido, al oir al duque de

la Alcudia la manifestacion de sus deseos, de que todo lo que hiciera seria inútil para satisfacerlos.

Hoy me afirmo más y más en mi opinion, y creo que, no ya el hecho, sino la sola idea de perder el espectáculo favorito, produciria en Madrid y en toda España un motin mucho más trascendental y peligroso que el de las capas y sombreros.

III.

Como era natural, le arguyeron los que pensaban de distinta manera, y Forner, viendo que eran más en aquella reducida asamblea los que pensaban en contra que los que pensaban en pro, quiso mostrarles que no habia la imparcialidad que se necesitaba.

—Cinco personas estamos aquí reunidas, dijo, y de las cinco, tres atribuyen á las corridas de toros la causa de la decadencia, de la ignorancia y del fanatismo de nuestro pueblo.

De los dos que apoyan ese espectáculo, Conde lo hace más bien obedeciendo á sus aficiones orientalistas, porque, segun es fama, debemos á los árabes el orígen de esas lides. El amigo Filiberto es el que representa aquí el espíritu popular, ó sea la costumbre ante la razon.

—Aunque así sea, exclamó el guardia, en este caso mi gozo es más competente que el de ningun otro. Pero yo estoy seguro de que, aunque seamos dos contra tres, al fin y al cabo venceremos los dos.

El momento era oportuno para que Urquijo pudiese hacer el cuarto de conversion que tenia proyectado.

—Paréceme, exclamó, que las opiniones se hallan divididas por igual. Yo que en principio atribuyo como ustedes y como el ilustre duque de la Alcudia á esa funcion bárbara la falta de civilizacion, despues de haber reflexionado mucho desde que emití mi primera opinion, teniendo en cuenta altas consideraciones políticas, sin dejar de condenar el espectáculo, creo firmemente que no es posible desarraigarlas sin hacer una verdadera amputacion en el cuerpo social de nuestra patria.

—Como ve Vd., amigo Forner, exclamó Filiberto, somos tres contra tres.

—Tanto mejor; con eso la lucha será igual.

—Creo, objetó Melendez Valdés, que de todas maneras, nada se perderá con las investigaciones que nos proponemos hacer; y si Vds. lo estimasen conveniente, yo celebraria que cada uno de nosotros se encargue de estudiar la cuestion bajo un punto de vista especial. De esta manera, si no lográbamos acabar con los circos tauromáquicos, al ménos conseguiriamos ilustrar la aficion de los españoles á semejantes funciones.

—La idea es excelente, dijo Forner.

Todos la aceptaron, y la verdad es que era oportuna.

IV.

Desde luego señalaron los temas sobre los cuales habian de versar los estudios particulares de cada uno, y los dividieron en seis.

El primero era una disertacion sobre la influencia de los espectáculos públicos en los pueblos.

El segundo debia tener por objeto la investigacion del orígen de las corridas de toros hasta la aparicion en la arena de los primeros lidiadores asalariados.

El tercero debia ser el cuadro animado y pintoresco acerca del carácter, usos y costumbres y rasgos particulares de los lidiadores más afamados hasta el dia.

El cuarto tema debia ser un alegato en favor de las corridas de toros, y una demostracion de los motivos por los cuales era de todo punto imposible suprimirlas.

El quinto tenia que ser una disertacion demostrando los motivos por los cuales debian suprimirse las corridas.

Por último, el sexto tema debia ser el resúmen, por decirlo así, demostrando la influencia social y política de las lides taurinas.

Verdaderamente todos aquellos asuntos completaban cuanto por aquel tiempo podia desearse acerca del toreo.

Haré gracia al lector de las discusiones que precedieron á la designacion de los asuntos.

No sucedió lo mismo con la distribucion de los trabajos.

El primero correspondia á Urquijo.

El segundo, por su carácter histórico, á Conde.

El tercero, por sus inclinaciones y el estilo pintoresco de sus escritos, á Forner.

El cuarto á Filiberto, ardiente defensor de las corridas.

El quinto á Melendez Valdés, y el sexto convinieron todos encargársele al ilustre Jovellanos, único en quien reconocieron competencia bastante para tratar tan delicado asunto.

Arregladas las cosas de esta manera, hizo Filiberto una proposicion.

—Yo pediria á Vds., exclamó, para que nunca se nos tratara de parciales, que completásemos nuestra asamblea con dos personas competentes: una de ellas Pepe-Hillo, el famoso torero, y la otra fray Jacinto, franciscano de Logroño, célebre en toda España por su aficion á las lides taurinas y por su inteligencia para juzgar á los que en ellas se ocupan.

Estos dos votos consultivos serian de gran importancia.

V.

La proposicion fué aceptada y convinieron en hacer cada cual su trabajo aisladamente y en un dia dado reunirse para someter el conjunto de sus investigaciones al primer ministro del rey.

Como no hay nada más vulgar ni más prosáico que seguir á los sábios en sus exploraciones por el terreno de la ciencia, sobre todo en los tiempos á que nos referimos, me permitirán los lectores que abandone á aquellos hombres estudiosos y no los vuelva á presentar hasta que terminada su obra la ofrecieron al duque de la Alcudia.

No han de ser ménos que Godoy.

Oigan y juzguen las elucubraciones de aquellos aplicados ciudadanos, y despues de saber por este medio cuanto se refiere á la historia y á la fisonomía del arte que aun subsiste á pesar de los poderosos enemigos que ha tenido siempre, veremos lo que ocurrió al desear Godoy acabar con aquel espectáculo.

CAPITULO VI.

—

Influencia de los espectáculos públicos en los pueblos.

I.

No era difícil para Urquijo desarrollar el tema que le habia sido adjudicado por sus compañeros.

Por el contrario, su larga estancia en Lóndres, sus viajes por Francia, sus relaciones con la buena sociedad, las impresiones que durante toda su vida habia recibido, le colocaban en la mejor situacion para poder apreciar la influencia de los espectáculos públicos en el pueblo.

Además, podia muy bien en su discurso dar un patron á los modernos eclécticos, es decir, podia á un tiempo aplaudir y condenar las corridas de toros.

El discurso de Urquijo era una obra maestra de oratoria, porque no le faltaba ninguno de los requisitos que pudieran exigir los más severos retóricos.

Pero yo haré gracia de los adornos y perfiles para reproducir solamente los párrafos más importantes.

—Todo buen gobierno, exclamaba, debe prestar por-

su propio interés y por el de sus gobernados una atencion asídua é inteligente á los espectáculos públicos.

Así como el descanso es una necesidad al cuerpo, la distraccion es una necesidad del alma. Desde los tiempos más remotos, no solo en las sociedades, sino en los embriones de la sociedad, lo mismo en los pueblos civilizados que en los aduares ó tribus de los salvajes, las diversiones han sido, son y serán un verdadero elemento de vida.

El que ha trabajado durante algunas horas corporal é intelectualmente, necesita una tregua y se abandona sin recelo alguno á las expansiones, á la diversion, á la alegría.

Para comprender la importancia que debe tener á los ojos de un buen gobierno los espectáculos públicos, debe verse la influencia que ejercen en el reducido espacio de la familia.

Figuraos al jefe de una casa que abandona á sus propios instintos á los que están bajo su salvaguardia. Las distracciones de cada uno, efecto de la casualidad, irian poco á poco impresionándole, desarrollándole sus inclinaciones, formando su carácter, y experimentaria tarde ó temprano fatales consecuencias por esta falta de direccion.

Todo buen padre debe emplear su experiencia y su talento en procurar que las expansiones de sus hijos sirvan al mismo tiempo que para ofrecer á su ánimo la tregua necesaria, para desarrollar sus buenos sentimientos, para despertar en su alma el amor á todo lo

grande, á todo lo bello, para dulcificar sus penas y para hacerles de este modo dignos individuos de una sociedad civilizada.

El mismo deber tienen los gobiernos, y si lo cumplieran evitarian muchas de las desdichas y acaso muchos de los crímenes que las leyes tienen que prevenir y castigar.

II.

Urquijo presentaba á grandes rasgos la historia de las diversiones públicas hijas de la imaginacion, y desde las danzas de los salvajes en torno de las hogueras hasta las representaciones de óperas, en todas aquellas expansiones del espíritu veia cumplida una necesidad de las más apremiantes de los pueblos.

Para justificar su apreciacion, ofrecia en reducido cuadro lo más notable de las fiestas públicas de la antigüedad.

Desde los griegos á los romanos, desde los griegos hasta los celtas solian entregarse á públicos regocijos, y esta alegría formaba parte del culto que tributaban á sus dioses.

Las fiestas de los judíos eran de tres clases.

Las primeras, instituidas por los patriarcas.

Las segundas, por Moisés.

Las últimas las fué inventando el pueblo para celebrar los sucesos notables.

El sábado, dia de descanso, era solemnizado por los

judíos, y tambien celebraban las neomenias ó lunas nuevas.

Moisés instituyó cinco fiestas, tres mayores y dos menores.

Las tres primeras simbolizaban los beneficios de la agricultura y estaban enlazadas con la conmemoracion de acontecimientos religiosos.

La fiesta de Páscuas, en el mes de los frutos, recordaba la salida de Egipto y el rescate de los hijos primogénitos de los hebreos.

La de Pentecostés tenia por objeto recordar la publicacion de la ley en el monte Sinaí, y celebrándose en el mes de la siega, se ofrecia en ella el primer haz de mieses.

La de los Tabernáculos, enlazada con la recoleccion de los frutos, era tambien muy importante.

Las dos fiestas menores eran la de las Trompetas y la de las Expiaciones.

En la última hallaban los pueblos desahogo á su conciencia implorando el perdon de sus culpas y confiando en la misericordia divina.

En las tres primeras debian tomar parte los hombres: no eran obligatorias para las mujeres, y tambien se dispensaba la asistencia de los sordos, locos, mudos, esclavos, ciegos, cojos, ancianos y enfermos.

III.

Fundado en estos hechos, decia el individuo de la asamblea que la religion, primer elemento de gobier-

no en todos los pueblos, al fundar aquellas distracciones y al legislar sobre ellas, enseñaban la importancia, como medida de gobierno, de organizar las fiestas públicas en beneficio de los intereses de los individuos y de los pueblos.

IV.

Reseñando las demás fiestas judáicas, recordaban la de las Suertes, en memoria del triunfo de sus antepasados sobre Aman, que habia querido destruir la Judea.

Por la noche encendian lámparas en sus casas y leian el libro de Esther. Apenas pronunciaban en esta lectura el nombre de Aman, arrancaban gran algazara y golpeaban el suelo con los piés y amenizaban con festines las horas de descanso.

Despues del cisma de las dos tribus, Geroboan, cuya política previsora comprendió que podia atraerse á sus vasallos celebrando magníficas fiestas en Jerusalen, llevó á cabo con gran ventaja este proyecto.

Hoy que la raza judáica recorre el mundo sin patria y sin hogar, todavía celebra sus funciones, y la alegría que producen en su alma renueva la fé que tienen en sus creencias.

V.

Pasando Urquijo á reseñar las fiestas de los indios, citaba las que se celebraban en honor de Sri-Rama, jó-

ven héroe amigo de los placeres y de los combates, y predestinado á alcanzar el imperio del mundo.

Sus aventuras se reproducian por medio de representaciones escénicas, coros y danzas, acompañados con el ruido de instrumentos guerreros.

Tambien habia fiestas en honor de Cama, Dios del amor y de los placeres, y la primavera se solemnizaba con gran pompa.

El columpio, el baño, los juegos hípicos, la danza eran la expresion de la alegría.

Tambien encendian luminarias y ofrecian víctimas á los manes de sus gloriosos antepasados.

Los persas tenian muchos festejos.

El año, dividido por ellos en 360 dias, les inducia á dedicar los cinco restantes á la fiesta de las Almas. Creian que en este período de tiempo bajaban á la tierra á visitar á sus parientes y los festejaban con banquetes, plegarias y otras solemnidades.

El sol, el fuego, la libertad y la victoria reunian á los persas en animadas y magníficas funciones.

Con un espíritu irónico dividian la fiesta de la *Libertad* en tres, á saber: la de los *Locos*, la del *Maniquí* y la de los *Muertos*.

Pero ningun pueblo aventajó al egipcio en esta clase de expansiones.

Era necesario mucho espacio para referirlas todas, y el orador se limitaba á reseñar la de las Lámparas, que consistia en rodear las casas de luces; la del buey Apís; la del Nilo, en la época de su mayor crecimiento, en la

que se abrian las presas del rio al ruido de aclamaciones universales y de los gritos de alegría de una inmensa multitud.

VI.

Los asirios brillaron por la magnificencia de sus festejos. Los que se celebraban en honor de Mylitas eran suntuosos; pero los más notables eran los consagrados á Adónis.

La fiesta de Cibeles era tambien muy importante. Los sacerdotes de esta diosa, en medio de los transportes de una alegría salvaje, se mutilaban á sí mismos.

Todas las fiestas del Asia menor eran verdaderas orgías, voluptuosas ó guerreras.

Nada más horroroso que las fiestas que celebraban en honor de la terrible Nécate, en la Taurida, donde la sangre humana corria á torrentes al sonido de una música infernal.

Las fiestas de Hércules, en Lidia, no eran más que saturnales, y las de Falo, en todo el Asia, eran la apoteosis de la lubricidad.

VII.

Recordando el carácter de los festejos de cada pueblo y completando su reseña con la de los juegos Hípicos, Pythios, Isthímicos, Agronios, Nemeos, Anocios, Alectorios, y las fiestas Ponateneas, Afrodicias, Amarisas

y Nadipedales de los griegos, como las Agonales, Carmentales, Faunales, Lupercales, Jerminales, Ferales, Leberales, Florales, Saturnales, etc., etc., de los romanos, deducia Urquijo en su trabajo que en estas fiestas podia estudiarse y comprenderse el carácter de cada pueblo, el criterio de su religion, la formacion de sus costumbres y el espíritu de su gobierno.

Preciso es confesar que sus observaciones eran muy atinadas.

No se conoce al hombre en visita, ni en los instantes en que, dominando sus instintos, cubre con la máscara de la conveniencia sus pasiones.

Solo en los momentos de expansion, cuando se apodera de él la locura de la alegría, cuando la embriaguez le domina, arroja la máscara y se presenta tal cual es.

Entonces revela la educacion que ha adquirido; entonces resaltan los resábios, los vicios que le estimulan á obrar , y entonces es cuando el desprecio castiga la alegría mundana y la admiracion premia la alegría purísima de las dulces emociones del alma.

Y para demostrarlo así describia á grandes rasgos las fiestas del Cristianismo, en las que el espíritu de esta única y verdadera religion, saturando la alegría de los pueblos, demuestra la sublime moral de tan santa doctrina.

VIII.

El académico terminaba su tarea justificando las fiestas colectivas en la necesidad que tiene el hombre de

dar parte á los demás de sus alegrías y de sus dolores.

Los placeres colectivos ensanchan el alma y elevan el pensamiento.

A medida que la religion ha ido perdiendo algo de su primitivo imperio sobre las naciones civilizadas, los gobiernos han tenido que aumentar las fiestas religiosas con otras, más destinadas á debilitar los puros sentimientos que á mantenerlos en su grandeza incorruptible.

Los bailes, las romerías, las funciones teatrales, engalanadas con las inspiraciones del arte; las tertulias, los paseos, los cafés, los cumpleaños, en una palabra, todos los estímulos á la alegría han contribuido poderosamente á la civilizacion.

IX.

Urquijo terminaba su trabajo demostrando que las corridas de toros eran la herencia del carácter belicoso español.

El peligro era su mayor incentivo, y el pueblo, que se ufanaba con el recuerdo del valor de sus héroes, gozaba al ver á los diestros vencer la fiereza del toro con la rapidez de la vista y la fuerza de la mano.

Pero este espectáculo que halagaba su nacionalismo, que se identificaba con su carácter ardiente, le apartaba de los espectáculos y fiestas llamadas á educar su corazon, y convenia en que todo su atraso dependia de su aficion á las lides taurinas.

El gobierno, como padre del pueblo, debia organizar las fiestas y procurar con ellas divertirle y enseñarle.

En resúmen, para Urquijo era una necesidad moral suprimir las corridas; pero opinaba que al suprimirlas, si ganaba el pueblo ilustracion, perderia su carácter generoso y valiente, causa principal en todo tiempo de los grandes hechos de su historia.

El discurso de Urquijo agradó en extremo, por sus curiosos datos, á sus cuatro compañeros.

Al dia siguiente oyeron la lectura del trabajo histórico de Conde.

CAPITULO VII.

—

Algo sobre el orígen del toreo.

I.

Conde era un escritor muy concienzudo, y por lo mismo, durante los dias que habia estado consagrado á sus tareas, habia registrado multitud de libros y algunos manuscritos preciosos, con el objeto de desempeñar su mision cumplidamente y fijar el orígen de las corridas de toros en España.

Su desesperacion habia sido inmensa al ver lo inútil de sus esfuerzos.

Ni en las historias, ni en las crónicas, ni en los papeles curiosos, ni en las bibliotecas, ni en los archivos aparecian, no ya documentos, sino datos y noticias aisladas, con las cuales pudiera irse formando la historia de las lides taurinas.

Pero el escritor tiene que contentarse con los elementos que encuentra, y esto es lo que hizo Conde.

Su cualidad de orientalista le facilitó desde luego un dato muy importante: tal fué el de que los españoles aprendieron de los árabes á considerar á los toros alanceados por ellos como trofeos de victoria.

Bien sabia el ilustre escritor que se conservaban en algunas poblaciones de España restos de circos, contándose entre otras las ciudades de Toledo, Tarragona, Murviedro, Mérida y algunas otras.

Pero en estos circos, como en los romanos, no tendrian lugar, seguramente, lides taurinas.

Allí ostentarian sus fuerzas los gladiadores.

Allí lucharian las fieras unas con otras.

Allí dominaria la astucia del hombre la irascibilidad del leon.

Pero el toro, animal consagrado á la agricultura, no habia hecho todavía adivinar al hombre que con el tiempo le inspiraria el deseo de luchar con él y la satisfaccion de derrotarle.

II.

A los romanos siguieron los godos, visigodos, etc., y como aquellos nuevos conquistadores no eran dados á la aficion de semejantes fiestas, durante su dominacion solo procuraron formar leyes y levantar edificios, enriqueciendo á España con los tesoros del arte gótico.

Pero el conde D. Julian, personaje más del siglo XIX que del siglo en que vivió, abrió las puertas de la Península á los árabes, y comenzó aquella guerra que puso de relieve la tenacidad, el fervor religioso, el valor heróico de los españoles durante siete siglos.

Sabido es que los árabes dominaron una gran por-

cion del territorio español, y exhibieron sus costumbres en presencia de aquellos á quienes sojuzgaban.

Conde y nosotros ignoramos si ya se amaestraban en el Africa en la lucha con los toros, ó si al verlos en España tan fieros como eran, para infundir pavor á los españoles inventaron entre sus diversiones la de alancear toros, con el objeto de admirar más y más á los vencidos.

Tiempos calamitosos eran aquellos, y seguramente los que vivian esclavos, los que no pensaban en otra cosa que en luchar con los sarracenos y en infundir en sus hijos el ódio que sentian hácia aquellos dominadores, no podian dedicar tiempo alguno al recreo de su ánimo, ni á expansiones de ningun género, y cuando más se distraian en luchas parciales y formidables, en batallas campales.

III.

Pero los nobles, que aspiraban á rivalizar en todo con los árables; que querian demostrar á todas horas que todo lo que aquellos hacian y mucho más podian llevarlo á cabo, porque lo que sobraba á su espíritu era valor indómito; despues de tomar parte en justas y torneos unas veces, en imitar otras los juegos de cañas con que se divertian los musulmanes, quisieron probarles que su poderoso brazo podia tambien rendir á los toros más indómitos.

Pero la historia, con desesperacion entonces de Con-

de, y posteriormente de todos los que han querido hacer una reseña histórica del toreo, vuelve á callar, y solo cita, como el primer ejemplo de un torero español alanceando toros, al famoso Cid Campeador.

IV.

Al llegar Conde á esta parte de su discurso, que como ve el lector voy extractando, no pudo ménos de decir á aquella reducida pero docta asamblea:

—Si mi fortuna ha sido escasa para lograr descubrir los orígenes del espectáculo taurino, mi fortuna es muy grande al poder ofrecer á Vds. una verdadera joya literaria, que un jóven, á quien todos conocemos y estimamos por su ingenio y por su carácter, ha remitido desde Bolonia á uno de sus más íntimos amigos para que la dé á la estampa en Madrid.

—¿Quién es? ¿Quién es? preguntaron todos.

—Leandro Fernandez Moratin, el hijo del ilustre don Nicolás, el protegido del duque de la Alcudia, el restaurador de la literatura española. Ya saben Vds. que está viajando por Italia con una mision literaria. Pues bien; impresionado por una reseña histórica que hacen algunos cronistas de una magnífica fiesta que se celebró en Madrid durante la dominacion del alcalde Aliatar, fiesta en que el valeroso Cid Campeador dió á conocer á los árabes la bravura de su alma y la fuerza de su brazo, ha descrito en preciosas quintillas esta fiesta, y antes de que se publiquen, lo que sucederá muy pron-

to, puedo tener el gusto de deleitar á Vds. con su lectura.

—Sí, sí, exclamaron todos, y particularmente Melendez Valdés, que estimaba en extremo á Moratin.

V.

Acto contínuo leyó Conde las célebres y conocidas quintillas, que, reproducidas como un dato curioso en cuantos libros se han consagrado á la tauromáquia, no puedo prescindir de reproducir aquí, primero para enriquecer mi libro con esta joya, y despues para trazar la página más brillante de las lides taurinas, y que sirvió á constituir la diversion favorita de la nobleza española.

FIESTA ANTIGUA DE TOROS EN MADRID.

Madrid, castillo famoso
que al rey moro alivia el miedo,
arde en fiestas en su coso
por ser el metal dichoso
de Alimenon de Toledo.

Su bravo alcaide Aliatar,
de la hermosa Zaida amante,
las ordena celebrar
por si la puede ablandar
el corazon de diamante.

Pasó vencida á sus ruegos
desde Aravaca á Madrid;

hubo pandorgas y fuegos,
con otros nocturnos juegos
que dispuso el adalid.
Aja de Jetafe vino
y Zahara la de Alcorcon,
en cuyo obsequio muy fino
corrió de un vuelo al camino
el moraicel de Alcabon.
Jarifa de Almonacid,
que de la Alcarria en que habita
llevó á asombrar á Madrid
su amante Audalla, adalid
del castillo de Zorita.

De Adamuz y la famosa
Meco llegaron allí
dos, cada cual hermosa,
y Fátima la preciosa
hija de Alí el Alcadí.

Y en adargas y colores,
en las cifras y libreas
mostraron los amadores
y en pendones y en preseas
la dicha de sus amores.

Vinieron las moras bellas
de toda la cercanía
y de lejos muchas de ellas,
las más apuestas doncellas
que España entonces tenia.

El ancho circo se llena
de multitud clamorosa,
que atiende á ver en su arena
la sangrienta lid dudosa,
y todo en torno resuena.

La bella Zaida ocupó
sus dorados miradores
que el arte afiligranó,
y con espejos y flores
y damascos adornó.
Añafiles y atabales
con militar armonía
hicieron salva y señales
de mostrar su valentía
los moros más principales.
No en las vegas de Jarama
pacieron la verde grama
nunca animales tan fieros
junto al puente que se llama
por sus peces de Viveros
Como los que el vulgo vió
ser lidiados aquel dia;
y en la fiesta que gozó
la popular alegría
muchas heridas costó.
Salió un toro del toril
y á Tarfe tiró por tierra,
y luego á Benalguacil;
despues con Hamete cierra,
el temeron de Conil.
Traia un ancho liston
con uno y otro matiz,
hecho un lazo por airon
sobre la enhiesta cerviz
clavado con un arpon.
Todo galan pretendia
ofrecerle vencedor
á la dama que servia:

por eso perdió Almanzor
el potro que más queria.
El alcaide, muy zambrero,
de Guadalajara, huyó
mal herido al golpe fiero:
y desde un caballo overo
el moro de Horche cayó.
Todos miran á Aliatar,
que aunque tres toros ha muerto
no se quiere aventurar,
porque en lance tan incierto
el caudillo no ha de entrar.
Mas, viendo se culparia,
va á ponérsele delante:
la fiera le acometia,
y sin que el rejon le plante
le mató una yegua pia.
Otra monta acelerado:
la embiste el toro de un vuelo
cogiéndole entablerado;
rodó el bonete encarnado
con las plumas por el suelo.
Dió vuelta hiriendo y matando
á los de á pié que encontrara,
el circo desocupando,
y emplazándose se pára
con la vista amenazando.
Nadie se atreve á salir;
la plebe grita indignada;
las damas se quieren ir
porque la fiesta empezada
no puede ya proseguir.
Ninguno al riesgo se entrega,

y está en medio el toro fijo,
cuando un portero que llega
de la puerta de la Vega
hincó la rodilla, y dijo:
—Sobre un caballo alazano
cubierto de galas y oro,
demanda licencia urbano
para alancear un toro
un caballero cristiano.—
Mucho le pesa á Aliatâr,
pero Zaida dió respuesta
diciendo que puede entrar,
porque en tan solemne fiesta
nada se debe negar.
Suspenso el concurso entero
entre dudas se embaraza,
cuando en un potro ligero
vieron entrar por la plaza
un bizarro caballero.
Sonrosado, albo color,
belfo lábio, juveniles
alientos, inquieto ardor,
en el florido verdor
de sus lozanos abriles.
Cuelga la rubia guedeja
por donde el almete sube:
cual mirarse tal vez deja
del sol la ardiente madeja
entre cenicienta nube,
Gorguera de anchos follajes,
de una cristiana primores,
por los visos y celajes;
en el yelmo los plumajes

verjel de diversas flores.
  En la cuja gruesa lanza
con recamado pendon,
y una cifra á ver se alcanza
que es de desesperacion,
ó á lo ménos de venganza.
  En el arzon de la silla
ancho escudo reverbera,
con blasones de Castilla,
y el mote dice á la orilla:
Nunca mi espada venciera.
  Era el caballo galan,
el bruto más generoso,
de más gallardo ademan:
cabos negros y brioso,
muy tostado y alazan;
  Larga cola recogida
en las piernas descarnadas,
cabeza pequeña, erguida,
las narices dilatadas,
vista feroz y encendida.
  Nunca en el ancho rodeo
que da Bétis, con tal fruto
pudo fingir el deseo
más bella estampa de bruto
ni más hermoso paseo.
  Dió la vuelta alrededor:
los ojos que le veian
lleva prendados de amor:
«Alá te salve,» decian,
déte el Profeta favor.
  Causaba lástima y grima
su tierna edad floreciente:

todos quieren que se exima
del riesgo, y él solamente
ni se precia, ni se estima.
  Las doncellas al pasar
hacen de ámbar y alcanfor
pebeteros exhalar,
vertiendo pomos de olor,
de jazmines y azahar.
  Mas cuando en medio se pára
y de más cerca le mira
la cristiana esclava Aldara,
con su señora se encara,
y así la dice, y suspira:
  —Señora, sueños no son:
así los cielos vencidos
de mi ruego y afliccion
acerquen á mis oidos
las campanas de Leon,
  Como ese doncel que ufano
tanto asombro viene á dar
á todo el pueblo africano,
es Rodrigo de Vivar,
el soberbio castellano.
  Sin descubrirse quién es
á Zaida desde una almena
le habló una noche cortés;
por donde se abrió despues
el cubo de la Almudena.
  Y supo que fugitivo
de la córte de Fernando
el cristiano, apenas vivo,
está á Jimena adorando
y en su memoria cautivo.

Tal vez á Madrid se acerca
con frecuentes correrías
y todo en torno la cerca
observa sus saetías,
arroyadas y ancha alberca.
Por eso le ha conocido:
que en medio de aclamaciones
el caballo ha detenido
delante de sus balcones,
y la saludó rendido.—
La mora se puso en pié,
y sus doncellas detrás;
el alcaide que lo ve,
enfurecido además,
muestra cuán celoso esté.
Suena un rumor placentero
entre el vulgo de Madrid:
no habrá mejor caballero,
dicen, en el mundo entero;
y algunos le llaman Cid.
Crece la algazara, y él
torciendo las riendas de oro,
marcha al combate cruel,
alza el galope, y al toro
busca en sonoro tropel.
El bruto se le ha encarado
desde que le vió llegar,
de tanta gala asombrado,
y alrededor le ha observado
sin moverse de un lugar.
Cual flecha se disparó
despedida de la cuerda,
de tal suerte le embistió:

detrás de la oreja izquierda
la aguda lanza le hirió.
Brama la fiera burlada,
segunda vez acomete
de espuma y sudor bañada,
y segunda vez la mete
sutil la punta acerada.
Pero ya Rodrigo espera
con heróico atrevimiento;
el pueblo mudo y atento;
se engalla el toro y áltera,
y finge acometimiento.
La arena escarba ofendido,
sobre la espalda la arroja
con el hueso retorcido:
el suelo huele y le moja
con ardiente resoplido.
La cola inquieto menea,
la oreja diestra mosquea,
váse retirando atrás,
para que la fuerza sea
mayor y el ímpetu más.
El que en esta ocasion viera
de Zaida el rostro alterado,
claramente conociera
cuánto le cuesta cuidado
el que tanto riesgo espera.
Mas ¡ay! que le embiste horrendo
el animal espantoso.
Jamás peñasco tremendo
del Cáucaso cavernoso
se desgaja estrago haciendo;
Ni llama así fulminante

cruza en negra oscuridad
con relámpagos delante,
al estrépito tronante
de sonora tempestad,
Como el bruto se avalanza
en terrible ligereza;
mas rota con gran pujanza
la alta nuca, la fiereza
y el último aliento lanza.
La confusa vocería
que en tal instante se oyó,
fué tanta, que parecia
que honda mina reventó,
ó el monte y valle se hundia.
A caballo como estaba
Rodrigo, el lazo alcanzó
con que el toro se adornaba:
en la lanza le clavó
y á los balcones llegaba.
Y alzándose en los estribos
la alarga á Zaida diciendo:
—Sultana, aunque bien entiendo
ser favores excesivos,
mi corto don admitiendo,
Si no os dignáredes ser
con él benigna, advertid
que á mí me basta saber
que no le debo ofrecer
á otra persona en Madrid.—
Ella, el rostro placentero,
dijo, y turbada:—Señor,
yo le admito y le venero,
por conservar el favor

de tan gentil caballero.—
Y besando el rico don
para agradar al doncel,
le prende con aficion
al lado del corazon
por brinquiño y por joyel.
Pero Aliatar el caudillo
de envidia ardiendo se ve,
y trémulo y amarillo
sobre un tremecen rosillo
lozaneando se fué.
Y en ronca voz,—Castellano,
le dice, con más decoros
suelo yo dar de mi mano,
si no penachos de toros,
las cabezas del cristiano.
Y si vinieras de guerra
cual vienes de fiesta y gala,
vieras que en toda la tierra
al valor que dentro encierra
Madrid, ninguno se iguala.
Así,—dijo el de Vivar,
respondo:—Y la lanza al ristre
pone, y espera á Aliatar:
mas sin que nadie administre
órden, tocaron á armar.
Ya fiero bando con gritos
su muerte ó prision pedia,
cuando se oyó en los distritos
del monte de Leganitos
del Cid la trompetería.
Entre la Moncloa y Soto
Tercio escogido emboscó,

que viendo como tardó
se acerca, oyó el alboroto,
y al muro se abalanzó.
Y si no vieran salir
por la puerta á su señor,
y Zaida á le despedir,
iban la fuerza á embestir;
tal era ya su furor.
El alcaide recelando
que en Madrid tenga partido
se templó disimulando;
y por el parque florido,
salió con él razonando.
Y es fama que á la bajada
juró por la cruz el Cid
de su vencedora espada,
de no quitar la celada
hasta que gane á Madrid.

VI.

Terminada la lectura entre los más entusiastas aplausos de los concurrentes,

—Hé aquí la prueba, se apresuró á decir Conde, de la imposibilidad que hay de acabar, como desea D. Manuel Godoy, con las corridas de toros. Representan una gloria nacional, constituyen la tradicion del valor de nuestro pueblo, y son para nosotros hoy el recuerdo del brío, de la caballerosidad, de la bizarría de nuestros antepasados.

—Y el orgullo del pueblo, dijo Filiberto.

Mucho podian decir en contra los que no estaban de acuerdo con aquellas ideas.

Pero, en honor de la verdad, se hallaban tan agradablemente impresionados por los versos de Moratin, que no acertaron á hacer otra cosa que recordar sus inagotables bellezas.

—Pues bien, prosiguió Conde; el ejemplo del Cid fué imitado por otros muchos caballeros, y hasta en el siglo XVI y XVII no faltaron adalides que adquiriesen celebridad por el valor que demostraban en las luchas con los toros. En tiempo de Cárlos II llegaron aquellas fiestas á su mayor apogeo, y un caballerizo del rey, llamado D. Gregorio Gallo, inventó la *espinillera*.

No habla muy en favor de las corridas de toros, prosiguió, el que llegaran á su mayor esplendor en aquella época de verdadera decadencia para España.

Pero por otra parte se comprende que el pueblo, que veia en la córte los excesos del fanatismo, que estaba sumido en las tinieblas, empequeñecido, enervado, buscase un desahogo, tratase de evocar gratos recuerdos de otros dias, reavivando aquellas lides, que eran el símbolo para él de dias mejores pasados y la esperanza de una reaccion saludable.

Pero con Cárlos se extinguió la dinastía de Austria, y despues de una guerra civil ocupó el trono Felipe V.

Llegaba de la córte de Luis XIV, y natural era que, aficionado á las costumbres de su país, de la córte de aquel rey poeta, artista, galante, mirase desde luego

con repugnancia aquellos ejercicios, en los que solo lucian el valor y la destreza.

Los nobles, dominados por esa adulacion que se apodera de todos los que rodean á un monarca, comenzaron tambien á mirar con desden las luchas con los toros y no *ab irato*, no oponiéndose abiertamente á las costumbres del pueblo, sino con suavidad, por medio de un abandono lento y estudiado, fué cayendo en desuso la costumbre de alancear toros, y á las funciones tauromáquicas reemplazaron en la aficion del público las comedias, las tonadillas y los sainetes de los corrales de la Cruz y del Príncipe, y más tarde, en el reinado de Fernando VI, los bailes pantomímicos y las óperas de espectáculo en el coliseo de los Caños del Peral.

VII.

La nobleza abandonó aquellos ejercicios, en los que se habian distinguido el Cid y otros bizarros caballeros; pero la herencia no puede perderse, y el pueblo español, que sentia en sus venas la sangre de aquellas generaciones, que habian luchado incesantemente contra los árabes, que en las guerras de Italia y de Flándes habian dado tan señaladas muestras de valor, reinvindicó para sí la gloria, y cupo la fortuna á un hijo del pueblo, á Francisco Romero, de resucitarlos en otra forma, bajo condiciones muy parecidas á las en que hoy se encuentran las lides tauromáquicas.

Comenzaron á construirse plazas en algunas ciuda-

des del reino, y los productos de las funciones, que al principio eran muy exíguos, se destinaban á objetos de beneficencia.

Comenzaron por la suerte del harpon, primera forma de la banderilla.

Otra de las suertes era la de poner parches á los toros.

Pero Francisco Romero fué el primer lidiador de á pié, y su destreza, su arrojo, todas las cualidades que le adornaban impresionaron tanto, que en breve tiempo corrió su fama por España y no hubo poblacion que no quisiera admirar á aquel hombre.

Al llegar aquí terminaba el trabajo de Conde.

VIII.

Pero considerando incompleto su trabajo, leyó á la docta asamblea la notable carta que sobre el orígen de las corridas de toros escribió D. Nicolás Fernandez Moratin al príncipe Pignatelli, carta que van á ver mis lectores en el siguiente capítulo.

——— ———

CAPITULO IX.

—

Una carta célebre.

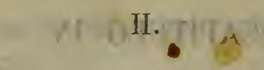
I.

Las fiestas de toros, conforme las ejecutan los españoles, no traen su orígen, como algunos piensan, de los romanos, á no ser que sea un orígen muy remoto, desfigurado y con violencia; porque las fiestas de aquella nacion en sus circos y anfiteatros, aun cuando entraban toros en ellas, y estos eran lidiados por los hombres, eran con circunstancias tan diferentes, que si en su vista se quiere insistir en que ellas dieron orígen á nuestras fiestas de toros, se podrá tambien afirmar que todas las acciones humanas deben su orígen precisamente á los antiguos, y no al discurso, á la casualidad, ó á la misma naturaleza.

Buen ejemplo tenemos de esto en los indios de Orinoco, que sin noticia de los espectáculos de Roma, ni aun de las fiestas de España, burlan á los caimanes ferocísimos con no ménos destreza que nuestros capeadores á los toros: y el burlar y sujetar á las fieras de sus respectivos paises ha sido siempre ejercicio de las nacio-

nes, que tienen valor naturalmente, aun antes de ser este aumentado con artificio.

II.



La ferocidad de los toros que cria España en sus abundantes dehesas y salitrosos pastos, junto con el valor de los españoles, son dos cosas tan notorias desde la más remota antigüedad, que el que las quiera negar acreditará su envidia ó su ignorancia, y yo no me cansaré en satisfacerle; solo pasaré á decir que habiendo en este terreno la prévia disposicion en hombres y brutos para semejantes contiendas, es muy natural que desde tiempos antiquísimos se haya ejercido esta destreza, ya para evadir el peligro, ya para ostentar el valor, ó ya para buscar el sustento con la sabrosa carne de tan grandes reses, á las cuales perseguirian en los primeros siglos á pié y á caballo en batidas y cacerías.

Pero pasando de los discursos á la historia, es opinion comun en la nuestra que el famoso Ruy, ó Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el Cid Campeador, fué el primero que alanceó los toros á caballo.

Esto debió de ser por bizarría particular de aquel héroe, pues en su tiempo sabemos que Alfonso el VI, otros dicen el VIII, en el siglo undécimo, tuvo unas fiestas públicas, que se reducian á soltar en una plaza dos cerdos, y luego salian dos hombres ciegos, ó acaso con los ojos vendados, y cada cual con un palo en la

mano buscaba como podia al cerdo, y si le daba con el palo era suyo, como ahora al correr el gallo; siendo la diversion de este regocijo el que, como ninguno veia, se solian apalear bien.

No obstante esto, el licenciado Francisco de Cepeda en su Resumpta historial de España, llegando al año de 1100, dice: «se halla en Memorias antiguas que (este año) se corrieron en fiestas públicas toros, espectáculo solo de España, etc.»

III.

Tambien se halla en nuestras crónicas que el año de 1124, en que casó Alfonso VII en Saldaña con doña Berenguela la Chica, hija del conde de Barcelona, entre otras funciones hubo tambien fiestas de toros.

Hubo tambien dicha funcion, y la anunciada arriba de los cerdos, en la ciudad de Leon, cuando el rey don Alfonso VIII casó á su hija doña Urraca con el rey don García de Navarra; pero debe notarse que estas funciones no se hacian con las circunstancias del dia, y mucho ménos fuera de España, en donde se corrian tambien, pero enmaromados y con perros, y aun hoy se observa en Italia; y no pudo ser ménos que con este desórden y atropellamiento la fatalidad que acaeció en Roma el año de 1332, cuando murieron en las astas de los toros muchos plebeyos y diez y nueve caballeros romanos, y otros nueve fueron heridos; desgracia que no se verificara en España, siendo el ganado mucho

más bravo. Por este suceso se prohibieron en Italia, pero en España prosiguiéronse, perfeccionándose más cada dia dichas fiestas, como se ve en los anales de Castilla, hasta el reinado de D. Juan el II, en que, dejando de ser como antes una especie de montería de fieras salvajinas, segun dice Zurita, formaron nueva época; pues entonces llegó á su punto la galantería caballeresca y todos los ejercicios de bizarría.

Entonces se cree que se empezaron á componer las plazas, y se fabricó la antigua de Madrid, y se hizo granjería de este trato, habiendo arrendatarios para ello, que sin duda serian judíos. Y esto lo acredita aquel cuento, aunque vulgar, del marqués de Villena, y de aquel estudiante de Salamanca, de quien fingen que llevó á su dama en una nube á ver la fiesta de toros y se la cayó el chapin, etc. Y lo cierto es que cuando este monarca D. Juan se casó con doña María de Aragon, en 20 de Octubre de 1418, tuvieron en Medina del Campo muchas fiestas de toros. En el reinado de Enrique IV aun se aumentó más el génio caballeresco y el arte de la Gineta (como consta de Jorge Manrique), y no hay autor que trate de este ejercicio que no hable de torear á caballo, como una condicion indispensable. El trato frecuente con los moros de Granada, en paz y en guerra, era ya muy antiguo en Castilla, y los moros es sin duda que tuvieron estas funciones hasta el tiempo del rey Chico, y hubo diestrísimos caballeros que ejecutaron gentilezas con los toros (que llevaban de la sierra de Ronda) en la plaza de Bibarambla, y de es-

tas hazañas están llenos los romanceros, y sus historietas, que aunque por otra parte sean apócrifas en muchos sucesos que cuentan, siempre fingen con verosimilitud. Prosiguió esta gallardía en tiempo de los reyes católicos, y estaba tan arraigada entonces, que la misma reina doña Isabel, no obstante no gustar de ella, no se atrevia á prohibirla, como lo dice en una carta que escribió desde Aragon á su confesor Fray Hernando de Talavera, año de 1493, así: «De los toros sentí lo que vos decís, aunque no alcancé tanto; mas luego allí propuse con toda determinacion de nunca verlos en toda mi vida, ni ser en que se corran; y no digo defenderlos (esto es, prohibirlos), porque esto no era para mí á solas.»

IV.

En efecto, llegó á autorizarse tanto, que el mismo emperador Cárlos V, aun con haber nacido y criádose fuera, mató un toro de una lanzada en la plaza de Valladolid, en celebridad del nacimiento de su hijo el rey Felipe II. Tambien Cárlos V estoqueó desde el caballo, en el Rebollo de Aranjuez, á un javalí, que habia muerto quince sabuesos, herido diez y siete y á un montero, lo cual es una especie de toreo. Tambien Felipe II mató así otro javalí en el bosque de Heras, donde le hirió al caballo, y otra vez en Valdelatas, donde le rompió el borceguí de una navajada. Por este tiempo se sabe que una señora de la casa de Guzman casó con un caballe-

ro de Jerez, llamado por excelencia el Toreador. Don Fernando Pizarro, conquistador del Perú, fué un rejoneador valiente del rey D. Sebastian de Portugal; se escribe que ejecutó el rejonear con mucha ciencia, y se celebra tambien al famoso D. Diego Ramirez de Haro, quien daba á los toros las lanzadas cara á cara, y á galope, y sin antojos ni banda el caballo. Felipe III renovó y perfeccionó la plaza de Madrid en 1619. Tambien el rey D. Felipe IV fué muy inclinado á estas bizarrías, y además de herir á los toros, mató más de cuatrocientos javalíes, ya con el estoque, ya con la lanza, y ya con la horquilla.

V.

No se contentaron nuestros españoles con atreverse solo con los toros, sino que, pasando al Africa, no quisieron ser ménos que sus naturales; y así el marqués de Velada, siendo virey de Orán, salia muchas veces á los leones; y el conde de Linares, gobernando á Tánger, mató un leon con su lanza cuerpo á cuerpo, habiendo mandado hacer alto á la gente de guerra, y que nadie le socorriese por ningun accidente. Llegó este ejercicio á extremo de reducirse á arte, y hubo autores que lo trataron, y entre ellos se cuenta D. Gaspar Bonifaz, del hábito de Santiago y caballerizo de S. M., que imprimió en Madrid unas reglas de torear muy breves. D. Luis de Trejo, del órden de Santiago, tambien imprimió en Madrid unas advertencias con nombre de

obligaciones y duelo de este ejercicio. D. Juan de Valencia, del órden de Santiago, imprimió tambien en Madrid advertencias para torear. Y el año de 1643, D. Gregorio de Tapia y Salçedo, caballero del órden de Santiago, imprimió en Madrid tambien ejercicios de la Gineta, donde se encuentran en láminas las habilidades (ya viejas en aquel tiempo) que hacian los españoles en sus fogosos caballos, y que pocos años há admiró la córte como nuevas, viéndolas hacer á un inglés en sus rocines matalones.

Dicho D. Gregorio de Tápia da varias reglas para torear y tratar la materia como muy importante en aquel tiempo; y es lo más notable, que D. Lope Venezuela se queja entonces de que se iba ya olvidando: véase lo que habrá perdido hasta el dia de hoy. D. Diego de Torres escribió unas reglas de torear, que no parecen; yo sospecho que eran para los de á pié, y quien tenga la paciencia y trabajo material de repasar la biblioteca de D. Nicolás Antonio, hallará ciertamente más autores de torear. Así prosiguieron las fiestas por todo el reinado de Cárlos II, las cuales cesaron á la venida del señor Felipe V, y la más solemne que hubo fué el dia de 30 de Julio del año 1725, á la que asistieron los reyes á la Plaza Mayor de Madrid; y aunque en Andalucía vieron algunas y otra en San Ildefonso, siempre fué por ceremonia, y con poco gusto, por no ser inclinados á estas corridas; y esto produjo otra nueva habilidad, y formar una cierta y nueva época de la historia de los toros.

VI.

Estos espectáculos con las circunstancias notadas los celebraron en España los moros de Toledo, Córdoba y Sevilla, cuyas córtes eran en aquellos siglos las más cultas de Europa. De los moros las tomaron los cristianos, y por eso dice Bartolomé de Argensola:

«Para ver acosar toros valientes,
fiesta un tiempo africana y despues goda,
que les irrita la soberbias frentes, etc.»

Pero es de notar que estas eran funciones solamente de caballeros, que alanceaban ó rejoneaban á los toros siempre á caballo, siendo este empleo de la primera nobleza, y solo se apeaban al empeño de á pié, que era cuando el toro le heria algun chulo, ó al caballo, ó el ginete perdia el rejon, la lanza, el estribo, el guante, el sombrero, etc; y se cuenta de los caballeros moros y cristianos que en tal lance hubo quien cortó á un toro el pescuezo á cercen de una cuchillada, como D. Manrique de Lara y D. Juan Chacon, etc.

VII.

Los moros toreaban aun más que los cristianos; porque estos, además de los juegos de cañas, sortijas, etc., que tambien tomaron de aquellos, tenian empresas, aventuras, justas y torneos, etc. De que fueron famosos teatros Valladolid, Leon, Búrgos y el Sítio

del Pardo; pero extinguidas las contiendas con los hombres, por lo peligrosas que eran, como sucedió en España, y aun más en Francia, todo se redujo acá á fiestas de toros, á las cuales se aficionaron mucho los reyes de la casa de Austria, y aun en Madrid vive hoy mi padre, que se acuerda haber visto á Cárlos II, á quien sirvió autorizar las fiestas reales, de las cuales habia tres votivas al año en la Plaza Mayor á vista del rey, sin contar las extraordinarias y las de fuera de la córte. Ya se ha dicho que estas fiestas era solamente empleo de los caballeros entre cristianos y moros: entre estos hay memoria de Muza, Malique, Alabez y el animoso Gazul.

Entre los cristianos, además de los dichos, celebra Quevedo á Cea, Velada y Villamor; al duque de Maqueda, Bonifaz, Cantillana, Ozeta, Zárate, Sástago, Riaño, etc. Tambien fué insigne el conde de Villamediana, y D. Gregorio Gallo, caballerizo de S. M. y del órden de Santiago, fué muy diestro en los ejercicios de la plaza, é inventó la espinillera para defensa de la pierna, que por él se llamó la gregoriana. El poeta Tafalla celebra á dos caballeros llamados Pueyo y Suazo, que rejoneaban en Zaragoza con aplauso, á fin del siglo pasado, delante de D. Juan de Austria; y si V. E. me lo permite, tambien diré que mi abuelo materno fué muy diestro y aficionado á este ejercicio, que practicó muchas veces en compañía del marqués de Mondéjar, conde de Tendilla. Y el duque de Medina-Sidonia, bisabuelo de este señor que hay hoy

dia, era tan diestro y valiente con los toros, que no cuidaba de que fuese bien ó mal cinchado el caballo, pues decia que las verdaderas cinchas habian de ser las piernas del ginete. Este caballero mató dos toros de dos rejonazos en las bodas de Cárlos II con doña María de Borbon, año de 1679, y rejonearon el de Camarasa y Rivadavia y otros.

D. Nicolás Rodrigo Noveli imprimió el año de 1726 una cartilla de torear; y en su tiempo eran buenos caballeros D. Jerónimo de Olazo y D. Luis de la Peña Terrones, del hábito de Calatrava, caballerizo del duque de Medina-Sidonia, y tambien fué muy celebrado D. Bernardino Canal, hidalgo de Pinto, que rejoneó delante del rey, con mucho aplauso, el año 25; y aquí se puede decir que se acabó la raza de los caballeros (sin quitar el mérito á los vivos), porque como el señor Felipe V no gustó de estas funciones, lo fué olvidando la nobleza, pero no faltando la aficion de los españoles, sucedió la plebe á ejercitar su valor, matando los toros á pié, cuerpo á cuerpo, con la espada, lo cual no es menor atrevimiento, y sin disputa (por lo ménos su perfeccion) es hazaña de este siglo.

VIII.

Antiguamente eran las fiestas de toros con mucho desórden y amontonada la gente, como hoy en las novilladas de los lugares, ó en el toro embolado, ó el jubilo del Aragon, del cual no hablaré por ser barbaridad

inimitable, ni de los despeñaderos para los toros de Valladolid y Aranjuez, porque esto lo puede hacer cualquier nacion; y así se dice que en unas fiestas del rey Chico de Granada mató un toro cinco ó seis hombres y atropelló más de cincuenta.

Solo se hacia lugar á los caballeros, y despues tocaban á desjarrete, á cuyo son los de á pié (que entonces no habia toreros de oficio) sacaban las espadas, y todos á una acometian al toro, acompañados de perros; y unos le desjarretaban (y la voz lo está recordando), y otros le remataban con chuzos y pinchazos con el estoque, corriendo y de pasada, sin esperarle y sin habilidad, como aun hacen rústicamente los mozos de los lugares, y yo lo he visto hacer por vil precio al Mocaco de Alhóndiga.

Hoy esto es insufrible; y no obstante, en la citada fiesta del año de 25, delante de los mismos reyes, y en la plaza de Madrid, se mataron así los toros desjarretados, y aun vive quien lo vió, y lo pinta así la tauromaquia escrita aquel año; prueba evidente de que no habia mayor destreza.

Los que desjarretaban eran esclavos moros; despues fueron negros y mulatos, á los que tambien hacian los señores aprender á esgrimir para su guarda: lo segundo se colige de Góngora, y lo primero de Lope de Vega, quien hablando en su *Jerusalen* de desjarretar, dice:

«Que en Castilla los esclavos
hacen lo mismo con los toros bravos.»

IX.

Cuando no habia caballeros, se mataba á los toros tirándolos garrochones desde lejos y desde los tablados, como se colige de Jerónimo de Salas Barbadillo, Juan de Yagüe y otros autores de aquellos tiempos, y hasta que tocaban á desjarretar los capeaban tambien, cuyo ejercicio de á pié es muy antiguo, pues los moros lo hacian con el albornoz y el capellar. Mi anciano padre cuenta que en tiempo de Cárlos II, dos hombres decentes se pusieron en la plaza delante del balcon del rey, y durante la fiesta, fingiendo hablar algo importante, no movieron los piés del suelo, por más que repetidas veces les acometiese el toro, al cual burlaban con solo un quiebro de cuerpo ú otra leve insinuacion, lo que agradó mucho á la córte.

El año de 26 se evidencia por Noveli, que todavía no se ponian las banderillas á pares, sino cada vez una, que la llamaban harpon. Por este tiempo empezó á sobresalir á pié Francisco Romero, que fué de los primeros que perfeccionaron este arte, usando de la muletilla, esperando al toro cara á cara y á pié firme, y matando cuerpo á cuerpo, y era una cierta ceremonia que el que esto hacia llevaba calzon y coleto de ante, correon ceñido y mangas atacadas de terciopelo negro para resistir á las cornadas.

X.

Hoy, que los diestros ni aun las imaginan posibles, visten de tafetan, fundando la defensa, no en la resistencia, sino en la destreza y agilidad. Así empezó el estoquear, y en cuantos libros se hallan escritos en prosa y verso sobre el asunto, no se halla noticia de ningun estoqueador, habiendo tanta de los caballeros, de los capeadores, de los chulos, de los parches y de la lanzada de á pié, y aun de los criollos que enmaromaron la primera vez al toro en la plaza de Madrid en tiempo de Felipe IV.

Tambien debo decir, no obstante, que en la Alcarria aun viven ancianos que se acuerdan haber visto al nombrado abuelo mio tender muerto á un toro de una estocada; pero esto, ó fué acaso, ó gentileza extraordinaria, y por lo tanto muy celebrada en su tiempo. En el de Francisco Romero estoqueó tambien Potra, el de Talavera, y Godoy, caballero extremeño. Despues vino el Fraile de Pinto, y luego el Fraile del Rastro, y Lorencillo, que enseñó al famoso Cándido. Fué insigne el famoso Melchor y el célebre Martincho con su cuadrilla de navarros, de los cuales ha habido grandes banderilleros y capeadores, como lo fué sin igual el diestrísimo licenciado de Falcer. Antiguamente hubo tambien en Madrid plaza de toros junto á la casa del duque de Lerma, hoy del de Medinaceli, y tambien hácia la plazuela de Anton Martin, y aun dura la calle del Toril, por otro nombre del Tinte.

XI.

Pero despues que se hizo la plaza redonda en el soto Luzon, y luego donde ahora está, trajo el marqués de la Ensenada cuadrillas de navarros y andaluces que lucieron á competencia. Entre estos últimos sobresalió Diego del Alamo, el Malagueño, que aun vive, y entre otros de menor nota se distinguió mucho Juan Romero, que hoy está en Madrid con su hijo Pedro Romero, el cual, con Joaquin Rodriguez, ha puesto en tal perfeccion este arte, que la imaginacion no percibe que sea ya capaz de adelantamiento. Algunos años há, con tal que un hombre matase á un toro, no se reparaba en que fuese de cuatro ó seis estocadas, ni en que estas fuesen altas ó bajas, ni en que le despaldillase, ó le degollase, etc, pues aun á los marrajos ó cimarrones los encojaban con la media luna, cuya memoria ni aun existe.

Pero hoy ha llegado á tanto la delicadeza, que parece que se va á hacer una sangría á una dama, y no á matar de una estocada una fiera tan espantosa. Y aunque algunos reclaman contra esta funcion llamándola barbaridad, lo cierto es que los facultativos diestros la tienen por ganancia y diversion, y nuestra difunta reina Amalia, al verla, sentenció «que no era barbaridad, como la habian informado, sino diversion, donde brilla el valor y la destreza.»

XII.

Y ha llegado esto á tal punto, que se ha visto varias veces un hombre sentado en una silla, ó sobre una mesa y con grillos á los piés, poner banderillas y matar á un toro. Juanijon los picó en Huelva con vara larga, puesto él á caballo en otro hombre. Los varilargueros cuando caen suelen esperarlos á pié, con la garrocha enristrada, y al Mamon le vimos mil veces cogerlos por la cola y montar en ellos. Para suplir la falta de los caballeros, entraron los toreros de á caballo, que son una especie de vaqueros, que con destreza y mucha fuerza pican á los toros con varas de detener; entre ellos han sido insignes los Marchantes, Gamero, Daza (que tiene dos tomos del arte inéditos), Fernando de Toro, y hoy Varó, Gomez y Nuñez.

No me detengo en pintar las circunstancias de cada clase de estas fiestas, ni las castas de los toros, ni creo que no reste que decir, pues obras de esta naturaleza deben su perfeccion á la casualidad y al tiempo, que va descubriendo más noticias. Quedo, no obstante, muy gozoso de haber servido á V. E. en esto poco que puedo, y deseo que prosiga honrándome con sus preceptos, como que le guarde Dios muchos y felices años.

CAPITULO X.

—

El primer lidiador de á pié.

I.

Para cumplir su cometido, creyó Forner que el método más oportuno era el de ir presentando uno á uno á los toreros, cuyos datos biográficos, aventuras é influencia que habian ejercido en el desarrollo del arte tauromáquico debia ofrecer á la docta Asamblea.

No era hasta entonces muy larga la galería de retratos que podia presentar.

Los grandes lidiadores eran escasos, y si despues los hubo, en los momentos en que se llevaban á cabo aquellas investigaciones eran todavía aprendices y nadie fijaba sus miradas en ellos.

Forner indicaba desde luego, fundándose en los datos que le proporcionaba la *Cartilla de torear* que en 1726 publicó en Madrid D. Nicolás Rodriguez Novelli, que los primeros lidiadores de á pié fueron D. Jerónimo de Olaso, D. Luis de Peña Terrones y D. Bernardino Canal.

Pero se limitaban á poner harpones y á esquivar los encuentros con la fiera.

El primer diestro, el verdadero lidiador, el que con su maestría constituyó aquella diversion en arte, fué Francisco Romero, fundador, por decirlo así, de una familia que durante cuatro generaciones ha vivido rodeada de la más grande popularidad por el mérito, el arrojo y destreza de sus individuos en las lides taurinas.

Conozcamos al jefe de esta familia.

II.

Allá por los años de 1723 ó 1724 vivia en Ronda un carpintero de ribera, y como á la habilidad para trabajar en su oficio unia su carácter franco, expansivo y unas costumbres intachables, todas las familias importantes de la poblacion le estimaban, le proporcionaban trabajo y parecian gozarse en la felicidad que disfrutaba.

Era jóven; tomó estado, casándose con una muchacha que servia á uno de los más distinguidos maestrantes de Ronda, y esto fué causa de que su boda, apadrinada por las principales familias, proporcionase á todo el pueblo un verdadero dia de regocijo.

Un año despues nació su primer hijo, y le llevó á la pila el padrino de su boda, D. Francisco Garcés de Ayala, razon por la cual tomó el niño el nombre de Francisco.

En vano los protectores de su padre quisieron encargarse del cuidado y de la educacion del rapaz, destinán-

dole á una profesion algo más distinguida que la que tenia su padre.

No faltaba quien desease que siguiera la carrera de la Iglesia.

Otros, teniendo en cuenta las proporciones atléticas del jóven, su valor personal y su bella presencia, querian dedicarle á la carrera de las armas.

Pero su padre, inflexible en esto,

—Carpintero he sido, decia, y mi hijo carpintero será tambien.

III.

Aunque halagaban al muchacho los propósitos que en su favor abrigaban los maestrantes sus protectores, era, como los de aquel tiempo, hijo sumiso, obediente, y pasaba todo el dia en el taller de su padre labrando la madera.

Desde muy niño tuvo ocasion de presenciar la diversion, conservada por los maestrantes de Ronda cuando ya habia caido en desuso en Madrid por la repugnancia de Felipe V, esto es, la suerte de alancear los toros.

La idea de poder dominar á las fieras, no ya desde el caballo y con la lanza en ristre, sino á pié, frente á frente y burlando su fuerza con la astucia, hirió su imaginacion, se apoderó de ella, le aprisionó y no pensó en otra cosa más que en realizarla.

Todos los ratos de ócio los dedicaba á ir al matadero á jugar con las reses.

La mayor parte de los dias de fiesta los empleaba en visitar las vegas donde pacian los toros, y conversando con los vaqueros y estudiando instintivamente las particularidades de aquellas fieras, iba poco á poco reuniendo todos los elementos para sacar al toreo del estado embrionario y convertirle en un arte complicado y perfecto.

IV.

No tardaron los maestrantes en conocer la aficion de Francisco, y declarándose sus protectores, le proporcionaban á menudo novillos, que el jóven carpintero trasteaba, logrando de este modo divertir á los que tan generosamente le protegian y adquiriendo conocimientos que debian serle muy útiles en adelante y hacerle ganar en la estimacion de todos sus paisanos.

Tan enloquecido estaba con los plácemes y felicitaciones que recibia, y aumentaba de tal modo sus conocimientos, que no vaciló en abandonar su profesion de carpintero para dedicarse á la de lidiador de toros, prometiéndose gran cosecha de aplausos y de dinero con solo recorrer las poblaciones de Andalucía, en donde habia aficion á aquella clase de bichos.

¡Así es el mundo!

Francisco Romero creia llegar al límite de sus aspiraciones presentándose en las improvisadas plazas de una provincia. Si se le hubiera dicho entonces que andando el tiempo los discípulos de sus discípulos habian

de hallar en las principales capitales de España plazas magníficas para la lidia, habian de recorrerlas todas y hasta habian de pasar las fronteras de Francia y de Portugal para lucir su habilidad y su destreza en estos paises vecinos, hubiera creido que todo aquello era un sueño.

Y, sin embargo, él mismo, poco tiempo despues de haber resuelto cambiar el cepillo y la garlopa por el estoque y la muleta, salió tambien de Andalucía y se presentó en otras poblaciones á recoger aplausos y dinero.

Como buen andaluz, era muy enamorado; y muy jóven aun, á los veinte años, se resolvió á oir la epístola de San Pablo.

V.

La popularidad que adquirió con sus actos de valor enfrente de las fieras, con su destreza, con su gracia para sortear á las reses, con su esbelta y arrogante figura, aumentaba su mérito á los ojos de su esposa, y esta era la que más le estimulaba para que abandonase la profesion de carpintero y se consagrase por completo á la de lidiador.

Así lo hizo en efecto; y despues de dar á conocer en Ronda el uso de la muleta, invencion suya, para poder presentarse frente á frente del toro, irritarle y vencerle con la astucia, se extendió su fama por las demás poblaciones de Andalucía, y de todas partes acu-

dian á Ronda emisarios para rogarle que fuera á otras ciudades.

Todavía conserva la historia noticia de la primera corrida de toros formal, en la que Francisco Romero exhibió los pases de muleta y mató un toro despues de sortearle.

El lidiador se presentó en la plaza con un traje á propósito, invencion suya, puesto que era distinto del que usaban todas las personas de aquella época.

Consistia en un calzon y coleto de ante, correon ceñido, mangas acolchadas de terciopelo negro y redecilla en la cabeza.

Fué tan grande el efecto que produjo la invencion de Romero, que al ver el público caer el toro á los piés del lidiador, prorumpió en frenéticos aplausos, y abandonando todos sus puestos, cogieron en triunfo al lidiador y le llevaron á su casa en medio de las mayores aclamaciones.

VI.

Poco á poco fué inventando nuevas suertes, y entre ellas la de matar recibiendo, progreso que pareció asombroso á cuantos lo presenciaron.

Hombre de buenas costumbres, amante de su familia, al final de todas sus expediciones volvia á Ronda, donde adquiria con el producto de su trabajo tierras y casas, y gozaba con la idea de dejar á su hijo Juan una buena fortuna.

Trascurrieron muchos años, en los cuales solo Francisco Romero era el lidiador de toros que gozaba en España de fama completa.

Pero como habia trabajado mucho, no tardó en inutilizarse, y aunque habia querido que su hijo tuviera otra profesion, viendo la aficion que le dominaba y queriendo que heredase y aumentase la fama que ya él habia adquirido, consintió que su hijo, que hasta entonces solo habia lidiado como aficionado, se dedicase á la misma profesion, y gracias á esto, en la familia de Romero pueden vincularse los adelantos del toreo.

VII.

Juan, su hijo, nació tambien en Ronda, y ayudado por los amigos de su padre, amaestrado con el ejemplo de este, no tardó en adquirir reputacion.

Pero su amor propio le obligaba á buscar algo nuevo con que aumentar el aparato de las lides, y gracias á esta idea que le perseguia, inventó las cuadrillas, no como hoy están organizadas, sino en un estado embrionario; pero ya acompañaban al matador ocho ó diez jóvenes, los cuales divertian al público hasta que llegaba el momento de acabar con el toro, sorteando á la fiera, procurando montarse en ella, clavándole harpones y amenizando la funcion.

VIII.

La fama que adquirió Juan Romero en Andalucía llegó hasta Madrid y fué llamado á la córte.

La primera plaza que se construyó en Madrid se hallaba junto á la casa del duque de Lerma, y más abajo de la plazuela de Anton Martin.

El toril de esta plaza era la calle que hoy se llama del Tinte.

En esta plaza se presentó Juan Romero, y llamó la atencion de los madrileños hasta el punto de hacer que durante algunos años viniera á la córte.

Más tarde conoceremos un episodio muy dramático de la vida de Juan Romero.

Para completar su retrato diremos que era un hombre de bien en toda la extension de la palabra y en extremo devoto.

Cuando concluia la temporada de Madrid regresaba á Ronda y daba una funcion en accion de gracias por haber salido con bien.

El producto de la entrada lo destinaba á las ánimas.

Pero su mayor mérito es haber sido padre de Pedro Romero, el célebre maestro, el rival de Pepe-Hillo, el que elevó el arte del toreo al último grado de perfeccion.

Demos á conocer á este famoso matador de toros.

CAPITULO XI.

—

Pedro Romero.

I.

Ofreceré á mis lectores, con más detalles que ofreció á sus oyentes Pablo Forner, el retrato de Pedro Romero.

No solo por su mérito, y eso que era tal que todos le consideraban como el gran maestro de tauromáquia sino por vivir en el tiempo de Pepe-Hillo, ser su rival y tener influencia en los actos y en los sucesos de nuestro protagonista, merece que yo consagre un lienzo algo más extenso para dar una idea más acabada de él.

La historia de Pedro Romero, más accidentada, si cabe, que la de Pepe-Hillo, hubiérase prestado mejor que la de este á una verdadera novela, si en vez de morir, como murió, tranquilamente en su cama, hubiera sucumbido de una manera violenta y dramática.

Hijo de Juan Romero, nieto de Francisco, con las noticias que tienen de uno y otro mis lectores, fácilmente comprenderán que desde los primeros años habia de aficionarse á las lides taurinas, no solo para hacer honor al nombre que llevaba, sino para participar

por su cuenta de las ganancias y de los aplausos que habia visto tributar á su abuelo y á su padre.

Como estos, nació en la ciudad de Ronda.

II.

Este suceso tuvo lugar el 19 de Noviembre de 1754.

Era el primer hijo de Juan, y como el torero gozaba por completo del cariño de sus paisanos, se celebró con gran pompa su bautizo.

Desde muy temprana edad se distinguió por el desarrollo de sus fuerzas y su carácter dominante.

Mimado por sus padres al principio, pasaba todo el santo dia en la calle, jugando con los otros muchachos, y era tan travieso y daba tales zurras á sus camaradas, y al mismo tiempo tan poco apegado á la enseñanza, que, á pesar del cariño que le tenian sus padres y de la posicion desahogada que ocupaban, para que no diera mal ejemplo á sus otros hermanos le dedicaron al oficio de carpintero de ribera, lo cual, segun afirma un escritor, no disgustó á sus compañeros, que esquivaban toda clase de lucha con él, porque á todos vencia y dominaba.

Si en aquellos tiempos hubiera sido moda enseñar la gimnasia, aplicándose á estos estudios el jóven Pedro Romero, hubiera sido el asombro de su época.

Poseia una agilidad tal, una ligereza y una fuerza tan desarrolladas, que era, en una palabra, un Hércules, pero un Hércules flexible y fuerte como el acero.

Natural era que con todas estas cualidades quisiera dedicarse á la profesion de su padre; pero su madre se habia empeñado en apartarle de aquellas ideas y no perdia ocasion de emplear todos los medios, los persuasivos y los coercitivos, para disuadirle de su intento.

Cuando regresaba su padre de alguna de las muchas correrías que hacia todos los años para lidiar y matar en las plazas de España, no se separaba de él; preguntábale todos los episodios de la lidia, llevaba hasta la pesadez su afan de conocer los medios de que se valia su padre para que el toro no le cogiese, y de este modo adquirió una educacion teórica, que no hacia más que animarle á buscar en la práctica la perfeccion de la teoría.

III.

Los señores de Ronda, muy aficionados á aquella clase de diversion, animaban á Pedro, y no tardaron en facilitarle una ocasion de realizar sus designios.

Debia tener lugar en la poblacion de Los Barrios una corrida de toros, y preguntaron al jóven Romero si seria capaz de matar dos bichos.

Pedro se comprometió á despachar los dos animalitos.

Sin contar con su familia, sin anunciarla siquiera su propósito, acudió á cumplir su compromiso y mató los dos toros; pero tuvo la desgracia de que el segundo le cogiese, haciéndole pedazos el calzon, que fué lo que

sintió más, porque este incidente iba á delatarle á los ojos de su familia.

En premio de su trabajo le regalaron 120 rs.

IV.

Antes de que regresase á Ronda, habia ya llegado la noticia del fracaso que habia sufrido.

Su pobre madre estaba angustiadísima, y aunque es verdad que habia estado pensando un discurso muy enérgico para recibir con él á su hijo, no es ménos cierto que al verle le estrechó contra su corazon llorando de alegría.

Despues le echó una reprimenda, y hasta le amenazó con escribir á su padre, que á la sazon se hallaba en Madrid.

Pedro tenia mucho respeto á Juan, y suplicó á su madre que ocultase aquel pecadillo, prometiéndola solemnemente que no volveria á torear.

A los pocos dias le anunciaron que en Algeciras iba á haber dos corridas de novillos, y olvidando su promesa, se escapó de su casa y mató dos cada tarde, recibiendo por su trabajo veinte duros; pero en las dos corridas fué cogido, y estos percances, en vez de desanimarle, produciendo heridas más profundas en su amor propio, le exaltaban y disponian á continuar por la senda empezada.

Segunda reprimenda de la autora de sus dias; nuevas promesas de Pedro Romero.

V.

Pero los maestrantes de Ronda quisieron dar una corrida de novillos y le invitaron á que matase dos, lo que hizo con gran éxito, aunque contra la voluntad de su madre, que pasaba las horas llorando al ver que no podia realizar sus deseos de que su hijo abandonase aquella malhadada aficion.

—¡No es bastante, decia la pobre, que esté siempre con el alma en un hilo por su padre; tambien me ha de dar este disgusto mi hijo!

—Y ¿qué quiere Vd., madre? respondia Pedro. Yo no puedo remediarlo; en oyendo hablar del toreo, me baila el corazon y me olvido de mis promesas; pero yo me enmendaré.

Y con cuatro carocas que la hacia, contentaba á la pobre madre.

—Lo que más siento, decia, es que tus dos hermanos, al ver que ganas más dinero toreando que trabajando en el taller, se aficionen tambien al arte, y con tu mal ejemplo, el dia ménos pensado voy á quedarme sin esposo y sin hijos.

VI.

Viendo que todos sus esfuerzos eran vanos, decidió la pobre mujer hablar sériamente á su marido cuando regresase á Ronda, y así lo hizo en Noviembre de 1772

cuando volvió Juan de Madrid, despues de haber concluido la segunda temporada del año.

Juan oyó la noticia con la mayor tranquilidad.

No esperaba ciertamente su esposa aquella calma; por el contrario, se habia figurado que apenas oyera sus primeras indicaciones se pondria furioso, llamaria á su hijo y le calentaria las espaldas; así es que, para evitar este disgusto á Pedro, trató la cuestion con toda la diplomacia de que podia ser susceptible.

—¡Bah! no hagas caso, dijo Juan; esas son cosas de la edad, y durante cuatro ó cinco dias no habló del asunto ni á su esposa ni á su hijo; pero al cabo de este tiempo llamó á su hijo, y quedándose á solas con él, tuvo lugar entre los dos una conversacion que la tradicion conserva íntegra, y que voy á reproducir tal como ha llegado á mi noticia.

—¿Con que quieres ser torero, Periquillo? dijo Juan á su hijo. ¡Vaya, hombre!

Pedro fijó los ojos en el suelo, y nada se le ocurrió contestar, quizá por temor á la cólera de su padre. Juan, que adivinó cuanto por su hijo pasaba, se vió precisado á decirle:

—Respóndeme, chiquillo; ¿quieres ser torero?

—Sí, señor padre, dijo Pedro; eso no es ninguna deshonra; Vd. lo es, y yo quiero seguir la misma profesion.

—Pues mira, Periquillo, para ser torero se necesita ser muy bueno, ó no serlo; con que así, mírate en ello; piénsalo esta noche, y mañana me contestarás.

VII.

No se volvió á hablar más palabra sobre este asunto la noche en cuestion, ni Juan quiso dilatar la tertulia por más tiempo. Pidió de cenar, y despues de rezar lo que tenia de costumbre, se retiró á su lecho á esperar la salida del sol del siguiente dia. Todos los que pertenecian á la familia descansaron tranquilos, excepto Pedro, que solo ansiaba la venida de la aurora, y cada momento que trascurria era para él un pesado siglo que entorpecia su carrera para privarle de su vehemente deseo en expresar á su padre lo que por conclusion habia resuelto. En tan penosa intranquilidad existia Pedro, cuando las campanas de la parroquia, que convocaban á misa primera á sus feligreses, le hicieron conocer que el dia se acercaba; á este acto religioso concurria Juan diariamente, y cuando salió de su habitacion para este objeto, ya su hijo le aguardaba con impaciencia para manifestarle el resultado de su meditacion. Despues de dar los buenos dias y besar la mano á su padre en testimonio del respeto que le profesaba, le dijo:

—Padre, quiero ser torero; lo he pensado bien, y estoy resuelto.

—Bien, hombre, bien. ¿Y cuántos toros has matado? preguntó Juan á su hijo.

—Ocho novillos, padre.

—¿Y todos te han pegado? interrogó Juan seguidamente.

—No señor, algunos no han podido cogerme; pero en dándome Vd. algunas lecciones, yo procuraré aprovecharlas para que no me enganchen.

—Pues bien, dijo Juan, deja que esté el animal delante, y yo te diré lo que has de hacer y de la manera que lo has de pinchar.

VIII.

De este modo consiguió Pedro el permiso paternal para abrazar la profesion en que tanta gloria debia alcanzar.

Ante la esperanza de que su padre le enseñaria, llegó á considerarse el más afortunado de la tierra.

Como hemos indicado en el capítulo anterior, apena regresaba Juan Romero á Ronda despues de concluir la temporada de Madrid, verificaba una funcion de toros, gratuita por su parte, en accion de gracias por haber salido ileso de los peligros á que se habia expuesto.

Aquel año anunció en los carteles que su hijo Pedro le ayudaria á matar los seis toros que deberian lidiarse, y esta noticia produjo gran sensacion de alegría en la ciudad.

Llegó el momento, y Juan Romero se presentó en la plaza con su hijo Pedro, siendo los dos recibidos con una salva de aplausos.

Hasta entonces no habia dado Juan leccion alguna á su hijo.

—Yo mataré el primer toro, le indicó. Observa tú lo que yo hago y hazlo despues.

Aquel dia fué el primero en que Pedro Romero vió á su padre torear, y tan bien aprendió la leccion práctica, que de los seis toros mató cuatro con un acierto, una destreza y una seguridad que entusiasmaron al público.

A partir de aquel momento, Juan llevó á todas partes á su hijo como segundo espada.

IX.

Un testigo ocular hace su retrato manifestando que le acompañaban buenas formas, robustez, agilidad y una fuerza colosal, cuyas cualidades reunidas hicieron concebir gran esperanza á favor del jóven lidiador.

En efecto, no tardó en acreditarse en toda España, porque en breve tiempo recorrió las principales plazas, y como la aficion del público era entonces un verdadero frenesí, todos los aficionados se conocian y hasta se carteaban, y unos á otros se referian las proezas de Pedro Romero.

La muleta en su mano era una maravilla; con ella no temia al toro, y se defendia de los peligros más grandes; con ella salvaba á sus compañeros comprometidos en las lides; pero lo que principalmente le dió

fama fué la destreza con que llevaba el trapo y recibia toros á la muerte.

—El matador de toros, decia en sus expansiones, debe presentarse al bicho enteramente tranquilo, y en su honor está no huirle nunca teniendo la espada y la muleta en las manos.

—Delante de la res, decia otras veces, no debe contar el torero con sus piés, sino con sus manos, y cuando el toro arranca y viene derecho no tiene más remedio que matar ó morir.

—Parad los piés, muchachos, y dejarse coger, decia á veces en las plazas á los de su cuadrilla; ese es el modo de que el toro se consienta y se descubra bien.

X.

Con estas teorías y sus privilegiadas facultades físicas, su reputacion llegó á ser inmensa, dejando muy atrás á su abuelo y á su padre, y eclipsando la gloria del célebre Costillares, que era, al aparecer Pedro Romero, el lidiador más famoso de la época.

Desde los primeros años en que empezó á lidiar en público Pedro Romero encontró enfrente á Pepe-Hillo y fueron rivales, como no podia ménos de suceder, durante el largo período de tiempo en que compartieron el favor del público.

Romero tenia más aplomo que Pepe-Hillo, y cuando los dos diestros tomaban parte en una misma corrida, era tal el deseo que tenian de eclipsarse el uno al otro,

que más de cuatro veces la vehemencia de Pepe-Hillo le hizo sufrir cogidas graves, al paso que Pedro Romero, con su aplomo, no solo procuraba lucirse, sino favorecer á su rival para enseñorearse sobre él.

Casi al principio de su carrera se celebraba en la plaza de Sevilla una corrida, en la que debian alternar los dos espadas.

Entonces fué cuando obtuvo Romero el primer triunfo sobre su rival.

Cogido Pepe-Hillo por el último toro que debia matar, tuvo Pedro Romero que encargarse de él, despues de haber librado con su capote á Pepe-Hillo, porque el toro, ensañándose, queria acabar con él.

Pepe-Hillo estrechó la mano de su camarada, y en el fondo de su alma le agradeció el favor que acababa de dispensarle Pedro, aunque interiormente se decia: Mejor querria haber muerto.

XI.

El año en que fué jurado príncipe de Astúrias don Cárlos IV se celebraron fiestas reales, y entre ellas corridas de toros, en las que se contó con los tres grandes maestros de la época: Romero, Pepe-Hillo y Costillares.

Los tres se presentaron al corregidor, y este, segun es fama, les dijo:

—Señores: creo que en virtud á la igualdad de crédito de que los tres disfrutan como matadores de toros,

no debe haber categorías entre Vds. en las funciones que se preparan, y para evitar toda clase de rencillas, que decida la suerte cuál de los tres es el que se ha de encargar de la direccion de la plaza.

Las proposiciones en aquel tiempo, eran poco ménos que órdenes, sobre todo cuando las hacia el corregidor.

Los tres guardaron silencio, y se procedió á la suerte.

La fortuna favoreció á Pedro Romero.

—Ya que le ha tocado á Vd. el honor de representar á los demás lidiadores, dijo el corregidor, quiero saber si se obliga Vd. á matar toros de Castilla.

Estos toros eran los más temibles, y muy pocos diestros se comprometian á lidiarlos.

—Me obligo á matar todos los toros que pastan en el campo, contestó Pedro Romero.

—Perfectamente, añadió el corregidor.

—¿Quiere decirme V. S., preguntó Romero al dia siguiente estando á solas con el corregidor, por qué ha mentado los toros de Castilla?

—Amigo mio: ha de saber Vd. que el famoso Costillares y el aplaudido Pepe-Hillo han solicitado, por medio de un memorial, que se proscriban de la plaza los toros castellanos.

—Pues yo mato todos los que vengan, contestó Romero definitivamente.

XII.

Las funciones se verificaron, y Romero cumplió su palabra; pero ocurrió un incidente que quiero referir:

El encargado de encerrar las reses era un viejo llamado el *tio Gallon*, y aunque estaba acordado que no saliesen toros castellanos más que para Romero, soltó uno á Pepe-Hillo.

No tardó en conocerlo nuestro protagonista, y pensando que aquello era producto de una intriga fraguada por Romero, lleno de rábia se preparó á darle muerte.

Buscando defensa el animalito, se pegó á los tableros y Pepe-Hillo corrió á buscarle con el arrojo que le era natural.

Pedro Romero, que en realidad no tenia la culpa de lo que pasaba, presintiendo que iba á suceder algo grave, se acercó á Pepe-Hillo.

—Compadre, le dijo, échese Vd. fuera y sacaremos de ahí el bicho; mire Vd. que ese torillo es un tunante.

Pepe-Hillo miró á Romero, y por toda contestacion le dirigió una mirada despreciativa.

—Bien está, pensó Romero; arréglatelas como puedas.

Preparábase Pepe-Hillo á matar al toro; pero este arrancó de pronto y con tal furia, que cogió al matador, dejándole muy mal herido.

No era rencoroso Pedro Romero, y cogiendo á su camarada, le condujo al palco de la condesa de Osuna, protectora de Pepe-Hillo, y desde allí á la enfermería, en donde le prestaron eficaces auxilios.

XIII.

Despues volvió á la plaza, y viendo que el toro estaba en el mismo sitio en donde habia causado el daño sin que ninguno de los sobresalientes de espada se atreviera con él, se dirigió á matarle.

Verle, y querer todos los segundos espadas ir al bicho, fué uno.

—Quietos, caballeros, quietos, les dijo; yo le despacharé.

En efecto, le dió un cambio en la cabeza; el toro se revolvió, y liándole Romero, aguardó la embestida.

Un segundo despues cayó muerto el animal de una buena recibiendo por todo lo alto de los rubios.

En otras dos ó tres ocasiones prestó idénticos favores á Pepe-Hillo, y de aquí que existiera una rivalidad entre los dos que cesaba al salir de la plaza para convertirse en cariñosa amistad; pero que en el redondel no veia más que por los ojos del amor propio.

CAPITULO XII.

Recuerdos tauromáquicos.

I.

Vamos á reunir en este capítulo algunos rasgos más para completar el retrato de Pedro Romero.

A fin de que sea auténtica nuestra narracion, trascribiremos los párrafos más interesantes de algunas cartas escritas en aquella época, en las que se da cuenta de los sucesos á que aludimos.

Con referencia á una funcion que se verificó en la plaza de Jerez de la Frontera, escribió uno de los espectadores:

«Hoy ha estado felicísimo Pedro Romero, y ha hecho lo que no harian todos los matadores del mundo; ha muerto un toro que se habia hecho receloso y de sentido, y cuando iban entrando en el ruedo las mulillas para arrastrarlo se le dieron las voces de «Romero, huye, huye;» en efecto, volvió la cara y se encontró con un toro escapado que estaba entre puertas para entorilarle, y viéndose perdido si echaba á correr, determinó recibirlo á la muerte, y lo agarró tan bien, que acabó en el mismo instante que el que tenia á su espalda,

y las mulas sacaron los dos á la vez, valiéndole muchos aplausos y obsequios.»

II.

La segunda carta, notable por su contenido, está fechada en Madrid á 17 de Julio de 1789, y firmada por el picador de toros Manuel Jimenez; dice así:

«Esta tarde he podido quedar en los cuernos de un toro, y debo mi vida á la inteligencia y oportuno capote del maestro Pedro Romero, cada dia más celebrado y admirado de sus discípulos y aficionados.

»El tercer toro me ha puesto en un aprieto: animal de mucha cabeza, de bastantes libras y rematando al bulto, tan luego como le cité me arrancó, y le puse una vara por cima del buguero; cuando sintió el hierro se acreció, y recargando de nuevo, me tiró delante de la puerta del arrastradero; se levantó el caballo y me quedé tendido á la larga á cuerpo descubierto: Romero se hallaba á una distancia regular con el capote en la mano, y el toro puso la vista en mí, sin embestirme, y solamente se alegraba cada vez que miraba á Romero, y de cuando en cuando lo hacia á mí; pero tan luego como lo advertia aquel le meneaba el capote y volvia el toro á mirarle. Esta disposicion del bicho era fatal, y mi vida corria un inminente riesgo, porque no partiendo á ninguno de los dos y permaneciendo aplomado, le daba lugar á dirigirse á cualquiera y haber una cogida: en esta confusion oigo la voz de Romero: «Tio Manuel,

levántese Vd. sin cuidado.» Yo quise hacerlo; pero como estaba tan pesado, tardé en verificarlo, y en seguida tomé barrera: Romero se fué retirando, andando para atrás hasta una cierta distancia: el bicho se mantuvo quieto en el mismo sitio, y aquel no corrió no fuese que la fiera se volviese, y en vez de seguirle, diese conmigo, en cuyo caso no hubiera podido librarme, porque aun permanecia en el estribo de la barrera.»

III.

La tercera carta la escribió un aficionado de esta córte á otro que residia en Cádiz, fecha 23 de Mayo de 1785, y hablando del matador de toros de que nos ocupamos, por cierto con bastante dósis de entusiasmo, entre otras cosas le decia:

«Entren todos y salga el que pueda. Romero es el mejor torero del mundo; su muleta es de un mérito especial y de lo que no hay ejemplo; los toros de esta mañana, á pesar de ser muy bravos, los ha muerto con gracia y mucha maestría; pero le hemos visto hacer un quite al picador Carmona, que solo estando presente puede apreciarse cual corresponde: no obstante, como Vd. es inteligente, se lo expresaré con algun esmero para que se persuada de lo que vale esta cuadrilla con semejante jefe á la cabeza. Es el caso que se lidiaba el quinto toro de la corrida, y el picador Carmona se hallaba preparado para la suerte debajo del balcon del señor corregidor: el bicho desafiaba al bulto escarbando,

y Carmona le obligaba en su terreno, en cuya situacion permanecieron dos ó tres minutos, hasta que por último el toro le arrancó; sin perjuicio de que el ginete le agarró bien con la puya, el bicho era muy duro y empujaba, en términos que le derribó el caballo, dándole una caida á Carmona, de la cual resultó que este quedase tendido debajo de aquel, aunque sin lesion alguna. El torillo era pegajoso y remataba bien, por lo que no cesó de dar cornadas al jamelgo, levantándole enganchado en una de ellas: en estos momentos metió el capote Romero y despegó á los dos animales, saliendo á la carrera el caballo y quedando el toro aplomado. Carmona, que solo se habia cuidado de incorporarse para tomar la barrera, no atendió á la situacion que la res ocupaba; pero ya de pié, notó con sorpresa que su posicion era expuestísima, puesto que se hallaba colocado entre el toro y el capote de Romero; á este último, que le constaba la índole del bicho, y por consecuencia el riesgo infalible del picador, se le ocurrió en este momente el único medio de evitar la catástrofe que debia terminar aquella escena, y con una velocidad inexplicable se pasó el capote á la mano izquierda, y dando con la derecha un fuerte empujon á Carmona, cayó este de boca al suelo, y el bicho, en su arranque, no encontró otra cosa que el capote de Pedro Romero, que lo llamaba al lado opuesto de donde el picador se encontraba.

»Este quite, tan habitualmente practicado, y con la oportunidad y ligereza que exigia tan peligroso lance,

no pudo ménos de entusiasmar á los espectadores, que hasta entonces habian padecido una terrible ansiedad durante toda la escena que llevo relatada. Tan luego como el picador Carmona se levantó dirigióse á Romero y le estrechó entre sus brazos, como prueba del distinguido servicio que le acababa de hacer librándole de la muerte.»

IV.

Ocasion tendremos más adelante de conocer las particularidades de Romero en su vida privada.

Rival de Pepe-Hillo, al reanudar el hilo de nuestra historia, interrumpida momentáneamente para condensar en breves páginas la del toreo, tendremos ocasion de verle de cerca y de saber la influencia que ejerció entre sus contemporáneos.

Para terminar este capítulo describiremos acaso el episodio más dramático de su accidentada vida.

El lance sucedió en la plaza de Salamanca, como saben todos los aficionados.

Lidiaban él, su padre y su hermano Francisco.

Este último fué cogido por un toro.

Apenas Pedro Romero, jóven entonces, vió á su desgraciado hermano caer mortal, se dirige á la barrera, toma una espada y corre hácia el toro sin pedir licencia á la autoridad ni escuchar las súplicas de su anciano padre, que traspasado de dolor por la pérdida de un hijo, veia probable la de este otro, que amarillo de có-

lera, erizado el cabello, con la sola espada, sin capa en la otra mano ni ninguna otra defensa, corre hácia la fiera, y para llamarla la atencion y separarla del cuerpo de su hermano da un grito espantoso.

«Cuando oí aquel grito, ha escrito un testigo ocular, no tuve por increibles aquellos gritos que en las batallas de Homero daban los guerreros y eran oidos en medio del combate.»

V.

Aquel grito produjo un general silencio; el interés de los espectadores mudó de objeto; ya no es el héroe de la funcion el animal perseguido injustamente, y que se venga de gentes asalariadas y de poca importancia que le persiguen.

En efecto, ¡qué escena! Un padre arrodillado en medio de la plaza, y que pide al cielo le conserve un hijo al tiempo que acaba de ver espirar el otro.

Todo el mundo se interesa ya por esta desgracia de familia.

El terror y la compasion en el más alto grado se han apoderado de todos.

En este intérvalo de silencio trágico, Pedro Romero y el toro se arrojan uno contra otro, y este último cae muerto de una sola estocada de aquella mano diestra y firme dirigida por la vista más certera que hubo entre lidiadores.

Las voces y palmadas de aplauso resuenan por todas

partes; pero ¡oh naturaleza! el sensible Pedro Romero no las escucha ni contesta á ellas.

El público y la gloria le son indiferentes.

No es aquel el Pedro Romero airoso y gallardo que, concluida la estocada, se solia congratular con el anfiteatro de un modo tan halagüeño é inimitable, con aquel movimiento circular del brazo y de la espada, y aquellos pasos apresurados y cortos sobre la punta del pié; es un desgraciado hermano, es un individuo que desde la altura de la ira y venganza cae desmayado entre los brazos de un padre.

Los otros lidiadores rodean llorando al padre y al hijo, y los sacan de la plaza.

La funcion no prosigue; el espectáculo se da por concluido con este acto; los espectadores salen de la plaza convencidos de que no puede ofrecérseles ya escena alguna que pueda interesarles.



Pedro Romero cae desmayado entre los brazos de su padre.

CAPITULO XIII.

—

Costillares.

I.

En la época en que, para satisfacer los deseos del duque de la Alcudia, se hallaban reunidos los doctos personajes que conoce el lector, puede decirse que no habia llegado la lidia tauromáquica á su mayor apogeo.

Hasta entonces solo habian brillado como verdaderos maestros los tres Romeros, de quienes ya hemos dado noticia, Pepe-Hillo y Costillares.

Algunos otros habian logrado distinguirse, como banderilleros unos, como picadores otros, como sobresalientes de espada; pero en buena ley solo los mencionados eran los que habian logrado fijar la atencion del público.

Formábanse á su lado otros muchos que dieron más tarde gran esplendor á las corridas de toros; pero mal podian ocuparse de aquellos lidiadores, niños aun, los que con tanto interés estudiaban cuanto concernia al arte tauromáquico para ilustrar la opinion de Godoy.

Nosotros completaremos más tarde, en algunos capí-

tulos suplementarios, lo que Forner no podia redactar á la docta asamblea.

Pero para seguir el curso de sus investigaciones, consagraremos algunas páginas al famoso Costillares, que habiendo aparecido antes que Pedro Romero y Pepe-Hillo, fué eclipsado por ellos en el favor del público; pero dejó memoria imperecedera en los fastos del toreo, porque, sin duda alguna, á su ingénio, á su destreza y á su valor debieron, lo mismo Romero que Pepe-Hillo, la perfeccion que alcanzaron, y, por lo tanto, la lid taurina su desarrollo y apogeo.

II.

Joaquin Rodriguez nació en el barrio de San Bernardo, de Sevilla, á principios del siglo XVIII.

Su padre era operario del matadero, y no teniendo recursos ni siquiera para sostener el aprendizaje del chico en cualquier oficio, desde sus primeros años lo llevaron al matadero para que ayudase en las faenas propias de aquel establecimiento.

Allí fué donde se desarrolló la aficion de Joaquin á la lid tauromáquica.

Uno de sus mayores goces era divertirse con las reses, y tanto se amaestró en el arte de sortearlas, que muy en breve reveló las cualidades que tenia para la profesion que más tarde abrazó.

Por aquel tiempo la parte principal de las lidés era, por decirlo así, la que desempeñaba el picador.

Diestros ginetes, dotados además de gran fuerza, ejecutaban la suerte de vara larga, y los lidiadores de á pié, entre los que se hallaban Juan Romero y Costillares, lucian su habilidad evitando con los *quites*, que aun se conservan, los peligros que corrian los picadores.

Pero como se adoptó la costumbre de terminar las lides de cada toro con la muerte del mismo, Costillares se aplicó á estudiar el modo de defenderse de la fiera, y valiéndose de la muleta, dejó, por decirlo así, las reglas para trastear las reses, arreglarlas y prepararlas á la muerte.

III.

No se conocia más método para acabar con los toros que el de recibirlos; pero cuando el animal se aplomaba, ó no embestia, el lidiador se retiraba, y uno de los criados de la plaza, armado de una larga lanza, á la que se daba el nombre de *punzon*, remataba á la fiera con indignacion del público, que, impulsado por sus generosos arranques, no podia ver á sangre fria aquella muerte traidora.

Costillares buscó el medio de evitar aquella ignominia y de dar gusto al público.

Impulsado por esta idea, inventó la suerte de *volapiés*, que desde entonces sigue usándose, y ha dado gran reputacion á algunos toreros.

Costillares recorrió con gran éxito casi todas las plazas del reino, inspirando tal asombro por la exacta com-

binacion de las *suertes* que ejecutaba, que su esclarecida fama se extendió por toda España, y gozó del favor del público durante largo tiempo.

No solo era matador de toros, sino maestro de cuantos deseaban dedicarse á la misma profesion.

IV.

Cuando aparecieron en la arena Pepe-Hillo y Romero, poseido de natural estímulo, quiso Costillares, luchando con más denuedo que nunca, conservar frescos los laureles que habia alcanzado en su larga carrera, y en efecto, la tradicion refiere que, no solo cuando trabajaba con aquellos aventajados discípulos, convertidos ya en maestros, sino cuando lidiaba solo en alguna plaza, hacia esfuerzos inauditos para eclipsar con sus *suertes* el recuerdo de aquellos y fascinar al público con los *golpes* de su invencion; pero una desgracia le obligó á dejar el campo á sus rivales. Se le formó un tumor en la palma de la mano derecha, y no pudiendo coger el estoque, y mucho ménos manejarlo, tuvo que retirarse, y al poco tiempo murió poseido de la mayor tristeza.

Forner continuó su tarea dando á conocer todos los antecedentes de la vida de Pepe-Hillo, de los que hacemos aquí caso omiso porque más adelante tendremos ocasion de conocer minuciosamente y en accion todos aquellos datos.

V.

Citó entre los toreros que más porvenir tenian, al famoso Jerónimo José Cándido, y condensando su opinion en vista de los datos que habia reunido, terminó su trabajo manifestando que la profesion tauromáquica era fascinadora para el pueblo por los aplausos que adquirian los que á ella se dedicaban y la fortuna que lograban reunir, apartando á muchos menestrales y artesanos de su trabajo sin conseguir otra cosa que llegar á ser víctimas de los vicios despues de haber vivido dominados por la pereza.

De las investigaciones hechas hasta entonces por los amigos de Godoy, solo se desprendia que la fiesta taurina era, bajo el punto de vista histórico, la herencia de la antigua grandeza española, abandonada por sus descendientes y recogida por el pueblo.

Símbolo del valor, de la destreza, del arrojo de los españoles, habia llegado poco á poco á constituir un espectáculo que entusiasmaba hasta el delirio al pueblo, y como al mismo tiempo en todas las funciones de toros encontraba recursos para sus buenas obras la beneficencia administrativa, puesto que del total del ingreso de la corrida se destinaba una parte á los hospitales é Inclusa, eran poderosísimas las dificultades que se oponian á la supresion de aquella fiesta nacional.

Era preciso convenir en que el ejemplo que veia el pueblo al asistir á aquellas funciones no era el más á

propósito para suavizar su fiereza, para encauzarle por la senda de la nueva civilizacion que venia de Francia.

En vez de amortiguar sus pasiones las excitaba, y las contínuas riñas que con la afilada navaja de Albacete alteraban la paz de las calles y el júbilo de las romerías, se atribuian en gran parte á la costumbre que tenia el pueblo de ver correr la sangre en las funciones de toros, y ocupando á todas las clases de la sociedad, pero particularmente al populacho, le distraian de sus quehaceres, alejaban de su imaginacion toda idea de economía, y por el contrario, le estimulaban á sacrificar su comodidad y hasta su estómago para poder sacar de este sacrificio la cantidad necesaria á satisfacer su aficion á los toros.

Entonces, como hoy, habia quien empeñaba la camisa para ver desde la contra-barrera la corrida y para poder entrar en la taberna á la salida de los toros á discutir sobre las suertes verificadas con mayor ó menor acierto, á entusiasmarse con sus ídolos y á reñir, si era preciso, con el que hablase mal de su matador predilecto.

Todo esto constituia ese estado febril nada propio á la buena organizacion de los Estados y al bienestar de todas las sociedades.

VI.

Bajo este punto de vista formuló sus conclusiones el dulcísimo Melendez Valdés, esforzando sus argumentos para demostrar que era necesario apartar de

aquel espectáculo al público, pero no de pronto y con violencia, sino con suavidad y cariño, fomentando su aficion á la música, deleitando su imaginacion con poesías populares, dando interés á los espectáculos escénicos, placéres que en su opinion distraian el ánimo y preparaban al público para el más saludable progreso.

Pero Filiberto, el entusiasta aficionado á la tauromaquia, pintó con vivísimos colores las cualidades del pueblo español, recordó el espíritu caballeresco que hasta en las ínfimas clases de la sociedad existia, encomió la generosidad de los fuertes hácia los débiles, llegó á demostrar que el valor indomable de los hijos de España se debia al contínuo espectáculo de los peligros, razon por la cual estaba naturalizado con ellos, y llevó su argumentacion hasta tratar de probar que los triunfos que habian obtenido los voluntarios españoles del ejército republicano francés en las fronteras de Cataluña se debian á la costumbre que todos ellos habian adquirido desde la niñez desafiando los peligros y arrostrando toda clase de sacrificios á la dicha de alcanzar un aplauso.

Aun fué más lejos Filiberto.

«Las corridas de toros, añadió, son convenientes para los gobiernos, puesto que, convertidas en juguete del pueblo, le distraen y le apartan de los negocios públicos, y los que rigen los destinos del país pueden consagrarse á administrarle sin que les moleste su observadora atencion.»

VII.

Todo este cuerpo de doctrinas, todos los datos que en desórden hemos ofrecido fueron presentados á Godoy, y solo lograron convencerle de que tenia razon al desear poner término á aquel espectáculo; pero al mismo tiempo veia que su razon tenia que doblegarse á la costumbre y á la pasion de los españoles, porque de lo contrario, tropezaria con el conflicto que queria evitar.

Y sin embargo, aquel hombre previsor, aquel político, cuya perspicacia no puede negarse, preveia grandes catástrofes en España si no lograba dominar al pueblo.

Jovellanos, estimulado por su amigo Melendez Valdés, y más que nada por el recto juicio que habia formado de las cosas de España, vino en auxilio, sin saberlo, de los deseos de Godoy, dando á conocer el famoso opúsculo «*Pan y toros*,» retrato admirable de la sociedad de 1794, y que, si no en la forma, porque la moda ha variado los trajes, en el fondo es tambien el retrato de la sociedad de 1871.

Recordemos algunos rasgos siquiera de esta fisonomía para reanudar en seguida el hilo de nuestra historia.

CAPITULO XIV.

—

Pan y toros.

I.

Nunca es más oportuno que en el cuadro que voy trazando, y sobre todo en los tiempos en que vivimos, el admirable retrato que de su época hizo el inmortal Jovellanos.

El trabajo que hizo, segun unos, ó inspiró, segun otros, es una obra maestra, y no lo reproduzco íntegro, aunque debiera, porque deseo hacerle servir al propósito de esta parte de mi obra.

«Las fiestas de toros, decia, son los eslabones de nuestra sociedad, el pábulo de nuestro amor patrio y los talleres de nuestras costumbres políticas.

»Estas fiestas que nos caracterizan y nos hacen singulares entre todas las naciones de la tierra, abrazan cuantos objetos agradables é instructivos se pueden desear, templan nuestra codicia fogosa, ilustran nuestros entendimientos delicados, dulcifican nuestra inclinacion á la humanidad, divierten nuestra educacion laboriosa y nos preparan á las acciones generosas y magnánimas...

»¿Quién podrá dudar de la sabiduría del gobierno, que para apagar en la plebe todo espíritu de sedicion la reune en el lugar más apto para todo desórden? ¿Quién dejará de concebir ideas sublimes de nuestros nobles, afanados en proporcionar estos bárbaros espectáculos, honrar á los toreros, premiar la desesperacion y la locura y proteger á porfia á los hombres más soeces de la república? ¿Quién no se inflamará al presenciar el valor atolondrado de un Romero, un Costillares y un Pepe-Hillo, con otros héroes del matadero sevillano, que entrando en lid con un toro lo pasan de una estocada desde los cuernos á la cola? ¿Quién no se deleitará con la concurrencia de un gentío innumerable, mezclados los dos sexos con ningun recato, la tabernera con la grande de España, el barbero con el duque, la meretriz con la beata y el seglar con el sacerdote; donde se presentan el lujo, la disolucion, la desvergüenza, el libertinaje, el atrevimiento, la estupidez, la truhanería, y en fin, todos los vicios que afean á la humanidad, como en el sólio de su poder? ¿Donde el lascivo petimetre hace fuego á la incauta doncella con gestos indecorosos y expresiones mal sonantes, donde el vil casado permite á su esposa el deshonroso lado del cortejo, donde el crudo majo hace alarde de la insolencia, donde el necio chispero profiere frases más sucias que su misma persona, donde la desgarrada manola hace gala de la imprudencia, donde el contínuo griterío aturde la cabeza más bien organizada, donde las apreturas, los empujones, el calor, el polvo y el

asiento incomodan hasta sofocar, y donde se esparcen por el infestado viento los olores del tabaco y el vino? ¿Quién no conocerá los innumerables beneficios de estas fiestas?»

II.

La sátira es de lo más fina y punzante que puede darse y justificaba los deseos que tenian Godoy y otras personas ilustradas de su época.

Es al mismo tiempo la acusacion de aquellos gobiernos, que dejaban abandonado el pueblo á sus instintos y á sus placeres sin temer su perdicion, sin comprender las consecuencias de su abandono y satisfechos al verle gozar, sin pensar á dónde podia conducirle aquel goce.

Contemplando Jovellanos desde el punto de vista de su criterio la situacion de la España en la última década del siglo XVIII, hacia la admirable pintura de que he hablado.

Como esta pintura es el retrato de la época en que pasan los sucesos que constituyen la accion de mi historia; como sin embargo de aquel caos brotó la luz, de aquella incuria la diligencia, de aquel fanatismo la fé y de aquellos vicios las más preclaras virtudes, voy á recordar á los lectores la obra maestra del gran pensador español del siglo pasado.

Ella describirá la escena y yo continuaré en tan detallado escenario la accion que ha de demostrar cómo

los santos principios de la religion, de la pátria y de la monarquía pueden ser siempre perlas aunque se hallen ocultas en el más deleznable lodo.

III.

España ofrecia al objetivo de Jovellanos una nacion á un tiempo en todos los períodos de la vida.

El estudio que de nuestra nacion habia hecho le presentaba...

Pero oidle:

«Se ha ofrecido á mi vista, decia, niña y débil, sin poblacion, sin industria, sin riqueza, sin espíritu patriótico y aun sin gobierno conocido.

»Unos campos yermos y sin cultivo;

»Unos hombres nécios y desaplicados;

»Unos pueblos miserables y sumergidos en sus ruinas;

»Unos ciudadanos méros inquilinos de su ciudad;

»Y una constitucion, que más bien puede llamarse un batiborrillo confuso de todas las constituciones.

»Me ha presentado una España muchacha, sin instruccion y sin conocimientos; un vulgo bestial; una nobleza que hace gala de la ignorancia; unas escuelas sin principios; unas universidades depositarias de las preocupaciones de los siglos bárbaros; unos doctores del siglo x, y unos premios destinados á los súbditos del emperador Justiniano y del Papa Gregorio IX.

»Me ha ofrecido una España jóven, y al parecer llena de espíritu marcial, de fuego y fortaleza; un cuerpo de

oficiales generales para mandar todos los ejércitos del mundo, y que si á proporcion tuviera soldados, pudiera conquistar todas las regiones del unīuerso; una multitud de regimientos que, aunque faltos de gente, están aguerridos en las fatigas militares de rizarse el cabello, blanquear con harina su uniforme, arreglar los pasos al compás de las contradanzas, gastar pólvora en salvas en las praderas y servir á la opresion de sus mismos conciudadanos; una marina pertrechada de costosos navíos, que si no pueden salir del puerto por falta de marineros, á lo ménos pueden surtir al Oriente de grandes y finísimas pieles de ratas, de que abundan; unas fortificaciones, que hasta en los jardines de recreo horrorizan á los mismos patricios que las consideran como mausoleos de la libertad civil, y unas orquestas bélicas capaces de afeminar á los más rígidos espartanos.»

IV.

¿No ven Vds. algunos rasgos de nuestra época en la fisonomía que traza Jovellanos?

Si, ¿eh? Pues continúen Vds. oyendo.

«Me ha mostrado, continuaba, una España viril, sábia, religiosa y profesora de todas las ciencias.

»La ciudad metrópolo tiene más templos que casas, más sacerdotes que seglares y más aras que cocinas.

«Hasta en los sucios portales, hasta en las infames

tabernas se ven retablitos de papel, pepitorias de cera, pilitas de agua bendita y lámparas religiosas.

»No se da paso sin que se encuentre una cofradía, una procesion ó rosario cantado; por todas partes resuenan los chillidos de los sopranos, los rebuznos de los sochantres y la algarabía de los músicos entreteniendo las almas devotas con villancicos, gozos y arietas de una composicion tan séria y unos conceptos tan elevados que, sin entenderlos nadie, hacen reir á todos.

»Hasta los más reconditos y venerables misterios de la religion se cantan por ciegos á las puertas de los bodegones, al agradable y majestuoso compás de la guitarra.

»No hay esquinazo que no se empapele con noticias de novenarios, ni en que dejen de venderse relaciones de milagros tan creibles como las trasformaciones de Ovidio.

»Las ciencias sagradas, aquellas divinas ciencias cuyo cultivo hizo sudar á los padres de la Iglesia, se han hecho tan familiares, que apenas hay ordenadillo desbarbado que no se encarame á enseñarlas desde la cátedra del Espíritu Santo.

»El delicadísimo ministerio de la predicacion, que por particular privilegio se permitió á un Pantero, á un Orígenes, hoy es permitido á un invito epóscopo, á cualquier frailezuelo, que lo toma por oficio mercenario.

»Las escrituras santas, incorruptibles cimientos de la religion, son manoseadas por simples gramáticos,

que cada dia nos las dan en castellano de una manera tan nueva, que no las conoce la madre que las parió.

»Las lenguas extranjeras se aprenden cuando se ignora la lengua patria, y por los libros franceses se traducen los escritos de los hebreos.

»La filosofía se ha simplificado con las artificiosas abstracciones de Aristóteles, y descargándola de la pesada observacion de la naturaleza se la ha hecho esclava del ergo y del sofisma.

»La moral, que fué la formadora de los Platones, los Sócrates, los Demóstenes, los Cicerones, los Plutarcos y los Sénecas, solo sirve entre nosotros á tinturar levemente á los que, dejando de ser filósofos, se han de meter á procesistas y llegan á legisladores.

»El derecho natural se reputa por inútil y aun nocivo.

»El derecho patrio se estudia por la legislacion de una nacion que ya no existe.

»La poesía es despreciada como una expresion de locura, y la oratoria como pasatiempo de la ociosidad.

»Nuestros predicadores y nuestros abogados han descubierto el inestimable tesoro de ser letrados sin cultivar las letras y vender caras las más insulsas arengas y pajosos informes.

»Las obras con que cada dia nos enriquecen estos sábios nos harán sin duda notables en los siglos venideros.

»Sus sermonarios y sus papeles en derecho servirán

de envoltorio de pimienta y especias, y no dejarán de ser útiles á los cartoncistas y boticarios.

»El venerable nombre de teólogo apenas se concèdia en la antigüedad hasta que las largas vigilias, continuadas tareas y profundas meditaciones habian blanqueado el cabello y arrugado el rostro; pero en el dia se logra aun sin apuntar la barba y sin más trabajo que arrastrar bayetas seis ó siete años en una universidad, y haber ejercitado el pulmon á disputas pueriles sobre bagatelas despreciables.

»Un jurisperito creia Atenas que no se formaba sin el socorro de todas las ciencias, sin el perfecto conocimiento del corazon humano y sin la observacion infatigable de la ley eterna; y un jurisperito lo ve España formado con unos miserables principios de lógica, con un superficial del vicio y con unos cuantos años de instruccion en los errores forenses y en las iniquidades de los pleitos.

»En la medicina no tenemos que envidiar á ninguno; tenemos quien nos sangre, nos purgue y nos mate tan perfectamente como los mejores verdugos del universo.

»La riqueza de nuestros boticarios es una prueba de la sabiduría de nuestros médicos y de su propension al arte jaropístico y á la ciencia recetaria y curandera.

»Las matemáticas las estudiamos poco, porque sirven para poco, y reduciendo á demostracion todas sus proposiciones, nos dejan campo al entendimiento su-

blime para hacer lo blanco negro y lo negro blanco.

»El comercio, que los extranjeros ponderan, con razon, como canal de las riquezas de un Estado, tiene sus principios; pero nosotros no necesitamos quebrarnos la cabeza en aprenderlos, pues les basta á nuestros mercaderes saber que lo que vale cuatro deben venderlo por seis, y prestar dinero sobre prenda al seis por ciento cada mes, y esto aun los más religiosos y justificados en el concepto de sus antagonistas.»

Hé aquí un punto en el que hemos dejado atrás á nuestros abuelos.

V.

«Me ha mostrado, añadia, una España vieja y regañona brotando leyes por todas las coyunturas. El cuerpo de un maldito derecho engendrado en el tiempo más corrompido del imperio romano, para servir á la monarquía más despótica y llena de confusion que han conocido los siglos; el Código de Justiniano concluido de retales y caprichos de los jurisconsultos, y la Compilacion de Graciano llena de decretales falsos y cánones apócrifos sacaron á luz nuestras Partidas y abrieron las puertas á las más ridículas cavilaciones de los leguleyos.

»Nuestra Recopilacion, nuestros Autos acordados, nuestros Modos de enjuiciar, todos toman de aquí su orígen.

»La legislacion castellana reconoce por cuna el si-

glo más ignorante y turbulento; siglo en que la espada y la lanza eran la suprema ley, y de que el hombre que no tenia pujanza para envasar tres ó cuatro de una estocada, era tenido por infame, villano y casi bestia; siglo en que los obispos mandaban ejércitos, y en vez de ovejas educaban lobos y leopardos; siglo en que los silbidos del pastor estaban convertidos en bramidos de tigre, y en que el chispazo de una excomunion encendia la voraz hoguera de una guerra civil y sanguinaria; siglo en que la moda del derecho feudal tenia los vasallos de mano en mano como pelota, é iba introduciendo entre los hombres la misma variedad de castas que entre los caballos y perros; siglo, en fin, que no conocia más derecho que la fuerza ni más autoridad que el poder.

»En esta infeliz cuna se adormeció, y en los reinados más calamitosos y violentos anduvo vacilando hasta que el gran Felipe II, el Escurialense, la sacó de entre pañales y la puso andaderas, de que jamás saldrá.

»Me ha mostrado una España decrépita y supersticiosa, que pretende encadenar hasta las almas y los entendimientos. La ignorancia ha engendrado siempre la supersticion, así como la soberbia, la incredulidad. Entre nosotros ha estado por muchos siglos en un miserable abandono el estudio de las Santas Escrituras, que son las fuentes y el cimiento de nuestra creencia.

»Las antigüedades eclesiásticas han yacido bajo la lápida de las decretales y de los abusos furtivamente ntro ducidos; las decisiones de la curia y las opiniones

particulares han corrido parejas con las verdades dogmáticas é incontrovertibles.

»En cuanto atañe á la Iglesia, se ha tenido por incompetente el tribunal de la razon y se ha tratado de herético todo aquello que no se acomoda con las máximas de Roma. La demasiada libertad en escribir de los extranjeros ha hecho que nosotros hayamos sido en leer esclavos. El culpable desprecio con que han tratado los protestantes la disciplina dogmática de la Iglesia nos ha determinado á venerar los más perjudiciales abusos de los siglos bárbaros.

»El rebaño de los fieles ha sido apacentado por rabadanes, introducidos sin autoridad de los pastores que el Espíritu Santo puso para seguirle, y la sal de la doctrina y de la caridad se ha repartido al pueblo católico por coadjutores de los párrocos, á quienes incumbe el saber lo que se ha de dar á cada uno.

»Millares de obispos ha visto España que, muy cargados de decretales y fórmulas forenses, jamás han cumplido el objeto de su mision, que no fué otro que predicar el Evangelio á todo el mundo, dirigiendo á los hombres por la vía de la paz y no la de los pleitos. El influjo frailesco ha hecho pasar por verdades reveladas los sueños y delirios de algunas simples mujeres y mentecatos hombres, desfigurando el eterno edificio del Evangelio con mil supercherías.

»La moral cristiana se ha presentado bajo distintos aspectos, y siendo uno el camino del cielo ya nos lo han pintado llano, ya difícil y ya inaccesible. La sen-

cillez de la palabra de Dios se ha oscurecido con los artificiosos comentarios de los hombres.

»Aquello que dijo el Señor para que todos lo entendiesen, se ha creido que apenas uno ú otro doctor lo puede entender, y dando tormento á las expresiones más claras, se las ha hecho servir hasta erigir sobre ellas el ídolo de la tiranía; millones de santurrones apócrifos han llenado el mundo de patrañas ridículas, milagros increibles, y de visiones que contradicen á la soberana majestad de nuestro gran Dios: en ellas vemos á Cristo alumbrando con un candil para que eche una monja el pan del horno, tirando naranjitas á otra desde el sagrario; probando las ollas de una cocina, y jugando con un fraile hasta serle importuno; en ellas vemos un leguito reuniendo milagrosamente una botella quebrada y cuartillo de vino derramado, sin más fin que consolar á un mancebo á quien se le cayó al salir de la taberna; á otro convirtiendo unas cubas de agua en vino para beber la comunidad, y á otro resucitando un pollinejo que habia nacido muerto, porque no lo sintiese una hermana de la órden; en ellas vemos un hombre, muerto de muchos años, conservar la lengua viva hasta confesar sus culpas; á otro tirarse de un balcon, y caer sin incomodidad á la calle por ir al rosario, y un voraz incendio apagarse de repente sin más que arrojar un escapulario de estameña; en ellas vemos á la Vírgen María sacar su virginal pecho para dar leche á un monge; los ángeles en hábito de frailes cantar maitines porque en el convento dormian, y los santos más hu-

mildes degollando á los que no eran afectos á su religion.

»Los pintores imbuidos de estas supercherías, han representado en sus tablas estos títeres espirituales, y el pueblo idólatra les ha tributado una supersticiosa adoracion.

»La Iglesia ha trabajado de contínuo en desterrar de los fieles la preocupacion de atribuir virtud particular á las imágenes, y los eclesiásticos no han cesado de establecerlas. Una imágen de Cristo ó de la Vírgen se ve en un rincon descuidada, súcia y sin culto, al paso que otras se ostentan en costosos retablos y no se muestran sino con mucha ceremonia y gran suntuosidad.

»La religion la vemos reducida á meras exterioridades, y muy pagados de nuestras cofradías, apenas tenemos ideas de la caridad fraternal; tenemos por defecto el no concurrir con limosna á una obra de piedad y no escrupulizamos de retener lo que es suyo á nuestros acreedores; confesamos todos los meses, y permanecemos en los vicios toda nuestra vida; somos cristianos en el nombre, y peores que gentiles en nuestras costumbres; en fin, tememos más el oscuro calabozo de la Inquisicion que el tremendo juicio de Jesucristo.»

VI.

Basta ya; que sobra con lo dicho para que el lector pueda abarcar de una sola ojeada la situacion en que

se hallaba España cuando Godoy queria abolir el espectáculo taurino para cambiar la faz de la nacion y hacerla entrar en el concierto de la civilizacion europea.

Veamos ahora el efecto que produjeron las investigaciones, estudios y debates de la docta corporacion encargada de informar sobre cuestion tan árdua al favorito de Cárlos IV.

CAPITULO XV.

Lo que hacen los poderosos cuando no pueden.

I.

En tanto que los doctos académicos dilucidaban la cuestion sometida á su inteligencia, la intriga se agitaba en otro terreno.

Urquijo visitaba frecuentemente á doña Isabel de Matallana y la referia todo cuanto se hablaba en las juntas á que asistia.

Filiberto, por su parte, no dejaba de ver á la marquesa, porque queria ganar la apuesta, y las circunstancias en que se hallaba, con motivo de Godoy, eran las más á propósito para poner de su parte á aquella aristocrática mujer, que tanto podia influir no solo en la fortuna del guardia real, sino en que no pudiera conseguir el ministro destruir un espectáculo que tanto le agradaba.

Hay muchos que envidian á los que ocupan en las naciones el primer puesto, es decir, á los que dirigen

las riendas del Estado. En honor de la verdad, son más dignos de compasion que de envidia. Es muy cierto que ejercen un poder absoluto, ó poco ménos; que pueden disponer á su antojo de la felicidad y de la desdicha de los ciudadanos, que tienen á cada instante roce con las personas reales, las dominan y las convierten á veces en ciegos instrumentos de sus deseos; pero por lo mismo que alcanzan tan grande poderío, la envidia crece y se desarrolla á su lado y es gérmen de multiplicadas intrigas, que constituyen una red, en la que tropieza á cada paso el hombre político favorecido por la suerte.

II.

Godoy se hallaba en este caso y no habia ocasion que no aprovechasen sus enemigos para destruir su influencia.

—Bien dice el refran, exclamaba la Matallana en una de sus entrevistas con Urquijo: «Cuando Dios quiere perder á los hombres, les ciega.» Para Godoy ha llegado ya la hora de la perdicion. Está empeñado en abolir las corridas de toros, y esto como una medida de gobierno; pero el pueblo y los reyes van á ser sus mayores enemigos, y le vamos á ver caer desde el pináculo de la fortuna, en donde se encuentra, á lo más hondo del abismo que ha labrado su ambicion.

—No veo las cosas tan próximas como Vd. me anuncia, dijo Urquijo. Godoy es hombre de talento.

—La soberbia le ciega.

—Es más cauto que soberbio.

—No le conoce Vd., si piensa así.

—Vivo frecuentemente á su lado; he visto su actitud en los negocios más árduos; y su serenidad, su aplomo, y sobre todo la viveza de su imaginacion para encontrar remedio á todas las situaciones difíciles, son auxiliares poderosos que le salvarán de cualquier fracaso.

—Tiene muy malos enemigos; las mujeres le odian.

—Sí, dijo Urquijo; pero ese ódio, no se ofenda Vd., mi buena amiga, es más despecho que otra cosa. Debe á la Providencia una hermosa figura, un palmito agraciado; tiene imaginacion, talento; aseguran que su conversacion cuando galantea á las damas es encantadora.

—Por de pronto, añadió la Matallana, puedo asegurar á Vd. que la reina va notando de dia en dia sus defectos. Ya no habla de él con tanta admiracion, con tanto entusiasmo. En cambio no faltan algunas personas que fijen su atencion...

Al decir esto, acentuó la frase y dirigió una mirada significativa á Urquijo.

—¡Ah! contestó este, si algun dia puedo heredar la influencia que hoy tiene el duque de la Alcudia, no habrá nada que niegue á mi buena amiga y protectora, doña Isabel de Matallana.

III.

Estas y parecidas pláticas eran las que solian tener la camarista y el diplomático, los cuales, con distinto fin, procuraban minar los cimientos de la fortuna de Godoy para que se desplomase el edificio de su poderío.

Las conversaciones de Filiberto con la marquesa no eran tan políticas; por el contrario, eran más tauromáquicas.

Los dos tenian verdadero entusiasmo por las corridas de toros.

La amistad de Pedro Romero ó de Pepe-Hillo les entusiasmaba; asistir al espectáculo era su mayor delicia.

A la marquesa le agradaba, no solo la funcion en sí misma, sino el tener ocasion de lucir sus gracias, de coquetear con sus adoradores, de demostrar, en fin, al pueblo que tambien en la aristocracia habia mujeres graciosas que sabian llevar la peineta de teja y la mantilla de casco con tanto donaire, ó más aun, que las *manolas* de Lavapiés.

Y á Filiberto le sonreia y halagaba aquella animacion, aquella contínua ocasion que tenia de hacer que coqueteaba con otras mujeres para inspirar celos á la marquesa.

Hay que advertir tambien que, en premio de su aficion á los toros, solian contar los toreros con él para

sus francachelas y aun abrirle la bolsa siempre que acudia á ella en sus apuros.

Esto sucedia á menudo, porque sabido es que los guardias andaban siempre á la cuarta pregunta.

Forner, Conde y Melendez Valdés eran los más inocentes de los que componian la docta asamblea.

Servian con gusto al duque de la Alcudia, pero sin obedecer á otro fin que el de ilustrarle para que resolviera con acierto.

IV.

La noticia de que Godoy habia dispuesto que se estudiase el modo de suprimir las corridas de toros, habia circulado, y para ser justo, debo decir que con indignacion de los madrileños.

Godoy reunió en otro banquete á sus cinco amigos, y como ya habia leido sus disertaciones y al mismo tiempo se habia informado del efecto que su deseo habia producido en el vulgo, formó su juicio y vislumbró en aquella derrota que, segun suponian sus enemigos, se preparaba él mismo el medio de obtener un gran triunfo.

La reina habia declarado categóricamente que no consentiria que se suprimieran las corridas de toros.

El rey, que no tenia aficion á aquel espectáculo porque toda su pasion la tenia reconcentrada en la caza, pero que gustaba de ver al pueblo reunido en el circo, porque el pueblo en aquellas funciones le aclamaba

dándole repetidas muestras de su leal adhesion, se inclinaba tambien en favor de las ideas de su esposa y no ocultó á Godoy su acuerdo.

Se hallaba, pues, el favorito, en presencia de dos obstáculos poderosos: los reyes y el pueblo.

Fácilmente podria dominar, vencer aquellas dificultades; pero ¿qué adelantaba con aquel triunfo?

V.

Un dia encontró en uno de los salones de palacio á la Matallana.

—Adios, mi querida enemiga, la dijo.

—V. E. me honra con ese título, pero no le merezco; porque si alguna amiga tiene V. E., esa soy yo.

—Tanto lo creo así, dijo Godoy, que para dar á usted una prueba de amistad, voy á confiarla un secreto.

—Eso es demasiado honor.

—Es un secreto que deseo vivamente permanezca ignorado de todo el mundo.

—Entonces...

—¿Va Vd. á decirme que no podrá callarle?

—Tal vez.

—Tengo mejor opinion de Vd. que la que Vd. tiene, y en prueba de ello, oiga Vd. mi secreto. Mis enemigos han hecho circular la voz de que quiero abolir las más antiguas costumbres españolas y reemplazarlas por otras que nos hagan tributarios de Francia. Entre

otras cosas aseguran que yo me he propuesto suprimir las corridas de toros.

—En efecto, esos propósitos se atribuyen á V. E.

—Me juzgan mal.

—¿Será posible?

—Sí, amiga mia, sí.

—Sin embargo, lo cierto es que nunca se ve á V. E. en la plaza.

—Hago un verdadero sacrificio.

La Matallana no pudo ocultar una sonrisa maliciosa.

—Veo que Vd. tambien participa de la opinion general.

—Vivo tan oerca de V. E., que no es extraño.

—Pues bien, sepa Vd., mi querida doña Isabel, que yo he encargado hace poco á las personas más doctas de Madrid para que me proporcionen todos cuantos antecedentes puedan recoger acerca de ese espectáculo nacional; y ¿sabe Vd. con qué objeto?

—Con el de suprimirle de una plumada.

—Oiga Vd. mi secreto: con el de darle toda la importancia que merece, con el de poder demostrar que los que lidian en esas fiestas no hacen más que imitar el ejemplo que les dió la nobleza en otros tiempos, razon por la cual son acreedores á las mayores consideraciones.

—¿Será posible? dijo la Matallana admirada y pesarosa.

—No descubra Vd. á nadie lo que le acabo de decir, pero me propongo inclinar el ánimo de SS. MM. pa-

ra que premien públicamente el mérito de los toreros más afamados. Aquella hábil declaracion de Godoy destruyó una vez más los laboriosos planes de la camarista para derribar su influencia. Desde luego se dió por vencida y se apresuró á llamar á Urquijo para confiarle la actitud en que se habia colocado Godoy.

Sabiendo, como sabia, la aficion de la reina por el espectáculo taurino, estaba segura de malquistarle con Godoy si este se obstinaba en llevar á cabo su primer proyecto; pero la resolucion que á última hora habia tomado entusiasmaria á doña María Luisa, habria en su alma una reaccion favorable hácia Godoy, y los sueños de la Matallana y de Urquijo se quedarian, al ménos por entonces, reducidos á sueños.

VI.

En el banquete confirmó Godoy el secreto que habia confiado á la Matallana.

—Amigos mios, dijo: He leido con placer los ilustrados discursos que me han ofrecido Vds. Yo aprecio en lo mucho que vale la discreta opinion del ilustre Jovellanos. Despues de darles las gracias más expresivas, tengo que pedirles excusa por haber abusado de su buena fé.

—¡Cómo! exclamaron todos.

—Yo dije á Vds. que me proponia suprimir ese espectáculo. ¡Loco seria el que se empeñase en contener las olas del mar antes de que llegaran al límite que la

Providencia les ha marcado! Los pueblos son como las olas; no hay que oponerse á su corriente, porque se ensoberbecen y se sublevan como las olas cuando hallan rocas inexpugnables en su camino. Pero yo queria que imbuidos Vds. en el espíritu que, segun les comuniqué, me animaba, dilucidasen la cuestion con entera libertad, y así ha sucedido. Es necesario que sepa el país entero los estudios que Vds. han hecho; ellos servirán para hacer que los toreros, recordando el noble orígen de la lidia, en vez de vivir confundidos con la plebe, en lugar de entregarse á los vicios, se enorgullezcan de su orígen y busquen en la educacion, en el trato con las personas de la clase elevada una perfeccion moral que iguale á su valor y á su destreza.

Y para dar una prueba ostensible de que este es mi deseo, y de que mi deseo obedece á la voluntad de su majestad el rey (que Dios guarde), se ha presentado una ocasion y voy á aprovecharla. El famoso torero Pepe-Hillo tiene un hijo; este hijo ha tomado parte en la guerra contra los franceses; se ha distinguido en ella; en uno de los últimos combates fué hecho prisionero; arrostrando los mayores peligros pudo volver á las filas y ha contraido tales méritos, que S. M. el rey, teniéndolo en cuenta y queriendo honrar á la vez los servicios del hijo y la popularidad del padre, le otorgará la charretera de capitan.

Filiberto, lleno de alegría, pidió permiso al duque de la Alcudia para darle un abrazo.

Conde felicitó á Godoy.

Forner y Urquijo permanecieron impasibles.

Melendez Valdés sintió una profunda tristeza en el fondo de su alma.

—¿Nos da V. E. permiso, dijo Filiberto, para propalar tan fausta noticia?

—Son Vds. dueños, contestó Godoy, de comunicarla á quien quieran.

VII.

El banquete terminó con la mayor alegría, y al retirarse todos se quedó Melendez Valdés.

—Señor duque, dijo á Godoy cuando estuvieron solos, tengo una profunda tristeza.

—Lo comprendo, mi buen amigo.

—Por más que quiero, no me es posible desecharla, y necesito ser indiscreto.

—Hable Vd.

—Soy su admirador; soy su amigo sincero. Dígame Vd., por favor, que al hablarnos como hace poco nos ha hablado, nos ha engañado. De no ser así, se ha engañado Vd. mismo.

—Mi querido poeta, dijo Godoy expresando en su mirada la contrariedad que sufria interiormente; no es lo mismo vivir con las musas que vivir con los hombres. Aquellas son dóciles, cariñosas; la belleza las encanta. Inspirar poesías, revelar el dulce sentimiento del alma, el encanto de lo ideal, recibir los tiernos homenajes del poeta, constituye su felicidad; estos viven de

sus pasiones, de sus caprichos, y ¡ay del gobernante que intente corregir los vicios de la sociedad poniéndose en pugna con ella! Para dominar al caballo salvaje es necesario maña; hasta que logra el domador ponerle el freno, tiene que recurrir á la astucia y estudiar todos los medios posibles; adula sus instintos, si es preciso; despues, ya es otra cosa. Yo, á Vd. se lo confieso, tarde ó temprano destruiré ese espectáculo que nos tiene sumidos en la barbárie; pero si no obro como he obrado, toda mi grandeza, todo mi poderío hubiera desaparecido al primer soplo de indignacion de la plebe irritada, del caballo desenfrenado.

—Agradezco en el alma, señor duque, esa confesion. Cuente Vd. conmigo para todo. Yo quiero un pueblo libre, pero civilizado.

—Para hacerle el bien, es necesario sujetarle antes.

VIII.

A este punto llegaban de su conversacion, cuando un lacayo anunció á Godoy la llegada de Pepe-Hillo.

—Voy á comunicarle la fausta nueva respecto de su hijo, exclamó Godoy.

Y separándose de Melendez Valdés, fué al salon en donde le aguardaba el célebre torero.

CAPITULO XVI.

—

De necesidad, virtud.

I.

Cuando Pepe-Hillo habia ido á visitar á Godoy para darle gracias por los favores que habia dispensado á Juan Picornel, animado como se hallaba el duque de la Alcudia de los propósitos que conoce el lector, procuró sondear su ánimo y tropezó desde luego al oir sus manifestaciones con una de las mayores dificultades que debia encontrar para llevar á cabo su propósito.

No insistió, y se limitó por entonces á manifestar al torero el aprecio con que le distinguia.

Posteriormente habia sabido por los partes que acerca de los acontecimientos de la guerra habia enviado al rey el general Ricardos, los méritos que habia contraido el hijo de Pepe-Hillo batiéndose por la patria.

Godoy habia llegado á convencerse de que no tenia fuerza bastante para contrarestar el espíritu público, tan favorable á las corridas de toros, comprendiendo, como hemos visto en el capítulo anterior, que seria ar-

rollado por el ímpetu popular si se oponia á su corriente, y procuró destruir el mal efecto que habian producido sus insinuaciones, aunque sin renunciar á su fin; pero dispuesto á emplear otro sistema.

II.

Habia obtenido del monarca que se elevase á Antonio por sus sobresalientes servicios al grado de capitan. En el campo de batalla habia ganado la capona y la charretera, y aquella nueva gracia debia servir no solo para premiarle, sino para demostrar al pueblo que aquellos de sus hijos que más se distinguieran, aun cuando procediesen de las familias más humildes, hallarian galardon en la munificencia de S. M.

Al mismo tiempo queria Godoy dar á aquella gracia mucho aparato, mucha solemnidad, porque recayendo en el hijo de Pepe-Hillo, demostraria de esta manera que no odiaba, como suponian sus enemigos, á los que se dedicaban á las lides tauromáquicas.

Cuando le anunciaron la llegada de Pepe-Hillo hacia ya bastante tiempo que no le veia.

El famoso diestro habia hecho sus correrías de ordenanza trabajando en algunas plazas de España para cumplir las escrituras que habia firmado, y acababa de regresar al lado de su esposa y de sus dos hijos menores.

Tanto para ver si habia recibido noticias de su hijo Antonio, como para indagar el paradero de la marque-

sa del Puente, de Dolores, y al mismo tiempo destruir algunas cábalas de sus enemigos, que querian á toda costa alejarle de la plaza de Madrid para que solo campease en ella su rival Pedro Romero, deseaba con vivo interés ver á Godoy.

III.

Preocupado por estas ideas cuando recibió aviso del favorito de los reyes,

—Este es el camino más corto, se dijo, de realizar todos mis deseos. Si su excelencia me dispensa la amistá que ma ofresío cuantas veses he dío á visitarle, podré tener notisias de mi hijo, y con su influjo y el del duque de Osuna, mi señor, conseguir que er mismo rey si es presiso hable al Corregior pa que me haga justisia y no me quiten er puesto que he arcansao en el reondel de la córte.

Ajeno estaba, pues, al entrar en el palacio de la plaza de los Ministerios de la buena noticia que iba á darle el duque de la Alcudia.

—Tome Vd. asiento, dijo este á Pepe-Hillo tendiéndole la mano.

—Güesensia siempre bueno y campechano conmigo.

—Hago justicia á las cualidades personales que le adornan á Vd. y á la popularidad de que goza. Pero no quiero retardar la nueva que tengo que comunicarle. Estoy seguro de que le agradará á Vd., y por lo mismo me apresuro á dársela.

—Eche güesensia por esa boca, dijo el torero.

—¿Qué noticias tiene Vd. de su hijo?

—¿Del melitar?

—Naturalmente; los otros, segun creo, viven en compañía de Vd.

—Pus si no son mejores las notisias que tenga güesensia de él que las que han llegao á mis oidos, son bien tristes. Y no es que crea que er probesito haya espichao; que las malas notisias corren mucho y no me habria fartao argun amigo que hubiá venío de ayá desprofeso pa isírmelo. Pero está prisionero, y aunque no le traten mal, la verdá es que no pué serví á su patria ni saber de su amor, y la verdá, estará mu aburrío.

—¿Segun eso, no sabe Vd. que ha logrado escaparse?

—¿Qué me cuenta güesensia?

—¿No le han escrito á Vd.?

—No he resibío denguna carta, ni mi mujer tampoco.

—Pues en el ministerio se ha sabido que el teniente de los reales ejércitos D. Antonio Delgado...

—¿Ya tié don y tó?

—Es un oficial distinguido.

—Miste, yo no tengo fantesía denguna, pero me sartan las lágrimas á los ojos al pensar que er chiquillo sa ganao la señoría con sus puños. Pero dígame güesensia, dígame cómo sa escapao ese mardito, que no me extrañará que haiga hecho arguna atrosiá. Era un muchacho de mucho génio y...

—Ignoro los detalles de su evasion. Lo único que sé es que habiendo logrado escaparse y encontrando dispersos en el camino á algunos soldados, les reunió y reanimó con su palabra, y al frente de ellos atacó á un destacamento que custodiaba un convoy, le puso en fuga y volvió al campamento del general Ricardos con los víveres y municiones de los vencidos. El general le ha recomendado á la benevolencia de S. M. el rey (que Dios guarde), y se ha servido conferirle el grado de capitan, con lo cual, si en la próxima campaña sigue dando pruebas de valor y lealtad como hasta ahora, tendrá Vd. el gusto de verle tornar hecho un hombre de pró.

IV.

La emocion embargaba á Pepe-Hillo y no podia articular los sentimientos de su corazon.

—Miste, señor duque, dijo al cabo de un rato, me he visto muchas veses en las astas del toro; me he dao por muerto; no ha habío peligro que yo no desafie; jamás han llorao mis ojos, y sin embargo, al oir lo que acaba de isir güesensia, me parese que yo no soy ná en er mundo al lao de mi hijo, y que tó el orguyo y la fantesía que yo tengo poique mato los toros, no sirve ni siquiá pa que la pise mi hijo con la planta der pié. ¿Con que er muchacho sa espabilao, con que es un valiente, con que va ser ná ménos que capitan el hijo de un torero, de un hombre der pueblo, sin más aquel que su

honraez y su mano erecha y sin saber ná de letras ni de números? Vamos... si esto es pa gorverse loco de alegría. ¡Y habrá luego quien no se deje matar sien veses por el rey! ¡Y habrá toavía quien diga que solo dan honores á los nobles...! ¡El hijo de un torero, capitan...!

—Con su conducta ha ganado ese premio.

—Pus bien, señor duque. Yo voy á isir á güesensia mi sentir. Me alegro más que si hubiá tenío la probaliá de sacar de las astas der toro á Pedro Romero, que es lo que más deseo en este mundo, poique él ya ma librao la vía dos ó tres veses, y esto lo tengo yo sobre el arma. Pero yo soy así; quiero á mis hijos más que á las niñas de mis ojos, y ha de saber güesensia que mi Antoniyo ha hecho tó lo que ha hecho poique le hasia cosquillas en er corason una pena. En fin, voy á isírselo tó á güesensia.

Ha de sabé güesensia que mi Antoniyo estaba perdíamente enamorao de una mosa que recogió mi mujé de pequeña, que se crió en la casa y que despues nos ha salío con que es la hija de un marqués.

—¿De un marqués?

—Sí, señor. ¿Conose güesensia á la marquesa er Puente?

—Es una de las damas más distinguidas de la córte.

—Pus bien; su hijo fué er pecaor, y... ¡ya se ve! como era un presonaje y la mare de la chiquiya una probe mujé, la dejó abandoná. Pero le remordió la consensia, y ¿qué hiso? nos arrebató la muchacha. Dispues

la encontré yo hecha toa una marquesa, pero á pesar de tó, chalaita por mi hijo. Él que lo supo, se desidió á marchá á la guerra. «Ayí, se dijo, podré arcansá tó lo que nesesito pa que no me despresie la familia de mi Dolores.» Y ya lo ve güesensia; si dura la campaña y el rey le premia como hasta ahora, lo ménos viene de general.

V.

Godoy, que no tenia noticias del lazo que unia á Antoniyo con la nieta de la marquesa del Puente, vió una ocasion propicia para dar un paso en favor de sus propósitos y la aprovechó.

—Celebro en el alma, dijo á Pepe-Hillo, que me haya Vd. confiado el móvil secreto que ha inspirado tan heróico valor á su hijo. Por mi parte, me constituyo desde ahora en protector de sus deseos; pero por la misma razon va Vd. á hablarme con franqueza. Si la felicidad de su hijo de Vd. exigiera que renunciase usted á la profesion en que tanto brilla, ¿renunciaria usted á ella?

—¿Sabe güesensia cuándo? Cuando me mate un toro.

—Voy á ser más esplícito. Su hijo de Vd. ha conquistado con su valor una posicion que le ennoblece. Aun hay más: me consta que ha salvado la vida al hijo de la marquesa del Puente, y por lo tanto, este tendrá un placer en pagarle esa deuda de gratitud otorgándole la mano de su hija. Ahora bien; Vd. no ignora que la

aristocracia de España, que se complace en poseer la amistad de los toreros, que no se desdeña en estrechar su mano, que les protege verdaderamente, y Vd. es un ejemplo de ello, puesto que todo el mundo sabe las deferencias que con Vd. tienen los duques de Osuna; pero ¿no cree Vd. que los que envidien la dicha de su hijo, al verle en una esfera muy superior á la en que ha nacido, le recordarán á cada instante su orígen oscuro? Y los mismos toreros, ¿no cree Vd. que, envidiosos de la suerte que Vd. ha alcanzado educando á su hijo en tan elevada esfera, le tenderán lazos, murmurarán de Vd., y hasta procurarán escatimarle á Vd. los aplausos para que sus desdichas caigan sobre su hijo?

—Miste, señor duque, contestó Pepe-Hillo, yo no pueo tragar saliva; he de isir lo que siento, aunque sea al mesmísimo rey, y voy á ser franco con güesensia. Por ahí corre el rumor, dende hase tiempo, de que güesensia no pué ver las corrías de toros, de que se le metió á güesensia entre seja y seja er deseo de suprimirlas. Estos rumores los confirma er que no va güesensia nunca á la plasa, ni en jamás ha regalao moñas, ni ha hecho na por dengun torero á no ser por mí, y eso dende que la guerra nos ha puesto en relasiones; y ¿sabe güesensia lo que yo me figuro al oirle hablar como está hablando? Que güesensia lo que quiere es que yo me las guiye der toreo, y si despues consigue güesensia otro tanto de Romero y los demás sobresalientes... muerto er pájaro, pa na sirve la jaula. ¿Es ó no verdá?

—Está Vd. en un error, dijo Godoy. Los que me calumnian dicen por ahí que yo no estimo las corridas de toros. ¿Cómo no he de estimarlas, si ese es un espectáculo que nació en España en aquella época en que la nóbleza derramaba á todas horas su sangre para arrojar á los árabes de España; en aquella época en que, para descansar de la lucha con los hombres, luchaban con las fieras? No; yo reconozco la destreza y el valor de los lidiadores. Lo único que lamento es la mala conducta que observan algunos. Viven siempre en los barrios bajos; sus compadres, sus amigos les escogen en la hez del pueblo, y si se enorgullecen con la amistad de algun gran señor, es más como humildes criados suyos. Están tan equivocados los que suponen que yo pretendo suprimir las corridas de toros, que puesto que ha llegado la ocasion, se lo diré á Vd. Mi único deseo es que todos los diestros de verdadero mérito vivan en otra esfera, adquieran costumbres más distinguidas.

—¿Lo ise güesensia de veras, señor duque?

—No creo que tenga Vd. derecho á dudar de mi sinceridad.

—Perdone güesensia mi atrevimiento; no es farta de respeto; es que yo soy así, mu campechano, mu echao pa lante; pero yo seria er mas felis de toos los hombres si pudiera convenserme de que el señor duque de la Alcudia quiere realisar tó lo que acaba de isirme.

—Mi pretension, mi anhelo es que esa diversion, cuyo mérito no desconozco, se convierta en un verdadero arte, y para eso los diestros como Vd. deberian fijar

las reglas, escribir ó mandar escribir un tratado sobre el arte de torear; en una palabra, mostrar á las naciones que nos motejan por ese espectáculo que no es efecto de una lucha brutal, sino del resultado de un arte que tiene por objeto dominar á una fiera, no con la fuerza, sino con la astucia.

—Pus ese es er toreo.

—¿Y no cree Vd., añadió Godoy, que el hombre que posee ese arte, esa astucia, esa habilidad, debe ser un hombre distinguido, debe abandonar la sociedad que le rodea en las tabernas y alternar con las personas más distinguidas y dar ejemplo con sus costumbres de moralidad? ¿Por ventura la mayor parte de las riñas que hay en los barrios bajos no son producidas ó por los toreros, ó por aquellos de sus admiradores que aprecian más á unos que á otros? ¿No entran en la cárcel de Córte ó en los hospitales los dias en que hay funcion gran número de personas que á la salida de los toros, enardecidos por el espectáculo que acaban de presenciar, riñen en las tabernas y confian á la navaja la solucion de sus contiendas?

—Tó eso es mucha verdá; tiene rason güesensia, y dende ahora mesmo yo ofresco haser tó cuanto esté de mi parte pa enmendar esas fartas, y ar mesmo tiempo voy á haser una cosa que de seguro le va á gustá. Yo tengo en mi cuadriya muchachos mu espabilaos y con mucho sentío. Pus bien: voy á poner escuela y les voy á enseñá toas las reglas del arte, y ar mesmo tiempo voy á buscar arguno que sepa escribir bien pa que

vaya apuntando tó lo que yo les diga á mis camarás. Verá güesensia cómo sale un arte é toreá hasta ayí. Y que venga Pedro Romero á disputarme la gloria de haber sio er primero en dar las reglas presisas y terminantes pa tratar con esos bichos y salir bien librao de eyos. En la prática no hay naide que le eche la pata; pero no sa fijao tanto como yo en las oservansias que hay que tener presentes, y al leer mi tratao veremos lo que isen entonses toos los que saben argo der toreo.

—La idea de Vd. me parece excelente, y desde luego la apadrino.

—Venga esa mano, dijo Pepe-Hillo.

Y tan entusiasmado estaba, que no solo la estrechó con efusion, sino que no pudo ménos de darle un abrazo.

VI.

Cuando se fué Pepe-Hillo.

—Es imposible lo que deseo, dijo Godoy con la mayor tristeza; pero yo necesito que el pueblo esté de mi parte. Sacrificaré mis creencias y mis designios hasta que adquiera toda la fuerza necesaria para imponer mi voluntad.

Pepe-Hillo corrió entusiasmado á confiar á su esposa lo que habia sabido, y al dia siguiente salió para Sigüenza con objeto de ver á la marquesa del Puente y á Dolores, para comunicarles la suerte que habia alcanzado Antonio.

La entrevista fué muy cordial, y el padre de la jóven ofreció solemnemente que Dolores seria esposa de Antonio.—En cuanto termine la guerra, le dijo, yo mismo iré á pedir al rey que apadrine la boda de mi hija con su compañero de la infancia.

Solo una condicion le impuso, y esta condicion hirió en el alma á Pepe-Hillo. Pero ante todo era la felicidad de su hijo, y devoró en silencio el dolor de aquella herida.

—Yo reconozco, le dijo Enrique, la honradez y el mérito de Vd.; pero las circunstancias de mi familia me obligarán á hacer que mi hija y su esposo, llamado á heredar el título que poseo, vivan alejados de la córte. Vd. podrá verles de cuando en cuando; pero por su mismo interés ocultará Vd. á todo el mundo que el futuro marqués del Puente es su hijo de Vd.

—Sea en buen hora, contestó Pepe-Hillo. Yo me contento con la reputacion que ma dao er público.

Allí mismo escribieron una carta á Antonio, manifestándole las resoluciones que acababan de tomar, y Dolores, con la vénia de su padre, le escribia tambien, asegurándole que seria fiel á su cariño y la más feliz de las mujeres cuando pudiera darle el título de esposo.

VII.

Tornó Pepe-Hillo muy afligido á Madrid; pero la idea que se habia despertado en su imaginacion durante su conversacion con Godoy, le ofreció un dulcísimo consuelo.

—Sí, decia, voy á fijar las reglas del arte; voy á ser el primero que demuestre á tó er mundo que no es solo valor, sino destresa, la que da er triunfo á los lidiaores.

Y convocando á los de su cuadrilla, les anunció su propósito, pero encargándoles el mayor secreto y ocultando su proyecto de mandar escribir las reglas y preceptos que se proponia darles.

La idea de humillar á Romero presentándose ante el público con el doble título de primer matador y maestro del arte, le halagaba en extremo.

CAPÍTULO XVII.

—

La tauromáquia de Pepe-Hillo.

I.

Lo primero que hizo Pepe-Hillo para llevar á cabo aquel propósito que le halagaba tanto fué visitar al guardian del convento de San Francisco.

Habia un lego en aquella comunidad entusiasta aficionado á las corridas de toros, y tanto, que, con permiso del guardian, no perdia ninguna, y se estimaba hasta tal punto su juicio acerca de las suertes, que le citaban como texto vivo, al apreciar el resultado de las corridas, los que con más calor discutian sobre sus peripecias.

Fray Aniceto, que así se llamaba, conocia á todos los toreros; sabia el tecnicismo del arte, y Pepe-Hillo pensó que ninguno mejor que él podria servirle para escribir las reglas que fuese enseñando á sus discípulos.

Pidió vénia al prior para que permitiese á fray Aniceto asistir á las lecciones que diera á los muchachos de su cuadrilla, y aunque á duras penas, porque el

guardian lo que queria era apagar en el lego el entusiasmo tauromáquico, consiguió el permiso, y fray Aniceto, muy satisfecho de la mision que le ofrecian, asistió desde el principio á las lecciones prácticas.

Por más que á algunos de los lectores de esta obra no interesen en gran manera las teorías del famoso Pepe-Hillo, á otros, quizás á la mayor parte, les agradará recordar ó conocer los principios en que el protagonista de nuestra obra fundaba el arte de torear.

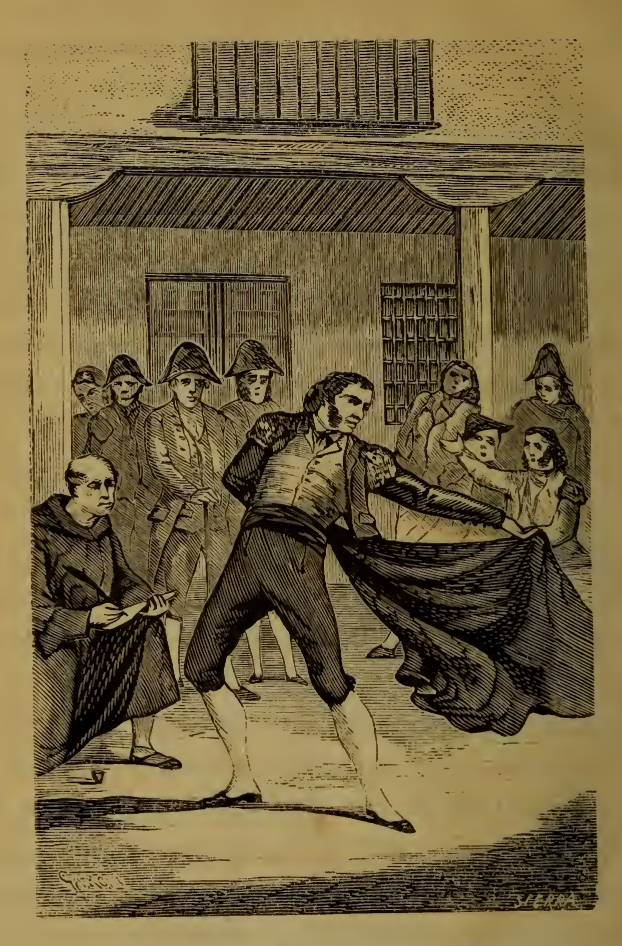
Para ello condensaré las reglas en este capitulo, haciendo que los lectores puedan saber sus teorías.

II.

Los que no tengan interés en conocer un extracto de la *Tauromáquia* de Pepe-Hillo pueden pasar estas páginas; pero fué tan grande el efecto que produjo el libro que dió á luz el torero, que bien merece la pena de ser condensado en breves líneas.

El diestro lidiador se quejaba con razon de que, en una época en que hasta el arte de tocar las castañuelas habia inspirado un concienzudo trabajo á un literato, no habia habido ni diestro ni aficionado que consagrase su atencion al toreo.

—Yo, á Dios grasias, decia Pepe-Hillo, pueo echar argunas plantas y revestirme un si es no es de maestro, y aun así y tó tengo bastante desconfiansa de asertar; pero me anima que soy el primero que trato la ma-



Comenzaba por describir la suerte de frente, ó á *la Verónica*.

teria, y aunque se adviertan algunos yerros en ella, no fartará despues quien los corrija.

Así fué, en efecto, y ahí está el famoso libro de Montes, que no nos dejará mentir.

III.

Lo que deseaba Pepe-Hillo era dar reglas para que el torero se condujese con seguridad en las suertes, y para que el público, instrüido á fondo en los fundamentos elementales de la tauromaquia, pudiera comprender el verdadero mérito de los lidiadores, con lo cual sacarian más partido del espectáculo.

Es sorprendente ver cómo aquel hombre, sin estudio, sin principios, como suele decirse, presentase con claridad los fundamentos de lo que él llamaba arte.

—Toda suerte, decia, tiene sus reglas fijas: reglas que nunca fallan.

Y sentado este principio, comenzaba por describir la *suerte de frente, ó á la verónica.*

—Esta suerte, decia, es la que se hace de cara al toro, situándose el diestro en la rectitud de su terreno. Segun la condicion de los toros debe obrar el lidiador para ejecutarla.

Siendo el toro franco, boyante, sencillo ó claro, que viene á ser lo mismo, debia el torero dejarle venir por su terreno y al llegar á jurisdiccion cargarle la suerte y sacarla parando los piés y procurando que la res quede derecha y no atravesada.

IV.

En sus lecciones y en sus conversaciones familiares respondia á todas las objeciones que le hacian, y el lego fray Aniceto, que no se separaba de su lado, prévio el permiso del guardian, iba apuntando todas las reglas que dictaba el maestro.

—Diga Vd., señor Pepe-Hillo, le preguntó uno de sus discípulos una vez que explicaba la *suerte á la verónica*. ¿y cuando el toro tiene muchas piernas?

—Entonces debe el diestro situarse á bastante distancia para citarlo á la suerte; perosi carece de ellas se ha de citar sobre corto, porque de no obrar así puede quedarse por falta de piernas antes de llegar al engaño ó en el centro y entonces peligra el lidiador.

—¿Y cuando el toro se ciñe?

—Hay que llamarle de frente.

—¿De qué modo, maestro?

—Tomando el lidiador la rectitud de su terreno, ya lejos, ó ya cerca, segun las piernas que advierta al toro; cuando le parta le empezará á cargar y tender la suerte, con cuyo quiebro el toro va desviándose del terreno del diestro, y cuando llega á jurisdiccion ocupa el de fuera y puede dársele un remate seguro.

—¿Y hay que tirar la capa?

—Hasta que el toro esté bien humillado, en el centro de la suerte, no hay que sacarla ni tirarla.

V.

—Sucede algunas veces, decia otro de sus discípulos, que el toro gana en la suerte el terreno que ocupa el lidiador. ¿Cómo hay que obrar en este caso?

—Esos son muy difíciles de llamar, pero no obstante tienen su suerte segura. Luego que el diestro se sitúe con la capa y vea que el toro parte, tiene que hacer el quiebro que para el que se ciñe hé prevenido antes; pero si ve que no cede y se le cuela, lo que corresponde es que mejore de terreno dando al toro las tablas y echándose á la plaza, que es lo que entre nosotros se llama *cambiar el terreno*.

Hé aquí cómo explicaba los *toros de sentido*.

—Entre estos bichos, decia, los hay de dos clases. Una la de los que atienden á todo objeto sin contraerse especialmente al que los cita y llama, pero que en la suerte son claros, y otra de los que no obedecen al engaño, y aunque lo tomen rematan en el bulto, tengan ó no piernas y se les cite ya sobre corto ó ya sobre largo.

Para llamar á los primeros, es preciso que no vean más objeto que el diestro, y con esto se evita el peligro de que parta con desproporcion.

A los segundos hay que tratarlos como á los toros que ganan terreno, pero haciéndoles siempre el cambio, porque nunca dan lugar á la mejora del sitio.

—Estos toros, añadia, son los más difíciles de llamar y los que han dado más cogidas, porque sus remates ti-

ran al bulto y le cogen en *embroque* sobre corto; pero cuando esto suceda procure el diestro cubrir la cabeza y los ojos con el engaño y salirse *con piés* por donde pueda.

Del *toro revoltoso* decia que era aquel que, aunque franco y yéndose al engaño por el terreno de fuera, precipitadamente, al darle el remate, volvia sobre él sosteniéndose con firmeza sobre las piernas, y prescribia que fuese tratado como el toro boyante.

—El toro revoltoso, añadia, es el que más divierte y llena el gusto de los espectadores y al mismo tiempo el que más satisface á los que sortean con conocimiento; pero para los que no lo tienen son más expuestos, y particularmente al principio, que es cuando con más facilidad se vuelve sobre las piernas.

El *toro abanto ó temeroso* le pintaba en estos términos:

—Es aquel que, ya parta de lejos ó cerca, antes de entrar en la jurisdiccion del engaño se *vácia* y *escupe fuera*. Tambien suele pasarse al terreno contrario y aun entrarse por el que ocupa el diestro.

Para evitar estas contingencias aconsejaba que se le llamase y sortease por las reglas y suertes prescritas para el toro que gana terreno, con lo cual puede el diestro fácilmente mejorar el suyo ó darle tablas si se le colaba dentro.

—Este toro temeroso, añadia, suele tambien partir con prontitud, pero al llegar á jurisdiccion se quedan cerniéndose en el engaño, y si el diestro tira de ellos ó

se mueve del terreno, con facilidad le dan una cogida. Para evitarla tiene que procurar no mover los piés y citarle hácia el terreno de afuera.

Del *toro bravucon*, es decir, del que saliendo manso embiste despues algo, decia que era fácil burlarle, pero previniéndole siempre en el terreno de afuera; tanto porque en último extremo suele *rebrincarse*, como porque muchas veces se queda en el centro sin hacer suerte.

VI.

Reseñada de esta manera la calidad de los toros, complacíase en explicar las suertes de que eran susceptibles.

Pocos son hoy los aficionados á este espectáculo que no las conozcan y sepan apreciar su mérito.

Bueno es que recuerden, al ménos, cómo las explicaba Pepe-Hillo y las reglas que daba para salir airoso de ellas.

La de *recorte*, que es la que hace el diestro cuando cita al toro á distancia proporcionada y saliendo enfrente de su cabeza, forma con él una especie de semicírculo, á cuyo remate se reune con el toro en un mismo centro, y dándole un quiebro de cuerpo salen los dos cada uno por distinto lado.

Puede hacerse, segun él, de dos modos; ó con el cuerpo solo, con la capa terciada por debajo del brazo, ó recibiendo al toro con la misma capa suelta por detrás al tiempo del quiebro haciéndole una *gallada*.

—Estas suertes, decia Pepe-Hillo, solo deben ejecutarse con las reses sencillas ó boyantes, aun cuando tengan muchas piernas; pero son muy peligrosas con las que se ciñen, ganan terreno ó rematan en el bulto.

VII.

Suerte de frente, por detrás, llamaba á aquella que hacia el diestro situándose de espaldas en la rectitud del terreno que ocupa el toro, teniendo la capa puesta por detrás al modo que de frente y dando el remate con una vuelta de espaldas y formando un semicírculo con los piés cuando la bestia parte y le carga la suerte.

Al hablar de ella, exclamaba Pepe Hillo entusiasmado:

—¡Soy su inventor y la he ejecutado siempre con fortuna, aunque solo la he hecho con las reses boyantes cuando tienen piernas para rematarlas bien! En otras circunstancias no aconsejo á ninguno que la ejecute.

Para llevar á cabo la *suerte á la navarra* queria que el diestro se situase en la rectitud del terreno que ocupase el toro, tendiéndole la suerte cuando embistiera. Al entrar en jurisdiccion y estar bien humillado, debia arrancar la capa por bajo y dar con ella una vuelta sobre los piés, volviendo á quedar de cara con el toro.

La *suerte á lo chatre* es sobre poco más ó ménos como la anterior, con la diferencia que se hace con los brazos cruzados.

VIII.

Respecto de las banderillas opinaba Pepe-Hillo que era una de las suertes de más mérito que se hace á los toros, y para colocárselas con precision, limpieza y seguridad daba las siguientes reglas:

«El toro claro y sencillo, decia, se banderilla á *cuarteo*, situándose el diestro delante del toro á corta ó larga distancia, ya esté parado ó venga levantado; y citándole á que le embista, luego que le arranca, sale formando con él un cuarteo á manera del de los recortes, con la distincion que cuando llega al centro de los quiebros, y el toro humilla, se cuadra con él, y le mete los brazos para ponerle las banderillas en el cerviguillo hasta los rubios.

»Las banderillas á media vuelta se ponen de dos modos; ó situándose el diestro tras del toro, ó saliendo algo largo por detrás. Del primer modo lo ha de citar, y luego que se vuelva (que es siempre humillado para tirar la cabeza por lo cerca que ve el bulto) se cuadra con él y le mete los brazos. Y del segundo, luego que sale con piés, cuando llega al centro lo cita, y al acudir el toro (que es por el mismo órden que queda dicho) hace igual diligencia para ponerle las banderillas.

»Esta suerte á media vuelta es más fácil que la de cuarteo; pero con todo, en el primer modo hay este peligro: cita el diestro al toro por detrás á la mano derecha, y él acude á la izquierda con prontitud, enton-

ces, como que están sobre corto, y casi en el centro, recibe precisamente el diestro un embroque de cara, y en esta cogida indispensable no tiene otro remedio que dejarse caer de espaldas y meter las banderillas al toro por el hocico ó cara para que rebrinque por cima de él. Y para evitar este embroque tan peligroso, aconsejo al que haga semejante suerte que luego que se sitúe por detrás en el terreno del toro y lo cite para la vuelta, no salga en manera alguna hasta que observe porqué lado se vuelve.

»Cuando el toro es de los de *sentido*, que rematan en el bulto, es difícil banderillearlo, ya sea á cuarteo ó á media vuelta: lo uno, porque estos toros cuando arrancan cortan el terreno, de forma que no dejan pasar al diestro, y lo otro, porque aunque lleguen en suerte al centro de los quiebros, se tapan sin humillar, quedándose sobre las manos y sin tomar salida. Tambien sucede con ellos que luego que los citan y parten, antes de llegar al centro se quedan sostenidos sobre las mismas manos, observando el viaje del diestro.

»El toro que *se ciñe* y gana terreno, cuando todavía tiene piernas puede muy bien banderillearse de cuarteo, saliendo á él el diestro con la delantera de dos ó tres cuerpos de perfil, ó más, que gradúe precisos para poder pasar: y luego que llegue á meter los brazos en la humillacion, ponga ó no las banderillas, sin pararse un punto se desviará del centro, y es la razon por que el cuarteo que se les da á semejantes toros por lo regular es imperfecto; porque como vienen ceñidos,

ó ganando terreno, padecen muy poco en el centro de los quiebros, y así están más aptos y prontos para seguir desde luego al torero. Y cuando dichos toros van con el viaje á sus querencias, de ningun modo se citarán á cuarteo, pues por más cuerpos de perfil que se tomen no ha de dejar parar al diestro. Y por último, la suerte de banderillas á media vuelta, sea de cualquiera de los dos modos propuestos, es muy fácil para con estos toros.

Los *celosos* son á propósito para las banderillas de cuarteo; pero luego que el diestro meta los brazos con ellas, procurará salir con piés, porque aunque no corte ni pise en el terreno, y haga por consiguiente buena suerte, padeciendo en ella un quiebro total, como que son celosos por el objeto que se les acerca, luego que se enmiendan salen buscando el bulto con todas sus piernas; y si el diestro se ha parado ó tardado en salir, pueden alcanzarlo y cogerlo.»

Sus consejos para el uso de la muleta, sus reglas de matar y su opinion respecto de las cogidas merecen capítulo aparte.

CAPITULO XVIII.

—

El arte de matar toros en tiempo de Pepe-Hillo.

I.

Consideraba el famoso torero la muleta como el instrumento defensivo, como el auxilio más poderoso del lidiador.

—Para la suerte, decia, debe ponérsela al lado del cuerpo y siempre cuadrada. Situándose en el terreno del toro, lo incita á partir y lo recibe con dicha muleta al modo de la suerte de capa al paso regular.

Indicaba con maestría todos los pases, y despues añadia:

—La suerte de muleta es muy fácil y lucida con los toros boyantes, con los celosos y aun con los que se ciñen, haciéndoles el quiebro con la capa; pero muy expuesta con los que ganan terreno y rematan en el bulto, pues como la muleta está solo en una mano y se desvia tanto del cuerpo, se cuelan estos toros, y cuando no arrollan en la suerte al diestro le embrocan por la espalda, y es necesario que salga con piés para librarse.

II.

Original en sus teorías, tanto por esto como por haber sido el primero que fijó las reglas de la tauromaquia, voy á reproducir sus consejos y advertencias acerca de la muerte de los toros.

«Llegamos ya á la suerte de más mérito, decia, la más lucida, la más difícil, y la que llena más cumplidamente el gusto y la satisfaccion de los espectadores. Sus reglas son muchas, y guardan proporcion con las clases que hay de toros. Consiste esta suerte en situarse el diestro en la derecha, metido en el centro del toro, con la muleta en la mano izquierda, más ó ménos recogida, pero siempre baja, y la espada en la otra, cuadrado el cuerpo, y con el brazo reservado para meter á un tiempo la estocada; cita así al toro; y luego que le parte, llega á jurisdiccion y humilla; al mismo tiempo que hace en el centro el quiebro de muleta, mete la espada al toro, y consigue por este órden dar la estocada dentro y quedarse fuera al tiempo de la cabezada.

»El toro sencillo y claro se mata con mucha facilidad, tenga ó no piernas, las cuales no se les quitarán nunca para la muerte, y si se hace, perderá mucho mérito la estocada, aunque sea una sola y dada en ley.

»Al toro que se ciñe se le citará con la muleta, y hará la suerte que queda prevenida en su lugar, y para llamarlo á la muerte no se acortará mucho el engaño: y luego que llegue á jurisdiccion y humille, se le dará la estocada en el tiempo y forma que al toro boyante;

pues aunque el que se ciñe es de más cuidado, siendo como es esta una cualidad propia para la muerte, no debe haber diferencia, y más cuando este no embroca, que es donde solo está el peligro. Y así se ve de ordinario que, aunque al pase regular se cuelen estos toros, sean despues á la muerte con la mejor proporcion.

»Los que ganan terreno y rematan en el bulto son los más arriesgados para la muerte. A estos se les debe quitar las piernas cuanto sea posible, y sin pasarlos á la muleta salirles al encuentro para matarlos, de forma que al meter la estocada esté el diestro fuera del centro que lleve al toro.

»Suelen estos tambien usar del ardid de taparse sin humillar á la muerte, y tirando derrotes sobre alto desarman al torero. Este es el lance más apurado que sucede con los toros, y donde el diestro teme por instantes una cogida, y mayormente si conservan piernas. Si no se les puede salir al encuentro, no hay otro remedio que tentarlos en buenas suertes, y siempre con el cuidado de acercarles al engaño y vaciar el cuerpo del centro; y si no quieren de ninguna forma humillar, por último y único refugio elegirá el diestro el irse á estos toros, citándolos á la muerte, y de pronto les tirará la muleta al hocico (con cuyo espanto siempre humillan), yéndose al mismo tiempo á volapié sobre ellos, y dándoles las estocadas como mejor se pueda. Y aunque sea casi á media vuelta, siempre tiene mérito; pues este se fija principalmente en sortear y matar al toro del modo que sea posible.»

III.

Ocupándose de la suerte del *volapié*, la más notable de todas cuantas hasta entonces se conocian, se expresaba Pepe-Hillo en estos términos:

«Fué inventada por el famosísimo torero de nuestros dias Joaquin Rodriguez (alias Costillares). Consiste en que el diestro se sitúa á la muerte con el toro, ocupando cumplidamente su terreno, y luego que al cite de la muleta humilla y se descubre, corre hácia él poniéndosela en el centro, y dejándose caer sobre el toro, mete la espada y sale con piés.

»Esta suerte es lucidísima, y con ella se dan las mejores estocadas y se hace á toda clase de toros como humillen y se descubran algun poco.

»Pero no es siempre ocasion de ejecutarla, sino solo cuando los toros están sin piernas y tardos en embestir.

»Hasta aquí he hablado de los toros y reses que guardan en las lidias las aprensiones con que salieron; pero debo advertir que regularmente se ven en ellos varias trasformaciones. Sale un toro valiente y sencillo, pero apenas siente el hierro empieza á apartarse; llegan las banderillas y se maneja como el que gana terreno, y con estas cualidades va á la muerte. Otros, que en el principio fueron abantos, ó porque cogen un caballo y se consienten, ó porque se hacen dueños de un sitio, adquieren tal sentido y aprenden tanto en el

corto tiempo de la lidia, que, ó se ciñen, ó rematan hácia el bulto. Y tambien sucede que el toro que desde que salió partió ciñéndose ó ganando terreno, se haga de las calidades del boyante y claro con solo una vara que se le ponga por ser blando y dolerse del castigo: y como este lo recibe acercándose al bulto, temeroso de que se lo repitan, se desvia de él.»

IV.

Previsor en extremo, no terminaba su enseñanza sin hacer á sus discípulos todas las advertencias necesarias para que lucieran en la plaza y evitaran los peligros.

1.ª Para llamar con más comodidad, lucimiento y seguridad, se usará de capotes que tengan algun peso y suficiente vuelo, pues con este se despiden y escupen fuera los toros que se ciñen y ganan terreno. Y en los dias de viento, que impide el manejo de estos engaños, no se llamará nunca á dichos toros sino solo los francos y boyantes, porque estos, como que llegan por el terreno de afuera, con facilidad se despiden, y á los otros es necesario cargarles y tenderles las suertes, quebrándoselas al rematar, y esto es impracticable con el viento.

»2.ª Para que las suertes de frente sean limpias y lucidas, se situará siempre el diestro en la rectitud del terreno del toro, parando bien los piés: y de esta forma, si es franco, á poco trabajo lo echa fuera; si se ciñe, con más facilidad se hace el quiebro; y si gana

terreno, ó remata en el bulto, se le podian dar las tablas con ménos riesgo, y todo ello es casi imposible hacerlo bien y sin peligro situándose el diestro algo fuera, ó atravesado.

»3.ª Como el arte de torear tiene por fundamentos principales el espíritu y conocimiento, aquellos aficionados y toreros sobresaldrán más que tengan ménos aprensiones de miedo y conozcan mejor las suertes. Y es constante que sin valor para ver llegar los toros no hay ninguno que las ejecute bien. Y así se ve cada dia que el torero bueno, por tomar aprensiones de miedo, pierde el salto en las suertes que ejecutaba bien.

»4.ª Otro constitutivo esencial del toreo es ver llegar los toros, consiste en el que llama de frente: verlos entrar á jurisdiccion, pasar y rematar; en el que recorta ó gallea: mirarles la colada en el centro del cuarteo, y la salida volviendo la cara de un lado á otro. En el que pone banderillas: observarles bien la humillacion y quiebro, tanto al meterles los brazos como cuando se forman los toros y le reconocen el viaje. En el que mata: verlos llegar á la espada cuando les da la estocada, y cuando sale. Y los que huyen, ó van á sacar y trastear los toros, deberán siempre mirarlos; lo uno, para procurar salirse de la cabeza en los embroques sobre largo; y lo otro, para flamearles los engaños, y entretenerlos en la carrera, y no correr con desatino, si acaso no lo sigue el toro. Esta cualidad de verlos llegar es tan precisa, que sin ella no se puede acertar suerte alguna; y con ella lleva el diestro la ma-

yor seguridad, y tanto que, en los embroques sobre corto, se ha libertado mucho haciendo un quiebro de cuerpo al tiempo de desarmar al toro: cuya defensa no hubieran usado si no lo hubieran visto llegar.

»5.ª Si el toro que va á banderillearse es boyante y claro, aunque tenga muchas piernas, se le dejarán, pues no tiene peligro alguno. Pero en los cuarteos en que lleve su viaje á las querencias naturales, se le tomará la delantera que al toro que ciñe; mas á los que ganan terreno y rematan en el bulto se procurará no dejarles piernas; y ya sea con las banderillas, ó ya con los capotillos, se les llamará de contínuo sin darles lugar á que se reparen.

»6.ª Las querencias naturales de los toros en la plaza son dos: una, la puerta por donde entran, y la otra la corraleja de donde salen. Cuando van á rematar á ellas son buenas las suertes de capa y muleta; pero malas y encontradas cuando arrancan desde dichas querencias. Tambien toman otras, que llaman casuales, y son ya con otros toros que estén muertos en la plaza, ya con algun sitio particular de ella, y ya, finalmente, con las tablas. Y es de advertir que estas querencias particulares las prefieren á las naturales; así, para torearlos en ellas, aunque se eche el cuerpo á la plaza, se procurará siempre dejárselas libres en los remates.

»7.ª Como que toda clase de suerte se hace por lo regular cuando embisten levantados ó corriendo, es necesario que el diestro use de las reglas muy á tiempo para no peligrar. Y como por la violencia que regular-

mente interviene es el acierto tan contingente, de aquí es que es raro el que sea diestro en toda clase de suerte; así se ve por experiencia que unos sobresalen en la capa, otros en recortes, en banderillas otros, y muy pocos en matar. Y es la razon tambien porque es muy difícil coger el tranquillo á toda clase de suertes, que pende de reglas tan diversas, y en que unas veces aprovecha la mayor agilidad, y otras es perjudicial. Y tambien suele suceder que los que son diestros en algunas de ellas se atrasen y pierdan el tanteo (que se llama perder el salto): lo que nace ya de haber llevado alguna cogida, ó ya por tomar alguna aprension de miedo.

8.ª Todos los toros por lo comun son claros y sencillos, segun su naturaleza, y quien los hace aprender á ceñirse, ganar terreno y rematar en el bulto, es la continuacion de lidiarlos, ó el haberlos antes castigado, ó el mismo castigo que sufren en la lidia.

9.ª Cuando el diestro está situado delante del toro, ya sea con la capa ó muleta para la muerte, y reconoce que derrama la vista por dentro de su terreno, procurará observar al instante qué objeto sea el que le llama la atencion, para hacerlo apartar siendo posible, y si no se saldrá de la suerte, pues es una señal segura que donde el toro pone la vista allí parte, y en igual contraste puede ser cogido el diestro aunque sea por un toro boyante y claro. Y como que este peligro se está corriendo de contínuo en las plazas, ya por asomarse á los boquetes, y ya porque los espectadores hacen citas á los toros con engaños y la voz, ruego y en-

cargo á todos se abstengan de llamar así la atencion de ellos; y les pido que antes por el contrario guarden un profundo silencio y quietud, al ménos cuando se tienen los toros en las suertes de muerte.

10. Los toros secos y duros, que por lo regular suelen serlo los celosos, los que se ciñen, y aun los que ganan terreno y rematan en el bulto, cuando salen corriendo tras de cualquiera objeto, y más cuando están en todas sus piernas, rematan hasta lo posible sus carreras; y así los que salgan con ellos, y huyan embrocados sobre largo, tomarán cumplidamente la guarida sin quedarse fuera; pero este cuidado no es preciso tenerlo con los toros que son abantos ó temerosos, pues rarísima vez rematan en la valla.

11. Todas las suertes de plaza pueden hacerse tambien en el campo, donde se ejecutan más fácilmente, porque allí los toros, como que no están encerrados, no tienen tanta codicia por los objetos y embisten por lo regular con el sentido en la huida. Pero se procurará conocer sus mayores querencias para no sortearlos contra ellas, porque sin duda han de quedarse sin rematar la suerte, y mayormente aquellos toros que antes fueron acosados que llevan perdidas las piernas.

12. Y últimamente, prevengo que las reses enmaromadas se llamen con el mayor cuidado, porque suelen no guardar proporcion en el órden de embestir, ya porque van tirando y huyendo de la cuerda, y ya porque se la pisan, y por estos motivos son muchos los que han sido cogidos, aun por reses sencillas y claras.

CAPITULO XIX.

—

Descripcion de otras várias suertes.

I.

Admira ciertamente que un hombre del pueblo, en una época como en la en que vivia Pepe-Hillo, lograse, como están viendo los lectores, que aquella lucha sorprendente entre el hombre y la fiera fuese la consecuencia de un estudio matemático y ofreciese á los ojos del público el espectáculo de la inteligencia dominando á la fuerza bruta.

En aquella época llegó el arte taurino, gracias á Pepe-Hillo y á Romero, si no á los límites, por lo ménos muy cerca de ellos.

Los inteligentes que recuerden ahora las teorías del famoso torero que vamos extractando, comprenderán que, desde entonces acá, no ha hecho más que mejorarse ó perfeccionarse, si se quiere, lo que los toreros del siglo pasado legaron á los del presente.

No se limitaba Pepe-Hillo á enseñar todas las suertes, á prescribir las reglas para el lucimiento del lidiador y evitarle los peligros que podia correr; tambien

dedicaba su atencion á explicar la accion ofensiva y defensiva de los toros.

II.

«Es regla general en todos los toros, cuando usan de la accion ofensiva, que parten precipitados á coger el objeto que se les presenta: y como que las armas que esgrimen las llevan en la cabeza, cuando quieren ofender la humillan, tirando una cabezada, la que repiten si se quedan con el objeto. Esto lo hacen todos, y lo harán siempre por ser cualidad natural de que no pueden prescindir; y véase ya como con este fundamento solo se descubre la seguridad de las suertes, porque si el toro para ofender corre al objeto con precipitacion y le tira una cabezada para cogerlo, ¿qué cosa más natural y cierta para burlarlo que reducirlo al mismo objeto, y luego que llegue, quitárselo de delante? Este es el constitutivo esencial de la suerte y principio elemental con que se forman todas las que se conocen.

»Como el toro no tiene otra regla para ofender, que la que queda expuesta, y experimenta que se le burla una y muchas veces, trata por ello de practicarla hasta donde alcanza su instinto, sin usar de más ardides ó medios que los de embestir por el mismo órden con más codicia por el objeto; y esto lo hace, ó ciñéndose, ó ganando terreno, ó rematando en el bulto. Y como que de aquí no puede pasar su conocimiento, la misma experiencia que ha hecho conocer aquellos árbitros que eli-

gen, les ha proporcionado á cada uno sus suertes seguras, como queda demostrado en sus respectivos lugares.

»No obstante que los toros son de naturaleza fiera, comunmente se asombran de los objetos y temen el castigo; y de esto nace que usen de la accion defensiva, que consiste en hurtar el cuerpo á los objetos que se le aproximan, y en taparse levantando la cabeza para que no se les descubra el cerviguillo.

»Lo primero, se ve en la suerte de banderillas, cuando al tiempo que el diestro va á meter los brazos, ó los cita para la humillacion, se salen de la suerte; y lo segundo, cuando al tiempo de ambos actos levantan la cabeza y desarman las banderillas con derrote por alto. Y en la suerte de muerte se conoce esta accion defensiva en las ocasiones y circunstancias que quedan dichas en su lugar, donde remito al lector para no molestarle con repeticiones.

»En esta inteligencia podemos reducir todo el conocimiento del arte de torcar á solo dos puntos, que son: la accion ofensiva y defensiva de que usan los toros, cuyos actos distintos deben conocerse bien, para proporcionarles sus suertes respectivas, en la inteligencia que es imposible que el toro coja al diestro como las aplique oportunamente.»

III.

Expuesta con tanta claridad la ciencia, por decirlo así, del toreo, concluye el famoso diestro, y concluye

muy bien, que las cogidas solo podian tener lugar por faltar á las reglas del toreo.

No por eso dejaba de comprender que un resbalon ó una caida, más ó ménos precipitacion en la ejecucion de las suertes, ó algun otro contratiempo, podian producir el peligro.

Por este concepto habia sufrido Pepe-Hillo diferentes cogidas, que él explicaba para escarmentar á sus discípulos con su mismo ejemplo.

No se concretaba en su enseñanza á explicar solo los detalles y pormenores de la lidia de á pié, ó mejor dicho de las suertes que podian hacerse con la capa, las banderillas, la muleta y el estoque; maestro consumado, tambien se complacia en explicar las suertes que podian hacerse con la pica á caballo y á pié, y no olvidaba los medios de derribar, enlazar y coger las reses.

—El conocimiento que debe tener el picador, decia, consiste en saber las suertes, comprender el toro y las querencias naturales y casuales que toma, y el espíritu en verles llegar, recibirlos en suerte, cargarse sobre el palo reunido con el caballo y hacer el mayor esfuerzo al encontronazo.

En su concepto, llevaba gran ventaja el picador que sabia torear de capa. De otra manera, creia firmemente que no podia llegar á maestro ningun picador sin haber sufrido muchas caidas y cogidas.

—Todos los toros, añadia, tienen tres estados en la lidia de á caballo: primero, cuando salen y van levantados; segundo, cuando se paran; y tercero, cuando se

aploman. En el primero, son las suertes de ménos peligro, aun con toros duros. En el segundo, parten ya con detencion y sentido, y solo la suerte bien hecha y el castigo á tiempo puede echarles fuera; y en el tercero, aun los toros más claros y ménos duros tienen que picar.

IV.

Daba otras muchas reglas y concluia sus lecciones explicando las diversas y entretenidas suertes encomendadas á los picadores.

Con la descripcion de ellas terminaré esta parte, á la vez histórica y didáctica, de mi libro.

Suerte de picar á pié.

Tambien se pican los toros á pié con vara de detener, esto es, lo más de dos y media, y con ella se sitúa el que va á picarlos en rectitud del terreno que ocupan tomándola con ambas manos, llevando un capote en el brazo izquierdo, cita de esta forma al toro, y luego que le parte y llega á jurisdiccion, se abre hácia adentro, y pone la vara en el cerviguillo, con cuya picada le despide; y si lo marra, y se le cuela, lo vácia con el capote, que hace las veces de muleta; esta suerte es muy lucida con los toros boyantes que son blandos, pero expuesta con los duros, y muy peligrosa con los que se ciñen, ganan terreno y rematan en el bulto, con los cuales aconsejo que no se ejecute nunca.

Suerte de derribar á la falseta.

Para derribar los toros á caballo se usa de tres estilos, á saber: á la falseta, á la mano y de violin.

Todos se ejecutan con acierto si se procura que la res vaya de huida con vehemente querencia, ya sea á sus pastos, malezas ó ganados, pues como va ansiando por lograrlos, no cuida de más defensa que aligerar sus piés.

Para derribar á la falseta se previene el caballo para el lado derecho de la res que se acosa, apartado, y virando detrás treinta ó más varas, ó las que basten á descubrir la anca derecha. En la media distancia se enristra la vara en todo su largo, y se le pone la pua en el nacimiento de la cola, que es donde más le cimbra, y cerrándose y apretando bien el caballo (porque el empuje no saque al ginete fuera), se forcejea hasta derribar la res; y para el mayor lucimiento y seguridad se cuidará que al pasar el caballo por detrás no tropiece con ella, ya para evitar que uno y otro caigan arrollados, ó ya tambien para que quede el ginete en mejor actitud para seguirla si no la derriba. Este estilo es el más garboso, aplaudido y más acostumbrado de los ginetes diestros; y en una palabra, no es buen derribador el que no sea falsetero.

Suerte de derribar á la mano.

El segundo estilo de derribar á la mano, ó de echar el caballo á la derecha, es el más acostumbrado de los

modernos. Se ejecuta tomando la izquierda de la res que se acosa en igual distancia y en los mismos términos que los expuestos para la falseta. Si la res se embroca antes de llegar con la garrocha al nacimiento de la cola, es necesario que el ginete se abra de la rectitud, poniéndole la pua en los encuentros para zafarse, por ser semejante embroque más arriesgado; con este estilo se dan á las reses muy fuertes caidas; pero no merece el aplauso y recomendacion que el otro.

Suerte de derribar de violin.

El tercer estilo, que llaman de violin, se ejecuta tomando la res en el modo y á la distancia que queda prevenido para la falseta, y solo se diferencia en que la garrocha se echa por cima del cuello del caballo: y advierto, que si la res se embroca ó cae, como precisamente se contrapone la garrocha y las riendas, y va dirigido el caballo al cuerpo y cabeza de la res, es necesario mucho cuidado y tino para no pasar por cima de ella en la caida, ó dar en la cabeza al embroque, por cuya razon este estilo es muy poco usado.

En todos tres se ha de tener por regla general el proporcionar cada ginete la velocidad, vigor y piernas de su caballo con su aptitud y fuerzas propias, uniformando estas circunstancias y distribuyéndolas de forma que el esfuerzo se haga por los dos á un tiempo; porque si no, además de no lograr el fin de derribar la res, el mismo empuje que haga el ginete podrá sacarlo de la silla; y tambien cuidará de reservar el caballo y

no soltarlo hasta que se dirija á tender el palo; pero como todas estas acciones se practican con violencia, en que es tan contingente el acierto, de aquí es que unas veces se pasa el caballo, otras no alcanza la res y en otras se arrollan; y no hay otro arbitrio que subsane estos defectos (aunque no sea en el todo) sino que el ginete, además de saber las reglas de derribar, procure tener bien conocido el caballo.

Suerte de derribar las reses desde el caballo con la mano.

»Tambien se derriban las reses á caballo, agarrándolas por la cola, cuya accion se ejecuta cogiéndolas de firme y arreando el caballo en línea paralela, tirando al mismo tiempo con el mayor esfuerzo, con lo que se consigue derribarlas; es accion muy lucida, pero ejecutada de muy pocos.

Suerte de coger las reses con lazo desde el caballo.

»Para coger las reses con lazo se previene una cuerda delgada de treinta á treinta y cuatro varas, y en un extremo de ella se ata la cola del caballo, y en el otro se forma un lazo que se prende en la punta de una caña, ó vara más ligera y corta que la de detener; y el sobrante se enrosca y ata en la grupa con un bramante endeble que fácilmente se rompa al tiron; y cuando ya la res corre ménos que el caballo, se empareja el ginete con ella y la enlaza por los cuernos; pero si acaso se embroca, ó pára, se le entra á caballo levantado, y a pasar se le echa el lazo.

»Si el sitio donde se ejecuta esta accion es montuoso ó tiene matas donde se pueda sujetar la cuerda, no se atará á la cola del caballo, por el peligro de que se enrede en alguna, ya cogida la res, y si esta embiste, no pueda huir el ginete; pero entonces se meterá la punta de la cuerda por entre la cincha y sujetará en el fuste delantero, sin atarla en él, para que en cualquiera enredo peligroso pueda soltarla el ginete y zafarse: y tanto en este caso como en el de llevar la res atada á la cola de su caballo, procurará no atravesarlo á los tirones que dé aquella, sino resistirlos por derecho, que así tiene el caballo unas fuerzas increibles, y del otro modo está expuesto á caerse.

Suerte de enlazar las reses á pié.

»Tambien se enlazan las reses á pié llevando el palo y cuerda que he dicho; pero es necesario que estén juntas algunas, para que rodeada y aquerenciada con ellas, se coja descuidada la que se pretenda enlazar, porque estando sola precisamente ha de huir y frustrar la accion; y cuando las reses están rodeadas ó acorraladas, se cogen igualmente con lazos por los piés, lo cual se ejecuta con un cintero y un palo de vara y media ó dos de largo, donde va hecho el lazo, y poniéndose detrás de la res que va á cogerla, le incita á huir, y al levantar el cuarto trasero mete el lazo por debajo, y lo prende con él por el pié; y tambien se acostumbra poner el lazo en el suelo y carear la res hácia donde está, y

luego que pone en medio un pié ó una mano tirar de él y enlazarla.

Suerte de coger las reses á pié.

»Y últimamente, para coger las reses á pié, se acosan primero y cansan á suertes ó recortes, y á uno de estos se le echa mano á la cola, y de un estrechonazo se derriba, ó se llama á media vuelta y coge por los cuernos uñas arriba, cuadrándose de pechos con ella; como alza el hocico al empujarle por las puntas, se le mete el uno ú otro hombro por debajo de la barba, llevándole la cabeza á su espalda, y así se derriba fácilmente.»

V.

El efecto que las lecciones de Pepe-Hillo produjeron entre el inmenso número de aficionados á las lides taurinas, fué inmenso.

El leguito tuvo muy buen cuidado de ir reuniendo todas las reglas que oia, y cuando aparecieron en la forma de un libro llegó á tal grado el entusiasmo que produjo aquel trabajo en el público, que hasta los mismos partidarios de Romero, que en honor de la verdad eran más que los de Pepe-Hillo, le trataron en lo sucesivo con la mayor consideracion.

«Todo esto, escribia á su hijo, lo he hecho por tí. Dios te ha dado valor y con él has llegado á ser un militar distinguido; pero podias avergonzarte de tu padre, y

he querido ganar mi batalla para que te toque alguna parte de mi gloria.»

El libro de Pepe-Hillo dió nuevos argumentos en pró á los apasionados de las corridas de toros, y el mismo Godoy, con cuantos deseaban que fueran suprimidas en España, no tuvieron más remedio que bajar la cabeza.

Al mismo tiempo, gracias á las lecciones de tan hábil maestro, á los laureles que adquirian los toreros, á la estimacion de que eran objeto por parte de los grandes de España y á las píngües ganancias que en su profesion recogian, se aumentaba por momentos el número de jóvenes que querian heredar la gloria de Costillares, Romero y Pepe-Hillo, y el entusiasmo por las fiestas taurinas rayó en delirio.

Los reyes, que al ver lo que habia sucedido en Francia procuraban acercarse al público, contentarle y divertirle para que no cayese en la tentacion de imitar á los franceses, contribuyeron á aumentar el favor que dispensaba el público á las corridas de toros, y su hijo mayor D. Fernando, príncipe de Astúrias, se hizo idolatrar del pueblo, porque mostró desde luego una gran aficion á su espectáculo favorito.

VI.

Pepe-Hillo, como vemos, llegó á ser un verdadero personaje de la España de 1794.

Creíase el más feliz de los hombres, porque muy en breve iba á ver á su hijo mayor enlazado con una de las familias más aristocráticas de España.

Aunque no lo confesaba, esta esperanza le enorgullecia, y como, gracias á su trabajo, habia podido comprar algunas casas en Sevilla y contaba con los medios necesarios para vivir desahogadamente, creíase e más dichoso de los mortales, cuando un terrible golpe vino á amargar los últimos dias de su vida.

Pero pongamos término á este libro para reanudar en el siguiente el hilo interrumpido de nuestra historia, seguir el curso de los acontecimientos y ver cómo aquel pueblo, que vivia de *pan* y *toros*, llegó á ser más tarde el gran pueblo de la guerra de la Independencia.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE DEL TOMO PRIMERO.

LIBRO PRIMERO.

El Fanatismo.

LIBRO SEGUNDO.

—

Las corridas de toros.

